UANL
AUTÓNOMA DE NUEV
GENERAL DE BIBLIOTEC

LAS
PRISIONES
DE ESTADO

TOMO II

DC167
.5
P7
v.2

R. C.

1020025042

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Covarrubias

LAS PRISIONES DE ESTADO.



100141

PUBLICACION DE IGNACIO CUMPLIDO.

24274

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C
965
DC 167.5
P7
V.2

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

HISTORIA DE LA TORRE DE NESLE.

I.

La corte de Borgoña en el Siglo XIV.—Apariencias engañosas.—La princesa, el page, el astrólogo.—El amor y la prision.—Una hija culpable y un padre crédulo.—Una noche borrascosa.—La hija parricida.

IGUALADA igualaba el fausto, el brillo y la galantería de la corte de Borgoña al principio del siglo XIV.

Aquello no era mas que fiestas, cazas, torneos, justas, &c., donde se hacian admirar las mas hermosas damas y señoritas de la cristiandad, y los caballeros mas famosos por sus hazañas guerreras y por sus galantes conquistas.

Y esto no era porque el ya viejo duque Roberto II tomase parte en esos ardientes placeres; sino porque su muy amada hija Margarita, quien pasaba por una de las mas hermosas princesas de su tiempo, era el alma de aquella elegancia, de aquella galantería, de ese fausto hasta entónces inaudito.

Margarita no tenia mas que diez y siete años, y no habia ni un caballero que

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no hubiese arriesgado diez veces su vida, por una mirada de sus grandes y bellos ojos negros aterciopelados, en los que se reflejaban todo el fuego de su corazon y la llama de sus deseos.

Con todo, esos perseguidores de amor, aun los mas atrevidos, á despecho de la ligereza de las costumbres que animaba á cometer las mas audaces tentativas, eran contenidos por Margarita en los límites del mas profundo respeto, y todos juraban por la belleza y por la virtud de la princesa.

Era un àngel de candor y de pureza, una verdadera vírgen inmaculada.

Bajo este último aspecto, solo dos hombres sabian á que atenerse.

Uno era Buridan, page de Roberto II.

Este era de la misma edad que Margarita, y habia sido educado á su lado.

Al principio los dos se habian amado sin saberlo; luego, habian leido en sus corazones, y Margarita se habia entregado á su amante con todo el transporte de una muger en cuyo corazon ardian las mas violentas pasiones, un amor ardiente por el placer, y una fuerza de voluntad que no conocia obstáculos.

El otro de esos hombres á quienes la princesa se reveló tal como era, fué un italiano llamado Orsini, especie de astrólogo-médico, ó mas bien de *miere* como entonces se llamaba á los curanderos, y que gozaba de mucho crédito en la corte de Borgoña con motivo de algunas felices curas.

Margarita habia hecho de ese italiano, no solo su confidente, sino el ministro de sus voluntades y de sus placeres.

Blando, condescendente, insinuante, Orsini se habia prestado á todas las voluntades, á todos los antojos de la jóven princesa, quien le pagaba generosamente sus servicios, y quien le prometia que algun dia se los pagaria mas generosamente.

Su culidad de médico le permitia penetrar en todas partes, y sin escrúpulo se habia hecho el mensagero del amor.

El era quien favorecia las entrevistas de los jóvenes amantes, él alejaba á los indiscretos, y disipaba las sospechas, él fué quien, mas de una vez, habia abierto á Buridan la puerta del aposento de Margarita; él, en fin, el que habia velado en esa puerta para impedir toda sorpresa.

Sin embargo, á pesar de su audacia y su destreza, Orsini no estaba tranquilo respecto de las consecuencias de aquella intriga.

El duque Roberto confiaba mucho en su médico, creia en la astrologia; pero era celoso de su autoridad, severo hasta la crueldad, y no habia tenido dificultad ninguna en enviar á maese Orsini á la horca, si hubiese solamente sospechado la clase de servicios que ese hombre hàbil hacia á su poco casta hija.

El diestro italiano pensaba algunas veces en eso, y buscaba en vano una salida feliz á ese laberinto.

Un dia que se paseaba en los jardines de palacio pensando en ese grave asunto, á la vuelta de una calle se halló frente á frente con el jóven page, quien tambien parecia estar profundamente preocupado.

—Qué teneis, señor Buridan?—le preguntó con una familiaridad autorizada por su recìproca posicion.

—Tengo, maese Orsini, que sin ser astrólogo como vos, respiro desgracia en el aire.

—Hermoso descubrimiento! Como si no hiciéramos todo cuanto es preciso para que asì suceda!....Pero hay algo particular que sea amenazador?

—Hay, maese, que se habla de guerra, y que tengo que ganar mis espuelas.

—Demonio! Mejor quisiera yo que no se turbase la paz, porque tengo que hacer mi fortuna.

—La cual creo que està en buen camino.

—No tanto como la vuestra, señor.

—En amor, es verdad.

—Y en otra cosa, señor Buridan. La princesa es generosa, mi jóven amigo; pero el duque, su padre, es avaro, y á ménos de un milagro, no resultarà de todo esto, una cosa buena ni para vos, ni para mí. Pero mirad à la princesa Margarita que viene por este lado, y que està tan preocupada como nosotros; su rostro ha palidecido, y el fuego de sus ojos es sombrío.

En efecto, Margarita estaba muy agitada.

—Os buscaba, Buridan,—dijo con una voz aterrorizada al llegar cerca de los dos personages.—Quedaos, maese Orsini, lo que tengo que decir tambien os interesa, y hoy mas que nunca necesitamos de vuestros consejos.

—Alma de mi vida!—esclamó Buridan.—Os amenaza alguna desgracia?

—Juzgadlo, amigo mio: es preciso separarnos para no volvernos á ver jamas!

—Separarnos!

—Inmediatamente! Va en ello vuestra libertad, acaso vuestra vida!

—Oh! mi libertad, mi sangre, mi vida, todo eso, no es vuestro. Margarita? Quién se atreveria á amenazar esos bienes que son vuestros?

—El único que puede hacerlo imprudente. El duque mi padre. No sé lo que ha sucedido, ni quien nos ha vendido; pero sabe nuestro amor. Me acaba de llamar, y le hallé trémulo de cólera. A las primeras palabras que me dirigió, comprendí que todo lo sabia. Era imposible negar; creí conjurar mejor la tempestad conmoviendo su corazon, y se lo he confesado todo.....

—Misericordia!—esclamó Orsini.—Vais á recompensar mis servicios con la horca!

—Tranquilizaos, Orsini, no he pronunciado vuestro nombre, y el duque no sabe que me habeis hecho los servicios de que me hablais. Contra vos, Buridan mio, es contra quien se ha encendido su cólera, contra vos, y contra mí misma, y debe ser muy terrible, puesto que no he podido ablandarla. Al oirme hablar de himeneo, su orgullo se ha rebelado, y ha jurado tu muerte, amigo mio!..... Parte, pues, inmediatamente; no te queda otro medio de salvacion, y para que te valgas de él he corrido á verte, á pesar de la prohibicion formal que me hizo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi padre de salir de mi aposento, miéntras que me conducen al claustro donde debo expiar mi amor.

—En un claustro! Mi amada Margarita pasar sus dias detras de una lúgubre reja!..... No conoceis que eso no puede suceder, sino cuando haya corrido hasta la última gota de mi sangre.... Huir yo, cuando Margarita està amenazada!.... Y ella, Margarita, me cree capaz de semejante vileza!....

—Señor,—interrumpió friamente Orsini,—no atormenteis de ese modo el puño de vuestra espada. En semejante negocio, el valor no hace mal, pero la violencia puede perderlo todo.

—Orsini! Habeis encontrado algun medio de salvacion?—preguntó la princesa tomando las manos del italiano..... Oh! habla! habla, pues!..... Amas el oro; pues bien! te daré oro..... Si no lo tengo, lo encontraré; pero habla! habla en nombre de Dios!

—En primer lugar, es cierto que el duque ignora la parte que he tomado en este negocio?

—Te lo juro. No se ha pronunciado el nombre de Orsini.

—Siendo así, lo mejor que hay que hacer es permanecer quietos y esperar los acontecimientos.

—Pero Buridan va á ser reducido á prision!.....

—Pues bien! Eso, no vale mas que hacerse matar? No hay mas que un lugar de donde es imposible salir: la tumba. Las rejas, los cerrojos, no son mas que juguetes imaginados para espantar á los niños.

—Le salvarás?

—No le he hecho superar los obstáculos mas difíciles?

—Y á mí, si me encierran en un claustro?

—Noble señorita, serà preciso que os dejeis encerrar para salir de él; contad con vuestro humilde servidor. Dejad marchar los sucesos, y estad ciertos de que no seguirán otro camino, que el que les trace Orsini.

Los amantes, fiados en la habilidad del astrólogo, se separaron, y cada uno por su parte volvieron al palacio.

Una hora despues estaba preso Buridan; pero al mismo tiempo, Orsini se presentaba al duque, quien le habia mandado llamar.

—Yo sufro, *mire!*—esclamò el soberano viendo al astrólogo, y tengo miedo de que os falte vuestra ciencia!

—Tranquilizaos, monseñor,—respondió Orsini; las enfermedades del alma me son tan conocidas como las del cuerpo, y no leo en los astros sin sacar fruto de mi lectura.

—Ah! En eso te reconozco! Vas á decirme la causa del mal y el remedio.

—Y por qué no os lo diria, monseñor? Tengo que hacer mis papeles de adhesion?

—No, Orsini, no tienes pruebas que hacer. Pero puesto que los astros te instruyen tan bien de las cosas de este mundo, no tengo nada que decirte, y espero tus consejos.

—Y para justificar esta confianza, os diré, monseñor, que el corazon de una muger es muy frágil, muy fanático sobre todo, y que se puede esperar que abandone mañana lo que hoy adora.

—Dios verdadero! Orsini, inmediatamente pones el dedo en la llaga.

—Y por eso, señor, es por lo que puedo deciros que el mal no es tan grande como os lo imaginais, y que hariais mal en hacer un escándalo que, léjos de remediar algo, acabaria por perderlo todo.

—Qué quereis decir? Acaso que deberia yo dejar á ese insolente page.... Está en mi poder, y pagará caro su felonía.... En cuanto á la otra culpable....

—Señor, os conjuro á que no os dejeis dominar por la cólera. La princesa Margarita, al confesarse culpable, no ha dicho la verdad, y no ha obrado sino con la esperanza de disponeros á una union imposible. Dejad que todo lo aclare el tiempo.

—Estais seguro de lo que decis?

—Muy seguro, monseñor. A mí no se me oculta fácilmente la verdad.

—Esperaré; pero el insolente Buridan permanecerá preso.

Orsini se contentó con esa primera ventaja, y se apresuró á instruir de ella á Margarita, la cual, por los cuidados del diestro y audaz italiano, pudo penetrar al lado del jóven page, para endulzarle el fastidio de la cautividad.

Las cosas fueron como el astrólogo lo habia previsto.

Margarita retractó sus concesiones y volvió à la gracia de su padre, quien la amaba demasiado para no estar dispuesto á creerla inocente, y Buridan permaneció preso, de donde el duque no queria dejarle salir, sino para tomar una parte en una espedicion militar que proyectaba; pero la cautividad continuó siéndole dulce, porque la violencia no habia hecho sino inflamar mas el corazon de Margarita, y casi nunca se separaban los amantes.

Todo iba muy bien, gracias al genio de Orsini: el page esperaba distinguirse en la guerra, y merecer por sus hazañas la mano de su ardiente querida.

Orsini continuaba sirviendo con todos sus medios á la princesa, quien por su parte, ponia todos sus recursos en obra para procurarse oro, à fin de satisfacer la avidez de ese ministro de sus voluntades y de sus placeres.

Una noche, Buridan vió entrar en su prision al astrólogo, quien sin mas preámbulos, le dijo:

—Tomad vuestra capa, y seguidme sin perder un instante.

—Estoy libre?

—No lo sé; pero guardias y carceleros duermen, y dormirán lo ménos hasta el amanecer. No me toca decidir de lo demas. Partamos.

El page no se lo hizo repetir.

Pronto llegó al lado de Margarita, quien le esperaba con impaciencia, y se

echó desolada en sus brazos, en cuanto Orsini se retiró para cuidar que no fuera interrumpida esa confidencia.

—Amigo,—le dijo,—hoy es cuando es preciso huir ó morir juntos.

—Huir, Margarita, huir cuando va á empezar la guerra? Cuando con la espada puedo conquistar al ángel muy amado que me ha dado su corazon!

—Es preciso ya no pensar en eso Buridan, mio; una sola palabra va á desvanecer todos tus bellos ensueños: pronto seré madre!.....

—Poderoso Dios! Habré merecido tanta felicidad?.....

—Oh, mi bien amado, no te ciegues así: mi padre conocerá pronto toda la verdad; el mismo Orsini, á pesar de todos los recursos de su arte y de su talento, se confiesa impotente para desviar ese golpe terrible. La venganza del duque será implacable..... que á lo ménos no caiga mas que sobre mí!.....

—Pero ese hombre no tiene entrañas!.....

—He hecho todo lo posible por ablandarle: con la esperanza de lograrlo he ocultado á todos, aun á ti, amigo mio, la peligrosa posicion en que me hallo. Todo ha sido inútil, y dentro de algunas semanas, acaso dentro de algunos dias, se romperá el hilo que tiene suspendido el rayo sobre nuestras cabezas!

—Partir, Margarita mia! Dejarte amenazada de un peligro tan grande! Entregar indefensa á la amada de mi corazon al furor de ese hombre, á quien quisiera querer y quien me obliga à que le deteste! ..... Margarita, tengo un corazon para amarte y un brazo para defenderte!

—Contra mi padre!

—Contra Dios mismo.... Oh! tú no sabes la fuerza, el poder que me da el amor que me inspiras!

—Por favor, amigo mio, cálmate. Huye, te lo ruego: cuando sepa yo que te has salvado, moriré contenta!.....

—La conversacion se prolongó durante algunas horas; pero el jóven paje, léjos de disponerse á dejar á su bella querida, no hacia mas que escitar su ardor, y ya su ecsaltacion llegaba al delirio, cuando comenzó á amanecer.

—Oh!—esclamó él esforzàndose en secar con ardientes besos las lágrimas que corrian por las mejillas de la princesa, quien de este modo acababa de embriagarle;—oh! que no tenga yo mi espada que me hubieran debido devolver!

—Pues bien!—dijo Margarita, quien cesó de llorar,—á falta de espada toma este puñal para defenderte.

—No para defenderme, alma de mi vida, sino para salvarte!

—Tomó el puñal que le presentaba su querida, y arrastrándole hácia el aposento de Roberto II:

—Ven à ver,—le dijo,—lo que puede mi amor.

Llegaron á la puerta de la cámara del duque.

Buridan abrió.



—Mi padre!—dijo á media voz la princesa, tendiendo la mano hàcia el lecho en que Roberto dormia.

—Nuestro tirano!—dijo el page.

Y lanzándose hácia el duque, le dió dos puñaladas, miéntras que Margarita volvió precipitadamente á su aposento.

El page arrojó el arma, y como conocia perfectamente el palacio, salió por la escalera del servicio y desapareció.

II.

Tal hija, tal madre.—Casamiento de Margarita de Borgoña con Luis le Hurtin.—La culpa es de los ausentes.—Margarita de Borgoña y sus cómplices.—Orígen de la Torre de Nesle.—Felipe y Gauthier d'Aunoy.—Primeras citas en la Torre de Nesle.—Un aparecido.

Cuando Orsini, llamado por los sirvientes, llegó al lado de Roberto II, ya este habia cesado de vivir.

No pudo ménos que hacer constar el género de muerte del duque, y lo hacia de modo que asegurara la impunidad de sus dos protegidos, cuando las sirvientas de Margarita fueron espresamente á llamarle para que fuera á cuidar à su señora, que era presa de violentas convulsiones.

Nadie es parricida impunemente.

Apénas se habia consumado ese gran crímen de que Margarita era cómplice, cuando esta hija culpable sintió una terrible convulsion, á la cual succedieron los dolores del parto.

Orsini, que conoció inmediatamente lo que iba á suceder, alejó á todo el mundo, y algunos instantes despues, Margarita daba á luz dos niños, quienes aunque nacidos ántes de tiempo regular, estaban llenos de vigor y de salud.

La muerte del duque permitió à Orsini ocultar fácilmente ese acontecimiento.

Dijo que la princesa, hundida con el dolor que le causaba la muerte de su padre, no queria ver á nadie, y que hasta nueva órden, solo él podia entrar en su aposento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mi padre!—dijo á media voz la princesa, tendiendo la mano hàcia el lecho en que Roberto dormia.

—Nuestro tirano!—dijo el page.

Y lanzándose hácia el duque, le dió dos puñaladas, miéntras que Margarita volvió precipitadamente á su aposento.

El page arrojó el arma, y como conocia perfectamente el palacio, salió por la escalera del servicio y desapareció.

II.

Tal hija, tal madre.—Casamiento de Margarita de Borgoña con Luis le Hurtin.—La culpa es de los ausentes.—Margarita de Borgoña y sus cómplices.—Orígen de la Torre de Nesle.—Felipe y Gauthier d'Aunoy.—Primeras citas en la Torre de Nesle.—Un aparecido.

Cuando Orsini, llamado por los sirvientes, llegó al lado de Roberto II, ya este habia cesado de vivir.

No pudo ménos que hacer constar el género de muerte del duque, y lo hacia de modo que asegurara la impunidad de sus dos protegidos, cuando las sirvientas de Margarita fueron espresamente á llamarle para que fuera á cuidar à su señora, que era presa de violentas convulsiones.

Nadie es parricida impunemente.

Apénas se habia consumado ese gran crímen de que Margarita era cómplice, cuando esta hija culpable sintió una terrible convulsion, á la cual succedieron los dolores del parto.

Orsini, que conoció inmediatamente lo que iba á suceder, alejó á todo el mundo, y algunos instantes despues, Margarita daba á luz dos niños, quienes aunque nacidos ántes de tiempo regular, estaban llenos de vigor y de salud.

La muerte del duque permitió à Orsini ocultar fácilmente ese acontecimiento.

Dijo que la princesa, hundida con el dolor que le causaba la muerte de su padre, no queria ver á nadie, y que hasta nueva órden, solo él podia entrar en su aposento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo lo hizo con el mayor secreto posible; pero para que nunca se descubriese el misterio, era preciso que los dos niños desapareciesen prontamente.

Margarita comprendió esa necesidad.

—Abrid ese cofre,—dijo al astrólogo, dàndole la llave de una caja que estaba cerca de su cama,—no contiene mas que muy poco oro; pero en él hallaréis todas las pedrerías, todas las joyas que poseo: tomad las que querais, y ya que es necesario, haced desaparecer esas pruebas vivas de mi amor.

Orsini no era hombre que se hiera repetir una órden semejante.

Tomó á manos llenas del cofre.

—Ahora,—dijo cuando se hubo llenado bien los bolsillos,—voy á preparar los medios.

—Qué medios?—preguntó la princesa;—seréis bastante imprudente para hacer á alguno la confidencia de esta aventura?

Casi se espantó Orsini al oir esas palabras; pero no lo dejó conocer: en el bolsillo tenia razones suficientes para no discutir nada.

—Tranquilizaos, princesa,—le respondió;—los confiaré á una nodriza segura.

—A una nodriza!—esclamó Margarita.

—A una nodriza sorda, ciega y muda,—repitió el astròlogo.

—Id, pues, y que se cumpla su destino.

Era de noche.

Orsini tomó á los niños que dormian, les ocultó debajo de su capa, y salió.

No volvió á palacio sino hasta el dia siguiente.

Margarita se restableció muy pronto.

En lo de adelante, ya completamente dueña de sus acciones, esperaba que pronto volveria à aparecer Buridan, á quien amaba con mas fuego que nunca.

Pero pasaron los dias, las semanas, los meses, y el page no volvió.

Al principio Margarita se afligió, luego pensó ménos en él, y ya le habia casi completamente olvidado, cuando en 1305 llegó á la corte de Borgoña una embajada enviada por Felipe el Bello, rey de Francia, encargada de pedir la mano de Margarita, para su hijo Luis le Hutin, rey de Navarra y heredero presunto de la corona de Francia, quien se habia enamorado de aquella princesa solo por la fama de su prodigiosa hermosura.

—Qué debo hacer?—preguntó Orsini á Margarita, quien dudaba renunciar á la libertad de que gozaba desde la muerte de su padre.

—Es preciso aceptar, señora: un marido no siempre es un dueño, y en ciertos casos es una maravillosa salvaguardia.

—Vos me seguiréis à la corte de Francia, Orsini: nuestros destinos están demasiado ligados para separarnos. Cuidaré de vuestra fortuna, y en cuanto sea yo reina de Francia, no os faltarán los honores.

Pocos dias despues, Margarita partió para Paris, con un acompañamiento numeroso, entre el cual iba el astrólogo Orsini.

Las nupcias fueron celebradas con el mas grande brillo: ningunos cónyuges



en el mundo eran tan propios el uno para el otro; porque si Margarita era la mas hermosa muger de su tiempo, Luis no le cedia en nada bajo este punto, pues aunque solo tenia diez y siete años, era de talla elevada, bien hecha, y de noble y graciosa figura.

Las fiestas duraron tres dias, durante los cuales, los parisienses lo pusieron todo en obra para manifestar la alegria que les causaba ese gran acontecimiento.

"Todos los gremics, dice un historiador, lucharon en presentarse bien vestidos, cada uno con los adornos de su oficio.

"En las encrucijadas se levantaron teatros adornados con soberbias cortinas, donde se representaron muchas alegorías.

"Allí se vió á Dios comer manzanas, reir con su Madre, decir padres nuestros con los apóstoles, resucitar y juzgar à los muertos; à los bienaventurados cantar en el paraiso en compañía de los ángeles; á los condenados llorar en un infierno negro, y á los demonios riéndose de su infortunio.....

"Allí se vió á maese Rénard, ántes simple clérigo, cantar una epístola, despues obispo, luego arzobispo, y en fin, Papa, siempre comiendo pollos y gallinas; se vieron hombres salvages, reyes de las habas muy alegres, atraer por su belleza, por su ilaridad, por su alegría; se vieron niños de seis años hacer justas y torneos; se vieron à las damas caracolear á caballo; correr fuentes de vinos; al gran destacamento dar la guardia vestidos de uniformes; y en fin, á toda la ciudad disfrazada de diferentes maneras.»

Eduardo II, rey de Inglaterra, que estaba entonces en Paris, quiso obsequiar la corte y la ciudad.

Pusiéronse los cubiertos debajo de una inmensa tienda.

"Los habitantes de Paris, añade el historiador á quien ya hemos citado, partieron en buen órden de la iglesia de Nuestra Señora, bien armados, limpiamente equipados, y pasaron delante de aquel rey, en número de veinte mil caballos y de treinta mil hombres de á pié, cerca del Louvre, en cuyas ventanas se encontraba el rey.

"Fueron á la llanura de San German de los Prados á ponerse en batalla y á hacer ejercicio.

"Los ingleses se admiraron mucho de que de una sola ciudad, pudiesen salir tantas gentes bien hechas y prontas á combatir.»

Esas fiestas se prolongaron en la corte, y durante muchas semanas, todo fué para los jóvenes esposos festines, bailes y espectáculos, porque Margarita habia llamado á su lado á sus dos primas, Blanca y Juana, mugeres encantadoras que se casaron con los otros dos hijos de Felipe el Bello y de este modo fueron cuñados.

Todo este preámbulo, que parece una novela, aunque lo hemos estractado de la historia y de las crónicas del tiempo, nos ha parecido indispensable para la inteligencia de los hechos, que constituyen la mas grande parte de la historia de la torre de Nesle, à la cual llegamos ya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Margarita habia llegado á la corte de Francia con sus pasiones ardientes, con ese amor desenfrenado del placer, que ya la habia hecho tan culpable.

—Ya no se trataba de Buridan ni de algunos galantes señores que le habian sucedido: un jóven caballero frances los habia hecho olvidar.

Este nuevo favorito era Gauttier d'Aunoi, jóven y encantador cortesano, nuevamente promovido al grado de capitan de los guardias, cargo que le daba accion para todas partes.

Margarita se esforzó al principio en ocultar la impetuosa pasion que sentia por aquel jóven caballero; pero habiéndose visto obligado Luis, su marido, á salir de Paris para ir à Navarra, se aprovechó de su ausencia para entregarse sin reserva á su pasion; y para que sus dos cuñadas no estuviesen à su lado como dos censores incómodos, logró corromperlas, y hacerlas participar de sus vergonzosos deseos.

Blanca tuvo por amante á Felipe d'Aunoi, hermano de Gauttier, y la gentil y triscadora Juana se enamoró de un jóven page, llamado Oliverio.

El doble trio se reunia en casa de la reina de Navarra, en donde no cesaban los bailes y los festines; pero en medio de toda esa impura alegría, habia siempre alguna violencia; guardias y criados eran temibles y no se les podia alejar.

Margarita la parricida, la infanticida, esa muger que habria comprado una hora de placer al precio de su reino, no podia dejar de procurar romper el freno que le detenia.

Sobre este punto consultó à Orsini.

—Oh! señora y reina,—le dijo,—acaso estais presa en el Louvre? Quién, despues de la queda, os impediria atravesar el Sena, é ir á distraeros con toda libertad á ese hotel de Nesle que recientemente compró el rey Felipe, del cual no hace nada, y que parece hecho espresamente para dar asilo al misterio? La torre principal de ese hotel tiene una puerta que dà sobre el agua: una barca, dos hombres adictos, un amigo que os espere.... ¡Qué noches tan deliciosas podeis pasar allí.

—Y quién cuidará de mí?

—Orsini.

—Quién hallará la barca y los hombres?

—Orsini.... Orsini siempre adicto y mudo como la tumba.

—Oh! Si no fuérais un demonio, seriais un àngel!

—No soy mas que un hombre; pero un hombre adicto á su reina. Invitad gentilmente á Mr. Gauttier d'Aunoi, á que vaya à tomar el fresco esta noche á una de las ventanas de la Torre de Nesle, y no os dé cuidado de lo demas.

—Así lo haré! Vé, pues y toma este oro para allanar los obstáculos.

El insaciable astrólogo puso una rodilla en tierra, tomó el oro y besó la mano impura que se lo daba.

Luego, salió para cumplir con su vergonzoso oficio.

Veamos ahora lo que era ese hotel de Nesle, que se iba à convertir en un lugar de desenfreno.

En los últimos años del siglo XII, Felipe Augusto ántes de su partida para las cruzadas mandó á los regidores y á los habitantes de Paris, de que sin demora edificaran un recinto en su ciudad, compuesto de una muralla sólida, con almenas y torrecillas, y trabajada de muchas puertas.

Se comenzó en 1190 por la parte septentrional, que fué acabada en pocos años.

El muro partia de la orilla derecha del Sena, à algunas rocas arriba del puente de las Artes.

Allí se levataba una torre gruesa y redonda, que por muchos años ha llevado el nombre de *Torre que hace la esgrima.*

En frente de la Torre, que estaba situada cerca del Louvre, se comenzó á construir sobre la orilla opuesta, hácia el año 1208, una torre correspondiente de cosa de ciento veinte piés de altura.

Esta torre, redonda, gruesa y fuerte, estaba unida á otra torre ménos espesa, pero mas elevada que tenia una escalera de caracol; estaba edificada sobre estacas, y se levantaba en el lugar que hoy ocupa el pabellon oriental del palacio del Instituto.

Al principio se le llamó la *Tournelle de Philippe Hamelin,* que probablemente era el nombre del arquitecto que hizo su plan y dirigió su construccion.

El muro partia de esa torre, dejando fuera el lugar de la calle Mazarina; seguia su direccion hasta el punto en que el lado oriental de esa calle deja de estar alineada, atravesaba la calle Delfina, seguia la línea de la calle de Contraescarpe, cuyo nombre indica su situacion, y concluia en la calle de San Andres de las Artes.

Allí se abrió una puerta que el rey dió á los religiosos de S. German de los Prados, para que la percepcion de los derechos de entrada y de salida los resarciera de las tierras que habia sido preciso ocuparles para la construccion de ese recinto.

En la acta de la donacion el rey llamó esa puerta: *posternam monstrum murorum;* y recibiò el nombre de *Buci* cuando aquellos religiosos la vendieron en 1550 á Simon de Buiz, primer presidente del parlamento.

Desde esta puerta hasta el Sena, el muro se estendia sin ninguna interrupcion.

La puerta de Nesle es, pues, posterior á la construccion del recinto.

Lo que prueba esto de una manera irrefragable, es que el recinto meridional no tenia cuando su construccion, mas que seis puertas, entre las cuales no se cuenta la de Nesle.

Pues bien; este nombre está fijado por un monumento auténtico, por el mismo dibujo de los trabajos sacado de un registro de Felipe Augusto.

Esas seis puertas eran las de Buci, la de S. German, la de S. Miguel, la de Santiago, la de la Orilla del Agua y la de S. Victor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La falta de puerta y el nombre de *Felipe Hamelin* dado á la torre que se llamó la Torre de Nesle despues de la construccion del hotel de ese nombre, establecen la certidumbre de que ese hotel no ecsistia.

¿Para qué se habia de abrir una puerta en ese lugar de la muralla, si el terreno á que hubiera dado salida no estababa habitado, se hallaba inundado muy á menudo y no le atravesaba ningun camino á lo largo del rio?

Por otra parte, es cierto, como ya lo hemos dicho, que el terreno que se estendia desde la calle empedrada y la de S. Andres de las Artes hasta el canal del pequeño Sena estaba cubierto en los primeros años del siglo XIII, ántes de la ereccion de ese recinto meridional, de campos, villas y prados, y que no habia en él ningun camino trazado á lo largo de la ribera, único paso que ecsistia al traves de el *clos de li As* segun la direccion que indica la calle de S. Andres de las Artes, porque debe su orígen á las casas que fueron edificadas á los dos lados del camino, que conducia de la Cité á la abadia de S. German de los Prados.

En la estremidad occidental de ese camino ó de esa calle, se debió abrir una puerta á causa de las relaciones que tenia la ciudad de Paris con la abadia, relaciones tanto mas numerosas, cuanto que una gran estension de terreno comprendida en el recinto era propiedad de la abadía, y sus sirvientes venian á vender á los habitantes de Paris los productos su industria ó los frutos de la tierra y los animales.

Despues de la construccion del recinto de Felipe Augusto, durante el siglo XIII, se levantaron en el *clos de li As*, el conuento de los hermanos *Sachets*, à quienes succedieron los de S. Agustin el Grande, y el colegio y el hotel de San Dionisio, cuya fundacion tuvo lugar en una época que ha quedado desconocida.

Esos dos edificios se tocaban por sus estremidades, y con la pared del recinto y del rio, formaban un vasto cuadrilátero, del cual no cubrian mas que una parte.

El resto estaba ocupado por los edificios y el jardin de Nesle.

Como es posible determinar el sitio que ocupaban esos dos edificios, lograrémos fijar la posicion y la estension del hotel de Nesle, que es el que especialmente nos ocupa.

El colegio y el hotel de los abades de S. Dionisio, estaban situados en el espacio comprendido entre las calles Contraescarpa, S. Andres de las Artes y una parte de las calles Delfina y de los Grandes Agustinos.

Entre el muro del recinto y ese hotel, se estendia el jardin de los Arbaletreros á lo largo de la muralla hasta el hotel de Nesle, del cual hizo parte en seguida.

El convento de los hermanos Sachets ó de los Grandes Agustinos, se estendian desde la calle de este nombre hasta la de Nevers, que en el siglo XIII no era mas que una callejuela que servia de paso à las aguas y á las inmundicias de estas dos casas religiosas.

Del otro lado de esa pequeña calle, comenzaba el hotel de Nesle.

Entre el hotel y el Sena, á lo largo de la ribera, se estendia un terreno de suave declive, plantado de sauces viejos bajo los que se paseaban los escribientes, los paisanos y los frailes.

La menor inundacion hacia ese paso difícil é impracticable: las aguas minaban los cimientos de la Torre de Nesle.

Este estado de cosas duró todo el siglo XIII; y solo de los primeros años del XIV, fué cuando Felipe el Bello dió órdenes al prevoste del comercio de que cortara los sauces y que hiciera construir un pretil desde el hotel de Nesle hasta el puente que hoy se llama de San Miguel.

La ciudad no obedeció, y fué preciso una órden mas imperiosa para obligarla á ejecutar la voluntad del rey.

Ese pretil estaba léjos de parecerse à los de nuestros dias: consistia en una simple pared de tierra, destinada á proteger los cimientos contra las aguas que los minaban, pero incapaz de resistir á una fuerte creciente del Sena.

Ese pretil, si es que se puede llamar así á una obra tan débil, fué el primero que se hizo en Paris, y del cual hacen mencion los monumentos históricos.

De esta corta esposicion, resulta que en el siglo XIII, el hotel de Nesle estaba limitado al Norte por el Sena, al Mediodía por el colegio y por el hotel de San Dionisio, al Este por el convento de los hermanos *Sachets*, y al Oeste por la pared del recinto, y que por consecuencia cubria el vasto espacio comprendido hoy entre las calles de Nevers, Mazarina y el palacio del Instituto.

La muralla del recinto, que al Occidente servia de límite y de punto de apoyo al hotel de Nesle, no estaba en su orígen defendida por ningun foso; su solidez hizo que se creyera inútil esa precaucion, que no fué necesaria sino hasta el siglo XIV, época en que los medios de ataque se habian perfeccionado: tenia cuando ménos seis piés de espesor, estaba coronadas de almena de tres piés de altura, fortificada con torres redondas enlazadas en la pared, y colocadas una de otra á veinte toesas de distancia.

Esta muralla habia dividido un inmenso cercado; la parte mayor, comprendida en el recinto, fué ocupada por los tres edificios de que ya hemos hablado; la otra parte, situada fuera de la muralla, recibió el nombre de pequeño Prado de los Escribientes.

Este prado, que no tenia mas que dos fanegas y media, estaba separado por el pequeño Sena, de otro prado mas estenso que se llamó por oposicion el gran Prado de los Escribientes.

Los dos estaban cortados en senderos á lo largo de los cuales se construyeron unas casas que despues formaron las calles de los Santos Padres, de Santo Domingo, y otras.

Esos dos prados fueron el teatro de la turbulencia de los estudiantes ó escribientes, quienes dieron allí muchos combates sangrientos, en defensa de su derecho de pesca en el canal llamado el Pequeño-Sena, contra los sargentos de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abadía de S. German de los Prados, que en calidad de propietaria, queria reservar para sus frailes los pescados que abundaban en el canal. (1)

Tal era ese hotel de Nesle, del que las pasiones de infames Mesalinas debian hacer el trato de dramas espantosos.

Por los cuidados de Orsini, quien tenia las órdenes necesarias, la Torre de Nesle fué amueblada y provista de todo lo que podia contribuir á hacer deliciosos los momentos que Margarita debia pasar allí.

La noche misma de ese dia, despues de que sonó la queda se deslizó una barca en las aguas del Sena, dirigiéndose á la puerta de aquella torre que daba al rio, y que tenia abierta un hombre envuelto en una capa.

—Sois vos, Orsini?—preguntó una dulce voz que salió de la barca que en ese momento llegaba á la puerta.

—Yo mismo, señora, porque aunque tengo gentes de confianza, no me fio mas que en mí, cuando se trata de serviros.

Orsini tendió la mano á Margarita y la condujo á la habitacion que habia hecho preparar, y en la que estaba el jóven capitan de guardias esperando con impaciencia á su real querida.

Estaba dispuesta una cena delicada, y los mejores vinos cubrian la mesa, puesta al lado de una voluptuosa alcoba.

—Reina gentil de mi corazon,—dijo Gauttier lanzàndose al encuentro de Margarita,—qué feliz soy al poderos estrechar sin obstàculo en mis brazos!

En semejantes circunstancias, el tiempo pasa muy pronto.

Ya iba á amanecer, y Orsini, que velaba en la pieza vecina, comenzaba á inquietarse al ver que no salia la hermosa reina, quien hácia el fin de la noche se habia dormido en brazos de su amante.

—Señora,—dijo llamando suavemente á la puerta,—ya llega el dia, y la barca os espera.

—Ah!—esclamó Margarita abriendo los ojos,—semejante noche no debia acabar!

—Que á lo ménos se renueve pronto!—dijo Gauttier estrechándola contra su corazon.... Divina amiga mia, qué largo me va à parecer el dia!

—Ya amanece,—dijo Orisini llamando à la puerta.

Margarita, medio desnuda, recibió y pagó el último beso, luego salió, corrió hácia el rio, y algunos minutos despues ya estaba en el Louvre.

Pero no pudo salir de la barca sin ser vista por un hombre, quien la reconoció, á pesar de que iba enmascarada.

Ese hombre era Buridan.

Despues de haber recoirrdo una parte de la Europa, el ex-page estaba en Inglaterra, procurando ilustrarse por su espada, sin poder lograrlo, cuando supo el casamiento de Margarita con el hijo primogénito del rey de Francia.

---

(1) JULIO CHATEAU. Disertacion arqueológica é histórica sobre la Torre de Nesle.

Esa noticia hizo en él el efecto de un rayo, porque mas que nunca amaba á aquella muger, cuyo amor le habia hecho tan culpable.

Su dolor fué tan grande, que cayó peligrosamente enfermo.

Apénas entró en la convalescencia, cuando partió para Francia.

Llegó á Paris el mismo dia que Margarita daba su primer cita en la Torre, y hacia veinticuatro horas que procuraba en vano llegar hasta la hermosa reina de Navarra.

Con la esperanza de hallar un medio para lograr su deseo, rondaba desde el amanecer al derredor de la real habitacion, cuando vió á Margarita, ligera como una sílfide, lanzarse sobre la playa, y correr hácia una puerta que se abrió delante de ella y se cerró en cuanto pasó el dintel.

Al verla, Buridan se quedó mudo é inmóbil de sorpresa; luego su cólera se encendió, y el deseo de lavenganza comenzó á germinar en su corazon.

—Infame!—esclamó,—no la era bastante que me hubiese sacrificado à su ambicion; era preciso que fuese yo doblemente traicionado por ella!.... Desgraciada de tí Margarita!.... Desde este momento voy á seguir tus pasos, y pronto lo sabré todo! Oh! sí, desgraciada de ti, que me obligaste á derramar la sangre de tu padre!

Apénas habia formulado esas imprecaciones, cuando á algunos pasos de él llegó una nueva barca, y vió salir de ella á un hombre, á quien á pesar de la ancha capa con que se cubria, reconoció inmediatamente.

Era Orsini!

—Oh! señor astrólogo, añadió volviéndose para no ser reconocido,—ahora lo adivino todo. El ministro de los placeres de Margarita de Borgoña, se ha convertido en el de la reina de Navarra. No ha cambiado mas que de título..... Ah! yo habia debído comprenderlo! Esa muger á quien yo creia de corazon, me ha probado demasiado que solo tiene sentidos. Vamos, pobre Buridan, roe tu freno esperando que llegue la hora de la venganza.

Y se alejó meditando profundamente.

Miéntras tanto, Margarita saboreaba los recuerdos de esa noche que habia pasado tan pronto.

Gauttier d'Aunoi nunca habia sido tan féliz, y Orsini por su parte estaba encantado, porque en lo de adelante Margarita le pertenecia en cuerpo y alma.

Durante ocho dias, se renovaron las citas todas las noches; pero al noveno dia cesaron por las observaciones de Orsini, que era demasiado hábil para que le espiaran sin que lo conociera, y que temiendo un escándalo, habia manifestado sus temores á la reina de Navarra.

—Ya comprendo,—dijo la última;—se admiran de verme ir sola al hotel de Nesle; pues bien! en lo de adelante iré tan acompañada que fácilmente se disiparán las sospechas.

—Acompañada!—dijo Orsini con espanto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sí! Haced de modo, sàbio astrólogo, que en ese dulce retrete se prepare todo para seis, en vez de serlo para dos. Quiero llevar allí à Blanca y à Juana, y os encargo que lleveis á Felipe d'Aunoi y al gentil Oliverio, sin el cual no está bien Juana en ninguna parte. Por lo demas, siempre los mismos cuidados y la misma prudencia, y que la barca nos espere mañana à la hora de costumbre. Es preciso hacer algo por esas pobrecillas, que se fastidian mucho al lado de sus maridos, de esos hermosos príncipes helados, lo mismo que nuestro señor y amo el rey de Navarra, quien parece haberse casado para correr incesantemente por los montes y por los valles. Vé, pues, y ten pronta tu escalera, la cual tendrémos cuidado de llevar.

Estas últimas palabras eran demasiado agradables al oido de Orsini para que intentase desviar á la reina de Navarra de la ejecucion de su proyecto.

Así, pues, se apresuró á avisar á los hermanos d'Aunoy, y al page Oliverio.

En la misma noche, Margarita estaba con Juana y con Blonca en el balcon del Louvre, situado precisamente en frente de la Torre de Nesle.

—Veis, queridas hermanas,—las dijo señalàndoles la torre,—no se diria que eso ha sido construido espresamente para los imperios del amor, y para odio á los zelosos?

—No sé,—respondió Juana;—pero esas negras murallas me parecen poco á propósito para alegrar el corazon.

—Niña,—dijo Margarita,—qué importa el esterior cuando en el interior está la felicidad? No habeis pensado como yo, en ciertos momentos, en los placeres que se pueden gozar en un asilo seguro, impenetrable para todos, escepto á aquellos con quienes uno quiere estar? Y no conoces qué cosa tan dulce debe ser un prolongado beso, cuyo ruido no pudiera salir de las espesas murallas, bajo cuya proteccion se regalan y se reciben?

—Oh! hermana mia!—dijo Blanca ruborizándose un poco.

—Pero,—se aventuró à decir tímidamente Juana,—es seguro que esa torre es impenetrable para los indiscretos?

—De seguro,—replicó Margarita;—no tiene mas que una puerta que da al patio del hotel, puerta con reja de fierro y tan formidable, que resistiria los esfuerzos de un ejército, y á la salida que da al rio, no se puede llegar sin que una mano amiga baje del interior una escalera movible, de manera que la retirada es tan fácil como impotente seria el ataque. Estad mañana en mi aposento, un poco despues de la hora de la queda, y os diré algunas cosas mas.

Y al dia siguiente, un poco despues de las nueve de la noche, la barca trasportaba á las tres cuñadas de una á otra ribera del rio; y pocos instantes despues, las tres parejas estaban reunidas en la pieza principal de aquella torre, tan negra por fuera, y tan resplandeciente de luz en el interior.

Esa noche la orgía tomó proporciones colosales.

Orsini se espantó de eso, porque comprendió que no estaban mas que en el

punto de partida, y que Margarita no era muger que se detuviera en ese declive rápido en que se lanzaba con ese amor desenfrenado del placer que ya la habia hecho tan culpable.

Miéntras tanto Buridan proseguia su obra de observacion y de esploracion.

Ya, en trage de estudiante, rondaba en el Prado de los Estudiantes, al derredor del hotel de Nesle, y penetraba hasta el pié de aquella torre misteriosa.

Ya, vestido con el rico trage de los señores de la época, penetraba en la real habitacion de Felipe el Bello, y mezclado entre los cortesanos, espiaba las menores acciones de Margarita, à cuyos ojos estaba inconocible, á causa de la terrible enfermedad de que aun convalecia.

—Es decir,—se decia devorando su dolor,—es decir, que la infame no solo me ha traicionado, sino que me ha olvidado!.... Ha olvidado la espantosa solidaridad que ecsiste entre nosotros, y hé aquí despues de haber pagado tan caro su amor, la veo prodigarlo al primer imbécil cuyo rostro atrae sus miradas!

Y Buridan no decia eso sin razon; porque las cosas habian llegado á tal punto, que no teniendo ya límites la lascivia de Margarita, los hermanos d'Aunoi y el gentil Oliverio, como le llama Juana, eran reemplazados por alegres estudiantes, escogidos por Margarita entre la multitud de los que pasaban diariamente bajo las ventanas del hotel de Nesle.

Y cada noche eran nuevos amores, con gran perjuicio de los hermanos d'Aunoi y del gentil Oliverio, para quienes solo de tiempo en tiempo se abria la formidable puerta de la Torre de Nesle.

Pero de tiempo en tiempo se hacian oir siniestros rumores entre el pueblo.

Se decia que todas las mañanas arrastraba el Sena los cadàveres de muchos hombres de facciones distinguidas y de formas hercúleas.

El pueblo, cuya perspicacia es difícil poner en duda, notó muy pronto que esos cadáveres se hallaban siempre en el rio, abajo, y nunca arriba del hotel de Nesle.

Adónde, pues, estaban los matadores, y de dónde partian los cadáveres, que casi siempre tenian una ancha herida abajo de la tetilla izquierda?

La voz pública acusaba á los supuestos habitantes de la Torre; pero realmente, la torre estaba inhabitada, y miéntras que era de dia, estaban abiertas las puertas y ventanas.

Las gentes podian acusar, y no dejaban de hacerlo entre sí; pero no pudiendo probar nada, se callaban ante la justicia, la cual permanecia muda ante esos hechos monstruosos.

Pero si la justicia no sabia, ó no queria saber nada, no sucedia lo mismo á algunos personages; tal sucedia con Enguerrand de Marigny, contralor de hacienda, á quien las tres princesas molestaban incesantemente, y quien no siendo muy puro, se esforzaba en satisfacer à aquellas mugeres tan poderosas, à fin de hacerse de ellas un apoyo.

Habia querido saber á donde iban à dar las enormes sumas que incesantemente le pedian, y lo supo.

Pero sobre todo, nada ignoraba Orsini, quien de ministro *impartibus* se habia hecho verdugo, para no tener rival.

—Señora,—decia un dia á Margarita,—cuidad de no abusar demasiado: el pueblo murmura ya, y de la murmuracion à la sedicion, no hay mas que un paso.

—Qué! Tiemblas? Y tu pobre cerebro se estravia, por algunos villanos entregados à la muerte?

—Señora, si tiemblo, no es por mí, sino por vos. No sé como sucede esto, ni de donde viene; pero á cada instante del dia ó de la noche, cuando me ocupo en serviros, si tengo que volverme, se me aparece una figura estraña; si voy á ella se aleja; si continúo la obra comenzada, permanece, pero siempre á una distancia que no la puedo alcanzar.

—Vamos, Orsini, basta de soñar: nuevas alegrías! Hermosos querubines de quienes recibimos el penúltimo suspiro!..... Verdaderamente esto no es estraño: ¿quièn no compraria al precio de su vida la felicidad de pasar algunas horas en nuestros brazos?

Estas palabras no podian ménos de aumentar el espanto de Orsini, quien presentia una terrible tempestad.

—Ah!—se decia,—si ella pudiera ver con mis ojos, oir con mis oidos!..... Pero no: las pasiones de esa muger son un torrente que ruge, y que absorbe cualquier otro ruido.

Y continuaba siendo dócil y adicto.

Sin embargo, las cosas no podian quedar en ese estado.

Buridan, à fuerza de observar, habia descubierto mucho.

Resolvió, pues, dar un golpe decisivo, que le pusiese de nuevo en posesion del corazon de su querida, ó que la hiciese temblar por sus desórdenes.

Un dia que, ricamente vestido, se habia mezclado á la multitud de los señores que asistian á la mañana de la reina de Navarra, se aprovechó del momento en que uno de ellos le besaba la mano, y adelantándose detras del sillon en que ella acababa de sentarse, la dijo estas lúgubres palabras de manera de que ella sola las oyera:

—Margarita, qué hiciste de tu hijo?

La hermosa reina palideció.

Su fisonomía se contrajo y estuvo prócsima á desmayarse.

Pero, recobrándose pronto, hizo una señal á Gautier d'Aunoi, capitan de sus guardias, para que impidiese la salida á aquel hombre, á quien no habia reconocido, y quien se alejaba lentamente.

Buridan se dejó llevar al lado de la reina.

—Señor,—le dijo Margarita con una voz poco segura,—me parece no haberos visto aún aquí.



—En efecto, señora, no he tenido el honor de presentarme ante vuestra real persona, desde que dejasteis la corte de Borgoña; pero será ¿posible que el tiempo, los viages, y la cruel enfermedad que me atacó en estos últimos años me hayan cambiado hasta el punto de que no podais reconocer en mí á uno de los mas fieles servidores de vuestro padre, que está en la gloria?

Margarita le habia reconocido ántes de que hubiese acabado de hablar.

El rostro de la reina palideció de nuevo, se estremeció, y un sudor frio brotó sobre su frente; porque creia que Buridan se habia hecho matar bajo las murallas de Constantinopla, donde los cristianos habian sufrido una sangrienta derrota, y donde el antiguo page, herido peligrosamente, habia efectivamente sido contado en el número de los muertos; pero se esforzó en contenerse, y con su mas dulce voz, le dijo:

—Siempre es muy bien venido quien nos trae noticia de nuestra querida Borgoña; quedaos, señor, pronto os escucharémos.

Algunos instantes despues, Margarita y su antiguo amante estaban solos.

Al principio hubo largo silencio.

Margarita fué quien lo rompió.

—Teneis derecho de amarme?—le dijo con emocion; —por qué ha sido esta larga ausencia, y cómo habia de esperar volver á veros, cuando tanto he llorado vuestra muerte!

—Si me habeis llorado, señora, vuestro dolor ha durado poco, y habeis hallado una gran compensacion, y bastante lo sabe Mr. Gauttier d'Annoi, vuestro capitan de guardias

Margarita, que estaba de pié, saltò como si hubiese pisado una serpiente.

A un pensamiento de amor que tuvo al principio, acababa de succeder un pensamiento de muerte.

—Pues bien! sí,—dijo ella estremeciéndose de cólera, he procurado con emociones violentas hacer callar á la vez la voz de mi corazon y la de mi conciencia; ¿pero os toca á vos echármelo en cara? Quereis obligarme á decir en voz alta Este hombre es el asesino de mi padre?

—Como querais, señora; pero entónces tambien yo diré en voz alta lo que aquí digo en voz baja, lo que vos sola habeis oido: Margarita, ¿qué hiciste de tu hijo?

—Es decir, que volveis á mí con el corazon lleno de odio?

—No, con el corazon lleno de amor, Margarita, de ese amor que arde, que corroe, como vos sola sabeis inspirarlo. Pero os quiero nada mas para mí, como en otro tiempo. ¿Qué me importa morir si os he perdido?

—Ah! en eso reconozco á Buridan. Olvidemos lo pasado, amigo mio, y volvamos á ser lo que éramos en la corte de Borgoña, lo que nunca hemos dejado de ser, á pesar de las apariencias, que, os lo confieso, son contra mí. Oh! yo te haré grande, rico y feliz; pero te lo ruego, ni una sola palabra de lo pasado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y conservaréis á vuestro capitan de guardias?

—Hasta que una órden del rey, que obtendré muy pronto, le envie á hacer la guerra á Bretaña, donde los ingleses acaban de hacer una irrupcion....Dame tu mano, Buridan.

—Oh! ven á mis brazos, mi amada Margarita.

Y durante algunos momentos, no se oyó mas ruido que el de los ardientes besos que se daban.

—Margarita,—dijo en fin Buridan...para penetrar aquí, he tenido que ser audaz. Cómo he de volver; no tengo ningun cargo en la corte.

—Ya arreglarémos eso, amigo mio. El rey de Francia no es para nada nuestro ilustre suegro, y Enguerrand de Marigny nos permite con gusto agotar sus cofres. Solo quiero saber donde vives, mi bello y precioso caballero.

—Cerca del Louvre. En el hotel del Cisne de oro.

—Hasta luego, pues! Van á renacer nuestros hermosos dias.

Buridan se retiró con el corazon lleno de alegría, porque iban á realizarse todos sus deseos; por el camino del placer iba á llegar al cólmo de los honores y de la fortuna.

A lo ménos así lo creía; pero miéntras que se felicitaba esforzándose en olvidar todo lo que habia sabido desde su llegada á Paris, un hombre temible trabajaba en su pérdida.

Ese hombre era Orsini, á quien la reina de Navarra se habia apresurado á decir la vuelta del page, á fin de que tomase las medidas necesarias para proporcionarles una entrevista, que ella deseaba, cuando ménos tan ardientemente como su primer amante; porque al recuerdo de los voluptuosos instantes que habia pasado en los brazos de Buridan, habia vuelto á encenderse su pasion, y sus deseos renacieron mas vivos, mas ardientes que nunca.

El diestro y ambicioso astrólogo tenia ya demasiado vivas inquietudes para sufrir que Buridan recobrase el ascendiente que en otra época habia tenido en el alma de Margarita.

—Señora,—le dijo,—mi vida es vuestra, ya os lo he dicho y os lo repito, y estoy pronto á probároslo; pero á la vez se trata de la vuestra y de la mia; un secreto que saben tres personas, deja de ser secreto. Vuestra real voluntad va á decidir quién debe desaparecer de este mundo, si Buridan ó yo.

—Pues qué? No podeis servirme como ántes?

—Antes, señora, no teniamos que combatir mas que la autoridad de vuestro padre; hoy tenemos que cuidarnos de un padre, y ese padre es rey de Francia; de un esposo, hijo de un rey, y cuya cólera es terrible, y de un favorito que se hará matar ántes que renunciar á vuestra posicion....Y puesto que mi adhesion me obliga á recordároslo, tenemos que hacer cesar los siniestros temores que corren entre el pueblo, á propósito de una de estas últimas noches.....

—Orsini! Orsini! Aun cuando el infierno debiera abrirse para que me precipitaran viva en él, despues de una sola noche como aquellas cuyo recuerdo me

abrasa el corazon, no renunciaria yo á ella!.... Oh! tú conoces á Buridan, y yo le habia olvidado; pero he vuelto á verle, y mi amor se ha despertado jóven, ardiente, como en la época de nuestros primeros amores.

—Pues bien! Contentaos con una noche; que sea para vos un sueño delicioso; pero que ese sueño se desvanezca para siempre por vos al amanecer!

—Orsini! no digas eso.....Oh! tengo miedo de comprenderte.....Orsini, quiero conservarlo, quiero que viva!....

—Entonces, preparémonos á morir, vos, señora, y yo, vuestro fiel servidor.

—Oh, Orsini! Buridan es tan hermoso!....Oh! no le mates! No, no, es preciso que no muera....Oye, te daré cuanto oro sea necesario á fin de que le vigiles, para que no tengamos que temer sus imprudencias.

—Pero eso no nos salvará!....Una vez aún señora, la tempestad ruge, el fallo va á caer. Ya, ántes de salir de Paris, el rey vuestro esposo tenia sospechas. Dentro de algunos dias debe volver, y qué sé yo lo que entonces sucederá?

—No sabes, Orsini, que una palabra, que una mirada, que una caricia mia, bastan para apaciguar la cólera mas grande?

—Sí, sé qu easí es, y que lo mismo sucederá miéntras que dude; ¿pero cuando ya no dude? Cuando conozca toda la verdad?

—Entonces, Orsini....entónces se enfermaria, y tú te encargarias de curarle.

—Oh! señora.....

—Cuidado, Orsini, vacilas, y pronto ya no te reconoceré; pronto ya no serás mas que la sombra de ese hombre prodigioso, tan fecundo en recursos de toda especie, á quien Margarita de Borgoña ha visto hasta aquí como á su providencia.

—No, señora, no vacilo. Ahora, como en otro tiempo, Orsini está pronto á sacrificaros su vida; no le han cambiado los beneficios que le habeis hecho. No es por él por quien prevee y por quien teme, sino por vos, por vos sola....Por vos es por quien vela, por vos es por quien hiere; su brazo y su pensamiento no han perdido nada de su fuerza, y por eso es por lo que quiere herir todavía!

—Pero yo le amo, Orsini!....Le amo! Oyes? Le amo con pasion, con furor.

—Y hé ahí por qué os perdeis sin salvarle, si no os rendís á mi opinion. Hace un momento que os hablaba de las sospechas que ha manifestado el rey de Navarra; pero no es el único á quien tenemos que temer, pues muchas veces he visto á otro capitan de guardias, y á su hermano Felipe rondar al amanecer, á la orilla del Sena y al rededor de la torre de Nesle. No saben nada todavía, pero no es imposible que pronto descubran el misterio.

—Y si eso sucediese, no seria Buridan quien lo hubiese causado.

—Sin duda que la causa no puede ser de otro; pero Buridan es un peligro mas, peligro que debe creerse inminente cuando uno conoce al hombre.

—Es decir que quieres que muera?

—Es preciso. Una sola cosa podria impedirme persistir de esa opinion.

—Cuál?.....Dilo! Dí pronto lo que puede salvarle.

—Seria preciso que renunciarais á verle.

—Pero entonces, su amor se convertirá en odio, y es dueño de terribles secretos!

—Ya lo veis, es preciso que muera.

—Oh! cuántos dolores me preparas!

—Los muertos prontos se olvidan, señora!

—Sí, pronto olvida uno á los que ama.

—Y aun aquellos á quienes uno ha prodigado pruebas de amor.

Margarita de Borgoña levantó la cabeza con altivez, y echando á Orsini una mirada chispeante, dijo gravemente:

—Olvidais quien soy, Orsini!

—Sí, señora; cuando se trata de vuestra salvacion, cuando vuestro honor y vuestra vida está en peligro, de todo se olvida Orsini!

Hubo un largo silencio, durante el cual brotaron las lágrimas á las pestañas de los hermosos ojos de la reina de Navarra; porque del corazon de esa muger se puede decir con razon que era un enigma indescifrable, y un abismo sin fondo.

Orsini esperaba la última palabra.

Al cabo, Margarita enjugó sus hermosos ojos, de los que parecia que las lágrimas hacian brotar una nueva llama, y luego, levantándose lentamente, dijo con una voz profundamente agitada.

—Será, pues la última noche de mi felicidad!

Y fué á tomar una cajita que abrió con una pequeña llave que colgaba de sì misma, y volviéndose á Orsini le dijo:

—Toma, toma oro, mucho oro, y haz que los goces de esta noche sean tales, que no tenga yo tiempo de pensar que deben acabar.

—Os habeis salvado!—dijo el astrólogo sacando á manos llenas el oro de la cajita.....—¿Irán á esta fiesta las señoras Blanca y Juana?

—A esta fiesta!.... Pobre Buridan!.... Sí, Blanca y Juana irán..... Qué importa dos cadáveres mas?.... Esa fiesta será sin duda la última para mí.... Qué importa que la tierra tiemble y que el mundo se abisme al despertar, con tal que nada falte á las delicias del sueño?

Y miéntras que Margarita hablaba, el astrólogo continuaba sacando el oro de la cajita, cuyo contenido hizo pasar casi todo á sus bolsas.

Margarita continuó:

—Buridan necesita dos compañeros.... Que sean hermosos, Orsini! Hermosos como aquel cuya suerte deben correr.

Orsini se inclinó y salió.

Miéntras que eso pasaba, Buridan volvia á su hostería, meciéndose en los pensamientos mas seductores.

Iba, pues, á ser rico y poderoso.

No seria, como lo esperó en otro tiempo, esposo de Margarita de Borgoña; pero iba á ser, y era ya su dueño.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En lo de adelante, Margarita no podia tener mas voluntad que la de Buridan; era suya en cuerpo alma, y fortuna, y acaso pronto, esta muger que iba à ser su esclava, seria reina de Francia!....

Cierto que el rey Felipe el Bello era jóven aún; pero un soberano puede morir de tantos modos!....

Buridan sabia algo de eso cuando dejó la corte de Borgoña.

Cuando el antiguo page de Roberto II se saciaba de antemano con el pensamiento de todos los bienes de que pronto creía gozar, fué interrumpido en sus reflecsiones por las palabras de dos hombres del pueblo, que conversaban en alta voz, siguiendo como él, la orilla del rio.

—Le viste? preguntó el otro.

—Sin duda, y yo mismo ayudé á sacarle del agua, porque en ese momento pasaba yo el rio.

—Y la víspera se habian hallado dos.

—Y dos dias ántes, tres.....

—Y todos jóvenes y hermosos, de seguro caballeros, vestidos de seda, y con zapatos de tacones dorados.

—No se dice que todos llevan una herida de daga en el pecho?

—Sí, parece que les hieren de modo que mueran inmediatamente.

—Es preciso que los ladrones paguen bien á los soldados de la caserna, para que les dejen hacer trabajo tan grande y tan inmenso botin.

—Bah! compadre, lo mismo que los demas. Vas á echar la culpa de eso á los ladrones? Seria preciso que esos bandidos tuvieran al diablo en el cuerpo para venir de todos los puntos de la ciudad, á traer al mismo lugar los cadáveres de sus victimas, sin tomarse la pena de desnudarlos.... Eso seria demasiada brutalidad, compadre, y no es por eso por lo que pecan los truanes contra-bolsillos. En esto hay otra cosa; en cuanto á mi, al ver que esos cadáveres se hallan siempre abajo, y nunca arriba de esa torre tan negra por de fuera, y que dicen que es muy brillante por dentro, he pensado que en ese lugar se tiene una sed frecuente de sangre jóven y noble.....

—Pero esa torre depende del Hotel de Nesle, pertenece hoy à S. M. el rey.

—Cierto, eso lo sé tan bien como tú, pero el rey tiene una hermosa y larga descendencia, y puede ser que entre ella haya alguno que quiera introducirse en las venas sangre jóven y caliente en lugar de la vieja que tiene. He oido decir que algunos astrólogos y mágicos operan maravillosamente de esa manera mejor que lo puede hacer esa fuente de Jouvence.

—Por Santiago mi patron, compadre, que creo que eres adivino, y es cosa de dicha para los habitantes de la ciudad y para los villanos, que solo sirva la sangre noble para esos maleficios; porque de otro modo, los pescados del Sena tendrian mucho mas júbilo y francachelas.

Este coloquio, que Buridan oyó todo entero, le desencantó un poco; porque él sabia á qué atenerse respecto de la causa y de los autores de esos asesinatos, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se preguntó si en las presentes circunstancias no tenia nada que temer de una muger que de ese modo sabia imponer silencio á las gentes, y sepultar en la estremidad el secreto de sus desórdenes.

—Pero no,—se dijo esforzándose por disipar esa nube que habia oscurecido sus pensamientos color de rosa; esos desgraciados no han sido para Margarita mas que un pasatiempo, un medio de aturdirse, de saciar por un momento su corazon y sus sentidos. No les amaba, no podia amarles, y á mí sí me amal.... Me ama con un amor inmenso, casi insensato.... Es verdad que tambien debe temerme, y que la revelacion de los secretos que poseo, seria mucho mas terrible que la que pudieran haber hecho esos desdichados.... Pero puedo tomar precauciones.... Y luego, es preciso dejar algo á la ventura; bien se puede afrontar cualquier peligro, cuando se trata de conquistar casi un trono.

Y miéntras, Orsini se decia por su parte:

—Vamos, tres víctimas aún!.... pero ni una de mas. Señoras nueras del rey, que estais cada una doblemente provista, en lo de adelante no tendréis mas que un amante para compensar al marido, y nada mas, ó dejo de protejeros, y me voy á Italia, á donde con tanta felicidad he hecho llegar mi fortuna. Ya es tiempo de que goce yo de la vida, y de cambiar las amarguras de la obediencia con las dulzuras del mando.... Pero esta muger es verdaderamente magnífica, y no sé cómo el superintendente Marigny puede cubrir todos sus gastos.

En efecto, las prodigalidades de Felipe el Bello y de toda su familia, eran monstruosas: de ahí es que, aunque los impuestos fuesen percibidos con un estremo rigor, se veía frecuentemente obligado á establecer otros nuevos, y á menudo el rey y los ministros no tenian vergüenza de recurrir al robo, á las vejaciones de toda clase, á la mas desenfrenada bandería.

«Todos, dice Michelet, todos se apoderaron ciegamente de los primeros recursos que tienen en sus manos; deshonrosos, efímeros y hasta ruinosos, nada les importa.

«Robo, moneda falsa, confiscacion, asesinato, se informan poco de los medios.

«Añadid que las necesidades del lujo se hacen sentir; que los artistas italianos van á llegar; que el príncipe necesita joyas, sellos admirables, manuscritos preciosos, que tambien son joyas....

«Esos encantadores palacios del siglo XIV, cuyas ogivas admiramos todavía, alguna torre elegante.... todo eso es sudor y sangre!

«Esto simplifica la historia de Felipe el Bello y de sus hijos.

«Una inmensa necesidad, una avidez inmensa, eso fué todo su gobierno.

«Su historia se reduce á un solo acto: la confiscacion....

«Cae sobre los negociantes estrangeros, sobre los lombardos, sobre los negociantes indígenas, sobre los judíos; destierra á los unos y á los otros, reteniendo sus bienes....

Felipe va á tomar posesion de la Irlanda, y la reina llora por verse borrada en efigie por los negociantes de Burges.

—«Aquí,—dice con despecho,—no veo mas que reinas."

«Ya no habia mas judíos ni lombardos cuyos bienes confiscar, y quitó á las gentes acomodadas y á los nobles su vagillla de plata.

«Comenzó á falsificar moneda menuda y recibienda en moneda fuerte, prohibiendo á los señores tener moneda de plata, reservándose de este modo ser el único monedero falso." (1)

Y cuál era el precio del trabajo entre ese pueblo tan cruelmente tiranizado?

En aquella época el marco de plata valia tres libras siete sueldos diez dineros.

Un dia de trabajo de un buen carpintero y de un buen albañil, se pagaba con un SUELDO y el alimento, ó con UN SUELDO Y SEIS DINEROS sin alimentarle.

Los zapateros de media calidad eran pagados cuando mas á DOS SUELDOS.

Tal era el gobierno de la Francia en la época en que pasó el drama que referimos.

Un poco mas tarde, Enguerrand de Marigny, superintendente de hacienda, fué ahorcado por malaversacion y derroche de los fondos del Estado, y al mismo tiempo que se confiscaban sus bienes, se quemaba á los Templarios para apoderarse de sus inmensas riquezas, y gracias á los desórdenes del género de los que referimos, los cofres del Estado estaban siempre vacíos, como el tonel de las Danaides.

---

(1) MICHELET, compendio de la historia de Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Cita misteriosa.—Vacilacion de Buridan.—Buridan y Gauttier d'Aunoi.—Buridan es introducido en la Torre de Nesle.—Orgía.—Asesinato.—Buridan se salva.—Terror de Margarita de Borgoña.

Buridan, á pesar de la resolucion que habia tomado de dejar algo á la aventura y de afrontar el peligro, estaba muy preocupado cuando volvió à la hostería del Cisne de Oro.

Buscaba algun medio para manifestar á Margarita, que tratándole como á los demas jòvenes que en los últimos tiempos habian servido á sus placeres, era mas segura su pérdida, que dejándole bienes y desdeñándole.

Y hácia el medio dia, estaba sumergido en esas reflecsiones, cuando el hostelero llamó á la puerta de su cuarto, para anunciarle que queria hablarle una muger.

—Una muger!—dijo Buridan!—que entre.

Y, aunque esa visita no parecia anunciarle ningun peligro, llevó instintivamente la mano á su cintura, para asegurarse de que tenia su espada.

La muger se presentó.

Era una especie de gitana ya vieja, y cuya tez cobriza descubria su orígen meridional.

—Señor,—le dijo,—sois el caballero Juan Buridan?

—En efecto ese nombre y ese título son mios.

—Entonces, no debe sorprenderos la visita da una persona desconocida.

—Por Dios que acostumbro no admirarme de nada, y no tener miedo à nadie.

—Siendo así, no dudaréis en ir en cuanto dé la queda al Prado de los Escribientes cerca del rio.

—Al Prado de los Escribientes! ¿Es esta una cita para un combate?

—No, señor, es una cita de amor; y me han dicho que bastaria deciros esas palabras, para que comprendiérais lo demas.

—En efecto, comprendo todo lo demas; pero por mi alma! que el lugar me parece singularmente escogido.

—No estaréis allí mas que un instante, el tiempo necesario de entregar vuestra espada á quien os la pida, y de sufrir que os venden los ojos.

—Mi espada?

—Es una condicion impuesta por la persona á quien no conozco; pero á quien seguramente conoceis.

—Sí, sí....la conozco....y en ese rasgo sobre todo.

—Acabais de decir, señor, que no os admirais de nada, y que no teneis miedo de nadie.

—Y por Dios y por el diablo que he dicho la verdad!

—Entónces, vendreis?

Buridan frunció el ceño y no respondió; de repente su rostro se iluminó con un relámpago de alegría, y esclamó:

—Iré, muger!.... Iré, y daré mi espada; iré y me dejaré vendar los ojos.

—Voy á dar vuestra respuesta.

—Y á quien vais á llevarla?

—A quien me dió el encargo que acabo de cumplir.

—Una palabra mas, una sola....

—Ni una.

—Una, que pagaré con un escudo de oro.

Los ojos de la gitana chispearon al aspecto del escudo de oro, que Buridan acababa de sacar de su escarcela.

—Cuál es esa palabra,—preguntó.

—Quién os envia? un hombre ó una muger?

—Es un ángel, cuando no es un demonio.

—Oh! es ella,—esclamó Buridan,—es Ma.....

Aun no habia acabado, cuando la gitana bajaba rápidamente la escalera, llevando el escudo de oro que habia tomado, ó mas bien arrancado de la mano de Buridan.

Miéntras que esto pasaba, dos jóvenes estudiantes de la Sorbona, volvian al miserable desvan que era su domicilio en la calle de S. Julian el Pobre. (1)

Eran hermanos.

El mayor tenia veinte años y se llamaba Pablo Gourbeleau; el otro tenia diez y nueve años y se llamaba Germer.

Los dos eran grandes, bien formados, de unas caras encantadoras, comenzadas á sombrear por un bozo negro, que hacia saltar en relieve sus hermosos rostros, completando esa fisonomía masculina que anuncia fuerza y salud.

Acababan de entrar en la especie de taberna que estaba establecida al ras de aquel chiribitil, y los dos se habian sentado en la misma mesa; pero no pidieron ni jarra ni pan duro; sus escarcelas estaban vacías, y ese dia era para ellos dia de ayuno forzado.

(1) En el momento en que se escribian esas líneas, aun ecsistia aquella calle del Viejo Paris, que pronto debia desaparecer para dejar lugar á los nuevos edificios del Hôtel-Dieu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al principio, permanecieron mudos y pensativos; pero al cabo de algunos instantes, el primogénito, tocando la mesa con la mano, esclamó:

—Oh! madre Juana!

La madre Juana era la dueña del lugar, vieja megera encogida, que por un sueldo habria vendido su alma á Satanàs.

—Qué hay, queriditos?—preguntó aquella prometida del diablo, yendo cojeando á la mesa en que estaban sentados los dos estudiantes.

—Hay, madre Juana, que somos hijos de M. Gourbeleau, prevoste del rey nuestro señor, de la ciudad y senescalia de Vernon, lo cual no podeis ignorar, puesto que nuestro digno padre ha venido à pagar las deudas de sus queridos hijos.

—Me acuerdo de eso, queridito,—interrumpió madre Juana,—que adivinaba perfectamente la peroracion que venia despues del ecsordio; pero tambien me acuerdo de que el digno hombre me declaró que en lo de adelante seria ménos paternal, y que si abria yo crédito à sns amados hijos, como decis, no soltaria ni un dinero, pues pretende que debeis vivir como caballeros con los tres sueldos parisienses que os da cada dia.

—Que la peste ahogue á la megera!—esclamó Pablo;—no queriamos mas que una jarra de vino y una tajada de tocino, y cien veces te lo hubiéramos pagado, maldita!

—Enseñadme dinero, querubines mios, é incontinente se abrirà la cantimplora para serviros; si no, somos vuestra criada sin mas ni mas.

Cuando la madre Juana acababa de hablar, entró una muger en la sala en que pasaba la escena.

—Haceis muy mal,—dijo al entrar, en rehusar á estos lindos estudiantes una tajada de tocino, y una jarra de vino; que se les sirva inmediatamente, y que me cambien ese escudo de oro, tomando el precio de la comida.

Germer murmuró:

—El diablo me lleve si sé de donde me viene este regalo!

—Y, qué importa de donde vienen las cosas cuando son buenas,—respondió la recien venida, que habia adivinado las palabras de Germer, mas bien por el movimiento de sus lábios que por el sonido de su voz.

—Es verdad!—dijo Pablo; esa es una buena razon deducida en pocas palabras. Vengais de donde vengais, sed bien venida, y que la madre Juana traiga tres cubiletes.

Servido el vino y cambiado el escudo, Pablo, que como primogénito debia tomar la iniciativa, preguntó á la desconocida la causa de su munificencia con él y con su hermano, que nunca le habian visto.

Nosotros debemos decirlo aquí, aun cuando ciertamente, es una cosa adivinada por la mayor parte de nuestros lectores, esa providencia de los dos estudiantes, que los hacia romper tan generosamente el ayuno á que parecian condenados, era precisamente la gitana que salia de ver à Buridan.

—Escuchad, hijos mios,—dijo con una especie de uncion; sois hermosos, jóvenes, y debeis ser valientes; porque esta mañana se os ha visto jugar el puñal en el Prado de los Escribientes, y combatir con écsito dos contra cuatro. Dos damas de elevada clase, jóvenes y bellas, encantadas con vuestra hermosura, os convidan, para esta noche á los placeres de un festin como nunca se hacen en el cuartel de las escuelas.

—Por San German mi patron!—esclamó el mas jóven de los dos hermanos,—que yo tenia un presentimiento de que este encuentro nos traeria felicidades.

—Y sin duda, nos diréis quiénes son esas damas espertas que han hecho tan buena eleccion,—preguntó Pablo, quien no erraba en su primera aventura.

—En cuanto á eso, ni una palabra, respondió la gitana; todo lo que puedo deciros es, que no son hienas que se comen á las gentes.

—E imagino que no serán tan mudas, que no tengamos el gusto de oir sus dulces acentos. Arreglado. Loor á las escuelas! y hagamos honor al festin y á los encantos de esas hermosas. De beber, hermano!

—Aun no lo he dicho todo, saide,—dijo la gitana. Hay ciertas condiciones.

—Veamos las condiciones; es justo, cada uno tiene su derecho.

—En primer lugar, un poco ántes de la queda iréis al Prado de los Escribientes, al mismo lugar donde os acuchillásteis tan valientemente esta mañana. Podeis ir con espadas, con dagas, ó con puñales; pero allí, los entregaréis á quien os los pida, os dejaréis vendar los ojos, y conducir al lugar donde se os espere.

—Cáspita!—esclamó Pablo,—cuántas cosas en tan pocas palabras!

—Sí, pero sin violencia podeis decir *no*.

—Prometedme que no se me separarà de mi hermano,—dijo Germer.

—No se os separará sin vuestro consentimiento.

—Pues bien, hermano, en cuanto á mí, acepto.

—Es cosa arreglada,—dijo Pablo;—porque por mi parte, tengo mucha curiosidad de ver el fin de la aventura para renunciar á ella. Conque, honremos el vino de la madre Juana, esperando otra cosa mejor.

La gitana se retiró visiblemente satisfecha, y los dos estudiantes continuaron bebiendo, hablando de las consecuencias probables de una aventura que comenzaba de un modo tan singular.

Ya se ve que Orsini no perdia el tiempo.

Es porque era previsor y siempre tenia provision de informes, á fin de que Margarita y sus cuñadas tuvieran siempre á quien hablar, en un caso imprevisto.

Debemos decir ahora cuál era el pensamiento repentino que imprudentemente habia descargado la frente de Buridan, y hecho cesar la vacilacion que habia manifestado al principio; y es, que creia haber hallado un medio para impedir que la reina de Navarra hiciera con él lo que con los otros jóvenes que le servian de pasatiempo.

En cuanto la gitana salió de su aposento, escribió algunas líneas, que puso bajo un sobre y que selló con cuidado; luego fué al Louvre á ver al capitan de

guardias Gauttier d'Aunoi, à quien pidió una conferencia particular, que el capitan le concedió sin dificultad.

—Señor,—le dijo cuando estuvieron solos—vos sois caballero y fiel servidor de nuestro señor el rey Felipe IV.

—Por esos títulos está Gauttier d'Aunoi siempre pronto á verter su sangre.

—No lo dudo, y voy á hacérosle ver, fiándome en vuestra palabra en un asunto muy grave.

—Ya escucho.

—Lo mismo que vos, soy gentil-hombre y caballero. En este momento á vos y á mí nos amenaza un peligro. Cómo es esto? No podré decíroslo; pero si no me salvo de ese peligro, puedo hacer que os salveis, y para eso he venido á hablaros.

—Señor, Gauttier d'Aunoi, no teme ningun peligro cuando tiene su espada al cinto.

—Caballero, eso es muy bueno cuando se tiene al enemigo al frente; pero ahora no sucede así, y puedo esplicarme mas. Mirad esta carta que os entregaré, si me prometeis por vuestra fé y por vuestro honor no abrirla sino en el caso en que no me hayais vuelto á ver mañana al medio dia, y la que me devolveréis sin haberla abierto, sin vuelvo ántes de que espire ese plazo. Si no me volveis á ver, el contenido de esta carta os dirá lo qne no puedo deciros en este momento; si vuelvo, el peligro habrá pasado para vos y para mí, y quemarémos la carta sin abrirla.

—Hé aquí una cosa muy misteriosa, caballero; pero algunas veces, lo sé, el misterio tiene su precio.

—Aceptais?

—Por mi fé y por mi honor os prometo hacer lo que quereis, y juro por mi salvacion que ántes de las doce de la mañana, ni otro ni yo romperémos el sello de esta carta, y que os será entregada intacta si volveis ántes de ese momento. Es esto lo que queréis?

—No ecsijo mas.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, quizás; pero suceda lo que suceda, ya no teneis nada que temer.

Despues de esta entrevista, Buridan volvió á su habitacion, mucho mas tranquilo de lo que habia salido de ella; y convencido de que habia conjurado el peligro, esperó sin temor la hora de la queda.

En cuanto llegó la noche, Pablo y Germer, impacientes por ver el desenlace de la aventura, se encaminaron al Prado de los Escribientes, bañados, perfumados, y vestidos con sus mejores trages.

—Vaya una cosa muy estraña!—dijo Germer.

—Estraña, sí,—respondió Pablo,—pero de apariencias seductoras.

—No sospechas, hermano mio, quiénes pueden ser esas grandes señoras que conducen tan diestramente los negocios del amor?

—No; pero de seguro que no son bribonas vulgares.

—De qué lo juzgas así?

—Del estado de nuestra hacienda, que no nos hubiese permitido comer hoy, si la Providencia no nos hubiera ayudado bajo el rostro de aquella mensagera. Esa muger conoció nuestro estado respecto del capricho importante de amor y de guerra, y mucho me engaño si eso no la ha causado mas placer que compasion. Las gentes ordinarias ó las muchachas locas, no habrian tomado la cosa de ese modo.

—Es verdad! tienes razon! Pero acaso son viejas ó feas.

—En este caso, si hay buena mesa y buen vino, me siento capaz de perdonarlas; pero no hay nada de aquello y la fiesta será completa.

—Eso es lo que pronto sabrémos; porque ya van á dar las nueve, y no estamos ni á cien toesas del sitio designado.

Algunos instantes despues llegaron al lugar en que la misma mañana habian reñido con algunos hombres de la ciudad, y apénas llegaron allí, cuando á la luz de un rayo de la luna que pasaba entre las nubes, vieron que la gitana se dirigia á ellos.

Era una italiana, alma condenada de Orsini, quien con algunos hombres escogidos y probados por el astuto astrólogo, secundaba á este en el cumplimiento de sus siniestras funciones.

—No habeis olvidado vuestros convenios?—les dijo.

—No, respondió Pablo,—y para simplificar la operacion, hemos venido sin dagas y sin cuchillos.

—Eso es obrar como valientes compañeros. Voy á vendaros los ojos.

—Hacedlo lo mas pronto posible.

—Y os dejaréis conducir.

—Hasta el infierno si nos llevais allá.

—Gentil compañero, si vais, no será sin pasar por el paraiso.... He concluido. Ahora, dadme la mano, y andad.

Despues de haber caminado durante algunos momentos, despues de haber oido muchas puertas rodar sobre sus goznes, y subidos los peldaños de una escalera, entraron en una pieza, en que llegó á sus narices el olor de los manjares mas deliciosos.

—Hum!—hizo Germer.—Hé aquí un agradable preludio.

—Y dudo,—dijo Pablo,—que en casa del diablo haya tan buena cocina. ¿No nos desvendais en este lugar tan bueno?

—Tened paciencia, jovencitos; aun tenemos que andar otro poco.

Abrióse una puerta mas.

Los tres entraron en otra pieza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí cayeron las vendas de los estudiantes.

La gitana desapareció.

Grande fué la sorpresa de los dos hermanos, al verse en una sala magnífica y tan maravillosamente iluminada, que sus ojos saliendo de una profunda oscuridad, apénas podian soportar tanto resplandor.

Una mesa en que habia seis cubiertos, estaba admirablemente dispuesta.

Colocados en ricas cazoletas ardian deliciosos perfumes en las dos estremidades de aquella sala, toda llena de preciosos tapices y de voluptuosos muebles.

—Hé aquí, sin duda,—dijo Pablo á media voz,—una muestra del paraiso que nos prometió nuestra conductora.

—Pero no veo à los àngeles que nos han llamado á él,—dijo Germer.

—Mira lo que creo que anuncia su prócsima apariencia,—respondió Pablo señalando la mesa,—y á fé mia que, ángeles ó demonios, les daré la bien venida.

—Sospechas cuál es el lugar en que nos hallamos?

—Sería difícil. Afuera, la oscuridad es tan profunda, que desde esta ventana no se ve absolutamente nada; pero de seguro que estamos en buen lugar, y quien viva lo verà.

—Y no es ménos cierto que estamos perfectamente dispuestos á hacer las cosas.

—Bien valemos la pena!

—Orgulloso!

—Es mi opinion, y todo anuncia que tambien es la tuya. Si quieres quedar bien, es preciso que te convenzas de ello.

En ese momento rodaron en un triángulo dorado, los anillos de una rica mampara, y por ella aparecieron dos mugeres, jóvenes, resplandecientes de gracia y de belleza, y tan galantemente vestidas, que sus deliciosas formas habrian condenado á los santos.

Eran Blanca y Juana.

Los estudiantes se quedaron mudos de sorpresa y de admiracion.

Con todo, Pablo se serenó muy pronto, y acercándose à Blanca quien le sonreía, tomó una de sus manos y la besó, y luego, arrodillándose, la dijo con emocion:

—Dios mio! Si esto es un sueño, haz que nunca me despierte!

Blanca le preguntó riendo:

—Acaso en las escuelas aprende uno á soñar despierto?

—Lo que es cierto, señora, es, que las cosas mas bellas que se pueden aprender allí, no valen ni una sola de vuestras miradas.

—Hermoso pasante, quiero que os senteis á mi lado, para que en los postres me repitais eso.

Pablo estaba enteramente tranquilo; comprendió que la dama queria aprovechar el tiempo, y obró en consecuencia de ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Germer por su parte, siguiendo el ejemplo de su hermano, tomó tambien una de las manos de Juana, y la colocó sobre su corazon, diciéndola:

—Señora, suceda lo que suceda, en lo de adelante no palpitará sino por vos.

—Eso es moneda de estudiante,—respondió Juana;—pero quiero creerla de buena ley, á lo ménos hasta mañana.

—Oh! siempre, siempre!

—Qué niño sois! Siempre, en amor, no es mas que una palabra, y á veces un instante vale por toda una eternidad. Ya buscarémos ese instante.

Cuando acababa de hablar, entró Margarita de Borgoña, acompañada de Buridan, quien á su llegada fué conducido inmediatamente al lado de Margarita, de la reina de Navarra.

Aunque Buridan habia sido introducido con las mismas precauciones que los pasantes, adivinó donde le llevaban; pero creia no hallar allí mas que á Margarita, y no pudo evitar un movimiento de sorpresa y casi de espanto al ver á los otros cuatro personages.

—Qué tienes, mi Buridan?—le preguntó la hermosa reina con su voz acariciadora.—No conoces que los placeres son mas vivos cuando se dividen con otros? He querido que nada faltase á esta noche para que fuera deliciosa. Pongámonos á la mesa, y que reine la confianza.

Esas palabras no tranquilizaron mas que á medias al amante de Margarita.

La presencia de los dos estudiantes le parecia un mal presagio, porque él sabia bien de dónde salian todos los cadáveres hallados hacia algun tiempo en el Sena, y se decia que, puesto que no se temia la indiscrecion de aquellos dos jóvenes, era probablemente porque se proyectaba ponerlos en la imposibilidad de no revelar nada.

Y ademas, en semejante caso, tan facil era matar á dos como á tres.

Margarita, al verle pensativo, le tomó en sus brazos, y estrechándole contra su corazon, le dijo:

—Ingrato! ¿Es preciso que yo sea quien os pida un beso?

—No sabes cuanto te amo, Margarita!

—Oh! palabras! palabras! cuando arden mis lábios y mi corazon!

Pusiéronse á la mesa.

Las copas se llenaron de los mejores vinos, y mil frases de amor salieron de todas las bocas.

Luego, las manos y los lábios se buscaron, y todos, bajo el imperio de la doble embriaguez del amor y del vino, se creyeron trasportados á un mundo desconocido y lleno de delicias.

Todos, es mucho decir, porque Buridan, aunque afectaba participar de todos los trasportes de su querida, habia conservado su sangre fria.

Y aprovechándose del momento en que Margarita habia llegado al mayor grado de espansion que la orgía le habia inspirado, se inclinó á su oido, y le dijo:

—Margarita, qué van á hacer de esos dos jóvenes?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De los ojos de la reina brotó un relámpago como para aniquilar á Buridan.

—Tienes miedo?—le preguntó.

—Miedo! No.

—Tu mano tiembla.

—Acaso de emocion, pero nunca de temor.

—Por qué me preguntas eso?

—Porque estoy convencido de que Margarita no tiene secretos para Buridan.

—Y quieres saber.....

—Lo quiero.

—Pues bien!—dijo inclinándose á su vez al oido de su amante,—pagarán su dicha con su vida.

Buridan palideció.

—Es demasiado caro?—continuó la reina.

—Quizás!

—Confiesa que temes participar de su suerte.

—Ya te lo he dicho; no temo nada.

—Lo has dicho, pero eso no es verdad.

—Se diria que quieres espantarme.

—Es un antojo que podria venirme.

—Tanto peor.

—Por qué?

—Porque no lograràs satisfacerlo.

—Eso no es seguro.

—Inténtalo.

—Si yo te dijera .....

—Donde estoy? Lo sé. Estoy en este momento en la Torre de Nesle, de donde desde hace algunos meses, se han arrojado al rio cierto número de cadáveres, teniendo la poca prevision de no despojarlos de sus vestidos, de manera que á las gentes mas sencillas no les ocurriria atribuir esos asesinatos à los bandidos que infestan la ciudad de Paris. Ya ves que diciéndome todo eso, no me dirias nada de nuevo.

—Pero podria añadir algo.

—Mas espantoso?

—Sí.

—Para mí?

—Para tí.

—Es imposible.

—Me desafias?

—Como gustes.

—Pues bien! si yo te dijera: «Buridan, esos dos jóvenes irán dentro de algunas horas, ó mas bien, algo mas tarde, cuando yo quiera, donde han ido los cadàveres de que acabas de hablarme?

—Ya me has dicho eso.

—Y si añadiera: «Buridan, te está reservada la misma suerte, y esta vez será aprovechada la juiciosa observacion que han hecho, para que su cuerpo no sea reconocido?

—Si añadieras eso, Margarita, no seria yo quien temblara.

—Fanfarron!

—No seria yo, te digo.

—Pues quién, señor temerario?

—Tú.

—Y quién seria el insolente que tendria la pretension de hacer temblar á la reina de Navarra?

—Yo.

—Tú! Buridan, pon la mano sobre este corazon, que en este momento late con el fuego de los deseos y de la voluptuosidad; mira estos ojos que llenan el placer; mira mis lábios húmedos y ardientes, mis mejillas animadas por la pasion abrasadora, y procura hacer desaparecer todo eso; yo te lo permito: intenta apagar el fuego de mis miradas, hacerme palidecer, hacer temblar esta mano que estrecha la tuya, y si lo logras, me confesaré vencida.

—Pues bien! escucha: si me dijeras sériamente lo que acabas de decirme como suposicion, respecto de la disposicion en que estuvieras de hacerme participar de la suerte de los jóvenes que han entrado aquí llenos de amor, de vida y de salud, y que no han salido sino cadáveres, en vez de temblar, lo cual nunca me ha sucedido, te responderia: «Margarita, si Buridan no conoce el miedo, no por eso es imprudente. Antes de dejarme conducir à este lugar, habia adivinado donde querian llevarle y como se proponian hacerle salir. En consecuencia de esto, se presentó á un personage de su íntima confianza, á Gauthier d'Aunoi, tu capitan de guardias y tu amante, y presentàndole una carta, le dijo:—«Jurad por vuestra fé de cristiano y por vuestro honor de caballero, no romper el sello de este paquete sino en el caso en que no vuelva yo á veros mañana al medio dia. Entónces hallaréis en él cosas que os interesan mucho. Si vuelvo ántes de la hora fijada, quemarémos la carta sin abrirla, porque lo que contiene ya no interesará á nadie, y en este caso debe ser ignorado." —Y el capitan de guardias juró por su fé de cristiano y por su honor de caballero, que se conformaba esactamente con mis instrucciones.

—Y qué decia esa carta?

—Oh! pocas cosas: algunos informes sobre la muerte del duque de Borgoña Roberto II, sobre la preñez de Margarita de Borgoña ántes de su casamiento, y la desaparicion de su hijo; en fin, dice que, si no vuelvo á aparecer, seria porque habria yo sido asesinado por Margarita de Borgoña, con quien iba yo á pasar la noche en la torre de Nesle. Ya ves, hermosa reina mia, que si así sucediera, no seria Buridan quien debia temblar.

La reina de Navarra no palideció, sus ojos no perdieron nada de su brillo, su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano que estaba entre las de Buridan, no tembló; pero no replicó, y como miéntras que ellos hablaban en voz baja, habian desaparecido las otras parejas, esclamó despues de un momento de silencio:

—Qué locos somos! pasando así unos instantes que pueden ser tan dulces! Blanca y Juana han estado mejor inspiradas. No es tiempo de imitarlas, amada mia?

El ex-page, que ya estaba tranquilo, la tomó en sus brazos, y desapareció con aquella carga, que à la vez era tan encantadora como tan horrible.

Aun dormia Buridan, cuando un poco ántes de que amaneciera, le despertó un grito penetrante.

Margarita no estaba ya á su lado.

Creyóse perdido y apénas se vistió, salió del aposento y corrió á la ventana, buscando una salida que apénas esperaba encontrar.

Por fin, llegó á una pieza en que, à la luz de una lámpara que ardia en un rincon del hogar, percibió á un jóven que se torcia los brazos, gritando con uua voz ahogada por el dolor y la desesperacion:

—Malvados! Monstruos! Han matado à mi hermano! Mi hermano ha muerto!

Inmediatamente le reconoció Buridan.

Era el mas jóven de los dos estudiantes con quienes habia cenado en compañia de Margarita y de sus dos cuñadas.

Por culpable que era él mismo, el amante de Margarita, se conmovió á la vista del dolor de aquel niño.

—Pensad en vos mismo, amigo mio,—le dijo,—y procurad huir. No sabeis donde estais?

—He venido con una venda en los ojos.

—Pues bien! Mirad por esta ventana. El Louvre está delante de vos, el Sena corre veinte piés abajo de este cuarto: ya es el sepulcro de vuestro hermano, y será el vuestro si no lograis huir.

—Y no tengo ni una arma, ni un puñal, nada!

Al hablar así, el desgraciado buscaba en sus bolsillos, y sacó sus tarjetas de marfil.

—Oh! tal vez podemos ser vengados! Conozco à la muger en cuyos brazos he pasado la noche; en su embriaguez se le escapó su nombre; ojalà y este nombre sea escecrado por la posteridad!

Y con la punta de un alfiler que desprendió de su pespunte, grabó en las tarjetas:

«Muero asesinado por Juana de Borgoña, despues de que pasé la noche con ella en la torre de Nesle.»

Apénas habia acabado, cuando de detrás de la tapiceria, salió un hombre, y con una daga le hirió en el pecho y le tendió en el suelo.

Ese hombre era Orsini.

Despues de este primer golpe, se dirigió à Buridan, quien apoderándose de un escabel, se sirvió de él como de una arma, y se puso á la defensiva.

—Es inútil que hagais resistencia,—le dijo el astrólogo;—detras de mí tengo cuatro hombres, á los que no tengo mas que decir una palabra, para que os hagan pedazos. Aprovechaos mas bien de algunos instantes que quiero concederos, en consideracion á vuestra antigua amistad, para que oréis y pidais á Dios perdon de ciertos pecadillos que seguramente no habreis olvidado.

—Escúchame Orsini,—respondió Buridan,—quieres asesinarme y yo quiero salvarte, impedir que te desuellen vivo ó que te quemen lentamente.

—Eso es una astucia de guerra.

—No, no; por mi eterna salvacion, que voy á decirte la verdad, como esta noche se la dije à la reina de Navarra.

—Os oiré si la leccion es corta.

—Solo algunas palabras.

—Apresuraos.

—Antes de venir aquí, adiviné lo que se queria hacer de mí; lo he escrito, lo mismo que otras cosas del pasado de Margarita y del tuyo; en seguida he entregado la carta á Gauttier d'Aunoi, quien la abrirà si no me vuelve à ver hoy, y que me la volverá cerrada si vuelvo á su lado.

—Sé todo eso.

—Es imposible.

—No se lo habeis dicho esta noche á la reina?

—Es verdad; pues entonces, ya ves que es preciso que salga yo de aquí!

—A pesar de eso, ó á causa de eso no debeis salir vivo.

—Pero entonces, tú y la reina estàn perdidos.

—Al contrario, entonces la reina y yo nos salvamos.

—Estás loco, Orsini?

—Vos sois quien perdeis el juicio: seguramente que el peligro os ha perturbado.

—Es preciso que no hayas comprendido lo que te he dicho.

—Lo mismo que la reina, he comprendido perfectamente.

—Te repito que dentro de algunas horas, el capitan de guardias leerá la carta que le he entregado, y.....

—Y yo os digo que no la leerá.

—Pero en nombre de Dios, esplícate!

—El momento está mal escogido.

—Esa es la única gracia que te pido. Dices: *no la leerá!* Yo te pregunto por qué?

—Qué niño sois? No sabeis que Gauttier d'Aunoi daria su cuerpo y su alma á la reina; y que si ella se lo ecsigiera renunciaria hasta el paraiso?

—Razon de mas para que la escecre cuando lea lo que he escrito.

—Pero no lo leerà.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dime por qué.

—Ya veis que tengo razon en deciros que el peligro os estravia. No comprendeis que la reina de Navarra pedirá la carta al capitan, quien por ella renegará de Dios y se la dará.

—Eso no es mas que una suposicion.

—Pues bien! Si rehusara darla, se le quitaria.... Y ahora, debeis estar satisfecho; orad, à fin de que no tenga yo que echarme en cara haber abierto á mi antiguo amigo las puertas de los infiernos.

—Es decir que insistis en matarme!

—Vos mismo os habeis cerrado todas las puertas de salvacion que habian podido abrírseos.... De rodillas, de rodillas os digo!

Y Orsini, escitándose á sí mismo, y blandiendo su daga, dió un paso mas para herir à su última víctima.

Entonces Buridan, reuniendo sus fuerzas, quizá duplicadas por su desesperacion, retrocedió hasta la pared, y luego, saltando como un leon, cayó sobre su adversario, y de un golpe de escabel le tendió á sus piés cerca del jóven Germer, quien acababa de ecshalar el último suspiro.

—A mí, muchachos!—gritó el astrólogo al caer. Inmediatamente aparecieron cuatro hombres armados de machetes; pero Buridan habia tenido tiempo de quitar la daga á Orsini.

Entónces comenzó una lucha terrible, en la que Buridan, combatiendo con el valor de la desesperacion, y escudándose con el escabel que tenia en una mano, miéntras que con la otra asestaba golpes terribles con la rapidez del relámpago, puso en un instante fuera de combate á dos de los cuatro asesinos.

Pero casi inmediatamente, uno de los otros logró quitarle el escabel, de modo, que obligado á combatir á cuerpo descubierto, con dos hombres mas robustos y mejor armados que él, se vió obligado á atacar.

Bien pronto le faltó espacio, entónces ya no atacó, pero saltó de nuevo dando golpes terribles.

En fin, sus fuerzas se agotaron.... iba á sucumbir.....

Su brazo se debilitó, sus golpes eran ménos seguros, el sudor bañaba su cuerpo, la luz iba á apagarse, y parecia que iba à caer, cuando con un último y supremo esfuerzo, saltó sobre una caja que estaba á sus piés, y de ahí sobre el borde de la ventana.

—Me salvé!—esclamó tirando un último golpe, que desarmó al que mas le estrechaba de sus enemigos; me salvé! Y ahora, si no has muerto, cuidate bien, astrólogo envenenador y mentiroso! y que se cuiden tambien los que y las que te sacian de oro para que hagas tan horrendo oficio, y tambien á los bandidos á quienes pagas para servirte.

—Ah!—esclamó Orsini, quien hacia algunos instantes que habia recobrado el conocimiento y procuraba levantarse, – y no harán callar á ese maldito con una buena estocada en la garganta?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



—No, astrólogo, no, no se harà eso,—respondió Buridan;—porque ya no tienes á tu servicio mas que á un malvado que tiembla, y á quien cortaria los puños y las orejas, si no tuviera necesidad de respirar un instante ántes de salir de este abrigadero de asesinos.

—Salir!—dijo el astrólogo enderezándose como si su cuerpo hubiese estado sometido à una pila galvànica; no, no saldrá!.... Las puertas estàn bien guardadas, homicida! y no hallarás en ellas á quien hablar.

—Ah! gracioso desollador!—dijo Buridan riendo;—pobre animal, que piensa que yo solo voy á emprender un sitio!.... No, amigo mio, no tengo delante de mí un largo y ancho camino?

Búridan, desgraciado de tí!—esclamó Orsini cogiendo uno de los machetes que estaban tirados en el suelo.

—Oh!—dijo el page sonriendo,—la ocasion es propicia para enviar tu alma á los infiernos; pero no sucumbiré á la tentacion. Es preciso que vivas, Orsini, es preciso que siempre sea posible obligarte á confesar la verdad.... Adios, maestro, que te dejas vencer por tu discípulo!

Y diciendo esto, se volvió de modo de estar frente al Louvre, y con la sonrisa en los lábios, se precipitó en el rio, que felizmente para él, era muy profundo en aquel lugar.

Tocó al fondo, pero suavemente, y para volver pronto à la superficie y tenderse en ella como un nadador esperto que necesita reposo.

Miéntras que esto pasaba, Margarita y sus dos cuñadas habian ido á la puerta del agua; pero á consecuencia de órdenes mal comprendidas, la barca no estaba allí, y se succedió un prolongado cambio de señales para hacerla ir, de manera, que las tres primeras que acababan de embarcarse, no habian pasado la tercera parte del tránsito cuando Buridan cayó, y para acercarse á ellas, no tuvo que dar mas que algunas brazadas.

Entónces, alzando cuanto le fué posible su cabeza encima del agua, esclamó:

—Margarita! Margarita! Buridan no ha muerto!

La reina de Navarra lanzó un grito de espanto.

Blanca y Juana se sintieron desmayar.

—Rema, batelero!

Pero ya el nadador se habia adelantado al batel, y se volvió y gritó de nuevo:

—Margarita! Buridan no ha muerto! Vive!.... vive para la venganza!.... Oh! Margarita! Desgraciada de tí! Desgraciada de tí!

—Estamos perdidas!—dijo Blanca.

Juana no dijo nada.

Al segundo grito de Buridan se habia desmayado.

La reina de Navarra temblaba; pero habia conservado toda su presencia de espíritu.

—Y qué!—dijo,—os espantan hasta ese punto las injurias de un loco, de un

infame!..... Batelero! Te doy diez escudos de oro si alcanzas á ese nadador y le rompes la cabeza de un remazo!

El batelero hizo esfuerzos inauditos para merecer la recompensa prometida; pero entónces se hallaba en un punto en que la corriente era mas rápida, y siendo pesada la barca, habrian sido necesarias mas fuerzas que las de su patron para impedir que arribara.

Margarita echó una poca de agua al rostro de Juana, y esta recobró los sentidos.

—No temais nada, primas,—decia la reina,—ese miserable no se escapará á la pena que ha merecido. Vamos, batelero, solo está á diez pasos de nosotros, te prometo veinte escudos en lugar de diez.

—Aun cuando se tratase de ganar el paraíso ó el reino de Francia,—respondió el fatigado patron,—no lo lograria. Ese maldito nada como un pescado: es preciso que tenga el diablo en el cuerpo, y si se hallara al alcance de mi remo, no sé quién peligraria mas, si él ó nosotros.

—Lo oís!—esclamó Blanca con desesperacion:—oh! estamos perdidas!

Juana se volvió á desmayar y la atacó una crísis nerviosa tan violenta, que fué necesaria la ayuda del batelero para contenerla é impedir que se rompiese la cabeza y los miembros contra las paredes de la barca.

Margarita estaba fuera de sí.

La rabia, que dominaba su espanto, la cegaba á tal punto, que cogió uno de los remos, y lo lanzó con todas sus fuerzas hácia el nadador, quien se alejaba mas y mas.

—Qué habeis hecho, señora,—esclamó el batelero, quien obligado á contener á Juana, no dirigia ya la embarcacion;—ya estamos mas de quinientos pasos abajo del puente donde debiamos abordar, y me quitais el medio de volver á nuestro camino. Si continuamos navegando de este modo, de cierto que irémos hasta los Hombres-Buenos, y acaso mucho mas léjos, sin tocar la orilla.

Cuando acababa de hablar, Buridan llegaba á a playa y salia del rio.

Hizo con sus dos manos una especie de vocina, y gritó de nuevo:

—Me he salvado! me he salvado! desdichada de tí!

Comenzaba á amanecer cuando el ex-page llegó á la hostería del Cisne de Oro.

Cambió sus vestidos y corrió al Louvre.

Miéntras tanto, habia cesado la crísis nerviosa de Juana; Margarita estaba mas tranquila, y el batelero, con el último remo que le quedaba, logró llegar á la orilla.

Pero, así como lo habia previsto, no fué sino hasta cerca del lugar llamado de los Hombres-Buenos, y que aun lleva este nombre donde logró tocar en tierra.

Entónces se procuraron remos y otro nuevo remero, y la embarcacion comenzó por fin á volver á subir el rio, no avanzando sin embargo, sino muy lentamente, à causa de la rapidez de la corriente.

Hacia calor: la mañana era hermosa.

La reina y sus cuñadas convinieron en que al volver al Louvre se hablaria de un paseo en el agua que quisieron hacer ántes de que amaneciera, y que, por impericia del batelero se habia prolongado mas de lo que querian; y la vuelta se hizo sin obstáculo.

Pero mucho ántes de que llegaran, Buridan habia podido ver á Gauthier de Aunoi.

—Caballero,—dijo,—el peligro ha cesado, y no dudo que cumplais vuestra palabra, y que me entregueis la carta confiada à vuestra buena fé.

—Tomadla, señor, —respondió Gauthier;—pero no queréis decirme algo mas de este misterioso asunto?

—Por ahora es imposible. Mañana, tal vez, ó algun otro dia, será de otro modo, y os empeño mi palabra de deciroslo todo entónces.

—Sin embargo, como habeis dicho, el negocio me importa, y entónces por qué ese retardo?

—Por razones que sabréis y que no puedo deciros ahora.

—Con todo, seria bueno que supiera yo donde podré hablaros.

—Os bastará preguntar por el caballero Juan Buridan, en la hostería del Cisne de Oro, cerca del Louvre.

—Vive Dios que es cosa muy agradable estar mezclado en una aventura de la que no se sabe ni una palabra, y habria yo debido imponeros la condicion de que me dijérais algo.

—No sintais eso, señor; porque si ahora dijese yo lo que deseais saber, acaso os arrepentiriais amargamente de habérmelo preguntado.

—Sea como gusteis, y admito vuestra palabra de hablar de ello dentro de breve plazo, y de ver de la manera mas clara lo que en esa aventura puede haber de comun entre los dos.

Buridan se retiró muy satisfecho.

Sin duda que habia corrido un peligro muy grande; en lo de adelante podia contar con todo el odio de Margarita, y sabia todo lo que era ella capaz de emprender; pero en cierto modo, era dueño de la situacion, y podia sin correr riesgo de perder terreno, tomar la ofensiva ó esperar el ataque.

Decidióse á este último partido.

Le parecia imposible que la reina de Navarra dejase suspendida sobre su cabeza la espada de Damócles, que en vano habia intentado romper, y pensaba que la derrota que acababa de sufrir le haria desear la paz, la cual estaba bien resuelto à venderle lo mas caro posible.

Margarita por su parte pensaba en desviar la nube que tanto habia engrosado durante la última noche.

Luis el Hutin, su marido, no podia tardar en volver à Paris, y acaso entónces seria muy tarde para hacer desaparecer la huella de sus desórdenes.

Ante todo, quiso saber si Gautthier no tenia algunas sospechas, é intentó apo-

derarse de la carta de que le habia hablado Buridan, y que la llenaba de vivas alarmas.

Así es que, en cuanto reparó el desórden de su tocado, mandó llamar al capitan de sus guardias, quien inmediatamente fué á verla:

—Oh! reina mia,—le dijo, mirando su rostro pálido, con ojeras, fatigado,—reina de mi corazon, estoy seguro de que anoche no habeis dormido.

—Sí, Gauthier, no he dormido; he tenido un mal sueño, un sueño espantoso, que me ha desgarrado el corazon.

—Y qué! Os afligis así por un sueño! no sabeis, mi divina soberana, cuán funesto puede ser semejante esceso de sensibilidad?

—Si supiérais cuál es ese sueño, no me hablariais así.

—Pero es tan terrible!.....

—Ah! sí, horrible, y que al despertar me ha hecho verter amargas lágrimas.

—Y no quereis, mi querida Margarita, decirme qué cosa es lo que tanto ha herido vuestro real corazon?

—Lo quereis, Gautthier?

—Os suplico, amada mia, que todo me lo digais.

—Pues bien! amigo mio, he soñado que me sois infiel.

—Yo!

—Vos, Gautthier, vos, por quien lo he olvidado todo! Vos á quien he dado con tanta felicidad amor por amor!

—En efecto, eso es espantoso; pero sabe Margarita que eso no es, que no puede ser mas que un sueño, y un sueño mentiroso.

—Sí, es un sueño; pero al despertar le he comparado con ciertas circunstancias que me lo hacen creer una realidad.

—Oh! Margarita! Margarita! no digas eso!..... Qué! creerias que por un instante pudiera yo dejar de amarte, yo que te adoro como se adora á Dios! yo, que daria gustoso mi vida por uno de tus besos!.... Podrias creer que otra hubiese ocupado el lugar que ocupas en mi corazon, que no late mas que por tí, y donde está grabada tu imágen con caracteres de fuego!.... Ah! sí, eso es espantoso, horrible!.... Es para volverme loco de dolor y de desesperacion. Oh! Dime, dime que no crees en ello, dime que he conservado tu amor y que siempre crees en el mio; dime eso si quieres que viva, y si quieres que mi razon no se estravie!

—Lo diré, lo diré; pero no por eso me afligirá ménos que mi Gauthier tenga secretos para mí.

—Secretos?

—Sí.

—Pero ni uno de mis pensamientos, ni una de mis acciones he pensado en ocultar á la querida de mi corazon, y estoy pronto á jurártelo.

—No jures, amigo.

—Quiero jurar para convencerte.

—No es necesario eso.

—Pues qué es preciso hacer?

—Decirme de donde venia una carta que os entregó ayer un desconocido.

—Una carta? Sí, en efecto, me entregaron una carta; de donde venia, no puedo deciroslo.

—Y os atreveis á afirmar, é ibais á jurar que no teniais secretos para mí!

—Y estoy pronto á juraros que ignoro de donde venia esa carta.

—Pero cuando ménos, sabeis lo que decia?

—No la he leido.

Un rayo de alegría iluminó rápidamente el rostro de la reina; pero se esforzó en disimular la satisfaccion que le causaban las últimas palabras del capitan.

—Ah!—dijo,—Gauthier, eso es un subterfugio indigno de un caballero.

—Tambien voy á jurar que no la he leido.

—Es mas fácil probarlo entregándomela.

—Ya no la tengo.

—Oh! eso es demasiado!

—En el nombre de Dios, escuchadme, Margarita!

—Confesadme á lo ménos que en este momento someteis mi credulidad á una prueba cruel!

—Dios me es testigo de que es contra mi voluntad. Oid lo que ha sucedido: un hombre, un caballero, quizás un loco, porque ahora que pienso en ello, estoy tentado de creer que ese personage no tiene sana la cabeza; sea lo que fuere, ese hombre, que me dijo ser el caballero Juan Buridan, vino á entregarme una carta bien cerrada. Me dijo que contenia una cosa muy importante para mí; pero que no podia dejármela sino bajo mi palabra de no abrirla mas que hoy á medio dia, y solo en el caso de que no volviese por ella ántes de esa hora. Yo dí mi mi palabra....

—Y esperais que llegue la hora?

—No, porque él volvió esta mañana, y ya se la devolví.

Al oir esto se contrajeron ligeramente los labios de Margarita.

—Vamos,—dijo,—veo que es preciso renunciar á penetrar ese gran misterio.

—Pero yo sé donde hallar á ese hombre; voy á buscarle, á traerle á vuestros piés, á obligarle á deciros todo lo que quereis saber. Puedo hacer todo eso, y lo haré.

—No, mi Gautthier, no; ya son muchos disgustos para tan poco, y ahora me arrepiento de haber dado tal importancia á ese sueño que quiero olvidar, para no pensar mas que en tu amor y ser dichosa con él.

—Mi adorada reina! Poco ha faltado para que me volvierais loco de dolor, y ahora me vais á volver loco de alegría! Ven á mi corazon, y te daré un beso!

La conversacion duró algunos instantes mas.

Luego Gautthier d'Aunoi se retiró, dejando á su bella querida presa de una viva agitacion, que se aumentó á la llegada de Orsini.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Orsini y Margarita de Borgoña se ponen de acuerdo.—Audacia de Margarita.—Las tarjetas de Germer Gourbeleau.—Felipe el Bello y los hermanos Aunoi.—Juana, acusada de asesinato.—Proyectos de venganza.

Aturdido nada mas con el golpe que le dió Buridan, Orsini volvió en sí muy pronto.

—Curó á sus hombres heridos, hizo echar en el agua el cádaver de Germer Gourbeleau, y se apresuró á hacer desaparecer las señales de todas las escenas de desòrden y de violencia que habian pasado durante la noche que acababa de concluir.

La fuga de Buridan causaba al astrólogo una viva inquietud.

Temia los reproches de la reina de Navarra, y conocia bien que este acontecimiento, cuyas consecuencias podian ser terribles, disminuiria necesariamente la influencia que hasta entonces habia tenido en el espíritu de aquella muger imperiosa y violenta, cuyo amor y cuyo odio eran igualmente terribles.

Bastante difícil era preveer lo que iba á hacer Buridan; pues no se podia dudar què estaba sediento de venganza, y pronto á recurrir à los medios mas estremos para asegurar la pérdida de Margarita, que necesariamente debia causar la suya, la de él, de Orsini, que hacia mucho tiempo era el consejero y el cómplice de la reina.

Por un instante pensó en huir; pero su codicia le hizo olvidar sus temores, y acabò por persuadirle que las cosas no se hallaban en un estado tan desesperado como habia creido al principio, y que, gracias á los recursos de su talento y á la audacia de Margarita, era posible volver á conquistar el terreno que se habia perdido.

Resolvió, pues, afrontar la cólera de la reina de Navarra, á quien, ademas, esperaba calmar fácilmente.

En esa situacion de espíritu entró en el aposento de la reina, un poco despues de la salida de Gautthier.

—Aquí estais, pues, consejero maldito!—esclamó Margarita al verle.—Ah! perro condenado, ¿así es como sirves á quien te colma de beneficios?

—Señora, si supieseis todo lo que yo sufro en este momento, seguramente tendriais piedad de un servidor fiel, quien à esta hora estaria muerto, si solo hubiese sido necesario el sacrificio de su vida para que la desgracia de que teneis que lamentaros no hubiera sucedido!

—Pero, astrólogo perverso, ¿no supiste preveer las cosas y prepararte mejor para consumarlas?

—No habia descuidado nada, señora, para asegurar vuestro reposo; pero ese infame Buridan, seguramente tendrá pacto con el diablo, puesto que, solo y sin armas, puso fuera de combate á cinco hombres, de los cuales probablemente mueren dos en este momento. Y ahora, todas las recriminaciones posibles, no remediarán el mal hecho, y en lo que es preciso pensar es, en impedir que se aumente.

—Y para eso, qué pretendes hacer?

—Todavía no sé nada.

—Que la peste ahogue à este demonio!

—No es necesario eso, señora, y la herida que he recibido por serviros, bastará para que muera.

—Y diciendo esto, separó los cabellos que cubrian su frente y enseñó la herida bastante grave que le abrió el escabel de que Buridan se hizo una arma terrible.

En cualquier otro caso eso no hubiera causado una grande impresion en aquella muger, en la que no hablaban mas que los sentidos; pero en aquel momento necesitaba tanta adhesion, que se esforzó en ocultar su cólera para manifestarse mas agradecida.

—Orsini,—le dijo muy calmada en apariencia,—es verdad que el espanto y la inquietud me han hecho injusta; pero la culpa es de la fatalidad, que parece perseguirme. Olvidad lo que solo la cólera me ha hecho decir. Estoy segura que venis à darme un buen consejo; veamos, hablad, no me guardeis rencor, porque soy y quiero ser vuestra amiga.

—Oh, señora! por qué no sois siempre así!

—Nunca en lo de adelante seré de otro modo; pero yo te lo suplico, Orsini, habla, y dame un consejo, porque siento que se me va la cabeza.

—En efecto, la situacion es grave, pero no desesperada.

—Gracias! Ya has dicho una cosa buena.

—Creo tambien, señora,—continuó el astrólogo, animado por su primer écsito, —que lograrémos recobrar todas nuestras ventajas.

—Oh! si para eso no se necesita mas que oro!

Orsini pareció que estaba sano de su herida, y en efecto, ya no le dolia tanto; tanto poder tenia sobre él la mágica palabra *oro!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—El oro,—dijo echando sobre la preciosa cajita una mirada que se parecia á un relàmpago,—el oro, señora, no desgracia nada, y no hay cosa que no pueda mejorar.

Margarita saltó, mas bien que anduvo, hasta la cajita, la abrió con una mano agitada por movimientos convulsivos, y volviéndose al astrólogo, le dijo:

—Toma, toma, toma mas, y sálvame!

Orsini hundió sus dos manos en el cofre. Nunca faltaba á ese hombre la tranquilidad, y estaba pronto á aprovecharse de la ecsaltacion de otro.

Sin embargo, se detuvo, conociendo bien que en ciertos casos era preciso no forzar demasiado los resortes, y continuó con mucha calma:

—No, el oro no desgracia nada, ayuda mucho; pero en la presente situacion, es necesario comenzar usando de otros medios.

—Escucho, Orsini; tengo ansia de oirte.

—Creeis, señora, que Buridan os ama como en otro tiempo, con ese amor que le hacia atreverse á todo, y á afrontarlo todo?

—Orsini, lo que pasó ayer prueba que siempre está pronto à atreverse à todo y á afrontarlo todo; pero en cuanto á su amor, ya no creo en él; honores, una gran fortuna, eso es lo que él quiere.

—Entónces, es vuestro; haréis de él lo que querais; pero es preciso que no sospeche que os ha aterrorizado.

—Bien, bien, mi sangre se refresca; continúa, salvador mio.

—El medio es muy audaz.

—Tanto mejor; en semejante caso la audacia es la que salva, tú lo sabes tan bien como yo. Veamos, pues, tu proyecto.

—Sabeis que Buridan vive cerca del Louvre?

—Si, en la hostería del Cisne de Oro, seguramente no lo has olvidado.

—Pues bien! señora, seria necesario que hoy mismo, lo mas pronto posible, fuéseis sola á verle à esa hostería.

—Yo! sola!.... en una taberna!.... Y puedes pensarlo!

—Señora, eso es cruel sin duda; pero no podemos elegir los medios.

—No, es verdad; estamos vencidos por ese demonio; pero que llegue el dia en que le tenga bajo mis piés!....

—Y ese dia está muy prócsimo.

—Ese dia, amigo, si no eres rey, serás casi igual á los reyes.

Estas palabras no hicieron en Orsini el efecto de la cajita; sabia lo que valen las promesas de los grandes; pero como estaba algo saciado, no por eso dejó de continuar:

—Es preciso, señora, que vayais sola, ocultàndoos de todo el mundo, à ver á ese rabioso á su casa.

—Yo!

—Vos, señora.

—La reina de Navarra en una taberna!

—Señora, en todas partes hay dolores y alegrías, y creo que en esto habrà una grande alegría para vos.

—Habla, pues, en nombre de Dios!

—Perdon, señora; es preciso que os calmeis, para que podais comprenderme.

—Pues bien! ya estoy tranquila.

—Acaso no lo suficiente; pero no puedo ecsigir lo imposible. Continúo. Con este paso probais á Buridan que no le temeis.

—Tal vez.

—A lo ménos, comprenderá que sois superior á él, y estarà á la defensiva.

—Pero, y si se defiende bien?

—Señora, un hombre que, atacado por una muger, no hace mas que defenderse, queda siempre vencido. Usad con él de todas vuestras seducciones, prometedle mucho, inmensamente.

—Quieres que le haga poderoso?

—Quiero que tenga la firme esperanza de serlo, lo cual es muy diferente. En primer lugar, es necesario persuadirle de que no os habeis mezclado en nada de lo que ha pasado desde que se levantó; que yo, animado de un zelo escesivo, comprendí mal vuestras órdenes, y que hice todo lo contrario de lo que me mandásteis. Cierto que esto es muy dificil de creer, pero todo lo que dice la boca de una muger bella á quien se ama.... ó que se ha amado, es tan fácil de creer!....

—Y todo lo que me pida.....

—Se lo prometeréis.

—Salvo no darle nada.

—Al contrario, será preciso darle mucho; es fuerza colocarle muy alto, para que la caida sea mortal.

—Pero tú que compones filtros prodigiosos y otra multitud de cosas que tienen la virtud de enviar á las gentes al paraiso ó al infierno, no podrias emplear un medio mas sencillo?

—Señora, no os ha probado que està alerta por esta parte? Que muera de un mal desconocido, y todas las serpientes acusadoras levantarán contra nosotros sus envenenadoras cabezas. Por esta parte, están tomadas las precauciones; pero si por una buena é irrevocable sentencia se le cuelga en la horca de Montfaucon....

—Oh! y sin embargo, le amo, Orsini, le amo!

—Entónces estamos perdidos.

—Y crees que no haya yo amado á algunos de esos pobres cuyos cadáveres ha recibido el Sena?

—Ah, señora! Ya recobrais vuestra fortaleza.

—Decias que es preciso que vaya yo á casa de Buridan?

—Es mi opinion.

—Y concedérselo todo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Todo lo que gusteis, y prometerle mucho mas aún.

—Pero si me detiene, si me violenta....

—Es demasiado diestro y ambicioso para eso.

Margarita reflecsionó durante algunos instantes.

Su orgullo de reina se resistia al pensamiento de ir à poner sus piés pequeños en contacto con el fangoso piso de una taberna, poblada de bandidos borrachos, rodeados de una atmósfera mefítica; pero al fin, comprendió la ley de la necesidad, y se resignó.

—A lo ménos,—dijo,—espero que esto durará poco.

—El trabajo mas rudo no será para vos, señora,—respondió Orsini,—y no dependerà de mí que eso dure poco. Voy à poner mano à la obra; y bien sabe la reina que nunca son infructuosas mis meditaciones.

—Si, Orsini, lo sé; pero me parece que las nubes se hacen mas negras y mas espesas. Escucha, hay momentos en que tiemblo.

—Vos, señora?

—Yo, Orsini, hay dias en que no me atrevo á acordarme de lo pasado, en que el presente me desgarra el corazon, en que me espanta el porvenir.

—Y haceis mal en espantaros, señora, miéntras que Orsini está de pié. Pasarán las nubes, y pronto veréis volver el placer y la alegría.

—Anda, pues, Orsini, y que se cumplan tus predicciones.

—Irà la reina á la hostería del Cisne de Oro?

—Inmediatamente.

—Sola, y de modo de no ser conocida?

—Oh! él me conocerá; pero para otros, seré lo que querré. Veté; mañana te espero.

—Orsini se retirò lleno de esperanza y de alegría, y con los bolsillos llenos hasta el estremo de que le harian afrontar la cólera del cielo.

Algunos instantes despues, Margarita de Borgoña se hacia vestir un trage blanco por una de las mugeres en quienes tenia mucha confianza, y luego, con el rostro cubierto con un velo, salió despues de haber tomado todas las precauciones necesarias para no ser reconocida.

Sus piés pequeños hollaron el fango de Paris; le fué preciso algun tiempo para orientarse; porque en aquella época, las grandes señoras no salian mas que en literas cerradas; pero Margarita tenia una voluntad bastante fuerte para que la detuvieran esos miserables obstàculos, y una vez fuera del Louvre, anduvo resueltamente y no tardó en llegar ante la hostería del Cisne de Oro, cuya muestra flotaba orgullosamente en los aires.

Allí la hermosa reina de Navarra duró un instante.

Su altivez se resentia á la idea de penetrar en la sombria taberna que ocupaba el piso bajo.

El olor nauseabundo que ecshalaba ese lugar, sofocaba el corazon.

Le fué preciso pararse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una voz que hirió su oido, le volvió de repente sus fuerzas y su resolucion.

Esa voz era la de Buridan, quien no teniendo nada de mejor que hacer para ver venir al enemigo, se habia instalado en la taberna, donde, con algunos bebedores, hablaba de las noticias del dia.

—A fé mia,—decia uno de ellos,—nadie sabe lo que ha de suceder; por ahora nuestro Señor Dios parece haber querido ponerme del lado de los pequeños, lo cual causa gran trabajo á los jueces, porque como el Sena no arrastra mas que cadáveres de nobles, esto obliga á esas gentes que no hacen nada, á muchas investigaciones, escritos de toda clase. Ah! cuán gustosos estarian con no tener que registrar mas que el paso de la vida á la muerte de algunas docenas de bribones, mas bien que el hallazgo de uno de esos hermosos muchachos llenos de seda y de dorados, de los cuales algunos tienen la malicia, tan muertos como están, de no salir de la ciudad sin buscar y encontrar gentes que los saquen del agua para llevarlos al camposanto.

—Amigo, respondió Buridan al que pronunció ese discurso,—si tienes tanta comezon en la lengua, harás mejor en mojarla en vino, que en secarla con palabras necias, y apropósito de mal gusto.

—Eh! señor caballero, quereis decirme que he mentido, diciendo cosas que nadie ignora?

—Digo, que los malandrines de tu especie, son unos bribones que merecen la horca, quienes sin vergüenza ninguna ponen docenas y centenas en lugar de unidades, y aumentan así los malos rumores que hacen correr las gentes de cuerda y de saco.

Estas palabras, que Margarita de Borgoña oyó perfectamente, la tranquilizaron y la ayudaron á vencer el disgusto que le inspiraba el lugar en que se hallaba.

Se dijo que, puesto que Buridan procuraba atenuar los crímenes de las gentes á cuyos golpes no habia escapado sino por una especie de milagro, era porque esperaba mas de la conciliacion que de la violencia.

Pasó, pues, el dintel de la puerta cerca de la cual se habia parado casi desfalleciendo, y dominando su emocion con la fuerza de su voluntad, se adelantó hácia la mesa delante de la cual se habia sentado Buridan.

—Señor,—le dijo á media voz, quereis concederme una audiencia?

Buridan saltó de su silla.

A la primera palabra habia reconocido á Margarita, y no queria creer ni á sus ojos, ni á sus oidos.

Cuando volvió un poco de su sorpresa, su primer movimiento fué llevar la mano al puño de su espada, movimiento instintivo, que no lo provocaba la presencia de la muger, sino el sentimiento de los peligros que le recordaba el timbre de aquella voz.

—Por Dios vivo! sois vos, Margarita?—preguntó con una voz ahogada, intentando inútilmente disimular la viva emocion que sentia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí,—respondió muy bajo la cruel sirena,—sí, es Margarita de Borgoña que viene á entregarse á Buridan, á quien ama; quien despues de haberle dado su corazon y su honor, viene á darle su vida.

Por prevenido que estuviese el ex-page contra las seducciones de ese demonio, se sintió vivamente conmovido.

—Ni una palabra, ni un ademan que pueda comprometerme,—dijo levantándose bruscamente.

Y tomándola del brazo la llevó hasta su aposento.

—Y ahora, señora y reina, qué quereis de mí?—la dijo cuando estuvieron solos.

—Nada, Buridan; si es verdad que para siempre he perdido tu corazon.

—Oh! señora y reina, hacedme la gracia de que no hablemos de eso.... Habeis sido cruel, Margarita. Acaso como valiente, habria debido morir por agradaros; pero habiéndoos agradado tanto vivo, he debido permanecer en este estado.

—No esperes que me defienda, Buridan; si mi presencia aquí no es suficiente para que me absuelvas, no me queda mas que resignarme.

En efecto, eso era abrumador.

Cómo creer que una muger fuese á ponerse de ese modo á discrecion de un hombre á quien ella habia intentado asesinar?

Buridan se conmovió.

Creyó en algo estraordinario, en alguna fatalidad imprevista, y no solo pensó que Margarita iba á justificarse, sino que deseó que su justificacion fuese completa.

—Hablad, Margarita,—la dijo,—y quiera el cielo que vuestras palabras me hagan volveros todo el amor que tengo en el corazon.

—Ah! Buridan! si pudieras creer en el mio!....Sí, te lo confieso; por un instante fué superior mi ambicion á mi amor; la perspectiva del trono de Francia, en que debo sentarme un dia, me deslumbró. Entonces no sospechaba yo todos los pesares que me preparaba, aceptando la mano de un hombre á quien yo no podia amar, puesto que no le habia visto, y á quien su carácter irascible, y su frialdad desesperadora, habian de hacer que pronto le detestara. Orsini me siguió á la corte de Francia; no pude resolverme á alejar de mí á ese hombre que poseia secretos tan terribles. Tres meses despues de mi matrimonio me sentia morir de tedio; lloraba por tí, Buridan! y mas que nunca conocí que nada podia reemplazarte en mi corazon. Mi languidez asustó á Orsini; adivinó fácilmente lo que pasaba en mí; comprendió que, si el mal continuaba, mi fin estaba muy prócsimo, y esto le espantó tanto mas, cuanto que queria hacer su fortuna. Resolvió, pues, emplear todos los medios posibles para disipar una tristeza que podia serle fatal; pero el desgraciado, queriendo salvarme me perdió! El fué quien inventó, quien preparó esos pasatiempos en la torre de Nesle. Confieso, porque quiero decírtelo todo, confieso que entonces me entregué al placer con una especie de frenesí... Tenia necesidad de aturdirme!.... Pero lo juro, entonces ignoraba yo cómo asegguraba Orsini el secreto de esas noches, durante los cuales, él creia que los sentidos harian que mi corazon callara, y cuando lo supe, ya no era yo dueña de impedirlo, porque desde entonces, Juana y Blanca estaban en el secreto, y por nada del mundo habrian renunciado á esas noches durante las cuales se embriagaban de placer.

Buridan movió la cabeza con la espresion de un hombre que está poco convencido.

—Sí, comprendo,—continuó la reina de Navarra, quien interpretó ese movimiento;—te dices que eso no esplica las escenas de la última noche; crees que yo te tendí el lazo; nada de esto: Orsini sabia ántes que yo que estabas en Paris, supo nuestra entrevista en el Louvre, porque es imposible ocultar algo á ese hombre. Se espantó con los peligros que podian nacer de tu presencia y del fuego de nuestro amor, y se resolvió á sacrificarte á mi seguridad y á la suya. Por él, é ignorándolo yo, fuíste llevado á la torre. Cuando fuí á ella, no sabia á quien debia ver allí.

—Muy bien, mi hermosa reina; pero al verme, debísteis adivinar sin trabajo lo que querian hacer de mí, y dejásteis que lo hicieran.

—Oh! no digas eso, amigo mio!.... Oye: mi honor y mi vida están á tu disposicion; pues bien, màtame! haz que me cubra de vergüenza; pero, en nombre de Dios, no dudes de mi amor, de este amor que me consume y que es la única causa de lo que ha sucedido. Cuando supe que estabas en esa fatal torre, declaré á Orsini que con su cabeza me respondia de tu vida, y mas tarde, cuando dormias á mi lado, fuí á verle y le dije cuanto me habias dicho de la carta que entregaste á Gautthier, á fin de convencerle de que si te hacia violencia nos perdia. Me prometió solemnemente conformarse con mi voluntad; pero segun me lo ha confesado esta mañana, no por eso dejó de insistir en la resolucion de sacrificarte. Hace un instante me dijo que habia hallado un espediente para quitar á Gautthier esa carta misteriosa, y eso lo afirmó en la conviccion de que solo tu muerte podia asegurar nuestro reposo.

—Y vos tambien participábais un poco de esa opinion, hermosa amiga, lo cual me probó vuestro remo furiosamente lanzado.

—Ah! estaba yo loca de espanto!

—Pues bien! quiero creer en todo eso; pero nada de ello me tranquiliza. Quién me dice que ese querido astrólogo no tomará mejor sus medidas otra vez? Ciertamente que no es hombre que se desanima por tan poco.

—Desengáñate, Buridan mio; lo que ahora desea sin esperarlo, es, que te reconcilies sinceramente con él.

—Y aun cuando eso fuera posible, no veo adonde me conduciria eso.

—Adonde quieras ir.

—A todas partes? Es muy léjos.

—Y muy alto, no es verdad?

—Eso era lo que yo queria decir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Escucha; tambien Orsini quiere ir muy alto, y es demasiado hábil para no lograrlo.

—Razon de mas para que no podamos entendernos. Y hasta dónde quiere subir ese hermoso matador?

—Quiere ser primer ministro.

—Nada mas?

—No te engañas, amigo; ese hombre puede lo que quiere.

—Creo que yo soy la prueba viva de lo contrario.

—Oh! no hablemos mas de eso.

—Càspita! A mí me parece que la cosa vale la pena de que nos ocupemos de ella.

—Es preciso no pensar mas en ello, te digo; porque para que él logre lo que quiere, es preciso que vivas.

—Es decir que maese Orsini me hará el honor de hacerme luego le sirva de escalon.

—Es decir, amigo, que para que ese hombre sea ministro, es preciso que el rey de Francia no sea ni Felipe el Bello, ni Luis el Hutin.

Buridan hizo un movimiento de sorpresa y casi de espanto.

—Comprendes ahora?—le preguntó Margarita, cuya voz y cuyas miradas se animaron.

—Todavìa no, mi bella soberana; pero me parece que mis ojos comienzan á abrirse.

—Ah! si nuestros corazones se entendieron como en otro tiempo!

—Se entienden, Margarita!

—Adivinas, pues?

—Sí; para que Orsini sea ministro, es preciso que Margarita de Borgoña sea regenta del rey de Francia.

—Y cuando Margarita de Borgoña sea regenta y se haya quitado el luto, comprendes qué será Buridan?

—Oh! amada reina mia, qué grande y qué buena sois.

Y el caballero se prosternó á los piés de la atrevida reina.

—En mis brazos, Buridan!

Se entendian, y en efecto, eran muy dignos de entenderse.

—Pero,—dijo el ex-page,—para ser regente necesitas un hijo.

—Y por qué no he de tenerle, amigo mio? Y ademas, si por esta parte no se satisfacieran nuestros deseos, Orsini proveeria.

—Oh! ahora, mi divina soberana, habla, manda, ordena, y que un amor sin fin te haga olvidar un momento de cólera.

Margarita estaba triunfante; habia vencido á un enemigo temible.

Buridan estaba radiante, casi llegaba al trono.

Pero, miéntras que los dos saboreaban el regocijo de sus triunfos, una circunstancia enteramente fortuita acababa de cambiar la faz de las cosas.

Gautthier, á pesar de las últimas palabras que le habia dirigido la reina de Navarra, salió de la cámara con el espíritu inquieto.

Habíanle conmovido los rumores que corrian respecto de la torre de Nesle, donde habia pasado tantas horas deliciosas.

No sabia nada, no se atrevia á adivinar nada, y á pesar suyo flotaban en su pensamiento vagas y tristes conjeturas.

La conversacion que acababa de tener con la hermosa reina no era capaz de calmar la agitacion íntima que acaso él no se confesaba, aunque conocia su influencia.

Así, pues, al salir de la cámara de Margarita de Borgoña, sintió la necesidad de aclarar un poco los pensamientos que se tropezaban en su mente, y para lograrlo fué á buscar la sombra de los sauces que refrescaban la orilla del Sena, porque el aire estaba tibio y el sol resplandeciente.

Sumergido en sus pensamientos seguia el curso del rio.

Apénas habia andado cien pasos, cuando le sacaron de su entretenimiento las palabras animadas de dos pescadores que acababan de poner en la playa el cadáver de un jóven que parecia no haber estado sino muy poco tiempo en el agua.

—Vamos,—decia el mas viejo de los dos pescadores,—ya veo que en esa maldita mansion, se canta siempre la misma antífona.

—A fé mia,—dijo el otro,—que ya hace algun tiempo que esto dura, y que los malandrines serán los amos del reino.

—Nécio! este trabajo no es de los malandrines, sino de grandes señores y barones. No ves que lo mismo que los otros, tiene una herida de daga en el pecho?

—Es verdad; pero su brazo izquierdo está tan apretado á su cuerpo que no se le ve llaga.

—Es porque, lo mismo que siempre, la herida es profunda y poco ancha....

—Estas últimas palabras fueron oidas por Gautthier, quien en ese momento llegaba cerca de los dos pescadores.

—Ah!—dijo deteniéndose.—Hé aquí un triste hallazgo. Se sabe quién es este hombre?

—No se sabe nada, señor,—respondió el mas viejo de los pescadores;—la policía y la justicia, son como los réprobos, tienen oidos y no oyen, ojos y no ven.

—Pero yo tengo oidos para oir y ojos para ver!—esclamó Gautthier.—Atras, bribones; quiero ver de cerca.

Se acercó al cadáver y se inclinó para verle bien.

—Veinte años apénas,—dijo á media voz;—esto es morir muy jóven..... Nunca se esplicará este fúnebre misterio?..... El desgraciado ha debido defenderse, porque aun se ve en su fisonomía la espresion de la cólera.

Gautthier se volvió porque oyó pasos detras de sí.

El que llegaba, era su hermano Felipe, quien iba á reunirse con él, porque le vió al salir de casa de Blanca, su querida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mira, hermano,—le dijo Gautthier,—no es una cosa lamentable que tan á menudo se halle esto en semejante lugar!

—Lamentable y espantosa,—respondió Felipe inclinándose como su hermano, para ver bien de cerca el cadáver; porque, puesto que la policía y la justicia no pueden remediar esto, no hay caballero buen mozo que no tenga que temer semejante fin ....Pero mira, me parece que el pobre jóven tiene algo en la mano colocada sobre el pecho.

—Veamos,—dijo Gautthier.

Y tomando la mano que indicó su hermano, hizo esfuerzos para abrirla.

No le fué fácil hacerlo, porque los dedos estaban muy crispados; pero al fin lo logró, y de la mano helada cayeron unas pequeñas tarjetas de marfil.

—Gran Dios!—esclamó Felipe, apoderándose de ellas,—esto puede decirnos algo respecto de estos asesinatos cuotidianos.

Abrió las tarjetas para ver su contenido, y apénas fijó los ojos en ellas cuando palideció de terror.

—Hermano! hermano!—dijo—esto no es un sueño, no es verdad? Tú y yo estamos en la orilla del rio, cerca del Louvre y á algunas centenas de pasos de esa torre de Nesle, de aspecto tan lúgubre y en la que, sin embargo, hemos pasado tan deliciosos instantes?

—Qué hay Felipe? Tu rostro y tus palabras me espantan.

—Y mira lo que me es mas espantoso, Gautthier. Toma, lee:—*Muero asesinado por Juana de Borgoña.*

—Ah!—dijo el capitan de guardias sorprendido de estupor,—mira la palabra de ese horroroso enigma! Pero es posible?.... Juana tan dulce, tan tímida....

—Hermano, quién puede leer en el corazon de una muger?

—Por mi alma, Felipe, que tanto crímen no ha de quedar impune.

—Cuidado, hermano mio, me parece que estamos al borde de un abismo.

—Cálmate, Felipe, qué tenemos que temer de Juana? Podria acusarnos de los pecadillos en que ella ha tenido gran parte, y en tal caso, nuestras gentiles queridas Blanca y Margarita no tienen un talento mas que necesario para reducir á la nada sus acusaciones?

—Silencio, Gautthier! Aquí viene alguno de la casa del rey.

El capitan de guardias se volvió, y en efecto, vió á un page de Felipe el Bello, que iba á todo correr.

Hé aquí lo que habia sucedido.

El rey de Francia habia pasado mala noche: los flamencos á quienes habia vencido comenzaban á volverse á mover, pretendiendo que no tenian nada que dar á Felipe, puesto que todo se los habia tomado.

La razon parecia perentoria; pero el monarca la tenia por tanto mas mala, cuanto que, como siempre, le faltaba dinero, y porque en su buena ciudad de Paris se habian manifestado síntomas de rebelion, á causa de la moneda de ma-

la ley que emanaba de las cajas reales, la que despues de haberla emitido por su valor nominal, no la queria recibir sino por su valor intrínseco.

El rey se habia levantado de muy mal humor, ó descontento cuando ménos.

A fin de distraerse, salió al balcon de su cámara, y miró correr el agua, pasatiempo muy inocente, y muy en armonía con el estado de la hacienda.

Pero, al mirar al rio, vió otra cosa, es decir, los pescadores que sacaban del agua el cadáver de Germer Gourbeleau, y luego vió á los hermanos Gautthier que llegaron y que quitaron un objeto de la mano del muerto.

Esto recordó al príncipe ciertas quejas que habian llegado hasta él, respecto de los cadáveres de jóvenes que tan frecuentemente se encontraban en aquellos parages.

—Por Jesucristo!—esclamó,—no me vendrian mal algunos modelos á quienes hacer ahorcar ó quemar; sepamos lo que hacen esos allí. Hola! un page!.... Que me traigan incontinenti á los caballeros d'Aunoi, que están cerca de la playa.

El page partió como un rayo; á él fué á quien vieron los dos hermanos.

—Caballeros,—les dijo cuando llegó cerca de ellos,—el rey os llama, quiere hablaros inmediatamente.

Felipe y Gautthier cambiaron una mirada inquieta.

—El rey sabia que estábamos aquí?—preguntó el capitan de las guardias.

—El rey os ha visto desde su ventana,—respondió el page,—y se ha conmovido por el trabajo que os habeis tomado respecto de ese mancebo asesinado.

—Te seguimos,—dijo Gautthier.

Y cuando el page tomó la delantera, dijo dirigiéndose á su hermano:

—Qué auguras de esto, Felipe?

—Nada de bueno, hermano; tengo miedo.

—Por mi alma! Nosotros no debemos temblar, sino Juana que manda semejantes crímenes.

—Y si el rey sabe lo que se imputa á esa princesa, no querrá ecsaminar la conducta de las otras? Esto nos toca de cerca, Gautthier; ¿no imaginas nada para salir de ahí?....

—Dios mio! Soy muy poco esperto en semejantes intrigas para aventurarme á ello: si el rey quiere saber qué hemos descubierto, se lo diré. No vale mas que sepa la cosa por nosotros y no por otros? Estoy convencido que es el mejor medio para que no se sospeche de nosotros.

—Haz lo que quieras; pero desde este momento, tengamos mucho cuidado. Hermano, ruge la tempestad.

En esta situacion de espíritu llegaron en presencia del rey, quien les esperaba en su gabinete.

—Ah! caballeros,—les dijo el monarca,—me parece que habeis tenido un encuentro muy triste.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y os parece verdad, Sire,—respondió Gauthier;—porque es mas sensible para los hombres de corazon, ver asesinados á unos jóvenes súbditos del rey.

—Eso es cosa que querémos poner en claro, señor, y sabiendo que aconsejais bien, os hemos enviado á llamar. No habeis pensado nada respecto de esos asesinatos tan repetidos?

—Sire, eso no nos toca á nosotros,—respondió Felipe, quien tembló al oir ese principio de conversacion.

—Por Dios, señores, que á todas las gentes honradas toca poner fin á las cosas malas.

—Y así lo harémos si se nos dan los medios,—dijo Gautthier;—pero esto es un misterio que no podrémos penetrar.

—Y en este momento no habeis hallado ningun indicio que pueda guiarnos?—preguntó el rey frunciendo el ceño.

Gautthier d'Aunoi conoció que ya no habia que retroceder.

—En efecto, Sire,—respondió,—hemos hallado una cosa muy estraña en la mano de un desgraciado cuyo cadáver acababa de ser sacado del agua por los pescadores.

—A fé mia que os ha costado trabajo decirlo. Sin embargo, lo queremos saber todo, y os mandamos que todo lo digais.

—Lo habriamos hecho al principio, Sire, si el temor de afligir á V. M. no nos hubiera detenido.

—Por Dios, señores, podeis creer que no tenemos un corazon bueno para hacer justicia en todos tiempos?.... Hállese el culpable donde se halle, harémos que caiga en manos de la justicia, y que se le castigue de una manera ejemplar, aunque sea de nuestra familia real.

—En efecto, Sire, las apariencias parecen acusar á una persona de vuestra casa.

—Y á quien por lo mismo conviene tratar sin piedad ni consideraciones. Hablad, pues, sin temor, que siempre castigarémos.

Ya no habia que dudar.

El capitan de guardias entregó al rey las tarjetas, y le dijo el trabajo que le habia costado arrancarlas de la crispada mano del cadáver.

Apénas clavó el rey sus ojos en ellas, cuando tembló y palideció.

Los miembros de su rostro se contrajeron.

—Señor,—dijo levantándose bruscamente,—si no supiéramos lo honrado que sois, os creeriamos cómplice de alguna felonía urdida contra nuestra muy amada nuera Juana, condesa de Poitiers, por algunos villanos descontentos; pero á los honrados caballeros como vosotros, pedirémos solamente que juzguen que las cosas han pasado como decís, por caso fortuito y sin otra intriga ó preparacion.

—Hemos dicho la verdad, y estamos prontos á jurar sobre los santos evangelios, Sire.

—Jurad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los dos hermanos juraron, no sin grande emocion, porque ese acontecimiento podia tener un trágico desenlace.

El rey, siempre pálido, trémulo y con la mirada chispeante, llamó á un page.

—Id,—le dijo,—á decir à nuestra querida nuera la condesa de Poitiers, que la rogamos venga inmediatamente á nuestra presencia.

Los caballeros se inclinaron como para salir; pero el monarca les detuvo.

—Es preciso que todo se aclare lo mas pronto posible,—les dijo,—y para ello se necesita aquí vuestra presencia.

Algunos instantes despues llegó Juana.

Estaba abatida y enferma, por la escena que habia pasado en el rio al amanecer.

Felipe el Bello se sorprendió tanto de verla en ese estado, que pasaron algunos instantes àntes de que la hubiese podido hablar.

Al fin la dijo violentàndose:

—Señora y nuera, os disgusta tanto venir á nuestro lado, que no podeis ponernos mejor cara?

—Sire,—respondió Juana,—siempre me agrada hacer vuestra voluntad; pero me siento mal y no puedo disimularlo.

—Es desagradable cosa,—dijo el rey,—porque queriamos saber vuestra opínion acerca de un negocio muy grave.

—Señor, el mal que tengo no es tal, que me impida complaceros.

—Oid, pues. Hay quien diga que una persona de nuestra real familia se ha hecho culpable de algunos asesinatos misteriosos, de lo cual hace tiempo que se ha hablado mucho, y Nos vacilamos respecto de los medios de descubrir la verdad.

Poco faltó para que la reina cayera en una de esas crisis nerviosas que habia tenido pocas horas ántes, y solo se libró de ella por un esfuerzo supremo de su voluntad.

—Sire! Sire!—dijo con la voz alterada,—podriais creer que hubiese en vuestra casa gentes capaces de tales crímenes?

—Todavía no creo nada, señora,—replicó el monarca; pero busco la verdad, y os ruego que me ayudeis á descubrirla. Para ello, os podrá servir este objeto.

—Esas tarjetas?

—Sí, estas tarjetas arrancadas hace un instante de la crispada mano de un cadáver hallado en el rio.

Juana tomó las tarjetas con una mano temblorosa, y poco faltó para que se desmayara al leer la terrible acusacion que contenian.

—Qué he hecho,—dijo,—para que se tramen contra mí esas villanías? Y cómo el rey, mi querido suegro, puede dar oido á tan infames calumnias?.... Sire, yo pido venganza contra los traidores que atribuyen á los muertos revelaciones pretendidas que ellos han forjado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y á pesar del terror que la abrumaba, lanzó á los hermanos d'Aunoi una mirada terrible.

Y lo hizo porque pensaba que ellos eran sus acusadores, y que á ese acto les habia arrastrado el descubrimiento de las numerosas infidelidades con que la habian agraviado y de las que ella era cómplice.

Gauthier no era hombre que sufriera el ataque sin volverlo.

—Señora,—esclamó poniendo la mano en el puño de su espada,—ninguno, ni ántes de ahora ha insultado impunemente nuestro honor; y con el permiso de mi señor y rey, digo y sostengo que esas tarjetas han sido halladas por mí en la mano de un hombre muerto, sacado del agua por unos pescadores, y que tenia una herida de daga en medio del corazon: tengo por cobarde al que pretenda lo contrario, y digo y sostengo que ha mentido. Así, pues, con la venia del rey nuestro señor, os pedimos que nombreis vuestros caballeros para que les demos empeño de combate.

Juana temblaba, pero ahora, tanto de rabia como de temor.

—Sire,—dijo,—permitid que la suegra del rey de Francia no se esponga mas con esos villanos.

—Lo que no podrémos sufrir es que se dilate el esclarecimiento de este negocio. Lo procurarémos y nos ayudará el preboste de Paris, á quien mandarémos llamar hoy mismo.

Juana se retiró con la rabia en el corazon.

El rey con una señal despidió á los hermanos d'Aunoi.

Cuando se halló en su cámara la condesa de Poitiers, dió libre rienda á sus lágrimas y á su cólera.

—Traidores!—decia,—qué dulce me seria arrancarles el corazon! Oh! me vengaré, aunque mi venganza cause la ruina del mundo!.... porque os aborrezco, infames!....Y tambien á vosotras, Blanca y Margarita, que me habeis atraido este perjuicio, y ya veréis lo que puede mi odio!

Y cayó abrumada en un sillon, y flotaron en su pensamiento mil proyectos de venganza, á cuales mas atroces y estravagantes.

V.

Ultima noche de los hermanos d'Aunoi y de Blanca y Margarita en la Torre de Nesle.—Audacia de Juana.—El delito flagrante.—Muerte de Orsini.—Prision, juicio y condenacion de los hermanos d'Aunoi.—Margarita de Borgoña y Blanca en el castillo Saillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Desesperacion de Buridan.—Buridan intenta salvar á los caballeros.

Miéntras que Juana pensaba en su venganza, Felipe y Gauthier pedian una cita á sus reales queridas, á fin de ponerse de acuerdo con ellas para defenderse victoriosamente, en el posible caso de que Juana lo confesara todo.

Margarita de Borgoña consintió con tanto mas gusto en esa entrevista, cuanto que Luis el *Hutin* debia llegar á Paris muy pronto, y á esa muger insaciable de placeres, le importaba aprovechar el tiempo.

Blanca se dejó seducir fácilmente, porque á pesar de las numerosas ocasiones que era infiel á Felipe, no habia dejado de amarle con pasion.

En cuanto á Juana, ya habian resuelto sacrificarla à la salvacion comun.

Orsini recibió aviso de lo que habia sucedido, y al mismo tiempo que hacia los preparativos para ese nuevo desórden, pensaba ponerse en seguridad para el caso de que un escàndalo lo obligase á huir.

Inmediatamente que anocheció, Felipe y Gautthier se dirigieron al hotel de Nesle y fueron introducidos en la torre.

Una hora despues llegaron Blanca y la reina de Navarra.

Al principio tuvieron consejo entre sí y Orsini fué admitido en él: nunca se habia tenido tanta necesidad de su talento, tan fecundo en medios astutos y en espedientes de todas clases.

No es preciso decir que los caballeros no habian pensado que Juana no era la única culpable.

Estaban demasiado enamorados, y se creian demasiado sinceramente amados para que les viniese á la mente semejantes sospechas, y por otra parte, Orsini tenia dispuesta una fábula.

Diria que Juana venia muchas veces á la torre, que allí recibia á personas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y á pesar del terror que la abrumaba, lanzó á los hermanos d'Aunoi una mirada terrible.

Y lo hizo porque pensaba que ellos eran sus acusadores, y que á ese acto les habia arrastrado el descubrimiento de las numerosas infidelidades con que la habian agraviado y de las que ella era cómplice.

Gauthier no era hombre que sufriera el ataque sin volverlo.

—Señora,—esclamó poniendo la mano en el puño de su espada,—ninguno, ni ántes de ahora ha insultado impunemente nuestro honor; y con el permiso de mi señor y rey, digo y sostengo que esas tarjetas han sido halladas por mí en la mano de un hombre muerto, sacado del agua por unos pescadores, y que tenia una herida de daga en medio del corazon: tengo por cobarde al que pretenda lo contrario, y digo y sostengo que ha mentido. Así, pues, con la venia del rey nuestro señor, os pedimos que nombreis vuestros caballeros para que les demos empeño de combate.

Juana temblaba, pero ahora, tanto de rabia como de temor.

—Sire,—dijo,—permitid que la suegra del rey de Francia no se esponga mas con esos villanos.

—Lo que no podrémos sufrir es que se dilate el esclarecimiento de este negocio. Lo procurarémos y nos ayudará el preboste de Paris, á quien mandarémos llamar hoy mismo.

Juana se retiró con la rabia en el corazon.

El rey con una señal despidió á los hermanos d'Aunoi.

Cuando se halló en su cámara la condesa de Poitiers, dió libre rienda á sus lágrimas y á su cólera.

—Traidores!—decia,—qué dulce me seria arrancarles el corazon! Oh! me vengaré, aunque mi venganza cause la ruina del mundo!.... porque os aborrezco, infames!....Y tambien á vosotras, Blanca y Margarita, que me habeis atraido este perjuicio, y ya veréis lo que puede mi odio!

Y cayó abrumada en un sillon, y flotaron en su pensamiento mil proyectos de venganza, á cuales mas atroces y estravagantes.

V.

Ultima noche de los hermanos d'Aunoi y de Blanca y Margarita en la Torre de Nesle.—Audacia de Juana.—El delito flagrante.—Muerte de Orsini.—Prision, juicio y condenacion de los hermanos d'Aunoi.—Margarita de Borgoña y Blanca en el castillo Saillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Desesperacion de Buridan.—Buridan intenta salvar á los caballeros.

Miéntras que Juana pensaba en su venganza, Felipe y Gauthier pedian una cita á sus reales queridas, á fin de ponerse de acuerdo con ellas para defenderse victoriosamente, en el posible caso de que Juana lo confesara todo.

Margarita de Borgoña consintió con tanto mas gusto en esa entrevista, cuanto que Luis el *Hutin* debia llegar á Paris muy pronto, y á esa muger insaciable de placeres, le importaba aprovechar el tiempo.

Blanca se dejó seducir fácilmente, porque á pesar de las numerosas ocasiones que era infiel á Felipe, no habia dejado de amarle con pasion.

En cuanto á Juana, ya habian resuelto sacrificarla à la salvacion comun.

Orsini recibió aviso de lo que habia sucedido, y al mismo tiempo que hacia los preparativos para ese nuevo desórden, pensaba ponerse en seguridad para el caso de que un escàndalo lo obligase á huir.

Inmediatamente que anocheció, Felipe y Gautthier se dirigieron al hotel de Nesle y fueron introducidos en la torre.

Una hora despues llegaron Blanca y la reina de Navarra.

Al principio tuvieron consejo entre sí y Orsini fué admitido en él: nunca se habia tenido tanta necesidad de su talento, tan fecundo en medios astutos y en espedientes de todas clases.

No es preciso decir que los caballeros no habian pensado que Juana no era la única culpable.

Estaban demasiado enamorados, y se creian demasiado sinceramente amados para que les viniese á la mente semejantes sospechas, y por otra parte, Orsini tenia dispuesta una fábula.

Diria que Juana venia muchas veces á la torre, que allí recibia á personas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desconocidas, á quienes no se volvia á ver cuando habian entrado en su aposento, y que esos dias obligaba á Orsini á que saliera de la torre, no queriendo que la acompañaran mas que dos soldados que la seguian.

—Juana puede acusarnos,—dijo Margarita, cuando Gautthier refirió lo que habia pasado en el aposento del rey;—pero no puede probarnos nada.

—No, mi querida amiga,—respondió Gautthier,—no probarà nada; pero hará nacer sospechas que es preciso poder destruir.

—Y cómo destruirlas,—dijo Felipe,—cuando no se puede mas que negar? Una negacion no se prueba, y mejor que eso seria no tener que temer.

—Mejor que eso,—dijo á su vez Orsini,—y lo que es preciso ya lo he encontrado.

—Oh! habla! habla!—esclamó Margarita.

—Podria conseguirse un papel escrito por la princesa Juana?

—Tengo diez cartas que me escribió de Borgoña antes de que la hubiese yo hecho venir á Paris,—respondió Margarita.

—Démelas la reina si quiere. Conozco un honrado copiante, esperto y hábil para imitar toda clase de letra, de cifras y de sellos, el cual, mediante un poco de oro, me hará cartas de la princesa Juana dirigidas á la reina, y en las cuales la princesa Juana respondiendo á ciertos reproches que sus reales cuñadas le habrán dirigido, confesará que, en efecto, dominada por el amor al placer, ha faltado á sus deberes; pero que no tiene nada que temer de los que han obtenido sus favores. Añadirá que siente no haber seguido sus sábios consejos é imitado la virtuosa conducta de Margarita y de la princesa Blanca.

—Pero eso es desleal!.... es una espantosa traicion!—esclamaron á un tiempo los dos hermanos.

—Piensa, Gautthier mio,—dijo la reina de Navarra,—que esas cartasno se presentarán sino en el caso en que Juana nos acuse. En semejante estremidad es preciso usar de todos los medios de salvacion.

Los dos hermanos movieron la cabeza como hombres persuadidos de la bondad de la objecion.

—Y comprended,—añadió Orsini,—que nuestro medio no agravará en nada la posicion de la princesa Juana, puesto que ella se habrá confesado culpable. En esas cartas no se dirá mas de lo que ella haya confesado, que los elogios dados á sus cuñadas, y esto es cosa muy inocente.

Fué preciso que los caballeros consintiesen en ello; no podian insistir en no querer lo que querian sus queridas, arriesgándose á perderlas cuando parecia tan fácil asegurar para el porvenir la felicidad de que disfrutaban à su lado.

—Orsini,—dijo Margarita,—mañana al amanecer.

—Pero quién nos responderá de la discrecion del escribiente?—preguntó Blanca.

—Yo, señora,—respondió Orsini.

—Le volverás mudo,—dijo Margarita sonriendo.

—Y ciego. ¿No sabe la reina que tengo bastante talento para ello?

—Estamos prontas á reconocer al astrólogo Orsini como el hombre mas hábil del mundo. Y ahora, á un lado los asuntos, y vivan los amores!

Orsini se retiró y las dos parejas fueron à la sala del festin, donde la víspera á la misma hora, las tres infames mesalinas preludiaban con sus besos los crímenes mas horribles.

Miéntras tanto, Juana no habia tardado en recobrar una poca de calma.

Su sed de venganza crecia; y á los mil insensatos proyectos que habia formado al principio, acababa de succeder en su pensamiento, un medio seguro y fácil á la vez de herir con golpe seguro y decisivo.

Llamó á Olivier, á su page favorito, que era para ella lo que los hermanos d' Aunoi para Blanca y para Margarita.

—Querido Olivier,—le dijo,—tengo unos temores mortales; acaso pronto serà necesario separarnos para siempre.

—Oh! mi noble señora, amada de mi corazon, ojalá y muera yo ántes de que me suceda semejante desgracia!

—Pobre niño! me amas, no es verdad?

—Con toda mi alma, mi divina señora!

—Pues bien! es preciso que me des una prueba de ese amor.

—Hablad! habla!! mi querida Juana. Queréis toda la sangre de mis venas?

—No tanto amigo mio; no te pido mas que un poco de afecto, y mucha discrecion. Escucha: sabes que los caballeros d'Aunoi conocen nuestro secreto, como nosotros el suyo.

—Secreto sagrado que nunca saldrá de mis lábios.

—Lo creo. Desgraciadamente los señores d'Aunoi no tienen tan gran mérito, y tengo certidumbre de que están dispuestos á traicionarnos.

—Vive Dios!.... No cometerán esa villanía sino despues de haberme arrancado las entrañas! Voy.....

—No, niño, no; te perderias sin salvarme.

—Pues qué he de hacer?

—Oyeme.

—Escucho, alma de mi vida.

—Para evitar ese golpe que temo, es preciso que los hermanos d'Aunoi sean vigilados de modo que yo pueda saber inmediatamente todos sus pasos.

—Desde ahora los vigilo.

—Ve, y acaso nos salvaràs.

Y la astuta sirena pagó con un beso la adhesion del jóven.

Para lograr ese premio, Olivier habria escalado el cielo.

Como el page podia penetrar por todo el palacio, cumplió de tal manera su mision, que el capitan de las guardias no pudo dar un paso sin que él le vigilara; pero Gauthier no paró en ello su atencion.

En la noche, la vigilancia fué mas fácil.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los hermanos d'Aunoi salieron, y Olivier les siguió á cierta distancia; saltaron en un batel, él entró en otro y llegó casi al mismo tiempo que ellos al otro lado del agua. Por último, les vió entrar en el hotel de Nesle.

Seguro de que no saldrian muy pronto de aquel lugar, el page se lanzó hácia el rio, y cinco minutos despues estaba al lado de Juana.

—Y bien?—le preguntó la princesa.

—En el hotel de Nesle! Ah! Por qué no estamos juntos?

—¿En el hotel de Nesle?

—Ay! sí.

—Estás seguro de haberles visto entrar?

—Como lo estoy de adoraros toda mi vida.

—Oh! gracias, gracias, Olivier!.... Descansa, hijo mio.

—Y no irémos al hotel?

—No, amigo mio, porque en eso hay un lazo, y ellos solos caerán en él.

Olivier no comprendia bien que en ello hubiese un lazo; pero Juana le dió un nuevo beso, que él no habria cambiado por otra esplicacion mas clara, y no la ecsigió ya. Nos engañamos, ecsigió mucho mas; pero Juana habia puesto un dedo en su boca para imponerle silencio, y luego corrió á una de las ventanas de su aposento, desde donde ocultándose con las cortinas, se puso á observar.

Hacia cosa de media hora que se hallaba allí, cuando percibió un movimiento en la orilla del rio, y luego miró que una barca se deslizaba de una orilla á otra, y que se dirigia hácia la Torre de Nesle.

—Oh!—esclamó transportada de alegría,—ya son mios! Estàn perdidos, y yo me he salvado!

—Salvado?—dijo Olivier.

Juana no le oyó.

Acababa de salir corriendo de su habitacion.

En un abrir y cerrar de ojos llegó á la cámara del rey, quien se sorprendió de la visita, y sobre todo de la alegría que se pintaba en el semblante de aquella muger, á quien él estaba dispuesto á creer culpable de los mas grandes crímenes.

—Qué hay, señora, y que buena noticia traeis con tanta alegría?

—Ah! Sire, cómo se ha de estar alegre, cuando vengo á decir al rey una cosa tan desagradable?

—Qué ha sucedido de nuevo?.... Por Dios mi padre, que este dia ha sido muy estraño. Os escuchamos, señora.

—Señor, el corazon me desfallece al pensar en lo que va á suceder; pero hoy se ha cometido un atentado tan grande contra mi honor, que no podré callar todo lo que pueda demostrar mi inocencia, y confundir á las gentes malas y desleales que han querido perderme. Sire, recordais sin duda las palabras y el juramento pronunciados esta mañana por los caballeros d'Aunoi?

—Por Dios que esas son cosas que no se olvidan fácilmente.

—Pues bien, Sire, han mentido, son perjuros y traidores, y en el momento podeis tener la prueba de lo que digo.

—Y dónde hallarémos esa prueba?

—En el hotel de Nesle, Sire, en la torre que dá sobre el agua.

—Quereis decirnos lo que pasa en esa torre?

—Debo decirlo, porque sin duda para eso me lo ha hecho descubrir la Providencia. Allí, señor, pasan todas las noches espantosos desórdenes, y la consecuencia de ellos es á menudo la muerte de los hombres; allí hay en este momento caballeros en brazos de mugeres que faltan á sus maridos, mugeres á quienes no me atrevo á nombrar sin herir vuestro real y paternal corazon.

—Hablad, decidlo todo.

—Ah señor, me es muy penoso.

—Lo queremos, señora, y si es necesario os lo mandamos.

—Séame testigo Dios de que lo hago por obediencia, porque mi primer deber es obedecer á vuestra real voluntad. Las mugeres son Blanca y la reina de Navarra.

—Blanca! Margarita!

—Sí, Sire.

—Oh! no, no! Eso no es verdad!

—Ay! sí; es verdad.

—Os han engañado.

—Sire, me vais á acusar de mentira, cuando os es tan fácil aseguraros de que digo la verdad?

—Por Cristo! que para creerlo, quiero verlo con mis propios ojos.

—Y lo veréis, señor, si quereis hacer lo que voy á deciros.

—Lo quiero! Pero por la Vírgen que sea pronto.

—Pues bien! Seria preciso que muchos bateles conduciendo un buen número de arqueros, fueran inmediatamente á embestir la puerta de la torre que da sobre el agua, miéntras que el rey, bien acompañado penetrara por la puerta que da al patio del hotel, sin ruido, por sorpresa, á fin de sorprender á los culpables ántes de que puedan ser avisados, lo cual será fácil haciendo llamar al astrólogo Orsini que está allí por ciertas diabluras de fines desconocidos al fiel servidor que casualmente ha hecho este descubrimiento.

El monarca estaba en una agitacion estrema; pero esto no le impidió dar inmediatamente las órdenes mas perentorias para que se hiciera lo que Juana acababa de decir.

Ménos de un cuarto de hora despues, cinco ó seis barcas cargadas de arqueros y protegidas por la oscuridad de la noche, se formaban silenciosamente delante de la torre, miéntras que Felipe el Bello en persona, acompañado de muchos de sus oficiales y de cincuenta guardias, pasaba el rio un poco mas abajo.

Llegó al otro lado y se encaminó directamente al hotel.

Uno de los oficiales llamó á la puerta principal.

El postigo se abrió, y una cabeza se asomó.

El oficial, segun las instrucciones que le habian sido dadas, dijo que tenia una cosa importante que comunicar al astrólogo Orsini; que le abrieran la puerta, y que le avisaran miéntras que él esperaba en el patio.

La puerta fué abierta sin desconfianza, el oficial entró, la cerró, y se dirigió á la torre que daba sobre el agua.

Miéntras tanto, el oficial descorrió los cerrojos que habia corrido el conserje, é hizo entrar al rey y à los que le acompañaban.

Orsini, despues de haberse hecho repetir que el personage que queria hablarle estaba solo, salió sin desconfianza de la torre.

Apénas dió algunos pasos, cuando le asieron cuatro puños vigorosos, al mismo tiempo que le pusieron diez espadas frente al pecho.

—Si dices una palabra, eres muerto!—le dijo una voz enérgica.—Camina, é introdúcenos en la torre de la orilla del agua, ó inmediatamente entrego tu alma al diablo.

A Orsini no le faltaba audacia: intentó desasirse; pero sus dos brazos estaban apretados por puños de hierro, y al primer movimiento que hizo, sintió que las diez puntas de las espadas le rozaron el cútis.

—Obedezco,—dijo.

—Marcha, pues.

—Una sola palabra.

—Veamos,—dijo el rey, que era uno de los que le asian.

—Si buscais un rico botin, cierto que le hallaréis de este lado; pero mucho mas pronto en los departamentos del sur, á donde voy á conduciros.

—Por mi alma!—dijo el rey.—Esta presa infernal nos toma por ladrones! Nada de palabras. Llévanos á donde querémos.

Entónces conoció el astrólogo de qué se trataba, y cambió de lenguage.

—Si sois gentes honradas,—dijo,—seguramente sabeis que no soy mas que un servidor que debo obediencia á quien me alimenta y me alberga; no me hagais responsable de actos que no podrian imputárseme con justicia.

—Camina!—dijo el rey.

Entónces las espadas que le amenazaban cambiaron de direccion.

Orsini sintió las puntas en sus espaldas, y echó á andar hàcia la torre, no sin pensar cómo salir del mal paso; porque segun hemos visto, era un hombre de muchos espedientes, y quien difícilmente se daba por vencido.

Llegó al pié de la torre, se detuvo, y dijo en el tono mas lastimoso que pudo:

—Señores, la puerta no puede ser abierta mas que por las personas que están en el primer piso; permitid que alce la voz para llamarlas.

—Miserable,—dijo uno de los oficiales,—trae las llaves en la cintura.

Y le arrancó las llaves, que en efecto estaban colgadas á la cintura del astrólogo.

Entónces fueron colocados unos centinelas, de modo que hicieran imposible toda evasion.

En seguida, el rey, sus oficiales y el resto de sus guardias, penetraron en la torre, andando con precaucion, y conduciendo á Orsini en medio de ellos.

Llegaron al primer piso, que estaba alumbrado con muchas bujías; Orsini reconoció al rey y cayó de rodillas.

—Sire,—le dijo;—si V. M. se me hubiera dado á reconocer inmediatamente, indudable es que no habria puesto dificultad en obedecer á V. M., y en este instante estoy dispuesto á no ocultar nada de lo que queréis saber de mí.

De este modo, el astuto bribon esperaba ganar tiempo y lograr dar à las dos parejas que estaban en dos aposentos vecinos, la señal de retirada.

El rey, que adivinó su designio, le apartó con el pié, miéntras que por su órden, el oficial que llevaba las llaves, abria ràpidamente las dos puertas.

Entónces el astrólogo, que se vió perdido, intentó el último esfuerzo, y levantándose bruscamente, logró desarmar á uno de los oficiales al mismo tiempo que lanzaba un grito para dar la alarma, y llamar en su socorro à los hermanos de Aunoi.

Este fué el último acto de su vida.

Cuatro espadas le atravesaron el pecho, y le derribaron en tierra.

Al grito que lanzó Orsini, al ruido de las puertas que se abrieron, Felipe y Gautthier saltaron sobre sus espadas; pero ántes de que hubieran podido desenvainarlas, les ataçaron veinte arqueros é inutilizaron su corage.

—Señoras nueras mias,—esclamó el rey,—seria mucha vergüenza para Nos, mirar semejantes libertinas en el estado en que os hallais. Queremos que se os deje solas en esos aposentos, y ahí os harémos vigilar hasta la hora en que nos plazca trataros como lo mereceis.

Los dos caballeros desarmados, fueron sacados fuera de los aposentos hasta la primera pieza, donde se les dieron sus vestidos; y luego, por órden de Felipe el Bello se les condujo al pequeño Châtelet, donde fueron encerrados en un calabozo subterráneo.

Aunque en ese tiempo no habia periódicos, nunca acaecian sucesos de esa importancia, sin que la crítica no se esparciera rápidamente.

Al dia siguiente ya no se hablaba en todo Paris mas que de ese escandaloso negocio, y Buridan no fué el último en saber todo lo acaecido.

Este desenlace tan imprevisto le llenó de estupor; todas sus esperanzas estaban desvanecidas: la víspera tenia un trono en perspectiva, y despues de lo sucedido estaba sentenciado à vivir como ave de rapiña, ó à vender su brazo y su espada á algun vasallo de humor guerrero, y á hacerse matar por los lindos ojos de alguna castellana, el que aun en aquel momento era el amante de la mas bella reina del mundo.

No se resigna uno fácilmente á semejante caida cuando està dotado de la audacia que tenia el antiguo page de Roberto II.

Buridan confirmó sus noticias.

Supo que de las tres cuñadas, solo Juana habia escapado á las consecuencias de sus crímenes, y no necesitó mas para convencerse de que ella descargó el golpe, que desvaneció como si fuera un sueño, el brillante porvenir que habia entrevisto.

Inmediatamente tomó su partido.

Corrió á ver á Juana.

Se le dijo que la princesa estaba afligida y que no podia recibir á nadie.

—Anunciadla,—dijo,—que el caballero que se presenta ha tenido el honor de cenar con ella hace dos dias.

Juana se aterrorizó.

No dudó que fuera el atrevido nadador que tan milagrosamente se habia escapado de la torre de Nesle.

Temió una nueva tempestad, quiso disiparla á todo precio, y recibió á Buridan.

—Señora,—le dijo,—habiéndonos visto tan de cerca en cierto lugar, puedo descuidar las cortesías, é ir rectamente al asunto que me trae.

—Cuidado, señor, no recordamos haber honrado con nuestra presencia, ningun lugar donde puedan hallarse gentes descorteses como vos.

—El tiempo urge, señora, y en semejantes circunstancias, las mejores frases son las mejores. Habeis querido perder á las señoras Blanca y Margarita de Borgoña; es preciso que me ayudeis á salvarlas, ó que os perdais con ellas.

—Bah!

—Si decis una sola palabra mas en ese tono, si llamais á una sola persona ántes de que yo salga, es segura vuestra pérdida, teneis un pié en el abismo, y con una palabra os puedo arrojar en él: haced que no la diga.

Tanta audacia aterrorizó á Juana.

—Así, pues,—cuando la vió en el estado en que la queria,—escuchad. Es preciso que Blanca y la reina de Navarra, puedan decir y probar que se las ha hecho violencia; que los hermanos d'Aunoi, por una maquinacion infernal, las forzaron á ir á aquel lugar donde se las encontró; es preciso que lo digan y que lo puedan probar; y para que sea así, es necesario que Felipe y Gauthier d'Aunoi salgan de su prision, y desaparezcan ántes de que se les haya interrogado. Ya veis que no es cosa que tiene mucho que pensarse.

—Y qué puedo hacer en todo eso, señor?—preguntó la princesa, que conoció la imprudencia que habia en rehusar.

—Obedecerme ciegamente.

Juana le lanzó una mirada terrible; pero no se atrevió á manifestar de otro modo su cólera.

Buridan continuó:

—Me obedeceréis?

—Dios mio!

—Nada de palabras inútiles. Sí, ó no.

—Sí, ya que es preciso.... oh!.....

—Basta.

La princesa temblaba de horror; pero no se atrevia á mirar ya á aquel hombre cuya voz le aterrorizaba.

Buridan prosiguió:

—Teneis oro?

—Poco.

—Necesitaré mucho; le hallaréis y le mandaréis en una cajita á la hostería del Cisne de Oro, para que se le entregue al caballero Juan Buridan. Os doy una hora para eso. Urgentemente es preciso que me entregueis todo lo que teneis de oro y de pedrerías.

—Acaso quereis merecer el nombre de caballero ladron?

—Quiero que me lo entregueis inmediatamente.

—Así se habla á la nuera del rey?

—Aun cuando fuérais nuera de Dios mismo, no me importaria nada.

—Oh! eso es mucho insulto.

—Si no os apresurais á hacer lo que os digo, juro por Dios que no saldréis de las manos del verdugo sino para ir á las del diablo.

—Pero á lo ménos, nos prometeis un secreto inviolable?

—Os lo prometo.

—Lo jurais?

—Lo juro.

—Os ecsijo un juramento completo y solemne.

La princesa tomó de un mueble el libro del Evangelio, libro siempre precioso, pero que en aquella época lo era á un mismo tiempo por la palabra divina que contiene y por su ejecucion material.

Entónces semejante libro era una fortuna, y se vendia por antenotario.

Buridan puso la mano encima del libro, y juró no intentar nada contra la princesa, con tal que hiciese lo que le acababa de mandar, y lo juró por su fé de cristiano y por su honor de caballero.

Cosa monstruosa era la barbarie de ese tiempo, en que gentes manchadas con los crímenes mas espantosos ponian á Dios por testigo de su honor y de su fé!

Juró Buridan, y Juana le entregó escrupulosamente todo el oro y pedrerías de que podia disponer; porque se envanecia de su probidad, esa muger que traicionaba á su marido y que hacia asesinar á sus amantes.

—Es poco. Esperamos que nos deis mas inmediatamente.

—Lo procurarémos, señor; pero creemos que vais á intentar un mal asunto, en que vuestra pregunta puede recibir una herida de daga.

—Eso es negocio mio, señora, y que será mas seguro si os poneis en ocasion para que así suceda; pero harémos de modo que no seais escuchada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y sin otro cumplimiento, salió y corrió al cuartel de las Escuelas, donde estaba situado el pequeño Châtelet.

Un cuarto de hora despues llegaba á la calle del Feure, donde pululaban los estudiantes de la Universidad, raza turbulenta como la de hoy; pero mas audaz y batalladora que la de nuestros dias.

En aquel tiempo no era raro que aquellos aprendices de doctores, pusiesen, para distraerse, á fuego y sangre cualquier cuartel de la ciudad, y que sostuvieran una batalla contra los ciudadanos, las patrullas, y aun contra las mismas tropas del rey, quienes en semejantes encuentros salian mas á menudo derrotadas que victoriosas.

Hacia buen tiempo: el sol resplandecia, y habia un gran número de paladares secos entre la gente docta, y como siempre, estaban vacías la mayor parte de las escarcelas.

El momento era de los mas propicios para la empresa que meditaba el ex-page.

Buridan subió encima de un recanton, y con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—Loor á las escuelas!

Este era el grito de reunion de esas alborotadoras bandas de estudiantes, de los cuales el mayor número vivia de rapiña y de limosnas.

Este grito anunciaba casi siempre una buena noticia, como hostería que pillar, ciudadano á quien desollar, y arqueros á quien batir.

Así es que, apénas gritó Buridan, cuando se reunió en su derredor una numerosa multitud.

—Compañeros,—continuó entónces el ex-page,—no sabeis en qué espera y quiere pasar hoy el tiempo el rey Felipe vuestro señor? No lo sabeis? Oid y me daréis gracias. Ese querido señor que ha hecho en Flandes tan hermosas proezas, quiere tratar á los estudiantes como á los habitantes de Bruges, destruyendo á nuestra sabia madre la Universidad; quiere quitarnos todos los derechos y prerogativas, hacernos juzgar por sus prevostes, y colgarnos en las horcas de Montfaucon como si fuéramos ladrones!

—Justicia! justicia! muera el Monedero falso!

Este era el sobrenombre que el pueblo habia dado á ese monarca, y en verdad que no lo habia robado.

—Compañeros,—repitió Buridan muy satisfecho de las felices disposiciones de su auditorio,—sabemos por buen conducto que en el consejo de dicho señor, se hallan dos buenos caballeros, amigos de nosotros los doctores, quienes nos defendieron bien, con objeciones claramente deducidas, y que el señor rey se encolerizó tanto, que mandó encerrar á esos dos buenos compañeros en la prision del Pequeño Châtelet, para llevarles de allí á Montfaucon, á ser horcados por el cuello hasta que mueran, y que su carne sea echada á los cuervos ó á los perros.

Esta vez estalló una tempestad de gritos y de enérgicas imprecaciones: los pufiales brillaron en todas las manos, y mil voces empezaron á gritar:—Sus! sus! al pequeño Châtelet!

Como se vé, el pescado mordia admirablemente el anzuelo.

Buridan ecsaltó el entusiasmo hasta el mas alto grado, añadiendo:

—Compañeros! hace mucho calor: quien me quiera, que me siga á la taberna de las *Tres Macetas*, allí haré de modo, que mediante moneda de buena ley, que no es del último troquel de Cárlos IV, haya para todos jarras y cubiletes.

Y diciendo esto, sacó de su escarcela un puñado de oro que hizo brillar á la luz del sol, y se dirigió á la taberna seguido de una multitud amenazadora.

El vino corrió á torrentes.

Luego se rompieron las jarras vacías y los cubiletes, y Buridan, viendo que ya las cabezas estaban animadas cuanto queria, dió la señal del ataque gritando:

—A saco el Pequeño Châtelet! Mueran los arqueros y vivan las escuelas!

Miéntras tanto, el ruido de aquella multitud furiosa habia sido oido por los guardias de la prision, quienes espantados de aquel levantamiento inesperado habian enviado apresuradamente por un refuerzo.

La ronda, que tenia un humor bastante belicoso, intentó hacerse sorda al principio, sabiendo por esperiencia que en semejantes aventuras no recibia mas que muchos golpazos, sin compensacion de ninguna clase.

Entónces vinieron arqueros y gendarmes, quienes tomando á vanguardia y á retaguardia á los del vivac, les obligaron á emprender la fuga.

Ya llovia una granizada de piedras en la prision cuando llegó el ausilio y cargó sobre los estudiantes; pero el número de estos se habia aumentado con todos los truhanes, gitanos y aprendices de diversos oficios.

Muchos estaban armados de gruesos bastones herrados, manejàndolos de modo que los hacian mas temibles que las alabardas de la policía y las pesadas espadas de los gendarmes; muchos llevaban dagas muy largas que manejaban con una destreza notable; los demas no tenian mas que puñales, pero lanzaban multitud de piedras.

De este modo hicieron resistencia.

Las piedras silbaban como jaras y caian como granizos.

Los bastones herrados describian incesantemente arabescos, de los cuales no concluian nunca una línea, sin que esa arma terrible cayese sobre un cráneo ó rompiese una quijada.

Los agentes de policia fueron los primeros que pusieron piés en polvorosa; los arqueros resistieron un poco mas; pero un movimiento falso de los gendarmes que avanzaron demasiado hizo retroceder á los arqueros y quedó así paralizada su accion. Buridan, que habia ido á la guerra y conocia la táctica militar, se aprovechó de este movimiento para cargar á su vez, á los gendarmes, que bien pronto se vieron rechazados hasta las paredes de la prision.

Hízose terrible el combate; batíanse con furia por una y otra parte, cuando de

repente desde el techo de una casa cercana encima de cuyo techo se habian trepado, diez ó doce estudiantes, hicieron llover sobre los soldados una lluvia de tejas, piedras y ladrillos: deshicieron la armazon de madera del mismo techo, y las vigas les sirvieron de arietes para echar abajo las puertas de la prision.

Al fin quedaron los estudiantes dueños del torreon, los soldados y los gendarmes fueron puestos en fuga y quedó la cárcel invadida y entregada al pillage. Buridan, que habia sido el primero en entrar en ella, corria por todas partes rompiendo las puertas que no podia abrir y blasfemando y echando maldiciones al ver que corria el tiempo y que no lograba aún descubrir el lugar en donde estaban encerrados los caballeros.

Y es que los calabozos del Pequeño Châtelet se estendian à lo léjos y formaban un laberinto inesplicable para quien no habia estudiado su topografía.

Digamos ahora dos palabras de lo que habia pasado en casa de Juana.

Inmediatamente despues de la salida de Buridan, habia llamado à su page favorito.

—Niño,—le dijo,—seguramente habrás visto pasar al caballero que acaba de salir de aquí?

—Lo he visto, lo mismo que os estoy viendo, mi amada soberana; y lo habria yo de reconocer entre otros mil, porque no puedo olvidar la mirada que me lanzó al pasar.

—Pues bien, Oliverio mio, ese hombre se llama Buridan, conoce tu secreto y el mio, y á ambos quiere perdernos. En este mismo momento, está dirigiéndose á toda prisa hàcia la cárcel del Pequeño Châtelet con el objeto de libertar á los hermanos de Aunoi, que son tambien traidores, lo mismo que él, é intentan perjudicarnos. ¿No seria justo y conveniente que una buena estocada lanzara á ese villano en el infierno ántes de que hubiese llevado à cabo su fatal proyecto?

—Os juro por el alma de mi cuerpo, mi bella Juana adorada, que asì lo haré en el mismo dia de hoy, si es que Dios me da vida y fuerza para ello.

—Pero, hijo mio, es preciso que tomeis muchas precauciones.

—Nada temais, hermosa mia; tengo una daga y una espada escelentes, y no soy tan niño que no sepa hacer uso de ellas contra el indigno traidor que se atreve á amenazar á la dueña de mi sangre y de mis pensamientos.

—Has de tener presente, amigo mio, que solo debes herir cuando estés bien seguro de no errar el golpe, y de manera que no pueda la justicia suponer que seas tú el que ha castigado á ese impío. Así apróntate y haz modo de que....

—Un beso, y me voy.

Esta era una moneda de que no era avara la honesta princesa para con un mancebo de tan bonita y apuesta presencia: le dió cuatro en vez de uno, y Oliverio se fué tan alegre y dichoso como si se hubiese tratado de volar á una cita amorosa.

Miéntras el jóven page recibia esa mision y se apresuraba á cumplirla cuanto àntes, los soldados que habian sido puestos en fuga por los estudiantes habian vuelto à unirse; habíanles llegado algunos refuerzos y tomaron de nuevo la ofensiva con tanto vigor, que le fué forzoso á Buridan salir apresuradamente de la càrcel ántes de haber podido descubrir donde estaba el calabozo en que se hallaban encerrados los caballeros d'Aunoi. Intentó reanimar á los estudiantes para volverlos á llevar al combate; pero ya habian emprendido á su vez la fuga, y la ira y el entusiasmo de estos doctores en verba se habia de tal manera enfriado al ver aumentarse por momentos el número de los soldados, que ni las injurias, ni los reproches, ni las amenazas, pudieron ya determinarlos á hacer una nueva tentativa. Buridan, hallándose bien pronto estrechado por los arqueros, se vió obligado á abandonar á toda prisa el campo de batalla; atravesó el Pequeño Puente y se internó en una de las calles estrechas y tortuosas de la antigua ciudad.

De repente, viòse frente á frente con un mancebo que le impedia pasar adelante, poniéndole la punta de su espada en el pecho. Era Oliverio, que lo habia reconocido y habia logrado darle alcance á pesar de la rapidez con que se alejaba del Pequeño Châtelet el primer amante de Margarita de Borgoña.

—Hola!—le dijo el elegante pajecillo,—¿qué es decente, acaso, para un caballero como vos, el correr así por las calles á semejanza de un ladron que huye de la picota?

—Niño,—contestó Buridan, que tambien lo reconoció,—¿te ha dado la señora Juana algun mensage para mí?

Y hablaba muy de veras, pensando que la princesa habia hecho correr tras de él para que le entregaran el oro por cuyo precio habia prometido guardar silencio; pero se quedó grandemente admirado cuando Oliverio, que conservaba el acero desnudo en la mano, le dijo con voz temblorosa á càusa de la cólera que resentia:

—El mensage que os traigo es el de deciros que sois un traidor y desleal caballero, que por felonía y mala intencion acusais de pecados que nada os petan, á la nuera de monseñor el rey. Y voto á brios, villano, que te he de volver á meter tus embusteras palabras en la garganta.

—Vive Dios que es chusca la ocurrencia! ¿Qué le habrá hecho á esa condenada este pobrecillo para querer que lo haga yo casi incontinenti?.... Niño, esa espada es demasiado pesada para tu brazo mugeril: por tanto, te aconsejo que prosigas tu camino, pues ningun caso quiero hacer de tus fanfarronadas de imberbe.

Pero no estaba Oliverio dispuesto á usar del consejo, y empezó á atacar à Buridan de manera que pronto se desengañase éste respecto del inofensivo adversario que creia tener delante de sí.

—Vaya, pues, ya que te empeñas, chiquillo,—dijo desenvainando su espada.

Oliverio era vivo, diestro y muy ágil; daba vueltas al rededor de Buridan, lo

mismo que una mosca que va zumbando ántes de dar su piquete; pero el caballero tenia un brazo de hierro y la mirada pronta y segura. Despues de algunas pasadas hizo una finta; el page se vino á fondo, pero su espada se deslizó contra la de Buridan, que se sumergió hasta la empuñadura en el pecho del desgraciado Oliverio.

—Basta por hoy,—dijo el amante de Margarita al alejarse á toda prisa de aquel sitio,—y creo que será prudente salir de esta maldita ciudad, donde solo he encontrado ó causado desgracias.

Dos horas despues, gracias al oro y á las pedrerías de Juana, maese Juan Buridan cabalgaba rápidamente hácia San Dionisio, sin mas plan ni mas arbitrio para aquel, entónces, que huir de Paris y aguardar en algun escondite, humilde y oculto lugar que se hubiese puesto en olvido, esas sus malhadadas aventuras.

VI.

Margarita de Borgoña en el castillo de Gisors.—Blanca en el castillo de Gaillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Buridan penetra al lado de Margarita.—Tentativa de evasion.—Es trasferida Margarita de Borgoña al castillo de Gaillard.—Buridan vuelve á Paris.—Proceso, sentencia y ejecucion de los hermanos d'Aunoi.—Suerte de Buridan.

Juana no debia disfrutar durante mucho tiempo de la impunidad que creía haber conseguido por medio de nuevos crímenes.

Margarita de Borgoña, sin hacer muchos esfuerzos de imaginacion, habia adivinado fácilmente de donde provenia el golpe terrible que acababa de herirla, y creyéndose perdida para siempre, no quiso, al ménos, morir sin haberse vengado de una manera terrible. Aterrorizada al principio, esa muger enérgica se habia vuelto á enderezar de repente, lo mismo que una víbora que huye de la planta que iba á aplastarla. En cuanto amaneció llamó con todas sus fuerzas en la puerta del aposento en que la habian encerrado.

—Hola!—esclamó,—que vayan inmediatamente á decirle á monseñor el rey, que la reina de Navarra quiere comunicarle asuntos de importancia, que urge sepa su real persona, so pena de ver acaecer muy luego desgracias de gran tamaño.

—Señora,—contestó el oficial que comandaba á los guardias á quienes se habia confiado la custodia de los dos cuartos en que estaban encerradas las dos reales cuñadas,—tengo órden terminante del rey nuestro señor de no moverme de aquí, y por tanto, se me hace imposible cumplir con la comision que os servís encomendarme.

Insistió Margarita, diciendo que importaba el honor y tal vez la vida del rey lo que tenia que comunicarle, y logró al fin que se mandara al Louvre un guarda que trasmitió sus mismas palabras á Felipe el Hermoso.

El rey habia vuelto á pasar una noche muy mala, pensando en este desgraciado asunto que iba á manchar con una deshonra indeleble el nombre de su real familia. Ya se habia levantado y vestido, cuando le dieron el recado de la reina de Navarra. Dió órden inmediatamente de que trajeran á las dos prisioneras á su presencia con sus correspondientes escoltas y dentro de literas perfectamente cerradas.

Así se hizo esactamente.

Margarita habia vuelto á cobrar toda su audacia; parecia que esa muger de pasiones ardientes poseía siempre en sí la fuerza moral y la voluntad firme de destruir todos los obstáculos que podian oponérsele.

Pero no sucedia otro tanto con Blanca que, á la pasion desenfrenada de los placeres amorosos no unia, como su cómplice, un corazon tan intrépido como corrompido. Presa de la mas honda desesperacion, habia pasado en los ayes y las lágrimas el resto de esa noche, que comenzára en las delicias de la voluptuosidad. Al saber que iban á conducirla ante el rey, perdió el sentido y fué preciso llevarla hasta la litera, porque duró largo rato su desmayo.

Llegaron las dos princesas delante de Felipe el Hermoso: este mandó retirar á los cortesanos que le rodeaban y dirigiéndose á la reina de Navarra, le dijo en tono grave é imponente:

—Hénos aquí, señora; y estamos dispuestos á haceros pronta y cabal justicia. Si teneis alguna revelacion que hacernos, podeis hablar; pero hacedlo breve é incontinenti.

—Señor,—contestó Margarita con entereza,—os he de decir ántes que todo una cosa en que no habeis pensado al tratar de la misma manera que si fuera una meretriz á la hija del duque de Borgoña, y es, que si habeis olvidado cual fué nuestra cuna, muy bien podia suceder que el Burguiñon os lo recordara con cien mil picas.

—Vive Dios!—esclamó el monarca,—hé aquí palabras atrevidas de que os hariamos arrepentir si, por nuestros pecados, no tuviéramos que ocuparnos de cosas mas urgentes y vergonzosas. Así, pues, decidnos al momento quiénes os han arrastrado á la perdicion y os han conducido á cometer tamaños crímenes, pues aparece de los lugares donde os hemos mandado arrestar, que de allí mismo provienen todos esos mancebos que en estos últimos tiempos se han encontrado asesinados en el rio de nuestra capital.

mismo que una mosca que va zumbando ántes de dar su piquete; pero el caballero tenia un brazo de hierro y la mirada pronta y segura. Despues de algunas pasadas hizo una finta; el page se vino á fondo, pero su espada se deslizó contra la de Buridan, que se sumergió hasta la empuñadura en el pecho del desgraciado Oliverio.

—Basta por hoy,—dijo el amante de Margarita al alejarse á toda prisa de aquel sitio,—y creo que será prudente salir de esta maldita ciudad, donde solo he encontrado ó causado desgracias.

Dos horas despues, gracias al oro y á las pedrerías de Juana, maese Juan Buridan cabalgaba rápidamente hácia San Dionisio, sin mas plan ni mas arbitrio para aquel, entónces, que huir de Paris y aguardar en algun escondite, humilde y oculto lugar que se hubiese puesto en olvido, esas sus malhadadas aventuras.

VI.

Margarita de Borgoña en el castillo de Gisors.—Blanca en el castillo de Gaillard.—Juana en el castillo de Dourdan.—Buridan penetra al lado de Margarita.—Tentativa de evasion.—Es trasferida Margarita de Borgoña al castillo de Gaillard.—Buridan vuelve á Paris.—Proceso, sentencia y ejecucion de los hermanos d'Aunoi.—Suerte de Buridan.

Juana no debia disfrutar durante mucho tiempo de la impunidad que creía haber conseguido por medio de nuevos crímenes.

Margarita de Borgoña, sin hacer muchos esfuerzos de imaginacion, habia adivinado fácilmente de donde provenia el golpe terrible que acababa de herirla, y creyéndose perdida para siempre, no quiso, al ménos, morir sin haberse vengado de una manera terrible. Aterrorizada al principio, esa muger enérgica se habia vuelto á enderezar de repente, lo mismo que una víbora que huye de la planta que iba á aplastarla. En cuanto amaneció llamó con todas sus fuerzas en la puerta del aposento en que la habian encerrado.

—Hola!—esclamó,—que vayan inmediatamente á decirle á monseñor el rey, que la reina de Navarra quiere comunicarle asuntos de importancia, que urge sepa su real persona, so pena de ver acaecer muy luego desgracias de gran tamaño.

—Señora,—contestó el oficial que comandaba á los guardias á quienes se habia confiado la custodia de los dos cuartos en que estaban encerradas las dos reales cuñadas,—tengo órden terminante del rey nuestro señor de no moverme de aquí, y por tanto, se me hace imposible cumplir con la comision que os servís encomendarme.

Insistió Margarita, diciendo que importaba el honor y tal vez la vida del rey lo que tenia que comunicarle, y logró al fin que se mandara al Louvre un guarda que trasmitió sus mismas palabras á Felipe el Hermoso.

El rey habia vuelto á pasar una noche muy mala, pensando en este desgraciado asunto que iba á manchar con una deshonra indeleble el nombre de su real familia. Ya se habia levantado y vestido, cuando le dieron el recado de la reina de Navarra. Dió órden inmediatamente de que trajeran á las dos prisioneras á su presencia con sus correspondientes escoltas y dentro de literas perfectamente cerradas.

Así se hizo esactamente.

Margarita habia vuelto á cobrar toda su audacia; parecia que esa muger de pasiones ardientes poseía siempre en sí la fuerza moral y la voluntad firme de destruir todos los obstáculos que podian oponérsele.

Pero no sucedia otro tanto con Blanca que, á la pasion desenfrenada de los placeres amorosos no unia, como su cómplice, un corazon tan intrépido como corrompido. Presa de la mas honda desesperacion, habia pasado en los ayes y las lágrimas el resto de esa noche, que comenzára en las delicias de la voluptuosidad. Al saber que iban á conducirla ante el rey, perdió el sentido y fué preciso llevarla hasta la litera, porque duró largo rato su desmayo.

Llegaron las dos princesas delante de Felipe el Hermoso: este mandó retirar á los cortesanos que le rodeaban y dirigiéndose á la reina de Navarra, le dijo en tono grave é imponente:

—Hénos aquí, señora; y estamos dispuestos á haceros pronta y cabal justicia. Si teneis alguna revelacion que hacernos, podeis hablar; pero hacedlo breve é incontinenti.

—Señor,—contestó Margarita con entereza,—os he de decir ántes que todo una cosa en que no habeis pensado al tratar de la misma manera que si fuera una meretriz á la hija del duque de Borgoña, y es, que si habeis olvidado cual fué nuestra cuna, muy bien podia suceder que el Burguiñon os lo recordara con cien mil picas.

—Vive Dios!—esclamó el monarca,—hé aquí palabras atrevidas de que os hariamos arrepentir si, por nuestros pecados, no tuviéramos que ocuparnos de cosas mas urgentes y vergonzosas. Así, pues, decidnos al momento quiénes os han arrastrado á la perdicion y os han conducido á cometer tamaños crímenes, pues aparece de los lugares donde os hemos mandado arrestar, que de allí mismo provienen todos esos mancebos que en estos últimos tiempos se han encontrado asesinados en el rio de nuestra capital.

—Sobre este último punto guardarémos silencio, señor, pues demasiado desprecio nos inspira tan inícua acusacion; en cuanto al pecado de adulterio, os dirémos que mal pudimos cometerlo no siendo sino de nombre el real consorte de monseñor Luis, vuestro hijo, quien habiendo dejado nuestro cuerpo tal como se lo entregamos,—lo que asentamos y pretendemos sostener y probar,—nos ha dado el derecho de usar de él como mejor nos pluguiese.

—Por vida de sanes! no hagais tamaña injuria al primogénito de Francia, porque si no os dirémos que mentís villanamente. Mejor fuera que os callàrais, ántes que apelar á esos pretestos de prostituta.

—Mucho sentimos, señor, que no esteis en estado de juzgar el presente caso; pero ahí están los concilios, y si logramos probar lo que decimos, no hay jueces que se atrevan à condenarnos. Convenimos en que ha de ser cosa esta que duela á vuestro real corazon, señor; pero no negueis lo que no podeis saber.

Añadirémos ahora que este no es el caso en que se encuentra la señora Juana, que es la que nos indujo en la tentacion, á la señora Blanca y á mi, á fin de que en ese punto nos asemejásemos á ella; y no es poco estraño que ahora sea ella la que nos acusa, esperando que así quedarà impune y disculpada de los grandes y abominables pecados que fundadamente se le imputan.

Felipe se quedó atónito, confundido durante unos cortos instantes, al ver la prodigiosa frescura y seguridad con que hablaba Margarita. Quiso despues dirigir algunas preguntas à Blanca, pensando que de ella sacaria mas partido que no de la orgullosa burguiñona; pero se encontraba sumida en un estado de atonía tal, que parecia que ni sentia, ni tenia conocimiento de lo que en derredor suyo pasaba. Mandó llamar entónces á Juana, que, conocedora de la trágica muerte de Oliverio, estaba presa de hondas inquietudes. Poco faltó para que se cayera desmayada cuando se vió en presencia de Margarita de Borgoña, que al verla entrar le lanzó una mirada terrible.

Empero, habiéndola Felipe interpelado, renovó la acusacion.

Margarita entónces repitió tambien lo que le acababa de decir al rey, añadiendo que estaba pronta á ecshibir pruebas inescusables de cuanto asentaba: al oirla, Juana, viéndose perdida sin remedio, no tuvo ya valor para defenderse, á pesar de que bien fácil le hubiera sido comprobar que en esa série de crímenes, en esos misterios de iniquidad, habia sido siempre la reina de Navarra la que habia hecho el primer y principal papel.

Vió entónces el rey que no le seria tan fácil como lo habia creido al principio, castigar á las mas culpables, y que se hacia preciso esperar que el tiempo hiciera revelaciones sobre las orgías y los crímenes que se habian cometido en la torre de Nesle; no obstante, como pesaban cargos y una culpabilidad manifiesta contra las tres princesas, les declaró que quedarian detenidas hasta que se hubiese descubierto toda la verdad de los hechos. En consecuencia, y con el fin de evitar que se concertasen entre sì y formasen un plan que le engañaria, dió órden de que

fueran conducidas y encerradas, Juana en el castillo de Dourdan, Blanca en el de Gaillard, cerca de los Andes, y Margarita en el de Gisors, fortaleza situada á 20 leguas de Paris, y que por las obras que sucesivamente habian mandado hacer en él Felipe Augusto, San Luis y la reina Blanca, era considerada como la plaza mas fuerte del vecino normando.

.....

.....

Hemos dejado á Buridan cabalgando hácia San Dionisio, con la única mira de alejarse cuanto ántes de Paris, donde no creía hallarse en seguridad despues de las hazañas que ya hemos referido.

Cuando se hubo tranquilizado algo, lo que le sucedió cuando perdió totalmente de vista las últimas casas de la capital, comenzó el caballero por querer poner algun órden á sus ideas. Preguntóse á sí mismo en qué lugar estaria mejor al abrigo de las indagaciones que la policía del rey no dejaria de hacer sobre el retiro probable donde se habia refugiado, y despues de algunos instantes de reflecsion, dirigió su caballo hácia el Oeste, á fin de pasar á Bretaña, donde el duque del mismo nombre que á la sazon se hallaba en guerra contra los ingleses, no desdeñaria tal vez la espada que iba á poner àsu disposicion.

Buridan, al caer la noche, llegó á Pontuesa, donde, juzgándose en salvo, descansó por algun tiempo: al cabo de unos cuatro dias atravesó la ciudad de Gisors, pasó por encima del puente Dorado, en el que tan milagrosamente huyó de una muerte casi segura el rey Felipe Augusto, y fué á apearse delante de la puerta de la hostería de las tres Palomas.

Esto pasaba el dia 20 de Junio, dia de San Gervasio, patrono de la ciudad de Gisors; asì es que la gran sala de la hostería estaba llena de alegres compadres que se holgaban en vaciar sendas copas á la salud, honra y bienandanza del santo varon bajo cuya invocacion estaba colocada aquella poblacion histórica.

Algun trabajo le costó á Buridan encontrar algun lugar, y vióse precisado à sentarse en una mesa, que ya ocupaban dos artesanos á quienes el vinillo de Vernon empezaba á trastornar la cabeza y á dar pruritos de charlar mas de lo regular.

—Compadre,—decia uno de ellos à su rubicundo compañero,—tú que calzas al messer nuestro baile, sabrás mejor que nadie si será cierto que pronto tendrémos que habérnoslas con los señores ingleses.

—Me parece, repusó el zapatero de la autoridad civil,—que demasiado que hacer tiene el rey Eduardo con nuestros amigo los bretones para pensar en venir á ensartarse en nuestras alabardas que por cierto le han picado ya mas de una vez las espaldas.

—Pues entonces ¿qué vienen á hacer por estos mundos esos trescientos veteranos que han llegado hoy al castillo, y por qué brillan las puntas de tantas lanzas en las alturas de la gran torre de las Argilieras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Qué no sabes, belitre, que desde ayer està encerrada allí una alta y muy poderosa señora?

—A fé que no.

—Pues así es, y ya lo sabe todo el mundo, ménos tú, gran bellaco.

—¿Qué será alguna duquesa?

—He oido decir que era la mismísima reina de Navarra, nuestra señora, nuera de Felipe IV, el rey nuestro querido amo, á quien segun parece, ha dado mucho que sentir.

—Vaya con Dios! pues á nádie he visto yo pasar por la puerta de Paris.

—Es porque nadie, en efecto, ha pasado por allí ayer.

—Ah! ya, ya....habrá venido la reina por la puerta de Neaufles.

—No, señor.

—Pues entonces, si es que no ha caido del cielo, es seguro que llegó por la puerta de Caprille.

—Chasco te has llevado, panduro. No pudo venir la señora Margarita por ninguna de las puertas de la ciudad, por la sencilla razon de que fué conducida por el subterráneo de la reina Blanca que pone en comunicacion nuestro castillo con el de Neaufles (1); por mas señas que el capitan que allí manda es messer de Bagnerie, con quien fuí yo à Flandes durante las últimas guerras, y allí me cupo la satisfaccion de salvarle la vida, por lo que me protege algo, y, eso sí! no se pone un calzado que no esté hecho por mis manos.

Buridan, como se supone, no dejaba escaparse una sola palabra de esta conversacion que tanto le interesaba.

—Amigo,—le dijo al último que acababa de hablar,—pudiérais decirme, por casualidad, si ese capitan de Bagnerie ha estado en alguna época al servicio de Roberto II, duque de Borgoña?

—Sí, señor caballero, ha servido bajo las órdenes del duque, y cuando me alisté yo con él venia precisamente del ducado de Borgoña.

—Ni una palabra mas, dijo Buridan;—las revelaciones que acababan de hacérsele bastaban para que abandonara su proyecto primitivo y formara otros nuevos. Habia conocido en Bo goña à ese capitan, que hoy era gobernador del castillo de Neaufles, y dijo para sus adentros que si lograba salvar à la reina de Navarra y huir con ella al ducado de su padre, renacerian para él sus esperanzas de hacer fortuna, esperanzas que desde algunos dias tenia completamente perdidas.

Lo que ahora importaba y urgia mas era huir y ponerse al abrigo de las persecuciones de Felipe el Hermoso.

---

[1] Esta vía subterránea fué construida de órden de la reina Blanca, madre de San Luis, que tan cuerdamente gobernó la Francia miéntras el rey su hijo hacia la guerra en los Santos Lugares. La estension de este camino es de una legua y quedan aún en el dia algunos vestigios de él: el autor de esta obra penetró bastante adentro hace unos veinte años; pero actualmente la obstruyen muchos materiales de mampostería en razon de que varias veces ha habido derrumbamientos.

Pasó Buridan toda la noche pensando en los medios de llevar á cabo este proyecto, y regocijàndose grandemente de que la casualidad le hubiese traido cerca de su antigua amada y que fuera su guardian un amigo que, tal vez, descorreria para él los cerrojos de aquella càrcel real.

En cuanto amaneció, montó à caballo, salió de la ciudad, y se dirigió hácia el castillo de Neaufles, cuyas torres podian verse desde Gisors, y cuyas actuales ruinas revelan el poder que debieron tener.

Bien pronto hubo llegado Buridan á las puertas del castillo.

El capitan Bagnerie le acogió de una manera tan amistosa y cordial, que el caballero sintió su corazon innundado de inmensa. alegría

—Bien veo,—le dijo,—que ya que venís hasta aquí, tiene todavía algunos buenos amigos la reina Margarita de Borgoña: no hubiérais hecho este viage, si no fuera con la noble intencion de prestarle algun servicio.

—Es cierto, messer; y no ocultaré yo esta verdad á un caballero tan valiente y tan leal como sois vos, á quien he tenido la honra de conocer, tiempo ha, y que, segun creo, y espero habrá permanecido tan galante y cabal gentil-hombre como ántes.

—Así es y será siempre, mi querido Buridan.

Despues de un momento en que ambos interlocutores guardaron silencio, volvió á hablar el capitan.

—Y podriais decirme por qué causa ha caido nuestra señora Margarita en tamaña desgracia?

—Esto solo pudo acontecerle por alguna horrible traicion, por felonía y malas intrigas,—y así es en efecto. Lo mas terrible de todo es, que esta es obra de la princesa Juana, su prima, que en otros tiempos fué su mejor amiga.

Y reveló entonces Buridan al capitan Bagnerie que siendo acusada Juana de ciertos crímenes, habia logrado atribuir la mayor parte de las culpas que en ella recaían á la reina de Navarra y á Blanca haciéndolas sorprender por el rey, despues de haberlas atraido por medio de ardides y traiciones en la torre de Nesle, donde por casualidad se encontraban los hermanos de Aunoi: concluyó diciendo que los amigos de Margarita tenian esperanzas de que interviniera en este asunto la corte de Borgoña.

—Voto á brios,—esclamó el capitan,—si no perteneciera yo al rey de Francia, à mucha honra tuviera y seria para mí una gran satisfaccion poner en esta circunstancia mi espada á las órdenes de nuestra señora Margarita, que en otra época fué tan buena y amable para conmigo: mas ¡ay! quisiera morir mil veces ántes que ver el nombre de Bagnerie colocado en la picota como el de un traidor y un perjuro,—y á fé que así se lo hubiese yo dicho à la misma reina de Navarra en cuanto la hube visto, si por desgracia no hubiera llegado aquí y no se hallara en aquel momento en medio de muchos guardas y arqueros del rey nuestro señor.

Bien vió Buridan que no le seria posible vencer los escrúpulos de honor y fi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

delidad del capitan Bagnerie; así es que se hizo el ànimo de ocultarle completamente sus designios, so pena de ver convertirse en un hombre hostil á la causa de Margarita el que en otra época fuera su amigo.

—Messer y compañero mio,—se apresuró á contestarle,—lo que me ha traido aquí no es el intento de induciros á que falteis á vuestros juramentos: nada de esto, demasiado conocidos me son vuestro carácter y vuestra lealtad para haberlo siquiera pensado un solo momento; pero he esperado que tal vez, contando con vuestra proteccion y buena voluntad, me seria posible ver á la reina de Navarra, con el esclusivo objeto de consolarla y escitarla à que no se desanime ni pierda la esperanza de ver pronto terminado su cruel cautiverio.

—No es esta cosa muy fácil, messer Buridan, porque mi autoridad solo se estiende á la plaza fuerte de este castillo en que nos encontramos ahora. Sin embargo, si me dais vuestra palabra y vuestra fé de caballero, de que no intentaréis nada que me pueda traer perjuicios, por servir à vos y á nuestra señora Margarita, procuraré que la veais cuanto ántes.

Los juramentos, como es sabido, han sido en todos tiempos y en todas épocas, cosas esencialmente violables y han sido violados casi siempre; Buridan que, (relativamente al siglo en que vivia tenia ideas muy avanzadas), prometió y juró todo cuanto quiso el capitan, y con eso quedó tranquilo y satisfecho el buen militar, que poco versado en las relajadas costumbres de las cortes, no podia pensar que un hombre honrado pudiera dejar de obrar conforme la palabra que empeñaba. Pero aquellos tiempos eran los de la barbarie; desde aquella época han variado las cosas, y en estos dias de progreso, de ilustracion; en estos siglos del vapor y de los ferro-carriles, se hace casi ridículo el que es esclavo de sus promesas, por solemnes, por sagradas que sean.

—Pues entonces, caballero,—dijo el honrado Bagnerie, hasta la noche; y si os place matarémos el tiempo de aquí hasta la hora en que háyamos de ir á visitar á la reina, entre algunas buenas botellas y los dulces recuerdos de nuestra juventud.

Demasiado le gustaba esta proposicion à Buridan y harto se prestaba à la realizacion de sus proyectos para que la rehusara; así es que aceptó alegremente la oferta de su antiguo amigo.

Un célebre gastrónomo ha dicho que la alegría procede de la barriga; lo mismo dirémos nosotros de las inspiraciones del espíritu: estas son dos emanaciones que provienen del mismo lugar, que se aclaran, se hacen lucidas al atravesar el cerebro y se van modificando de mil y una maneras, á pesar de que conservan siempre el sello de su orígen primitivo.

Pero esta observacion va rozando los límites de la eclética, y no es este un lugar muy á propósito, que digamos, para hablar de cosas abstractas; dejemos, pues, las causas á un lado, y hablemos del efecto; hélo aquí:

Despues de haber pasado unas doce horas en la mesa, el capitan se habia vuelto el hombre mas complaciente, mas espansivo, el mas satisfecho de sí mismo que

jamas hubiera pisado nuestro mísero planeta, ese grano de arena de la inmensidad; Buridan por el contrario, era el hombre mas audaz, mas atrevido, mas pérfido y mas astuto que hubiese salido del litro terrenal.

—Messer,—dijo el capitan cuando hubo llegado la noche,—ya podemos ponernos en camino, y ahora os puedo decir por qué ha sido preciso aguardar hasta ahora para tal hacer. El gobernador del castillo de Gisors, siendo hombre muy rígido y altanero, nos habria negado seguramente el permiso de penetrar en la prision de nuestra señora la reina de Navarra, si hubiéramos cometido la tontera de pedírselo; y como vale mas abstenerse de una cosa difícil de conseguir, cuando hay otros medios de obtener de otra manera lo que se apetece, que esponerse à una negativa vergonzosa, he creido que podriamos llegar á estas horas hasta el cuarto de Margarita, siempre que no nos viera el gobernador ó algun oficial conocido mio: y no es esto muy difícil de conseguir porque ambos castillos comunican entre sì por una vía subterránea, y tienen todos los centinelas, el mismo santo y las mismas contraseñas. Lo único que nos falta es la llave de la torre en que está encerrada nuestra noble reina; pero voy à tomar tal cantidad de ganzúas, que espero en Dios podrémos abrir fácilmente el torreon.

El buen Bagnerie tomó en efecto un inmenso manojo de ganzúas y llaves de todas formas y dimensiones, encendió un farol y llevó á Buridan á un patio interior del castillo; despues de haberlo atravesado, abrió una puerta y se vieron ambos á la entrada de una escalera de piedra, que se estendia à lo léjos debajo de una bóveda húmeda y oscura; pero bastante elevada para que debajo de ella pudiera pasar sin embarazo un hombre montado en un caballo.

Despues de haber bajado muchos escalones, los dos amigos entraron en una estensa galería subterránea, en la que pudíeron andar con la misma comodidad que si se hallasen en un camino real. Al cabo de unos tres cuartos de hora, llegaron al pié de una escalera en un todo semejante á la que habian bajado al principio, y despues de subir, abrió el capitan una puerta y contestó al quién vive del centinela que estaba colocado allí; en seguida, enseñándole á Buridan la enorme torre de las Argilieras, cuya mole se elevaba de en medio de las tinieblas:

—Aquí es,—le dijo en voz baja:—calladito, y caminemos sin hacer ruido.

Pasó todo tal cual lo habia previsto Bagnerie.

Abrieron la puerta esterior y hubo, por fortuna, una llave entre el manojo que llevaba el buen capitan que entrara perfectamente en la cerradura del cuarto en que estaba encerrada la princesa.

Al oir el ruido que hicieron al abrir, púsose en pié Margarita de Borgoña, y se quedó petrificada al ver á Buridan.

—Mi reina y señora,—dijo éste,—advierto que os causa mucha admiracion que el que fué el mas adicto de vuestros servidores durante los dias de ventura, os ha sido tambien adicto y fiel durante la adversidad....

—Ah! Buridan, no esperaba yo ménos de vuestro noble corazon. ¿Qué nuevas me habeis traido, amigo mio?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Una sola os diré que atañe á vuesa real persona, señora, y es, que ciertas gentes que os aman están intentando libertaros de esta prision, lo que no puede ménos de suceder en cuanto se haya comprobado á monseñor el rey que sois víctima de falaces apariencias, y de villanos embustes y maquinaciones de la señora Juana.

—Conque así, Buridan mio,—dijo la maliciosa reina,—no soy yo culpable á vuestros ojos, ¿no es verdad?

Buridan dió un paso hácia ella, le besó la mano y le dijo en voz baja:

—Margarita, yo te juzgo con mi corazon.

El capitan, al ver que la conversacion tenia visos de intimidad, se retiró un poco, por discrecion, hácia la puerta esterior de la prision. Apresuróse Buridan á sacar provecho de esta circunstancia que con tanta ansia anhelaba, y siempre en voz baja le dijo:

—¿A dónde da esta ventana?

—A las murallas.

—Pues bien, mañana á esta misma hora, abridla de par en par y poned en el quicio un farol ó una lámpara encendida; os estaréis á un lado; una saeta caerá aquí portadora de una cuerda delgada; la halaréis poco á poco, porque en la punta estará atada otra cuerda mas fuerte, y amarraréis esta en uno de los piés de vuestra cama. Estad lista para partir y tened valor; todo lo demas corre de mi cuenta.

—Oh! amigo mio, qué te daré para recompensarte, ya que es tuyo mi corazon

—Eso lo verémos mas tarde.

Y acto continuo alzando la voz:

—No es justo, dijo,—que mi reina y señora me conceda esclusivamente estos momentos preciosísimos; que se digne permitir á su servidor tenga la honra de presentarle un amigo suyo que estuvo en otra época en la corte de Borgoña, donde prestó buenos y leales servicios.

Al decir esto, tomó por la mano al capitan y lo condujo à presencia de Margarita que le dió muy buena acogida.

La entrevista se prolongó durante algunos instantes, despues de lo cual los dos amigos se despidieron de la princesa y lograron retirarse, sin mas obstáculos que los que hasta entonces habian encontrado.

En cuanto estuvo Buridan de vuelta à la hostería de las Tres Palomas, su primer cuidado fué buscar un buen tirador de arco, dispuesto á obedecer ciegamente, mediante pecunia, todas las órdenes que se le dieran.

Como en aquella época, lo mismo que en la presente, no escaseaban esa clase de gentes, muy fácil le fué al caballero encontrar al hombre que necesitaba: llamábase Lherbier; era un cazador consumado, un merodeador intrépido que vivia de pesca, de caza, de rapiñas de todas clases y que no tenia escrúpulos que no vencieran unos cuantos sueldos parisienses.

—Amigo,—le dijo Buridan,—me han dicho que sois hombre capaz de colocar desde la muralla de las Argilieras una saeta en cualquiera de las piedras de la torre que se os señale?

—Y os han dicho la verdad, messer. Si tuviera yo que enderezar dos veces mi arco para hacer esto, vergüenza me daria presentarme ante las gentes.

—Venid, pues, á buscarme en cuanto esté metido el sol para que hagamos la prueba: si vuestro tiro es certero os daré dos escudos de oro: tomad esto, entre tanto; estas son vuestras arras.

Lherbier, al oir esto, abria tamaños ojos, tamaños oidos, tamaña boca, á modo de un gandul á quien de golpe le llovia la fortuna del cielo: en su vida habia recibido, aun para las hazañas mas....delicadas, una recompensa tan considerable, y no podia creer ni lo que oia, ni lo que veía: empero, un escudo de oro brillaba en su tosca mano, lo tocaba, lo veia, lo palpaba y se convenció de que aquel sueño era una realidad: jurôle entonces à Buridan por todos los santos del paraiso, que era suyo completamente, en cuerpo y alma, y que se haria matar con mil amores con tal de darle gusto á un caballero tan magnánimo y generoso.

—Será preciso que ademas de tu arco y tus saetas,—repuso Buridan,—traigas contigo unas cincuenta brazas de hilo muy fuerte y diez de cuerda gruesa capaz de llevar, sin romperse, una carga bastante pesada: todo esto te lo pagaré de la misma manera que tus buenos servicios.

—Muy bien, monseñor: podeis descansar en mi habilidad, pues entiendo mejor que nadie eso de hacer cuerdas de aguante..... Este fué mi primer oficio, y á fé mia que os he de traer unas que soportarian el peso de un elefante. Conque, monseñor, os respondo que quedarán cumplidas vuestras órdenes en cuanto á calidad y cantidad.

Muy largo les pareció aquel dia á Margarita y á Buridan.

Esperaban ambos con la mayor ansiedad aquella noche en que tal vez iba á decidirse para siempre su suerte.

En cuanto anocheció, el caballero se dirigió hàcia las murallas de las Argilieras, á donde llegó poco despues maese Lherbier, trayendo consigo en un saco que pendia de un largo baston que descansaba en su hombro, todos los objetos que le habia pedido Buridan.

Este comenzó à desenvolver el hilo, y ató una de sus puntas en la estremidad de la cuerda nudosa, miéntras Lherbier se ocupaba en armar su arco.

—Messer,—le dijo á Buridan cuando hubo concluido todos sus preparativos,—me parece, con vuestro permiso, que no es en las piedras de las torres donde hemos de disparar flechazos; pues que me lleve Belzebú si con la oscuridad de la noche puedo divisar la mas gruesa; pero adonde quiera que haya de ir á parar el golpe, bien podeis decírmelo, pues soy vuestro desde ahora y para siempre.

Antes de que acabara de hablar, se abrió la ventana de Margarita y apareció de repente en ella una luz.

—Os creo hombre de buenos alcances, amigo,—contestó Buridan;—así, pues,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lanzad esa saeta hácia esa ventana, haciéndolo de modo que penetre al interior del aposento.

Dos segundos despues, la saeta entraba con un silbido agudo en el cuarto señalado, heria la pared y caía á los piés de Margarita de Borgoña.

La reina de Navarra fué trayendo hácia sí con muchas precauciones la cuerda consabida. Conforme á las instrucciones que le habia dado Buridan, ató sólidamente una de las estremidades en los piés de la cama, miéntras la otra quedaba sumergida en el fondo del foso, cuyas escasas aguas bañaban la parte inferior de la torre.

—Quedaos aquí amigo,—dijo Buridan;—tomad este pito, y si ocurre algo que pueda poner embarazo en lo que vamos à emprender, avisádmelo con un silbido. Lherbier no era novicio en espediciones de esta naturaleza, no porque hubiese cooperado alguna vez al rapto de alguna princesa, ó mas aún, de una reina; pero porque en eso de escalar y de proezas de la misma calaña, era ya muy ducho y le sobraba mucha esperiencia.

Prometióle à Buridan hacerle buena custodia, y éste metiéndose resueltamente en el agua del foso, agarró la cuerda y con la agilidad de una ardilla, subió en un abrir de ojos hasta la ventana.

En cuanto entró en el cuarto de Margarita, echóse esta en sus brazos.

—Buridan, Buridan mio, eres mi salvador,—esclamó llena de júbilo y de amor.

—Amada reina mia,—dijo el caballero,—no es este un momento oportuno para echarnos flores. Salgamos de aquí sin mas tardanza.

Y con el dedo le señalaba la ventana.

—Es camino algo peligroso,—añadió;—pero es el único que podemos aprovechar.

Palideció Margarita de espanto al pensar en la distancia que tenian que atravesar en el vacío àntes de llegar al foso.

Buridan, sin dejarle mas tiempo para reflecsionar y reponerse, la tomó en sus fornidos brazos y subió á la ventana.

Una vez allí, le dijo á Margarita que cruzara los brazos al rededor de sus hombros á fin de dejarle las manos en libertad, y asiéndose de nuevo de la cuerda, comenzó á bajar lentamente.

Ya habia llegado á la tercera parte de su descenso, cuando de repente, un silbido agudo se dejó oir y vino á vibrar á su oido.

Casi al mismo tiempo estalló el grito cien veces repetido de: *A las armas!* desde lo alto de la torre y desde las murallas esteriores.

Volver à subir, era imposible: lo mejor que habia que hacer era alcanzar el foso ántes de que el grito de alarma hubiese puesto en pié á toda la gente del castillo, y ántes de que hubiese bajado hasta allí.

Buridan, á quien nunca abandonaba su sangre fria, lo comprendió así, y bien presto se vió en tierra firme: en aquel momento, la luna, que comenzaba á salir,

le permitió ver por el otro lado del foso á cinco ó seis soldados que parecian dispuestos à disputarle el terreno y á no dejarle pasar.

El valiente caballero tomó al instante una resolucion firme, desesperada: colocó á Margarita encima de las piedras de la torre que no bañaba el agua, y luego despues empuñando en una mano su espada y en otra un afilado puñal, corrió en derechura hàcia los soldados y los atacó con un vigor y una energía indecibles.

En ménos de un minuto, puso á dos de ellos fuera de combate; pero à los gritos que proferian los demas, contestaron otros gritos que anunciaban que se estaba acercando un piquete formidable.

En aquel mismo instante salió Lherbier de un matorral en que se habia ocultado y desde cuyo escondite habia observado todo cuanto acababa de pasar: viendo la manera con que estaba esgrimiendo el caballero y matando uno por uno á sus enemigos, se estuvo quieto, pensando que estaba por demas el ir à recibir algunos malos golpes, cuando parecia segurísimo de que se bastaba á sí mismo Buridan para salir solo y airoso de aquel paso; pero al ver acercarse una nueva patrulla de gendarmes y arqueros, temió y con razon, de que las cosas cambiaran de aspecto; ocurrióle que si mataban al caballero ó si lo cogian prisionero, se veria él obligado á darse por muy satisfecho con las arras que habia recibido, y esto fué lo bastante para determinarle á ayudar á Buridan con una buena espada y un puñal mejor aún.... Cayó como el rayo sobre los soldados, que aún acometian al caballero, y vióse este despejado al momento.

Buridan quiso entonces volver hàcia Margarita; pero Lherbier le detuvo, y enseñándole las tropas que ya venian corriendo hácia ellos con hachas encendidas en las manos:

—Messer,—le dijo,—si os quedais aquí, bien podeis rezar vuestro pater noster, pues aun cuando fuéseis monseñor el diablo en carne y hueso, no saldriais vivo de esta pelea.

Buridan era intrépido, pero no habia perdido el juicio, y hubiera sido una locura insistir en su designio. Corrió, pues, tras de Lherbier, quien al concluir su frase se habia lanzado en el rio del Epte: ambos lo atravesaron á nado y llegaron bien pronto á la choza del merodeador, en la cual pasó el caballero el resto de la noche.

En cuanto amaneció, Buridan se fué á la hostería de las Tres Palomas, mandó ensillar su caballo y salió à toda prisa de la ciudad.

Miéntras tanto, Margarita volvió á ser encerrada en su prision, cuya ventana fué tapiada y quedó reemplazada con una estrecha torrecilla.

A los pocos dias, la reina de Navarra fué trasladada al castillo de Gaillard, en el que se encontraba Blanca, su cuñada, y por órden espresa de su marido fué echada en un calabozo.

Desde entonces le sirvió de cama un monton de paja, y de alimento un poco de pan y agua.

Buridan se habia encaminado hácia Paris, pues el mal écsito de esta última aventura habia modificado completamente la índole de sus ideas y sus proyectos.

Despues de tanto movimiento, de tanta agitacion, esperimentaba una gran necesidad de disfrutar de algun descanso, y como en otro tiempo habia estudiado las lenguas muertas y la filosofia, lo que no era muy comun entre los gentileshombres de aquella época, tenia la idea de ocultarse bajo la toga de profesor hasta que el desenlace de ese gran drama de la torre de Nesle hubiese reanimado ó destruido completamente sus esperanzas.

A los dos dias de haber salido de Gisors, llegó el caballero cerca de Pontuesa. Al adelantarse hácia la abadía de Maubuisson, comunidad de monges que gozaba de mucha celebridad en aquella época, divisó en medio de una gran pradera á una multitud de gentes de todas clases y condiciones que unos arqueros se esforzaban en mantener á cierta distancia de una especie de cadalso que se habia construido allí.

—Qué ocurre en este lugar?—preguntó á un campesino que se dirigia presuroso hácia la pradera.

—Jesus María! messer, de dónde venís, pues que no sabeis los grandes crímenes que se han cometido en Paris, en la torre de Nesle?

—Vengo de muy léjos, en efecto, amigo; y he andado tanto camino en estos últimos dias que nada sé de lo que me decís. ¿No podriais contarme esa interesan tehistoria?

—Oh! messer, seria esto cuento de nunca acabar, y ademas lo único que sabemos nosotros, pobres villanos, es lo que nos trae el rumor público. Lo que sí parece cierto es que en aquella torre han sido sorprendidas en flagrante delito de adulterio dos nueras del rey, nuestro amo, á saber, la señora Margarita y la señora Blanca, que á la sazon se hallaban en alegre compañia con los caballeros de Aunoi, messer Gualtiero y messer Felipe. El rey, deseando juzgar á estos dos caballeros con el espíritu en reposo y toda la calma que requeria el asunto, ha venido á la abadía de Maubuisson que veis ahí, à donde fueron conducidos los culpables: ya los han juzgado y han sido sentenciados á padecer muchos ultrages y penalidades, despues de lo cual serán conducidos al último de sus suplicios..... Por esto veis todos esos preparativos y esa muchedumbre. Dichoso vos, messer, que, montado á caballo y alzándoos sobre los estribos podreis estar al tanto de todo lo que pase dentro de un momento.

Ocurrióle de repente una idea á Buridan. Hizo que le indicaran el camino por donde habia de pasar la fúnebre comitiva, y se dirigió á galope hácia aquel punto.

Pronto divisó à los primeros soldados que marchaban à la cabeza de la escolta; despues venian algunas autoridades y una comunidad religiosa; en seguida

aparecieron á los ojos de la multitud àvida, ansiosa, devorada por la curiosidad los sentenciados que iban acompañados cada uno de un monge, cuyas ecshortaciones escuchaban tranquilos y con suma resignacion.

Detras de ellos estaban los verdugos armados de alfanges y cuchillas formidables; llevaban ademas otros muchos instrumentos de hierro de aspecto siniestro.

Cerraba la marcha una compañía de arqueros.

A lo largo de esta terrible comitiva, unos soldados se afanaban en alejar con sus picas á los villanos que obstruian el paso.

El caballero se adelantó hasta el comandante de la escolta.

—Messer,—le dijo,—en nombre del rey de quien soy mensagero, os ordeno hagais alto aquí y me dejeis hablar con los reos.

Buridan era un mozo de buen talante, estaba vestido con lujo, montaba un brioso corcel ricamente enjaezado y llevaba en los talones magníficas espuelas de oro. Esto era lo bastante para que se tuviera fé en la mision imaginaria de que hablaba. Detúvose, pues, la comitiva; Buridan se puso pié á tierra, echó las riendas de su caballo à un gendarme, y acercándose à los hermanos de Aunoi les dijo á media voz:

—Caballeros, me manda hácia vos la reina de Navarra; os puedo asegurar que se os hará merced y remision de todas vuestras culpas y pecados, si consentís en declarar—como es cierto—que habeis usado para con ella de astucia y violencia para conducirla al lugar donde se os ha encontrado en su compañía.

Gualtiero de Aunoi cuyas facciones parecian contraidas por algun dolor agudísimo, echó al presunto enviado de Margarita de Borgoña una mirada llena de indignacion, de cólera y de desprecio.

—Atrás, tentador villano y desleal,—dijo con voz alterada,—nada queremos de parte de esa prostituta, que Dios confunda!

Buridan notó entónces que los vestidos de los dos hermanos estaban ensangrentados y que un ancho rastro de sangre señalaba el camino por donde habian andado. Es que, en efecto, habian sufrido ántes de salir de la prision la mas horrorosa mutilacion que pueda inferirse á un hombre; y en ese estado los llevaban á la muerte.

—Messer,—repuso el falso mensagero,—comprendo muy bien que en el estado en que os encontrais, no podeis tener el ánimo tranquilo ni cabal el juicio, y así os perdono los feos insultos que acabais de proferir contra mí; os adjuro de nuevo, no os dejeis cegar por la ira que resentis y devolvais el honor á dos princesas que siempre os han hecho y han querido haceros mucho bien.

—No, no,—dijo à su vez Felipe,—nada queremos de esas traidoras que nos han asesinado, y en este momento nos es ya preferible la muerte que no la ecsistencia.

Buridan quiso insistir, y dirigiéndose á los monges, les suplicó le ayudasen á

hacer entrar á esos desgraciados en la vía de la salvacion demostrándoles que era una generosa y buena accion el devolver el honor à dos princesas, y que, de no hacerlo, no podian serles abiertas las puertas del paraiso.

Los monges comenzaban, efectivamente, á hacerles ecshortaciones en este sentido, cuando de repente, Gualtiero volviéndose hácia el verdugo esclamó lleno de enojo:

— Hola! compadre de Belzebú, ¿es así como haceis vuestro oficio? Si no os dais prisa en obrar pronto y bien, me obligaréis á que clame favor del populacho, y verémos entonces lo que sucederà.

Viendo Buridan que eran vanos é inútiles todos sus esfuerzos, montó de nuevo á caballo y se alejó de aquel sitio.

Volvió inmediatamente la comitiva á ponerse en marcha.

Fué cosa tan horrible la ejecucion de esos desgraciados, que podria creerse que su descripcion es el aborto de una imaginacion llena de fantasía y ecsageraciones: creemos, pues, que no estará por demas transcribir aquí el relato testual de un escritor de la época, relato que si hubiese sido mas conocido, hubiera evitado seguramente muchas controversias y discusiones.

Es verdaderamente muy estraño ver el desacuerdo y la diversidad de opiniones que ecsisten entre varios historiadores sobre este punto.

Asì, M. Tissot, miembro de la academia francesa, cuyas obras gozan merecidamente de tanto favor y aprecio, ha escrito á propósito de la traduccion de los *Besos* de Juan Second, la nota que reproducimos en seguida:

"He encontrado en este libro un dato digno de llamar la atencion y referente á la torre de Nesle, guarida de las orgías y de los crímenes de Isabel de Baviera, esa nueva Mesalina que hacia echar al rio á sus amantes encerrados y cosidos sólidamente en unos costales. — Esta torre, que estaba situada precisamente enfrente de la casa de moneda, ha sido derrumbada cuando se construyó el Puente Nuevo."

"Cuantas palabras encierra el apunte anterior, son otras tantas equivocaciones, —dice M. Julio Château: no perderémos el tiempo en demostrarlo; pero sí—y à esto nos limitamos—harémos notar cuan estraño es que M. Tissot apellide Isabel de Baviera á la misma reina que el mismo poeta á quien tradujo llamara Blanca."

Dirémos ahora nosotros que en el apunte de M. Tissot, hay mas bien confusion que no error, pues es muy cierto—como lo verémos mas adelante—que Isabel de Baviera que vivió un siglo despues de Margarita de Borgoña, siguió el ejemplo de esta en todos sus escesos impúdicos y sanguinarios.

Brantôme, el mismo Brantôme se equivocaba tambien cuando atribuia todos esos desórdenes á Juana de Borgoña, esposa de Felipe el Largo.

"Estaba ella, dice, en el palacio de Nesle, en Paris, y desde allà miraba á todos los que pasaban; á los que mas eran de su agrado, fuese cual fuese su clase, los mandaba llamar, y despues de haber conseguido de ellos lo que deseaba, hacia

que desde lo mas alto de la torre, los precipitaran en el rio, donde se ahogaban infaliblemente. No afirmaré yo que esto sea cierto, pero el vulgo así lo dice, y es tan sabido, que con solo mentar la torre de Nesle, basta para que repitan lo que acabo de escribir."

Son de notar estas palabras de Brantôme: *no afirmaré yo que esto sea cierto*, y buen cuidado tuvo de hacer esta restriccion, pues lo que asentó es enteramente inesacto.

Tampoco anduvo Dulaure muy feliz en achaques de verdad histórica cuando, hablando del reinado de Luis el Hutin, dijo:

"Este rey al ponerse al frente de un mal gobierno, no pensó en mejorarlo. Hizo mucho mas mal que no bien, y parecia que lo único que lo preocupaba era reprimir los desórdenes de su corte. Su esposa Margarita de Borgoña, y sus cuñadas Blanca y Juana se entregaron á orgías y galanterías desenfrenadas que Luis X castigó con mucho rigor y severidad.

"La abadìa de Maubuisson era el teatro de esos escesos de lujuria; dos hermanos, Gualtiero y Felipe de Aunoi figuraban allí como actores principales; pero fueron las primeras víctimas de tanta vida licenciosa, de tantos placeres desenfrenados. Ambos fueron atrozmente mutilados, desollados vivos, en seguida decapitados y suspendidos despues por debajo de los brazos en una picota.

"Sentenciaron à la horca al ugier que se habia prestado á esas galanterías.

"Un padre jacobino que favorecia las orgías de las princesas y les ministraba remedios contra el embarazo, pereciò igualmente en medio de los tormentos mas crueles."

Error, siempre error; no fué en la abadía de Maubuisson donde se cometieron esos crímenes, allí no mas juzgaron y sentenciaron á los culpables, y lo comprueba el siguiente pasage de las *Crónicas de San Dionisio.*

"En el mismo año cerca de Pontuesa, en un lugar que llaman Maubuis-
"son y es una abadía de monjas de la órden de Citeaux, el mártes de Pascua,
"Margarita, reina de Navarra, hija del duque de Borgoña, muger de Luis, rey
"de Navarra é hijo del rey de Francia, y Juana, hija del conde de Borgoña, es-
"posa de Felipe conde de Poitiers é hijo del rey de Francia, y Blanca, segunda
"hija de dicho conde de Borgoña, muger de Cárlos conde de Marcha, hijo del
"rey de Francia, por ayuntamiento carnal y adulterio de que se han hecho cul-
"pables siendo sorprendidas infraganti dos de ellas por órden del rey que se
"hallaba á la sazon en Maubuisson, á saber, Margarita reina de Navarra y Blan-
"ca, esposa de Cárlos, fueron arrestadas y encerradas en distintas prisiones y
"condenadas irremisiblemente à quedar para siempre encarceladas en el castillo
"de Gaillard, situado en Normandía. En cuanto á la otra señora, la condesa de
"Poitiers, que habia sido conducida al castillo de Dourdan, despues de ecsami-
"narse detenidamente su conducta, quedó purgada de toda culpa, y comprobada
"plenamente su inocencia, fué puesta en libertad y reunida con su marido el

"conde de Poitiers. Por lo que toca á Felipe de Aunoi, amigo de la citada rei-
"na, y Gualtiero de Aunoi, su hermano, amigo de Blanca, el viérnes de la mis-
"ma semana, de órden del rey fueron desollados y cortados, sus t....,
"despues de lo cual fueron arrastrados por caballos serranos en medio de un pra-
"do recientemente segado, hasta una horca de Pontuesa en la que los colgaron.
"A esa misma horca colgaron tambien á un ugier que sabia y consentia los deli-
"tos referidos anteriormente.
"A causa de estos sucesos estuvieron por largo tiempo irritados el rey de Fran-
"cia, sus hijos y los barones del reino." (1)

"En cest an vers Ponthoise, au lieu que on appelle Maubuisson, une abbaye
"de femmes nonains de l'ordre de Citeaux, le mardy en la sepmaine de Pasques,
"Marguerite, royne de Navarre, fille du duc de Bourgogne, femme de Loys roy
"de Navarre, et fils de Philippe roy de France, et Jehanne, fille du comte de
"Bourgogne, femme de Philippe, comte de Poictiers, et fils du roy de France, et
"Blanche, seconde fille du devant dict comte de Bourgogne, et femme de Char-
"les, comte de Marche, fils du roy de France, pour fornicacion et adultère sur
"elles mis, et mesmement sur deux c'est assaçavoir sur Marguerite, royne de
"Navarre, et sur Blanche, femme de Charles, lesquelles vraiement approuvées
"furent prinses du commandement du roy qui lors estoit à Maubuisson et en
"divers prisons furent mises et du tout en tout condampnées en essil et en char-
"tre perpétuelle, encloses au chasteau de Gaillard, en Normandie, et là furent
"retenues et emprisonnées et condampnées. Et de l'autre dame, la comtesse de
"Poictiers, laquelle fut emprisonnée au chasteau de Dourdan, examinacion fust
"faicte, et purgacion de son faict fut approuvée et prouve qu'elle n'estoit pas
"coulpable, et aprez ce de prison fust délivrée et en la compagnie de son mary le
"comte de Poictiers, fut rassemblée. Et adecertes Philippe d'Aunoy, amy bien-
veillant ladicte de royne, et Gaultier d'Aunoy, son frère, chevalier amy de
"ladicte Blanche, le jour d'ung vendredi en ycelle sepmaine de Pasques, du com-
"mandement du roy furent escorchez et les.....couppés, et après ce inconti-
"nent á ung gibet de Ponthoise nouvellement faict furent traynés par chevaux
"neufs, sur prés nouvellement fauchés, jusqu'au gibet ou furent pendus, et en-
"cores pour certain l'uissier de ladicte royne sachant et consentant du devant
"dict forfaict en ycellui jour á Ponthoise au gibet commun fut pendu. Lequel
"cas fortunable les barons et le roy de France et aussi ses fils courrouga mouit
"et troubla."

Despues de esta horrorosa ejecucion, Buridan se encaminó hácia Paris, adonde llegó sin tropiezo: allí, conforme lo habia ya resuelto, trocó su armadura de caballero por la toga de profesor de filosofía.

(1) Copiamos á continuacion lo que se refiere en la *Crónica de San Dionisio* respecto de la ejecucion de los hermanos de Aunoi, por ser notables no solo la narracion, sino el estilo en francés antiguo en que está escrita.



"Este Buridan, dice un escritor erudito, disfrutó de gran fama en las escuelas del siglo XIV: como pertenecia á la secta de los *nominales* fué espulsado de Paris por la de los *reales*, y se retiró á Alemania.

"Este famoso discípulo de Ockam ha hecho comentarios sobre la lógica, la moral y la metafísica de Aristoto, que tuvieron el écsito mas brillante.

"El sabio Maudé que ha leido estas obras, dice que están desprovistas de elegancia y aun de sentido comun, y añade que Buridan debió la gran voga de que disfrutó á los dilemas cómicos y á los juegos de palabras con que sabia combatir, desviar y á veces vencer las disertaciones científicas de sus adversarios."

"Su dilema del burro hambriento que se hallaba entre dos fanegas suele citarse aún en el dia en las escuelas; nadie ignora este pésimo juego de vocablos: *Reginam interficere nolite timere bonum est.* El colocar ó no una coma ántes ó despues de la palabra *timere* daba *ad libitum* un sentido regicida á esta frase; era esta una arma de dos filos tanto mas temible, cuanto que las comas se usaban muy poco en los manuscritos de aquel tiempo y que, en una circunstancia dada, podia ser la escusa y cuando ménos la ocasion de un crímen."

Algunos historiadores aseguran que Buridan nó fué contemporaneo de Margarita de Borgoña.

Tambien esto es un error.

Cierto es que fué despues de la muerte de esta reina cuando Buridan adquirió esa gran reputacion de filósofo de que hemos hablado; pero no lo es ménos que habia sido page del duque de Borgoña Roberto II; que fué el amante de Margarita, hija de este príncipe y muger de Luis X, llamado el Hutino, á la sazon rey de Navarra, y así mismo que esta reina que lo temia estremadamente á causa de los secretos que podia descubrir, intentó hacerlo asesinar en la torre de Nesle. Este último hecho queda atestiguado con estos versos del poeta Villon, en su *Balada de las damas de otros tiempos*, cuya segunda estrofa dice así:

Où est le très sage Hélois
Pour qui fust chastré (et puys moine)
Pierre Esbaillart à Sainct-Denys
Pour son amour eust ceste essoyne?
Semblablement où est la royne
Qui commanda que Buridan
Fust jeté en un sac en Seine!
Mais où sont les neiges d'autant?

La opinion de Bayle está conforme con la tradicion que, por otra parte, creemos suficientemente confirmada con las numerosas indagaciones que hemos hecho sobre la materia.

¿Con qué mira negaron ó alteraron hasta ese punto la verdad unos cuantos escritores, por demas veraces, y dignos de que se dé crédito á sus leyendas?

Fácil es esplicarlo: por desgracia habian echado en olvido que nada bueno puede resultar de la mentira.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

Cruel cautiverio de Margarita de Borgoña.—Arrepentimiento de Blanca.—Muerte de Felipe el Hermoso.—Luis piensa en contraer nuevas nupcias.—Ejecucion de Margarita de Borgoña.—Blanca en la abadía de Maubuisson.—Juana vuelve á la torre de Nesle; su testamento; su muerte.

La sentencia en cuya virtud sufrieron tan tremendo suplicio los hermanos de Aunoi, condenaba á Margarita de Borgoña y á Blanca á un encierro perpétuo.

Tal era la justicia de aquellos tiempos.

Pero el cautiverio de esas dos mugeres infames fué acompañado de tantas privaciones, de tantos tormentos físicos y morales, que seguramente debiera haberles parecido muy suave la muerte, si se la hubieran dado.

Como ya dijimos, la reina de Navarra encerrada en un calabozo subterráneo, tuvo por lecho un poco de heno, que pronto quedó convertido en un infierno fétido y nauseabundo, y por único alimento pan y agua.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, vió convertidos sus vestidos en harapos que iban deshaciéndose poco á poco; hinchárónsele las piernas, apagóse su mirada; pero todos estos padecimientos no fueron bastantes para ablandar ese corazon de hiena. Con injurias y con amenazas era como acogia al carcelero que tenia el encargo de llevarle sus escasos alimentos; sus gritos, sus imprecaciones se dejaban oir continuamente en la fortaleza, y cada vez eran mas violentas, mas iracundas, mas obscenas.

A Blanca la trataban de la misma manera que á su cuñada; pero ella se arrepentia sincera y hondamente, y se mostraba completamente resignada con su triste suerte.

A pesar de que las habian encerrado en calabozos separados, estos estaban tan cercanos uno de otro, que sin necesidad de alzar mucho la voz, podian hablarse, y nó pasaba dia sin que Blanca no se esforzara en moderar la agitacion y los resentimientos de su cómplice.

—Por la Santísima Vírgen María, querida hermana,—le decia,—no os empeñeis en la perdicion de vuestra alma. A tan grandes pecadoras como somos ambas, no es justo que se las imponga una severa penitencia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



—Hablad por vuestra propia cuenta, contestaba furiosa la implacable Margarita. Si os place llevar con paciencia esos ultrages, yo soy demasiado orgullosa y demasiado noble para sufrirlos de buen grado.

¡Ah! rey villano y maldito que, sin vergoña tratas así á una dama cuya testa lleva una real corona; si te tuviera yo por delante al frente de cincuenta mil lanzas, veriais, veriais quién es tu nuera Margarita.....

¡Alzate, Borgoña, álzate en masa! Sus, sus contra ese maldito! Borgoña, Borgoña; qué no es tiempo todavia de preguntarle á ese can coronado qué se hizo la hija de tu poderoso amo y señor Roberto II?

—Margarita,—volvia á decir Blanca,—las puertas del infierno se abren para los que no están arrepentidos..... Sois vos la que causásteis todas mis desgracias, querida hermana, y os perdono para que vos tambien perdoneis....

—No, nunca, jamas! Venganza es lo que apetezco mas que todo en este mundo y en el otro, si es que lo hay.—Ah! Juana, gazmoña y morigerada esposa de messer Satan, si algun dia llego á tener al alcance de mis manos tu cara hipócrita, con qué delicias te arrancaré esos ojos de serpiente y tu lengua maldita!

Nada podia apaciguar á esa furia que con júbilo hubiera hecho el sacrificio de su vida y de su salvacion con tal de gozar de una hora de venganza.

Sabedor el rey de la impertinencia de Margarita y del arrepentimiento sincero de Juana, tuvo compasion de ésta y la perdonó, con la condicion de que se encerraria durante un año en la abadia de Maubuisson para acabar de purificarse allí con los ejercicios y las privaciones de la vida monástica.

Esta circunstancia agravó mas aún la situacion de la reina de Navarra; desde entonces ninguna otra voz humana mas que la suya hirió su oido, pues su carcelero tenia órden espresa de no dirigirle en ningun caso la palabra, y de no contestar las preguntas que le hiciera.

Al fin vino la muerte á poner coto á esos padecimientos y á ese estado de ecsaltacion y de furor incesantes.

Esta muerte fué horrible, y puede decirse que esta muger murió de la misma manera que habia vivido.

Para mayor inteligencia de nuestros lectores, retrocederémos unos cuantos pasos hácia el pasado.

Hemos dicho mas arriba que merced á las prodigalidades de Felipe el Hermoso y de su familia, las arcas del Estado se hallaban siempre vacias á pesar de los impuestos enormes que pesaban sobre el pueblo, á pesar de las confiscaciones inícuas, de la alteracion de las monedas acuñadas &c. Fácil es comprender que la recaudacion de esos impuestos que cada dia iban mas y mas en aumento, no se verificaban sin que se alzaran desde los puntos mas lejanos del reino en contra del monarca y de su gobierno multitud de quejas y maldiciones. En Paris, especialmente, esa grita degeneraba á veces en amenazas, y á menudo esas amenazas degeneraban en una verdadera sedicion.

Hácia el año de 1306, una de esas asonadas tomó un carácter tal de gravedad que el rey, asediado por el pueblo enfurecido en su propio alcázar, se vió obligado à refugiarse en el palacio del Temple.

Acogiéronle los templarios; pero à pesar de que eran reputados, y con sobrada razon, por los caballeros mas bizarros de la época, no hicieron esfuerzo ninguno para despejar al rey en cuyo seguimiento venia el populacho.

Felipe se quedó profundamente resentido de este hecho cuyo recuerdo conservó durante largo tiempo: en cuanto quedó restablecido el órden quiso sacar de lo que consideraba como una infame traicion, una venganza ejemplar, venganza que debia ser tanto mas suave á su corazon cuanto que la órden del Temple, semi-religiosa, semi-militar, poseía inmensas riquezas.

El 13 de Octubre de 1307, el gran maestre Santiago Molay fué arrestado en Paris en union de sesenta caballeros, y el gobierno tomó tan bien sus medidas que los demas caballeros que habia en las provincias de Francia fueron aprehendidos el mismo dia y á la propia hora.

La pluma, dice Anquetil, se niega á trazar los delitos de que fueron injustamente acusados estos religiosos; abjuracion de la fé, orgías libertinas, ceremonias abominables complicadas de infanticidios; en una palabra, todas las suposiciones insensatas y repugnantes, los ritos estravagantes, los escesos, las orgías mas desenfrenadas que se achacaban à los antiguos heréticos,—ni uno solo de esos yerros se dejaba de atribuir á los Templarios.

Como se trataba de una órden religiosa á la vez que militar, los acusados comparecieron primeramente ante los tribunales eclesiàsticos.

Parece que algunos de ellos, amenazados de ser sometidos á la tortura, confesaron que eran culpables de todos cuantos crímenes se les quiso imputar.

Cincuenta y nueve fueron sentenciados á perecer en una hoguera.

Cincuenta y nueve sufrieron este horrible suplicio.

Entre los que habian confesado ser culpables de aquellos crímenes supuestos, contábanse Santiago de Molay, gran maestre de la órden, como ya hemos dicho; Guy, gran prior de Normandía; Hugo de Peralte, gran visitador de Francia; y el gran prior de Aquitania.

El Papa se habia propuesto salvarlos; pero ecsigió para tal hacer que volvieran á confesar en público todo lo que habian declarado ante los tribunales.

El dia que se habia fijado para su ejecucion, fueron conducidos al cadalso que se habia construido enfrente de la puerta principal de Nuestra Señora.

Hácia un lado, los verdugos estaban ocupados en los últimos preparativos de la hoguera que habia de devorarlos, si no cumplian con las condiciones que para salvarlos les habian impuesto.

Leyéronse en alta voz las declaraciones que habian hecho repetidas veces de los crímenes que se cometian en el seno de la Orden.

Uno de los enviados del Papa pronunció un estenso discurso sobre el asunto, y les intimó confesasen públicamente esos mismos crímenes de que se habian reconocido secretamente culpables ante los jueces.

Entónces, el gran maestre, anciano venerable, se adelantó al borde del cadalso, y sacudiendo las cadenas que pesaban sobre sus temblorosas manos, y mirando con semblante frio y desdeñoso la hoguera, dijo con voz sonora á la par que firme:

"El horrible espectáculo que presentan á mi vista, no es bastante para hacer-"me confirmar una primera mentira con otra mentira. Yo he traicionado á mi "conciencia; tiempo es ya de que triunfe la verdad.

"Juro, pues, á la faz del cielo y de la tierra, que todo lo que se acaba de leer "tocante á los crímenes y à la impiedad de los Templarios, es una infame calumnia.

"Esa es una Orden santa, justa, ortodoxa, y merezco yo la muerte por haber-"la acusado á instancias del Papa y del rey.

"¿Por qué no es posible que espíe yo este delito con un suplicio mas terrible "aún que el del fuego?

"Este fuera el único medio que tendria de alcanzar el perdon de los hombres "y la misericordia de Dios."

Guy, gran prior de Normandía habló en los mismos términos.

Los otros dos insistieron en lo que primitivamente habian confesado.

Sorprendiéronse en gran manera los jueces, los delegados del Papa y sus secretarios.

Los dos refractarios fueron conducidos de nuevo á sus calabozos.

El rey reunió á toda prisa su consejo.

Sin que se les oyera de nuevo, fueron condenados los templarios como heréticos relajados al suplicio del fuego, y la sentencia se ejecutó al dia siguiente en la isla del Palacio.

En medio de las llamas y hasta el último aliento protestaron ser inocentes, y emplazaron al rey y al Papa ante el tribunal de Dios,—al Papa Clemente dentro de cuarenta dias,—al rey Felipe dentro de un año.

El pueblo, testigo de la constancia y de la fortaleza de ánimo de estos desgraciados, vertió làgrimas ante aquel fin trágico y quedó convencido de que morian inocentes. Lo que le confirmó en esta persuasion fué el fallecimiento de los dos autores de esta catàstrofe, que acaeció en los plazos que les habian señalado sus víctimas.

Se hace difícil creer, dice Anquetil, en cuya magnífica obra hemos copiado el relato anterior, que la Orden entera especialmente los de mas edad, fuesen culpables de las iniquidades, tan insensatas como estravagantes que se les imputaban; pero puede ser que los Templarios mas jóvenes, que en su mayor parte pertenecian por su nacimiento á la corte de Felipe el Hermoso, hayan participado de la disolucion que reinaba en ésta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y es que, en efecto, esta disolucion traspasaba los límites de todo cuanto puede inventar la imaginacion mas depravada.

Margarita de Borgoña y sus dos cuñadas eran allí las reinas de la moda, y no faltaba dia sin que se complujeran en inventar vestidos, trajes y adornos de formas nuevas.

"Tanto quisieron inventar,—dice un cronista contemporáneo,—que pronto "dejaron á descubierto el seno, las piernas, y aún algo mas."

Y véase hasta donde llegaba la depravacion de estas tres mugeres: el poeta Jehan de Meung, que apellidaban por broma *Clopinel* ó Pian-Pian porque era cojo, habiéndose atrevido en sus versos á entrar en ciertos pormenores que daban à entender muy á las claras que no debian ser las princesas sobrado castas y honestas, éstas lo mandaron llamar, armáronse de unas varillas de mimbre y se encerraron con él en su aposento, donde le obligaron á que se desnudara. Cuando el infeliz se encontrò en el mismo estado de desnudez que cuando lo pariera su madre, dió Margarita la señal de fustigacion. Clopinel en esta crítica circunstancia recurrió á sus gracejos habituales, púsose de rodillas, y suplicó rendidamente á aquella que se creyese la mas ofendida de las tres en sus escritos, fuera la primera en herirle. Ninguna de esas hermanas que se habian dado por tan ultrajadas quiso comenzar, y el astuto Jehan de Meung pudo librarse así de una soberana azotada.

Durante seis años se mantuvo esa muger estraordinaria en el estado de ecsasperacion de que hemos hablado.

Empero Luis el Hutino habia sucedido à su padre Felipe el Hermoso. Mas pródigo aún que éste, su primer cuidado fué pensar en conseguir dinero, cosa sumamente difícil despues de agotados los mil medios á que habiase ya recurrido bajo el reinado anterior. Pero la necesidad vuelve al mas torpe ingenioso. Luis X declaró solemnemente *que en el reino de los francos no debia haber siervos.*

El juego de palabras tenia cierto mérito; así es que el honrado monarca se lo hizo pagar bastante caro, obligando á todos sus siervos á que compraran en buenos escudos sonantes, esa libertad que habia declarado inenagenable.

Este procedimiento llenó de pronto las ecshaustas arcas de Enguerrando de Marigny, que seguia siendo el ministro todopoderoso de Luis, y que bien pronto debia pagar con su sangre la culpable condescendencia que habia mostrado para con los desórdenes de todos los miembros de la real familia.

Pero aquello era lo mismo que una gota de agua en el Océano, y pronto se hizo preciso inventar y acudir á otros medios, pues los impuestos en cuanto se percibian desaparecian con una rapidez estraordinaria y nunca eran suficientes para que el Estado llenara sus atenciones.

A la manera de dos hijos de familia que se han arruinado prematuramente, Luis tuvo entónces la idea de restablecer su fortuna por medio de un buen casamiento, y pensó desde luego en Clemencia, hija del rey de Hungría.

Por desgracia, para contraer nuevas nupcias, tenia que vencer un obstáculo muy grande: Margarita de Borgoña permanecia siempre en su calabozo y á pesar de los padecimientos que se le imponian y de su estado de incesante ecsaltacion, no parecia que estuviese muy próxima á abandonar este mundo por otro mejor, à ménos que....se tomaran medidas para que así fuera.

Verdad es que podia superarse esta dificultad por medio del divorcio; pero para eso era preciso recobrar el permiso del Papa, y el Santo Padre, consecuente en esto con el ejemplo que le habian dado sus antecesores, tenia la buena costumbre de no dar nunca con una mano, si no recibia con la otra; y como quiera que los favores espirituales de la Santa Sede costaban muy caro, corria riesgo de desaparecer en las arcas de Roma el dote de la princesa de Hungría.

Tal no era la intencion del rey de Francia, que estaba mucho mas escaso de dinero que de mugeres.

Luis X se hallaba, pues, de un humor pésimo; mandó llamar á Enguerrando de Marigny y le preguntó cómo podia ser que hubiese acumulado tantas y tantas riquezas sirviendo á un príncipe que siempre carecia de dinero.

Estremecióse el ministro: ocurrióle de pronto que no teniendo ya Templarios á quienes quemar, judíos á quienes despojar de sus bienes, ni siervos á quienes pudiese vender su libertad, no se haria imposible que el rey quisiese formular alguna acusacion capital contra su primer consejero:—pero Enguerrando era un truhan mas astuto que una zorra y que no solia caer en redes agenas; recobró su sangre fria y dijo al rey:

—Señor, siempre he cuidado de dar buenas y esactas cuentas á monseñor el rey, vuestro difunto padre, y lo propio haré con vuesa señoría. Pero, el honor de un monarca es mas precioso que todo el oro de la tierra; si pues los cortos bienes que honesta y legítimamente he adquirido hasta hoy pueden seros de alguna utilidad ó de vuestro grado, de todo corazon los depositaré á vuestras plantas, á fin de que en ningun tiempo se pueda suponer que los obtuve por dolo ó por violencia.

No siempre se mostraba Enguerrando tan dócil y deferente para con el rey; pero esta vez anduvo muy feliz, pues Luis X no queria otra cosa mas que obtener dinero de su ministro. Avergonzòse, no obstante de ver que aquel sospechaba la verdad, y dió otro giro á la conversacion, quejándose amargamente de los obstàculos que se oponian á la realizacion de sus deseos matrimoniales; de que se veia en la obligacion de dar al trono un heredero directo, y de la imposibilidad en que se hallaba de volver á llamar á su lado á Margarita de Borgoña, que era la que habia causado todas las desgracias y los disgustos que pesaban sobre su ecsistencia.

Esta última alegacion era mucho mas positiva de lo que creia el buen Luis, y harto lo sabia Enguerrando, que con tanta condescendencia habia dejado á Margarita de Borgoña tomar el oro à manos llenas en las arcas del Estado en la época en que gozaba de un poder omnipotente y hacia en la corte de Felipe

el Hermoso *los dias serenos y las tempestades.* Aquella muger podia acusarle y hacer sobre sus prevaricaciones unas revelaciones terribles. Asaz favorable se le presentaba la ocasion de hacerla desaparecer, y no perdió ni un momento ese honrado ministro de dos reinados para conseguirlo.

Insinuó al rey que el encierro perpétuo de la reina de Navarra habia sido un sentencia que pronunció su padre Felipe por hacer un favor especial á la hija del duque de Borgoña, y con la condicion tácita, pero espresa, de que esta princesa se mostraria digna de tal clemencia, observando una conducta ejemplar;—pero, añadió Enguerrando,—en vez de resignarse con su suerte y de redimirse de sus grandes culpas con el arrepentimiento y el temor de Dios, profiere incesantemente imprecaciones é injurias contra los que la han tratado con tanta indulgencia despues de haber recibido de ella ofensas é ignominia.

Quedó muy satisfecho el rey con esta insinuacion; ya habia pensado muchas veces en lo que le decia Enguerrando de Marigny; pero le repugnaba el tomar la iniciativa en un negociado tan delicado. Ahora que ya estaba abierto el camino, no debia detenerse en ninguna consideracion. Dió órden de que este asunto estuviera concluido lo mas pronto posible.

Margarita estaba siempre presa de la misma ecsasperacion.

Como ya lo hemos dicho anteriormente, desde que saliera Blanca de aquella prision, no habia herido sus oidos mas voz humana que la suya propia; así es que se sorprendió sobremanera cuando un dia, y á una hora distinta de la en que solia traerle el guardian sus escasos alimentos, entró este y le suplicó respetuosamente le concediera el honor de escucharlo.

—Qué tienes que decirme, maldito?—contestó la reina. Será acaso que ya se acuerdan en Paris, de que soy hija de Roberto II y nieta del santo rey Luis el noveno? Por Satan! demasiado tiempo ha ya de que lo tienen olvidado esos villanos.

—Señora, un mensagero de monseñor el rey Luis X acaba de llegar á este castillo....

—Luis X! ¿Somos, pues, ahora reina de Francia?....

—Hará cerca de seis meses que monseñor el rey Felipe IV ha pasado à mejor vida.

—Oh! soy reina de Francia! Y el suelo me sirve de lecho, este calabozo es mi morada real, y estos harapos podridos cubren mi cuerpo de reina!

—Señora, este enviado tiene que hablaros de parte del rey, nuestro amo y señor, os tiene que decir cosas tan importantes que, como no estais en estado de oirlas con paciencia, he creido que acogeriais con satisfaccion á algun sacerdote que con sus ecshortaciones logrará tal vez calmar vuestra mente y tranquilizaros.

Margarita se quedó espantada, habia comprendido la terrible verdad.

—No, no,—dijo con voz desfallecida, no es ni un sacerdote ni ningun otro hombre de paz al que habeis traido....Es el verdugo cuya llegada me estais anunciando....

Y luego despues recobrando toda su energía, esclamó con voz clara y firme:

—Atras! atras, asesino!....¿Quién se atreve á alzar la mano sobre la reina de Francia? Atras, ó si no, malvado, hemos de ahorcarte con nuestras reales manos.

Subió de punto su furor y tuvo el carcelero que alejarse para sustraerse á sus violencias; pero bien pronto volviò á presentarse acompañado de un monge y de otro hombre de aspecto siniestro, que parecia tener las fuerzas de Hércules y llevaba atado en la cintura con una correa un formidable machete.

—Señora y reina mia,—dijo el fraile,—tiempo es ya de que penseis en vuestra salvacion, y habreis de querer reconciliaros con el Todopoderoso, á quien tan grandemente y tan á menudo habeis ofendido durante vuestra vida.....

—Oh! morir, morir en un calabozo, cuando debiéramos estar sentada en el primer trono del mundo!....

—Señora,—dijo el hombre del machete,—apresuraos, porque debemos dar cuenta al que nos manda aquí de todos los instantes.

Margarita fué presa entónces de un acceso tal de rabioso furor que se echó en el suelo húmedo del calabozo y se revolcó en él torciéndose los brazos y lanzando rugidos como una leona herida.

En vano se esforzaba el fraile en dirigirle la palabra; esta fiera ni siquiera le oía:

—Hola, hola!—esclamó entónces con voz de trueno el hombre del terrífico semblante,—mucho os escuece, madamisela, no ir en derechura al purgatorio, ya que quereis morir sin confesion.

Al fin, al cabo de un gran rato, recobró la desgraciada una poca de tranquilidad.

—Teneis razon, padre,—dijo dirigiéndose al religioso,—no es tan apetecible esta mísera vida que sea digna de que se sienta tan amargamente el quitarla. Estoy pronta; oidme.

Hízole seña de que se sentara en una piedra, único mueble que habia en aquel lugar, y arrodillándose, pareció enteramente resignada con su suerte.

De vez en cuando, miéntras se estaba confesando, el hombre del machete consultaba al monge con la mirada. Este, despues de un momento alzó la mano, para bendecir á esa gran delincuente, y al punto el verdugo, pues él mismo era, se abalanzó para asirse de ella.

Pero mas pronta que él, Margarita se habia puesto en pié, impelida por el deseo de la conservacion, aferróse á sus vestidos y procuró impedirle sacara de la vaina aquella arma terrible que llevaba en la cintura.

El verdugo intentó librarse de aquella presion frenética; pero no pudiendo conseguirlo, echó mano de la larga cabellera que caia en desórden en las espaldas de esa desdichada y ocultaba su desnudez; la enrolló en derredor de su cuello y con su brazo de hierro dió unas cuantas vueltas á este lazo.

—Luis,—esclamó Margarita,—te emplazo para dentro de un año!

Estas fueron sus últimas palabras: encendiósele el rostro, inyectáronse sus ojos de sangre; estaba ahorcada.

Luis X pudo, pues, desposarse con Clemencia de Hungría; pero esas últimas palabras de Margarita: *Luis, te emplazo para dentro de un año!* le fueron repetidas, y con ellas quedó tanto mas herida su imaginacion cuanto que su padre, Felipe el Bello, y el Papa Bonifacio VIII, aplazados de la misma manera por el gran maestre de los Templarios habian muerto efectivamente en el curso del año que se les habia señalado.

Nada pudo disipar la especie de terror de que estaba poseido el monarca, y ántes de que transcurriese ese mismo año espiró en su palacio, dejando el trono y la corona de Francia à su hermano Felipe V, que apellidaron sus contemporáneos Felipe el Largo.

Hemos visto que á Juana la declararon inocente.

¿Cómo pudo suceder esto?

Es lo que no refiere ningun historiador.

Sea de esto lo que fuere, parece que su marido volvió á tomarla à su lado, únicamente por obedecer al rey su padre; pues cuando él á su vez subió al trono, su primer cuidado fué separarse de esta princesa, pero no mandàndola ahorcar à manera de su hermano Luis; no, Felipe queria que ella viviese y que llevase una vida mucho mas terrible que la muerte de Margarita de Borgoña.

En cuanto se hubo declarado rey de Francia hizo decretar por los Estados generales que habia convocado en Paris y por la Universidad, que las mugeres quedaban escluidas para siempre del trono.

—Señora,—dijo á Juana en cuanto quedò promulgada aquella ley,—creo que no he inaugurado mal mi reinado con esta disposicion, porque todos los males que suelen sobrevenirles á los reyes proceden de las mugeres; mas en mi sentir no basta aún eso, porque me parece que éstas y especialmente las que son esposas de reyes, deben vivir en la honestidad, ó mas bien en un retiro donde estén al abrigo de las adulaciones y de los malos consejeros. Por esta razon, os hemos escogido una mansion que seguramente os ha de agradar sobremanera, pues os recordará á muchos gentiles mancebos que en ella soliais ver en los pasados tiempos.

Juana no era ya aquella muger audaz, astuta, de carácter de bronce, capaz de luchar con Margarita de Borgoña, Orsini y el mismo Buridan; habíase gastado su energía en los tormentos morales que le habia causado aquel grande escándalo que hemos procurado referir con toda la posible esactitud histórica; con solo oir la voz de su marido, se quedaba sobrecogida de espanto.

—Monseñor,—contestó con voz temblorosa,—¿os habré ofendido sin saberlo, pues que quereis me aleje de vuestra real persona?

—Serémos vecinos, señora; quiero que solo nos separe lo ancho del rio Sena.

Palideció Juana y poco faltó para que cayera desmayada.

El rey estaba saboreando en cierto modo aquel terror, pues habia amado sin-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ceramente á Juana: la sentencia por la cual fué declarada inocente, no habia podido arrancar de su pecho la sierpe de los zelos, y la venganza era grata á su corazon.

—Sire, repuso, sois nuestro amo y señor, os debemos fé y obediencia; pero os pedimos piedad y merced.

—No os queremos mal, señora, sino muy al contrario, bienes, dicha y fortuna, por lo que deseamos que vayais á vivir en el hotel de Nesle, del que, desde luego os hacemos entera, perpétua y formal donacion. Allí tendréis vuestros grandes y pequeños aposentos, donde podréis holgaros de dia y de noche; allí podréis disfrutar de la hermosa vista que tiene la torre, cuyas ventanas dan al rio.....

—Ah! señor ¿por qué quereis martirizarme así el corazon todos los dias de mi vida?

—Nada queremos que no sea justo y puesto en razon.

—Señor, en nombre del Salvador, permitidme mas bien que me retire á un claustro.

—Y señora ¿qué mejor claustro que el que os quiero dar? Hállase hoy en el mismo estado que ántes; ninguna variacion se ha hecho en él, á no ser la de los guardas y de los sirvientes, que incontinenti os vamos á elegir para que desde mañana podais tomar posesion de vuestro nuevo domicilio.

Al dia siguiente, Juana se dejó conducir poseida de un terror secreto á ese palacio, á esa torre que fueran testigos de esas orgias y de esos crímenes cuya cruenta expiacion habia comenzado ya de una manera terrible.

Desde aquel momento no pudo disfrutar de un solo instante de tranquilidad: tuvo que comer en aquella mesa en que pasara tantas horas entregada á la doble embriaguez del vino y del amor; en esa mesa donde se sentaron al lado suyo aquel bonito page Oliverio y todos esos jóvenes caballeros ó estudiantes que le traia el infame Orsini; tuvo que esperar vanamente el sueño, que los remordimientos apartaban de sus párpados en ese mismo lecho que aquellos desgraciados habian invadido poseidos de los deseos mas vehementes de los placeres y de la voluptuosidad, y del que habian salido para ser muertos á puñaladas..... Allí estaba el cuarto donde se cometian todos esos asesinatos; allí la pieza donde aguardaban Orsini y sus bravos que llegara la hora del degüello; desde aquella ventana habia visto á Buridan lanzarse en el rio!.....

La desdichada no podia dar un solo paso; no podian sus miradas fijarse en un solo objeto, sin que su corazon comprimido no sintiera las aspas de hierro del remordimiento: durante el dia, era una tortura horrible é incesante, mas horrible aún durante la noche: si alguna vez el cansancio cerraba sus escavados ojos, atormentábanle sueños espantosos: no entreveía mas que sangre y cadáveres, y aún al despertar no podia borrar de su mente aquellas horrendas apariciones. Entónces, Juana se arrojaba de la cama y caía de rodillas implorando al Omnipo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tente y esforzándose en vano en alejar con la mano aquellos espectros horripilantes que veìa en derredor suyo y que se acercaban para asirla.....

—Rogad á Dios por mí,—gritaba á sus sirvientes,—rogad á Dios por la gran pecadora!

Y ella misma procuraba alzar su debilitada voz al Ser Supremo, procuraba dedicarle todos sus pensamientos y sus aspiraciones; pero el temor que la tenia siempre jadeante no le dejaba bastante libertad de espíritu para que pudieran ser eficaces esos tardíos esfuerzos de contrita devocion. Con bastante frecuencia, despues de haber pasado la noche postrada de esa manera y presa de sus visiones horribles, caia sin sentido y se quedaba en ese estado hasta que sus camaristas venian al amanecer á prodigarle sus cuidados.

Blanca, aunque habia obtenido el perdon de su marido, no tenia á pesar de esto, la conciencia muy tranquila; de vez en cuando venia á visitar á su hermana, pero ambas, al verse, tenian recuerdos, que eran otros tantos remordimientos.

—Hermana mia,—le dijo un dia Juana,—ya que estoy condenada à una reclusion eterna en este lugar, ¿no os fuera posible obtener de monseñor el rey el permiso de convertir este palacio en un monasterio? Creo que entónces me dejarian mas tranquilas esas fantasmas que continuamente me persiguen, y á fé que es ya tiempo de que esto sea; porque no hay cuerpo ni corazon humanos capaces de soportar por mas tiempo el horrible martirio que estoy sufriendo.

—Lo haré con gusto,—contestó Blanca;—pero temo que no dén ningun feliz resultado los pasos que voy á dar, pues el rey mandó con toda intencion que todo lo que hay aquí quedase en el mismo estado en que estaba cuando nos trajo por primera vez nuestra prima Margarita.

—Es tal su enojo, que nada pueda aplacarlo, y que no quiera permitirme le pida á Dios el perdon que él se obstina en negarme? Que me nombre mas bien, á otros jueces que ecsaminen mi conducta pasada y que me sentencien á perecer en un cadalso, pues lo que aquí se padece es mas terrible que no mil muertes.

El rey, como lo habia previsto Blanca de Borgoña, no quiso permitir que se hiciera cambio alguno en el palacio de Nesle.—Dijo que si la reina, su esposa, era inocente, cual lo proclamaron el rey Felipe el Bello y el tribunal que la juzgó, no podia desagradarle aquella morada; y que si al contrario, era culpable, nunca seria demasiado rigoroso el castigo. Añadió que en todo caso, seria una profanacion el convertir un lugar tal en monasterio, y que esto equivaldria á colocar el paraiso en el lugar que ocupa el infierno.

Juana siguió, pues, sufriendo aquel horroroso tormento moral.

Esa muger poco ha tan hermosa, tan hechicera, se habia vuelto un verdadero esqueleto: juventud, belleza, todo habia desaparecido: al través de su cútis amarillento y lleno de arrugas, se percibian los huesos y los músculos; las pupilas de sus ojos, hundidas en sus órbitas, no despedian mas que un resplandor pálido y fúnebre; habíansele encanecido los cabellos y sus largas manos secas y descarnadas y que incesantemente se estaban crispando, acababan de darle un aspecto horroroso.

Un acontecimiento que debemos referir vino á aumentar aquella vida de atroces padecimientos.

Era en 1321.

Hallábase entónces en las cárceles del Châtelet un hombre que si bien por el nacimiento y el nombre que llevaba era de poca importancia, sí poseía una fortuna considerable, merced á que habia sido durante muchos años intendente general y apoderado de varios señores feudales muy ricos: este individuo habia creido que siendo poseedor de tantos bienes podia tratar á los villanos de la misma manera que lo hacian los grandes feudatarios para con sus vasallos. Un dia que lo estaba impacientando con reclamos sobradamente justos uno de sus arrendatarios, al que habia querido trasquilar demasiado, éste le dijo en un rapto de indignacion, que obtendria justicia por las vías legales ó de otra manera; nuestro ex-intendente general le contestó con una estocada en el pecho que lo mandó al otro mundo con sus reclamos, sus quejas y sus amenazas.

Pero esto no pasó sin ruido y sin escàndalo; al oir los gritos del muribundo acudieron muchas gentes del pueblo que, al saber lo que acababa de acontecer, empezaron á saquear la casa de aquel villano que mataba así á las gentes que estaban hechas con la misma harina que él; despues encontrándole oculto en su escondite, apoderàronse de su persona y lo entregaron á la policía, que segun costumbre, llegó cuando todo hubo concluido.

El delito estaba patente; cien testigos podian declararlo; el reo no era noble; luego el negocio era muy sencillo; fué sentenciado á la horca.

No sabemos cuál es el pìcaro enriquecido que ha dicho: "A un hombre que "tiene cien mil duros de renta no se le cuelga;" pero tal era tambien la opinion del de quien vamos hablando, pues luego que le leyeron su sentencia, en vez de pedir un sacerdote, mandó suplicar al preboste de Paris le hiciera la gracia de venir á la cárcel del Châtelet à oir algunos descargos particulares que queria hacerle confidencialmente.

El preboste, que se llamaba Capetal ó bien Chappesel (1) no era rico, pero estaba muy dispuesto á serlo, y para lograrlo no habia de desperdiciar ninguna sion.

Pasó à ver al reo, quien de buenas á primeras comenzò á decirle que era muy ridículo pensar siquiera en colgar en una picota á un hombre tan opulento é importante como él.

—Vaya, vaya,—dijo el preboste,—algunos pollos mas gordos que vos hemos visto ahorcados, como vais à serlo dentro de algunos dias....por mas señas que en la mismísima picota ha sido atado poco ha monseñor Enguerrando de Marigny.

(1) No estàn de acuerdo los historiadores sobre el nombre de este personage.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Enhorabuena; pero monseñor de Marigny,—dijo el sentenciado á muerte, —tenia que habérselas con el rey Luis el Hutino que, cuando se habia puesto una cosa en la cabeza habia de salir con ella; pero tal no me sucede á mí; nada tienen que ver conmigo ni el rey ni su corte; vos sois quien correis con mi negociado, vos solo podeis arreglarlo, y si os place recibir unas tres mil libras en buenos, nuevos, y magníficos escudos.....

—Es que,—repusó el preboste que ya habia tomado su resolucion,—tres mil libras son muy livianas cuando tienen por contrapeso la vida de un hombre; ademas, el juicio siguió todos sus trámites, las pruebas son patentes, la sentencia está puesta categóricamente y en toda forma, y así, es de absoluta necesidad que se ejecute; preciso es que haya un ahorcado.

—Oh! en cuanto á esto, mossen, creo que no os faltará algun buen chico de la vida airada que podais mandar á la horca en lugar de este vuestro humilde servidor.

Y decia la verdad el miserable: no faltaban entónces facinerosos destinados á morir en el patíbulo; pero la justicia, aunque mucho mas espedita que no en el dia, era muy lenta en sus trámites, y en aquel momento no habia verdaderamente en la cárcel ningun criminal con que se pudiese suplir á aquel que podia comprar á su verdugo y hasta á sus jueces.

Esta era una dificultad bastante árdua.

Empero no se detuvo en ella el ex-intendente; llegadas las cosas hasta el grado que se hallaban ya, lo único que le importaba era salvar su cabeza, y bien veia que lo conseguiria aumentando la suma con que habia de comprarla.

—Mossen,—dijo al preboste,—serán cuatro mil libras en escudos de oro de buena ley, y os encargareis de encontrar á algun villano que se pueda ahorcar en mi lugar.

—Esto no es tan fácil como pensais,—repuso el magistrado despues de haber reflecsionado durante algunos instantes, pues será preciso leerle la sentencia por boca de un escribano, en presencia del verdugo, y aquel hombre no dejará de protestar á grito herido que él no es el que se menciona en ella; y aun cuando no dijera nada, seria necesario comprar al verdugo, que conoce á las gentes de la horca lo mismo que un palafrenero conoce á sus buenos y malos caballos; tambien habremos de hacer que se calle el padre confesor, y ya veis.....

—Vamos, pues, convendremos en cinco mil libras.

—Callad y verémos, dijo Capetal.

Aquella misma noche en que se hizo el convenio, el preboste, envuelto en su capa y con el sombrero bajado hasta las narices, entró en un barquillo á corta distancia del palacio de San Pablo y mandó al barquero lo condujera á la isla de San Luis, que era en aquella época una especie de pàntano en que de trecho en trecho se elevaban unas cuantas chozas construidas con tierra y cubiertas con cañas viejas, y en las que vivian unos pobres pescadores. Estos infelices que estaban devorados por calenturas malignas durante la mitad del año, tenian á veces que rendir ciertas cuentas á la justicia del rey, pues su penoso trabajo no bastaba para alimentar á sus familias, cuando este trabajo se mantenia en los límites de la legalidad. Fuertemente se empeñaban combates muy reñidos entre ellos y los agentes de la autoridad.

En uno de estos encuentros, uno de aquellos pescadores, llamado Pedro Chanoux, tuvo la desgracia de herir gravemente á un esbirro. Fué aprehendido y conducido á la cárcel; allí el desgraciado se entregó á la desesperacion; dejaba en su miserable cabaña á su muger, que habian debilitado privaciones de todas clases y á tres hijos de menor edad; no pudiendo soportar la idea de que esos seres desgraciados, en los que tenia concentrado todo su afecto, iban tal vez á morir de hambre, intentó ahorcarse en su calabozo.

Era la familia de aquel preso la que iba á visitar Capetal en medio de la oscudad de la noche.

El preboste se habia dicho para sus adentros, que supuesto que aquel hombre se habia querido matar voluntariamente, cuando su muerte no podia ménos de empeorar la situacion de su familia, no vacilaria ciertamente para dejarse ahorcar de buen grado con tal de mejorar la suerte de su muger y de sus hijos á quienes tanto queria.....

Era con esta mira que Capetal se habia dirigido á la isla de San Luis.

Hizo que le indicaran la habitacion de Pedro Chanoux, y cuando hubo llegado, ofrecióse á su vista, como bien lo esperaba, un cuadro que hubiera conmovido á un hombre ménos cruel y egoista.

La madre y los hijos estaban tiritando de frio en una mala cama de cañas secas, y á la débil luz de una lámpara de barro que colgaba de la pared, estaban devorando ávidamente unos cuantos pedazos de pescado. Sacando entónces de debajo de su capa un bodigo de pan, y algunas otras provisiones que habia traido consigo el preboste, sin darse á conocer, las brindó á aquella mísera familia.

Cuando estuvieron todos saciados, continuó su obra de seduccion.

—Muger,—dijo,—os he tomado á todos un grande afecto, y quiero que de hoy en adelante lleveis una vida ménos miserable que la que habeis tenido hasta ahora. Aquí teneis de pronto treinta sueldos parisienses; pero si quereis que yo os siga protegiendo, habeis de decirle á Chanoux que siga al pié de la letra todos los consejos que le dé, y para que así sea, entregadme alguna prenda que él sepa que os pertenece para que me conozca cuando lo vaya á ver como la persona que quiere haceros algun bien. Y puso en efecto en la mano de la pobre muger el dinero de que estaba hablando

Esta, cuando la permitieron hablar la emocion, la sorpresa y el júbilo inmenso que resentia, le dió las gracias y sacó de su dedo un anillo de plata que era la única alhaja que hubiese poseido en su vida.....

Era el anillo nupcial que habia recibido de manos de su marido y que éste no podia ménos de conocer al momento.

Lo entregó á Capetal, y el cauteloso preboste se retiró recomendándole fuera al dia siguiente à ver al preso, en lo que nadie le pondria embarazo.

En efecto, al dia siguiente, la pobre muger llegaba al lado de su marido, y le refirió lo que habia acaecido la víspera conjurándole à seguir religiosamente los consejos de aquel hombre cuya milagrosa llegada habia arrojado un rayo de alegría en su miserable cabaña.

Chanoux estaba dotado de una de esas organizaciones delicadas y primitivas, que lanzan al hombre à obedecer los impulsos de su corazon, y á darles paso sobre los del espíritu.

—Muger,—le dijo,—bendito sea ese salvador, y ojalá pronto pueda venir á mí. Si en cambio, es preciso darle mi sangre y mi vida, se las daré con alegría, con tal que me asegure que no habrà hambre en mi antiguo asilo.

El desgraciado estaba léjos de imaginarse, que efectivamente su vida era lo que queria comprar el pretendido bienhechor; pero no debia tardar en saber á qué atenerse.

Apénas partió su muger para volver al lado de sus hijos, cuando fueron por el pescador para llevarle ante el preboste, quien inmediatamente le dijo que su negocio iba mal, porque el hombre á quien habia herido habia muerto, y que podia esperar que le ahorcaran.

—Mancebo,—añadió,—por tu muger y por tus hijos he tenido piedad de tí, y no ha consistido en mí que el rey nuestro señor le perdonase; pero monseñor Felipe está tan irritado, que me rechazó con furia.

—Pobre Teresa!—esclamó el preso.—No era hora de alegrarte!

—Sobre eso, mancebo, queremos y podemos tranquilizarte: hemos dado á tu muger una suma suficiente para sus presentes necesidades, y solo consiste en tí hacerla heredera de unos buenos veinte escudos de oro que vamos à contarte inmediatamente, y que le asegurarás por medio del notario á quien vamos á llamar en el instante.

Ah! monseñor! que Dios os dé un lugar en el cielo si lo haceis así.

—Para eso solo ponemos una condicion, y es, que no diréis nada de lo que se ha dicho aquí, y que te dejarás ahorcar como hombre sin miedo, sufriendo, si llega el caso, que te llamen por otro nombre que no sea el tuyo.

—Monseñor, soy vuestro en cuerpo y alma, y os manifestaré que como un noble, un villano, puede cumplir su palabra. Veinte escudos de oro!.....Eso habeis dicho monseñor?

—Y no rebajamos nada con tal que obedezcas. Y aun te queremos probar que somos de buen consejo, y que no hemos esperado este dia para ayudarte, habiendo recibido esto en señal de reconocimiento, y te lo presentamos para que no dudes de nuestras buenas intenciones.

Y el miserable enseñó al preso el anillo de plata que debia hacerle reconocer como al bienhechor de quien le habia hablado su muger.

Esto no podia mas que afirmar la resolucion del desgraciado: ofreció al prebos-

te todo cuanto quiso, recibió la suma prometida, y despues de haber tomado todas las medidas convenientes para que se entregase íntegra à su muger, se preparó valerosamente á morir.

Al principio todo sucedió á satisfaccion de Capetal.

Mediante una suma igual à la que habia contado al pescador, se aseguró de la ayuda del verdugo, quien por otra parte le debia una obediencia absoluta.

Chanoux palideció al oir la lectura de la sentencia, entrevió una parte de la verdad, y pareció pronto á hablar; pero el preboste, que estaba presente, le enseñó el anillo de plata, y el desdichado se calló.

Ademas, qué le importaba què le ahorcaran por otro, puesto que, de todos modos, el preboste era dueño de su suerte, y que de todas maneras era segura su muerte?

Capetal fijó la hora de la ejecucion, luego puso la órden de poner en libertad à Pedro de Chanoux, el pescador, y habiendo hecho llevar á su casa al ex-intendente, cumplió esta órden por las cinco mil libras prometidas.

Dos horas despues, conducian á Chanoux á la horca....

El desgraciado no profirió ni una queja.....

Llegó al pié de la escalera, y subió sin vacilar....

El verdugo le pasó la cuerda por el cuello....

Y le lanzó en la eternidad!....

En ese momento, de en medio de la multitud que asistia à aquel espectáculo, salió un grito terrible.

En seguida se vió á una muger, que abriéndose paso por en medio de los arqueros gritaba:

—Chanoux!....es él....Dios mio!....Le han ahorcado por otro!.....Pedro! Cortad la cuerda!.....

Pero Pedro estaba muerto, y la pobre muger cayó desmayada.

Al separarse esa mañana de su marido, habia recorrido una parte de la ciudad para hacer algunas compras, y volvia al lado de sus hijos cuando, arrastrada por la multitud que creía asistir al suplicio del ex-intendente, se halló bastante cerca de la horca para reconocer á su marido.

Socorriéronla algunas mugeres del pueblo, recobró pronto el conocimiento, y gritó de nuevo que aquel á quien acababan de ahorcar era Pedro Chanoux.

Entonces se levantaron entre el pueblo grandes clámores: se oyó el grito de:

—Sus! Al verdugo!

Pero ya éste habia desaparecido, é ido á ver al preboste para darle parte de lo que acababa de suceder.

Capetal esclamó:

—Mala peste ahogue á esa perra!....Vamos, compadre, procura enterrar el cuerpo del villano, y àntes desfigúrale tan bien, que nadie pueda reconocerle.

El ejecutor se disponia á obedecer cuando nuevos gritos llegaron à sus oidos:

El preboste envió á ver lo que sucedia, y fueron á decirle que el pueblo se habia apoderado del cadáver del ahorcado, y le llevaba hácia el Louvre gritando: justicia!

—Esto va malo,—dijo Capetal,—porque jamas hubo hombre tan amante á poner las cosas en claro, como monseñor el rey.

—Monseñor, mi opinion es, que no tenemos mejor cosa que hacer, sino escaparnos cada uno por nuestro lado.

—Y á dónde hallaré asilo seguro en esta ciudad en que cada uno me conoce!

El verdugo reflecsionó algunos instantes.

En seguida dijo:

—Monseñor, tomad apresuradamente todo cuanto teneis de oro y de plata, y divididlo en dos partes, á fin de que estemos igualmente cargados; mediante ésto, os llevaré á un lugar donde vos y yo estemos bajo tan alta proteccion, que nada nos sucederá.

Estas palabras no eran sino medianamente tranquilizadoras, y Capetal no comprendia que en tal circunstancia hallase el verdugo una proteccion mas eficaz que él; pero como no podia elegir los medios, se resignó.

Así, pues, el tesoro del preboste fué dividido, y preparados así los dos miserables llegaron pronto cerca del hotel de Nesle.

—Traidor!—esclamó el preboste, viendo que su compañero se disponia á llamar á la puerta de aquella real habitacion,—me quieres entregar atado de piés y manos?

—No temais nada, monseñor; en ninguna parte podiamos estar tan seguros como aquí, porque estamos bajo la salvaguardia de la reina.

Llamó: la puerta se abrió: los dos entraron, y el verdugo pidió resueltamente ser llevado ante la reina.

Respondiéronle que Juana no queria recibir á nadie.

—Esa órden no me comprende,—dijo,—y cuando digais á la reina que Landry, quien en otro tiempo fué fiel servidor de Orsini, tiene que decirle cosas importantes que ella sola puede oír, no dudo que inmediatamente nos mande llamar.

Juana era amada de sus servidores, porque segun se ha visto, habia cambiado completamente de humor y de conducta.

Se temió privarla de un aviso útil obedeciendo demasiado ciegamente sus órdenes, y fueron á decirle las palabras de aquel personage.

A los nombres de Orsini y de Landry, que no habia podido olvidar, la reina no pudo contener un movimiento de espanto, y sin embargo, dió órden de que introdujeran á aquel hombre, quien pronto compareció.

—Señora,—la dijo prosternándose á sus piès,—perdonad á vuestro indigno servidor que tenga bastante osadía para reclamar vuestra real proteccion.

—Escojeis muy mal!—respondió la reina,—porque no tengo ningun poder para serviros. Con todo, decid lo que quereis, para que os demos pruebas de nuestra buena voluntad.

—Señora, me llamo Landry, y de los servidores de Orsini yo era en quien el sábio médico tenia mas confianza. Ese hombre docto murió de mala muerte, y yo escapé por fortuna de los gendarmes, y para hallar un asilo seguro, me hice criado del verdugo de Paris....

Juana se levantó como impulsada por un resorte y retrocedió dos pasos.

—Señora y reina,—continuó Landry sin conmoverse,—tened la bondad de pensar que entónces obedecia yo á la necesidad, y que el trabajo que habia yo hecho aquí, me habia preparado para ser criado del verdugo.

—Maldito!—esclamó Juana,—has venido à desgarrarme el corazon con semejantes palabras.

—Señora, no es al rey á quien queremos decir tales cosas, aunque con buena voluntad quisiera oirlas, y que tal vez nos perdonaria, en razon de nuestra sinceridad, y à ménos que quisierais forzarnos á ello....

—Habla! habla!—dijo Juana, cuyos lábios palidecieron y cuyas facciones se contrajeron.

—Señora, os diré, pues, que de servidor me he convertido en amo, y ahora tengo el cargo y el oficio del verdugo.

Juana retrocedió aún, mas espantada y casi desfalleciendo.

Por un instante creyó que iba á sonar su última hora.

Landry continuó:

—Ahora bien, señora y reina,—el verdugo no es infalible, lo mismo que los demas hombres, aun aquellos que descienden por línea real, y hoy ha sucedido que por error, y por órden del preboste que tambien anda errante, he ahorcado hasta que murió á cierto villano que por juicio debia ser puesto en libertad, miéntras que salia libre el sentenciado à ir á la horca. Por esto el pueblo se ha conmovido y el rey se ha enojado mucho; y seguramente de órden suya seriamos ahorcados el preboste y yo, si vos no nos diérais un buen y seguro retiro en este hotel.

—Atras! atras!—esclamó Juana con estravío:—el verdugo!....El infierno!.. Dios mio! piedad! piedad!

Y le faltaron las fuerzas y cayó sobre un sillon.

Entonces Landry dejó la postura respetuosa que habia tomado, y alzando la cabeza como hombre que pasa del ruego á la amenaza, dijo audazmente:

—Voy à pedir perdon al rey, y como lo quiero completo por lo pasado y lo presente, confesaré altamente todos nuestros crímenes, siendo justo que no nos inquietemos por las gentes que nos abandonan.

Juana estaba en un estado espantoso.

Un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo; un sudor frio inundaba su rostro, anguloso y decrépito ántes de la edad.

Con todo, su razon no la abandonó: tocó una campanilla, y mandó que entrase el preboste, á fin de concertarse respecto del partido que habia que tomar en semejantes circunstancias.

Miéntras tanto, el motin rugia del otro lado del agua, bajo los muros del

Louvre, donde la multitud habia llevado el cadáver del ajusticiado. Queriendo saber el rey de qué se trataba, mandó que se hicieran entrar y que le llevaran á algunos de los que parecian tener mas influencia en los grupos de que hacian parte, y pronto supo toda la verdad; porque ya el ex-intendente, que habia escapado de la horca, habia caido en manos del pueblo, y para disculparse del crímen que se le imputaba habia dicho toda la verdad, protestando que al comprar al preboste su libertad, ignoraba que otro iba á ser ahorcado en su lugar, y acaso esto era cierto.

Pues bien; una de las grandes cualidades de Felipe el Largo, era el amor á la justicia.

Por una de las primeras ordenanzas que dió al subir al trono, prohibia á los maestres del parlamento, presidentes ú otros magistrados, interrumpir el curso de la justicia, bajo ningun pretesto.

Por un edicto mas notable aùn, prohibió á los jueces tener consideraciones á las cartas misivas, aunque fuesen del mismo rey.

Un príncipe capaz de ponerse así en guardia contra sus propias debilidades no podia dejar impune semejante crímen; de ahí es que, saliendo al balcon, dió su palabra real de que se haria pronta y buena justicia, y que no tomaria reposo hasta que los culpables no fueran aprehendidos.

Esta captura era ménos difícil de lo que se podia creer al principio; porque sabiendo Felipe todo lo que puede la corrupcion en semejante materia, y queriendo que en todo tiempo pudiese llegar hasta él la verdad, habia creado una especie de policía particular, que no dependia mas que de él mismo, y cuya mision era revelarle toda falta de justicia, de esacciones, de violacion de los derechos, &c., á fin de que inmediatamente pudiese remediar el mal, y aplicar à los delincuentes un castigo ejemplar.

Para los que componian esa legion secreta, este caso era para dar pruebas de celo y no faltaron á el.

Uno habia visto al verdugo refugiarse en casa del preboste.

Otro, à alguna distancia, habia seguido al verdugo y al preboste hasta el hotel de Nesle; y un tercero, que habia penetrado en el hotel, adquirió la certidumbre de que los dos habian llegado hasta la reina.

Todo eso fué muy pronto dicho á Felipe, quien se encolerizó demasiado al oir la narracion de estos hechos, y en verdad que hombres mas prudentes que él, se habrian ecsasperado.

A ejemplo de Felipe el Bello, su padre, quiso sorprender á los culpables en flagrante delito, y apénas acababa el dia, cuando bien acompañado, se presentó en el hotel de Nesle.

En ese instante, la reina Juana escuchaba al preboste Capetal, quien le manifestaba que teniendo un fin pronto todas las cosas violentas, convenia ocultarse para dejar pasar la borrasca, reservándose él, que estaba bien preparado, así como su compadre el verdugo, á hacer negociar por gentes espertas su vuelta à la gracia del rey.

Un poco tranquilizada, la reina pensaba en poner en lugar seguro á esos huéspedes molestos, lo cual parecia fácil en ese vasto hotel, del cual permanecia inhabitada una gran parte, cuando oyó estas palabras:

—El rey! el rey! repetidas cada vez mas cerca, aterrorizaron las almas de los tres personages.

—Estoy perdida!—esclamó Juana torciéndose los brazos,—ya llega mi última expiacion!

—Señora! señora!—dijo el preboste,—no os turbeis así, ú os perdeis con nosotros. ¿No hay aquí algun lugar cercano que nos pueda ocultar en seguida algunos instantes?

—Aquí! aquí!—dijo Juana con estravío abriendo la puerta de su oratorio.

Los dos fugitivos se precipitaron en él.

Al mismo instante entró el rey.

—Señora,—dijo á Juana sin otro preámbulo,—si hemos rehusado hacer de este lugar un claustro para vuestro uso, no por eso hemos querido que volviese á ser un dia, como ántes, guarida de criminales y asesinos. Así, pues, os mandamos que nos entregueis inmediatamente á los malvados preboste y verdugo, á quienes sin pudor habeis hecho compañeros de la reina de Francia.

Juana desfallecia.

Sus rodillas se doblaban.

Las palabras del rey la manifestaban la imposibilidad de sustraer á los dos miserables de la cólera del monarca, y su espanto llegaba al colmo pensando en las revelaciones que podia hacer Landry, si no para salvarse, à lo ménos para vengarse de no haber sido eficazmente protegido.

—Sire,—dijo cayendo de rodillas y con una voz casi apagada,—no hemos llamado à esas gentes: ellas mismas han venido creyendo que teniamos algun favor cerca de vuestra persona, y diciendo que en su hecho no hay mas que error y no maldad. Sire, en esto no somos culpables sino de compasion y de caridad, y no creemos haber merecido vuestro enojo.

Felipe era demasiado amigo de la justicia para no comprender que en efecto, no podia haber en esto complicidad de parte de la reina, y sintió el arranque que habia tenido.

—Queremos creeros, señora,—dijo levantando á Juana; pero no es ménos doloroso para nos, vernos obligados á venir á aprehender semejantes gentes en vuestra residencia, donde, obrando prudentemente, no las hubierais recibido. Decidnos inmediatamente en dónde están, á fin de que acabe el escándalo.

Juana no podia ya hablar.

Con el dedo y con la mirada indicó la puerta de su oratorio, volvió á caer en su sillon, y se desmayó.

Felipe, sin ocuparse mas de ella, la dejó en manos de sus damas, llamó á su capitan de guardias, y le mandó aprehender á los dos asesinos en el hogar en que se habian refugiado, lo cual fué hecho inmediatamente y en presencia del monarca.

Capetal estaba aterrorizado, anonadado.

Se dejó aprehender sin decir ni una palabra.

Pero Landry no se mostrò tan manso.

—Sire,—esclamó pasando delante del rey, no os admiréis de verme en esta torre de Nesle, porque este lugar me fué otra vez familiar, y he visto en él cosas importantes á vuestro honor, las que diré si me concedeis la vida como debeis hacerlo, porque en lo que sucedió hoy, no he hecho mas que obedecer al preboste como es de mi deber.

La sorpresa de Felipe fué muy grande.

Su mirada, mas colérica que nunca, se volvió hàcia Juana, quien felizmente para ella, aun estaba sin sentido.

En seguida, Felipe mandó que los dos presos fueran encerrados en la torre del Louvre, que servia de prision á las gentes arrestadas en esa real residencia, y de cuyos negocios se reservaba conocer el rey.

Al dia siguiente les hizo comparecer ante él muchas veces.

Cómo intentó justificarse Capetal?

Qué reclamaciones hizo el antiguo servidor de Orsini?

Nadie lo supo.

Pero es premsuible que esas revelaciones fueron terribles para Juana, porque desde entónces fué estrechamente presa en el hotel de Nesle, sin que le fuera posible salir de él, ni aún para ir á otra parte de ese edificio, y el rey nunca quiso volverla á ver.

A pesar de todas esas revelaciones, fuesen de la naturaleza que fuesen, no salvaron á ninguno de los dos malvados cuyo crímen habia conmovido tanto al pueblo.

Los dos fueron ahorcados tres dias despues de su prision.

Pusiéronles mordazas àntes de conducirlos al suplicio, lo que hizo pensar que la autoridad real tenia algun interes en impedir que hablaran al pueblo.

El rey hizo avisar públicamente que los bienes del preboste eran dados por él á la familia del desgraciado Chanoux: esto acabó de calmar la irritacion popular, y pronto no se habló mas de ese asunto.

Poco tiempo despues (en 1321), murió Felipe V, dejando la corona à su hermano Cárlos IV ó el Bello; pero este cambio de reinado no mejoró la suerte de Juana.

Por órden del nuevo rey, continuó tan estrechamente presa como ántes, y sus terrores y sus remordimientos aumentaron hasta su muerte que acaeció en 1329.

Por un artículo de su testamento hecho cuatro años ántes, mandaba que el

hotel de Nesle fuese vendido, y que el producto se consagrase á la fundacion de un colegio que se llamaria *Colegio de Borgoña.*

Es permitido creer que eso era un acto de expiacion, y que esa gran culpable, para disminuir un poco la intensidad de sus remordimientos, habia creido deber consagrar á las escuelas ese lugar, donde los desgraciados estudiantes habian sido sacrificados á sus placeres.

Sea de esto lo que fuere, el hotel de Nesle fué vendido en 1330 á Felipe de Valois, por la suma de 10.000 libras de buena y fuerte moneda.

Ese fué el último acto de ese largo drama, cuyo principal personage fué Margarita de Borgoña; pero aun estaban reservadas otras manchas á ese hotel, y particularmente á esa torre de Nesle: verémos á dos siglos de distancia, à dos princesas, renovar en ese lugar las horribles escenas de desenfreno y de asesinato que hemos referido.

Verémos esa residencia habitada á su vez por Cárlos el Malo, y por Isabel de Baviera, por la traicion y la lujuria personificadas, entregada al pillage y á la devastacion.

Dirémos su esplendor y su decadencia hasta su entera destruccion, á fin de que nuestra obra sea completa, y merezca la aceptacion que esperamos.

VIII.

El rey Juan en el hotel de Nesle.—Raoul, conde d'Eu y de Guignes, condestable de Francia, es encerrado en la torre de Nesle.—Condenacion y ejecucion de Raoul.—Cárlos el Malo se apodera del hotel de Nesle.—Esplendor del hotel de Nesle, convertido en residencia del duque de Berry, cuñado de Cárlos V.

Cuando Felipe de Valois, tio de Cárlos el Bello, subió al trono, dió el hotel de Nesle á su hijo Juan, quien estableció en él su residencia ordinaria, lo embelleció, lo ensanchó considerablemente, é hizo de él una habitacion verdaderamente digna de un rey.

Desde entonces fué un palacio, como lo llama Sauval (1); pero sin embargo, conservó el nombre de hotel de Nesle.

De 1328 á 1350 que duró el reinado de Felipe de Valois, no pasó nada de

[1] *Antigüedades de Paris*, tomo II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Felipe, sin ocuparse mas de ella, la dejó en manos de sus damas, llamó á su capitan de guardias, y le mandó aprehender á los dos asesinos en el hogar en que se habian refugiado, lo cual fué hecho inmediatamente y en presencia del monarca.

Capetal estaba aterrorizado, anonadado.

Se dejó aprehender sin decir ni una palabra.

Pero Landry no se mostrò tan manso.

—Sire,—esclamó pasando delante del rey, no os admiréis de verme en esta torre de Nesle, porque este lugar me fué otra vez familiar, y he visto en él cosas importantes á vuestro honor, las que diré si me concedeis la vida como debeis hacerlo, porque en lo que sucedió hoy, no he hecho mas que obedecer al preboste como es de mi deber.

La sorpresa de Felipe fué muy grande.

Su mirada, mas colérica que nunca, se volvió hàcia Juana, quien felizmente para ella, aun estaba sin sentido.

En seguida, Felipe mandó que los dos presos fueran encerrados en la torre del Louvre, que servia de prision á las gentes arrestadas en esa real residencia, y de cuyos negocios se reservaba conocer el rey.

Al dia siguiente les hizo comparecer ante él muchas veces.

Cómo intentó justificarse Capetal?

Qué reclamaciones hizo el antiguo servidor de Orsini?

Nadie lo supo.

Pero es premsuible que esas revelaciones fueron terribles para Juana, porque desde entónces fué estrechamente presa en el hotel de Nesle, sin que le fuera posible salir de él, ni aún para ir á otra parte de ese edificio, y el rey nunca quiso volverla á ver.

A pesar de todas esas revelaciones, fuesen de la naturaleza que fuesen, no salvaron á ninguno de los dos malvados cuyo crímen habia conmovido tanto al pueblo.

Los dos fueron ahorcados tres dias despues de su prision.

Pusiéronles mordazas àntes de conducirlos al suplicio, lo que hizo pensar que la autoridad real tenia algun interes en impedir que hablaran al pueblo.

El rey hizo avisar públicamente que los bienes del preboste eran dados por él á la familia del desgraciado Chanoux: esto acabó de calmar la irritacion popular, y pronto no se habló mas de ese asunto.

Poco tiempo despues (en 1321), murió Felipe V, dejando la corona à su hermano Cárlos IV ó el Bello; pero este cambio de reinado no mejoró la suerte de Juana.

Por órden del nuevo rey, continuó tan estrechamente presa como ántes, y sus terrores y sus remordimientos aumentaron hasta su muerte que acaeció en 1329.

Por un artículo de su testamento hecho cuatro años ántes, mandaba que el

hotel de Nesle fuese vendido, y que el producto se consagrase á la fundacion de un colegio que se llamaria *Colegio de Borgoña.*

Es permitido creer que eso era un acto de expiacion, y que esa gran culpable, para disminuir un poco la intensidad de sus remordimientos, habia creido deber consagrar á las escuelas ese lugar, donde los desgraciados estudiantes habian sido sacrificados á sus placeres.

Sea de esto lo que fuere, el hotel de Nesle fué vendido en 1330 á Felipe de Valois, por la suma de 10.000 libras de buena y fuerte moneda.

Ese fué el último acto de ese largo drama, cuyo principal personage fué Margarita de Borgoña; pero aun estaban reservadas otras manchas á ese hotel, y particularmente á esa torre de Nesle: verémos á dos siglos de distancia, à dos princesas, renovar en ese lugar las horribles escenas de desenfreno y de asesinato que hemos referido.

Verémos esa residencia habitada á su vez por Cárlos el Malo, y por Isabel de Baviera, por la traicion y la lujuria personificadas, entregada al pillage y á la devastacion.

Dirémos su esplendor y su decadencia hasta su entera destruccion, á fin de que nuestra obra sea completa, y merezca la aceptacion que esperamos.

VIII.

El rey Juan en el hotel de Nesle.—Raoul, conde d'Eu y de Guignes, condestable de Francia, es encerrado en la torre de Nesle.—Condenacion y ejecucion de Raoul.—Cárlos el Malo se apodera del hotel de Nesle.—Esplendor del hotel de Nesle, convertido en residencia del duque de Berry, cuñado de Cárlos V.

Cuando Felipe de Valois, tio de Cárlos el Bello, subió al trono, dió el hotel de Nesle á su hijo Juan, quien estableció en él su residencia ordinaria, lo embelleció, lo ensanchó considerablemente, é hizo de él una habitacion verdaderamente digna de un rey.

Desde entonces fué un palacio, como lo llama Sauval (1); pero sin embargo, conservó el nombre de hotel de Nesle.

De 1328 á 1350 que duró el reinado de Felipe de Valois, no pasó nada de

[1] *Antigüedades de Paris*, tomo II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

notable en aquella habitacion; pero poco tiempo despues de la muerte de ese rey fué teatro de un acontecimiento que merece ser referido, y que nos obliga á retrogradar algunos años.

Era el año de 1346.

Los recursos de la Francia estaban agotados por guerras incesantes: la hacienda no habia estado jamas en tan deplorable estado.

Felipe de Valois acababa de convocar los Estados generales para obtener de ellos nuevos subsidios, cuando Eduardo, rey de Inglaterra, rompiendo traidoramente la tregua, desembarcó en Normandía a la cabeza de un ejército considerable, y fué à atacar la ciudad de Caen, la cual, contando con la fé de los tratados, no tenia mas guarnicion que la de sus habitantes.

En la ciudadela, tambien guarnecida por los habitantes, estaban el condestable Raoul y otros muchos grandes señores.

Los habitantes de la ciudad se defendieron vigorosamente.

Forzados à abandonor sus murallas, donde los arqueros ingleses, que eran los soldados mas temibles de aquella época, hacian llover una granizada de flechas, se atrincheraron en las calles, hicieron de cada casa una fortaleza, y se batieron con desesperacion.

Los ingleses penetraron en la ciudad, se apoderaron de muchos cuarteles y los entregaron á las llamas.

Los habitantes al ver sus casas incendiadas, redoblaron su energía y su intrepidez; se batieron como leones, sembraron las calles de cadáveres enemigos y recobraron las murallas que se habian visto forzados á abandonar.

Los de la ciudadela no habian mostrado ménos energía, y ya parecia segura la victoria, cuando de repente, el condestable reunió á los principales habitantes, y les propuso rendirse al rey de Inglaterra.

Esta proposicion fué rechazada con indignacion.

Oyerónse gritos de traicion! y veinte alabardas amenazaron al condestable; pero llegaron otros señores, le arrancaron de entre los vecinos, salieron con él por una poterna, y fueron cobardemente à entregarse á los ingleses.

A pesar de esta increible defeccion, no se intimidaron los valientes normandos y se batieron tan bien que hicieron retirar al ejército de Eduardo.

Ya se comprende que Raoul, despues de la abominable traicion de que se hizo culpable, tuvo cuidado de no permanecer en Francia.

Pasó à Inglaterra, y allì vivió cuatro años, no dejando de tener un tren de gran señor, aunque estaba reputado como prisionero, lo que acababa de manifestar que se habia vendido à Eduardo.

El traidor condestable permaneció del otro lado del estrecho, miéntras que vivió Felipe IV; pero cuando murió, Raoul se tranquilizó, y pensando en que Juan, que acababa de suceder à su padre, no dejaria de acoger bien á un personage de su importancia, volvió á Paris y se presentó en el hotel de Nesle, donde Juan, ya rey, continuaba residiendo.

El nuevo monarca no podia creer á sus oidos, cuando le anunciaron que el conde d'Eu y de Guignes, pedia serle presentado.

—Verdadero Dios!—dijo volviéndose hácia un capitan de guardias que estaba presente,—puesto que ese traidor se entrega, no dejaré que se escape. Id á disponer que no pueda salir, y volad pronto á fin de que, á la seña que os hagamos, os apodereis de su persona y le encerreis en la torre de la orilla del agua.

Dicho esto, mandó que fuese introducido el condestable.

—Por mi alma, hermoso primo,—continuó cuando se presentó el conde,—nos alegramos de ver en nuestros Estados á un hombre tan de bien como sabemos que sois, y habriamos querido que hubiérais venido mas pronto para manifestaros como apreciamos vuestro mérito.

—Sire,—respondió el condestable,—habria venido mas pronto, si los ingleses no me hubiesen pedido un enorme rescate.

—Y ahora, habeis pagado ese rescate?

—No, sire, no estoy libre sino bajo mi palabra.

—Y nos agrada que asì sea, porque tenemos la voluntad de rescataros sin que os cueste ningun dinero.

—Ah! Sire, cómo podré manifestar mi gratitud por ese beneficio! Ahora vengo á juraros buena fé y homenage.

—Como habeis hecho al difunto rey nuestro padre?

—Sì, Sire.

—Gracias, condestable, no le queremos à ese precio.

—Sire, os ofrezco mis servicios y no quiero vendéroslos.

—Por mi alma!—esclamó el rey levantándose;—en toda la cristiandad se ha visto nunca un malvado tan grande y tan imprudente! Creeis que no tenemos noticias vuestras por los habitantes de Caen?

Raoul se quedó estupefacto.

Luego, superando su cólera á su temor, llevó su mano al puño de su espada, gritando:

—Cuidado, Sire! Hablais al primer gentil-hombre del reino!.....

Aun no habia acabado esas palabras, cuando el capitan de los guardias, á la señal del rey, le asió de la mano y le intimó que le entregase su espada y que le siguiera.

Casi al mismo tiempo le rodearon diez guardias, é hicieron imposible toda resistencia.

Algunos instantes despues, estaba encerrado en uno de los aposentos de la torre de Nesle, entónces convertida en prision, y guardada á la vista, de modo que los presos no podian emprender nada para fugarse.

Hasta ahí, el rey Juan habia obrado dentro de los límites de su derecho y de su justicia.

Aún lo habria hecho haciendo juzgar al condestable por sus Pares, ó presentándole al Parlamento; pero no tuvo esta buena inspiracion.

Tres dias habian pasado desde la prision de Raoul cuando éste fué despertado à media noche, por los guardias que le vigilaban.

—Qué me quieren?—dijo.—¿Està el rey tan mal aconsejado que quiere hacerme morir en secreto?

—No temais nada, monseñor,—le respondió un guardia,—inmediatamente estaréis en noble compañia.

Pronto llegó à una sala muy resplandeciente de luz; y allí, en un pequeño estrado, estaba sentado el rey rodeado de muchos señores de la corte.

—Condestable,—dijo Juan,—hemos querido ahorraros la vergüenza de confesar vuestros delitos delante de un gran número de gentes, y tambien el fastidio de estar preso mucho tiempo, como sucede en semejantes casos; pero queremos oir de vuestra boca la verdad entera, porque es lo único que puede disponernos á la clemencia.

Este principio no tenia nada de espantoso, y Raoul creyó deber aprovecharse de las buenas disposiciones del monarca.

Por otra parte; su traicion era demasiado patente para que pudiese negarla.

—Sire,—respondió,—si por desgracia serví mal al rey vuestro padre, me arrepiento sinceramente, y no tengo mas deseo que el de haceros olvidar lo pasado por medio de leales y buenos servicios.

—Es decir, que confesais haberos vendido á los ingleses?

—Sire, el rey Eduardo es gran seductor de los guerréros, y tiene para deslumbrarlos lazos y firmas de todas clases.

—Y os habeis dejado coger en sus lazos?

—Lo cual no me habria sucedido si no me hubiera prometido hacer una pronta y buena paz con el rey vuestro padre.

—Y para eso os dió una gruesa suma?

—Oh! Sire; no hay gentil-hombre, ni en Francia ni en Inglaterra, que pueda hacer un honroso papel sin riquezas.

—Lo ois, señores?—dijo el rey á los gentiles hombres que le rodeaban.

—Señor y rey!—esclamó el conde;—me habeis pedido palabras sinceras, y os las he dicho y tales como mejor podria decirlas.

—Sí, señor, y estamos dispuestos á contentarnos con ellas; pero no pueden satisfacer suficientemente á nuestros habitantes de Caen, á quienes habeis hecho quemar en sus casas; y si podemos perdonar en nuestro nombre, no lo debemos respecto del de aquellos valientes. Así que, procurad poneros en estado de gracia, porque en este negocio, ya no tenemos nada que ver.

Y el rey se levantó y salió seguido de los señores que le rodeaban, miéntras que por otra puerta entraban, un sacerdote encargado de dar al conde los consuelos de la religion, y el ejecutor, última espresion de la voluntad real.

El condestable quiso morir como hombre de corazon.

Se confesó sin mostrar debilidad ni fanfarronería, recibió la absolucion, oró corto tiempo, y volviéndose al verdugo, le dijo:

—Amigo, ya es tiempo de que hagas tu oficio; estoy pronto à seguirte.

—No saldrémos de aquí, monseñor. Permaneced de rodillas si os place y bajad un poco la cabeza.

—Así?—preguntó el conde haciendo lo que le dijeron.

Apénas habia pronunciado esa palabra, cuando su cabeza, separada del tronco rodaba á los piés del sacerdote, quien se habia alejado algunos pasos.

Tal fué el primer acto de autoridad de ese rey que se llamó el *Bueno*.

Para la Francia, ese acontecimiento tuvo las consecuencias mas desastrosas.

El rey de Inglaterra se manifestó muy irritado de esa ejecucion, pretendiendo que el conde d'Eu le habia prometido pagarle un fuerte rescate, que ya no podia pedir á sus herederos.

Juan, por su parte, se quejaba de la proteccion concedida por Eduardo á Cárlos de Navarra, apellidado el *Malo*.

Este, yerno de Juan, habia hecho matar á puñaladas á Cárlos de España, favorito del rey, porque le atribuía la negativa de este monarca, por pagarle la dote prometida á su hija.

Pronto saltaron en Francia tres ejércitos ingleses.

Juan, con sesenta mil hombres, corrió al encuentro del enemigo; pero fué batido y hecho prisionero en la batalla en Poitiers.

El resultado de este acontecimiento fué la necesidad de convocar los Estados generales, y los ciudadanos comenzaron à hacer al gobierno, cuyas riendas habia tomado el delfin, una oposicion tanto mas violenta, cuanto que la desgracia de los tiempos hacia su intervencion mas necesaria.

Eligieron por gefe al famoso Marcel, preboste de los mercaderes de Paris, y ecsigieron que la situacion de los negocios fuese sometida á su apreciacion.

El delfin Cárlos, para resistir á estas pretensiones, se apoyó en la nobleza que bien pronto le faltó, y las ecsigencias del Estado ya no fueron tales, que el príncipe debió apresurarse à disolver la asamblea.

Pero esto, léjos de modificar el espíritu de oposicion que se habia apoderado de la clase media, no hizo mas que ecsaltarlo.

En cuanto al pueblo propiamente dicho, á los aldeanos, á los artesanos, nunca contaban con él.

Miéntras tanto, los ingleses habian llegado hasta los muros de Paris.

Marcel, el preboste de los mercaderes, se apoderó del gobierno de la ciudad, la fortificó, hizo armar á los ciudadanos, é impuso al enemigo, miéntras que el delfin convocó de nuevo los Estados, alteró las monedas, y recurrió à todos los medios desastrosos empleados ántes por otros que por él.

Todo Paris se sublevó entónces contra el delfin.

Los insurgentes penetraron en su palacio, asesinaron ante sus ojns à los mariscales de Champagne y de Normandía, y no le asesinaron á él, porque Marcel, viendo el peligro que corria, le habia puesto en la cabeza su capirote blanco y azul, colores adoptados por los insurgentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La nobleza y el clero de los Estados, se espantaron con ese movimiento y se fugaron.

Los habitantes de Paris escogieron por su capitan general á Cárlos el Malo, rey de Navarra, despues de sacarle de la prision en que el rey Juan le habia mandado encerrar.

Entónces fué cuando aquel príncipe, ya mas poderoso que el delfin, resolvió apoderarse del hotel de Nesle, que le convenia.

"Su posicion contra la muralla y entre dos puertas de la ciudad, dice un historiador, le aseguraba el medio de salir de Paris sin peligro, de entrar en él con facilidad, y de ejecutar sus malos designios.

"De ese modo buscaba la procsimidad del Prado de los Estudiantes, donde podia reunir á los ciudadanos y al populacho para arengarles.»

Cárlos de Navarra era bastante poderoso para instalarse en ese hotel de su autoridad privada; pero sabiendo bien que el delfin no se atreveria á negárselo, fué á verle al hotel de San Pablo, donde entonces habitaba.

—Cuñado,—le dijo,—en el estado en que está la hacienda, hariamos mal en aumentar vuestros embarazos reclamandoos dinero, y sin embargo, es desagradable y no equitativo, que hasta ahora no haya yo obtenido por la dote prometida á la reina mi esposa, mas que el destierro y la muy dura cautividad.

—Querido señor,—respondió el delfin alarmado por ese principio,—eso se arreglará á vuestra satisfaccion tan pronto como el rey mi padre vuelva á sus Estados.

—Eso podria hacerme esperar mucho,—replicó audazmente el rey de Navarra,—y por esto he venido à proponeros el medio de pagar esa deuda, sin que saqueis ni un solo escudo de vuestros cofres.

—Renunciaréis generosamente....

—Lo haré gustoso cuñado mio; pero tambien os haré presente que no hay en Paris ninguna habitacion tal como la debe tener un vecino del rey de Francia, miéntras que ahora nadie habita en el hotel de Nesle. Vengo à pediros un don gracioso de dicho hotel, que nos agrada mucho por diversas razones.

Al delfin no gustaba mucho dar, y la peticion le desagradó bastante tanto por la forma como por el fondo.

Alegó que ese hotel era residencia del rey su padre, que sin su consentimiento no podia disponer de él, y dijo que le iba á escribir á Inglaterra.

—Es un mal medio de concluir pronto este negocio,—dijo Cárlos de Navarra con un tono que manifestaba su disgusto,—y creo que me será preciso pedir á los habitantes de Paris, habitacion suficiente para su capitan general.

Era una positiva amenaza de sedicion, y el delfin no era bastante fuerte para afrontarla.

—Querido señor,—le dijo,—no sabeis tan bien como nos, que los habitantes son malos donadores?

—No con las gentes capaces de servirles bien.

—Nuestra opinion es que el juego es peligroso, y del que mas tarde podiais arrepentiros. Así, no queriendo que eso suceda, os damos el hotel de Nesle que tanto os place; pero á ese don, queremos poner una condicion: la de que en caso que murais no teniendo hijo varon, dicho hotel volverá de pleno derecho, al dominio de la corona.

El delfin Cárlos no imponia esa condicion sino para aparentar que no cedia muy fácilmente.

El rey de Navarra lo comprendió y aceptó.

Cada uno de los dos hacian sobre este punto restricciones morales: el delfin proponiéndose recobrar lo mas pronto posible el bien de que se le estorsionaba, y Cárlos el Malo resolviéndose á conservarle siempre.

Este último fué, pues, á instalarse en su residencia real; el Prado de los Estudiantes se convirtió en su plaza de armas; allí pasaba su vida, arengaba, y no ahorraba nada de lo que podia aumentarle el poder.

El humor belicoso de los ciudadanos no podia dejar de propagar en los campos el espíritu de sedicion.

Bien pronto á su vez, los aldeanos tomaron las armas contra sus señores, y aun contra los habitantes de las ciudades.

Estalló una guerra horrible, que se llamó la *Jacquerie*, à causa del nombre de *Jacques Bonhomme*, que los ciudadanos y los nobles daban por irrision á los aldeanos.

Estos últimos se entregaron á los mas espantosos escesos, quemando, pillando, devastando los palacios, las aldeas y las ciudades, que caian en su poder, y degollando á los habitantes sin distincion de edad ni de secso.

Cárlos de Navarra creyó que aquel era el momento favorable para apoderarse completamente del poder, tuvo cuidado de amontonar armas en el hotel de Nesle; á su voz, ciudadanos, artesanos y malvados, acudieron al Prado de los Estubientes; hizo armar à los que no lo estaban, y à la cabeza de un formidable ejército que de cierto modo era improvisado, marchó contra los insurgentes y los destruyó.

Fuerte con este triunfo, el rey de Navarra se creyó dueño de la Francia, y volvió á entronizarse al hotel de Nesle.

Pero, al mismo tiempo, el delfin, obligado á salir de Paris, habia logrado reunir un ejército numeroso, á cuya cabeza apareció muy pronto ante los muros de la capital, donde no tardó en sentirse la hambre.

Estallaron las murmuraciones entre las filas de los ciudadanos: su capitan general los llamó á las armas, y ellos le respondieron pidiéndole pan à gritos.

Reunióse en el Prado de los Estudiantes una multitud tumultuosa: oianse gritos é imprecaciones contra Cárlos de Navarra, le acusaban de traicion; y el hotel de Nesle fué embestido por unas bandas furiosas.

Cárlos se defendió muy valerosamente, y su residencia estaba muy bien forti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficada para poderla conservar por mas tiempo; pero, gracias á él, el pueblo habia aprendido á hacer la guerra: desde lo alto de la muralla de que se habian apoderado, los ciudadanos hicieron llover dentro del hotel de Nesle materias inflamadas, adheridas á una granizada de flechas.

En un instante se manifestó el incendio en diez partes diferentes, y ya era imposible conservar la plaza.

Cárlos se refugió en la torre de la orilla del agua, esperando que por este lado podria operar una retirada fácil por medio de las embarcaciones amarradas al pié de esa torre; pero los enemigos, entre los que estaban los estudiantes, habian reunido al traves del rio, unas gruesas cadenas, destinadas à imposibilitar el acceso.

Entonces, el rey de Navarra reunió á todos los combatientes que le quedaban, y luego, hizo abrir la puerta principal del hotel, é inclinando la cabeza logró hacerse paso y salir al campo, no sin ser vigorosamente perseguido, ni sin perder mucha gente.

Despues de ese acontecimiento, Marcel, preboste de los mercaderes, fué investido con el poder dictatorial; pero su posicion se hacia mas y mas difícil.

Conociendo que, sin el apoyo del rey de Navarra, le seria imposible resistir al delfin, cuya venganza temia, trató en secreto con Cárlos el Malo, y le prometió entregarle Paris.

En efecto, en la noche del 1.º de Agosto de 1358, intentò hacerle abrir las puertas; pero su traicion fué descubierta por un ciudadano llamado Juan Maillard, quien le hendió la cabeza de un hachazo ántes de que hubiese podido cumplir su designio.

Aunque forzado á abandonar la capital, el delfin habia conservado un partido numeroso, cuyo valor aumentó con la muerte de Marcel.

Los partidarios del preboste no se atrevieron á presentarse mas, y el delfin Cárlos entró en Paris sin combatir.

Su primer cuidado fué confiscar todos los bienes de Cárlos el Malo, comprendiendo en ellos el hotel de Nesle, que habia sufrido poco, porque los ciudadanos, despues de su victoria, habian logrado apagar pronto el fuego.

Desde entónces ese hotel real, permaneció deshabitado hasta en 1360, época en que el tratado de Brétiques, permitió al rey Juan volver à sus Estados.

Por este tratado, Juan cedia á los ingleses la Aquitania y la ciudad de Calais en toda soberanía, y ademas, se obligaba à pagar tres millones de escudos de oro, suma fabulosa para aquellos tiempos, y que le fué enteramente imposible realizar, á pesar de los esfuerzos y de los sacrificios que hizo para lograrlo.

El rey Juan dió entonces una prueba de lealtad que debe hacer que se le perdonen muchas faltas.

Salió de nuevo del hotel de Nesle que le era tan querido, y volvió á Inglaterra à constituirse prisionero de Eduardo en 1363.

El año siguiente murió sin haber recobrado su libertad.

Este príncipe tenia la costumbre de decir que si la buena fé fuera desterrada del resto del mundo, deberia volverse á hallar en el corazon de un rey.

Sentimiento muy loable, pero insuficiente para hacer un buen rey.

No pareciò que el delfin, hijo primogénito de Juan, hubiese heredado el gusto que tuvo su padre por el hotel de Nesle, porque ese rey, bajo el nombre de Cárlos V, no lo habitó jamas y residió siempre en el hotel de San Pablo.

La real residencia del rey Juan, permaneció inhabitada hasta en 1380, época en que Cárlos V, un poco àntes de su muerte, la dió á su hermano el duque de Berry.

Este don fué confirmado el mismo año por el nuevo rey Cárlos VI.

Apénas estuvo el duque en posesion de esa real residencia, cuando no pareciéndole digna de su magnificencia, comenzó à hacer muchos gastos para embellecerla.

Antes de estos trabajos, el hotel de Nesle habia tomado ya la forma de un inmenso triángulo-rectángulo cuya cima miraba al Mediodía.

Uno de sus lados estaba formado por el recinto de la ciudad, y el otro por la línea principal de los edificios.

Esta partia de la iglesia de los Grandes Agustinos, y se dirigia á la muralla, sobre la que caía casi perpendicularmente.

La base del triángulo paralela á la orilla del Sena, estaba ocupada por cuerpos de habitaciones irregulares y aisladas las unas de las otras.

El duque de Berry trasformò en capillas esos edificios separados, y los reunió los unos á los otros por medio de construcciones que contenian vastos salones y una biblioteca.

Esta nueva línea de edificios fué reunida á la antigua por un grupo de torrecillas de techos puntiagudos.

El espacio triangular comprendido entre esas dos líneas y la muralla, estaba ocupado por un jardin y plantado de árboles seculares.

El duque hizo añadir galerías á las nuevas construcciones del lado del jardin y á todo lo largo de la pared, como ya las habia en la antigua línea del edificio, de modo, que en los tres costados del jardin triangular fueron construidas bóvedas y columnas que le daban el aspecto de un claustro.

En el ángulo que miraba á la torre de Nesle, se construyó un juego de pelota adonde se podia ir por todos los puntos del hotel sin atravesar el jardin, andando bajo las galerías.

Ademas de esas importantes mejoras, el duque de Berry mandó ampliar el hotel.

Compró una parte del colegio de los abades de San Dionisio y del jardin de los ballesteros, y de este modo colocó la antigua parte de su hotel entre dos jar-

dines, con el fin de que la verdura regocijara la vista del opulento castellano por cualquier parte que la dirigiera.

Como tenia muchos caballos, con numerosos escuderos, palafreneros, &c., &c., compró para alojarlos, dos tejares con dos fanegas y media de tierra, situados fuera del recinto de las murallas y llamados el Pequeño Prado de los Estudiantes.

Allí hizo construir caballerizas, un picadero y todos los cuerpos de alojamientos necesarios para los domésticos y para la educacion de los caballos.

Estas nuevas construcciones recibieron el nombre de *Residencia de Nesle.*

Hizo abrir en la muralla una puerta con un rastrillo y un puente levadizo para establecer la comunicacion entre el hotel y la Residencia, al traves del foso profundo que llenaban las aguas del Sena.

Este foso habia sido cavado en 1356, por los cuidados de Estevan Marcel, prevoste de los mercaderes, durante la cautividad del rey Juan.

Los embellecimientos interiores convinieron con la magnificencia del esterior.

Las capillas fueron adornadas con vidrieras pintadas de brillantes colores, de enmaderamientos con esculpidos que representaban escenas piadosas, de altares dorados y con ricos ornamentos, de magníficos relicarios, tan notables por el trabajo como por la materia; porque el duque era muy aficionado á las piedras finas, á las joyas, y sobre todo á las reliquias de los santos; ademas de las que habia comprado, recibió muchas de manos del Papa, que residia en Aviñon: gran parte de ellas colocó en las capillas de la torre de Nesle, é hizo llevar las otras á la santa capilla que habia formado en Bourgnes.

Las habitaciones, vastas y bien dispuestas, estaban adornadas de tapicerías y de vidrieras pintadas que no dejaban penetrar mas que una luz dulce y colorada.

Los muebles eran grandes y ricos, todos deliciosamente esculpidos.

Allí habia gran cantidad de camas bien anchas que podian contener hasta doce personas, y tan cubiertas de ropa con bordados de plata y oro, que se habrian tomado por tronos.

Enormes aparadores con cuatro escalones, cargados de vajilla de oro y de plata incrustada de piedras preciosas; sitiales con un banquillo, donde el número y la altura de los escalones variaban segun la calidad de la persona que debia sentarse en ellos: salas, de las que cada una tenia un destino particular; pero que todas cedian en estension á la sala de los festines: salas de armas, cuyas paredes estaban cubiertas con espadas largas y de dos filos, con cortos puñales de hojas torneadas, llamadas *misericordias,* con mazas y con hachas, con lanzas, con flechas, con ballestas, con cascos, con corazas, con brazaletes, con martingalas, con rodilleras, y con todas las otras piezas que componian la armadura de los caballeros del siglo XIV.

Muchas de esas armaduras estaban cubiertas con dibujos de oro y de plata, y damasquinadas con un arte perfecto.

Habian sido llevadas por mercaderes de paises lejanos ó cogidas en el campo de batalla.

Para proveer á tan grandes gastos, habria sido necesario poseer una considerable fortuna.

Sin embargo, el duque de Berry no habia recibido, en virtud de la ordenanza sobre los infantazgos (apanages), dada en Melun el mes de Octubre de 1374, por Cárlos V, mas que una tierra del valor de doce mil libras tornesas, con el título de conde, y cuarenta mil francos en dinero para montar su casa.

Tambien se vió obligado á recurrir muchas veces al tesoro real.

Su sobrino Cárlos VI le donó cuatro mil francos de oro en 1391 y nueve mil en 1393.

Lo que sobre todo, procuró recursos inagotables al duque, fué su gobierno del Langüedoc.

Sus esacciones pagaron los gastos del hotel de Nesle, pero provocaron motines cruelmente reprimidos, representaciones al rey poco lisonjeras para el duque, y en fin, le hicieron perder el gobierno de esa rica provincia.

Durante la regencia que participó con los duques de Orleans y de Borgoña, se apropió enormes sumas sacadas del tesoro real, y abrumó á las ciudades con impuestos de los que una parte se quedó en sus manos.

En fin, se hizo dar los bienes confiscados á muchos condenados á muerte ó á la proscripcion.

Estos abusos duraron mucho tiempo y fueron cometidos y mantenidos á nombre del rey, á quien le hacian firmar las mas ruinosas ordenanzas con la mas grande facilidad, porque estaba loco.

Por lo demas, todas esas onerosas magnificencias, no eran prodigadas con un fin egoista.

Lo mismo que el rey su hermano, el duque de Berry tenia el gusto de los edificios, y gozaba interiormente con fabricar y con embellecer; pero mucho mas le agradaba una alegre vida.

Si habia hecho enormes gastos en el hotel de Nesle, era para recibir á sus huéspedes con todas las comodidades que puede proporcionar la opulencia.

Pródigo de sus bienes, y por consecuencia muy deseoso de adquirirlos, daba con profusion.

Recibia siempre numerosos convidados; trataba á sus amigos con la mas refinada cortesía, y pasaba con ellos las noches y los dias en festines, y en alegres diversiones.

Cuando un señor estrangero llegaba á la corte del rey de Francia, el duque era siempre el primero en invitarle y le regalaba magníficamente.

Si el estrangero era rico, podia jugar gruesas sumas y botar el dinero á manos llenas por sus heraldos; el duque competia con él y se empeñaba una larga lucha de gastos que no acababa pronto.

Si la magnificencia del duque no hallaba ningun estrangero en quien ejercerse, se dirigia á los señores franceses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las numerosas disputas de los duques de Orleans y de Borgoña, le dieron muchas ocasiones de lucir su boato.

En cuanto entre esos duques habia una querella, lo cual sucedia frecuentemente, el duque de Berry se interponia entre ellos, les regalaba á uno despues de otro, luego á los dos á un tiempo, y cuando les habia reconciliado, hacia festines y fiestas sin número: el hotel de Nesle resonaba de noche y de dia, con los cánticos de la orgía y con las chanzas de aquellos locos titulados, que provocaban una risa interminable.

Una inmensa servidumbre con brillantes libreas aumentaba el brillo de aquellas fiestas continuas.

La casa del duque se componia de una multitud de lacayos y de pages, clasificados en una rigorosa gerarquía.

En la época de su muerte, que no fué la de su mayor opulencia, se contaban en su casa once chambelanes, once capellanes, confesores, limosneros para dar socorros á los pobres, una tesorería con tesoreros, sus contadores y otros empleados; un guarda-joyas, un sastre, médicos y cirujanos, tres órdenes de escuderos, tres de escribientes, heraldos, ugieres; una multitud de pagecillos, cocineros, salseros, fruteros, alumbradores, caballerizos, y otra multitud de criados de todos nombres y de todas clases, y que seria fastidioso enumerar.

Si á esto se añaden los arqueros, los caballeros, &c., que habitaban en la residencia del duque, se tendrá una idea del inmenso número de hombres de que estaba lleno el hotel de Nesle los dias de gala, y de los enormes gastos que debia causar una casa tan ricamente montada [1].

A este cuadro tan verdadero del hotel de Nesle, al fin del siglo XIV, debemos unir un compendio rápido, á fin de completar la esposicion necesaria para la inteligencia de los hechos que vamos á referir.

Cárlos VI no tenia mas que doce años cuando murió su padre (1380), y necesitaba un regente.

En vez de uno, tuvo cuatro, que fueron los duques d'Anjou, de Berry, de Borgoña y de Borbon, quienes formaron un consejo de regencia, del que fué presidente el duque d'Anjou, y por consecuencia el mas influente de sus miembros.

Cárlos V habia hecho importantes economías; el consejo de regencia las disipó en poco tiempo, y pronto se vió en la necesidad de buscar nuevos recursos: entónces estableció una contribucion sobre los víveres.

Este nuevo impuesto provocó inmediatamente una sublevacion general en Paris.

El pueblo saqueó el arsenal y se armó con mazas de plomo, lo que hizo dar á los insurgentes el nombre de *maceros*.

---

[1] Julio Chateau.—*El Hotel de Nesle.*

Los flamencos, que no cesaban de pensar en vengarse de su última derrota, creyeron que habia llegado el momento favorable para hacer la guerra.

Se reunieron bajo el mando de Felipe de Arteveld, quien entónces era aún mas popular que lo habia sido su padre, y formaron un ejército formidable, á cuyo encuentro marcharon los franceses con resolucion y atacándole cerca de Roosebeke, con su acostumbrada impetuosidad.

El ejército flamenco, compuesto de mas de cuarenta mil hombres, estaba formado en un solo cuadro, y con tan poca inteligencia, que las tres cuartas partes de los soldados que lo componian se hallaron imposibilitados para hacer uso de sus armas.

El combate fué corto y la victoria decisiva.

Arteveld murió, y los restos de su ejército se dispersaron.

A la vuelta de esa campaña, el rey, que acababa de entrar en la mayor edad, creyó que aquel momento era favorable para sofocar el espíritu de sedicion que tan patentemente asomaba en Paris.

Los principales de los maceros fueron ejecutados y confiscados sus bienes; los habitantes fueron desarmados, el cargo de preboste de los mercaderes fué suprimido; Paris perdió sus franquicias, se crearon nuevos impuestos mas vejatorios que todos los precedentes, las murallas de la capital fueron destruidas, y en su seno se vieron levantarse las torres de la Bastilla.

La mayor parte de las grandes ciudades de Francia fueron tratadas casi de la misma manera; el terror llegó á su colmo.

Pronto se insurreccionaron de nuevo los flamencos.

Tomaron y saquearon algunas ciudades despues de haber lanzado de ellas las guarniciones francesas.

El rey en persona marchó contra ellos, y esta guerra terminó con la muerte de Luis, conde de Flandes, á quien hizo asesinar el duque de Berry.

En esa época, los ingleses tenian una menor edad no ménos borrascosa que la de Francia.

Ricardo II, hijo del príncipe de Gales, habia succedido á Eduardo, y lo mismo que Cárlos VI, tenia por tutor y regente dos tios ambiciosos.

Las rivalidades de esos príncipes les impedian aprovecharse de la division de los nuestros.

Las pocas tropas que aun tenian en nuestras provincias del Loire no operaban sino perezosamente, y se puede decir que la menor edad de Ricardo salvó la de Cárlos VI.

Roma estaba tambien en una agitacion muy violenta.

Los Papas Urbano y Clemente XII, se disputaban la tiara, y esta rivalidad dividia á la cristiandad en dos campos.

El rey, aunque ya de mayor edad, no dejaba de estar gobernado por sus tios, y particularmente por el duque de Borgoña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este príncipe creyó llegado el momento favorable para dar un golpe terrible á la Inglaterra, empeñada entónces en una guerra con Escocia.

Envióse á Inglaterra un ejército frances que fué batido.

Tampoco fué feliz otra espedicion enviada à Castilla contra el duque de Lancaster.

Esos desastres no impedian que en la corte se sucedieran brillantes y ruidosas fiestas, y mas que nunca, el pueblo estaba abrumado á impuestos.

Por fin, Cárlos VI sacudió el yugo de sus tios en 1391, escogió nuevos consejeros à cuya cabeza puso al condestable Oliverio de Chisson, y comenzó à ocuparse activamente de los negocios interiores.

Todo hacia esperar útiles y prócsimas reformas, cuando afligió al país un desastroso suceso.

Monfort, duque de Bretaña, despues de haber hecho asesinar al condestable Oliverio de Chisson, habia dado asilo al asesino.

Cárlos pidió que se lo entregaran.

El duque rehusó, y el rey se armó para ir á castigar al vasallo rebelde.

Era el mes de Julio de 1392.

El calor era escesivo.

Durante el camino, se percibió algun desórden en el espíritu de Càrlos.

Con todo, la espedicion continuaba avanzando hácia Bretaña, cuando à la salida del bosque del Mans, el 1.° de Agosto, un hombre se lanzó hàcia el rey, asió la brida de su caballo, y esclamó:

—A dónde vais, príncipe? Se os traiciona!

Apénas el hombre pronunció estas palabras, cuando Cárlos fué atacado de un furioso acceso de locura.

Empuñó la espada, hirió á cuantos le rodeaban, y acabó por caer abrumado de fatiga.

Desde entonces el mal era incurable.

Sin embargo, el desgraciado monarca tuvo mas tarde algunos instantes lúcidos los cuales fueron aprovechados para nombrar regente del reino al duque Luis de Orleans, su hermano, en union de la reina Isabel de Baviera.

"Luis de Orleans era un hermoso príncipe, galante, adorado de las mugeres, que protegia á los doctos y las artes, todo á costa del tesoro público.

"Se habia casado, por su dinero, con la hija del rico duque de Milan, Valentina Visconti, amable y virtuosa esposa, quien por su dulce ascendiente, sometia al furioso Cárlos VI su cuñado, á la voluntad del duque de Orleans.

"El pueblo acusaba de magia y envenenamiento á esa pobre italiana, y su marido la era infiel continuamente.

"Ella, dulce y resignada, le educaba entre sus hijos á su bastardo Dunois.

"Luis de Orleans, entregado enteramente à los placeres, no tenia mas que un deseo: dinero.

"Estableció un impuesto, y en la noche forzó el tesoro con una banda de gentes armadas para sacar el producto.

"Estaba en contacto con los monederos falsos, y tenia compañía con ellos (1)."

En medio de estos acontecimientos, Isabel de Baviera se entregaba à los mas espantosos desórdenes.

Tenemos que ocuparnos aquí particularmente de esa muger, cuyos crímenes debian ser mucho mas grandes que los de Margarita de Borgoña, y quien, á ejemplo de ésta, hacia de la torre de Nesle el teatro de sus monstruosas orgías.

IX.

Isabel de Baviera y el duque de Berry.—Las habitaciones secretas del hotel de Nesle.—Isabel de Baviera y Luis, conde d'Evreux y d'Etampe.—Isabel sorprendida por Luis en la torre de Nesle.—Muerte del conde d'Evreux en medio de una orgía.—El duque de Orleans é Isabel de Baviera en el hotel de Nesle.—Los monederos falsos.—Nuevas escenas de muerte en el hotel de Nesle.

Ya hemos referido los desórdenes de Isabel de Baviera en el torreon de Vincennes (2); pero aquello no es mas que una parte del cuadro: la otra, y la mas importante debia hallar aquí su lugar.

Las costumbres y los gustos del duque de Berry, este fastuoso señor, que habia hecho del hotel de Nesle el palacio mas espléndido que hubo entonces, se amoldaban bien con los de la reina.

Habia entre ellos una muy grande afinidad, para que esos dos personages no se liaran pronto de la manera mas íntima, y esto fué lo que sucedió.

Desde los primeros dias de su casamiento, pareció á Isabel mezquino el hotel de San Pablo, que habia sido la residencia habitual de Cárlos V, y que tambien era la de Cárlos VI: en revancha, la habian seducido los esplendores del hotel de Nesle.

---

[1] Chez Boisgard.—*Historia del Torreon de Vincennes*

[2] Michelet.—*Compendio de la historia de Francia.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este príncipe creyó llegado el momento favorable para dar un golpe terrible á la Inglaterra, empeñada entónces en una guerra con Escocia.

Envióse á Inglaterra un ejército frances que fué batido.

Tampoco fué feliz otra espedicion enviada à Castilla contra el duque de Lancaster.

Esos desastres no impedian que en la corte se sucedieran brillantes y ruidosas fiestas, y mas que nunca, el pueblo estaba abrumado á impuestos.

Por fin, Cárlos VI sacudió el yugo de sus tios en 1391, escogió nuevos consejeros à cuya cabeza puso al condestable Oliverio de Chisson, y comenzó à ocuparse activamente de los negocios interiores.

Todo hacia esperar útiles y prócsimas reformas, cuando afligió al país un desastroso suceso.

Monfort, duque de Bretaña, despues de haber hecho asesinar al condestable Oliverio de Chisson, habia dado asilo al asesino.

Cárlos pidió que se lo entregaran.

El duque rehusó, y el rey se armó para ir á castigar al vasallo rebelde.

Era el mes de Julio de 1392.

El calor era escesivo.

Durante el camino, se percibió algun desórden en el espíritu de Càrlos.

Con todo, la espedicion continuaba avanzando hácia Bretaña, cuando à la salida del bosque del Mans, el 1.° de Agosto, un hombre se lanzó hàcia el rey, asió la brida de su caballo, y esclamó:

—A dónde vais, príncipe? Se os traiciona!

Apénas el hombre pronunció estas palabras, cuando Cárlos fué atacado de un furioso acceso de locura.

Empuñó la espada, hirió á cuantos le rodeaban, y acabó por caer abrumado de fatiga.

Desde entonces el mal era incurable.

Sin embargo, el desgraciado monarca tuvo mas tarde algunos instantes lúcidos los cuales fueron aprovechados para nombrar regente del reino al duque Luis de Orleans, su hermano, en union de la reina Isabel de Baviera.

"Luis de Orleans era un hermoso príncipe, galante, adorado de las mugeres, que protegia á los doctos y las artes, todo á costa del tesoro público.

"Se habia casado, por su dinero, con la hija del rico duque de Milan, Valentina Visconti, amable y virtuosa esposa, quien por su dulce ascendiente, sometia al furioso Cárlos VI su cuñado, á la voluntad del duque de Orleans.

"El pueblo acusaba de magia y envenenamiento á esa pobre italiana, y su marido la era infiel continuamente.

"Ella, dulce y resignada, le educaba entre sus hijos á su bastardo Dunois.

"Luis de Orleans, entregado enteramente à los placeres, no tenia mas que un deseo: dinero.

"Estableció un impuesto, y en la noche forzó el tesoro con una banda de gentes armadas para sacar el producto.

"Estaba en contacto con los monederos falsos, y tenia compañía con ellos (1)."

En medio de estos acontecimientos, Isabel de Baviera se entregaba à los mas espantosos desórdenes.

Tenemos que ocuparnos aquí particularmente de esa muger, cuyos crímenes debian ser mucho mas grandes que los de Margarita de Borgoña, y quien, á ejemplo de ésta, hacia de la torre de Nesle el teatro de sus monstruosas orgías.

IX.

Isabel de Baviera y el duque de Berry.—Las habitaciones secretas del hotel de Nesle.—Isabel de Baviera y Luis, conde d'Evreux y d'Etampe.—Isabel sorprendida por Luis en la torre de Nesle.—Muerte del conde d'Evreux en medio de una orgía.—El duque de Orleans é Isabel de Baviera en el hotel de Nesle.—Los monederos falsos.—Nuevas escenas de muerte en el hotel de Nesle.

Ya hemos referido los desórdenes de Isabel de Baviera en el torreon de Vincennes (2); pero aquello no es mas que una parte del cuadro: la otra, y la mas importante debia hallar aquí su lugar.

Las costumbres y los gustos del duque de Berry, este fastuoso señor, que habia hecho del hotel de Nesle el palacio mas espléndido que hubo entonces, se amoldaban bien con los de la reina.

Habia entre ellos una muy grande afinidad, para que esos dos personages no se liaran pronto de la manera mas íntima, y esto fué lo que sucedió.

Desde los primeros dias de su casamiento, pareció á Isabel mezquino el hotel de San Pablo, que habia sido la residencia habitual de Cárlos V, y que tambien era la de Cárlos VI: en revancha, la habian seducido los esplendores del hotel de Nesle.

---

[1] Chez Boisgard.—*Historia del Torreon de Vincennes*

[2] Michelet.—*Compendio de la historia de Francia.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con motivo del matrimonio del rey su sobrino, el duque de Berry habia dado grandes fiestas en su magnífica residencia.

Los bailes, los torneos, las cazas, los interminables festines en que el duque se ocupaba sin cesar, hacian un fuerte contraste con la monotonía de la residencia real, porque el espíritu de una muger ardiente, apasionada por el placer, como Isabel, no se hubiese vivamente impresionado.

El duque, por su parte, conoció pronto la impresion producida por su magnificencia en la jóven y hermosa reina; redobló sus cuidados y su zelo, manifestò un ardor juvenil, y se manejó de tal modo, que Isabel, entregándose á toda la impetuosidad de su temperamento, olvidó pronto que su seductor era tio de su marido.

—Querido duque,—le dijo un dia—sois un huéspee tan amable, y os conducis tan bien en vuestra residencia, que despues de haber entrado aquí no se quiere salir.

—Señora,—respondió el duque,—no hay maravilla que no se pueda hacer para agradar à tan magestuosa soberana, y seria para mí mucha felicidad que V. M. (1) permaneciese aquí mucho tiempo. Para eso me apresuraré á ofreceros hermosos y lindos aposentos, donde nadie entra mas que yo.

—Son cosa muy misteriosa?

—Serán cosa tan misteriosa, tan divina, cuanto lo quiera la reina.

—Querido duque, no podriamos ir á verlos, á este paso sin que nos sigan gentes importunas?

Estas palabras fueron dichas con un tono de sentimiento, que no se escapó al faustoso señor.

Seguro del triunfo, fué audaz.

—Señora,—dijo oprimiendo dulcemente los afilados dedos de Isabel,—V. M. puede, desde hoy, ir á ellos sin que nadie mas que yo pueda sospecharlo.

—Qué harémos para eso?

—Una cosa fácil y sencilla. Que á la caida de la noche, la reina, paseándose sola en el jardin del hotel de San Pablo, entre en una barca cubierta que la esperarà en la orilla, y la conducirá á la puerta del hotel de Nesle.

—Y estaréis ahí para recibirnos?

—Y seré vuestro solo y único y feliz servidor.

—No es muy aventurado el paso?

—Hermosa reina, querriamos morir mil veces ántes que esponer á V. M. al menor peligro.

—Tendré que decir que sí?

—Para volverme loco de dicha.

---

[1] El título de *Magestad*, no fué dado en general á los reyes y reinas de Francia sino bajo Cárlos VII; pero desde el principio del reinado de Cárlos VI, quiso introducirlo en la corte de Francia el duque de Berry.

—Pues bien, que sea así, hasta entónces no hablemos mas.

En efecto el duque de Berry tenia pequeños y deliciosos aposentos, donde solo él y dos servidores adictos á toda prueba podian penetrar.

El mismo habia dirigido su construccion, su distribucion y mueblaje.

Era una fila de encantadores retretes, de pequeños y misteriosos templos, donde algunas deidades escogidas por el señor no penetraban de cuando en cuando sino adormecidas ó con los ojos vendados.

Un paso secreto conducia de esa habitacion á la torre de la orilla del agua, cuyos aposentos estaban amueblados con el mismo voluptuoso cuidado, y que tenia una puerta sobre el agua lo mismo que en la época de Margarita de Borgoña.

Era tanto mas fàcil á Isabel seguir las instrucciones del duque, cuanto que en ese momento, Cárlos VII marchaba sobre Flandes, donde acababan de desembarcar los ingleses.

Así es que, cuando habia caido el sol, despues de despedir à sus damas, ménos á una con cuya discrecion creía poder contar, bajó del jardin, llegó á la ribera, y despues de asegurarse de que nadie podia verla, entró en la barca que por los cuidados del duque la esperaba en aquel sitio.

Media hora despues, llegaba sin ruido á la puerta del agua, y sostenida por su fastuoso huèsped, llegó muy pronto á uno de los aposentos del primer piso.

—Esto está muy bien,—cijo maravillada del lujo y del buen gusto del ajuar, —pero me parece que estos lindos reductos no son tan secretos como decís, porque en nuestra opinion no son otros sino los que en otro tiempo dió Margarita de Borgoña á sus cuñadas.

—Amada reina, si la torre os agrada, podeis venir á permanecer en ella el tiempo que querais, y juro por mi cabeza, que nadie vendrá á molestaros; pero no es aquí el lugar de que he hablado.

Llevó sus lábios á la mano de Isabel, y abriendo la puerta del paso secreto la condujo al misterioso retrete que hemos descrito, y en el que estaba servida una cena compuesta de los mas esquisitos manjares en platos de oro.

—A fé mia, duque,—dijo Isabel regocijada,—sois encantador perfecto.

—Si fuera así, querida reina, os encantaria tan bien, que nunca saldriais de aquí, en donde querriamos acompañaros hasta el fin del mundo.

—Malévolo! No nos habeis encantado ya demasiado?

El duque estaba en el colmo de la felicidad.

Es verdad que la conquista era gloriosa, porque este galante señor frisaba entonces en los cincuenta, y la jóven reina era la muger mas hermosa de su corte.

El tacto, la alegría, el talento y el buen humor de ese noble huésped, habian bastado para deslumbrar á esa muger, quien un siglo mas tarde hubiera sido la digna émula de la reina de Navarra, y la embriaguez del placer hizo muy pronto que todo lo olvidara.

Al amanecer, Isabel fué vuelta á llevar hasta la barca que la habia conducido,

y gracias á la cual volvió á entrar en el Hotel de San Pablo tan secretamente como habia salido.

Estas visitas nocturnas al hotel de Nesle, no impedian à Isabel presentarse en él durante el dia.

Era porque allí, como hemos dicho, habia siempre un numeroso cortejo de elegantes caballeros, de atrevidos y vigorosos escuderos, de jóvenes y encantadores pages, á quienes un negro bozo comenzaba á sombrear los làbios.

Isabel no habia tardado en notar que, en el rostro todavía fresco y siempre risueño del duque, comenzaban à multiplicarse las arrugas; pero los compañeros del duque eran tan hermosos, que eso habia conmovido poco à la impetuosa jóven, cuyos sentidos hablaban demasiado alto, para que fuese mas fiel á su amante que á su marido, y á los cincuenta años del duque de Berry, los compañeros de este príncipe le ofrecian fáciles compensaciones.

El primer rival dichoso que tuvo el duque, fué Luis, conde d'Evreux y d'Etampes, quien fué al hotel de Nesle, dos meses despues de la primera visita nocturna que habia hecho en él Isabel.

Luis pasaba con justo título por uno de los señores mas galantes de su tiempo; habia tenido una multitud de aventuras amorosas, que le habian puesto en moda en las altas regiones de la aristocracia, y aunque no era ya jóven, le quedaba de esas galantes proezas, una especie de aureola á la que debia mas de una buena fortuna.

Luis se mostró inmediatamente muy cortés con la jóven reina, y se aprovechó àvidamente de todas las ocasiones de agradarla.

Logrólo fácilmente, y su triunfo fué tan completo como ràpido.

Isabel, desde los primeros dias de sus relaciones íntimas con el duque de Berry, habia tomado posesion de la torre de Nesle, previendo lo que debia suceder.

Los aposentos del duque eran deliciosos sin duda, la reina aparecia frecuentemente en ellos; pero habia manifestado el deseo de tener para sí sola esa torre, desde donde la vista se tendia á lo lèjos, con el fin de gozar algunas veces de los encantos de la soledad.

El, aunque se habia apresurado á satisfacer ese antojo, la jóven reina colocó en aquella torre gentes adictas á ella, con cuya adhesion y discrecion contaba; porque esa muger nacida para la intriga, inmediatamente que llegó á Paris, comenzó á estudiar su servidumbre, su compañía, y se habia creado criaturas privilegiadas, que pudieran esperarlo todo de ella, y que no pudieran ganar nada con traicionarla.

La torre de la orilla del agua, fué pues, para el conde lo que los aposentos secretos eran para el duque.

Pero Luis conoció pronto que él no era el solo admitido, y tuvo la imprudencia de manifestar sus zelos.

El duque habia visto tan bien como él; pero tenia la prudencia de callar, y se habia contentado con una parte, de miedo de perder el todo.

—Querida reina,—dijo un dia Luis á Isabel,—por qué las puertas de este lugar divino, no se abrieron anoche para mí, cuando en este aposento en que estamos brillaban tan vivas luces?

La reina, á quien tenia en sus brazos al hacerle esta pregunta, se desasió bruscamente.

—Hermoso primo,—le dijo mas colérica que temerosa,—¿haceis que nos espien?

—Dios no lo quiera, mi muy querida soberana, que haya yo tenido semejante pensamiento; pero al salir del Louvre despues de la queda, nuestros ojos fueron activamente heridos con el brillo de esa luz.

—Y despues de haber sospechado de nos, doblais la injuria, pidiéndonos que nos justifiquemos!

En efecto, el conde d'Evreux no tenia aún mas que sospechas; pero las confirmaron el modo con que fué recibida su pregunta.

Con todo, se esforzó en no dejar conocer nada de lo que pasaba en su espíritu.

—Oh bien amada de mi corazon! Hablo tan mal hoy, que he podido deciros palabras mal sonantes. Si así es, me perdonaréis, y con justicia, porque no tengo mas deseo ni felicidad, que la de agradaros siempre.

—Isabel se calmó súbitamente; pero no dió ninguna esplicacion.

La noche de ese dia, el duque de Berry y el conde d'Evreux cenaban juntos.

Fueron à hablar à la reina, y pronto, lo mismo que los augures de Roma, no pudieron mirarse sin reirse.

—Hermoso primo,—decia el conde,—creo que seréis muy feliz, con ser visitado tan á menudo, por esa perla real del hotel de San Pablo.

—Eh! querido conde, si es felicidad para nosotros, me parece que no es desgracia para vos.

Luis se picò en el juego, porque sobre este punto, era preciso que fuese tan dócil como su ilustre huésped.

—Con todo, no es cosa que nos satisface igualmente,—dijo cesando de reir.

—Hermoso primo, la vida es demasiado corta, para que queramos emplearla en pesadumbres superfluas: así, pues, tomemos el placer de donde nos venga, y cerremos los ojos para no ver las cosas desagradables.

El conde no insistió; pero se prometió aclarar completamente sus sospechas, no porque proyectase nada contra el duque, à quien creia haber quitado su querida, sino para asegurarse de si otro habia obrado lo mismo respecto de él, y con la resolucion de obrar, porque no se es impunemente amante de una reina de Francia, y Luis, que aunque era mas ambicioso que enamorado, tenia proyectos á los que no era hombre de renunciar muy fácilmente.

Probablemente el duque adivinó lo que pasaba en el espíritu de su huésped, porque cesando de reir á su vez le dijo gravemente:

—Primo, no pensemos en cosa peligrosa ó desagradable; y bebamos y dejemos en mal hora à Cupido, que quiere ponernos en mal camino.

—Bebamos!—repitió el conde.

Pero inútilmente intentaba de este modo hacer soltar su presa à la serpiente de los zelos y de la ambicion que le mordian el corazon.

La carga era superior á sus fuerzas, y renunció á ella.

Esa misma noche, despues de la cena, atravesaba el rio, y el aposento de la torre en que habia pasado deliciosos instantes al medio día, se le presentó como la víspera, resplandeciente de luz.

—Ves eso, Fernando?—dijo al escudero que lo acompañaba.

—Qué, monseñor? La torre de Nesle?

—Sí, la torre de la orilla, y esa ventana por donde salen los hermosos reflejos de la luz interior.

—Ciego seria quien no viera eso.

—Pues bien, escucha. A tí, hombre diestro y osado, te prometo hacerte armar caballero incontinenti, haciéndote donacion de una armadura, espuelas de oro, caballo de mano y quinientas libras en oro, si mañana à la misma hora estás oculto en ese aposento, en un armario ú otro mueble, de tal suerte que, cuando vuelvas á mi lado, puedas decirme lo que haya pasado en ese lugar.

—Es cosa resgosa, monseñor; pero no hay nada difícil que no pueda yo emprender para serviros.

—Vamos á volvernos, porque es inútil ir mas léjos.

Los dos volvieron al hotel de Nesle.

Fernando pasó la noche pensando en los medios de satisfacer al conde,

La recompensa que le habia prometido era magnífica, y el escudero no queria dejarla escapar.

Cuando llegó el dia, se dirigió hàcia esa misteriosa residencia predestinada para tantos enamorados y para tantos sucesos sangrientos.

Llegó no sin trabajo hasta la puerta interior, donde por fortuna encontró á un compañero suyo de juventud, que habia entrado al servicio de la reina.

—Vive Dios! Guillermo,—le dijo,—que nos encontramos á propòsito; porque creo que estando en buen lugar, serán bien recibidas en tu escarcela doscientas libras tornesas.

—Oh, Fernando! Esos son pájaros que caen asados del cielo.

—Y sin embargo, amigo, así caerán para tí.

—Y para eso, qué pides?

—Casi nada.

—Entonces es demasiado mucho.

—Cómo?

—Ah! En la corte se aprenden muchas cosas, y ahì he aprendido que á menudo, si no es siempre, *casi nada* quiere decir *demasiado mucho*.

—Hola! maese Guillermo, os habeis hecho tan gran estudiante, que podeis encontrar cosas maravillosas en las palabras sencillas?.... Veamos, mancebo, no desechemos una buena partida, y así es que te hablaré sin circunloquios, y ante todo, te preguntaré quién está toda la noche, ò solo al principio, en ese aposento del segundo piso, cuya ventana grande da sobre el agua?

Guillermo frunció el ceño, reflecsionó un instante, y luego respondió:

—Sobre esto, compañero, cierro los lábios.

—Bueno; pero á lo ménos, por la recompensa prometida, me enseñaréis ese aposento, y por eso te daré á cuenta estos tres escudos de oro.

Háse llamado mal al cañon la *última ratio regum*, porque sin disputa, esa razon sin réplica, tanto para los súbditos como para los reyes, es el dinero.

Los tres escudos de oro hicieron desaparecer todas las dificultades; solo que, fué convenido que Fernando no permaneceria mas que un instante en el aposento designado; pero en los obstáculos puestos por su antiguo camarada, el escudero comprendió que se trataba de otra cosa mas importante de lo que habia pensado al principio, y resolvió descubrir á todo trance el secreto de que dependia en lo de adelante su fortuna.

Guillermo, por su parte estaba tranquilo, porque en ese momento no habia en la torre mas que una pequeña parte de los servidores de Isabel, y estaba convencido de que la visita de Fernando no podia traer ninguna mala consecuencia.

Los dos subieron, pues, al segundo piso que habia indicado Fernando.

Guillermo abrió la puerta y entró el primero.

Su compañero le siguió de cerca, y despues de haber entrado, se puso contra la puerta, cuya llave habia quedado fuera.

—Eh!—hizo Guillermo, volviéndose hàcia él,—no quieres ver como desde aquí se estiende la vista al Sena y á lo léjos sobre esos montes?

—Apresúrate á ver tú mismo,—esclamò Fernando, precipitándose sobre él, —porque nada verás ya en lo de adelante.

Y miéntras que con una mano le asió del hombro, con la otra le hundió una daga en el pecho.

El desgraciado cayó y espiró casi inmediatamente.

Entonces Fernando se ocultó debajo de la inmensa cama, que era el mueble principal de aquel aposento, luego se acurrucó en un rincon de modo que le cubrieran las inmensas cortinas que pendian del techo, y esperó, con el corazon agitado á la vez de temor y de esperanza.

Isabel habia tomado gusto á esas peregrinaciones navales cuya idea le habia dado el duque de Berry, y se entregaba à ellas con tanto mas ardor, cuanto que la ausencia del rey la daba toda clase de seguridades.

En algunos dias, sus deseos habian tomado proporciones inmensas.

Todavía no mataba á nadie, porque encontraba mas sencillo y mas cómodo permanecer desconocida de la mayor parte de los mozalvetes á quienes cada dia pedia nuevos placeres.

Con todo, en el fondo de su pensamiento permanecian grabadas estas palabras: *Desgraciados de los indiscretos!*

Con estos sentimientos fué con los que esa noche llegó á la torre de Nesle, donde un gentil page, designado la vìspera por ella, acababa de ser introducido.

El page era tímido; pero Isabel tenia audacia por dos.

Ella fué la que, de la pieza donde se habian encontrado, le arrastró á la en que estaba Fernando, con una ansiedad fácil de comprender, esperando el desenlace de la aventura que tan audazmente habia acometido.

El corazon le latió hasta romperle el pecho, cuando, al ruido de la puerta que acababa de abrirse y de volver á cerrarse, succedió el ruido de los besos.

Apartó suavemente la cortina que le cubria, y reconoció perfectamente al page, que se llamaba Arnoldo, y á Isabel de Baviera, á quien habia visto cien veces.

Habíase empeñado una dulce conversacion entre esos amantes de un dia, y el escudero esperó que se apagarian las luces, y que durante el sueño de la reina y de su jóven discípulo, le seria fácil salir de aquel aposento, justificar su presencia en la torre ante las personas á quienes podria encontrar, diciéndoles confidencialmente que habia sido introducido por la misma reina, y de este modo hacerse abrir la puerta anterior.

Lo demas le inquietaba poco; porque una vez al lado del conde d'Evreux, cuya fidelidad á su palabra era conocida de todo el mundo, no tenia nada que temer.

Pero pasó mucho tiempo.

Las luces no se apagaron, y la conversacion de los dos amantes, interrumpida de cuando en cuando, se reanimaba en seguida.

Por fin, despues de muchas horas, la sosegada y medida respiracion del page y de su real querida, anunciaron á Fernando que dormian, y aunque las luces no estaban apagadas, se resolvió á salir sin esperar mas.

Dejó sin hacer ruido su escondite, empuñó la espada, y andando con precaucion se dirigió hácia la puerta.

Ya iba à llegar á ella, cuando de repente despertó Isabel y dió un grito de espanto.

El page despertó á su vez, se lanzó fuera del lecho y corrió hácia el escudero, á quien detuvo presentándole la punta de su espada.

—No quiero hacer mal á nadie,—dijo con voz tranquila;—pero desgraciado de quien intente impedirme que salga yo de aquí.

Miéntras que esto pasaba, Isabel habia echado un manto sobre sus hombros. Tocó un resorte y se abrió una puerta secreta.

—Andrés!—esclamó con una espresion terrible.

Andrés era el centinela que habia colocado en aquel lugar, donde con cuatro hombres escogidos por él, velaban miéntras que Isabel permanecia en la torre.

No pudiendo Fernando lograr abrir la puerta cerca de la que habia llegado,

cayó sobre el page para obligarle á retroceder, y él se precipitó á la salida secreta.

Antes de que llegase á ella, aparecieron cinco hombres, armados de picas y de espadas, y le impidieron la salida.

—Ríndete, ó eres muerto!—le gritó Andrés.

—No, no,—dijo Isabel, que estaba detras de aquellos hombres,—es preciso que me le entregueis vivo.

—Y vivo le tendréis, señora.

A estas palabras, y miéntras que la impotente espada del escudero intentó desviar las picas dirigidas contra su pecho, Andrés se le echó por un lado, se lanzó sobre Fernando como un tigre sobre su presa, le echó en tierra y le desarmò.

En seguida le engarrotaron, y por órden de la reina fué llevado á una pieza vecina, miéntras que Andrés y dos de sus hombres registraban el aposento, para asegurarse de que aquel audaz intruso no tenia cómplices escondidos.

No tardaron en sacar de debajo de la cama el sangriento cadáver de Guillermo, el cual llevaron à la misma pieza en que todos se habian reunido, porque el page, miéntras la última parte de aquella escena, habia podido coger sus vestidos. y habiendo levantado la espada que habia quitado al escudero, se apresuró á reunirse con su bella querida.

—Ahora,—dijo la reina,—es preciso hacer pronta y recta justicia en este asesino, quien seguramente queria atentar contra la vida de nuestra persona.

—Señora y reina,—dijo Fernando que habia conservado toda su presencia de ànimo,—no soy, como lo creeis, asesino de profesion, y si hubiera yo querido haceros mal, en vez de despertaros, os hubiera hecho pasar fácilmente del sueño á la muerte, porque ya estaba yo en este aposento, cuando entràsteis en él con el gentil page Arnoldo.

—Y ahí es, condenado, donde matasteis á ese desgraciado?—preguntó Isabel, señalando con el dedo el cádaver de Guillermo.

—Señora, él y yo teniamos una querella que arreglar, para eso vine á este lugar, de donde habria salido hace mucho tiempo si hubiera hallado el paso libre.

—Escucha, maldito,—replicó la reina,—nada puede salvarte; pero puedes evitarte un mal suplicio, revelando toda la verdad.

Con una señal, Isabel mandó á Andrés que hiciera salir á aquellos hombres, y con otra señal invitó á Arnoldo à que les siguiera, y cuando se quedó sola con Andrés y con el escudero, añadió:

—Ahora, es preciso que escojas entre una muerte pronta y los mil tormentos que sufrirás de órden nuestra antes de morir; acaso hasta te perdonarèmos la vida, si nos parece que hay lugar para ello.

Como ya se ha visto, Fernando era valiente y resuelto, y no retrocedia delante de nada para lograr el fin que se habia propuesto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A pesar de la desesperada situacion en que se hallaba, de esplicar la causa de su presencia en el aposento de la reina, repitió, alargándola para hacerla mas verosímil, la historia fingida de su querella con Guillermo, la cual habian arreglado en aquel aposento.

—Mientes,—dijo Isabel despues de haberle escuchado.—Vamos, pues, á comenzar por hacerte tasajear los brazos y las piernas, y á verter en esas tajadas sal y vinagre, con el fin de volverte la memoria.

Apénas dijo esto, cuando Andrés desenvainó una espada de dos filos, y cogiendo con mano vigorosa al escudero agarrotado, le dió con su arma muchas heridas en los brazos y en los muslos.

La sangre brotó.

Fernando lanzó un grito terrible.

Luego, dirigiendo á la reina una mirada suplicante, le dijo:

—Señora, seguramente teneis el corazon demasiado tierno, para sufrir que ante vos se trate tan cruelmente á un escudero que nunca os ha querido mal.

—Habla, si no quieres sufrir!—esclamó Isabel, cuyas miradas chispeaban al aspecto de la sangre que corria sobre los miembros de Fernando.

—Y si hablo, me dejaréis la vida?

—Eso lo verémos luego.

El escudero comprendió que estaba perdido; pero al pensar en los nuevos dolores que se preparaban á hacerle padecer, se debilitó su resolucion.

Le dijo que no debia ninguna consideracion al conde que le habia lanzado en aquel infierno, y con una voz débil, refirió todo lo que habia pasado entre Luis y él, y como habia logrado introducirse en el aposento.

—Y ahora,—dijo terminando,—si me perdonais la vida, me hallaréis pronto á decir y á repetir la verdad donde sea preciso y á retar á quien me desmienta.

Esta promesa era importante para salvarle.

Habia penetrado demasiado profundamente los secretos de Isabel para que ella pudiera resolverse á dejarle vivir.

Esto hubiera sido suspender una espada sobre su cabeza, y en lo de adelante, el temor hubiera mezclado su amargura á los placeres de que tanta avidez tenia.

Dijo á Andrés algunas palabras en voz baja y desapareció.

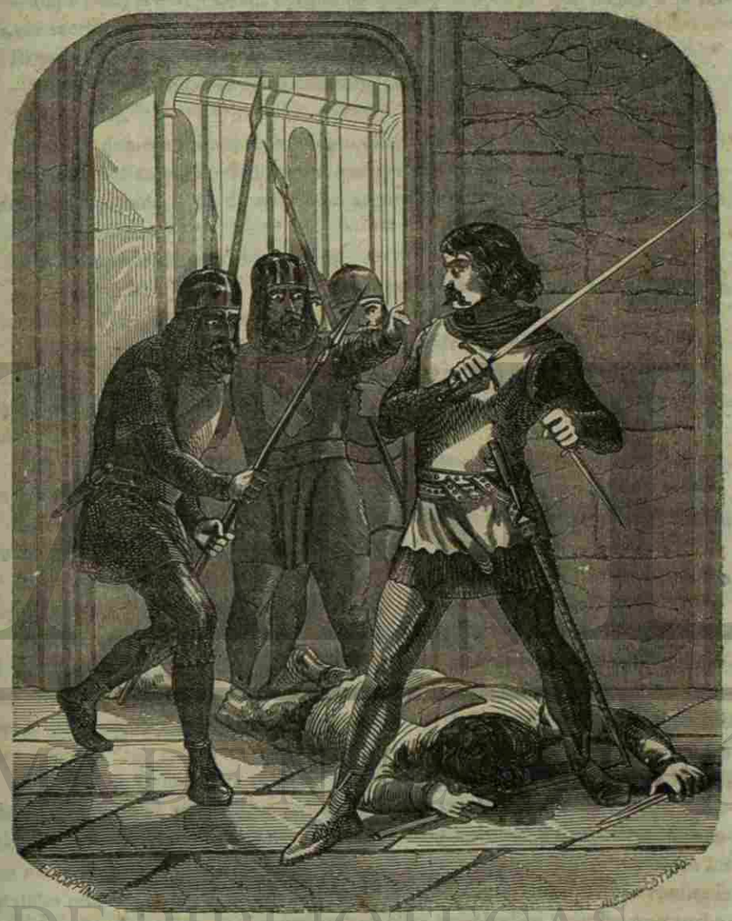
Casi al mismo instante, diez estocadas dadas por Andrés al escudero, le clavaron en el piso.

Despues de esta ejecucion, ese verdugo tan bien escogido pasó á la pieza donde estaban sus hombres y el jóven page.

Este habia querido irse miéntras que se decidia la suerte del escudero; pero los hombres de Andrés se opusieron á que lo hiciera, pretendiendo que nadie debia salir sino por órden espresa de la reina.

Animábase la discusion cuando apareció Andrés.

—Señor,—dijo éste á Arnoldo,—es lástima que os hayais encontrado en ese



negocio desagradable; pero la reina sabe que sois adicto á ella, y está segura de que dariais alegremente la vida por servirla.

—En eso me hace justicia,—respondió el page,—porque no tengo ni una gota de sangre que no le pertenezca.

—Pues bien, señor! Orad, porque ha llegado la hora en que hagais á la reina ese sacrificio.

El page palideció y retrocedió algunos pasos.

—Mientes!—le dijo,—la reina Isabel no puede querer mi vida.

Andrés calló.

Esperaba que ese primer movimiento diese paso á la resignacion.

Arnoldo, por su parte, se imaginó que era una prueba que queria hacerle sufrir su real querida, á fin de estar bien segura para el porvenir, de su discrecion, y de su cariño.

Bajo el imperio de esta idea replicó:

—Lo que quiera la reina yo lo quiero; pero si es fuerza que muera yo de su órden, que á lo ménos me la dé por su real boca.

—Eso no es posible, señor. Encomendad vuestra alma á Dios.

Arnoldo, ya espantado por el siniestro lenguage de su interlocutor, ya tranquilizado por el pensamiento de que no se trataba mas que de una prueba, se arrodilló y oró.

Cuando acabó de rezar, se levantaba haciendo la señal de la cruz, cuando cuatro picas le echaron muerto á los piés de Andrés.

No se hubiera dicho, que el alma de Margarita de Borgoña habia pasado toda entera en cuerpo á la muger de Cárlos VI?

La infame ya no debia detenerse mas en ese camino, y ese mismo dia debia inmolar una nueva víctima.

Muchas veces en la mañana, el conde d'Evreux ya habia enviado inútilmente á algunas de sus gentes en busca del escudero Fernando, cuando fué llamado por el duque de Berry para ponerse á la mesa; porque comer y cenar era siempre el gran negocio de aquel príncipe, quien ciertamente era el mas gastrónomo de su época.

El duque de Orleans era el tercer convidado à la mesa del duque de Berry, donde ningun gran señor debia sentarse ese dia, porque el anfitrion tenia intencion de prolongar los placeres del festin, haciendo aparecer à los postres, tocadores de arpas y bailarinas españolas, que entonces causaban la admiracion de los grandes señores, y cuyas posiciones y movimientos lascivos daban por resultado transformar en orgías los banquetes que ellas amenizaban y en los que acababan por tomar parte.

Al principio todo pasó segun el programa.

A la órden del amo aparecieron músicas y bailarinas.

Las arpas sonaban ya, y los bailes habian comenzado, cuando de repente se oyó un cierto ruido al que siguieron estas palabras repetidas cada vez mas cerca:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La reina!

El duque de Berry hizo callar las arpas y cesar las danzas, esperando que aquellos gritos no eran mas que una falsa alerta, y que acaso Isabel no pasaba cerca de allí, sino para ir á los pequeños aposentos, ó bien á la torre de Nesle, que era su residencia predilecta; pero apénas el ruido fué reemplazado por el silencio, cuando se abrió la puerta de la sala, y apareció en ella Isabel.

—Hermoso primo,—dijo al duque, quien se habia levantado precipitadamente,—da gusto venir á esta habitacion, de donde nunca es desterrada la alegría.

—Muy querida reina, muy felices seriamos si esta residencia os fuese siempre tan agradable.

—Y para eso, duque, no están de mas los brindes y las canciones.... No queréis darme un lugar en el banquete?

El duque de Berry se apresuró á conducirla á su mismo puesto, y él se sentó á su izquierda, de manera que Isabel se hallaba colocada entre él y el conde d'Evreux.

Volvieron á comenzar las danzas y la música, y la ecsaltacion de la reina superó á la de los otros convidados.

Su seno se agitaba con mucha rapidez, sus ojos lanzaban relámpagos, y á veces en el estremecimiento de su cuerpo, sus dedos crispados se aferraban en la mesa.

La lascivia de los bailes aumentaba.....

La música era mas rápida....

Los vinos mas esquisitos corrian á torrentes....

—Ah!—dijo la ardiente reina lanzando un ardiente suspiro,—me parece que es la primera vez que penetra el placer por todos mis poros!

Y se inclinó blandamente sobre el hombro del duque de Berry, miéntras que á una seña de éste, dos de las mas encantadoras bailarinas de ojos negros y aterciopelados, fueron á sentarse al lado del duque de Orleans y del conde d'Evreux.

Pero éste, ofendido de la preferencia que Isabel daba al duque, se desprendió desdeñosamente de los brazos de la bella española, é incapaz de tener en ese momento la menor retentiva, tomó la mano de la reina, y atrayéndola hácia sí, la dijo temblando mas de cólera que de amor:

—Hermosa amiga, no me miraréis mas para que acabe de embriagarme con el fuego de vuestros bellos ojos?

Isabel se levantó como un arco tendido, cuya cuerda se rompe.

—Conde,—le dijo,—no teneis enfrente nuestras buenas gracias; sino que solo os admitimos en la parte que queremos daros.

—Señora y reina,—respondió Luis,—hay derechos adquiridos que un hombre de mi nombre no se deja quitar fácilmente, y el conde d'Evreux no debe ser juguete de nadie, ni de la reina misma.

A su vez Isabel se enfureció.

—Dos veces, desde ayer,—esclamó,—nos habeis hecho sangrientos ultrages; pero queremos perdonaros en razon de vuestra mala cabeza. Bebed, pues, á la salud de la reina, y dadla las gracias.

Miéntras hablaba, una de sus manos se habia deslizado debajo de sus vestidos: la sacó para tomar su copa medio llena, encima de la cual estregó imperceptiblemente sus dedos, y la presentó á Luis.

Este se creyó triunfante.

Bebió á la salud de Isabel, y de un trago vació la copa que ella le habia presentado.

Pero, apénas la habia vaciado, cuando se escapó de su mano debilitada.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su pecho se agitó con esfuerzo, y luego su cabeza se inclinó gravemente hasta apoyarse en la mesa.

Los dos duques le creyeron ébrio.

—Hermoso primo,—le dijo el anfitrion,—bebeis mal; yo os creia mejor compañero de placer.

—Por Dios!—dijo el duque de Orleans,—si falta un monge no hay gusto en la abadía.

—Pues bien, duque!—esclamó Isabel, cuyo rostro por un instante sombrío acababa de recobrar su brillo,—y por esa frase obtendréis doble parte en vuestras buenas gracias. Venid, pues, á ocupar el puesto de ese desagradable convidado.

Los servidores tomaron al conde en su sillon, y le condujeron á la estremidad de la sala, y el duque de Orleans se apresuró á hacer uso de la lisonjera invitacion de la reina.

Lo que entónces pasó es indescriptible en el puro lenguaje de nuestros dias.

Un cronista escribió esta narracion en latin.

En cuanto á nosotros, creemos deber limitarnos á decir, que esa orgia fué mucho mas horrible que todo lo mas monstruoso que se hizo en ese género bajo la regencia, esa larga orgía que succedió á la santurronería de los últimos años del siglo XIV.

Pero las fuerzas humanas tienen límites, que no podrian retirar todas las escitaciones sobrenaturales.

Hácia la media noche, Isabel, jadeando, anonadada, se hizo conducir á la torre de Nesle, á fin de reposar algo allí.

Solo entónces fué cuando los duques de Orleans y de Berry pensaron en el duque d'Evreux á quien creían dormido.

El duque de Berry se acercó á él y le dijo:

—Hermoso primo, ya es demasiado reposo para tan poco trabajo. Abrid los ojos y volved á vuestra habitacion.

Viendo que Luis no respondia, el duque le tomó de la mano.

La tenia tiesa y helada.

Asustóse é intentó levantarle la cabeza, la cual cayó inmediatamente sobre el pecho del conde.

—Está muerto!—esclamó retrocediendo espantado.

Mandáronse llamar médicos, y estos declararon que la muerte del conde debió haber sido muchas horas ántes, y la atribuyeron á un ataque de apoplegía fulminante.

El duque de Orleans, que estaba ébrio, recobró repentinamente su salud de espíritu al oir esa declaracion.

Acababa de recordar que el desgraciado conde se habia desvanecido inmediatamente despues de haber vaciado la copa que le habia presentado la reina, y se acordaba del movimiento de dedos de la última, que habia notado.

Presentábasele la verdad.

Se convenció de que Luis habia sido envenenado; pero no dijo nada, y se retiró prometiéndose no olvidar ese acontecimiento.

La muerte del conde d'Evreux de aplopegía era bastante verosímil para que pudiera hacer sospechar algo.

Por otra parte, los cadáveres de Guillermo, de Fernando y de Arnoldo, habian sido echados al Sena, completamente desnudos y desfigurados, y esto era bastante para asegurar el reposo de aquella muger, quien con la conciencia cargada con tres asesinatos, y con el cuerpo anonadado por la orgía, dormia tranquilamente á fin de prepararse á nuevos desórdenes.

Como ya se ha visto, el duque de Berry era poco escrupuloso en todas estas cosas y particularmente en el amor.

Ya se habia resignado fácilmente á dividir los favores de Isabel, y muy poco le importaba que se hubiese entregado al duque de Orleans, con tal que estuviera bien con ella.

Por su parte el duque de Orleans era demasiado profundamente corrompido para buscar otra cosa en el amor, mas que el libertinage desenfrenado que solo podia despertar los sentidos, y aun cuando hubiera sido de otro modo, el recuerdo de la muerte del conde d'Evreux hubiera sido bastante para que se manifestase lleno de condescendencia á la voluntad y á la desaprobacion de la jóven reina.

Pronto, un acontecimiento estrechó mas los lazos que unian á la reina con el duque de Orleans.

Inmediatamente que se declaró la demencia de Cárlos VI, sus tios se apoderaron del poder.

Este acontecimiento no podia ménos que favorecer los desórdenes de Isabel; pero al mismo tiempo disminuía su poder, y las rivalidades de los príncipes impedian á menudo que se entregase al placer con el mismo abandono que ántes.

La reina resolvió hacer cambiar ese estado de cosas.

De fria y desdeñosa que se habia mostrado con el rey, desde que habia perdido la razon, se convirtió de repente en solícita, cuidadosa y atenta en agradarle.

Los cuidados que le prodigó no tardaron en ejercer la mas feliz influencia: pareció que se disipaban las tinieblas que envolvian la inteligencia del monarca, y recobró bastante razon para encargarse de los negocios del reino.

Entonces Isabel aumentó sus cuidados.

—Mi amado señor,—le dijo un dia,—seguramente llegaron hasta Dios mis oraciones por vuestro restablecimiento, puesto que os vuelve á mi amor. Las querellas de vuestros tios, me han afligido mucho durante todo el tiempo de vuestra enfermedad. Os suplicamos, señor, que no suceda lo mismo en el caso de que necesiteis de un absoluto reposo.

El rey comprendió perfectamente lo que le queria decir, porque, ¡cosa estraña! aun en los momentos de su demencia, tenia la conciencia de su estado, y aun asistia al consejo de regencia, donde daba pruebas de muy sábias miras; pero el menor incidente bastaba para que volviera á su estravío mental.

—Mi muy querida esposa,—respondió,—lo que decís es cierto y prudente, y puesto que dais tan buenos consejos, queremos saber vuestra opinion para escoger el regente, en caso en que Dios nos envíe una nueva afliccion.

Por un capricho inesplicable, quien al principio no se habia entregado al duque de Orleans mas que por una depravacion y por saciar los deseos carnales que la devoraban, despues se enamoró violenta y verdaderamente de ese príncipe, hasta el punto de que, si se lo hubiera ecsigido, le habria sacrificado todos sus demas amantes.

Dijo, pues, á Cárlos que de todos los príncipes de la sangre, ninguno le parecia mas capaz que el duque de Orleans, para gobernar bien y con prudencia.

—Vamos á hacer un edicto real en ese sentido; pero queremos mi muy querida reina, que seais regente con él, y que tengais un poder legal, de suerte que nada pueda hacerse sin que ambos estén de acuerdo.

Isabel habia pensado tambien en eso y la encantó que el rey tomara la iniciativa en ese punto.

El edicto fué dado y pocos dias despues, el rey volvió á caer en la mas completa demencia.

Desde ese momento, Isabel dividió su tiempo en dos partes, ambas consagradas al placer.

El palacio de Vincennes fué reputado como su residencia ordinaria, y en efecto, allí tenia su corte; pero aparecia frecuentemente en el hotel de Nesle, y en este último lugar era donde mas habitualmente conferenciaba con el duque de Orleans.

El duque de Berry era admitido á menudo en esas conferencias.

Desde entonces ya no fué mas que el confidente de la reina, y su amor á la paz y á la vida sensual, hizo que se conformara con este papel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hemos dicho mas arriba cuál habia sido la conducta del consejo de regencia durante la menor edad de Cárlos VI, y particularmente la del duque de Orleans, quien á mano armada saqueaba las cajas públicas, y se hacia cómplice de los monederos falsos.

A pesar de todo eso y aunque poseia bienes inmensos, este príncipe estaba continuamente sin dinero; tan grandes así eran sus prodigalidades.

Por su parte, Isabel, tenia muchos y costosos caprichos, y la necesidad en que se habia puesto de tener servidores adictos y discretos la obligaban á pagarles muy caro.

Isabel y el duque de Orleans, convertidos en dueños de la Francia, se ocuparon en establecer nuevos impuestos, aunque el pueblo estaba ya en la miseria, porque ademas de los impuestos ordinarios, habia aún otros *para la guerra, subsidios, gabelas, &c., &c.*, (1).

Pero no bastaba decretar impuestos, era preciso recogerlos, y era muy difícil hacer pagar á gentes á quienes se habia quitado todo, de modo que la reina y el duque estaban sin cesar buscando espedientes.

Un dia que estaban en consejo en casa del duque de Berry, quien habia sido llamado para dar su opinion sobre los medios de tomar ó procurarse dinero, habló de alterar las monedas, espediente desastroso de que se habia recurrido bajo los reinados anteriores.

Isabel acogió el proyecto; pero el duque de Orleans lo desechó.

—Ese recurso no puede ser sino débil y de corta duracion,—dijo;—porque despues, fuerza nos será recibir piezas de oro y de plata, al precio que las hayamos elevado, ó por todas partes tendrémos asonadas y sediciones, costando reprimirlas mas que lo que haya producido el espediente.

—Esa no es razon que debe detenernos,—repitió la reina,—porque no hay sedicion en el pueblo en que no se mezclen los ricos, y de esos podrémos tomar nuestros derechos porque tienen mucho que tomarles: lo que se necesita es hacer bien las cosas, para que esa sedicion valga un impuesto.

—Y, de cualquier modo que lo hagais,—observó el duque de Berry,—no sangraréis á las gentes sin hacerlas gritar.

—Y eso es lo que queremos,—repitió el regente.

—Ah! hermoso amigo,—esclamó Isabel,—os besaré los dos ojos si haceis tan buen trabajo.

—Esa es deuda que mi querida amiga puede pagarme de antemano, porque la cosa es de las mas fáciles, segun lo vais á ver.

Pues bien, en ese momento habia en las prisiones del Châtelet un monedero falso que parecia no poder escapar de la horca.

(1) Felibien, *Historia de la ciudad de Paris.*

Era un antiguo *hermano del Hôtel del Louvre*, segun se llamaba entonces á los monederos porque entonces la moneda se hacia en el Louvre.

El monedero falso de quien hablamos se llamaba Papelon.

Jóven, inteligente, audaz, habia adquirido grandes conocimientos en metalurgia, y se habia servido de ellos para hacer una grande y rápida fortuna, trabajando por su cuenta en la fabricacion de toda clase de moneda, en la que el oro y la plata no entraban sino en muy pequeña cantidad, y las que sin embargo tenian el peso requerido, gracias á una liga cuyo secreto él solo conocia.

Papelon, desgraciadamente para él, era uno de los hombres insaciables que nunca saben detenerse á tiempo.

A medida que se habia enriquecido, habia estendido sus relaciones, y héchose gefe de una banda numerosa quo obraba en muchos puntos del reino, y tambien en el estrangero, lo cual le obligaba á hacer largos é incesantes viages; porque no queriendo confiar su secreto á nadie, era preciso que asistiera á la fundicion de la materia en los diversos talleres interiores que habia establecido.

Muchas veces habian sido cogidos hombres de su banda, y habian hecho revelaciones que habian permitido á la autoridad, apoderarse de algunos de esos talleres clandestinos, y eso no habia impedido á Papelon que continuase sus operaciones.

Por último fué sorprendido en flagrante delito, y á pesar de su resistencia desesperada que habia costado la vida á dos de los agentes encargados de arrestarle, se logró aprehenderle y llevarle al pequeño Châtelet, de donde no podia esperar salir sino para la horca.

Este era el hombre á quien el duque de Orléans tenia la pingüe idea de encargar que abasteciera de nuevo los cofres reales.

Mandó, pues, que le llevasen inmediatamente á su presencia, no queriendo, decia, hacer un misterio de los detalles de su empresa, ni á su amiga la reina, ni á su tio de Berry.

Grande fué la sorpresa de Papelon, cuando le sacaron de la prision sin haberle leido su sentencia; pero fué mucho mas grande aún cuando se vió en el hotel de Nesle, en presencia ee la reina y de los dos duques, á quienes conocia perfectamente, habiéndoles visto muchas veces en el Louvre donde habia trabajado.

Isabel le dirigió una mirada escrutadora que le fué favorable, porque era un hermoso mancebo de veintiocho años cuando mas; unos ojos vivos y bien rasgados, hacian dulce el aspecto de su rostro, ligeramente moreno; sus facciones eran regulares y bien acentuadas, y su cabeza bien colocada sobre sus anchos hombros, todo lo cual debia impresionar á una muger del humor de la hermosa reina.

—Hola, maese ladron,—le dijo el duque,—queremos saber de tí qué sumas de piezas falsas han pasado de tus manos á las escarcelas de los súbditos del rey, y aun á los cofres del Estado.

—Monseñor,—respondió Papelon sin manifsstar temor,—no he tenido tiempo

ni voluntad de llevar el registro, porque no creí que fuese cosa que os agradara, pero me parece que el todo puede subir á cien mil escudos de oro, y á trescientas mil libras en plata.

—Cà»pita!—esclamó el duque de Berry,—mi gobierno del Langüedoc, no me valió en diez años esa suma.

—En efecto, es un objeto precioso,—dijo el regente, que sabia algo por esperiencia; y que le llevaria léjos si no encontrase quien le cortase la cuerda en el camino.

—Es un castigo muy duro,—dijo Isabel que se sentia dispuesta á perdonar mucho á ese gran culpable, y en el que debian pensar mejor los monederos falsos.

—Oh! señora y reina,—replicó Papelon,—el señor duque sabe bien que no á todos se les ahorca.

Isabel soltó una ruidosa carcajada.

—Bueno,—dijo en voz baja el duque de Berry,—el bribon tiene agudeza; no le faltaba mas que eso para ser enteramente el asociado del hermoso amigo.

—Siempre es cierto, caza del diablo, que las gentes como tú, no sirven mas que para eso.

—Y para otra cosa mas, si os parece, monseñor, sin lo cual, no tendria hoy la felicidad de estar en presencia de tan nobles personas.

En efecto, el atrevido pícaro habia comprendido que no le habrian llevado á ese lugar tan alto, si no se quisiera obtener de él alguna cosa.

—Vamos,—dijo Isabel,—será preciso dejar la vida á este mancebo, con tal que prometa abstenerse de nuevas maldades.

—No os disgusteis, mi muy querida amiga; pero precisamente queremos pedirle todo lo contrario.....Veamos, perverso, nos prometes servirnos como gustemos, si te concedemos la vida?

—Monseñor, mi mayor deseo es agradaros.

—Dime, habiendo puesto en circulacion una suma tan gruesa, estando bajo el poder de la justicia, cuánto tiempo necesitas para emitir una suma doble y de la misma ley, sin que tengas que temer ni ugieres, ni sargentos, ni verdugos?

—Si me ayudais, monseñor, es cosa que haré en ménos de la mitad del año.

—Harémos lo que convenga, y desde hoy, vamos á establecerte en nuestro hotel de las Torrecillas, donde no tenemos mas que pocos muebles y ninguna gente.

—Y seguramente me daréis, monseñor, un salario conveniente, porque tendré que pagar á quien me ayude, y tambien es preciso que inmediatamente vuelva yo á vivir como hombre de bien.

—Mala muerte te ahorque, ladron, que de diablo te quieres hacer ermitaño á costa nuestra. Vamos, villano, proveeremos à todo, como estemos contentos de tu oficio.

Por increible que esto parezca, nada es mas esacto, y podriamos citar buen número de autoridades que confirman esos hechos.



Los principales historiadores están de acuerdo en presentar al duque de Orléans, durante la demencia de Cárlos VI, como un ladron de caminos reales, y como el mas famoso cómplice de los monederos falsos de aquella época, y sobre esto las crónicas estàn llenas de detalles.

El hotel de las Torrecillas de que acabamos de hablar, estaba situado en la calle de San Antonio, en frente del hotel de San Pol ó S. Pablo, sobre el sitio ocupado hoy en parte por la plaza real.

Pedro d'Orgemont, canciller de Francia, lo habia hecho edificar en 1390.

Pedro d'Orgemont, su hijo, obispo de Paris, lo vendió, el 16 de Mayo de 1402, al duque de Berry, hermano de Cárlos V y propietario del hotel de Nesle, por la suma de catorce mil escudos de oro.

El duque de Berry, dejó inhabitado el hotel de las Torrecillas, y poco tiempo despues, lo cedió al duque de Orlèans, quien lo vendió al rey, en 1417.

En ese hotel fué, pues, donde el duque instaló al monedero falso Papelon y á sus ayudantes.

Todos los dias se les llevaban abundantes provisiones de boca, porque el duque les habia prohibido, bajo pena de muerte, salir sin un permiso espreso de su parte.

Las cosas fueron á satisfaccion del triunvirato gobernante.

En ménos de cuatro meses, la Francia y una parte de la Alemania estuvieron inundadas de moneda falsa.

Los receptores y perceptores, á quienes se habia tenido cuidado de enseñar el medio de conocer esa moneda, no la recibian, de suerte que à menos de Isabel y de los dos duques, llegaban sumas enormes, sin gravámen del tesoro.

Nunca, como en esa época tuvo mas esplendor el hotel de Nesle; nunca como entónces, se prodigaron tan rápidamente en él, tanto la plata como el oro.

Los desórdenes de Isabel habian alcanzado fabulosas proporciones; pasaba los dias en el palacio de Vincennes, y las noches en la torre de Nesle.

Con todo, algunas veces pasaba muchos dias y muchas noches, sin salir de ese último lugar, donde el duque de Orléans se mostraba su digno émulo.

Lo mismo que Margarita de Borgoña, esta nueva Mesalina, atraia, ó hacia llevar á viva fuerza à los estudiantes, á los jóvenes señores, quienes no entraban en aquel lugar y no salian de él sino con los ojos vendados.

El duque hacia lo mismo con las jóvenes que tenian la desgracia de agradar á sus ojos.

Todos se reunian, y lo que entonces pasaba no podria describirlo ninguna pluma.

Es verdad que esos dos infames no habian llegado aún á asesinar cuotidianamente á los desgraciados instrumentos de sus horribles placeres; pero salvo eso, la reina de Navarra era mucho inferior á ellos.

Tal era el estado de cosas, cuando un concierto de maldiciones y de imprecaciones se elevó de todos los puntos del reino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pueblo, de quien los agentes de hacienda rehusaban implacablemente recibir la moneda fabricada en el hotel de las Torrecillas y arrojada profusamente en el comercio, habia en fin, aprendido á reconocer las piezas de esa fábrica.

Pronto corrió la voz de que, puesto que solo los cofres de los arrendadores de rentas públicas se habian librado de ese desastre, y que la justicia no habia aprehendido á los culpables, era porque el golpe habia salido de la corte, caverna siempre abierta que se tragaba incesantemente los sudores de la multitud y los ahorros de las clases acomodadas.

De las quejas, pasaron pronto à las amenazas, y estallaron revueltas parciales.

El duque de Orléans se vió forzado á renunciar, si no para siempre, á lo ménos por algun tiempo al honrado oficio que habia ejercido durante cuatro meses.

Envió á Papelon la órden de abandonar la empresa, de poner la herramienta en las cuevas y de cerrar el hotel.

Pero eso no tenia cuenta á Papelon, quien no habia recibido en moneda de buena ley, mas que una remuneracion insuficiente para satisfacer las ecsigencias de sus ayudantes y para ser hombre acomodado.

Papelon estaba furioso; juró que tomaria razon de ese proceder, y sucediera le que sucediera, haria lo que nadie se habia resuelto á hacer.

Un dia que el triunvirato deliberaba en el mismo gabinete del duque de Berry, donde el monedero falso habia sido llevado al salir de la prision, fué un ugier á decir al duque de Orléans, que un señor muy ricamente vestido, que rehusaba decir su nombre, queria hablarle inmediatamente, porque el asunto que tenia que comunicarle, era de la mas grande importancia para el Estado.

El príncipe iba á responder, cuando entró el desconocido, quien habia empujado á los guardias como si hubiesen sido juguetes de niño, y se adelantó orgullosamente con la mano en el pomo de su espada.

Grande fué la sorpresa de la reina y de los duques, cuando reconocieron á Papelon en el pretendido señor.

—Maldito ladron!—esclamó el regente,—te atreves á presentarte ante nosotros sin nuestro permiso?

—Monseñor,—respondió el pícaro atrevido,—como ciertamente me habriais rehusado este permiso, no me quedó mas medio.

—Es mucho atrevimiento,—dijo la reina;—pero perdonarémos á este malvado, si trae buenas noticias.

Isabel estaba aún mas vivamente impresionada que la primera vez, de la buena cara de aquel hombre, quien con el fino trage que se habia proporcionado, tenia todo el aire de un gran señor; de ahí es que su voz era tan afectuosa, como la del duque habia sido ruda y amenazadora.

—Mi bien amada amiga,—replicó el regente,—opinamos que este hijo del diablo siente no haber sido ahorcado, y viene á pedir que se le haga esta justicia.

—Habeis dicho bien, monseñor,—repitió el antiguo hermano del hotel del Louvre,—y no tengo otra cosa que pedir mas que justicia, y es malo hablar de horca á un servidor leal.

—Perro maldito! Ahora mismo vas á espirar bajo el baston.

—Ni bajo el uno ni bajo el otro, monseñor; porque si no salgo de aquí libre y ágil, como entré, monseñor el condestable d'Armagnac, no dejará de entrar incontinenti y bien acompañado al hotel de las Torrecillas, donde capturará ciertas cosas que parecerian poco edificantes al rey, quien por fortuna goza hoy de salud.

Casi se espantó Isabel al oir estas palabras, porque el conde de quien hablaba Papelon era su enemigo declarado; vivia al lado del desgraciado Cárlos VI, quien tenia por él tal afeccion, que no podia sin pena separarse de él ni un instante, y que, en sus momentos de lucidez, le investia siempre de una gran autoridad.

—Mirad un villano mal aconsejado!—esclamó.

—Señora y reina, respetuosamente os requiero y suplico que me juzgueis.

Isabel se aplacó súbitamente, porque sus miradas se acababan de encontrar con las de aquel pícaro atrevido, y sentia que se reavivaba el ardor de sus sentidos, aplacado por los desórdenes de la víspera.

A una señal continuó Papelon.

—Perdonándome la vida, monseñor el duque de Orléans, me prometió que me seria dulce, mediante mi completa discrecion y mi sumision á su voluntad. En nada he infringido dicha voluntad, y hé aquí que sin causa vivo en la ciudad de Paris, olvidándose monseñor, de su servidor....Señora y reina, os pido gracia y merced, y si me condenais, lo tendré por bueno y justo, é iré á la horca con la alegria en el corazon, si me envia á ella una dama tan noble como bella.

Al decir esto, Papelon cayó de rodillas ante Isabel.

Esto era mas de lo que se necesitaba para encender la pólvora.

Isabel apénas se contenia.

—Cuñado,—dijo volviéndose al regente,—Nos hemos sido testigos de las promesas hechas à este buen servidor, y si no las cumplis, queremos suplicaros para que se haga justicia.

—Ah! mal ladron,—dijo el duque, forzado á poner buena cara cuando perdia el juego,—seguramente eres pariente del que envió Dios al Paraiso. Por esta causa te perdonamos, y te otorgamos mil escudos de oro, que te dará hoy nuestro tesorero.

En esto, el duque de Orléans no derogaba sus costumbres, y se mostraba sucesivamente rapaz y pródigo segun las circunstancias y el estado de sus recursos.

Papelon, ántes de levantarse, apoyó sus lábios ardientes en la mano que le tendió Isabel; y salió sin apresurarse, y con toda la gracia de un gran señor de buena fortuna.

Algunos instantes despues, Isabel partió para volver á Vincennes; é hizo bien,

porque el rey, quien, como dijo Papelon, estaba en uno de sus dias lúcidos, llegó algunos instantes despues que ella.

Obedeciendo à la influencia del condestable, que lo acompañaba, se manifestó regañon, descontento de todo, y preguntó con dureza á la reina lo que sucedia en la torre de Nesle.

—Querido señor,—respondió Isabel,—en ese lugar no se cuida mas que de la gloria de vuestro nombre y no consentiria yo en otra cosa.

—Es que, señora,—dijo Cárlos,—se nos ha asegurado que se dicen cosas estrañas en nuestra capital, respecto de hechos y acciones de nuestro hermano y tio los duques de Orléans y de Berry, y á ningun precio querriamos que vuestro honor fuese ultrajado por semejantes rumores injuriosos.

La reina quiso replicar; pero ya aquella pobre inteligencia habia vuelto á las tinieblas, é Isabel se vió libre de esa alarma de un momento, de la que su primer pensamiento fué buscar una compensacion.

Al dia siguiente, Papelon, lleno de alegría por su triunfo, porque le habian sido entregados los mil escudos de oro, se disponia à salir de la capital, de miedo de que su fortuna no se fundiese demasiado pronto en el fuego del sol de sus poderosos protectores, y corria por todo Paris para hacer algunas compras, cuando á la vuelta de una calle se le acercó un hombre, y sin preámbulo ninguno le dijo:

—Señor, si sois hombre de corazon como lo habeis manifestado serlo en circunstancias recientes, tendréis esta noche una aventura maravillosa.

—Por el diablo!—dijo Papelon, envanecido con su nueva fortuna,—por ahora no estoy por ninguna aventura.

—Hareis lo que gusteis, señor,—respondió el desconocido;—pero siempre os diré, que si quereis, á la hora de la queda, dejaros conducir à un lindo lugar, hallaréis en él á la dama mas gentil del reino, quien por fortuna tiene muchos deseos de distraeros.

Apénas fueron dichas estas palabras, cuando la verdad apareció á los ojos de Papelon; pero tambien desapareció como un relámpago; es decir, que el audaz aventurero se acordó de repente del dulce estremecimiento de la mano de Isabel cuando la habia llevado á sus lábios, y que, casi inmediatamente, rechazó esta idea como muy estravagante.

—Y quién me conducirá á ese lugar?—preguntó.

—Yo, si os parece, señor; si aceptais, no os cuideis de lo demas; porque siempre os parecerá que salís demasiado pronto del paraiso donde queremos llevaros.

—Todavía mas!—dijo el ex-hermano del hotel del Louvre.—Decidnos dónde os hallarémos?

—En el prado de los Estudiantes, si no temeis ir allí à esa hora.

—No temo à nadie, señor, y lo haré ver si se ofrece.

El desconocido no dijo mas, y en la misma noche, Papelon, que no era hombre de dejar pendiente un negocio de ese género, le volvia á ver en el prado de los Estudiantes.

Segun hemos dicho, Isabel hacia tiempo que se habia quitado la máscara ante sus dos cómplices los duques de Orléans y de Berry, y era la feudataria de la torre de Nesle, convertida en teatro de sus espantosos desórdenes.

Allí, à pesar de todo su poder, el mismo duque de Orléans no era recibido sino cuando placia á la reina, lo que, como hemos dicho, sucedia frecuentemente, porque esos dos personages tenian los mismos gustos, la misma depravacion.

Con todo, el duque no sufria á Isabel todos sus antojos, sino porque eran de poca duracion, y porque casi siempre él era su confidente y su cómplice.

Pero le importaba mucho que esa muger no pasase de ahí, que no contragese ninguna relacion séria, porque eso podria perjudicar al poder que dividia con ella.

Habia sorprendido las miradas cambiadas entre ella y el monedero falso; habia visto el estremecimiento de Isabel, y como supiese lo que eso significaba, se habia alarmado, porque no le parecia que Papelon fuese uno de esos juguetes ordinarios que se arrojan al suelo y se rompen despues de haberse divertido con ellos un instante.

Habia, pues, hecho espiar à aquel hombre, resuelto á hacerle desaparecer, en caso de que el capricho de la reina tuviese las consecuencias que temia.

Papelon era capaz de todo, ménos de faltar á su palabra, y no dejó de acudir á la cita á la hora señalada.

—Seguidme, señor,—dijo el último, y no temais tener que hacer un largo tránsito.

Los dos llegaron á la orilla del Sena, donde les esperaba un batel, el que, en cuanto entraron, se dirigió à la torre de Nesle.

Papelon estaba violentamente conmovido, porque le habia vuelto el pensamiento que ántes habia desechado, y el camino que seguia le fortificaba en él mas y mas.

Por resuelto que estuviese, la idea de ser el amante de una bella y poderosa reina, le turbaba, y sin perder nada de su energía, era presa de una ansiedad que hasta entonces le habia sido desconocida.

Llegaron á la puerta del agua.

Papelon fué introducido en aquel lugar maldito, como desde hacia un siglo habian sido introducidos tantos otros; y bien pronto, en el aposento donde le dejaron solo, apareció Isabel.

Lo demas se adivina.

Pero todo eso no se habia hecho sin que el duque de Orléans no lo supiese.

Sus temores se habian acrecentado, y eran demasiado fundados; porque por una estrañeza singular, la reina se habia enamorado realmente del monedero falso.

Y esto no era un capricho, sino una pasion profunda y verdadera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un poco ántes de amanecer, salió Papelon de la torre, despues de haberse empeñado en volver à la misma hora que la víspera.

Desde entonces cesaron las orgías: aunque el duque de Orléans era el amante titulado, no pudo sino muy rara vez, usar de los derechos que le concedia esa validez.

—Mi muy querida amiga,—dijo un dia á Isabel,—sabeis que no soy hombre que turbo vuestros placeres; pero no puedo resolverme á perder vuestro afecto y á veros tan apegada á un miserable. Os ruego que volvais à vuestras alegres costumbres, y volveré à ser para esto el ministro de vuestras voluntades.

Esto desagradó mucho á la reina; porque Papelon, en vez de perder terreno, lo adquiria cada dia.

Isabel le habia hecho uno de sus escuderos, y casi nunca se separaba de ella.

—Duque,—respondió al regente,—no son negocios de Estado en lo que tenemos que entendernos. Haced en ese punto lo que querais, y no os molestaré, como no quiero ser molestada.

—Querida reina, no quereis pensar en la bajeza de ese hombre?

—Y no tenemos poder para elevarle? Con todo, no lo harémos sino con medida, para no alarmaros, y á fin de que continuemos siendo buenos amigos, no teniendo que perder ni uno ni el otro.

Estas palabras no eran bastantes para satisfacer al regente.

No insistió, conociendo que no ganaria nada; pero no por eso abandonó su resolucion de acabar con esas relaciones, cuyas consecuencias le parecian mas y mas terribles.

Una mañana, Papelon, quien acababa de separarse de la reina, bajaba la escalera de la torre con el fin de salir, segun su costumbre, por la puerta del agua, y tomar por los edificios nuevos llamados *Residencia de Nesle*, donde tenia su alojamiento, sin verse obligado à atravesar el hotel.

Cuando llegó á la sala baja, dos hombres que parecian esperarle al paso, cayeron sobre él con pica en mano.

Apénas tuvo tiempo de hacerse á un lado y de sacar su espada para detener los primeros golpes.

—Atrás, asesinos!—esclamó, porque si me obligais à pedir ausilio, os perdereis sin remedio!

Aun no habia acabado de hablar, cuando un violento golpe de pica atravesó sus vestidos desviándose por sus costillas.

Papelon asiò el cabo de la arma, y con un golpe de su espada derribó al hombre que la tenia.

Pudiendo entonces medirse con armas iguales con su adversario, cargó vigorosamente, y con un golpe mortal le envió á caer al dintel de la puerta, en el momento en que se abria para dar paso á otros dos asesinos armados como los primeros.

Sin darles tiempo de entrar, el intrépido escudero se precipitò sobre ellos á fin

de no tener mas que uno con quien combatir de frente, y despues de haber derribado á los dos, se lanzó hácia la puerta del agua, y saltó en la barca que le esperaba.

Papelon se habia salvado; pero este acontecimiento le reveló que tenia un enemigo poderoso.

Quiso conocerle, y algunas horas despues, referia á la reina lo que habia sucedido, declarándole que, si se quedaba impune el que habia hecho atentar contra su vida, saldria inmediatamente del reino.

Miéntras que el escudero hablaba, los ojos de Isabel chispeaban de furor.

—Quédate y no te espantes mas,—le dijo;—porque si no tienes una pronta satisfaccion de seguro que la tendrás completa.

Isabel adivinó fàcilmente de donde venia el golpe, y desde entonces resolvió la pérdida del duque de Orléans.

X.

Rivalidad de los duques de Orléans y de Borgoña.—Intervencion del duque de Berry.—Entrevistas secretas de Isabel de Baviera y del duque de Borgoña en la torre de Nesle.—La comunion y el festin.—Asesinato del duque de Orléans.—Papelon y sus cómplices.

Ante todo, digamos qué clase de hombre era Juan-sin-Miedo, duque de Borgoña, de quien vamos à ocuparnos largamente.

"Juan-sin-Miedo, dice Michelet, (*compendio de la historia de Francia*), tenia mas ambicion que el duque de Orléans.

"Se creía mas poderoso aún que su padre muerto en 1404.

"Uno de sus hermanos era duque de Limburgo y de Bravante, el otro conde de Nevers.

"De sus tres hermanos, la princesa estaba casada con el hijo del conde de Hainaut, la segunda con Federico de Austria, y la tercera con el duque de Saboya.

"Todo este poder le animaba para cometer la mas grande empresa que hubiese entónces, la que inmortalizó al gran Guisa; recobrar Calais del poder de la Inglaterra. La espedicion, por falta de dinero, salió mal en 1406.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un poco ántes de amanecer, salió Papelon de la torre, despues de haberse empeñado en volver à la misma hora que la víspera.

Desde entonces cesaron las orgías: aunque el duque de Orléans era el amante titulado, no pudo sino muy rara vez, usar de los derechos que le concedia esa validez.

—Mi muy querida amiga,—dijo un dia á Isabel,—sabeis que no soy hombre que turbo vuestros placeres; pero no puedo resolverme á perder vuestro afecto y á veros tan apegada á un miserable. Os ruego que volvais à vuestras alegres costumbres, y volveré à ser para esto el ministro de vuestras voluntades.

Esto desagradó mucho á la reina; porque Papelon, en vez de perder terreno, lo adquiria cada dia.

Isabel le habia hecho uno de sus escuderos, y casi nunca se separaba de ella.

—Duque,—respondió al regente,—no son negocios de Estado en lo que tenemos que entendernos. Haced en ese punto lo que querais, y no os molestaré, como no quiero ser molestada.

—Querida reina, no quereis pensar en la bajeza de ese hombre?

—Y no tenemos poder para elevarle? Con todo, no lo harémos sino con medida, para no alarmaros, y á fin de que continuemos siendo buenos amigos, no teniendo que perder ni uno ni el otro.

Estas palabras no eran bastantes para satisfacer al regente.

No insistió, conociendo que no ganaria nada; pero no por eso abandonó su resolucion de acabar con esas relaciones, cuyas consecuencias le parecian mas y mas terribles.

Una mañana, Papelon, quien acababa de separarse de la reina, bajaba la escalera de la torre con el fin de salir, segun su costumbre, por la puerta del agua, y tomar por los edificios nuevos llamados *Residencia de Nesle*, donde tenia su alojamiento, sin verse obligado à atravesar el hotel.

Cuando llegó á la sala baja, dos hombres que parecian esperarle al paso, cayeron sobre él con pica en mano.

Apénas tuvo tiempo de hacerse á un lado y de sacar su espada para detener los primeros golpes.

—Atrás, asesinos!—esclamó, porque si me obligais à pedir ausilio, os perdereis sin remedio!

Aun no habia acabado de hablar, cuando un violento golpe de pica atravesó sus vestidos desviándose por sus costillas.

Papelon asiò el cabo de la arma, y con un golpe de su espada derribó al hombre que la tenia.

Pudiendo entonces medirse con armas iguales con su adversario, cargó vigorosamente, y con un golpe mortal le envió á caer al dintel de la puerta, en el momento en que se abria para dar paso á otros dos asesinos armados como los primeros.

Sin darles tiempo de entrar, el intrépido escudero se precipitò sobre ellos á fin

de no tener mas que uno con quien combatir de frente, y despues de haber derribado á los dos, se lanzó hácia la puerta del agua, y saltó en la barca que le esperaba.

Papelon se habia salvado; pero este acontecimiento le reveló que tenia un enemigo poderoso.

Quiso conocerle, y algunas horas despues, referia á la reina lo que habia sucedido, declarándole que, si se quedaba impune el que habia hecho atentar contra su vida, saldria inmediatamente del reino.

Miéntras que el escudero hablaba, los ojos de Isabel chispeaban de furor.

—Quédate y no te espantes mas,—le dijo;—porque si no tienes una pronta satisfaccion de seguro que la tendrás completa.

Isabel adivinó fàcilmente de donde venia el golpe, y desde entonces resolvió la pérdida del duque de Orléans.

X.

Rivalidad de los duques de Orléans y de Borgoña.—Intervencion del duque de Berry.—Entrevistas secretas de Isabel de Baviera y del duque de Borgoña en la torre de Nesle.—La comunion y el festin.—Asesinato del duque de Orléans.—Papelon y sus cómplices.

Ante todo, digamos qué clase de hombre era Juan-sin-Miedo, duque de Borgoña, de quien vamos à ocuparnos largamente.

"Juan-sin-Miedo, dice Michelet, (*compendio de la historia de Francia*), tenia mas ambicion que el duque de Orléans.

"Se creía mas poderoso aún que su padre muerto en 1404.

"Uno de sus hermanos era duque de Limburgo y de Bravante, el otro conde de Nevers.

"De sus tres hermanos, la princesa estaba casada con el hijo del conde de Hainaut, la segunda con Federico de Austria, y la tercera con el duque de Saboya.

"Todo este poder le animaba para cometer la mas grande empresa que hubiese entónces, la que inmortalizó al gran Guisa; recobrar Calais del poder de la Inglaterra. La espedicion, por falta de dinero, salió mal en 1406.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Juan volvió á Paris, con la vergüenza y con la rabia en el corazon.

"En Paris halló à su rival el duque de Orléans, quien se envanecia de haber obtenido las gracias de la duquesa de Borgoña.

"Entonces Juan resolvió su muerte.

"Una noche que volvia de casa de la reina donde habia cenado, en la esquina de la calle Vieja del Temple, unos hombres armados cayeron sobre él y le hicieron pedazos (1047)."

Dificil seria hacer un compendio mas rápido, y á la vez mas completo de los acontecimientos de aquel tiempo; pero tambien valen algo los detalles que no pueden darse en ese compendio.

Por desgracia, esos detalles es preciso buscarlos en las crónicas, y esto es tanto mas laborioso, cuanto que en esas crónicas estàn casi siempre juntos los errores con las verdades.

Este caos es el que aquí nos proponemos desembrollar.

El duque de Borgoña habia vuelto á Paris, pocos dias ántes de la tentativa de asesinato de que escapó Papelon.

Puede que entonces el duque de Orléans se haya alabado de haber obtenido los favores de la muger de Juan-sin-Miedo; pero parece cierto que el rumor de esa intimidad se propagó por el cuidado de la reina Isabel, quien de repente se habia aficionado al duque de Borgoña, por quien hasta entonces habia sentido una indiferencia que se parecia mucho à la enemistad, con el objeto de sacudir el ascendiente que sobre ella tenia el duque de Orléans.

Sea de esto lo que fuere, esos rumores falsos ó verdaderos, envenenaron considerablemente la querella de esos príncipes rivales, quienes hacia mucho tiempo que se disputaban el poder.

Mas de una vez, el duque de Berry, hombre de placer ante todo, habia logrado que se reconciliaran aparentemente; pero esas reconciliaciones duraban siempre muy poco, gracias á Isabel, quien habia concedido á Juan-sin-Miedo, la entrada en la torre de Nesle, y quien sin querer romper abiertamente con el duque de Orleans, habia resuelto desembarazarse de él á todo trance.

La última de esas aparentes reconciliaciones se hizo de la manera mas solemne.

El duque de Berry habia tenido en su casa á los dos rivales y los habia tratado espléndidamente, segun su costumbre, y al fin de un largo festin, gracias á la elocuencia del anfitrion y à la espansion causada por sus escelentes vinos, los dos rivales se habian abrazado con una efusion enteramente fraternal.

Al dia siguiente comulgaron juntos en la iglesia de los Mayores-Agustinos y se dividieron la misma hostia.

El duque de Berry, que asistia á esa piadosa ceremonia, les volvió à llevar al hotel de Nesle, donde queria tratarles mas magníficamente aún que la víspera; pero, atravesando el jardin, Juan-sin-Miedo vió á Isabel en uno de sus balcones, y no bastó mas que una mirada de esa muger, para volver á encender su cólera y reavivar la sed de venganza que hacia tiempo le atormentaba.

En el momento de sentarse al banquete, su rostro se puso lívido, sus puños se crisparon, y poco faltó para que estallase.

Pero el duque de Berry, á quien no se escapó el movimiento, le dijo palabras tan afectuosas, que le obligó à contenerse para no turbar los placeres de este príncipe que le era tan benévolo.

En la misma noche, la reina recibió à Juan-sin-Miedo en su retrete favorito.

Qué pasó en esta entrevista?

Nadie podrá decirlo.

Con todo, parece cierto que se concluyó un convenio secreto, porque desde que Juan salió, la reina anunció que no volveria á Vincennes, de donde habia salido aquella misma mañana, y que iria á pasar algunos dias en el hotel de Barbette que le pertenecia, y que estaba situado en la calle Vieja del Temple.

Al mismo tiempo dió órden à Papelon de que fuera al dia siguiente á ver al duque de Borgoña, y de obedecer á este en todo lo que le mandara, diciéndole que si hacia esto, obraba por su propio interes.

Todo pasó como ella queria, y al dia sigiente, mientras que iba á instalarse al hotel de Barbette, el escudero iba al hotel de San Pablo donde estaba Juan-sin-Miedo, quien le acogió favorablemente, y como á un hombre cuya visita esperaba.

—Amigo,—le dijo el duque,—sé que sois hombre de valor y muy fiel; por esto queremos daros como teniente al capitan Raoul d'Ocquetonville, gentil-hombre normando, encargado de una espedicion para la que se necesitan hombres de vuestro temple.

En efecto, ese Raoul d'Ocquetonville era una de las almas condenadas de Juan-sin-Miedo, uno de esos hombres que no temen ni á Dios ni al diablo, y capaces de poner todo un reino á fuego y sangre, con tal de hacer un buen botin.

Aunque no conocia à Papelon, le recibió como á un antiguo conocido.

—Me alegro de tener tan buen compañero,—le dijo,—y quiero regocijarme llevandoos à la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, donde platicarémos entre jarras y cubiletes.

Papelon no se hizo de rogar; y algunos instantes despues, los dos estaban en la hostería, bebiendo y hablando misteriosamente.

Al cabo de una hora, los dos hombres se separaron, citándose para el mismo lugar en la misma noche.

Papelon fué de allí al hotel de Barbette donde habia un gran movimiento, porque la reina al llegar allí habia sido atacada de parto.

Algunos instantes despues, parió, y el escudero no pudo verla.

Sin embargo, eso no le impidió que fuera en la noche à la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, donde encontró à Raoul.

—Bebamos,—le dijo éste;— esta noche no tendrémos que hacer el trabajo de que se trata, porque es cosa aplazada á causa del parto de la reina; pero

no es aplazada para mucho tiempo, y cuando se acerque la hora haré que se os avise.

Pasaron muchos dias y Papelon no recibió aviso ninguno. Durante todo este tiempo, el duque de Orléans se habia abstenido de ver à la reina, á fin de no alimentar de nuevo los malos rumores que corrian respecto de los dos.

"De todos esos galantes señores, dice un historiador, ninguno hacia á esa muger impúdica mas asiduamente la corte que su cuñado el duque de Orléans; de ahí es que le acusaban de ser el padre del hijo adulterino que acababa de parir."

Miéntras tanto, Isabel cuyo parto habia sido feliz, se habia restablecido pronto.

Hizo saber al duque de Orléans que estaba muy descontenta de no haberle visto en circunstancias que debian interesarle muy particularmente.

Y, como una demasiado larga abstinencia podia tener los mismos efectos que un vivo empeño, el duque la mandó decir que en la misma noche iria á verla.

Era el 22 de Noviembre de 1407.

Una hora despues de puesto el sol, habia en la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, una numerosa reunion de hombres armados, enmedio de los que se hallaban Raoul de Ocquetonville y Papelon.

El primero, ademas de la larga espada que colgaba de su cinto, llevaba en él una hacha brillante y bien afilada.

El escudero estaba armado con una espada y con un largo puñal.

Todos los demas llevaban dagas y bastones.

Aunque todas esas gentes hablaban en voz baja, la conversacion estaba muy animada cuando se oyeron los pasos de muchos caballos que pasaban por la calle.

Un hombre, que evidentemente pertenecia à la reunion, y que estaba de centinela en el dintel de la puerta, se metió inmediatamente.

—El es, señor,—dijo á media voz.

Al momento, otro de la reunion salió de la hostería, y echó á correr sobre la huella de los caballeros que acababan de pasar, y que se dirigian al hotel de Barbette.

—Vino!—gritó Raoul al hostelero.

—Señor,—le dijo en voz baja Papelon,—me dejaréis la dicha de dar á ese felon el primer golpe?

—Eso toca al mas pronto y al mas diestro,—respondió el capitan;—pero siempre me agrada veros con tan buenas disposiciones. Bebamos, pues, porque el tiempo no nos parezca tan largo; porque creo que el maldito no saldrá muy pronto.

En efecto, debia pasar mucho tiempo ántes de que volviera el hombre que habia echado á correr sobre las huellas de los caballeros; porque estos no eran otros sino el duque de Orléans y su acompañamiento, que iban á ver à la reina; é Isabel, aunque muy débil aún, habia puesto en juego sus mas dulces seducciones para detener al duque á cenar.

Eran algo mas de la diez.

El hostelero de la Imágen de Nuestra Señora, habia invitado à sus huéspedes á que se retiraran, invocando las Ordenanzas que no permitian que se tuviese casa abierta despues de la queda.

Pero cada vez que les decia esto, Raoul d'Ocquetonville le habia impuesto silencio, y como era el mas fuerte, el hostelero se habia resignado.

De repente, el hombre que habia seguido á los caballeros, llegó casi sofocado.

—Ya viene!—dijo dejándose caer sobre un banco.

—De pié, muchachos!—dijo el normando.

A estas palabras fué à la puerta y salió.

Todos le siguieron y fueron á alinearse tras èl bajo un techado que habia en aquella calle.

Ya se veía á lo léjos avanzar una especie de cortejo alumbrado por unas antorchas que llevaban los lacayos.

—Raoul!—dijo una voz que parecia salir de la puerta de la hosteria.

El capitan dejó à sus compañeros y se adelantó hácia un personage que estaba inmóbil, envuelto en una ancha capa.

—No es á él á quien veo venir?—dijo ese personage cuando el gentil-hombre normando estuvo cerca de él.

—El es, monseñor, y estoy bien avisado; no esteis mas aquí.

El hombre de la capa se desvaneció como una sombra, y el capitan volvió á ponerse al frente de los hombres.

Dieron las once en el convento de los Mántos-Blancos.

Las antorchas que al principio se habian visto á lo léjos, no estaban mas que á una corta distancia de Raoul y de sus gentes.

Delante de esas antorchas, se adelantaban dos escuderos en un mismo caballo.

El animal, como si hubiese olido una trampa, se detuvo á la altura del techado y comenzó à encabritarse, luego se lanzó como un relámpago y desapareció con sus ginetes.

A su vez, llegaron los lacayos que llevaban las antorchas.

Detras de ellos iba un hombre en una mula.

—Sus! Sus!—esclamó Raoul.

Y lanzàndose el primero, asió con una mano la brida de la mula, y con la otra partió el puño del caballero que llevaba apoyado en la cabeza de la silla.

—A mi!—esclamó el herido;—soy el duque de Orleans!

—Lo sabemos,—dijo Papelon dándole una puñalada en medio del pecho,—y por eso te tratamos como asesino y ladron, porque eso eres.

Entonces cayeron como granizada sobre el cuerpo del duque golpes de daga, de baston, de hacha, y hacia mas de un cuarto de hora que habia dejado de ecsistir y aun le herian los asesinos.

Miéntras tanto, la escolta del príncipe, un momento contenida ò dispersada por los asaltantes no tardó en reunirse; pero los asesinos, para divertirse, habian

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto fuego à la hostería de la Imágen de Nuestra Señora, despues de lo cual habian huido en todas direcciones gritando:

—Al asesino!

A los primeros gritos se abrieron todas las ventanas de las casas de las cercanías.

A la luz del incendio acudieron los vecinos; y miéntras que los unos trabajaban en apagar el fuego, los otros se agrupaban en derredor de los criados del duque de Orléans, quienes levantaban el cadàver de su señor, horriblemente mutilado.

Habíanle cortado los dos brazos, uno arriba del puño, el otro arriba del codo.

Habíanle abierto la cabeza de un hachazo, y el cuerpo acribillado yacia en el arroyo, cubierto de lodo, de sangre y de sesos.

Bien pronto, los parientes y toda la casa del duque, instruidos de lo que acababa de suceder, acudieron al lugar de aquella horrible escena; pero en vano buscaron á los culpables.

No hallaron mas que el cadáver desfigurado del príncipe, el cual hicieron llevar al hotel del mariscal de Rieux, situado cerca de allí.

Cuando Papelon fué al hotel de Barbette, un poco despues de media noche, se le dijo que la reina le habia enviado á llamar muchas veces, y que seguramente le esperaba con grande impaciencia.

Apresuróse, pues, á ir á ver á Isabel, y le introdujeron sin dificultad á su presencia, aunque se hallaba en la cama.

—Te has vengado, amigo mio?—le preguntó Isabel cuando estuvieron solos.

—Ha muerto el traidor, señora,—respondió el escudero.

Y sacando su puñal, añadió:

—Y podemos enseñaros el color de su sangre.

El aspecto de aquella arma ensangrentada, no causó á la reina una grande emocion.

Se hizo referir todos los detalles del acontecimiento, y despues de haberlos oido se durmió tranquilamente.

Al dia siguiente el duque de Borgoña fué al hotel de Barbette, donde fué acogido como un salvador.

—Señora,—dijo despues de una conversacion muy animada,—es preciso no detenernos en tan buen camino. No dejemos que despues de sacado el vino se lo beban nuestros enemigos.

—Querido duque, no somos ahora los señores?

—No, señora; porque yo no soy nada, y vos misma no teneis mas que un poder incierto é incompleto.

—Amado Juan, olvidais que ahora somos la sola regente del reino?

—No os desagrade, encantadora reina; pero no habrà regencia mas que de nombre, miéntras que esté al lado ese maldito de Bernardo d'Armagnac, quien se

aprovecha tan bien de los momentos de razon que álgunas veces tiene nuestro señor Cárlos VI.

Esta vez se espantó Isabel.

Al pensamiento de un nuevo asesinato, hubo en su espíritu una especie de reaccion.

Es verdad que el conde d'Armagnac era su enemigo.

Escitaba sin cesar al rey contra ella, y en cuanto á aquel pobre monarca de quien era la sombra, volvia un momento de razon, se aprovechaba de él para obtener nuevos favores, un poder mas grande, y para acabar de perder á Isabel pintándola con los mas negros colores á los ojos del desgraciado insensato.

La reina sabia todo eso.

Pero en aquel momento estaba saciada de asesinatos, y acaso tambien la espantaba la creciente audacia de Juan-sin-Miedo, que no podia tardar en amenazar aun su misma autoridad.

—Juan,—le dijo despues de algunos momentos,—ese camino de que hablais, no es tan hermoso como os parece, y el conde Bernardo no es para vos tan temible como los Orléans, pues Valentina Visconti á quien ha hecho viuda, puede mas que él en el turbado espíritu del rey. En consecuencia, no podemos consentir en hacer de la corte un cementerio. Busquemos mas bien la paz, que es el medio mas seguro y ménos terrible de abatir el orgullo de nuestros enemigos. Inmediatamente que nuestra salud se restablezca completamente, irémos à ver al duque de Berry. Este querido tio está sentido con nos, pues no le hemos visto aquí con motivo de nuestro alumbramiento; pero nos reconciliarémos con él, y le conocemos gran hacedor de amistades, para dudar que nos ausilie en esta ocasion.

Estas razones no convencieron enteramente al duque de Borgoña; persistió en creer que los muertos son las únicas gentes de quienes no se tiene que temer, y aunque no dijo nada al retirarse, estaba mas resuelto que nunca á ejecutar sus sanguinarios proyectos, y á marchar derecho al poder supremo que era el fin que se proponia.

Pero cuando pensaba en continuar sus ataques, se vió de repente forzado à pensar en defenderse.

Acusábasele de ser el autor del asesinato del duque de Orléans.

La viuda de éste, Valentina Visconti, habia hecho jurar á sus hijos, sobre el cuerpo sangriento de su padre, no conceder ni paz ni tregua al asesino, y vengarse terriblemente de ese crimen.

El conde d'Armagnac, cuya hija debia casarse con el nuevo duque de Orléans se unió á aquella princesa, y el delfin, aunque muy jóven, aún, se hizo gefe de aquel poderoso partido.

Juan-sin-Miedo, no conociéndose en ese momento bastante fuerte para sostener la lucha, se dispuso á salir de Paris; pero ántes quiso dar una nueva prueba de su audacia, y se declaró abiertamente autor del crímen que se le imputaba.

Luego, escoltado por su servidumbre y por una parte de la banda de asesinos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mandada por Raoul d'Ocquetonville, salió de la capital dirigiéndose á sus Estados, donde llegó sin contratiempo.

Isabel se espantó del vacío que se hizo en su derredor despues de ese acontecimiento, y apénas se restableció, à pesar del estremo rigor del frio, se hizo llevar al hotel de Nesle esperando encontrar allí á lo ménos un rostro amigo.

Pero el duque de Berry la recibió con cierta violencia, que pudo hacer juzgar inmediatamente de las disposiciones de su espìritu.

Y no era porque este príncipe valiera mas que sus sobrinos; pero estaba cansado de esas querellas que turbaban sus placeres.

Y ademas, habia esperado que la muerte del duque de Orléans lê volviera alalguna influencia en los negocios, y le permitiera restablecer sus fondos disipados, y nada de todo eso habia sucedido, porque el poder quedó al conde d'Armagnac, que no era hombre de dejarlo fácilmente.

—Bella sobrina,—dijo á Isabel,—es cosa muy triste que todos mis esfuerzos para seros agradable, no hayan concluido sino por hacerme la vida pesada, cuando habeis favorecido tanto á los que han tomado un caminó contrario.

—Querido tio,—respondió Isabel,—no ha consistido en Nos que no esteis mas satisfecho; pero no hay tiempo perdido, á Dios gracias, y si seguis siendo mi amigo, harémos mas y mejor que en lo pasado.

El duque comprendió que le necesitaban, y pensó hacerse valer.

—Nunca hemos dejado de ser vuestro adicto servidor,—replicó;—pero es verdad que siempre hemos perdido nuestro trabajo en agradaros, y no creemos tener hoy mas poder que ántes.

—Hermoso tio, no podeis ser tan amigo de la paz entre los hombres para querer hacer la guerra à una muger. Así es que uniréis ciertamente vuestros esfuerzos à los mios, para que no estalle la guerra entre armañacs y burguiñones, y para obligarles á no salir de los límites de sus derechos. Para eso os darémos plenos poderes, y tambien para otros hechos, si con vuestra ayuda, conservamos el poder que legítimamente nos ha concedido el rey.

El duque comenzó á hacerse mas tratable.

Creyéndose el diplomático mas hábil de su época,—y acaso lo era,—entrevió grandes y fáciles triunfos al través de las dificultades de la situacion.

Dijo que esas eran cosas sobre las que era preciso conferenciar detenidamente, y á causa del estremo frio, instó á la reina á permanecer en el hotel de Nesle, á fin de que sin mucha molestia, pudieran verse todos los dias.

En efecto, el invierno encrudecia con un horror inaudito.

Se podrà juzgar esto, por el siguiente estracto de los *Registros del Parlamento*, del mártes 31 de Enero de 1408.

"Hoy ningunos consejeros ni jueces han venido á palacio, á causa del peligro de las grandes y horribles nevadas que desde ayer en la noche, comenzaron á bajar y á correr por los puentes de Paris, y especialmente por los pequeños puentes, y no sin causa; porque, puesto que la estacion y el tiempo han sido tan frios, ha habido heladas desde San Martin prócsimo pasado, y en especial ha sido este frio tan crudo y tan rígido por las dos lunaciones prócsimas pasadas, que ninguno podia trabajar.

"El mismo escribano cartulario, aun cuando ponia cerca de él lumbre en una paleta para conservar su tinta, siempre se le helaba en su pluma, de dos ó tres en tres palabras, y tanto que no podia ni encabezar, y que por esas heladas se han cuajado los rios, y en especial el Sena, de tal modo, que por él se caminaba, se iba y se venia, y pasaban coches sobre la nieve, y que hubiese sido tanta abundancia de nieve, como no la hay en la memoria de los hombres; y tanto que en Paris habia grande necesidad, tanto de leña como de pan, porque estaban helados los molinos.

"Si no hubiera sido por las harinas que se traian de paises vecinos, y que dichas heladas, nieves y frios, se hubiesen moderado desde el último viérnes por la nueva conjuncion lunar, y que los hielos se hubiesen desecho en partes y en témpanos.

"Esos témpanos por su impetuosidad y tropezones han destruido hoy los dos pequeños puentes (el puente Chico y el puente de San Miguel); el uno era de madera, que se unia al pequeño Châtelet, y el otro de piedra llamado el *Puente Nuevo*, que habia sido hecho hace veintisiete ó veintiocho años, y tambien todas las casas que estaban encima, que eran muchas y hermosas, en las que habitaban muchos artesanos de muchos Estados, mercancías y oficios, como tintoreros, escritores, barberos, costureros, espueleros, tapiceros, contructores de harpas, libreros, &c., &c.

"A dios gracias no pereció ninguna persona."

A lo mas fuerte de este invierno fué cuando la reina Isabel, cediendo al deseo del duque de Berry, fué á instalarse de nuevo á la torre de Nesle, que habia sido anteriormente su residencia predilecta, y fué para ella una especie de prision durante esos tristes dias.

Tan grande así era su aislamiento.

Porque á escepcion de las visitas que le hacia el duque de Berry, no tenia mas sociedad que la de sus damas y la de Papelon; pues toda la corte se habia unido á los Armagnacs, cuyo poder parecia consolidarse mas y mas.

Mièntras tanto, el duque de Berry negociaba para hacer la reconciliacion de la reina con Bernardo d'Armagnac, único medio de que reconquistara Isabel el poder que se le habia escapado,—porque ya no era regenta mas que de derecho,—y aunque eso presentaba grandes dificultades, el duque tenia aún fé en su habilidad diplomàtica, cuando un acontecimiento vino á destruir todas sus esperanzas.

Despues de la honrada operacion por medio de la cual el duque de Orléans habia llenado sus cofres, inundado con moneda falsa la Francia y una parte de la Alemania, Papelon, segun hemos dicho, se habia separado de sus compañeros.

Bien se piensa que estos no habian salido con los bolsillos vacios del hotel de las Torrecillas; pero por desgracia la moneda que tenian era de su fábrica, y la emision de esa moneda era ya tan difícil como peligrosa.

Bien que mal, sacaron partido de ella.

Lo mas difícil no era eso, sino volver á llenar las bolsas una vez vacías, porque les faltaba completamente la herramienta para continuar en el ejercicio de su honrada industria.

Primeramente todos se reunieron para comunicarse los espedientes que podrian ocurrir á cada uno.

Despues de varias deliberaciones, convinieron en que intentarian apoderarse de la herramienta que estaba en las cuevas del hotel de las Torrecillas.

La espedicion era peligrosa; pero hombres que pasan junto á la horca trescientas sesenta y cinco veces por año, no se detendrian en consideraciones de esa naturaleza.

Para ellos no se trataba de saber si eso era peligroso, sino si era posible; y la operacion fué juzgada posible.

Una noche se presentó un peregrino de barba blanca, al conserje del hotel de las Torrecillas, quien con algunos palafreneros y otros criados de escalera abajo, componian en aquel momento todo el personal de aquella inmensa casa.

El devoto anciano dice que viene de la Tierra Santa, de donde trae muchas reliquias, gracias á las cuales habia hecho en el camino multitud de cosas milagrosas, que le valieron la hospitalidad, en casa de muchas gentes honradas, y le permitieron llegar sano y salvo á Paris, aunque no poseía ni un dinero, porque hizo voto de no tocar ni una pieza de moneda durante su larga y penosa peregrinacion.

Por esto, sin dinero como lo está, se informó al entrar en la capital, de una casa donde pudiera hallar un pedazo de pan y un asilo solo por aquella noche, proponiéndose partir al dia siguiente al amanecer; y le habian dicho que en el hotel de las Torrecillas, que estaba casi inhabitado siempre, eran bien recibidos los peregrinos, porque no faltaba local, y porque los que guardaban aquel lugar eran gentes honradas y caritativas.

Ahora bien, un peregrino que volvia de la Tierra Santa, era entonces en toda Europa un personage digno de respeto y de veneracion; se prosternaban las gentes ante las reliquias que traia, y le escuchaban con avidez, porque no habia uno que no hiciera las narraciones mas maravillosas.

Abrigar á hombres tan santos era, pues, uno de los deberes conque se cumplia empeñosamente.

Era casi cierto que aquel de que tratamos seria bien acogido en el hotel de las Torrecillas, donde habia lugares amplios, y unos guardianes ociosos comian cerca del fuego.

Esto fué lo que sucedió.

El santo personage no solo tuvo un pedazo de pan, como lo habia pedido, sino



CAPILLA ALFONSINA

que le hicieron sentar á una buena mesa, donde las jarras de vino se succedieron rápidamente con el objeto de hacerle hablar, lo que, por otra parte, era cosa muy fácil, porque el anciano estaba sobre este punto admirablemente preparado.

El peregrino habló bien y mucho tiempo.

Sin embargo, como no era cosa de no acabar, al concluir su última narracion comenzaron sus ojos á cerrarse.

Entonces le instaron para que se fuera á la cama que le habian preparado; pero como estaba tendido en un gran sillon de madera, cerca del hogar donde chispeaba un buen fuego, dijo que acostumbrado á acostarse en cama dura y no desnudarse, nada le seria mas agradable que pasar la noche en aquel sillon donde se hallaba tan bien.

No quisieron rehusarle esa satisfaccion.

El reloj de la iglesia de San Pablo acababa de dar la una de la mañana.

Ese golpe único y resonante no perturbó el sueño de las gentes que cuidaban el hotel de las Torrecillas; pero para el fingido peregrino, fué la señal de una operacion muy poco edificante, y á la que sin embargo se entregó con un ardor enteramente juvenil.

Sin inquietarse por su hermosa barba blanca, que se habia fortuitamente y de una sola pieza quitado de su rostro, se levantó quedo de su ancho sillon, sacó de sus bolsillos ciertos adminículos, tales como cuerdas y mordazas, con las que adornó tan bien la dormida persona de su benévolo huésped, que el honrado albergador de peregrinos, se halló en un instante en la imposibilidad de dar un grito y de hacer un movimiento.

Y luego, como sus bolsillos eran anchos y profundos, sus instrumentos numerosos y sus puños de una fuerza muy notable, fué á amarrar del mismo modo á los otros servidores, quienes se soñaban en el templo de Jerusalem y en el jardin de los Olivos.

Hecho eso, fué á abrir la puerta esterior á ciertas gentes que le esperaban agazapadas bajo el pórtico del hotel, para escaparse de las miradas muy medianamente escrutadoras de los soldados del vivac.

Entonces, una loca alegría, una especie de delirio se apoderò de todas aquellas gentes, quienes se habrá adivinado que no eran otros sino los antiguos compañeros de Papelon.

Primeramente armaron una francachela, vaciando jarras y comiéndose cuanto encontraron.

Despues, sin perder la cabeza, y tan buenos ladrones como eran, llenaron sus bolsillos, que hacia tiempo estaban vacíos.

Luego bajaron à las cuevas y se apoderaron de toda la herramienta de monedero que habia allí, y como habian tomado hábilmente sus medidas, lograron trasportar todo ese material á las Tullerías, nombre de una choza salvaje situa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da mas allà del viejo Louvre, y que debia su nombre á algunas fábricas de tejas establecidas en su territorio.

Allí habia establecido la honrada asociacion su cuartel general, en una casa bastante ancha y medio subterrànea.

La autoridad no se arriesgaba á esplorar esos lugares, que por otra parte estaban perfectamente guardados por centinelas casi invisibles, y en caso de ataque, el retiro estaba tan hábilmente oculto, que se podia estar en él con seguridad.

Esos hombres que, segun se ve, habian hecho un todo de sus fuerzas físicas é inteligentes, no tardaron en reconocer que todo eso era insuficiente para llegar al fin que se proponian, porque algunos de entre ellos que creian haber sorprendido el secreto de Papelon, no tardaron en confesar su impotencia.

Entónces, salió de entre esos hombres este grito que proclamaban el poder ausente:

—Dónde está Papelon?

Dónde estaba Papelon?

Esto no era fácil de descubrir, porque entonces no habia diarios que hicieran vivir con sus anuncios á todo aquel ejército de pobres escribientes imponiéndoles la mentira y la alabanza mas desenfrenadas, lo cual es todo uno, y conteniendo la cuenta de los hechos y de los gestos de los bandidos, ladrones, monederos falsos, &c., &c.

El maestro de pícaros habia cambiado tan rápidamente de condicion, que era casi imposible que sus antiguos amigos dieran con él; pero la gente de este temple no se desanima fácilmente.

—Busquemos,—se dijeron,—y hallarémos.

Y comenzaron á recorrer tabernas y garitos, cortando por aquí y por allí algunos bolsillos para entretener sus manos y subvenir á las necesidades del momento.

Cada noche, al dar la queda, se reunian todos, y ponian en el fondo comun el botin del dia; pero era poco á causa de la desgracia de los tiempos, y los desgraciados ladrones estaban sometidos á la congrua, que es la peor de las condiciones para gentes de esa clase.

Miéntras tanto, léjos de disminuir la intensidad del frio, aumentaba diariamente.

La miseria era horrible entre el pueblo de la capital.

Hombres, mugeres, niños, lanzados por la hambre fuera de sus hogares, caian de inanicion en las esquinas de las calles, en medio de las encrucijadas, donde se quedaban abandonados sus cadáveres helados.

Entonces se produjeron hechos monstruosos, y que serian enteramente increibles, si no hubieran sido atestiguados por los escritores de aquel tiempo, y si no estuvieran consignados en el *Diario de Paris*, del reinado de Cárlos IV.

Innumerables bandas de lobos invadieron Paris por el rio que estaba helado, y devoraron, no solo los muertos abandonados, sino tambien á los vivos.

Hé aquí lo que dice el autor del diario que citamos:

"Y cogian los perros, y se comieron un niño, de noche en la plaza de los Ga-"tos, detras de los Inocentes....

"En ese tiempo especialmente, estando el rey en Paris, los lobos estaban tan "rabiosos de comer carne de hombres, de mugeres y de niños, que en la última "semana de Septiembre, estrangularon y se comieron catorce personas grandes y "pequeñas, entre Montmartre, y la puerta de San Antonio, en las viñas y en los "pantanos.

"Y si hallaban un ganado de béstias, asaltaban al pastor y dejaban á las bés-"tias.

"Vinieron repentinamente á Paris y estrangularon á cuatro mugeres, y el "viérnes siguiente mordieron á diez y siete, de las que murieron once de sus "mordidas.

"Pero para los parisienses, dice Dulaure, los lobos eran ménos temibles que "los caballeros, los señores, y los bandidos llamados *escorcheurs* que venian detras "de ellos, y que robaban, incendiaban y mataban hasta en los arrabales de Paris."

A todas esas plagas, es preciso añadir el derecho de *presa*, segun el cual los servidores del rey estaban autorizados á apoderarse de todo lo que les convenia en los lugares donde residia el monarca.

Se puede juzgar de lo que era ese pretendido derecho, por una ordenanza de Cárlos V, quien sin lograrlo habia intentado moderar esa esaccion.

Hé aquí el preámbulo y las principales disposiciones de esa curiosa Ordenanza:

"Muchas personas se quejan de las presas que ha tiempo se han hecho en Paris, y que aún se hacen ahora.

"Las carretas, el trigo, el vino, el heno, la avena, la paja, el forrage, los colchones, las almohadas, las sábanas, los corbetores, las cofias, el ganado, las aves, las mesas, los bancos y otros objetos, son tomados para proveer nuestro hotel, los hoteles de la reina, de nuestros hermanos, de nuestro condestable y de otras casas, lo cual impide que los víveres y las mercancías sean llevados á Paris para proveer esa ciudad.

"Muchos de los buenos habitantes de los arrabales están para partir y abandonar sus casas, á causa de los daños y de las graves pérdidas que sufren por dichas presas.

"Los habitantes del campo no quieren trabajar la tierra, ni sacarle ningun fruto.

"Muchas tierras y grandes propiedades permanecen sin cultivo, porque se quitan de ellas los caballos, el heno, la avena y los otros forrages destinados á alimentar; porque se les quitan los carruages, los arados, el ganado, las aves, y otros bienes necesarios para el alimento de los labradores.

"Si este abuso durara mas tiempo, y si aquellos contra quienes se ejerce no

quedaran pronto preservados contra los *apresadores*, esos desgraciados abandonarian el país, ó se verian reducidos al último grado de miseria.

"Teniendo piedad y compasion del pobre pueblo, mandamos que en lo de adelante cesen toda clase de *presas;*

"Que ningunos *apresadores* ni oficiales sean quienes fueren, tomarán ni harán por ellos ó por otro, sea cual fuere la causa, tomar en nuestra buena ciudad de Paris, ni en sus arrabales, ni en otros lugares del reino, para proveer nuestro hotel y los hoteles de los príncipes nuestros parientes, ninguno de los objetos arriba dichos; esceptuándose solamente los colchones y almohadas para nuestra cámara, el heno, la paja, y la avena para los caballos de nuestro servicio, y para el de la reina y de los príncipes.

"Queremos que el heno, la paja y la avena sean pagados inmediatamente á su justo precio, y que se pague tambien el alquiler de los colchones y de las almohadas.

"Y para que en Paris se pueda hallar fácilmente el heno, la avena y otras cosas, sin recurrir á las *presas*, queremos que en esta ciudad, lo mismo que en el vizcondado, no se haga ninguna presa, sino con el consentimiento de los dueños y pagándolos á su justo precio, inmediatamente y ántes de llevarlos.

"Mandamos á todos los *aprestadores, &c.*"

Esta ordenanza, que no era ejecutada, puede, segun hemos dicho, dar una idea del desórden y de la miseria de aquella época.

No habia abundancia de bienes, mas que en los hoteles de los grandes señores.

Y, la hambre que, segun el proverbio, habia echado á los lobos fuera del bosque, no podia dejar bien pronto de echar de sus parages habituales á los compañeros de Papelon.

Un dia que esas honradas gentes, hambrientas y consternadas deliberaban en su casuca sobre los medios que habia que tomar para no morirse de hambre, uno de ellos, que tenia á la vez mas inventiva y mas audacia que los demas de la banda, y que al mismo tiempo que escuchaba á los demas, miraba por la buharda cerca de la que estaba colocado, esclamó de repente señalando la torre de Nesle que se veía desde allí:

—Ah! compañeros, no tendriamos necesidad de pensar en procurarnos vituallas, si pudiéramos entrar á la sordina en aquella torre, donde se han cometido pecados tan grandes y tan pequeños.

—Qué estás diciendo ahí, Ferluche, le respondió uno de aquellos á quienes se dirigia. Nos conviene acaso enseñar las caras en esos lugares tan bien guardados?

—Hum!—hizo Ferluche,—no hay perro que ladre si tiene que morder.

—Tanto valdria,—dijo otro,—hablar de saquear el Louvre.

—Compañero,—replicó Ferluche,—no digamos no á nada, porque no hay cosa, por difícil que sea, que una grande voluntad no puede llevar á cabo.

Durante este coloquio, el maese ladron continuaba dirigiendo sus penetrantes miradas hácia la famosa torre.

Ecsaminaba sus diversas salidas, y lo que sobre todo habia llamado su atencion era una larga cuerda pasada por una polea que salia del piso superior, destinada á sacar agua del rio para las necesidades de la residencia, y tambien para la puerta del agua, muy abordable en ese momento, porque el Sena continuaba helado de tal modo que por él pasaban carros y caballos.

—Ah!—esclamó;—si pudiera yo solamente subir á ese nido de donde pende la cuerda!

Pero eso parecia imposible, porque la cuerda no pendia hácia fuera mas de una brazada, pues lo helado del rio impedia que se hiciera uso de ella.

Con todo, ántes de desechar completamente la idea que habia surgido en su cerebro, resolvió ecsaminar las cosas mas cerca, y dejando á sus compañeros entregados á sus reflecsiones, salió para hacer lo que habia resuelto.

Pronto llegó delante de la torre.

Pero miéntras mas cerca estaba, mas difícil le parecia penetrar en el interior, y ya iba á retirarse muy poco satisfecho de su ecsámen, cuando la puerta del agua se abrió bruscamente y dió paso á un escudero, cuyas espuelas doradas resonaban en el hielo como hubiesen resonado en un enlosado.

Al verse frente á frente los dos personages se detuvieron al mismo tiempo.

—Papelon!—esclamó el esplorador.

—Ferluche!—dijo el escudero en el mismo tono.

—Ah! maestro,—replicó Ferluche, admirando el brillante trage del antiguo y famoso monedero,—ya no me admiro de no haberos hallado en los lugares donde os buscamos, puesto que en tan buena hora salís en ese trage de una morada de príncipes.

—Y para qué me buscábais, Ferluche?

—Porque sin vos, maestro, no tenemos mas que brazos y nada de cabeza.

—Y como por la cabeza se ahorca á las gentes de nuestra especie, bien os está no tenerla.

—Y con todo, pronto nos ahorcarán si no venis en nuestra ayuda, y á pesar de ello no tendrémos que quejarnos, porque no hay peor verdugo que la hambre.

—Ya! Compañeros, no os he dado leal y mucha parte de los dineros que escaparon de las garras del duque de Orléans, á quien el diablo tenga en su albergue?

—Maestro, no hay moneda que no se gaste, aun la que sale del Louvre, y que ha sido hecha en el rincon del rey por los hermanos del hotel. Así es que se ha gastado la nuestra que no venia de tan buen lugar, y de la que sin embargo estábamos tan satisfechos, que no quisiéramos por ahora mas que llenar con ella nuestras escarcelas.

Papelon frunció el ceño, porque adivinaba lo que se queria de él, y ya no estaba dispuesto á afrontar la horca por un pecado tan pequeño, él que nadaba en

las grandes aguas reales, y que por la gracia de la bella y famosa Isabel, bebia con abundancia de ese Pactolo.

—A cada uno su carga, Ferluche,—dijo despues de un momento de silencio; mucho tiempo he llevado la mas pesada, y no quiero volver á tan rudo trabajo.

—Maestro, no podeis ser rey en el hotel de Nesle, y seréis rey absoluto entre nosotros.

—Ferluche!—hizo Papelon enderezando todo su cuerpo,—soy rey donde me place.

El astuto compañero permaneció algunos segundos sin poder replicar.

Acababa de conocer una parte de la verdad.

Papelon, tan ricamente vestido, saliendo por la mañana y por la salida ménos practicable de la torre de Nesle, donde se sabia que estaba la reina en ese momento.... todo eso significaba algo.

—Sire,—dijo desvergonzadamente,—puesto que sois rey, os pedimos largueza, como buenos, antiguos, y fieles servidores.

—Y lo harémos, mancebo, si jurais por la cruz de Nuestro Señor, guardar sobre esto un silencio absoluto.

Ferluche tenia el estómago demasiado vacío, para pensar en su conciencia, instrumento demasiado elástico por otra parte, para que pudiera temer imponerle una carga pesada.

Prometió, pues, y aun juró todo lo que quiso su antiguo gefe, quien obrando magníficamente, sacó de su escarcela diez escudos de oro, y los puso en la mano de su antiguo cómplice.

Aun estaba Ferluche admirando las piezas que probaban aquel acto de magnificencia, cuando el escudero favorito de Isabel habia ganado terreno, y desaparecia en la playa que conducia á la residencia de Nesle.

Pero el pícaro habia descubierto el manantial; le habia hecho saltar, y no era hombre que le dejara agotar por falta de estimulantes.

Como buen compañero que era, su primer cuidado fué correr á la casuca donde habia dejado á sus amigos, y poner ante sus ojos deslumbrados el peculio que debia mitad á la casualidad, y mitad al temor que habia inspirado al antiguo gefe de la banda el encuentro de ese personage.

—Muchachos!—dijo:—bebamos, comamos; luego razonarémos, y por el diablo que despues tendrémos mejor provecho.

—Ferluche! te has hallado algun saco escondido y helado, y en él gentes muertas de frio.

—Compañeros, no os cuideis del frio ni del calor. Vive Dios! y que el diablo cargue con todos!

Miéntras que duró la abundancia en la digna compañía, no se pensó en otra cosa, y armaron francachela sin pensar en el porvenir.

Pero precisamente á causa de esto, pasó pronto el buen tiempo, y la adversidad volvió mas terrible y amenazadora.

Ya Ferluche habia vuelto á la carga, y cada vez, á escepcion de algunos escudos que habia obtenido, se habian aumentado sus observaciones hasta tal punto, que despues de la tercera vez, sabia, ó poco ménos, á qué atenerse respecto de la situacion de su antiguo gefe.

Papelon, por su parte, es preciso convenir en ello, se habia adormecido algo en las delicias de Capua.

En primer lugar, habia pensado en alejar completamente de sí y para siempre á aquellos molestos compañeros de otra época de su vida; luego se habia dejado ablandar y seducir por Ferluche, quien le habia manifestado que su corona *in partibus* no podia tener mas apoyos que aquellos hombres determinados, á quienes conocia, y que estarian prontos á arriesgar la vida por él.

Eso no podia durar.

Papelon sentia devoradas sus entrañas por ese cáncer roedor, al mismo tiempo que el dinero escaseaba en los cofres de Isabel de Baviera.

Era preciso acabar, y el audaz escudero resolvió precipitar el desenlace.

—Amigo,—dijo á Ferluche,—ademas de esos escudos, tenemos buenos consejos que daros; sabed que si no os apresurais á salir del reino, y mas bien hoy que mañana, tendréis ciertamente que ver con las tropas del rey, quienes están coléricas por no haber podido aprehenderos, lo cual sé por buen conducto.

Ferluche tenia todo el talento necesario para traducir esas frases en lenguage vulgar, en el cual querian decir:

—"Partid, pronto, huid, si no quereis que os haga llevar á la horca, pena que habeis merecido cien veces."

La situacion era crítica.

¿Se debia aceptar la guerra, óhacer un acto de su mision para conservar la paz?

Hubo un consejo para tratar de este punto; y segun la opinion de Ferluche, se resolvieron á la guerra; guerra cautelosa, entiéndase bien, toda de lazos, de sorpresas y de traiciones.

En consecuencia, Ferluche hizo por él y por los suyos la promesa de salir de la buena ciudad de Paris y de sus alderedores, con la resolucion bien firme de permanecer en el asilo que se habian procurado enmedio de las tejerías; y al mismo tiempo que formulaban esa promesa, hacian los preparativos para violarla.

—Muchachos,—decia Ferluche á sus compañeros,—los recursos se han agotado, y mas que nunca, Papelon es nuestro guia necesario. No es bastante que consienta en volver á nosotros, si no le obligamos; así, pues, es preciso traerle á viva fuerza, ó tender el cuello al collar de cáñamo que conoceis.

—Y cómo traerle?—gritaron en coro,—cuando no se sabe si está en la tierra ó en el infierno?

—Silencio sobre esto compañeros! Si en estos últimos tiempos os hemos dado camas, vestidos y vituallas, es porque sabemos mejor que vosotros á qué puer-

ta llamar para hallar una buena casa, y aún sabré sacaros del mal paso en que por desgracia hemos vuelto á caer si me prometeis obedecerme.

La promesa fué hecha por aclamacion, y Ferluche tomó sus disposiciones para reconquistar al gefe cuya ausencia comprometia el porvenir de todas aquellas gentes honradas.

Desde su primer encuentro con Papelon en las heladas aguas del Sena, se persuadió de que en un momento dado le seria indispensablemente preciso romper cara á cara con aquel escudero tan magnífico, por razon de que su magnificencia acabaria necesariamente por cansarse de proveer á las necesidades de una banda de malhechores que no podian hacerle ningun servicio, y cuya ecsistencia podria comprometer su seguridad, y por esto estaba tanto mas preparado á la operacion que iba á hacer.

Efectivamente, Papelon comenzaba á cansarse singularmente de las frecuentes apariciones de su antiguo compañero, y no hubiera sentido saber que la banda toda entera habia caido en manos de las tropas del rey.

Acaso hubiera contribuido voluntariamente à ese resultado, y ya habia hecho espiar al astuto Ferluche, á fin de saber donde hallarles, á él y á los otros, en caso de que se resolviera á desembarazarse de ellos.

El Sena seguia presentando una superficie sólida, y Ferluche dispuso su gente de modo que no despertara sospechas.

Todos ssu hombres se diseminaron à ciertas distancias.

Unos se agazaparon delante ó detras de los bateles cogidos en el rio, otros se cubrieron con las malezas de la isla de las Vacas, que ocupaba entonces el lugar del terraplen del Puente Nuevo, adelantándose hasta una muy pequeña distancia del sitio donde está hoy el puente de las Artes, y que estaba bordeado de sauces y de chopos.

En cuanto á Ferluche, que se habia constituido gefe de la espedicion, iba de una orilla á otra, envuelto en una capa ancha de una tela gris y gruesa.

A una señal del gefe, todos los bandidos debian salir de sus escondrijos y acudir à él.

Pero pasó casi todo el dia sin que hubiera ninguna señal.

Hacia un hielo de quince grados; todos aquellos desgraciados se morian de frío; pero ninguno pensaba en dejar la partida, porque el golpe debia ser decisivo.

Se trataba para ellos de ser ó de no ser.

Pronto se nubló el dia: aumentó la violencia del norte, y aumentó la intensidad del frio; pero al ménos cada uno de los bandidos pudo dejar su escondite y ejercitar sus miembros, facultad de que usaba la mayor parte, cuando en fin, habiendo llegado completamente la noche, se oyó la señal tan impacientemente esperada.

En un abrir y cerrar de ojos, todos se reunieron al derredor de Ferluche, quien entonces estaba frente á frente con Papelon.

—Càspita! muchachos,—decia el último,—eso es ocurrir muy seguido por la propina, y no bastaria para vosotros todo el tesoro del rey.

—Y por eso no queremos pedir ya nada,—respondió Ferluche,—y veniamos á rogaros, maestro, que nos ayudeis, no con vuestra escarcela, sino con vuestra ciencia.

—Sí? Ya! Malvados, ladrones, creeis que los escuderos de la reina son gentes de saco y de cuerda como vosotros?

Y como se veía tan estrechado, al hablar así quiso desenvainar su espada; pero apénas habia tocado el puño, cuando Ferluche le echó en la cabeza la ancha capa que llevaba.

Al mismo tiempo, dos hombres le asieron por detras, miéntras que otros dos le cogian de un brazo cada uno, y otro preparaba las fuertes cuerdas que llevaban.

Ménos de un minuto despues, Papelon, atado, enrollado en la capa, y en estado de no hacer el menor movimiento, era llevado, como un bulto de mercancías, en hombros de los dos mas robustos compañeros de la banda, y pronto llegó á la casuca donde sus antiguos asociados habian establecido su domicilio.

—Maestro,—le dijo Ferluche desatando las cuerdas que comprimian sus miembros,—sois demasiado bueno para no perdonarnos lo que acaba de suceder, sabiendo que la necesidad es una ley superior á las demas.

—Ah!—esclamó Papelon á quien habian prudentemente desarmado,—es una necesidad desollar como lo habeis hecho á gentes que os han tratado con largueza?

—Mirad, maestro,—replicò Ferluche,—si no es mucha làstima que nos veamos obligados á no hacer nada teniendo para trabajar una herramienta tan buena!

Y à estas palabras abrió una puerta practicada en una pared que dividia la casuca en dos piezas bastante amplias, y enseñó al escudero todos los útiles y utensilios que habian sacado del hotel de las Torrecillas.

—Por qué no trabajais?

—Así lo hiciéramos si quisiérais decirnos el proceder con que tan milagrosamente cambiais el plomo y el cobre en oro.

—Muchachos, es una cosa que hemos jurado no revelaros.

—Será preciso, pues, que permanezcais aquí,—dijo Ferluche,—hasta que hayais hecho una suma bastante para que en mucho tiempo no nos veamos obligados á comenzar de nuevo.

—Por la muerte del diablo!—esclamó Papelon furioso,—dejadme paso inmediatamente, ú os estrangulo como á perros rabiosos.

Y apretaba los puños y parecia buscar con la mirada algun objeto que estuviese à su alcance para hacerse de él una arma, cuando Ferluche, dando con el pié en el suelo, hizo jugar una trampa.

El escudero, que estaba encima, desapareció inmediatamente y fué à rodar en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el fondo de una cueva de la que los bandidos hacian un dormitorio, y la que por consecuencia estaba regada con paja y con heno.

—Maestro!—le gritó el diestro pícaro,—cuando querais poneros á la obra, no tendréis que hacer mas que levantar un poco la voz; y es preciso que no tardeis mucho en hacerlo, porque no tenemos mas que pan y agua por vituallas hoy, y mañana no habrá pan.

Papelon era un pícaro demasiado astuto para prolongar esa lucha.

Obedeciendo á la necesidad, resolvió poner buena cara en tan malas circunstancias.

Habiéndose levantado de la paja, donde habia caido sin hacerse daño, aunque el golpe fué muy fuerte:

—Muchachos,—gritó,—tended la escala, y os otorgamos una buena paz.

Las trampa se abrió y la escala bajó.

Papelon reapareció en medio de sus compañeros, de los que muchos, armados hasta los dientes, guardaban la salida de la casuca.

—Ah!—dijo,—que enciendan los hornos y que me den los materiales; luego, atrás todo el mundo, y que ninguno quiera sorprender mi obra, porque por mi alma que le irá mal.

Bien pronto se iluminó la casuca con una luz roja y ardiente: la materia entró en fusion en anchos crisoles, y Papelon medio desnudo comenzó á hacer sus ligaduras.

Toda la noche empleó en ese trabajo.

Al amanecer, á escepcion de los centinelas colocados interiormente de modo de impedir toda sorpresa, todos los trabajadores bajaron al dormitorio.

Papelon estaba abrumado de fatiga, y sin embargo, no durmió.

Aunque naturalmente era poco temeroso, segun lo hemos visto, presentia algun mal fin á esa aventura; de ahí es que fué el primero que estuvo de pié, cuando se oyeron los gritos de:

—Alerta! Los soldados del rey!

XI.

La policía bajo Cárlos VI.—Prision y fuga de Papelon.—El conde d'Armagnac è Isabel de Baviera.—Rapto de Papelon del hotel de Nesle.—Muerte de Papelon.—Vuelta del duque de Borgoña à Paris.—Isabel y Boisbourdon.

La policía de Paris, bajo el reinado de Cárlos VI, era una cosa singularmente organizada.

Gracias á ella, todos los ladrones' rateros y asesinos, recorrian libremente y con la frente levantada las calles de la capital.

No habia en ellas peligro mas que para los que no tenian dinero, y eran raros, porque el pillage se habia convertido en una cosa sencilla y que no causaba deshonor.

Así es que los grandes señores se entregaban á él con un ardor particular, y el ejemplo, dado por las clases altas, era seguido por las bajas.

Las cosas llegaron á tal punto que, hàcia el fin del siglo XIV, los arrabales, mas espuestos al pillage que las calles del interior, se hicieron inhabitables, segun lo prueba una ordenanza real de aquel tiempo que dice:

"Los que habitan en los lugares llamados arrabales, estàn muy gravados, y se "han retirado de habitar, de vivir y de conservarse en ellos; y por esto estàn y "han empeorado mucho; y se han arruinado muchas y grandes casas, habitacio-"nes y mansiones que estaban allí."

Lo mas curioso es que, para volver á poblar las partes de la ciudad que se hallaban abandonadas y destruidas, la autoridad real no imaginaba otro medio mejor que el de amnistiar á los asesinos, à los ladrones y á los bandidos de toda especie, á fin de que pudiesen establecerse en los lugares y plazas que ellos mismos habian saqueado.

Eso es lo que resulta de otra ordenanza que manda:

"Volver á poblar esa ciudad despoblada tanto por las guerras, mortandades ó por otras causas que cualesquiera hombres, cualesquiera naciones que fuesen, pudiesen, de ahí en adelante, ir à habitar dicha ciudad y sus arrabales, y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el fondo de una cueva de la que los bandidos hacian un dormitorio, y la que por consecuencia estaba regada con paja y con heno.

—Maestro!—le gritó el diestro pícaro,—cuando querais poneros á la obra, no tendréis que hacer mas que levantar un poco la voz; y es preciso que no tardeis mucho en hacerlo, porque no tenemos mas que pan y agua por vituallas hoy, y mañana no habrá pan.

Papelon era un pícaro demasiado astuto para prolongar esa lucha.

Obedeciendo á la necesidad, resolvió poner buena cara en tan malas circunstancias.

Habiéndose levantado de la paja, donde habia caido sin hacerse daño, aunque el golpe fué muy fuerte:

—Muchachos,—gritó,—tended la escala, y os otorgamos una buena paz.

Las trampa se abrió y la escala bajó.

Papelon reapareció en medio de sus compañeros, de los que muchos, armados hasta los dientes, guardaban la salida de la casuca.

—Ah!—dijo,—que enciendan los hornos y que me den los materiales; luego, atrás todo el mundo, y que ninguno quiera sorprender mi obra, porque por mi alma que le irá mal.

Bien pronto se iluminó la casuca con una luz roja y ardiente: la materia entró en fusion en anchos crisoles, y Papelon medio desnudo comenzó á hacer sus ligaduras.

Toda la noche empleó en ese trabajo.

Al amanecer, á escepcion de los centinelas colocados interiormente de modo de impedir toda sorpresa, todos los trabajadores bajaron al dormitorio.

Papelon estaba abrumado de fatiga, y sin embargo, no durmió.

Aunque naturalmente era poco temeroso, segun lo hemos visto, presentia algun mal fin á esa aventura; de ahí es que fué el primero que estuvo de pié, cuando se oyeron los gritos de:

—Alerta! Los soldados del rey!

XI.

La policía bajo Cárlos VI.—Prision y fuga de Papelon.—El conde d'Armagnac è Isabel de Baviera.—Rapto de Papelon del hotel de Nesle.—Muerte de Papelon.—Vuelta del duque de Borgoña à Paris.—Isabel y Boisbourdon.

La policía de Paris, bajo el reinado de Cárlos VI, era una cosa singularmente organizada.

Gracias á ella, todos los ladrones' rateros y asesinos, recorrian libremente y con la frente levantada las calles de la capital.

No habia en ellas peligro mas que para los que no tenian dinero, y eran raros, porque el pillage se habia convertido en una cosa sencilla y que no causaba deshonor.

Así es que los grandes señores se entregaban á él con un ardor particular, y el ejemplo, dado por las clases altas, era seguido por las bajas.

Las cosas llegaron á tal punto que, hàcia el fin del siglo XIV, los arrabales, mas espuestos al pillage que las calles del interior, se hicieron inhabitables, segun lo prueba una ordenanza real de aquel tiempo que dice:

"Los que habitan en los lugares llamados arrabales, estàn muy gravados, y se "han retirado de habitar, de vivir y de conservarse en ellos; y por esto estàn y "han empeorado mucho; y se han arruinado muchas y grandes casas, habitacio-"nes y mansiones que estaban allí."

Lo mas curioso es que, para volver á poblar las partes de la ciudad que se hallaban abandonadas y destruidas, la autoridad real no imaginaba otro medio mejor que el de amnistiar á los asesinos, à los ladrones y á los bandidos de toda especie, á fin de que pudiesen establecerse en los lugares y plazas que ellos mismos habian saqueado.

Eso es lo que resulta de otra ordenanza que manda:

"Volver á poblar esa ciudad despoblada tanto por las guerras, mortandades ó por otras causas que cualesquiera hombres, cualesquiera naciones que fuesen, pudiesen, de ahí en adelante, ir à habitar dicha ciudad y sus arrabales, y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudiesen gozar de todas las franquicias, en todos los casos cometidos por ellos, como asesinatos, robos, y todos los demas casos, escepto el crímen de *lesa magestad.*

Animados de este modo, los ladrones no se corregian.

Ninguno de ellos pensaba en abandonar tan buen oficio, que daba honra y provecho.

"La policía de esta ciudad, dice Dulaure, *(Historia de Paris)*, mal ordenada, mal ejecutada por los sargentos ó arqueros, que no obraban mas que cuando tenian un interes personal, no era propia para tranquilizar á los habitantes, respecto de la duracion de las personas y de sus propiedades.

"De ahí es que cada ciudadano tenia armas, y velaba por su conservacion personal.

"Si los arqueros aprehendian á los ladrones, á los asesinos, tenian la esperanza de obtener una parte de la multa á que esos criminales debian ser condenados; pero muy á menudo les soltaban inmediatamente mediante algun dinero.»

Esa era, como se vé, la edad de oro de los bandidos, y no es admirable que hubiese tantos entónces en una ciudad donde se les trataba tan bien.

Con todo, no dejaban de ser ahorcados algunos de cuando en cuando; pero este accidente no sucedia sino á los que eran cogidos sin dinero, ó á aquellos cuyos crímenes hacian tanto ruido para que se hablase de ellos en las altas regiones.

Pues bien, la banda de monederos de que nos ocupamos. se hallaba en ese último caso.

El conde d'Armagnac, todo poderoso entónces, estaba instruido de sus proezas.

Sabia que en otro tiempo el duque de Orléans habia sido cómplice de esa banda, porque eso se decia en alta voz entre el pueblo.

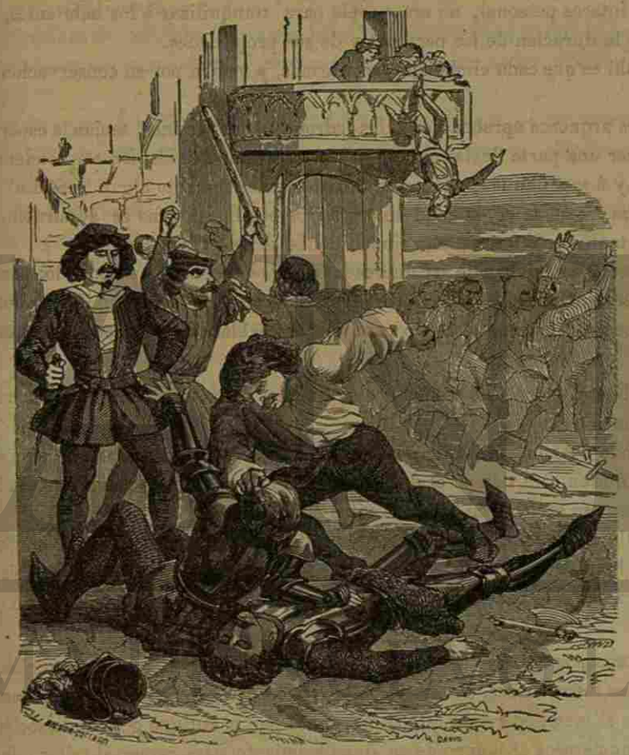
La última hazaña que esas gentes honradas hicieron en el hotel de las Torrecillas, le habia sido referida; y, con el fin de aumentar su popularidad, habia dado las órdenes mas severas para que les buscaran, con el objeto de dar un gran ejemplo.

Arqueros y sargentos se habian puesto en campaña, y despues de muchas esploraciones infructuosas, descubrieron el retiro de la banda, en el mismo momento en que el metal en fusion estaba preparado por el antiguo gefe de la sociedad.

Poco numerosos al tiempo de su descubrimiento para cercar el taller infernal de modo que no pudiese escaparse ninguno de los trabajadores, los sargentos habian ido por refuerzo.

Y ya volvian en bastante número y bien decididos, y esta fué la causa del alerta que dió uno de los bandidos puestos de centinela.

Por mucha prisa que se dieron los monederos en responder á ese grito de alarma, cuando llegaron al ras de la tierra, su taller estaba ya invadido por los arqueros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Papelon fué cogido à la vez por cuatro puños hercúleos, é hizo un esfuerzo desesperado para desasirse.

Lo logró, y de un brinco llegó á la puerta; pero allí, amenazaron su pecho dos alabardas, miéntras que por detras se apoderaban de él los puños de que se habia escapado.

Toda resistencia fué inútil; fué preciso rendirse, y muy pronto todos los bandidos, con las manos atadas à la espalda, se pusieron en marcha entre dos alas de picas, y se dirigieron à la prision.

—Muchacho,—habia dicho en voz baja Papelon al sargento que lo amarraba, no aprietes tanto, y registra mi escarcela, te doy lo que halles en ella, y no me quejaré.

Y el sargento se habia mostrado sensible á ese proceder, de manera que quedaba à Papelon un punto de salvacion, y ya se sabe que era hombre capaz de aprovecharlo.

El cortejo avanzaba hácia el Châtelet, en medio de un pequeño número de curiosos, gracias á la estremidad del frio.

Ya habian llegado cerca del Louvre, cuando Papelon, que no habia dejado de observar en su derredor, echó una mirada furtiva hácia la torre de Nesle, à cuya altura se hallaban en ese momento.

Casi al mismo tiempo rompió sus ataduras, un agudo silbido salió de sus lábios, derribó con los codos á los soldados que le escoltaban, y se lanzó como un rayo sobre el hielo del rio.

Diez arqueros se pusieron á perseguirle; pero ántes de que hubiesen dado los primeros pasos, el escudero de la reina habia atravesado la mitad del rio, y pronto llegó à la puerta del agua de la torre, que se abrió delante de él, y que se cerró tan luego como penetró en el interior.

Entonces se adelantó el oficial que mandaba el destacamento, y mandó abrir en nombre del rey.

La puerta permaneció cerrada; pero el postigo que tenia se abrió, y dejó pasar estas palabras que salian del interior:

—Atras, señor! En este lugar no teneis jurisdiccion.

—No queremos entrar,—respondió el oficial;—pero queremos que se nos entregue al fugitivo que se ha refugiado aquí, y lo pedimos en nombre del rey.

—Y en nombre de la reina regente, os intimamos que os sometais á su autoridad, retirándoos inmediatamente.

El oficial no se atrevió á agravar el conflicto; pero como decian los otros presos que se veian abandonados por su gefe, que este era el mas culpable y el alma de las empresas anteriores, en este sentido se dió un informe al conde de Armagnac.

Precisamente entonces se hallaba el rey en uno de esos raros momentos de lucidez que de tiempo en tiempo disipaban las tinieblas de su inteligencia, y de los cuales se aprovechaba el conde para aumentar su poder.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sire,—dijo al rey, enseñàndole el informe,—¿es tan estraño, que en las tierras que os obedecen, haya tantas gentes descontentas y atentando á vuestra real autoridad, cuando la reina, sin vergüenza ninguna, da tal ejemplo?

—Hermoso primo,—respondió Cárlos,—decis bien; no queremos sufrir tal ultrage, y para reprimirlo, os otorgamos todo el poder, con el fin de que tal cosa no vuelva à suceder en el reino.

Miéntras tanto, Papelon habia llegado al lado de la reina, y le habia referido sin disimulo la aventura que iba á serle tan funesta.

—Mi gentil escudero,—respondió Isabel despues de haber oido con complacencia toda la narracion del maestro ladron,—no queremos que se os pueda pedir una cuenta tan severa de los pecados de vuestra juventud, y con este fin vamos à dar una ordenanza.

Y la orgullosa é intrépida Mesalina, hizo lo que habia dicho.

Pero miéntras que ella mandaba por un lado, el conde d'Armagnac mandaba por otro.

El conflicto no podia dejar de estallar, y estalló.

Al siguiente dia de la audaz evasion de Papelon, la torre de Nesle fué embestida del lado del rio, que seguia helado, al mismo tiempo que una tropa numerosa se presentaba por la puerta principal del hotel de aquel nombre, pidiendo parlamentar, á nombre del rey, con el duque de Berry.

Este duque era valiente: lo habia probado en mas de una circunstancia; pero no podia sufrir que turbasen su reposo y sus costumbres voluptuosas.

De ahí es que recibió mal al parlamentario.

—Que el querido sobrino,—dijo hablando de Cárlos VI,—esté el tiempo que quiera en el hotel de San Pablo ó en otra parte, no queremos molestarle; pero esperamos el mismo privilegio en nuestra residencia.

El oficial protestó entonces su profundo respeto hàcia el tio del rey; y habiendo referido lo que habia pasado la víspera en la torre de Nesle, y como la reina habia tomado bajo su proteccion á un malhechor cogido en flagrante delito, declaró que ni un hombre de su tropa entraria en el hotel si se le entregaba al fugitivo; pero que si no era así, debia, por órden espresa del rey, no retroceder ante ningun obstáculo para sostener la justicia, y penetrar á viva fuerza aun hasta á los aposentos de la reina para aprehender al culpable.

El duque replicó que iba à decirlo á la reina; y en efecto, fué à verla, y la encontró presa de una de esas cóleras terribles que la hacian capaz de todo.

—No sabeis, hermoso tio,—esclamó interrumpiendo al fastuoso castellano desde las primeras palabras que dijo,—no sabeis que el rey nuestro esposo está demente, que somos reina regente de Francia, y que no hay nada mas poderoso que nuestra voluntad.

—Lo sabemos y lo tenemos por verdad, señora, y queremos guardaros respeto; pero no sucede asi con el conde d'Armangac, á quien con demasiada complacencia habeis dejado hacerse señor con perjuicio de vuestros verdaderos amigos, y á quien no podeis hacer volver á su deber, porque no teneis un bueno y grande ejército que oponerle. Así es que creemos que debeis tomar consejo de la prudencia mas bien que de la cólera, siendo ademas cosa muy triste y molesta, que estos grandes debates sean armados por un cortador de bolsillos, á quien habeis tenido la desgracia, demasiado grande, de conceder vuestro favor.

—Favorecemos á quien nos agrada,—replicó Isabel furiosa,—y à los hombres valientes mejor que á los cobardes.

—Por Dios, señora! no hableis así respecto de nos, porque no hemos olvidado manejar la lanza y la espada, y lo harémos ver à ese asesino Juan de Borgoña, con quien teneis tantas cuentas que arreglar.

—No es él, señor, quien nos predicaria la obediencia á un súbdito felon.

En este momento apareció Papelon, quien, en una pieza vecina habia oido ese coloquio.

El audaz pícaro habia comprendido todo el peligro de su situacion; porque era evidente que componiéndose la guardia de la reina de algunos hombres armados, no podian resistir á las tropas encargadas de apoderarse de su persona.

No podia salvarse mas que uniendo la astucia á la audacia; pero esto le sobraba.

El bribon entró sin ser llamado, y dirigiéndose al duque de Berry, quien se quedó estupefacto al ver tal impudencia, le dijo:

—Monseñor, estos debates son muy grandes por una causa tan miserable, y no sufriré que la reina tenga tanto disgusto por mí, que soy su humilde y sumiso servidor. Así, pues, siendo tan inocente como soy de los crímenes que se me imputan, quiero entregarme à los que vienen á aprehenderme. Solo que, como es cierto que no tendré tiempo de testar en el calabozo donde quieren ponerme, pido que se me concedan dos horas de tregua, prometiendo que al cabo de ese tiempo, no opondré resistencia ninguna.

El duque, satisfecho con ese desenlace inesperado, se empeñó en obtener ese plazo, y volvió al hotel donde esperaba el parlamentario.

Las dos horas fueron concedidas, y Papelon se puso à emplearlas en otra cosa distinta de hacer su testamento.

Habiéndole dado la reina plenos poderes para obrar como quisiera, hizo encender un gran fuego en las dos chimeneas del piso mas elevado de la torre.

La leña fué echada abundantemente en aquellas anchas hogueras, de donde bien pronto se elevaron columnas de fuego.

Al mismo tiempo arrancaba de las paredes enormes piedras que echaba en medio de aquellos hornos.

Eso duró algo mas de una hora.

Papelon desplegaba una actividad prodigiosa, y era maravillosamente secundado por los guardias que estaban à su disposicion.

De repente, y de órden suya, se abrieron las ventanas que daban sobre el rio.

y todas aquellas piedras encandescentes, cayeron sobre los soldados que embestian la torre.

Los enormes proyectiles rompieron el hielo, cosi todos aquellos desgraciados fueron aplastados ó tragados por el abismo que se abrió bajo sus piés.

Papelon salió entonces por la puerta del agua, saltando ligeramente sobre un enorme témpano, y ganó rápidamente el centro del rio; pero desde allí vió á algunos soldados que escaparon del desastre, y que se formaban en la otra orilla.

Entónces, en vez de dirigirse hàcia la tierra, fué á refugiarse bajo el puente Nuevo (hoy puente de San Miguel), donde se propuso esperar que llegara la noche á proteger su retirada.

Miéntras tanto, desde la noche precedente, la temperatura habia cedido mucho.

Hacia algunas horas que caía una lluvia fria, y todo anunciaba un prócsimo deshielo; pero la espesura del hielo era tal que el fugitivo creia no tener nada que temer.

De repente se oyó un espantaso rechinido; Papelon sintió que el hielo se movia bajo sus piés.

Entónces, el intrépido bandido se lanzó á la playa, y fué tal su agilidad, que logró llegar à ella.

Pero allí estaban los soldados que le siguieron de léjos, y que le rodearon en cuanto llegó á tierra.

Intentó abrirse paso con la espada en la mano, y cayó casi inmediatamente herido de muerte por un arcabuzazo.

Segun se ha visto mas arriba, ese deshielo fué muy desastroso.

El Sena, en medio de enormes témpanos, arrastraba los restos de los puentes destruidos.

Innúndose la mayor parte del Viejo Paris y muchas casas se cayeron.

Hasta la torre de Nesle estuvo amenazada de arruinarse, porque continuamente chocaban contra ella las vigas, las nieves, los àrboles que cubrian la superficie del rio.

En virtud del proverbio *muerta la béstia, muerto el veneno*, el negocio de Papelon no tuvo otra consecuencia sino la de que sus compañeros fueran ahorcados.

Pero Isabel no debia dejar fácilmente que le arrancaran el poder supremo.

En cuanto se restablecieron las comunicaciones entre las dos orillas del Sena, fué á instalarse al palacio de Vincennes, desde donde comenzó á tener con el duque de Borgoña una correspondencia muy activa.

Por su parte, Juan-sin-Miedo no necesitaba de ser estimulado para obrar como señor, é intentó abiertamente la usurpacion del trono de su rey.

De vuelta en sus Estados despues del asesinato del duque de Orléans, su primer cuidado habia sido reunir tropas, porque esperaba que pronto le atacaran.

Viendo que no sucedia nada, comprendió que le tenian miedo, y habiéndole

confirmado en esa opinion los mensages de Isabel, resolvió llevar la audacia hasta el estremo.

Se puso en marcha sobre Paris al frente de treinta mil combatientes, llegó sin hallar obstáculos hasta los muros de la capital, y de ahí, acompañado de muchos señores, fué al hotel de San Pablo, donde el rey le recibió.

—Muy querido señor,—le dijo el duque,—no hay hombre sábio y prudente, que no pueda librarse de la tentacion, à causa de la gran malicia y de la villana maldad del diablo, y así me sucedió con perjuicio de mi hermoso primo Luis de Orléans, quien murió à mis manos. Con todo, esperamos mostraros que no obramos así sin causa, porque el duque de Orléans era por cierto un gran mágico, brujo y maestro de todas las maldades y diabluras, asesino y envenenador de las gentes buenas. Os suplicamos, pues, Sire, que reunais una gran asamblea de señores, escribanos y vecinos, para que ante ella podamos decir y mostrar que en este negocio hemos hecho justicia, y que la muerte del duque no se nos puede imputar como un crímen.

—Hermoso primo,—respondió Cárlos,—se hará lo que deseais; pero en esta ocurrencia, no olvideis que el difunto duque de Orléans era nuestro hermano muy amado.

—Así lo harémos, Sire, porque queremos guardaros respeto.

Pero Juan de Borgoña, à pesar de esta promesa, se manifestó muy poco respetuoso en la asamblea convocada; se hizo ayudar en calidad de abogado, por un doctor en teología llamado Juan Petit, quien, en una larga y enfática disertacion, se esforzó en demostrar que la mágia era crímen de lesa-magestad divina y humana, y que los brujos y envenenadores debian ser quemados vivos, de donde concluyó despues de un diluvio de frases, que el duque de Orléans habia debido creerse feliz de haber muerto por el hierro, cuando debió morir por el fuego.

Es verdad que despues de haber demostrado la necesidad de quemar á los mágicos se olvidó de probar que Luis de Orléans era mágico; pero suplió esta formalidad, declarando: *que siempre es permitido matar á los príncipes á quienes se cree tiranos.*

Quién lo creyera!

Esa monstruosa apología del asesinato, condenada por el obispo de Paris, fué aprobada por tres cardenales.

Cárlos VI adoptó la opinion de los últimos, y perdonó á Juan-sin-Miedo, quien, vuelto á la gracia, comenzó á batir en brecha el favor de que gozaba el conde d'Armagnac.

Este, con el fin de sostener mejor la lucha, se unió al hijo del duque de Orléans, quien habia jurado vengar á su padre, y habia logrado que el del delfin se adhiriera á su partido.

De este modo la Francia entera se dividió entre armagnacs y burguiñones.

Dos veces estalló la guerra civil, y dos veces se hizo la paz por empeños del duque de Berry, que habia vuelto á tomar su papel de conciliador; pero la últi-

ma de esas paces firmada en Vincestre (hoy Bicêtre), palacio que entonces pertenecia al duque de Berry, fué violada casi inmediatamente despues de concluida.

"Los dos partidos aspiraban al poder soberano, á la hacienda del Estado.

"Ninguno de los dos pensaba en la felicidad de la Francia."

"Cada uno tenia el apoyo de señores, de caballeros, de gentiles-hombres, quienes por sus continuas banderías y por sus actos de ferocidad, se convirtieron en plaga de los campos y de las ciudades. (DULAURE.—*Historia de Paris.*)"

"Todos esos movimientos de hombres armados, dice otro escritor, (JULIO CHATEAU.—*El hotel de Nesle*), no se diferenciaban de una guerra abierta para el pueblo.

"Amigos, enemigos, compatriotas y estrangeros, Burguiñones y Armagnacs, todos rivalizaban en oprimir á los habitantes de las ciudades y de los campos.

"Bandas armadas recorrian el país en todas direcciones, saqueaban á los ricos, mataban á los pobres, violadan á las mugeres, pillaban las casas y luego las incendiaban.

"Cada lugar donde pasaba la noche alguna de esas bandas, se asemejaba á otro dia à un campo de batalla abandonado.

"Las mieses estaban pisoteadas por los hombres y por los caballos, los bosques quemados, las habitaciones destruidas; y cuando la hambre causada por esas destrucciones, obligaba á las gentes armadas á buscar un canton ménos arruinado, los habitantes del canton abandonado se morian de hambre y de miseria.

"En medio de esta desolacion, algunos puntos del territorio escaparon al principio de esa calamidad universal.

"Esos puntos eran los monasterios, únicos asilos abiertos á los hombres pacíficos que querian poner en segnridad sus bienes y sus vidas.

"Despues, tambien esos lugares venerados fueron presa de la rapacidad de las bandas armadas, las que impusieron rescate á los conventos y á las abadías.

"El pobre pueblo luchaba en vano contra todas esas plagas, con su trabajo y con su industria.

"Un grito general de dolor y de desesperacion se levantaba de aquella desgraciada Francia."

Y en medio de tantos desastres, ¿qué hacia la ardiente y cruel Isabel?

Presa de un nuevo y violento amor que le habia inspirado un jóven señor llamado Boisbourdon, tenia en el palacio de Vincennes su corte de amor y de placer, y de allí, algunas veces, bajando por el agua hasta la torre de Nesle con su nuevo favorito, iba á encerrarse á aquel retiro.

Allí, ocultos á todas las miradas, los dos amantes pasaban dias enteros.

Boisbourdon, que era à la vez jóven, espiritual y hermoso, habia seducido á la reina, tanto por el espíritu como por los sentidos, y habia llevado á aquella imperiosa princesa á tal grado de sumision, que arrodillada á su lado, en ciertos



momentos de éstasis, espiaba la menor seña de su voluntad para someterse á ella inmediatamente.

Para ellos pasaba rápidamente el tiempo en aquella residencia, y era tal su ceguedad, que la tormenta que crecia en el horizonte, no aparecia á sus ojos sino como un punto en el espacio.

Esa tormenta que hacia tiempo que rugia, debia ser larga y terrible.

Ella habia de llevar al duque de Borgoña al poder supremo, y el duque, de concierto con Isabel, su infame cómplice, debia vender la Francia à los ingleses.

Sin embargo, no entrarémos mas adelante en esos detalles históricos que están consignados en otro lugar (1); y nos limitarémos á decir, que Boisbourdon, preso y sentenciado á muerte de órden del rey, no teniendo mas recurso, se echó en los brazos del duque de Borgoña, quien de este modo se convirtió en árbitro de los destinos de la Francia.

En medio de todas esas abominaciones, de todos esos desastres, el duque de Berry, quien no dejaba de tener miedo, ni algo que reprocharse, se acordó de los dias de su juventud en los que habia adquirido alguna gloria; se indignó de ver á la Francia presa de una Mesalina sostenida por un asesino; acaso tambien estaba profundamente agraviado por el desden con que veian sus leyes los gobernantes qne tanto le debian, tomó la resolucion de ir á Angers, para donde estaban convocados todos los señores del partido de los Armagnacs ó de los Orléans, que no hacian mas que uno, y de combatir en sus filas para derribar á Juan-sin-Miedo.

El primer acto de hostilidad del viejo duque, fué echar de la torre de Nesle à todos los sirvientes de la reina que siempre estaban allí, annque parecia que su soberana habia abandonado enteramente aquel retiro, y en seguida todo lo puso en obra para reclutarse partidarios.

En medio de todos estos preparativos una cosa le desgarraba el corazon.

Blanca, su muy amada hija, su única heredera, angel de diez y seís años, de rubia cabellera, de formas aéreas, de alma amorosa, y de voz encantadora; Blanca, apénas convaleciente de una grave enfermedad, estaba imposibilitada de salir, del hotel de Nesle.

Era una cosa terrible para el duque dejar à su hija querida á merced de sus enemigos; sin embargo, se tranquilizaba un poco, mirando las fortificaciones de que estaba rodeado el hotel, y que de cierto modo, hacian de él una de las llaves de Paris.

—Yerno,—decia á Tomas de Mercq, valiente gentil-hombre que aspiraba à la mano de Blanca, su hija,—vamos á dejar aquí una buena guardia á la que volverémos á ver pronto, porque ciertamente que harémos una campaña corta y feliz.

---

(1) Historia del T.rreon de V.ncennes, 1.ª entrega.—Paris, Boisgard, editor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

—Monseñor,—respondia Tomas, poco amante de batallas en ese momento, —la guerra y el juego son cosas de azar; y ninguno puede decir de qué lado caerá el dado.

—Teneis miedo?

—Ah! monseñor, no me hagais tal injuria; soy todo vuestro y de la señorita Blanca, vuestra muy amada hija.

—Me seguiréis à Angers?

—Os seguiria al infierno, si quisièrais ir á ese lugar tan maldito; pero cuàndo son las nupcias monseñor?

Cuando se haga la paz, yerno mio; y eso no está léjos, si Dios quiere.

Algo tranquilizado con esas palabras, Tomas de Mercq no se atrevió á manifestar vacilacion y se dispuso á partir.

Blanca se aterrorizó cuando supo que su padre se disponia à marchar á la guerra.

—Padre mio,—le dijo derretida en llanto,—no habeis combatido gloriosamente en otro tiempo para absteneros ahora de tomar parte en semejantes querellas, y queréis abandonarme en este lugar, rodeada de enemigos?

—Càlmate, hija mia,—respondió el duque. Te dejamos una buena y formidable guardia, y hemos reforzado de tal modo nuestras murallas, que el burguiñon no podria tomarlas, aun cuando estuviese al frente de cincuenta mil lanzas; y en caso de sorpresa, hemos puesto la torre de la orilla del agua en un estado de defensa tal, que seria un retiro seguro.

—Y quién me harà estar en seguridad, cuando sepa yo que estais empeñado en una de esas largas batallas sin cuartel?

—Blanca, haréis tan poco caso del honor de vuestra casa, que podais sufrir la insolencia de esos miserables que pretenden ser dueños del reino, y rechazarnos de la administracion de los negocios, cuando debiamos ser el solo encargado de ellos?

—Querido padre, no podré pensar en otra cosa, mas que en el peligro que vais á correr.

—Entonces, hija mia, manifiesta un corazon mas grande, y sigue el ejemplo de la duquesa de Orléans que hizo jurar á sus hijos, sobre el cuerpo de su padre, tamar venganza de su muerte.

—Permitidme que os digamos, querido padre, que no os pertenece esa querella.

—Blanca, querida hija, no te dejes dominar por el temor. Aun cuando el Bourguiñon no nos despreciara tanto que nos ha prohibido entrar en el hotel de San Pablo, no podriamos olvidar completamente el asesinato cometido por él en la persona de nuestro amado sobrino. A falta del rey, privado de razón, solo podemos recurrir à Dios y à esta espada, y así cumplimos con nuestro honor.

Nada pudo debilitar la resolucion del duque de Berry.

Su orgullo ultrajado fué superior à su amor por el placer; y el dia fijado para la partida, bajó armado de punta en blanco para subir à caballo, sin haber visto á Blanca, cuyas lágrimas temia.

Pero la jóven habia oido el ruido de las armaduras y los piafidos de los caballos.

Corrió desolada, llegó al lado de su padre en el momento en que iba á subir á su caballo de batalla, y abrazó sus rodillas suplicándole que no la abandonara.

Era un espectáculo tierno ver á aquella jóven desmelenada, derretida en llanto, prosternada en medio de todos aquellos guerreros forrados de lienzos.

El duque se conmovió vivamente; pero ménos que nunca ya era imposible retroceder.

Se limitó, pues, á prodigar consuelos á aquella querida niña, quien, desesperada, fué llevada á su aposento por sus doncellas, que habian seguido sus pisadas.

De este modo, léjos de cesar las querellas, se envenenaban.

Toda esperanza de paz habia desaparecido.

El espléndido hotel de Nesle estaba convertido en fortaleza; y en la torre de la orilla del agua brillaban los lanzas de las centinelas que sostenian á los Armagnacs, miéntras que en las torres del hotel de San Pablo, se veían las de los Bourguiñones.

Entónces no se necesitaba mas que una chispa para encender á Paris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Los Goys y los Cabochianos.—Insurreccion suscitada por el duque de Borgoña.—El duque de Berry solicita de los Cabochianos el permiso de volver al hotel de Nesle.—Omnipotencia del carnicero Caboche.—Los Cabochianos marchan contra el hotel de Nesle.—Blanca se refugia en la torre de la orilla del agua.

La partida del duque de Berry para Angers, causó una viva inquietud al duque de Borgoña.

La coalicion de los príncipes, que era ya tan temible, iba á ser mas poderosa todavía, porque Juan de Berry tenia numerosos vasallos.

A pesar de su prodigalidad, sus recursos financieros estaban léjos de haberse agotado, y miéntras que el desgraciado Cárlos VI, confinado en el hotel de San Pablo, se veía obligado á vender su capilla para vivir, su fastuoso tio continuaba prodigando oro, y no cambiaba nada de sus suntuosas costumbres.

No necesitaba mas para atraerse en su derredor la mayor parte de la nobleza de Francia, y particularmente á los jóvenes, que componian la principal fuerza del país.

Juan-sin-Miedo comprendió que no podia sostener la lucha, sino apoyàndose en el pueblo, y comenzó por establecer en Paris una compañía llamada *milicia real*, mandada por tres carniceros llamados *Goys*, milicia cuya indisciplina y avidez aumentaron mas los males que abrumaban à Paris y sus alrededores.

Por todas partes no habia mas que robos, asesinatos, incendios.

Saint-Cloud y San Dionisio, tomados y recobrados sucesivamente por los dos partidos, fueron teatro de espantosas escenas.

Sin embargo, nada se emprendió entónces contra el hotel de Nesle, porque el duque de Berry era generalmente querido de los parisienses, y aunque se hubiese declarado por los armagnacs, y aunque estaba en la campaña al pié de numerosas bandas, las guardias que habia dejado en su real residencia, observaban cierta neutralidad, rehusando igualmente hacer causa comun con los bourguiñones ó con los armagnacs, cuyos numerosos partidos se presentaban á menudo hasta bajo los muros de aquella magnífica habitacion.

Juan-sin-Miedo, mas convencido que nunca de que no podria llegar á sus fines sino con el apoyo de los parisienses, sin conmoverse por los terribles escesos á que se entregaban los Goys, pensó en darles ausiliares, y esta vez tambien buscò sus gefes entre los carniceros.

"Este duque levantó en esta ciudad (Paris) una tropa de carniceros y desolladores de béstias, cuyo capitan era un tal Simon Caboche.

"Hizo sublevar la clase inferior de los habitantes; y este ejército, mandado por el Sr. de Jacqueville, y dirigido por un médico llamado Juan de Troyes, partió de la casa del ayuntamiento, marchó hàcia la calle de San Antonio, y llegó delante del hotel donde vivia el duque de Guyenne, hijo del rey, y donde tambien estaba el duque de Borgoña.

"Allí pidió aquella tropa amenazadora que se le entregase la mayor parte de los oficiales del duque de Guyenne.

"Fueron entregados y llevados presos al hotel d'Artois, y de allí á la torre de Bois, cerca del Louvre.

"El delfin ecsigió del duque de Borgoña, su cuñado, que jurara sobre una *cruz de oro fino*, que no se haria ningun mal á los presos.

"Pedro Desessarts, quien mandaba la Bastilla, entregó esta fortaleza al mismo duque, quien, bajo juramento le prometió toda seguridad; pero inmediatamente que Desessarts abrió las puertas, fué cogido, aprisionado, acusado de diversos crímenes y decapitado (1)."

Al salir de la capital el duque de Berry, habia contado con alguna batalla prócsima y decisiva; de ahì es que se desconcertò cruelmente, cuando vió que no se trataba mas que de una guerra de partidarios, cuyo principal objeto parecia ser el pillage.

Con todo, permaneció entre los confederados, miéntras que pudo esperar que las cosas tomaran otro aspecto.

Pero al cabo de diez y ocho meses, viendo que tanto por una como por otra parte estaban en el mismo punto, y que las hostilidades amenazaban con ser interminables, degenerando la guerra en robos á mano armada, en los que no salian victoriosos mas que los ladrones mas diestros ó mas atrevidos; cuando el duque de Berry vió eso, decimos, se disgustò; comenzó por lamentarse de haberse adunado á ese partido en el que los ladrones estaban en mayorìa, y sintió el deseo de volver á seguir la dulce vida de sibarita en su hotel, del que se arrepentia de haber salido.

Pero eso era poco fácil, porque la desesperacion de la milicia parisiense habia llegado á su colmo.

El carnicero ó matador Caboche se habia hecho dueño absoluto de Paris, y no

(1) DULAURE.—*Historia de Paris.*—*Historia de la Bastilla.*—Boisgard ,editor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasaba dia que no hubiese en la capital alguna sangrienta ejecucion de armagnacs, sin juicio prévio, y por la sola decision de Caboche, quien disponia soberanamente de las vidas y haciendas de los ciudadanos.

Caboche, que ya habia hecho saquear gran número de hoteles, cuyos propietarios ausentes eran tenidos por armagnacs, no habia, segun hemos dicho, intentado nada contra el hotel de Nesle.

Pero en eso no habia hecho mas que obedecer las órdenes de su señor y amo el duque de Borgoña, quien queria dejar una puerta abierta á los disidentes, esperando que, cansados de la guerra, los mas ecsaltados acabarian por rendirsele.

Instruido de estos detalles, el duque de Berry escribió á Juan-sin-Miedo:

"Hermoso sobrino: No necesito deciros que siempre os he estimado mucho, y si desgraciadamente hemos estado divididos en algunos puntos, ha sido porque no nos hemos entendido.

"Queriendo remediar esto, os hacemos saber que, satisfecho de vuestro gobierno el que conducís sábiamente con la reina, estamos resueltos á volver á nuestro hotel de Nesle, y para esto, os rogamos que nos quede el paso libre, y que á este fin no se opongan vuestras gentes.

"Mediante lo cual, amado sobrino, os tendrémes por querido y amado nuestro."

Nada podia agradar tanto á Juan-sin-Miedo como esta sumision; pero precisamente á causa de la importancia que le daba, no quiso admitirla con mucha facilidad.

Respondió, pues, al duque de Berry, que en cuanto á él, creia en los nuevos sentimientos de su querido tio, y los elogiaba mucho; pero que, á causa de las desgracias de los tiempos, no mandaba solo y que le era preciso contar con Simon Caboche, capitan general de la milicia parisiense, que era el único que disponia de las fuerzas de la capital.

Pedir à ese carnicero el permiso de volver à su casa, era una gran vergüenza para el duque de Berry, quien por ningun precio la habria sufrido en otro tiempo; pero ahora ya era viejo, y la última campaña le habia debilitado tanto moral como físicamente.

Se decidió, pues, à enviar un heraldo al capitan general, para cuya concesion, decia Juan-sin-Miedo, que no tenia bastante poder.

Miéntras que el heraldo cabalgaba hácia Paris, el duque de Borgoña hacia llamar á Simonet.

—Compadre,—le dijo,—habeis trabajado mucho en estos últimos tiempos. Es preciso que no os detengais en tan buen camino.

—Monseñor, lo que deseamos sobre todo es hacer vuestra voluntad, y por eso no cedemos ni á los Goys, ni á los Sainctyon, ni á los Tiber.

Esos personages de que hablaba Caboche, eran, lo mismo que él, carniceros ricos que tenian sus partidarios, y quienes, en ciertas circunstancias contrapesaban el poder del capitan general.

Aunque Caboche obraba de concierto con ellos, temia su influencia y no descuidaba nada para rebajarles.

—Sabemos,—continuó el duque,—que sois buenos y fieles defensores de nuestra autoridad, que es la del rey nuestro señor, la de la reina y del duque de Guyenne, hijo del rey, á quien à pesar suyo, queremos defender contra las empresas de los armagnacs, entre los cuales se ha echado desgraciadamente por culpa del traidor y cobarde Bernardo de Armagnac. Y por eso, seréis ciertamente bien recompensados; porque incesantemente queremos devolver á la ciudad de Paris sus derechos y franquicias, restablecer el prevoste de los mercaderes y les regidores en sus bienes, honras y dignidades, (1); pero no lo podemos hacer miéntras los armagnacs no sean reducidos á una completa impotencia; y no seria asi, si los mas considerables volvieran á esta ciudad, so pretesto de paz, cuando tienen la

(1) Estas franquicias habian sido quitadas á los parisienses, veintinueve años ántes con motivo de la insurreccion llamada de los *Millot*.

En 1381, el duque d'Anjou, tio del rey, quiso establecer nuevos impuestos, en contra de la promesa que habia hecho de aligerar las cargas al pueblo; los parisienses se sublevaron y juraron matar á todos los perceptores del impuesto, juramento que fué bien cumplido.

Al dia siguiente, 1.° de Marzo de 1381, se oian en las calles gritos sediciosos: los sublevados corrieron à las armas; los que no tenian fueron á derribar las puertas de las casas consistoriales, y cogieron mazos de plomo fabricados por órden de Cárlos V.

Derribaron las puertas de las prisiones, los detenidos en ellas salieron en libertad, las casas fueron hechas pedazos.

Amenazaron sin piedad á los perceptores del impuesto.

Uno de ellos se refugió como en un asilo sagrado en la iglesia de Sain-Jacques-de-l'Hôpital, al pié del altar mayor, y de allí fué arrancado y asesinado.

El saqueo siguió á los asesinatos.

Las casas de aquellos á quienes habian matado fueron desamuebladas, quemadas, derribadas.

Saciado su furor el pueblo comenzó á temer las consecuencias de sus desórdenes.

La Universidad de Paris se encargó de ir á Vincennes á pedir al rey el perdon de los culpables.

Ese perdon fué aparentemente concedido; pero á consecuencia de órdenes secretas el prevoste de Paris hizo arrestar durante la noche á un gran número de personas, y las hizo echar en el Sena atadas de piés y manos.

Todo parecia concluido; pero el año siguiente, volviendo Cárlos VI de Flandes á la cabeza de su ejército victorioso, pensó tomar de los parisienses una venganza ruidosa.

El 11 de Enero de 1382, los príncipes y el jóven rey partieron de San Dionisio á la cabeza de los tres cuerpos de ejército, dirigiéndose á la capital.

A esta noticia, el prevoste de los mercaderes y los regidores fueron á su encuentro, y pusieron á los piés del rey los presentes de costumbre y las llaves de la ciudad.

Esas ofrendas fueron rechazadas con desprecio.

Los príncipes querian entrar en Paris rompiendo sus puertas.

Bien pronto ocuparon sus numerosas tropas las principales calles y plazas de la capital; trescientos de los mas ricos ciudadanos fueron presos, degollados; quitaron las cadenas que se tenia costumbre de atravesar en las calles durante la noche, y so pena de muerte se mandó á los parisienses entregar las armas en el Louvre.

En fin, el rey, por una ordenanza, abolió el prevostazgo de los mercaderes, los corregimientos y las comunidades de todos los oficios y suprimió las partidas de cuarenta, cincuenta ó cien hombres, establecidas para la defensa de la ciudad, &c., &c.

El duque de Berry habia tomado mucha parte en esos actos de venganza, que no podiamos dejar de recordar para la buena inteligencia de los hechos subsecuentes que conciernen á ese príncipe.

rabia en el corazon. No seria así si quisiera hacer eso el duque de Berry, quien viene de Auvernia, donde á la cabeza de un partido de armagnacs, ha asesinado y robado sin piedad ni escepcion, á un gran número de aldeanos. Supongamos que se proponga negociar y volver á la gracia del rey. No es de él de quien recibiréis franquicias, porque à él se le debe su supresion, y no es hombre que ha de destruir su obra.

—Por San Javier! Monseñor, le harémos ver que recordamos sus maldades, y os prometemos no sufrirle en la ciudad de Paris.

—Para eso, compadre, es preciso que vigileis, porque ese príncipe es muy astuto, y es hombre que engaña á los mas vivos con una inconcebible facilidad.

—No temais, monseñor, que engañe á los carniceros de Paris. Si vuelve, sabrèmos donde cogerle, y le enseñarémos que su hotel de Nesle no es una fortaleza tan formidable como á él le parece.

—Id, pues, compadre, y manifestaos siempre tan buen servidor y amigo del pueblo: no lo olvidarémos.

Orgulloso de gozar tanto del favor de ese príncipe, Caboche volvió al atrio de Nuestra Señora, donde estaba situada su tienda, y donde pronto, al son de la trompeta, fueron á rodearle sus colegas.

El capitan, á fin de que todos lo oyeran, subió en su mostrador, y con una voz estentórea les hizo esta alocucion:

—Compañeros! No es hora de dormir cuando velan los armagnacs, y cuando á nuestro encuentro se trafica con la traicion.

—Viva Borgoña!....Viva Borgoña!....Mueran los armagnacs!—gritaron los carniceros.

—Bien dicho, hijos mios,—replicó Caboche;—pero debeis saber que las malas fieras no son fáciles de matar. De ahì es que debemos tener mucho cuidado; porque sabemos de ciencia cierta, que algunos señores de los que han sangrado al pobre pueblo le quieren sangrar de nuevo y sin piedad, y para eso fingirán abandonar á los armagnacs, con el objeto de traicionarnos mejor y entregarnos.

—Sus! Mueran los armagnacs!....gritó la multitud.

—Y, à causa de dichas traiciones,—continuó Caboche,—venimos á pediros que se doble la guardia de la puerta de Nesle, porque para algunos malvados ese es el punto mas accesible.

Estas últimas palabras del capitan, resfriaron un poco el entusiasmo de los carniceros.

Matar, saquear, amenazar, armar ruido, eran para ellos cosas agradables y que mucho les divertian.

Pero montar tristemente la guardia soplándose los dedos, les parecia un pasatiempo mucho ménos agradable, y à los gritos de muerte comenzaban à succeder los murmullos de descontento, cuando otro orador saltó á la tribuna improvisada por Caboche, y esclamó:

—Loor á los carniceros del atrio! Pero, puesto que ellos hacen buena guerra, no es justo que tengan toda la carga y otros no. Así, pues, requerimos á los de Santa Genoveva y del Châtelet, que ya que son nuestros para la batalla, lo sean tambien para guardar las puertas de las murallas.

Ruidosas aclamaciones acogieron esas palabras, y resolvieron enviar diputaciones á los otros carniceros de Paris.

Miéntras tanto, el heraldo enviado por el duque de Berry, se habia presentado á la puerta del hotel de Nesle, no porque estuviese todavía accesible como lo habia dicho Caboche, sino porque desde allí podia cambiar señales con los guardias del hotel, y penetrar hasta Blanca, á quien tenia encargo de instruir de la vuelta de su padre.

En efecto, llegó hasta ella, con tanta mas facilidad cuanto que, desde lo alto de la torre de la orilla del agua donde ella se paseaba, le habia reconocido por sus colores.

—Ah!—esclamó al saber la respuesta que Juan-sin-Miedo habia dado al duque de Berry,—por qué se dejó seducir por los Orléans mi muy adorado padre? Hay cosa mas triste y desagradable que tener que pedir gracia à estos carniceros?

—Señorita,—dijo el enviado,—monseñor el duque sabe bien que nada tiene que esperar de semejantes gentes; y no quiere mas que ganar tiempo para volver á entrar furtivamente en este hotel, y esperar en él el fin de la guerra, porque en ninguna otra parte podria estar seguro.

—Id á ver á esos carniceros y que Dios os guarde!

El heraldo volvió à montar à caballo algunos instantes despues, y se dirigió hácia la Cité.

Desde la plataforma de la torre á donde habia vuelto, Blanca le siguió con la mirada hasta perderle de vista.

El corazon de la jóven estaba agitado por funestos presentimientos.

Se le figuraba que esa aparente sumision de su padre, debia causar alguna catástrofe terrible, y se prometió no salir ese dia de la torre, donde segun su padre le habia afirmado, estaria segura, sucediese lo que sucediese.

Cuando el heraldo llegó al átrio de Nuestra Señora, aún estaban reunidos allí los carniceros.

En vez de apearse para penetrar entre aquella multitud, sacó su caballo á riesgo de atropellar y de derribar à los hombres, á las mugeres y á los niños, porque todas las habitaciones se habian vaciado, y todo el mundo habia acudido á oir las mociones de Caboche y de los suyos.

Inmediatamente se levantaron gritos é imprecaciones contra el malhadado caballero.

Pero él, sin manifestar que hacia caso de ellos, se paró sobre los estribos, y con una voz tan formidable que dominó el tumulto, preguntó donde estaba el carnicero Caboche.

Al instante, un hombre de formas hercúleas, con los brazos desnudos, armado

de un largo cuchillo teñido con sangre, se adelantó en medio de la multitud, la cual se abrió apresuradamente ante él, y asiendo con una mano la brida del caballo, miéntras que con la otra levantaba su cuchillo, dijo:

—Yo soy el carnicero Caboche, capitan de los vecinos de Paris, y desollador de armagnacs y de otras béstias maléficas. Dí ahora quién eres, y cuidado como mientes, porque si tal haces puedes morir sin confesion!

El heraldo se afirmó en la silla; pero sin manifestar turbacion.

Era un guerrero valiente, incapaz de espantarse por tan poco.

—Capitan carnicero,—le dijo;—no estaria aquí si no lo hubiera deseado tu amo el duque de Borgoña.

—Señor,—dijo Caboche súbitamente calmado,—si venís de parte de monseñor Juan-sin-Miedo, amigo del pueblo y del rey, os escuchamos respetuosamente.

—Dios no quiera que pertenezca yo al burguiñon!—replicó el heraldo encabritando su caballo para apartar á la multitud. Soy de monseñor el duque de Berry, quien advertido por su sobrino Juan de Borgoña, os pide que le dejeis volver en paz á su hotel de Nesle, prometiendo que en lo de adelante no tomará parte ninguna en vuestras querellas.

Oyóse entre la multitud un murmullo de satisfaccion.

A causa de su magnificencia y de su prodigalidad, que se alimentaban de los sudores del pueblo, el duque de Berry era amado de las clases comerciantes, á las cuales aprovechaba su lujo, y les parecia que su vuelta debia tener sobre todos la mas benéfica influencia.

—Heraldo maldito!—esclamó Caboche;—nos crees diferentes de lo que somos Crees que no sabemos la traicion del duque tu amo, quien de burguiñon se hizo armagnac, y como tal, hace mas de un año la guerra?

—No queremos decir lo contrario, señor capitan carnicero. Monseñor el duque de Berry hace lo que le agrada, y siempre es una cosa buena y respetable. Pues bien, ahora le agrada haceros saber que ya no quiere batallar ni en pro ni en contra de los armagacs ó de los burguiñones, sino vivir en paz con todos, y segun su costumbre hacer donativos á los necesitados.

Manifestóse en el auditorio un nuevo movimiento favorable.

Las manos de algunos principales carniceros se tendieron hácia el heraldo, y los gritos de:

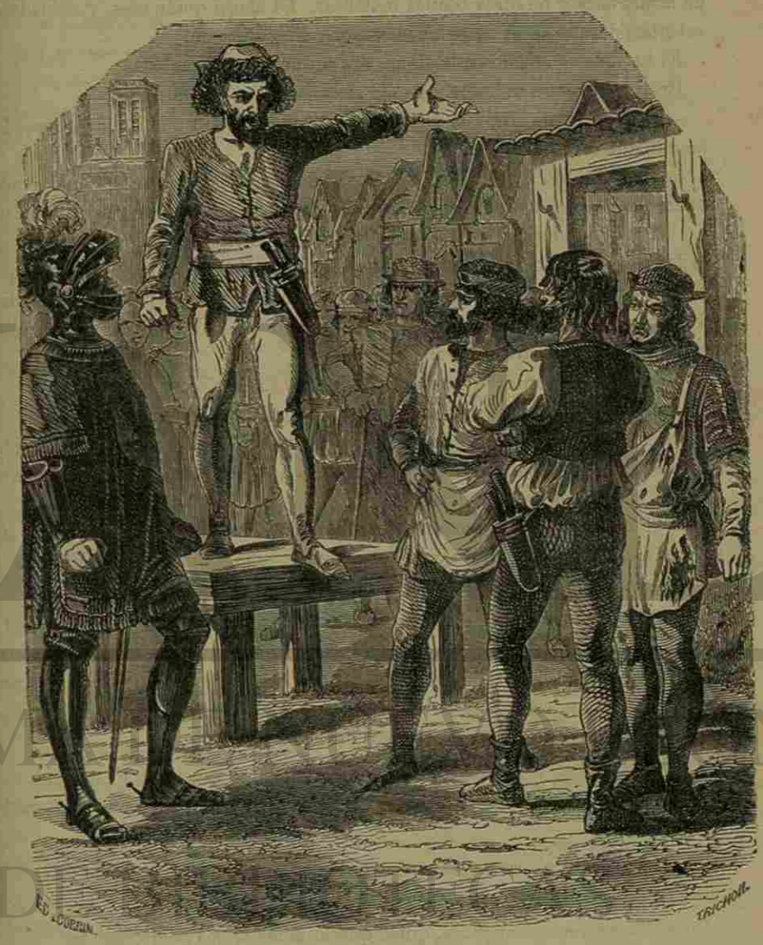
—Berry! Berry! comenzaron á mezclarse con los de:

—Borgoña!

Eso no convenia al capitan, quien queria cumplir sus compromisos.

Saltó, pues, de nuevo sobre su mostrador, y esclamó:

—Compañeros! si quereis ir á conocer al diablo, no podeis tomar mejor camino que el de tender la mano á los armagnacs, los cuales todos estàn escomulgados por bula de monseñor el Papa Urbano V.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No hableis de esa bula falsa,—dijo el heraldo del duque,—porque no hay doctor en la universidad que no sepa que es de mala ley, y completamente falsa.

—Mientes!—gritó Caboche,—y para sostenerla, hallarémos cien doctores contra uno.

El audaz carnicero estaba de dicha; porque en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras, sonaron todas las campanas de Nuestra Señora, se abrieron todas las puertas de la basílica y la multitud se precipitó en el templo.

Allí, delante del altar mayor, rodeado de todo el clero, el obispo de Paris pronunció solemnemente la ex-comunion de los armagnacs.

Caboche, que se habia quedado en su mostrador, supo bien pronto lo que pasaba en el templo, y al instante su rostro se puso radiante de alegría.

—Hijos!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones y señalando con el dedo al enviado del duque de Berry,—quereis ahora hacer alianza con el diablo? Para eso no os costará grande trabajo, porque ahí está en persona y ha venido á tentaros.

—Atrás, Satanás!—gritaron algunas voces.

—Y ahora, hermanos mios,—continuó Caboche,—no veis que Juan de Berry, el armagnac, traidor al rey nuestro señor, no os pide la entrada á su hotel de Nesle, sino para entregar la ciudad á sus hermanos en diabluras y maleficios, y hacernos degollar á todos los hombres, á todas las mugeres, á todos los niños?.. Por Santiago! Hemos olido la trampa!....Sus! Muera el traidor! Muera!.... Muera!

Y con el dedo señalaba al heraldo.

Este habia permanecido tranquilo en medio de la tempestad.

Solo ol oir las últimas palabras del carnicero, llevó la mano á su espada.

—Hola! bribones!—dijo,—venia á traeros perdon, y me alegro de que le hayais desechado, porque necesitais hacer una ruda penitencia, y esta no os faltará.

A estas palabras volvió bridas, picó los hijares de su caballo, y desapareció dejando á Caboche dueño del terreno.

Caboche era à la vez muy audaz y muy hàbil, para no sacar todo el partido posible de circunstancias tan favorables.

—Hijos!—esclamó,—dejad partir al traidor; pronto volverêmos á hallarle, y pasando sobre él, irémos muy mas allà. Nada de perdon para los traidores! Al hotel de Nesle!....Porque si el traidor duque puede volver à él, se apoderará de esa puerta, y serémos sorprendidos y esterminados.

Y el pueblo, esa miserable veleta, quien en todo tiempo se vuelve á donde va el viento, se puso á gritar:

—Sus! Sus! Al hotel de Nesle!

—Silencio, hijos mios,—continuó Caboche, quien queria aprovecharse de la ocasion para asegurarse de su omnipotencia,—dejemos el paso libre á los imprudentes, y que los prudentes marchen en columna cerrada; para esto no estarán de sobra los Goys, los Sainctyon y los Tiber, de quienes hablábamos hace un

instante. Avisad, pues, á nuestros cofrades para que marchemos juntos y trabajemos con utilidad, porque no es cosa tan fácil tomar y saquear ese hotel que el duque de Berry ha convertido en fortaleza.

Las diputaciones partieron, y todos los que habian ido sin armas, fueron á armarse.

La mayor parte de los carniceros, no tenian mas que unos anchos y largos cuchillos; pero que eran armas terribles, como lo habian probado mas de una vez, manejadas por sus manos.

Muchos tenian largas y pesadas espadas que manejaban á dos manos, y algunos estaban armados de arcabuces.

Estos se colocaron à la cabeza de la columna, la que bien pronto se puso en marcha.

Conducida por su gefe Caboche, bajó la calle de San Cristóbal y la de las Calandrias, y por el puente de San Miguel, que estaba recientemente reparado, pasó el pequeño brazo del Sena.

Al llegar à la orilla izquierda, se reunió con la columna de los cofrades Goys, gefes de la carnicería de Santa Genoveva, y poco despues con las de Sainctyon y de Tiber, gefes de la gran carnicería del Châtelet.

Caboche mandó hacer alto abajo del puente, subió á un poste, y despues de haber hecho señal de que queria hablar, con el objeto de obtener silencio dijo:

—Hijos mios! hoy es cuando vamos á recobrar nuestras franquicias y libertad que nos quitó el rey nuestro señor, pronto hará treinta años, por consejo de su tio el duque de Berry, quien siempre despreció á los ciudadanos, y con mucho gusto les daria á comer à sus perros si no tuvieran otras vituallas.

—Viva Borgoña! Viva Borgoña! Mueran los armagnacs!—gritó toda la tropa blandiendo las armas.

Caboche continuó:

—Y dicho duque no solo nos ha quitado nuestras franquicias y nuestros derechos, sino que en ese mismo tiempo impuso á nuestros padres rescates tan enormes, que muchos murieron de hambre despues de que les pusieron en libertad. (1) Así, pues, con nuestras franquicias, es justo que tambien recobremos

(1) "Pusieron en libertad á los prisioneros; pero no fué sin que les costase lo que es "mas caro despues de la vida; porque les fué preciso pagar al contado una multa igual al "valor de todos sus bienes....

"Semejante esaccion se hizo á todos los ciudadanos que habian sido centuriones, gefes "de cincuenta, sesenta ó diez hombres durante la sedicion, ó bien á aquellos de quienes "se sabia que eran muy ricos.

"A nombre del rey, enviaron à casa de ellos unos satélites muertos de hambre quie- "nes por la multa se lo llevaban todo; y como esta era mayor que la que podian sopor- "tar, veían que se llevaban sus bienes sin atreverse á quejarse de la desgracia de verse "reducidos á la última miseria.

"Inmensas sumas, arrancadas de este modo á los parisienses, no entró en los cofres del "rey, sino una tercera parte: los otros dos tercios fueron dados á los señores del ejército

nuestros bienes, y sin vergüenza podemos hacer un buen botin; porque aunque tomáramos diez veces mas de las riquezas que hay en el hotel de Nesle, aun nos deberia ese traidor Armagnac.

Estas palabras tuvieron un écsito prodigioso.

La perspectiva de un numeroso y rico botin, acabó de ecsaltar las cabezas.

Los mas tímidos, ó los mas escrupulosos, se tranquilizaron considerando que, al saquear, no harian mas que recobrar una parte de los bienes que el duque de Berry habia quitado á sus padres, y esto arrancó á toda aquella multitud un concierto de gritos y de aclamaciones.

Caboche, viendo que su gente estaba dispuesta como él la queria, bajó de su tribuna improvisada, y las bandas continuaron su marcha, reclutando á cada paso artesanos, obreros, mercaderes ambulantes, y sobre todo estudiantes, gente la mas turbulenta que habia entónces, y que estaba seguro de encontrar allí donde habia botin que hacer y puñetazos que dar y que recibir.

"para que los distribuyeran á las soldados, á fin de que se abstuvieran de pillar los cam- "pos y de que se retirasen.

"Pero los señores se lo cogieron todo, y los soldados, como de costumbre, impusieron "rescates á todos los habitantes de los alrededores de Paris, saquearon las aldeas y se "entregaron á toda clase de escesos."

(*Crónica de San Dionisio, citada por* DULAURE.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII.

Los cabochianos atacan el hotel de Nesle.—El hotel de Nesle es tomado por asalto, y entregado á saco.—Rasgos de valor y de ferocidad.—Los carniceros penetran en la torre de la orilla del agua.—Terror de Blanca.—Caboche salva á Blanca.

Blanca habia permanecido en la plataforma esperando con ansiedad la vuelta del heraldo.

Pero éste, perseguido por el pueblo que le tiraba de pedradas, habia ganado la orilla derecha, y salió apresuradamente de Paris para ir á reunirse con el duque de Berry, quien le esperaba en Saint-Cloud.

Pronto vió la jóven á lo léjos aquella multitud armada que se adelantaba à la izquierda del Sena, lanzando grandes gritos, y se llenó de espanto, porque enmedio de esos gritos habia podido distinguir los de:

—Muera el armagnac! Sus! Al hotel de Nesle!

Al mismo tiempo habia un gran movimiento en el hotel.

Las gentes del duque se preparaban à hacer una vigorosa resistencia, porque sabian que no debian esperar cuartel de esas bandas crueles, cuya ferocidad se habia hecho proverbial.

Hàbiles arqueros fueron colocados en las torres y en todas las ventanas que daban á la ciudad; hízose provision de agua, para el caso de que los asaltantes lograran incendiar alguna parte de los edificios, y se consolidaron las puertas apuntalàndolas por dentro con enormes vigas herradas.

Blanca se refugió apresuradamente en el aposento ménos accesible de la torre donde, temblorosa y rodeada de sus doncellas, cayó de rodillas y se puso á orar.

Los carniceros avanzaban siempre, y pronto estuvieron al alcance de la voz.

Pero, sabiendo que no habia parlamento con tales adversarios, las gentes del duque les enviaron, por vía de aviso, una granizada de flechas que mataron una docena de hombres de las mismas filas.

Inmediatamente respondieron los carniceros que iban armados de arcabuces, y que marchaban detras de Caboche.

Esas primeras hostilidades no detuvieron la marcha de los carniceros, quienes pronto llegaron cerca de la puerta principal.

—Adelante los Goys!—gritó una voz formidable.

Casi en el instante los tres hermanos de ese nombre, armados de masas de fierro que servian para matar los bueyes, se lanzaron sobre la puerta acompañados de muchos de sus cofrades armados como ellos, y todos comenzaron á descargar redoblados golpes sobre aquella puerta.

Los golpes resonaban á lo léjos.

Las paredes se estremecian.

Pero al mismo tiempo, de todas las ventanas salian proyectiles que disminuian el número de los asaltantes, de los que la mayor parte no podia responder sino lanzando piedras; y la puerta, sólidamente apuntalada, resistia á la violencia de los golpes.

Entónces Caboche colocó en su cinturon su cuchillo, cogió una hacha que llevaba un hombre que estaba á su lado, y lanzándose sobre la puerta, le hizo del primer golpe una ancha abertura.

—Loor á los cárniceros! El hotel es nuestro!—esclamó continuando sus golpes.

Pronto estuvo la abertura bastante ancha para que un hombre pudiese pasar por ella.

Uno de los mas atrevidos lo intentó; pero su cuerpo se quedó atorado, miéntras que su cabeza rodaba en el interior; porque unos hombres, armados con espadas de anchas hojas, se habian colocado interiormente de cada lado de la puerta, con las armas levantadas y prontas á herir al primero que se presentara.

Viendo aquel cuerpo inmóbil, Caboche le atrajo hácia él.

Al mismo tiempo, una flecha que partió del interior, pasó por la ya libre abertura, é hirió en el hombro al terrible capitan, quien lanzó un horrible rugido; arrancó la flecha desgarrándose las carnes, y volvió à dar de hachazos.

Tres veces se intentó el paso sin écsito, y los carniceros, diezmados por los arqueros del duque, comenzaban á retirarse, cuando esclamó uno de los gefes de la gran carnicería del Châtelet:

—Paja! Paja! y quememos á los armagnacs!

Y corriendo hácia el rio, llegó pronto á un batel que, cargado de heno y de paja, estaba amarrado à la ribera.

Su idea fué comprendida.

Una numerosa banda le siguió:

En un instante se llevaron heno y paja, los amontonaron delante de la puerta, y las llamas que se levantaron, pasaron de los pisos superiores.

Un cuarto de hora despues, cayeron con estrépito los inflamados restos de la puerta.

Rugiendo como un leon, Caboche se arrojó, bajando la cabeza, en aquel brasero.

Siguiéronle los mas intrépidos.

Y un combate terrible se empeñó en el patio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los cabochianos, lo mismo que una pared viviente, se echaban sobre las picas de los soldados, y de este modo, cada uno de los que caía, abria el paso à otro, que penetrando en las filas, hacia en ellas una espantosa carnicería.

Cada instante disminuia el número de los defensores del hotel, miéntras que el de los asaltantes se hacia mas y mas considerable; porque el rumor de esta espedicion se habia corrido muy pronto en Paris, y de todas partes acudian nuevas bandas para tomar parte en la lucha.

Miéntras que los Tiber, los Goys y los Sainctyon acababan de asesinar en el patio á los soldados que le habian defendido en vano, Caboche y los suyos penetraron en las habitaciones, matando, asesinando á los numerosos criados, hombres, mugeres y niños, defendiésense, ó no se defendiesen.

Por todas partes los muebles, las vidrieras, los objetos de arte volaban en pedazos.

Las telas ricas eran reducidas á girones ó echadas en las llamas, y de cuando en cuando, algunos de aquéllos hombres, cubiertos de sangre, se esquivaban cardos de vasos preciosos, y de vagilla de oro y de plata.

El vino corria á arroyos en el patio, donde habian destapado toneles que sacaron de las cuevas, miéntras que por todas partes resonaban los gritos de las gentes á quienes asesinaban.

—Hola, compañeros!—esclamó de repente uno de los Goys, que ya no tenia nadie à quien matar en su derredor,—no hemos venido espresamente á abrir las puertas á otros, y ya hemos trabajado bastante para ir al aposento donde está el dinero y tomar nuestra recompensa.

Hablar de oro á aquellos bandidos saciados de sangre y de vino, era echar aceite en un brasero ardiente.

—Sus! Sus!—gritaron lanzándose á una de las escaleras principales.

Y miradles recorriendo anchos corredores, vastas habitaciones y destruyéndolo todo á su paso.

Por fin, llegaron ante una puerta mas sólida que las que hasta entonces habian destruido ó derribado.

Ese era el lugar que buscaban.

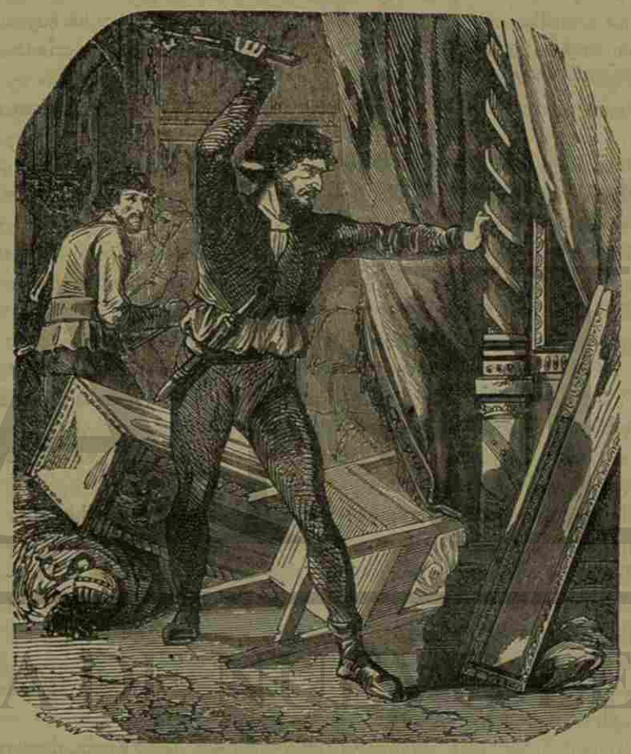
Allí era la tesorería en la que se habian encerrado los tesoreros, contadores y otros empleados de la administracion de hacienda.

El hermano de los Goys que marchaba á la cabeza de la banda, descargó un terrible hachazo sobre aquella puerta, y el arma retachó sobre el hierro con que estaba guarnecida.

Al segundo golpe se rompió el arma; pero eso no sirvió mas que para escitar la codicia y la avidez de aquellos bandidos.

Comprendian que aquel lugar debia encerrar grandes riquezas, puesto que tan sólidamente se habia asegurado la entrada.

Fueron á las piezas vecinas á arrancar de las rejas de los balcones unas barras de fierro con las que se pudiesen hacer palancas, y luego, veinte brazos vigoro-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA

sos unieron sus esfuerzos, y bajo aquella enorme presion, comenzaron à romperse las anchas piedras en que estaban incrustados los goznes de la puerta.

Los bandidos redoblaron sus esfuerzos y los goznes saltaron; la puerta cayó con estrépito, y dió paso á aquella horda de miserables, quienes se echaron en el interior lanzando ahullidos de alegría y gritos de muerte.

Inmediatamente asesinaron à los primeros empleados que cayeron en sus manos....

Luego cayeron sobre los cofres, cuyas cerraduras rompieron....

Todos estaban vacíos!.....

Entónces no conoció límites la rabia de los saqueadores....

En un abrir y cerrar de ojos asesinaron á todos los empleados que escaparon á sus primeros golpes.

Uno solo quedaba.

Era el gefe del tesoro, anciano septuagenario, llamado Marcelon.

Sentado en su ancho sillon de madera esculpida, con la frente levantada, la mirada tranquila, esperaba la muerte con calma, porque le parecia imposible escaparse de esos caníbales, y ya uno de ellos habia levantado su cuchillo para herirle, cuando Goys le detuvo el brazo.

—Por el diablo! maese Mahut,—esclamó,—podriais hacer hablar á los muertos?

—Por mi alma que no soy ni quiero ser tan esperto en diabluras!

—Entónces, compañero, puedes decirme, si matamos á este viejo ladron, quién otro podria decirnos donde están los tesoros de ese maldito armagnac el duque de Berry?

—Señor,—dijo el tesorero sacudiendo sus cabellos blancos, que flotaban sobre sus hombros,—que eso no os detenga, porque como habeis visto, no hay aquí mas que cofres vacíos.

—Bah!—hizo el Goys;—y en otra parte no hay cofres llenos? Eso es lo que nosotros queremos que nos digas, desollador de los pobres.

—No quieres nada, malvado, hiere si te agrada; suceda lo que suceda, no podrás quitar un gran número de dias, à quien pronto no tendrá mas.

Goys enderezò todo su cuerpo.

—Oh! ladron de los pobres,—dijo,—nada nos importa el tiempo que puedas vivir, sino hacer que tu vida y tu muerte, sean como las has ganado.

—Como querais, maese asesino,—dijo el anciano.

—No,—dijo el carnicero;—tu amo nos ha sangrado de tal modo por la escarcela, que debemos tratarle lo mismo. Conque ahora nos dirás donde estàn los dineros confiados à tu cuidado.

Marcelon miró al carnicero con desden, como si se hubiese preguntado:

—*Sabe este hombre lo que dice?*

—Vamos,—continuó Goys,—no necesitamos palabras.

—Y sin embargo,—repitió el tesorero,—no tenemos otra cosa que daros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hijo de Satanas!—esclamó el carnicero,—vamos á quemarte á fuego tan lento que inmediatamente cantarás otra antifona. Sus, muchachos, atadle piés y manos, y vamos á darle una gran fiesta.

El anciano habia dejado caer su cabeza sobre su pecho, y parecia seguir el hilo de un pensamiento, sin cuidarse de lo que pasaba à su derredor.

Cuando los bandidos iban á asirle, se levantó, y volviéndose al Goys, dijo:

—Escucha, he jurado no revelar lo que quieres saber, mas que á una sola persona, y eso en el caso de que corriese peligro de morir y despues de haber obtenido de ella la promesa de no hablar nunca. Pue bien, ¿quereis jurarme sobre los Santos Evangelios que nadie mas que tú penetrará hasta el lugar que deseas conocer?

—Por vida del demonio, no parece sino que le debo sumision y obediencia á ese viejo truhan, en vez de ser él quien ha de cumplir mis mandatos!....

—Callaré, pues,—repuso Marcelon, guardando siempre su calma y su sangre fria.—Puedes matarme desde luego; pero aun cuando fueras mas sábio y astuto que el mismo demonio, ni tú ni ninguno de los tuyos, habrian de dar nunca con aquel lugar, ni aun cuando destruyeras de arriba abajo este real alcázar, y removieras los escombros durante un siglo entero.

Goys reflecsionó un rato, y luego dirigiéndose à los suyos:

—Muchachos! Este viejo perro del infierno, hará lo que dice, y entónces saldriamos mal; porque miéntras afuera nos servimos del cuchillo, los demas harán adentro tan buen botin, que ahora no podriamos coger mas que las paredes, lo cual seria una pobre pintura. Así, pues, haré á este condenado el juramento que pide, y de él os respondo con mi cabeza, en caso de que no nos satisfaga completamente, y cuando conozca yo el escondite, me manejaré tan bien que todos quedarán contentos.

Levantóse un murmullo de desagrado.

—Entónces,—replicó el gefe,—haced, si os place, asar á este viejo crudo, y comeoslo, puesto que no quereis banquete.

Los descontentos se apresuraban de nuevo à apoderarse de Marcelón para llevarle al patio donde ardian muebles y tapices, cuando fueron detenidos por uno de ellos, que no queria contentarse con una pobre pitanza.

—Compañeros,—dijo,—jamas los Goys han cometido latrocinio ni engaño, y en cuanto á esta caza del diablo, ya le atraparémos y le romperémos los huesos, si por su causa no hacemos un buen botin. Que Goys le jure como quiere, y de seguro que nos dará una buena y justa parte.

—Eso es hablar bien, muchacho,—respondió el gefe,—porque no quiero tomar mas que ninguno de vosotros.

—Ven, pues,—dijo Marcelon.

Y con paso firme se adelantó hácia la puerta, en medio de aquellos bandidos.

Goys, con el cuchillo en la mano y pronto á herirle, le siguió de modo que no pudiese escapársele, prometiendo volver pronto, y toda la banda se puso á registrar y à destruir el resto de los muebles, y á desnudar á los muertos, esperando otra cosa mejor.

Marcelon bajó al patio, y siempre seguido de cerca por el carnicero, se dirigió á la principal de las capillas que el duque de Berry habia hecho edificar á gran costo en aquella residencia, segun hemos dicho mas arriba.

—Escucha,—le dijo Goys cuando estuvieron cerca de aquel santo lugar,—si crees escaparte poniéndote bajo la proteccion de Dios, no necesitas tomarte ese trabajo; porque aun cuando para eso fuera necesario dar mi parte de paraiso, te haria pedazos sobre el altar mayor, si no nos satisfacieras completamente à mí y á mis compañeros.

—Promesa es deuda,—replicó el anciano,—y no es à ti à quien conviene recordárselo el hombre de bien.

—Es decir que me llevas al lugar donde están los dineros del armagnac?

—Maese ladron, te precisa tanto robar, que ya no te acuerdas de nuestro convenio?

—Despachemos, pues, porque estas cosas deben hacerse pronto.

Marcelon entró en la magnífica capilla, para cuyo adorno desplegó toda su magnificencia el duque de Berry.

Allí, en los escalones del altar mayor, estaban arrodillados el gran limosnero del príncipe, y los otros diez capellanes.

"Delante del tabernáculo abierto, unos hermosos ángeles de oro tenian ciriales "de plata á los lados de un gran crucifijo de marfil y de oro, enriquecido con "rubíes y con zafiros."

La santidad del lugar habia salvado todas aquellas riquezas, así como los vasos sagrados, todos de oro, y los hermosos relicarios adornados con pedrería de gran precio.

Los saqueadores sabian bien que el oro y la plata resplandecerian por todas partes bajo aquellas bóvedas sagradas; pero entónces era tal el poder de la religion y los preciosos efectos de la fé, que aquellos hombres que asesinaban sin piedad á los fieles servidores del príncipe, y para quienes el pillage y el incendio solo eran pecadillos, no se habian atrevido á tocar ni un cabello de aquellos sacerdotes, y ninguno de ellos habia tenido la audacia de poner los ojos en los vasos sagrados, ni de tocar siquiera ninguno de aquellos suntuosos adornos de aquel magnífico templo.

El mismo Goys no habia dicho mas que una fanfarronada amenazando al tesorero con asesinarle en aquel santo lugar; porque apénas penetró en él, cuando bajó los ojos y dejó caer su cuchillo ensangrentado, de manera que su víctima pudo escapársele fácilmente.

Pero Marcelon lo habia dicho.

Para él, una promesa era una deuda; y ademas, como vamos á ver, tenia su proyecto.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El anciano se adelantó al gran limosnero, y dijo inclinándose profundamente:

—Padre mio, á fin de que en este momento supremo, tengamos la felicidad de no ofender à Dios Nuestro Señor, ultrajando la verdad ó faltando á nuestras promesas, os suplicamos que recibais el juramento de este hombre, sobre los santos Evangelios.

El limosnero levantó la cabeza y clavó su vista en el carnicero, quien de pié cerca de la puerta, parecia muy molesto por su situacion, y que ya habria renunciado á su parte de botin para estar léjos de allí, si este sacrificio hubiese podido absolverle para con sus compañeros.

Marcelon refirió inmediatamente al sacerdote lo que habia pasado, y despues de haber añadido á esta narracion algunas palabras en voz baja, hizo seña á Goys de que se acercara.

En uno de los lados del altar estaba abierto el libro de los Evangelios, porque los capellanes no habian descuidado nada de todo lo que pudiera imponer à la multitud.

—Alzad la mano y estendedla sobre ese librosanto,—dijo el sacerdote.

Goys temblaba; y un sudor frio corrió sobre su pálida frente, cuando al levantar la mano vió que estaba manchada con sangre.

—Querido hermano,—le dijo el limosnero, que conociò su situacion,—este seria el momento de arrepentiros aquí, y de pedir perdon á Dios que nos mira y que os escucha.

Poco faltó para que el carnicero cayera sin sentido; pero al pensamiento de sus compañeros y del compromiso que tenia con ellos, hizo un esfuerzo y cobró un poco de ánimo.

—Despachemos,—dijo,—la misa y la batalla no pueden permanecer tan cerca.

—Padre mio,—dijo el limosnero,—para lavar semejante conciencia se necesitaria mucho tiempo, y no hemos tenido tiempo de daros este encargo.

Y dirigiéndose à Goys, continuó:

—Juras delante de Dios, por tu salvacion, no descubrir á nadie el lugar donde hemos prometido conducirte?

—Lo juro y empeño mi fé,—dijo el carnicero con una voz alterada y que revelaba la turbacion de su espíritu y la violencia que se hacia para aparentar resolucion.

Marcelon se prosternó, hizo una corta oracion; luego se levantó, y se dirigió hácia la puerta.

Goys, siguiéndole, levantó el cuchillo ensangrentado que habia dejado caer, y recobrando toda su energía y su ferocidad de bandido, á medida que se alejaba del altar, empujó violentamente al anciano hácia fuera.

—Harias mejor en matarme,—le dijo Marcelon,—porque así cumplirias tu compromiso sin sufrir una gran pérdida.

—No razones y apresúrate, ó por la muerte de Dios que te haré pagar caro todo este tiempo perdido.

—No te faltarà tiempo suficiente para acabar de condenarte.

—Ah! si no fuera por disgustar á mis compañeros, te volveria con este cuchillo esas palabras á la garganta.

—No te arrepientas. El duque no seria mas pobre por eso; y me ahorraràs una terrible prueba.

Goys le empujó de nuevo; pero no se atrevió á herirle.

—No tengas tanta prisa,—le dijo el anciano, á quien no daba miedo nada;—porque en el camino que vamos á seguir, necesitamos hacha ó antorcha.

El carnicero, que ardia de impaciencia, corrió hácia un hombre ocupado en dar fuego á un monton de muebles rotos.

Le quitó la antorcha de que se servia, y volviendo como un relámpago junto al anciano, le dijo picándole los riñones con la punta de su cuchillo:

—A caballo reacio no deben faltar espoleadas. Marcha ahora, ó nos divertimos.

Marcelon sacó de debajo de sus vestidos un manojo de llaves, cogió la antorcha que le presentaba el bandido, y atravesando el patio entró en una larga bóveda, á cuya estremidad se detuvo delante de una pequeña puerta.

—Si ahí están los dineros,—le dijo,—has mentido diciendo que eran difíciles de encontrar.

—Quieres romper el contrato? —preguntó el tesorero, que acababa de abrir la puerta.

—No; pero conociendo ya el camino, no dejaré de clavarte contra la pared y dejar que ahí te pudras.

—No te apresures á hacerlo; porque no hay guia que en cien años te pueda llevar á donde quieres ir, aun cuando ya hubieras andado las tres cuartas partes de tu camino.

A estas palabras, el anciano bajó lentamente una escalera de caracol que parecia hundirse en las entrañas de la tierra.

Goys le seguia en silencio.

Pronto llegaron á una sala subterránea, absolutamente desnuda, y que parecia no tener otra salida mas que por donde habian entrado.

—Qué tenemos que hacer aquí?—preguntó el carnicero, sondeando con su cuchillo las paredes infiltradas de una vinosa humedad.

—Vas á verlo,—respondió Marcelon dirigiéndose rápidamente hácia el fondo de la sala.

Goys, pensando que queria escapársele, se lanzó tras él, y le alcanzó en el momento en que, habiendo introducido una de sus llaves en una especie de intersticio, el anciano hacia rodar sobre sí misma una puerta de piedra, que, cuando estaba cerrada, no dejaba sospechar su ecsistencia.

—Si tienes miedo,—dijo Marcelon,—yo no te obligo á seguirme.

—Anda! Anda! Los carniceros han hecho y harán ver que no conocen el miedo.

Recorrieron un nuevo corredor, al cabo del cual se abrió otra puerta de pie-

dra, sin que el bandido pudiese ver el movimiento que hizo su guia para hacerla mover.

Tres pasos mas léjos y de la misma manera, se abrió una tercera puerta.

Pero esta era tan baja, que fué preciso que el carnicero se encorvase hasta la tierra para pasar el dintel.

Cuando se enderezó, la puerta volvió á cerrarse.

La antorcha se habia apagado.

El tesorero habia desaparecido.

—Traidor! estás perdido!—esclamó Goys.

Y se lanzó hácia delante.

Pero apénas hubo dado cuatro ó cinco pasos, cuando se tropezó violentamente con una pared y cayó hácia atrás.

Vuelto del aturdimiento que le habia causado la caída en medio de las mas espesas tinieblas, se levantó, y andando lentamente con los brazos tendidos, buscó una salida.

Pero por todas partes no halló mas que paredes, y el suelo, que golpeaba con el pié, no daba mas que un sonido mate, que anunciaba un aislamiento absoluto.

Aquí y allí habia toneles vacíos, y dos ó tres que parecia que estaban llenos.

El carnicero traspasó con su cuchillo uno de los últimos: no salió de él nada, y la hoja penetrando en el interior, despidió un sonido metálico.

Y era que en efecto, el saqueador estaba en el lugar en que Marcelon habia depositado las especies confiadas á su custodia; pero no podia alegrarse de ello, porque estaba cogido como en una ratonera.

Sin embargo, aquel lugar debia tener muchas salidas, puesto que Marcelon, que habia entrado el primero, habia desaparecido sin volverse.

Esta reflecsion que hizo el prisionero, le tranquilizó un poco, y volvió á empezar á sondear las paredes, introduciendo su cuchillo aquí y allí, entre los intersticios de las piedras.

Despues de algunos toques, la hoja del cuchillo se rompió, y este fué el único resultado que obtuvo.

Desesperado, creyéndose condenado á morir de hambre, y á podrirse en aquella tumba, aquel hombre que á la luz del dia habia afrontado mil veces la muerte, lloró como un niño.

Luego se puso á lanzar gritos terribles, golpeando con los piés y con las manos hasta que cayó en tierra, anonadado y con los puños ensangrentados.

Cómo, pues, habia desaparecido Marcelon?

Porque efectivamente, la cueva en que estaban depositadas las especies, tenia dos salidas.

Por una se llegaba siguiendo el itinerario que acabamos de trazar.

La otra daba á una pieza subterránea vecina, de donde, por una pequeña escalera tajada en la espesura de la pared, se llegaba à las habitaciones secretas del Louvre.

Esas dos salidas estaban cerradas con puertas de piedra, las que, por medio de un ingenioso mecanismo, se abrian y se cerraban á una palabra, por decirlo así, delante de los que no conocian el secreto, y las que, estando cerradas, no ofrecian ninguna solucion de continuidad entre ellas y las paredes de que parecian tomar parte.

Despues de haber subido la pequeña escalera tallada en la pared, el tesorero se detuvo junto á la puerta secreta que daba al aposento del duque.

Allí se sentó en el último escalon, á fin de esperar que cesaran los clamores que aun se oian por todas partes, y que la oscuridad de la noche le permitiese salir de ese escondite y escaparse de los bandidos que acababan su obra de destruccion.

Miéntras tanto, Caboche y los suyos continuaban saqueando y devastando; pero el número de los que rodeaban al terrible capitan disminuía cada instante, en cuanto los saqueadores no hallaban que coger.

Entónces se antojó à Caboche y á los que estaban ménos cargados de botin, visitar la torre de Nesle; este monumento que hacia un siglo habia adquirido una tan fúnebre celebridad, donde algunos suponian que el duque de Berry habia depositado una parte de sus riquezas, opinion á que daba cierto peso el estado de defensa en que el príncipe habia puesto aquella torre.

Algunas horas ántes, el acceso á ese monumento habria sido difícil si no imposible, y ántes de que los mas valientes asaltantes hubiesen penetrado en él, hubiera corrido mucha sangre.

Pero, desde las plataformas, por las ventanas ó por las saeteras, los guardias encargados de defender aquel punto habian visto asesinar á todos sus camaradas, habian sido testigos de todas las escenas horribles que habian pasado, y convencidos de la imposibilidad de resistir, habian buscado su salvacion en la fuga, escapándose por la puerta del agua, ya apoderándose de algunas barcas, ya atravesando el rio á nado.

No habia, pues, mas que romper puertas para penetrar en aquel retiro, donde oraba y gemia la bella y dulce Blanca, abandonada por aquellos á quienes su padre habia encargado especialmente de su cuidado.

Con todo, eso no era fácil de ejecutar, porque no se habia ahorrado nada para que aquellas puertas pudiesen resistir á los golpes mas furiosos.

Lo mismo que cuando el asalto dado á la tesorería, las hachas y las mazas fueron inútilmente empleadas al principio.

Tampoco el fuego tenia donde hacer mucha presa, porque aquellas puertas tenian muchas barras de fierro.

Tuvieron que recurrir de nuevo á las palancas, por cuyo medio arrancaron algunas piedras y de este modo lograron derribar la primera de aquellas pesadas masas.

Parecia que la pobre Blanca sentia romperse su corazon á cada golpe que al resonar le anunciaba la procsimidad de aquellos furiosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pronto le fué imposible orar.

El espanto alteraba su razon.

Sus doncellas, no ménos aterrorizadas, corrian despavoridas de un piso á otro, pidiendo socorro, y no recibiendo por respuesta mas que los gritos y los juramentos de los salteadores.

Al ruido de la caida de la segunda puerta, que cayó con estrépito, derribando consigo una parte de la pared y aplastando á muchos asaltantes, todas aquellas desgraciadas mugeres se precipitaron en el aposento, donde su jóven señora, presa de la desesperacion, se torcia las manos y se maltrataba el rostro.

—Perdidas! perdidas!—esclamaban.—Ha llegado nuestra última hora!

—En nombre de Dios Nuestro Señor y de la Santísima, Vírgen no me abandoneis!—gritaba Blanca.

Pero ellas no la oian y repetian sin cesar:

—Han matado á todos....y nos van á asesinar como á los demas....perdidas!....perdidas!

Y los golpes continuaban resonando en las puertas, y moviendo las paredes.

Y á cada momento se acercaba aquel ruido terrible; porque la dificultad no hacia mas que aumentar la rabia de aquellos furiosos.

La última puerta resistia aún; pero no podia tardar en ceder, porque le habian arrancado una parte de sus herraduras.

En este momento se efectuó en el espíritu de Blanca una resolucion singular.

Cesó de correr su llanto; en sus facciones se pintó una calma solemne; y reparó rápidamente el desórden de sus vestidos.

Ya no quiero llorar ni temblar,—dijo con una voz segura adelantándose en medio de sus afligidas doncellas;—eso es conceder demasiado á esos asesinos. Mi padre acostumbra decir que no hay nada tan espantoso como el peligro visto de léjos. Seguidme, y vamos á verle de cerca.

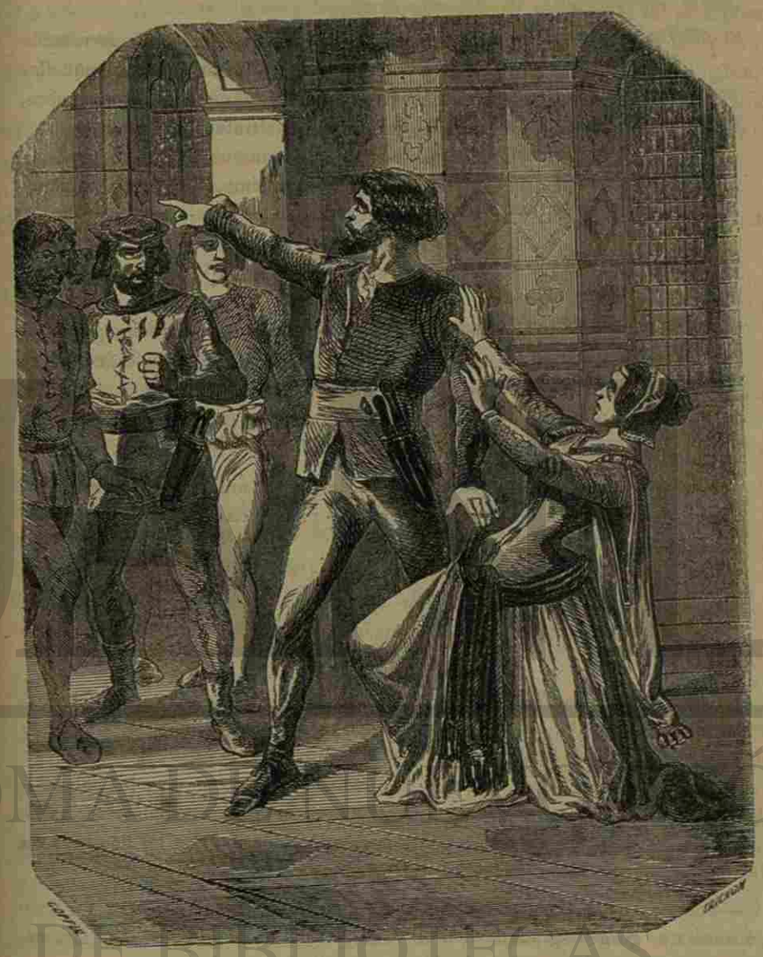
Todas creyeron que habia perdido completamente la razon, y se esforzaron en detenerla; pero ella, con un ademan imperioso les impuso silencio, y saliendo del aposento donde se habia refugiado, se adelantó hácia la escalera.

—Señores,—gritó en un momento en que habian cesado un poco los golpes;—¿no habeis matado bastante, y quereis consumar la victoria tomando por asalto esta torre, donde no estamos mas que mugeres, á quienes todos los hombres valientes y gloriosos deben respeto y proteccion?

—Por mi alma!—dijo Caboche teniendo el hacha levantada,—oid un lindo ruiseñor que gorgea agradablemente. Compañeros, creo que buscando fortuna, no hemos encontrado mas que un nido de tortolillas.

Entónces estalló la cólera de los compañeros del capitan; pero este último, se volvió á los descontentos y esclamó:

—Por la muerte de Jesus! que quien de vosotros piense que he hecho mejor botin que él, que venga á verme cara á cara! Por el diablo! Oigo reir cuando



me agrada, y no tengo cuchillo ni hacha, sino para que se me obedezca. Atrévase alguno á venir á mí y le envío á la caldera del diablo!

Estas palabras hicieron mas efecto que el que habria hecho un elocuente discurso.

La tropa se quedó en silencio y Blanca se aprovechó de él para levantar la voz.

—Señores,—dijo,—dejadnos en paz y os tendrémos por bravos y corteses, lo que de otro modo no podriamos hacer en conciencia.

—Noble señora,—respondió Caboche con su mas graciosa voz, que se diferenciaba muy poco del rugido de un toro,—os prometemos la vida y la libertad por un rescate.

La conversion era enorme, para gentes de aquel temple y en semejantes circunstancias; pero Caboche se sentia repleto de sangre y fatigado de matar.

El gran capitan necesitaba distraerse.

—No golpeis mas,—continuó Blanca,—para que os recibamos con nuestra voluntad.

Y, como no se renovaron los golpes, Blanca, con sus manos blancas y pequeñitas, corrió los cerrojos, y la puerta se abrió delante de los asaltantes.

Blanca era tan jóven y tan bella, que al mirarla, el terrible capitan, se quedó hecho una estátua.

Las doncellas de la jóven habian caido de rodillas pidiendo gracia; pero ella se habia quedado de pié.

—Señor,—dijo á Caboche,—vos sois seguramente el gefe de los valientes defensores que vienen à cuidarnos, y como tales os recibimos.

—Señorita,—respondió el carnicero lleno de turbacion,—si no hemos venido para eso, no dejarémos de hacer bien este oficio, y os cuidarémos contra todos, aunque sean el diablo y sus súbditos.

Pero los que iban à las òrdenes del terrible capitan, no estaban en tan buenas disposiciones.

—Adelante! adelante!—gritaron muchos de ellos;—no estamos aquí para cantar al amor. Adelante.

Caboche, que sintió que le empujaban por detras, se volvió vivamente diciendo en un tono amenazador:

—Compañeros! no soy vuestro capitan general para recibir vuestras órdenes. No repitais esas palabras sediciosas, ó por las tripas de Satanás, que os haré ver que soy quien os mando.

Ciertamente que Caboche era temible y muy temido; pero en ese momento habia en aquellos hombres ébrios de sangre y de vino, demasiada ecsaltacion, para que pudiesen intimidarles aquellas amenazas.

Por otra parte, acababan de ver á las doncellas de Blanca, todas jóvenes y hermosas, y esa nueva sobrescitacion no era muy propia para docilitarlos.

Y blandiendo sus armas con frenesí, gritaron de nuevo:

—Adelante! adelante!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al mismo tiempo, muchos, lanzàndose sobre Caboche y la pared, se precipitaron en medio de las mugeres como lobos en un rebaño.

En un abrir y cerrar de ojos, muchas de aquellas desgraciadas fueron cogidas y llevadas à los aposentos.

Entónces Caboche, volviéndose de nuevo hácia los otros que se disponian à seguir aquel ejemplo, comenzó á hacer terribles arabescos con la hoja de su cuchillo, cuyo movimiento era tan rápido, que se hubiese creído que de él brotaban chispas.

—Idos al diablo, perros bribones!—esclamaba.—Que me sofoque la peste si no vacío hasta el último!

Y uniendo la ejecucion á la amenaza, iba hiriendo á golpes redoblados, derribando un hombre á cada golpe, lo que le era tanto mas fácil, cuanto que no era ancha la escalera, y no tenia de frente mas que uno ó dos adversarios.

Su boca ecshalaba espuma.

Parecia que los ojos iban à saltársele de sus órbitas.

La sangre corria en su derredor.

Sus desnudos brazos estaban ensangrentados, y heria rugiendo como un leon.

En un momento se halló tan llena de cadáveres y de escombros la escalera, que hubiese sido imposible pasar sin mucho trabajo por esa barricada improvisada.

Habiendo visto caer à sus compañeros, los últimos hombres de la banda, no juzgaron á propósito correr la misma suerte.

Huyeron con precipitacion, dejando à su capitan rodeado de muertos y de moribundos.

Blanca, que al principio habia estádose detras de Caboche, se habia retirado despues junto à una de las ventanas que daban sobre el rio.

Luego habia subido al borde de la ventana, resuelta á precipitarse en el agua, àntes que resignarse à la suerte que sufrian sus doncellas, cuyos gritos llegaban hasta sus oidos.

No teniendo ya Caboche á quien matar, se detuvo un instante, pasó por su frente una de sus manos ensangrentadas, como para atraer sus recuerdos; y luego, adelantándose hácia Blanca con la punta de su arma inclinada hácia el suelo y con el capirote en la mano le dijo:

—Señorita, espero que no tendréis miedo á un servidor como yo; pero solo no puedo defenderos suficientemente en este lugar que ahora está sin puertas y sin rejas.

—En nombre de Dios Nuestro Señor,—dijo la jóven,—os suplicamos que vayais á socorrer á mis compañeras, cuyos gritos podeis oir desde aquí.

Entónces recordó Caboche que muchos de sus hombres se habian llevado à las mugeres que pedian gracia de rodillas; y reanimàndose de repente su furor, se lanzó hácia el lugar de donde salian los gritos.

—Perros condenados!—gritaba.—Por San Miguel, que no volvereis à caer en semejante pecado, sino en el infierno.

Bien pronto, à los gritos de las mugeres succedieron rugidos, blasfemias, ruido de armas, y prolongados gemidos.

Era Caboche que acababa su obra, y quien pocos momentos despues volvia al lado de Blanca, seguido de las hermosas víctimas á quien habia libertado.

—Señorita,—la dijo,—habiendo adivinado quien sois, no os lo preguntamos. Pues bien, si hemos obrado así sabiendo que sois hija de un armagnac, traidor al rey y á monseñor el duque de Borgoña, no debeis temer fiaros en mí.

Blanca no podia ver sin espanto á aquel hombre, cuyo aspecto era verdaderamente espantoso; porque de muchas heridas que habia recibido, su sangre corria abundantemente, y se mezclaba á la de los que habian sucumbido bajo sus golpes.

Con todo, la audacia le habia valido mucho para que ella se dejase dominar de nuevo por el temor.

Haciendo, pues, un esfuerzo sobre sí misma, mandó á sus doncellas que llevaran agua y lienzos, y con sus lindas manos, algo temblorosas, comenzó á lavar las heridas del terrible carnicero, tocándolas con tanta delicadeza, que el rudo compañero no sentia nada; pero veia, y se creia trasportado á otro mundo.

—Ah!—hizo él lanzando un formidable suspiro,—no todos los ángeles están en el paraiso. No hay armagnac que valga, pues por tan buena dama, da gusto dejarse romper los huesos.

Blanca se ruborizó, y sus pequeñas manos temblaron un poco mas que àntes.

Semejantes palabras, dígalas quien las diga, son una dulce música para los oídos femeninos, y no era un pequeño triunfo haber domesticado á aquel tigre.

La curacion continuaba y Caboche hubiera querido que jamas hubiese concluido.

—Señor,—le dijo Blanca, que conoció que aquel era el momento propicio para obtenerlo todo,—puesto que sabeis quien soy, os suplicamos nos deis una escolta para ir al lado del rey nuestro señor, pues quiero ponerme bajo su real proteccion hasta la vuelta del príncipe nuestro padre.

Caboche hizo un movimiento terrible.

Sus puños se cerraron, su frente se arrugó, y sus ojos relampaguearon.

—Su vuelta!—esclamó con una voz de trueno.

Blanca retrocedió dos pasos, y la jarra con agua que tenia una de sus doncellas, cayó á los piés del capitan, quien se calmó súbitamente y continuó con su voz ménos ruda:

—Señorita, ninguno sabe hoy o que sucederà mañana. No hablemos de mañana, sino de ahora. Pues bien, no puedo daros escolta, porque me he quedado solo en este lugar; y por otra parte, el hotel de San Pablo donde quereis ser conducida, no seria actualmente para vos un asilo seguro y que os conviniera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

—Oh! señor,—dijo Blanca juntando las manos,—no habeis hecho tan nobles promesas en nuestro favor, sino para dejarnos en tan lastimoso estado?

—Señorita, lo que he hecho, lo repetiria inmediatamente si fuese necesario; pero no soy ni príncipe, ni rey, y si tengo servidores no puedo darles órdenes desde aquí.

—Dios mio! Dios mio!—esclamó Blanca con un acento desconsolador.

Y sin embargo, se volvió á acercar al capitan para acabar de curar sus heridas.

Caboche no comprendia nada de lo que sentia.

Aquella torre medio arruinada donde acababan de pasar tan sangrientas y espantosas escenas, le parecia un lugar de delidias de donde nunca habria querido salir.

—Vamos,—dijo como si acabara de tomar de repente una gran resolucion,—hay cosas estrañas en la paz que no lo son en la guerra, y ahora estamos en guerra, y lo estarémos miéntras que Armagnacs y Burguiñones tengan sangre en las venas. Asi, pues, no puedo hacer nada mejor por vos, que ofreceros un asilo en mi casa; en el atrio de Nuestra Señora.

Blanca sintió calosfrios.

—Cierto que no es residencia de príncipes,—dijo el capitan, á quien no se escapó el movimiento de la jóven, é inmediatamente continuó:

—Señorita, os suplicamos que no tengais ningun temor. Los Caboche no tienen habitacion régia ni de príncipes; pero en ella no falta nada de lo necesario, y allí hallaréis buenas gentes, y entre ellas mi madre y mi hermana para serviros, y tambien á vuestras doncellas, si os place llevarlas con vos.

Blanca apeló de nuevo à todo su valor, porque bien conocia que no podia permanecer en aquel hotel tan saqueado, sin correr á cada instante los mas grandes peligros; y si persistia en ir al hotel de San Pablo, tenía que temer que allí la trataran como enemiga y la pusieran presa, al mismo tiempo que perderia la proteccion de Caboche, quien ya habia hecho tanto por ella, y que era el único hombre de resolucion con quien pudiese contar en aquel momento.

—Señor,—le dijo con una voz cariñosa,—sois hombre demasiado valiente para no ser leal, y por eso quiero tener en vos una fé absoluta. Todas, pues, irémos á vuestr acasa, si quereis llevarnos á ella, y si teneis algun medio de trasportarnos con el fin de no llamar la atencion de las gentes que nos quieren mal.

El capitan general de los vecinos, ó mas bien de los carniceros de Paris, se puso radiante, y un instante despues, se hizo en él una completa transformacion.

—Noble señorita,—continuó en el tono que debió tener Hércules volteando el huso de Onfale,—permaneced en esa ventana para que inmediatamente me hagais oir vuestra angélica voz en caso de que os suceda algo, miéntras que voy á prepararlo todo para hacer lo que quereis.

Blanca volvió à temblar, considerando que iba à quedarse sola con sus doncellas en medio de aquellos cadàveres cuya sangre humeaba todavía.

—Por Dios!—dijo juntando las manos,—no tardeis en volver.

De los ojos de aquel hombre terrible brotó un inmenso relampago de alegría.

No pudo responder.

La dicha le sofocaba.

Pero la espresion de su semblante fué mil veces mas elocuente que cuanto hubiera podido decir.

Se lanzó por la escalera, pasó saltando las barricadas formadas de cadáveres y de escombros, y en un abrir y cerrar de ojos, llegó à la puerta del agua.

No habia allí ninguna especie de vehiculo, porque la guarnicion de la torre se habia apoderado de todos para escaparse; pero los restos de los muebles y de la tapicería, echados en el agua por los furiosos que acababan de devastar el hotel, y de los que estaba cubierto el rio, habian atraido barcas de pescadores que recogian aquel botin.

—Muchacho!—dijo Caboche al patron de la barca que estaba mas cerca de la torre,—aborda aquí, y ganarás mas que con espumar el agua.

El batelero, pensando que quien hablaba era alguno de los gefes de los saqueadores que habia hecho un buen botin, no se hizo del rogar, y se acercó à la puerta del agua.

—Permanece ahí,—le dijo el carnicero;—voy á darte una linda carga que llevar hasta Nuestra Señora, y eso te valdrà este escudo de oro, y otro, y aún otros dos cuando desembarquemos, si estamos satisfechos de que sabes conducir bien tu nave.

Hablando así, Caboche habia puesto un escudo de oro en manos del batelero, y este se habia confirmado en su primera idea, al ver las vendas ensangrentadas que cubrian las heridas del capitan.

Caboche volvió á subir rápidamente al aposento donde habia dejado à Blanca y á sus doncellas.

—No tardemos, si os agrada,—dijo:—ahí abajo tenemos una buena barca y un buen remero, para llevarnos sin obstàculo á la Cité.

Entónces Blanca adelantándose hácia la escalera dió la señal de la partida.

El carnicero pasó por delante de ella para escombrar en lo posible el camino, y gracias á su fuerza hercúlea, que no parecia haberse debilitado por la sangre que habia perdido, Blanca y su escolta femenina llegaron muy pronto á la barca, en la que entró el mismo Caboche en cuanto todas estuvieron en ella.

La naturaleza de aquel hombre era estraña, ó mas bien era la naturaleza humana en toda su contestura primitiva.

En una misma hora hubiera desafiado á Dios y al diablo, é intentado escalar el cielo y el infierno.

Acababa de romper las cabezas, de arrojar al viento las entrañas de todos los que habian intentado resistirle, é inmediatamente despues, espiaba con una mirada humilde y sumisa la menor señal de favor, de descontento ó de satisfaccion

que se manifestaba en las facciones de una débil jóven, á quien habria despedazado sin piedad algunas horas ántes.

La barca subia el rio con bastante rapidez, porque miéntras que remaba el batelero, Caboche, saliéndose de su vichero, empujaba con todas sus fuerzas, porque estaba muy impaciente por llegar á su casa, y pensar con libertad en las consecuencias que podria tener todo aquel suceso.

Al cabo llegaron à la estremidad oriental de la isla de la Cité, un poco ántes de ponerse el sol.

La barca se detuvo, todos los pasageros saltaron en tierra, y Cabache, al través de las callejuelas fangosas y fétidas que del atrio desembocaban al rio, condujo á Blanca y à sus compañeras, cuyos piés pequeños resbalaban á cada instante en el fango, ó tropezaban contra las piedras angulosas que en algunos sitios formaban el empedrado.

—Señorita,—dijo á Blanca, que ya habia lanzado algunas esclamaciones de espanto ó de dolor,—este terreno no es bueno para piés tan delicados, y no tengo cabalgaduras que ofreceros sino mis brazos, los que, si quereis, os servirán de litera.

Blanca se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, no por la proposicion que se le hacia, sino porque se moria de deseos por aceptar, porque sus pequeñitos piés se habian desgarrado cruelmente contra las piedras.

Felizmente Caboche, de acuerdo con la sabiduría de las naciones, pensaba que *quien calla otorga*, y como Blanca no respondió, la alzó en sus musculosos brazos, y la llevó hasta su habitacion, donde fué acogido por los gritos de alegría de todos los suyos, quienes le creían muerto.

—Madre,—dijo poniendo á Blanca en la trastienda, donde se ecshalaba un olor de sangre corrompida, que poco faltó para que asficsiara á la pobre Blanca, —sabed, y no olvideis por vuestra salvacion, que en este momento teneis la felicidad y el honor de ver bajo nuestro techo á una princesa de sangre real, y si os place, tratadla como tal, lo mejor que podais, así como á sus doncellas.

La madre de Caboche se inclinó respetuosamente ante la jóven, y la hermana del capitan se apresuró á ir á preparar el mejor aposento de la casa, miéntras que una criada llevaba escabeles para todos, y miéntras que el mismo Caboche llamaba á sus mancebos, y les mandaba poner la mesa y llevar vino.

Todo eso se hizo muy pronto; pero Blanca y sus compañeras apénas comieron, porque estaban rendidas por las terribles emociones del dia.

—Señorita,—decia Caboche entristecido,—os habia dicho bien que no soy rey ni príncipe; pero por favor no desdeñeis al plebeyo que quisiera veros reina del cielo.

Blanca, conmovida por esas palabras le tendió la mano.

El capitan la tomó con ardor, y poniendo una rodilla en tierra la oprimió contra sus lábios.

De repente una mortal palidez cubrió su semblante, sus ojos se cerraron, sus manos desfallecidas erraron en el vacio, y cayó desvanecido.

Blanca lanzó un grito de espanto.

Uno de los robustos mancebos que acababan de poner la mesa, tomó en brazos à su amo, y lo llevó á una pieza vecina.

—Bah!—dijo volviendo algunos minutos despues,—el capitan estaba cansado. Ha matado tanto hoy!.....

La frente de Blanca se oscureció; pero juzgó conveniente callar, y en silencio fué como ella y sus doncellas siguieron á la hermana de Caboche, cuando esta se ofreciò á conducirlas á los aposentos que las habian preparado.

XIV.

Marcelon y Goys.—Blanca y Caboche.—Blanca é Isabel de Baviera.—Es bueno tener amigos en todas partes.—Vuelta del duque de Berry al hotel de Nesle.—Caboche y Tomas de Mercq.

Marcelon, el tesorero á quien dejamos en el último peldaño de la escalera que conducia á los aposentos secretos del duque de Berry, permaneció allí, segun hemos dicho, hasta que concluido el ruido en el hotel, pudo esperar no tener malos encuentros.

A media noche, viendo que un profundo silencio habia succedido al tumulto, empujó un boton, que dejó resbalar un tablon del enmaderado, y avanzó silenciosamente, tendiendo los brazos, poniendo el oido, y deteniéndose al menor murmullo del viento.

Así llegó á los patios, donde en ese momento reinaba el silencio de la muerte.

Y, como era uno de los mas antiguos servidores del duque de Berry, y como todo el hotel le era perfectamente conocido, llegó á las cocinas, y en medio de las tinieblas, á pesar de la devastacion y del pillage, de que no se escapó ninguna parte de aquella residencia, logró hallar algunas provisiones de boca, de las que se proveyó cuanto pudo, calculando la hambre que él y su preso podian te-

que se manifestaba en las facciones de una débil jóven, á quien habria despedazado sin piedad algunas horas ántes.

La barca subia el rio con bastante rapidez, porque miéntras que remaba el batelero, Caboche, saliéndose de su vichero, empujaba con todas sus fuerzas, porque estaba muy impaciente por llegar á su casa, y pensar con libertad en las consecuencias que podria tener todo aquel suceso.

Al cabo llegaron à la estremidad oriental de la isla de la Cité, un poco ántes de ponerse el sol.

La barca se detuvo, todos los pasageros saltaron en tierra, y Cabache, al través de las callejuelas fangosas y fétidas que del atrio desembocaban al rio, condujo á Blanca y à sus compañeras, cuyos piés pequeños resbalaban á cada instante en el fango, ó tropezaban contra las piedras angulosas que en algunos sitios formaban el empedrado.

—Señorita,—dijo á Blanca, que ya habia lanzado algunas esclamaciones de espanto ó de dolor,—este terreno no es bueno para piés tan delicados, y no tengo cabalgaduras que ofreceros sino mis brazos, los que, si quereis, os servirán de litera.

Blanca se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, no por la proposicion que se le hacia, sino porque se moria de deseos por aceptar, porque sus pequeñitos piés se habian desgarrado cruelmente contra las piedras.

Felizmente Caboche, de acuerdo con la sabiduría de las naciones, pensaba que *quien calla otorga*, y como Blanca no respondió, la alzó en sus musculosos brazos, y la llevó hasta su habitacion, donde fué acogido por los gritos de alegría de todos los suyos, quienes le creían muerto.

—Madre,—dijo poniendo á Blanca en la trastienda, donde se ecshalaba un olor de sangre corrompida, que poco faltó para que asficsiara á la pobre Blanca, —sabed, y no olvideis por vuestra salvacion, que en este momento teneis la felicidad y el honor de ver bajo nuestro techo á una princesa de sangre real, y si os place, tratadla como tal, lo mejor que podais, así como á sus doncellas.

La madre de Caboche se inclinó respetuosamente ante la jóven, y la hermana del capitan se apresuró á ir á preparar el mejor aposento de la casa, miéntras que una criada llevaba escabeles para todos, y miéntras que el mismo Caboche llamaba á sus mancebos, y les mandaba poner la mesa y llevar vino.

Todo eso se hizo muy pronto; pero Blanca y sus compañeras apénas comieron, porque estaban rendidas por las terribles emociones del dia.

—Señorita,—decia Caboche entristecido,—os habia dicho bien que no soy rey ni príncipe; pero por favor no desdeñeis al plebeyo que quisiera veros reina del cielo.

Blanca, conmovida por esas palabras le tendió la mano.

El capitan la tomó con ardor, y poniendo una rodilla en tierra la oprimió contra sus lábios.

De repente una mortal palidez cubrió su semblante, sus ojos se cerraron, sus manos desfallecidas erraron en el vacio, y cayó desvanecido.

Blanca lanzó un grito de espanto.

Uno de los robustos mancebos que acababan de poner la mesa, tomó en brazos à su amo, y lo llevó á una pieza vecina.

—Bah!—dijo volviendo algunos minutos despues,—el capitan estaba cansado. Ha matado tanto hoy!.....

La frente de Blanca se oscureció; pero juzgó conveniente callar, y en silencio fué como ella y sus doncellas siguieron á la hermana de Caboche, cuando esta se ofreciò á conducirlas á los aposentos que las habian preparado.

XIV.

Marcelon y Goys.—Blanca y Caboche.—Blanca é Isabel de Baviera.—Es bueno tener amigos en todas partes.—Vuelta del duque de Berry al hotel de Nesle.—Caboche y Tomas de Mercq.

Marcelon, el tesorero á quien dejamos en el último peldaño de la escalera que conducia á los aposentos secretos del duque de Berry, permaneció allí, segun hemos dicho, hasta que concluido el ruido en el hotel, pudo esperar no tener malos encuentros.

A media noche, viendo que un profundo silencio habia succedido al tumulto, empujó un boton, que dejó resbalar un tablon del enmaderado, y avanzó silenciosamente, tendiendo los brazos, poniendo el oido, y deteniéndose al menor murmullo del viento.

Así llegó á los patios, donde en ese momento reinaba el silencio de la muerte.

Y, como era uno de los mas antiguos servidores del duque de Berry, y como todo el hotel le era perfectamente conocido, llegó á las cocinas, y en medio de las tinieblas, á pesar de la devastacion y del pillage, de que no se escapó ninguna parte de aquella residencia, logró hallar algunas provisiones de boca, de las que se proveyó cuanto pudo, calculando la hambre que él y su preso podian te-

ner que sufrir; porque en las miras de aquel buen hombre, no entraba de ningun modo la de dejar morir de hambre al que habia aprisionado tan diestramente; y al contrario, para la ejecucion de su proyecto, necesitaba de la vida del terrible carnicero Goys.

Así es que, despues de haber aplacado su hambre, y de haberse confortado con un poco de vino, Marcelon volvió por la escalera secreta que conducia de las misteriosas cuevas á los aposentos secretos del duque; bajó y abrió una especie de postigo practicado en la puerta de piedra que tan maravillosamente se habia cerrado, para poner entre él y Goys una invencible muralla.

El carnicero estaba tendido en el suelo, y era presa de una especie de furor latiente, que no esperaba mas que una causa determinante para estallar.

—Hola, señor! —dijo Marcelon con una voz perfectamente tranquila,—opino que á pesar de que estais repleto con la sangre de tantas buenas gentes, ya debeis tener hambre y sed.

El carnicero saltó como un tigre, lanzando un terrible grito de rabia, y se arrojó, con la cabeza inclinada hácia el punto de donde parecia salir la voz que le llamaba; pero como la primera vez, tropezó contra la pared y cayó hácia atras.

—Oh!—esclamó el bravo tesorero, quien por el ruido habia adivinado lo que acababa de suceder,—no es hora de manifestar semejante cólera, y obrando así desanimais á todos los que quisieran socorreros. Escuchad. Yo, Marcelon, tesorero á quien con tanta dureza habeis traido al cuarto de los dineros, á la capilla y hasta al lugar en que ahora estais por la justicia divina, no quiero ni que murais, ni que sufrais mucho; solo quiero teneros en rehenes, con el fin de obtener para el duque de Berry, una feliz vuelta y una plena reparacion de los daños que vos y los vuestros le ocasionásteis hoy.

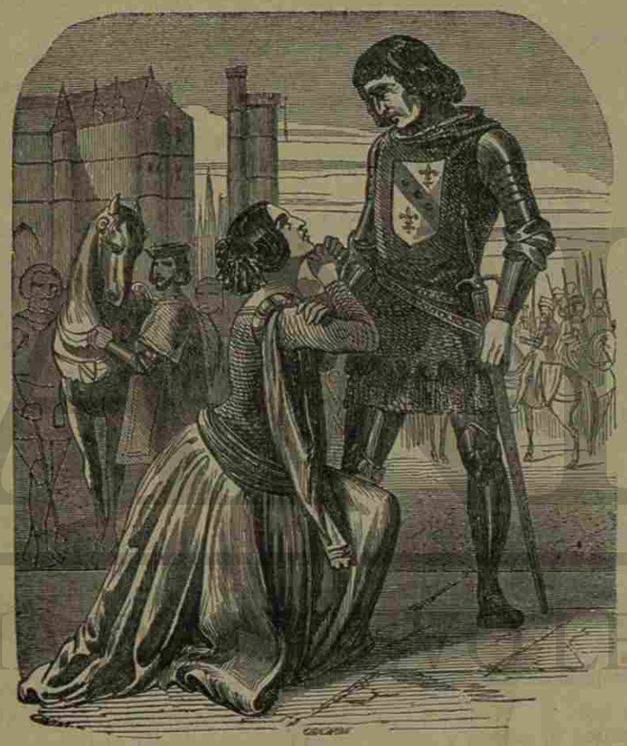
El carnicero se habia levantado.

Esta vez se dirigió lentamente y tentaleando, hácia el lugar de donde parecia salir la voz; pero cuando llegó ya el postigo se habia cerrado, y como siempre, no halló mas que la pared, de lo que se consoló alzando del pié de ella un pan entero, y un botijon lleno de escelente vino.

Marcelon pasó la noche lo ménos mal posible en medio de las ruinas.

Al amanecer recorrió todo el hotel, al que halló completamente abandonado, y luego se puso á investigar para descubrir lo que habia sucedido de la muy amada hija del príncipe; porque despues de haber recorrido la torre de Nesle, donde sabia que se habia refugiado Blanca, y no habiendo encontrado allí mas que los cadáveres de cierto número de enemigos, habia adivinado fácilmente la mayor parte de la verdad, y lo demas no podia escaparse á su penetracion.

Salió del hotel de Nesle por los edificios llamados *Residencia de Nesle*, llegó á la orilla del agua, tomó informes de los *pescadores* y de los bateleros, y pronto supo que Blanca y sus compañeras, escapadas como por milagro á la carnicería general, habian subido el Sena en una barca, bajo el cuidado del carnicero Caboche, capitan general de la milicia parisiense.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Oh!—esclamó,—no soy el único que advirtió tomar buenos rehenes. Entonces será fácil un cange, y tendré el gusto de volver á la señorita Blanca á los brazos de su padre.

Una hora despues, el bravo Marcelon se hacia anunciar en casa del capitan general, quien no se sorprendió poco al oir que el tesorero del duque de Berry tuviese la doble insolencia de estar vivo y de atreverse á presentarse à su vista.

En ese momento, Caboche estaba muy enfermo.

Muchas de las heridas que habia recibido eran graves.

Una fiebre ardiente le devoraba, y estaba casi imposibilitado de levantarse de la cama.

Pero en su concepto, la visita de Marcelon era una cosa tan sorprendente, que quiso recibirle, y mandó que le llevasen á su presencia.

—Maese desollador de los pobres,—dijo al ver al tesorero,—me venís à reclamar la cuerda que ha faltado para ahorcaros?

—Eso no seria bueno, señor, y no nos animan mas que buen deseo y buena voluntad.

—Ah! maldito! seguramente me venis á traer las llaves del tesoro de vuestro amo.

—Y por qué no, señor? ¿No habeis probado ayer que esas llaves estarian tan seguras en vuestras manos como en las mias?

—Por el diablo!—esclamó Caboche enderezándose con trabajo,—quereis decir que soy armagnac traidor y maldito, yo que grito viva Borgoña! y que llevo la cruz de San Andrés?

—No quiero decir tal cosa, que os ofenderia, capitan; pero sin embargo, es cierto que, de las riquezas del duque de Berry, habeis salvado la mas grande, sin tener ningun deseo de conservarla.

Caboche comprendió que el tesorero habia descubierto el retiro de Blanca, y se encontró muy embarazado; porque nada habia resuelto sobre este punto, y se sentia incapaz de tomar una resolucion, fuese la que fuese.

Primero, habia obedecido á un imperioso deseo de salvar á la jóven, luego, habia sentido una inmensa alegría al tenerla en su casa, pensando en el reconocimiento que le debia.

Pronto esos pensamientos casi le transformaron, lo cual sucedió completamente con el influjo de la fiebre.

—Señor,—dijo,—hemos hecho lo que era preciso, y por eso no pedimos elogios ni reconvenciones.

—Pero no podeis tener la idea de tener en vuestra casa de carnicero á una señorita de tan alto linage, que es la única heredera del tio de monseñor el rey.

—¿Y por qué no? Los derechos de la guerra valen tanto como los de la paz, y ademas, imponen mas estrecha obligacion.

—Pero en todo esto, no teneis en nada la autoridad del duque de Borgoña?

—Le respetamos justamente por el amor que tiene á la justicia, y no es él

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien mandará que sin rescate se pongan en libertad á unas tan ricas prisioneras.

Esa palabra rescate, que en otros tiempos y circunstancias, habria sonado horriblemente al oido del viejo tesorero, le pareció muy agradable.

Conoció que estaba en su terreno, porque él tambien podia ecsigir rescate, y ya se le hacia tarde por colocarse en la posicion de vencedor.

—Capitan!—esclamó,—no es el duque mi amo quien os rehusaria el rescate, si no tuviese que pediros uno superior á los demas.

—A nosotros?—preguntó Caboche.

—A vosotros, respondió tranquilamente Marcelon.

—A los carniceros de Paris!—esclamó el capitan enderezándose como un espectro.

A los carniceros de Paris,—retpondió infaliblemente Marcelon.

—Mientes, perro! Y por eso vamos à tenerte aquì hasta que por una justa sentencia vayas á la horca à espiar tus maldades.

—Señor,—replicó el tesorero sin conmoverse,—la calentura y la cólera son malditos consejeros, y ahora éstas os oprimen demasiado la garganta para dejaros vuestro libre albedrìo, por lo cual os aconsejamos mas moderacion, pues tenemos que revelaros una cosa de la mas alta importancia, respecto de la poderosa corporacion de los carniceros, de quienes sois tan digno y valiente gefe.

Caboche se sonrió.

Creyó que Marcelon, de parte del duque de Berry, le iba à hablar del restablecimiento de los derechos y de las franquicias de la municipalidad de Paris; y como segun se ha visto mas arriba, el duque de Borgoña le habia hecho la misma promesa, se gozaba de antemano de la contrariedad del tesorero.

—Señor,—continuó el último, siempre con tranquilidad,—en el estado en que estais, sin duda que no pudisteis saber todo lo que sucedió en el hotel de Nesle?

—Con mil diablos! Entré primero que ninguno en esa guardia de armagnacs, y fuì el último que salì; de ahí es que nada se ha hecho sin mí.

—Y sin embargo, no me habeis hallado en otro paso.

—Oh! maese collon! Entónces estariais bien escondido.

—Y con todo, señor, con mi mano poco segura, y sin que uno solo de mis cabellos blancos haya caído de mi cabeza, he capturado à uno de los vuestros, á quien ahora tengo bien guardado, y que no volverá sino á buen cange, y es, para que no lo ignoreis, el mayor de los hermanos Goys, quienes no ceden en riqueza y fama á ninguno de los carniceros de la capital.

—Loro maldito! Y de eso osais alabaros?

—Es porque, respecto de esto, estoy tan sin miedo como sin reproche; porque nadie sino yo puede penetrar en el lugar donde está, y porque, si me sucede alguna desgracia, de cierto que el digno carnicero moriria de hambre, si por desesperacion no se estrellaba la cabeza contra las paredes.

Caboche no oyó esas palabras sin sentir una especie de satisfaccion, porque entre él y el mayor de los hermanos Goys, habia rivalidad de profesion, rivalidad de fortuna, y esto era bastante para que se detestasen mútuamente, aunque militaban bajo la misma bandera.

Conociendo, pues, que siempre seria tiempo para consentir en ese cange, si sucedia que se viese obligado à hacerlo, no pensó mas que en ganar tiempo, y dejando caer su cabeza en la almohada, dijo que en aquel momento estaba demasiado enfermo para tratar convenientemente de ese negocio, y que necesitaba de algunos dias para reponerse àntes de ocuparse de él.

Marcelon quiso insistir; pero sin mas ceremonia el carnicero le señaló la puerta.

Sin embargo, no era solo por odio á los Goys por lo que Caboche deseaba tener allí á Blanca.

Obligábale á obrar de ese modo, otro sentimiento que no se confesaba.

Era tan linda Blanca!

Tenia tantos encantos su dulce voz, que el carnicero creía escuchar aún!

Caboche, aunque se hubiese hecho matar ántes de convenir en ello, Caboche estaba enamorado!....

El, que era un carnicero, enamorado de la hija de un príncipe de la sangre!

Hija natural, es verdad, pero adorada de su padre, quien habia manifestado altamente la intencion de legitimarla.

Para él era un delicioso pensar que aquella jóven encantadora se habia puesto bajo su proteccion, y que estaba allí bajo el mismo techo que él.

Por esto, à pesar de la debilidad y de los dolores que le acosaban, en cuanto Marcelon partió, se levantó para ir à saber de su jóven y bella huéspeda.

Blanca habia pasado una noche muy agitada.

Hallábase rodeada de sus doncellas, todas muy tristes, cuando la madre de Caboche fué à preguntarle si permitia á su hijo fuera á informarse de su salud.

Blanca, bajando los ojos, respondió que estando el capitan en su casa, no tenia que pedir á nadie permiso para hacer en ella su voluntad.

Casi inmediatamente se presentó Caboche.

—Era un cuadro singular el que formaba aquella modesta y tímida jóven, roja y trémula de emocion, ante la enérgica figura del carnicero, quien mas embarazado de su situacion que aquella dulce paloma, enrollaba su capirote en sus anchas manos, sin atreverse à dar un paso, y sin encontrar una palabra que decir.

—Señor,—le preguntó ella con su dulcísima voz,—me venis à anunciar mi libertad?

—Señorita,—respondió Caboche,—nunca habeis sido mas libre que en este momento; y para asegurarros de ello, podeis mandarnos lo que os agrade, porque aquí no teneis mas que sirvientes.

—Pues bien! Puesto que tanto os afanais por ser nuestro amigo, os rogamos

que procureis hacer saber al duque de Berry lo que ha sucedido, á fin de que en este caso nos conformemos con su voluntad, y que os pague el rescate que querais.

—Rescate!—dijo el capitan enderezándose vivamente,—Oh! señorita, que esa villana palabra no la diga una boca tan linda! Decid vuestra voluntad y la harémos con alegría. Pero no podeis ignorar que el duque de Berry y yo, militamos bajo distinta bandera.

Blanca lanzó un profundo suspiro, y Caboche se preguntó mentalmente si estaba seguro de que los burguiñones valian mas que los armagnacs, lo cual no habia dudado hasta entónces.

Como se acaba de ver, se necesitaba mucho para que sus ideas fuesen claras.

Antes habia hablado de rescate al viejo tesorero, despues se indignaba de oir pronunciar por Blanca aquella villana palabra; y en el modo con que sus robustas manos atormentaban el capirote, era fácil conocer la perplegidad en que estaba sumergido.

Lo que mas deseaba en ese momento, era ganar tiempo.

Las cosas, en el desórden en que se hallaban, le parecian lo mejor arreglad as en el mejor modo posible.

No imaginó nada mejor que decir á su encantadora prisionera, sino que, puesto que tal era su voluntad, él se conformaria con ella, fuera cual fuera el peligro que tenia de pasar por un traidor; pero que en aquel momento, era casi imposible saber donde estaba el duque de Berry.

—Yo lo sé!....esclamó Blanca.

Caboche se mordió los làbios, pero no podia retirar su palabra.

La jóven continuó:

—Ayer acampaba cerca de Saint Cloud, y me hizo saber que seguramente dentro de ocho dias, no abandonaria ese lugar, habiendo resuelto hacer una buena y honrosa paz con los burguiñones.

—Iré,—dijo Caboche con resignacion.

Pero, como durante esa conversacion se habia estado de pié, y como la mucha sangre que habia perdido la víspera era causa de que estuviese muy débil, apénas hubo pronunciado esas últimas palabras, cuando se doblaron sus rodillas y sus ojos se velaron.

Tendió las brazos como para buscar un apoyo, y cayó sin sentido á los piés de la jóven.

A los gritos de ésta y de sus doncellas, acudieron la madre y la hermana de Caboche.

Echàronle agua en el rostro, y esto fué bastante para volverle el uso de los sentidos.

Luego, apoyado en dos de sus robustos mancebos, el carnicero capitan volvió

á su cuarto, dejando à Blanca muy inquieta de ver en aquel estado al único personage que podia hacerla salir de la singular posicion en que se hallaba.

Pero se engañaba, pensando que el solo que se ocupaba de ella era el robusto capitan.

Marcelon, despues de no haber conseguido nada con Caboche, no se dió por vencido, é inmediatamente se dirigió al hotel de San Pablo, resuelto à hablar al duque de Borgoña, proponiéndose, si no obtenia de él satisfaccion, ir á ver á los hermanos de su prisionero, con el fin de que proporcionasen los medios de obligar à Caboche á aceptar el cange que le proponia.

Juan-sin-Miedo recibió à Marcelon con benevolencia.

Lo que en ese negocio habia querido el príncipe, era destruir el resto de popularidad que podia haber conservado el duque de Berry, y esto lo habia logrado completamente; pero que, por su autoridad privada quisiera el capitan general de los vecinos tener en su casa á la hija del duque, era cosa que no podia sufrir.

Mandó, pues, llamar á su capitan de guardias, y le dió órdenes para que Blanca fuese llevada à su residencia, lo cual se hizo al instante, con gran desesperacion de Caboche, quien, tan débil como estaba, se encolerizó con el duque de Borgoña, quejàndose de su ingratitud y amenazàndole con hacerle arrepentir.

—Ahora, señor,—dijo Juan-sin-Miedo al tesorero á quien habia detenido en su presencia,—id inmediatamente á volver la libertad al bueno y leal súbdito Goys, y podeis hacer saber al duque de Berry, vuestro amo, que no teniendo hácia él, caro tio nuestro, mas que buenos sentimientos, nos afligimos de que el heraldo enviado por él, haya causado esta fatal querella; pero que, sin embargo de esto, vamos á arreglarlo todo, para que sin ningun obstàculo pueda volver á Paris, de donde sentimos mucho ver que se alejaba.

No era cosa muy facil volver la libertad á Goys, porque Marcelon no queria dejar penetrar à nadie en aquellos lugares misteriosos, donde, como se ha visto, estaban depositados unos barriles llenos de oro y de plata, y presentándose solo delante de su prisionero, corria el gran riesgo de que éste, furioso por haber caido en el lazo, se vengase cruelmente.

Pero Marcelon era hombre de espedientes.

Su sangre fria no le abandonaba nunca, y no habia peligro que no fuese capaz de afrontar, para llegar al fin que se habia propuesto.

Volvió, pues, al hotel de Nesle, bajó á las cuevas por la escalera secreta y fué á abrir el postigo de piedra á cuyo traves habia dado al preso su pan y su vino.

Goys acababa de vaciar su castaña, cuando sintió que un aire fresco le bañaba el rostro.

Inmediatamente se levantó del barril adonde estaba sentado, y se adelantó hácia el punto por donde parecia que penetraba ese aire esterior.

Escucha!—le gritó Marcelon que le oyó andar;—no dés un paso mas ántes de haber oido lo que voy á decirte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El preso se detuvo.

Hasta aquí, la violencia le habia probado tan mal, que quiso probar la docilidad.

—Hablad, pues!—respondió deteniéndose.

—Dentro de una hora,—continuó el tesorero,—tocando con la mano las paredes del desagradable reducto en donde estàs encerrado por tu culpa, hallarás salida; habiéndola pasado, encontrarás otro reducto semejante; haciéndo lo mismo hallarás otro, y de ahí á la escalera por la que irás al patio por un camino que conoces. Consientes en esto?

—Por el diablo! Eso es lo mismo que preguntar á un enfermo si quiere aliviarse.

—Pero al otorgarte la libertad,—replicó Marcelon,—queremos imponerte condiciones.

—Dilas en el acto, maldito!

—En primer lugar, maese saqueador y asesino, no robarás nada de lo que está al alcance de tu mano.

—En tal lugar no pueden estar mas riquezas que las de Satanas; y no las tocaré, porque á semejante precio, no quiero perder mi alma.

—En segundo lugar, ni á mí ni á nadie harás violencia ninguna.

—Ah! En cuanto à eso, necesitaré moderarme los puños un poco; y así lo haré para no castigarte.

—En tercer lugar, no te quejarás con nadie de lo que te ha sucedido, y no revelarás á nadie el lugar donde estàs ahora, segun lo juraste sobre los Santos Evangelios.

—No tengo mas deseo sino el de salir de aquí para no volver jamas á este camino del infierno, por donde no haré pasar á ninguno.

—Lo juras?

—Por mi salvacion.

—Ahora, silencio, y no te muevas ántes de una hora.

No dejaba el cautivo de temer alguna mistificacion; pero la esperanza le dominaba y la razon venia en su ayuda.

Porque, ¿puesto que se le tenia tan bien guardado, y que era tan fácil hacerle pasar de aquella cueva á los inmensos campos de la eternidad, de qué habria servido darle víveres y prometerle una libertad con la que ya no contaba?

Esperó, pues, y como no tenia otro medio de medir el tiempo, sacó de su bolsillo un rosario de cuentas gruesas, objeto de que en aquella época no se separaban ni hombres de bien ni pillos, y oró, sabiendo precisamente por una larga esperiencia, cuanto tiempo duraba cada oracion.

Pasada la hora, se levantó, siguió á derecha é izquierda las paredes de la cueva, y apénas hubo andado algunos pasos, cuando con gran júbilo suyo, halló la salida que le fué anunciada.

En cuanto á lo demas, el programa fué puntualmente seguido; y un poco ántes de ponerse el sol, Goys, quien se habia creído enterrado para siempre bajo las ruinas de aquel palacio real, salia de él por el puente que conduce á la *Residencia de Nesle*.

Una hora despues abrazaba á sus hermanos, quienes le habian creído muerto.

Mientras tanto, Blanca habia sido conducida ante el duque de Borgoña, y de allí á la residencia de la reina Isabel, quien sabiendo lo que habia sucedido en el hotel de Nesle, quiso ver à aquella pobrecilla, cuyo *honor* habia corrido un peligro tan grande.

—Querida,—la dijo Isabel sonriendo,—me han dicho que tuvísteis mucho miedo cuando os visteis en manos de tan rudos justadores como lo son los carniceros de Paris, hombres valientes que arrojan llamas por los ojos.

—Señora y reina, el miedo lo tuve àntes; pero no duró, y en medio del mas grande peligro, estuve tranquila y resuelta, lo cual puede atestiguar el capitan Caboche.

—Sí! sí! Simon Caboche, el terrible matador....Querida, no es verdad que es hermoso?.....Niña! no bajeis los ojos, y dejad que vuestro corazon palpite con libertad....Caboche es hermoso, no es cierto?

La pobre Blanca se puso encarnada como una cereza, y bajó los ojos sin poder responder.

Isabel no insistió.

Aquella pura niña la impuso respeto....

Esa dominacion era la de la virtud....

Pero en la misma noche, se presentó en casa de Caboche un enviado del hotel de San Pablo, y al dia siguiente el capitan de los carniceros, despues de una larga audiencia que tuvo con la reina, bajaba el rio en una barca que del hotel de San Pablo le trasportaba á su casa.

Miéntras pasaba todo esto, el duque de Berry, quien lleno de desaliento permanecia en los alrededores de Saint Cloud, recibia sucesivamente la visita de Marcelon y la de un enviado especial del duque de Borgoña, quienes le anunciaron que era libre de volver á su hotel de Nesle, donde desgraciadamente no hallaria mas que ruinas.

Con todo, á la relacion que hizo el fiel tesorero, añadió algunas palabras que el duque no pudo oir sin que un rayo de alegría iluminara su semblante.

—Todo?—preguntó á Marcelon.

—Todo, monseñor.

—Partámos, pues,—continuó el duque;—porque estoy muy cansado, y ansío por seguir aquella buena vida que à mi edad no debí dejar.

Pero Marcelon insistió tanto, que el duque consintió en esperar algunos dias, miéntras que se disponian para recibirle algunas habitaciones de su antigua residencia.

Grande fué la alegría causada por la vuelta del príncipe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Unos pocos de dias bastaron para que una reaccion completa se hiciese en el espíritu del pueblo.

Gritaba:

—Viva Berry!—y habria gritado:

—Viva el armagnac!—si el duque lo hubiera autorizado.

Isabel llevó á Blanca á los brazos de su padre, y mirando al caballero de Mercq que estaba presente, preguntó al duque que cuándo eran las nupcias.

Esta vez no se ruborizó Blanca; pero brotaron las lágrimas á sus pestañas.

La vuelta del duque de Berry á su hotel de Nesle, fué una verdadera fiesta; pero, lo mismo que todas las fiestas, duró poco.

Los desórdenes de la corte llegaron á su colmo, eran un delirio.

Las asonadas fueron incesantes; la guerra civil permanente.

Nada podria dar una idea de las monstruosidades que se produjeron y de cuán poderoso seria el espíritu de nacionalidad que luchó tanto tiempo contra tantos elementos de destruccion, acabando por destruirlos.

Aquí citarémos la historia que se liga íntimamente con el objeto de que tratamos.

Enrique V, rey de Inglaterra, aprovechándose de los crímenes, de la debilidad y de los desórdenes de la corte de Francia, pidió á Cárlos VI en 1415 á su hija Catarina en matrimonio, un millon de dote, y las provincias cedidas á la Inglaterra por el tratado de Bretigny.

La Francia negociaba, ganaba tiempo.

El rey de Inglaterra, á la cabeza de un ejército de cincuenta mil hombres, desembarcó en nuestras costas el 25 de Octubre.

Los parisienses indignados de las tropelías y de los escesos que cometian á los alrededores de su ciudad las tropas del partido de los Armagnacs ó del Delfin, habian concebido hácia este príncipe un odio que alimentaban y renovaban las intrigas del duque de Borgoña.

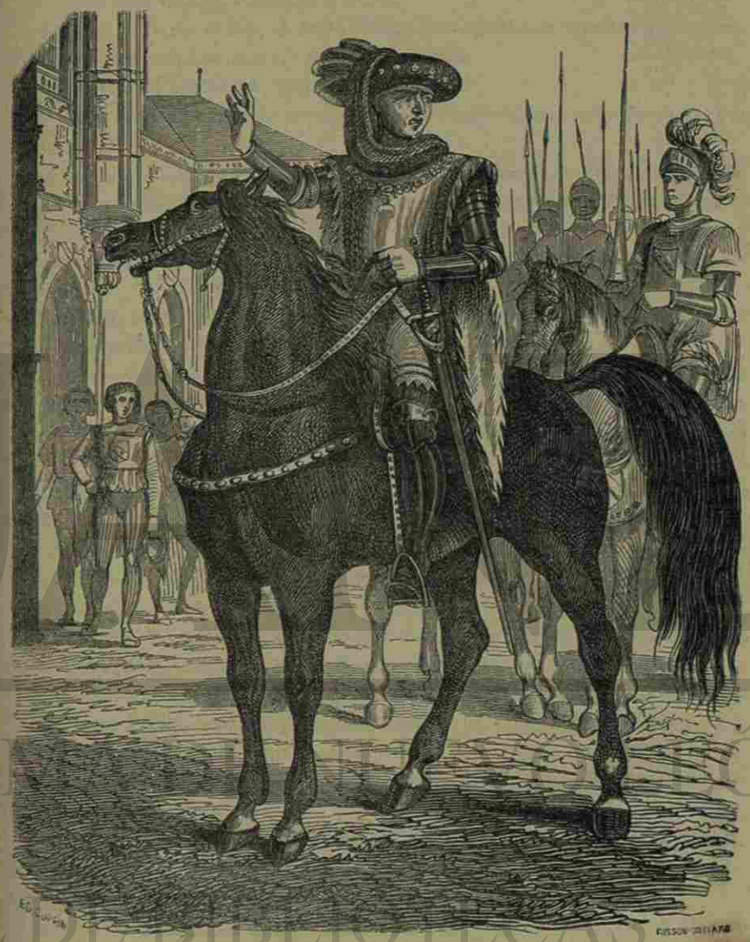
Este odio tomó nuevo grado de incremento con motivo de la violacion del tratado de Pontoise.

Esta violacion, cometida por el condestable de Armagnac, fué preludio y pretesto de las espantosas escenas de que fué teatro Paris y el duque de Borgoña principalmente.

Algunos parisienses, instigados por la faccion burguiñona, fueron secretamente en número de seis ú ocho, á buscar á Pontoise al señor Isle-Adam, que ocupaba esta plaza por el partido de los burguiñones, y convinieron con él, el dia, hora y lugar en que se presentaria bajo los muros de Paris con todas las tropas que pudiera reunir.

En la noche del 28 al 29 de Mayo de 1418 Isle-Adam, á la cabeza de cerca de ochocientos hombres llega sin ser visto, y se acerca á la puerta de S. German.

Perrinet Leclerc ó el Féron, hijo del que guardaba las llaves de esta puerta,



CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

habia conseguido sustraérselas de debajo de la almohada de su padre, y abrió esta puerta à las tropas de Isle-Adam.

Estas tropas, favorecidas por la oscuridad de la noche, avanzan en sigilo hasta cerca del Châtelet, donde los esperaban mil doscientos parisienses armados.

Entónces á un tiempo, esclamaron todos:

—La paz! Vivan el rey, el delfin y la paz!—añadiendo que los que quisiesen la paz, corriesen á armarse y á unirse con ellos.

Proclamaban la paz encendiendo la guerra civil.

Tal era el manejo empleado por el duque de Borgoña para engañar à los parisienses.

Los sediciosos, cuyo número aumentaba à cada instante, se dirigieron al palacio de San Pablo, forzaron sus puertas, hablaron al rey y lo obligaron á montar á caballo y ponerse á su cabeza.

A la noticia de esta entrada, los partidarios de los Armagnacs se llenaron de asombro.

El condestable de este nombre, gefe del partido, se refugiò en la casa de un hombre del pueblo, cercana á su palacio.

Fannegoy-Duchatel, preboste de Paris, corrió al palacio del Delfin, despertó á este príncipe, que despues reinó bajo el nombre de Cárlos VII, y cubriéndolo con sus vestidos lo trasportó al barrio de San Antonio y de ahí lo condujo à Melun.

Muchos del mismo partido se retiraron á aquel barrio; pero otros no pudieron hacerlo.

Unos se ocultaron en subterràneos-bodegas, otros, sorprendidos en su lecho fueron arrojados á los calabozos del Louvre, del Châtelet, &c.

De este número fué el canciller.

Pocas horas despues de esta entrada, todos los parisienses llevaban sobre sus vestidos la cruz de San Andrés que formaba el blason del duque de Borgoña.

Se habrian encontrado en Paris, gentes de todas condiciones, dice un testigo ocular, como frailes, mendigos, mugeres, llevando la cruz de San Andrés..... mas de doscientos mil sin contar con los niños.

Al mismo tiempo, Guy de Bar, de la faccion de los Burguiñones fué nombrado prevoste de Paris.

Bien pronto los Armagnacs, retirados á la Bastilla, se fortificaron en ella, hicieron venir de fuera cosa de mil seiscientos gendarmes y con esta fuerza emprendieron una salida à la ciudad.

Habiendo avanzado por la calle de San Antonio hasta la de Tyron, y creyendo asegurada la victoria esclamaron:

—A muerte! A muerte! Ganemos terreno. Vivan el rey y el delfin! Muerte! Muerte do quier!

Cada partido para seducir al pueblo invocaba los nombres del rey y el delfin.

Entónces Guy de Bar, nuevo prevoste de Paris, llega á la cabeza de su tropa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detiene à los Armagancs, los bate, los derrota y despues de haber dado muerte á mas de trescientos hombres, obligaba á los demas á refugiarse en la Bastilla.

Los cadáveres de los vencidos fueron arrojados á los muladares.

Esta tentativa de los Armagnacs inflamó la cólera de los partidarios del duque de Borgoña, que se dirigieron á todas las casas donde creían encontrar enemigos resueltos; descubrieron á muchos, se apoderaron de ellos y los arrojaron á los calabozos, que ya estaban llenos.

El rey, que, segun dice un contemporáneo, no era entónces *muy sensible*, es decir, no estaba en sus cinco, no gobernaba.

Los enemigos de su corona, los burguiñones, pidieron á su nombre, publicar al son de las trompetas, en las calles de Paris, una órden para que todos aquellos ó aquellas que supiesen los lugares donde se ocultaban los partidarios del condestable de Armagnac, viniesen bajo pena de ser arrestados ó privados de todos sus bienes, à denunciarlos al prevoste de Paris.

Esta órden determinó al hombre que ocultaba en su casa al condestable á ir á denunciarlo.

El prevoste, al momento ordena que sea arrestado y conducido á los calabozos del palacio.

Todos los consejeros del rey, dice Juan Lefevre, y otros que pertenecian al partido de Armagnac, fueron saqueados, aprehendidos ó muertos cruelmente.

En esta circunstancia, el colegio de Navarra fué saqueado completamente y no quedó en él mas que la biblioteca.

No se limitaban solamente al robo, sino que asesinaban.

En este mismo dia, se contaron los cadáveres de hombres, mugeres y niños esparcidos por las calles, y su número ascendió á quinientos veintidos, sin contar los de las personas asesinadas en el interior de sus casas ó ahogadas en el Sena.

El furor se habia calmado, la venganza estaba satisfecha, y en este estado habrian quedado las cosas si los parisienses, instigados por los infames agentes del duque de Borgoña, no se hubieran entregado á mayores escesos todavía.

Estas gentes imaginaron, para dirigirlos mas fácilmente, reunir á los parisienses en una hermandad.

A consecuencia de esto, en la iglesia de San Eustaquio, se instituyó una hermandad de San Andrés.

Cada hermano debia ornar su cabeza con una corona de rosas: se fabricaron sesenta docenas de ellas en doce horas.

Aunque faltasen muchas al zelo de los socios, estas flores fueron bastantes para perfumar la iglesia de San Eustaquio.

¿Quién habia de creer, que esta fiesta de primavera, que estas rosas, símbolo de pureza y amor, fuesen preludios de las mas atroces escenas?

Tres dias despues, el 12 de Junio de 1418, gritos de alarma se dejaron oir en diversos puntos de Paris; se esparce la vez que las Puertas de Bordel y S. German de los Prados son atacadas; todos se arman, se reunen y se dirigen hácia las Puertas; pero se convencen de que ningun enemigo se ha presentado allí.

Aquí se deja ver la pérfida mano que dirigia á los parisienses.

Los revoltosos sintieron la necesidad de engañarlos para disponerlos á tomar las armas.

Entónces aparece un hombre llamado Lambert: se pone à la cabeza de la gente y la escita à seguirlo á los calabozos de la ciudad.

La tropa conducida hàcia los de la conserjería del palacio, fuerza sus puertas haciendo oir estos gritos espantosos:

—A muerte! A muerte esos perros, esos traidores armagnacs.

Los prisioneros, entre los cuales se encontraban el conde de Armagnac, condestable de Francia, el canciller de Marle, su hijo, el obispo de Coutances, y otros muchos detenidos por causas estrañas á los negocios públicos, son asesinados todos, y sus cadáveres desnudos quedan espuestos á las ultrages de un populacho furioso.

Del palacio, los revoltosos se dirigen á la cárcel de San Elías, donde todos los presos son matados à hachazos.

Solo uno logró escaparse á esta carniceria.

Fué Felipe de Vilette, abad de San Dionisio; se vistió con sus hábitos sacerdotales, y se arrodilló delante del altar de esta prision, teniendo en la mano la patena.

Esta estratagema lo salvó.

Las cárceles del Pequeño y del Gran Châtelet son asaltadas en seguida.

Los que las custodiaban rehusan la entrada á la multitud; pero bien pronto viéndose amenazados, consienten en hacer salir los prisioneros, que pasando por el portillo son hechos pedazos uno á uno.

Las prisiones del fuerte del Obispo, de Saint-Magloire, de San Martin de los Campos, del Templo, del Tyron, fueron teatro de iguales crímenes.

El nuevo preboste de Paris y el señor de Isle-Adam se reunieron en los primeros momentos de estos asesinatos para impedirlos; deseaban apagar el incendio que habian provocado; emplearon las razones y aun las súplicas.

Se les respondia:

—Renegais de vuestra justicia, de vuestra piedad, de vuestra razon! Maldito sea el que tenga piedad de esos traidores armagnacs, de esos perros! Han consumido, han esquilmado el reino de Francia, y lo han vendido á los ingleses.

El preboste viendo inútiles sus palabras no volvió á insistir mas.

Los asesinatos continuaron.

Cuando los revoltosos no podian penetrar en las càrceles, las incendiaban y los prisioneros perecian asficsiados por el humo, ó devorados por las llamas.

Tan solo una prision fué respetada, la del Louvre, porque el rey habitaba entónces este castillo.

El número de los prisioneros de Paris, que, durante doce horas consecutivas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por agua, por fuego, ó por el hierro ascendia entónces á mil quinientos diez y ocho, entre los cuales, dice el autor del Diario de Paris, fueron encontrados muertos cuatro obispos del traidor é infame consejo, y dos presidentes del Parlamento.

Las matanzas cesaron por fin, é hicieron lugar á las calamidades que siguen ordinariamente á los grandes escesos.

El partido de los Armagnacs continuaba matando, robando, incendiando en las cercanías y hasta en las puertas de Paris, y privando á la ciudad de todos los recursos domésticos.

Bien pronto una hambre espantosa que se hizo sentir, encendió la cólera de los habitantes: quisieron vengarse de los armagnacs de fuera sobre otros armagnacs, que desde algun tiempo se habian encerrado en las cárceles de Paris.

Ya, en el mes de Julio del mismo año de 1418, los revoltosos habian intentado una segunda espedicion contra los armagnacs: no se sabe por qué no la llevaron á efecto.

La partida se emplazó para el 21 de Agosto siguiente, época de un levantamiento terrible.

En este dia los parisienses fueron á situarse delante del Gran Châtelet, con la intencion de asesinar á los prisioneros.

Estos, instruidos del peligro que los amenazaba, sostuvieron el asalto, lanzando tejas y piedras contra sus enemigos, débil resistencia por cierto!

Algunas escalas puestas en muchos puntos favorecieron la escalada.

Los asaltantes pasaron á cuchillo una parte de los prisioneros, miéntras que otros eran arrojados vivos de los ventanas y de las torres.

Las mismas escenas se repitieron en el Pequeño Châtelet.

Los parisienses, ó mas bien los agitadores de la faccion bourguiñona, se quejaban de que los armagnacs encerrados en la bastilla de San Antonio escapaban á su furor: decian que se les dejaba evadirse secretamente fuera de la ciudad, mediante un fuerte rescate.

Para poner fin á estas evasiones compradas, fué para lo que vinieron á sitiar esta fortaleza: á pedradas, tiros de ballestas, cañonazos, llegaron á forzar las puertas.

El duque de Borgoña, instigador de todas estas tropelías, llegado á Paris hacia pocos dias, quiso hacerse el honor de parecer impedirlas; se presentó para calmar el furor popular, y no lo consiguió; consintió en entregar á la tropa los veinte prisioneros detenidos en esta Bastilla, con la condicion de que no se les haria ningun mal.

Se resolvió que estos prisioneros fuesen trasferidos á la cárcel del Gran Châtelet.

Se verificó esta traslacion en el momento en que esta prision era sitiada por los revoltosos.

Estos desgraciados prisioneros, acercándose al Gran Châtelet, fueron arrancados de los que los escoltaban, y hechos pedazos por el pueblo.

Continuaron durante el siguiente dia los asesinatos en las casas: muchas mugeres, y aun algunas en cinta, fueron muertas: el verdugo, hombre considerado entónces, convencido de ser el principal autor de las atrocidades de esta última clase, fué detenido, condenado y decapitado por su criado, al cual dió ántes de la ejecucion una leccion detallada sobre el arte de cortar diestramente una cabeza.

Este verdugo, llamado Capeluche, era el agente favorito del duque de Borgoña.

Los carniceros Goys, Saint-You y Caboche, formaban parte tambien de los incendiarios.

El autor de la Historia cronológica de Cárlos VI, dice:

«Los autores de tanto daño y tan cruel carnicería eran, el susodicho señor de Isle-Adam, el señor Juan de Luxemburgo, Cárlos de Leus, Claudio de Chatelus, y el señor Guido de Bar, los cuales mandaban matar dentro de las prisiones, ó tambien precipitar por las ventanas ó desde arriba de las paredes, valiéndose del verdugo de Paris y de una turba de bandidos y ladrones de los pueblos de los alrededores de Paris, y de este modo fueron ahogados y asesinados cerca de tres mil.»

Sin embargo, el hambre ocasionada por los robos y los incendios que ejecutaban los armagnacs en las cercanías de Paris iba aumentando cada dia en esta ciudad: fué seguida como de ordinario, de una enfermedad contagiosa que se declaró en el mes de Septiembre siguiente, y que hizo tantos estragos, que en el espacio de cinco semanas murieron cincuenta mil habitantes.

En medio de estos sucesos diversos era cuando el duque de Berry volvia á tomar posesion de su palacio de Nesle.

Este príncipe tenia entónces poco mas de sesenta años, y las fatigas de la guerra lo habian envejecido mucho: ademas, un pesar intenso habia desgarrado su corazon á la sola vista de esta habitacion real, en otro tiempo tan suntuosa, tan resplandeciente, tan llena de vida y de alegría, y ahora saqueada, destruida, arruinada casi completamente, á escepcion de los oratorios, porque segun hemos dicho, el pueblo no se atrevió á penetrar en estos lugares sagrados.

Sin embargo, á pesar de su edad avanzada y de estos desastres que lo afligian tan profundamente, el duque, animado por su Blanca querida, tan feliz con volverle á ver, por Tomás de Mercq, considerado como su futuro yerno, y sobre todo, por su tesorero Marcelon, que pudo aprontar al momento, y á pesar de la desgracia de los tiempos, sumas inmensas; el duque, segun hemos dicho, no solamente se consoló, sino que trabajó con tanto ardor, que algunos meses le bastaron para repararlo todo, y volver al palacio de Nesle su antiguo brillo.

Aún recibió allí de nuevo la visita de Isabel, que queria volver á ver su aposento querido de la torre de Nesle, y al que volvió á ver en efecto; pero del que

no quiso ó no se atrevió à quitar á Blanca, pareciendo la encantadora niña mas prendada que nunca de este retrete, desde los peligros que habia corrido allí, y del modo casi milagroso con que habia escapado de ellos.

Blanca se habia vuelto pensativa, melancólica en estos últimos tiempos; buscaba la soledad, y siempre tenia multitud de pretestos escelentes, para librarse de las visitas importunas del caballero de Mercq, y para aplazar para una época cada vez mas lejana su matrimonio, del cual le hablaba algunas veces su padre.

El caballero por el contrario, parecia muy impaciente por terminar este importante negocio, y sobre este tema no agotaba sus súplicas para con el príncipe.

—No olvidaréis, segun espero, monseñor,—le decia,—que todo lo he sacrificado por vos en esta desgraciada guerra, y que me he hecho enemigo de los mios para agradaros y serviros.

—Tan buenos servicios no se olvidan, caballero,—respondia el duque;—siempre me acordaré de ellos, y si á causa de esto os encontrais en mala posicion, tambien sabré acordarme.

—Monseñor, yo no pido mas que lo prometido, es decir, la mano de la señorita Blanca, vuestra hija querida, que desde hace dos años deberia ser la señora de Mercq.

No os mostreis tan ecsigente, yerno mio, y tendréis á su tiempo lo que sepais esperar. Blanca es muy jóven y de mala salud, el sol de estío revivirà esa tierna flor.

Pero al sol de estío succedió el de otoño, despues llegó y pasó el de invierno sin que el caballero hubiese adelantado lo mas mínimo.

Era porque Blanca, por su parte, recordaba á su padre la promesa que le habia hecho de no separarla ya de él.

—Mi adorado padre,—le decia con aquella voz dulce y melíflua que tan bien le convenia y le probaba siempre, —¿por qué pensar en hacerme abandonar esta habitacion, ahora que me encuentro tan feliz aquí, á vuestro lado?

—Oh! Dios no quiera que me dejeis alguna vez, hija mia; el palacio es bastante estenso para que el caballero de Mercq encuentre buen acomodo en él, y los dos permanezcais aquí miéntras haya un latido en mi corazon.

—¿Y olvidais, querido padre, que un marido es un amo?

—Por vida de....no estoy de humor de tolerar aquí mas amo que yo!

—¿Por qué querer entregarme entónces al señor de Mercq, cuya voluntad deberá ser mi ley?

—Hija, lo he prometido á ese bravo caballero.

—Pues bien, querido padre, concededme un plazo, y yo os libertaré de ese compromiso.

—Y el duque concedia todo lo que pedia Blanca; y todo lo que deseaba no podemos nosotros decirlo, por la razon de que acaso ella tampoco lo sabia.

Pero si la encantadora jóven no sabia todo lo que deseaba, sabia perfectamente lo que no queria, y lo que no queria era ser esposa de Mercq.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Por qué?

A este por qué, suponemos que habia una multitud de *por qués;* pero no diré-mos ninguno, puesto que en tan grave materia no es bueno avanzar nada sino à sabiendas.

Sin embargo, las congeturas son permitidas y las emplearémos.

Así conocerémos desde luego en la linda Blanca, este amor súbito por la so-ledad, ese encanto que parecia tener para ella la torre de Nesle, cuando parecia mas natural que esta morada le inspirase horror, y levantando algunos velos desconocidos para el vulgo, nos requerirémos, si esa rabia de leon, que en este sitio habia mostrado Caboche no servia para algo en este negocio normal.

¿Pero què se hacia este terrible capitan, este bebedor de sangre, voluptuoso, que no escogia entre hombres y béstias?

Continuaba acuchillando, asesinando, segun se acaba de ver en los cortos frag-mentos de la historia de Paris citada ántes, figuraba en todas estas grandes y hor-ribles escenas de carnicería que enrojecian incesantemente las aguas del Sena.

Pero le acontecia tambien algunas veces pasar muchos dias sin salir de su ca-sa en la plaza de Nuestra Señora; entónces se encerraba en el cuarto que habia ocupado Blanca, se arrodillaba cerca del lecho en el cual ella habia dormido, y permanecia en esta actitud durante horas enteras.

Despues, repentinamente se levantaba rugiendo como un leon, y con una voz que se esforzaba por contener en su pecho, decia:

—Tomás de Mercq! mia es tu sangre! mia es tu vida.....Oh! maldito ca-ballero, cómo no te he encontrado aún en mi camino!.....Te encontraré, con-denado, aunque debiese irte á buscar al mismo infierno.....Monseñor de Bor-goña, me habeis jugado una mala partida, y á su tiempo os pediré cuenta de to-do!.....¿Pero Blanca?....Blanca ama acaso á ese armagnac, hijo del dia-blo, á quien quieren darle por esposo?.....Blanca!....Blanca! é iré á pregun-tar á tí mismo, y me atrevo á jurarlo por Dios!

Era verdaderamente prodigioso este temor de Dios en esas almas condenadas; pero tales eran los terribles incendiarios de esta época, que todo aquello en lo que no aparecia el nombre de Dios no era para ellos mas que falsos ropages, cuyo adorno perdonaban.

Una noche el caballero de Mercq volvia de Vincestre (Bicêtre), castillo que pertenecia al duque de Berry, su futuro suegro, seguido de un escudero, se di-rigia hácia la morada de Nesle, el camino mas corto y mas seguro para penetrar al palacio despues de puesto el sol, cuando se detuvo repentinamente su caballo piafando y se encabritó, obstinándose en no pasar adelante.

Ya el caballero le habia enterrado muchas veces las espuelas en el vientre, sin conseguir hacerse obedecer, cuando un hombre saliendo á corta distancia de allí detras de una casucha abandonada, se adelantó, tomó con una mano la brida, cerca del freno, y blandiendo en la otra un ancho puñal, esclamó:

—Hola! caballero de Mercq, tú que tan erguido elevas la cabeza cerca de los rostros femeninos, te desafio á echar pié á tierra, á fin de medir tu larga espada con esta buena hoja, cuya singular virtud te quiero hacer conocer.

—Atras, villano!—esclamó Tomás de Mercq echando mano á la espada.

Apénas habia lanzado este grito, cuando el cuchillo del asino se hundia hasta la empuñadura en el pecho del caballo, que cayò al instante.

El caballero, á pesar del peso de su armadura se volvió á levantar prontamente; pero en la caída su espada se habia roto.

Caboche, porque él era, agarràndose entónces al cuerpo del prometido de Blanca, lo tiró de nuevo, y poniéndole una rodilla sobre el pecho iba à introducirle su largo cuchillo en la garganta, cuando una patrulla de burguiñones acudiendo al ruido de la lucha, y deseando un nuevo botin, vino á separar á los combatientes.

—Sus á ese armagnac!—esclamó Caboche, furioso de ver escapársele su víctima.

—Maestro,—dijo el paisano que mandaba la patrulla,—no os acordais ya que el rey nuestro señor por intercesion de vuestro muy amado duque de Borgoña, nos ha vuelto nuestros derechos y franquicias solo bajo la condicion de no volver à hacernos justicia por nuestras propias manos?

—Atrás!.... Atrás!....—esclamó Caboche, furioso de ver escapàrsele su presa.

Pero ya estaba rodeado y desarmado.

Sin embargo, como se le habia reconocido, y como su autoridad siempre era grande, le volvieron sus armas y se decidió que el caballero de Mercq fuese conducido al Châtelet para ser puesto á disposicion de la justicia del rey.

—Compañeros!—dijo el terrible capitan,—me respondeis de él con vuestra cabeza y vuestra sangre?

—Y por la salud de nuestra alma,—añadió el comandante de la patrulla, que hizo poner en marcha al momento la tropa que conducia al prisionero.

Una hora despues, Tomás de Mercq, gravemente herido, con los miembros y las costillas machacados por su propia armadura, era encerrado en uno de los mas lúgubres calabozos subterráneos del Châtelet, miéntras que el capitan Caboche, bajando á lo largo del palacio de Nesle hasta la orilla del rio, entraba en la barca de un pescador y le ordenaba conducirlo bajo las ventanas de la torre cercana al rio, á lo que el pobre batelero ni pensó rehusarse, porque habia reconocido desde luego al capitan, que de-de hacia algun tiempo, era ya el terror de Paris, y lo habria conducido al mismo infierno ántes que afrontar su cólera.

Caboche conocia por lo tanto sus ventajas del momento.

Llegado bajo las ventanas de la torre, hizo seña al barquero de detenerse, y le puso al mismo tiempo un escudo de oro en la mano.

—Compadre,—le dijo,—el aire es aquí suave y apacible; voy á pasar ahí algunos momentos.

A guisa de áncora, el barquero hundió hasta el fondo del agua una piedra grande atada á una cuerda; la barca se detuvo, y los ojos del malvado como dos chispas brillantes se dirigieron hácia las ventanas de Blanca.

Algunos instantes corrieron asì, y ya el batelero buscaba una posicion mas cómoda sobre su barca para entregarse al sueño, cuando el carnicero precipitándose hàcia él lo sacudió bruscamente, diciéndole con una voz sorda y mostrando con el dedo la compuerta de la torre:

—Aborda! Aborda!

Esta puerta, en efecto, acababa de entreabrirse para dar paso à un mensagero enviado por Blanca á la reina, que se habia convertido en su protectora; porque Isabel, por uno de esos caprichos bastante comunes en las organizaciones de esa naturaleza, se habia conmovido al saber que esta pobre niña estaba amenazada de ser entregada á un hombre á quien no amaba, y habia prometido ayudarla en caso de un gran peligro.

Ademas, hácia la caída de la tarde, el duque de Berry habia anunciado á su hija que era ya imposible mayor dilacion, y que el contrato se firmaria al dia siguiente:

Una barca salió, pues, conduciendo al mensagero de la hermosa Blanca, á quien ciertamente nadie habria creido tan osada, y la puerta iba á volverse á cerrar, cuando fué violentamente empujada por otra barca que venia de fuera.

Esta última era la que conducia á Caboche.

De un salto se lanzó el capitan hasta en medio de la escalera, y las gentes encargadas de la guardia de la torre por este lado, no habian vuelto aún de su sorpresa, cuando Simon Caboche llegaba ya al primer tramo.

Separando con sus brazos musculosos à los criados, que trataban de impedirle seguir adelante penetró sin trabajo hasta la pieza cercana á la de Blanca y vino à caer como una bomba en medio de las camareras de la gentil señorita, las cuales espantadas como una bandada de codornices, parecieron querer huir pidiendo socorro.

—Blancas palomas,—dijo Caboche, sin procurar adquirir un aire mas cortés, —bien me acuerdo á fé mia, que no dabais tanto escándalo el dia en que he tenido el honor de libertaros de las manos de aquellos malditos que tan mal empleaban su tiempo para haceros daño.

Estas palabras bastaron para calmar á las hermosas espantadas: conocieron la necesidad de hacer à su pesar buen semblante, y todas se aprocsimaron un poco conmovidas, bajando los ojos y ruborizàndose lo mas que pudieron, porque habian reconocido á su intrépido libertador, y si no tenian ya temor, se sentian mal dispuestas bajo el fuego de su mirada satánica.

—Señoritas,—dijo,—no sé à fé mia como es que me encuentro aquí; pero una vez adentro, no saldré ya sin ir mas adelante.

Y ya se dirigia hàcia el cuarto próximo, cuando la puerta de él se abrió: Blanca apareció, y Caboche se detuvo como herido de un rayo.

XV.

Caboche sorprendido cerca de Blanca por el duque de Berry.—Caboche ofrece su apoyo al padre de Blanca.—Caboche ó Isabel de Baviera.—Tentativa de evasion de Tomás de Mercq.—Tomás de Mercq es muerto por Caboche.—Nueva visita de Caboche á Blanca.—Muerte del duque de Berry.

—Señorita,—dijo Caboche, no habiendo tenido el honor de veros desde el dia en que monseñor el duque de Borgoña os hizo prender deslealmente en mi habitacion, y habiendo encontrado hoy casualmente abierta la puerta de esta morada, me he tomado la libertad de venir á presentaros mis respetos, de lo que os pido gracia y perdon.

—No es en este lugar, señor, respondió Blanca, donde hemos de sentir veros; porque si no os hubieseis presentado en otra ocasion, ciertamente no estariamos con vida á esta hora.

—Es cosa que nunca olvidarémos, señor capitan.

—Es ocupacion que volveria á empezar de todo corazon; y por la corona de Francia, no consentiré en dejaros sola y abandonaros en este sitio, en estos tiempos de tan grandes trastornos, como lo hizo el caballero de Mercq vuestro novio.

Blanca se puso roja como una cereza, bajó completamente los ojos, y dijo con una voz muy conmovida:

—No hableis así, señor: el caballero de Mercq nada tiene que ver conmigo.

—El infame ha mentido, pues, hasta el esceso, porque se llama yerno futuro de monseñor vuestro padre.

—Tal vez será por voluntad de monseñor mi padre por lo que él dice eso.

—Y no es la vuestra?—esclamó el capitan, cuyas facciones acentuadas se iluminaron súbitamente con un relámpago de alegría.

Pasaron algunos segundos, sin que la tierna jóven respondiese; despues levantando un poco la cabeza, sin atreverse ni á mirar cara à cara à su interlocutor, dijo:

—Obedezco á mi querido y augusto padre, señor, y en ningun caso puedo olvidarlo.

El tono conque fueron pronunciadas estas palabras, las hacia tan claras, que el capitan no pudo engañarse: comprendió que Blanca no amaba á Tomás de Mercq, y una inmensa alegría inundó su corazon.

—Oh! esclamó tomando una de las manos de la jóven,—vuestra voluntad debe ser ser lo primero aquí, y así será: por mi vida, por mi alma, por mi salvacion, Tomás de Mercq no será vuestro esposo; y de esto hago solemne y sagrado juramento.

Blanca levantó completamente la cabeza; le parecia que Caboche acababa de librarle de nuevo de un peligro inmenso; levantó hácia èl sus grandes ojos húmedos de alegría, y se le presentó hermosa como un ángel.

—Cómo podeis afirmar esto?—preguntó ella.

—Porque no siendo vuestra voluntad tan desagradable cosa, no podrá ser la mia.

—Teneis algun dominio sobre el caballero?

—Tengo el dominio de la fuerza, y no me es necesario otro para jurar que Tomás de Mercq no volverá á presentarse en el palacio de Nesle.

Crispó los puños: los músculos de su cara se contrajeron, sus ojos se inyectaron de sangre, Blanca tuvo miedo.

—Amais, pues, à ese maldecido?—preguntó con una voz estridente Caboche, que notó su espanto.

—He dicho eso, señor?

—Oh! decid, por Dios! decid que no lo amais.

—Acaso esa palabra pueda agradaros tanto?—preguntó Blanca, bajando de nuevo los ojos.

—Esa palabra puede quitarme del corazon la muerte, replicó el capitan ruborizándose súbitamente.

El temor de Blanca disminuyò; pero su emocion aumentó tambien.

—Me habeis socorrido tan bien, señor,—dijo por lo bajo,—que no podré ser ingrata, rehusaros tal satisfaccion. Os diré, pues, que el caballero de Mercq no ocupa ningun lugar en mi corazon.

La alegría de Caboche fué tan grande, que saltó como una pelota para ir á caer de rodillas delante de la jóven.

—Gracias! Gracias!—decia besando con una especie de frenesí la orla de su vestido.

—Señor, señor, levantaos.

—Oh Blanca! dejadme por piedad besar el polvo de vuestros piés.

—Por la Santa Vírgen! levantaos! Me parece que siento ruido aquí cerca.

El capitan se levantó, prestó el oído y escuchó en efecto gran ruido de pasos.

Hé aquí lo que habia pasado....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

Los guardias á pesar de los cuales habia penetrado en la torre de Nesle, habian corrido primero en su busca; pero instruidos por las damas de Blanca de la manera con que esta última habia acogido à este singular visitador, no juzgaron necesario ir mas adelante.

Pero como el movimiento que habian causado, habia producido alguna sensacion entre los servidores del palacio, el duque habia sido instruido perfectamente de este suceso: se habia conmovido mas que los criados, y á fin de saber mas pronto de qué se trataba, venia en persona cerca de su hija.

Caboche se acababa de levantar cuando el duque apareció.

Un poco sorprendido de encontrar así á Blanca, frente á frente con un desconocido de bastante mala catadura, el viejo príncipe hizo primero señal á las gen es que lo seguian de alejarse, despues dirigiéndose á su hija frunciendo ligeramente el entrecejo dijo:

—Querida hija ¿qué ha sucedido, pues, para que esteis así tan conmovida?

Es una observacion trivial á fuerza de justa, que las mugeres, cualquiera que sea la posicion crítica en que se encuentren, tienen siempre la viveza del momento.

Caboche, que nunca habia tenido miedo de nada, no se atrevia sin embargo á alzar los ojos al príncipe, y, si le hubiese sido forzoso responder á la pregunta tan sencilla que acababa de hacer este último, no habria tenido probablemente otro recurso que encolerizarse:

Blanca por el contrario esta tímida paloma no vaciló un momento.

—Querido padre,—dijo,—me permitiréis primeramente presentaros al señor capitan general de los municipales, à quien debo la vida, el cual, pasando casualmente embarcado por delante de la torre, vió la puerta abierta y ha entrado creyendo que tal vez se habian introducido por ella algunos ladrones.

Mentia aquí con una gracia encantadora la hermosa inocente, y Caboche esperimentó tal alegria, que le costó mucho trabajo el dejar de arrojarse segunda vez á sus piés.

Era porque esta mentira queria decir una infinidad de cosas muy deliciosas para él.

El amor de la inteligencia, y Caboche estaba loco de amor.

El duque de Berry, á pesar de su larga esperiencia en tales asuntos, creyó todo al pié de la letra; sus cejas volvieron á su estado normal, y volviéndose hácia el carnicero dijo:

—Señor capitan, habeis hecho muy bien en penetrar aquí donde os habeis mostrado tan bravo y leal defensor de mi querida hija, y si no os he manifestado mi agradecimiento como conviene, quiero hacerlo ahora. Os doy, pues, gracias con el corazon y podeis contar siempre con mi amistad.

Simon Caboche se creyó trasportado á otro mundo; nunca mayor alegría habia hecho latir su corazon.

—Monseñor,—dijo en su transporte,—á vos y à la señorita Blanca pertenecen mi sangre y mi vida; pero puedo y quiero ofreceros mas y os haré si lo permitís, único y solo señor de Paris.

Blanca lanzó sobre el capitan una mirada prolongada, y así le dió las gracias en el mas dulce y tierno de los lenguages.

—Señor de Paris!—dijo el duque.

—Señor de la Francia!—contestó Caboche:—á quien tiene el corazon, pertenecen los miembros, porque con vos no tendriamos temor de las maquinaciones, traiciones y felonías que nos pueden venir de los ingleses, como lo podemos temer justamente ahora.

La perspectiva de tan grande poder, despertó la ambicion casi apagada del viejo duque, su corazon se dilató con el pensamiento del poder supremo, que tanto tiempo habia deseado sin llegar á conseguirlo jamas.

—Señor capitan,—dijo,—bien conozco que esta seria una grande y penosa tarea, y sin embargo nadie tendrà tanto derecho á ello como el tio rey Cárlos VI.

—Monseñor,—esclamó Caboche, cuya ecsaltacion iba siempre en aumento,—no es tan grande y penosa la tarea que no me encuentre capaz de desempeñarla en vuestro servicio, y acerca de esto no quiero ser juzgado mas que por mis obras. De manera que si respondeis afirmativamente, no pediré mas.

—Y no os acordais de Juan-sin-Miedo, y sus burguiñones?

—Conozco muy bien lo que valen y no me apesaro de ello lo bastante.

—Y qué será necesario hacer, señor, para ayudaros en tan grande empresa?

—Decir que sí, monseñor, y alejar de vos à todos los traidores é infames, ó á todos los que estén en camino para serlo, y de este número es el caballero Tomás de Mercq.

Blanca se estremeció; el duque hizo un movimiento de sorpresa.

—Tomás de Mercq!—esclamó.

—El, monseñor.

—No sabeis acaso que ninguno me ha servido tan lealmente en paz y en guerra?

—Monseñor, no puedo ignorar ni los servicios, ni la recompensa prometida, puesto que el caballero se vanagloria de ello, en alta voz en todas partes. De esto no os importunareis ya, porque el tal caballero no vendrá á quejarse mas.

El viejo príncipe encontró esto algo oscuro; pero creyó prudente no procurar adquirir luces, por temor de hallar algo que pudiese perturbar su conciencia, la cual, segun se ha visto, no se alarmaba tan fácilmente.

—Señor,—dijo,—estoy muy satisfecho de hallaros tan hábil, cuanto fuerte y valiente. Mi palacio está abierto para vos, y siempre me hallaréis dispuesto à conferenciar con vos, y de vuestros avisos haré siempre grande estima.

Caboche conoció que la conversacion se habia prolongado demasiado, y como no podia esperar que el duque lo dejase solo con Blanca, se despidió y fué á buscar la barca que lo habia conducido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El terrible capitan no se habia vanagloriado mucho, creyéndose capaz de cambiar de manos el poder; porque en este momento mas que nunca era el señor de Paris.

A su voz, y sin verse obligado à manifestar las razones que lo hacian obrar, urbanos, artesanos y estudiantes corrian á las armas, levantaban barricadas, mataban y se hac ian matar, con razon ó sin ella.

Era porque Caboche era amado y temido por todos á la vez; temido á causa de su ferocidad sin igual, amado á causa de su increible desprendimiento.

En los motines, las matanzas, devastaciones que se renovaban todos los dias, en el botin era lo último en que pensaba, y si acaso pensaba era para aumentar la adhesion de esta milicia sanguinaria que lo obedecia y que cada dia se hacia mas numerosa y temible.

Su parte era siempre distribuida por él, entre aquellos à quienes la fortuna habia favorecido ménos.

Al siguiente dia de aquel en que se habia encontrado con el duque de Berry en la torre de Nesle, Caboche se dirigió à Vincennes, donde se encontraba en este momento Isabel de Baviera.

La hermosa reina se fastidiaba y el hércules llegaba á propósito.

—Señor,—dijo la Mesalina con su mas gracioso modo,—¿tan malos ratos os dan estos mal educados ciudadanos, que tan raramente tengais una hora que dar á vuestros amigos?

—Reina y señora, es muy cierto en efecto que muchas veces no puedo hacer lo que me agrade; porque si pudiese y lo permitieseis, nunca saldria del lugar donde quisiérais estar.

Observemos de paso que casi todos los historiadores han pintado al carnicero Caboche como un hombre sin inteligencia; que no obedecia mas que à los mas groseros y malos instintos.

Esto es un grande error: ciertamente que seria necesaria una inteligencia poco comun, para abrogarse un poder tan grande como lo ejercia y sobre todo para conservarlo en medio de las intrigas que se atravesaban en aquella época.

Caboche era ciertamente un hombre feroz, capaz de los mayores crímenes; pero discurria tan bien como se batia, y el duque de Borgoña habia reconocido á sus espensas que no era prudente aventurar al mas fino con esta especie de sabueso, que tenia el entendimiento tan fácil y tan listo como sólido su puño.

Nada hacia que no hubiese meditado y cuyas consecuencias no hubiese previsto.

Nada le admiraba, y si le hubiesen hecho rey de Francia le habria parecido la cosa mas sencilla.

Y ademas, si es preciso decirlo todo, no habria llegado á ser dueño de Paris, sin rozarse por aquí y por allá con los grandes de esta época, y es muy probable que mas de una gran señora habria contribuido á su educacion.



CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA

Siempre, es cierto, era un sabueso muy amansado en los lugares en que no estaba á la cabeza de la milicia que mandaba.

Isabel por esperiencia sabia ya todo esto; ademas, habia empleado todas las seducciones posibles para apoderarse de este personage y hacerlo su ciego servidor; pero no lo habia conseguido mas que á medias, y aun esto habia durado poco.

El burdo justador habia conocido bien pronto que siguiendo esta pendiente tan suave que le presentaba la hermosa reina, no seria mas que un juguete en sus reales manos, ó mas bien, uno de los numerosos juguetes de esta especie que tomaba, abandonaba ó rompia segun su capricho, y aunque habiendo sucumbido al principio á la tentacion, se habia mantenido despues á la defensiva, haciendo poco para detener mucho, y no teniendo ningun escrúpulode prometer todo, con la intencion bien marcada de no cumplir nada.

En esta disposicion de espíritu se habia dirigido à Vincennes.

—Al ménos, seréis nuestro por hoy,—dijo Isabel.

—A mandato tan gentil, graciosa soberana, siempre estaré pronto á obedeceros.

—Decidme, pues, desde luego qué noticias traeis de Paris.

—Noticias mas bien malas que buenas, señora. Las cosas caminan mal, é iràn peor cada dia, si no se pone arreglo prontamente.

—Oh! capitan! ¿habeis tenido algun mal sueño, puesto que usais tan pronto de un lenguage tan lamentable?

—No es sueño ni delirio, señora reina, sino cosa cierta, que aquel que creeis vuestro mas poderoso amigo es vuestro mas terrible enemigo.

Caboche, como se vé, principiaba la guerra contra Juan-sin-Miedo y abria con bastante resolucion la brecha.

La reina habria querido mejor sin duda que la conversacion recayese sobre otro asunto; pero una vez comenzada así la encontró de bastante importancia para tratar de interrumpirla prontamente.

—Oh!—dijo, sin disimular la sorpresa que le causaban estas palabras,—hé aquí una terrible estocada dirigida à nuestro poderoso vasallo Juan de Borgoña.

—Estocada mas segura no estaria de mas, señora; porque siguiendo à este paso, monseñor el duque de Borgoña se encontrará bien pronto mano á mano con el inglés, no para batirlo, sino para entregarle el reino de Francia.

Esto era cierto, Isabel lo sabia, porque de su misma confesion resultaba así; pero tambien conocia cuán importante era que no se le sospechase complicada en tan horrible traicion, siendo los parisienses capaces de usar de todos los escesos imaginables con aquellos que se le señalasen como estando en inteligencia con los eternos enemigos de la Francia.

—Vamos, vamos, capitan,—dijo ella,—calmemos un poco tanto rencor.

—No tengo ningun rencor, señora, y no podria tenerlo mas que contra los traidores que urden hácia vos tramas infernales.

—Si sois mi amigo, ya no quiero temer nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y así lo deseo yo, mi cara soberana. Os seré fiel, aun cuando vaya contra todos; pero para hacerlo mas eficazmente, me será necesaria una órden real firmada y sellada sobre tela de seda.

—Y no deseais otro cosa?—preguntó Isabel radiante.

—Para el buen écsito no; ¿pero si osara pedir otra recompensa?

—Os quito la palabra, señor capitan,—dijo la reina poniéndole con la mas encantadora familiaridad la mano sobre los lábios.

Caboche besó mil veces esta preciosa mano; pero entre uno y otro beso halló tiempo para decir:

—Firmaréis, pues, la órden con esta linda mano?

—Al momento, tenaz rebelde,—respondió Isabel, acompañando estas palabras con la mas encantadora sonrisa.

Y escribió en efecto una òrden, mandando que los habitantes de Paris, se verian obligados en lo sucesivo á no obedecer mas órdenes que las que les fuesen trasmitidas por el capitan general de la milicia urbana, y que visto el estado de la salud del rey, se declaraba culpable del crimen de lesa magestad, á todo el que bajo el pretesto de otra órden contraria á ésta, practicase el acto de la desobediencia.

Esto prontamente estuvo hecho; pero la formalidad del sello ecsigia mayor tiempo.

Caboche tomó resueltamente su partido, y en verdad, era muy dulce penitencia, porque Isabel era todavía entónces la muger mas hermosa de su tiempo.

Sin embargo, Tomas de Mercq, desde la càrcel del Châtelet, á donde habia sido conducido y encerrado sin causa cierta, ponia todo en obra para recobrar su libertad.

Su primer cuidado fué advertir al duque de Berry la situacion en que se encontraba; decia en su mensage que no debia su cautiverio mas que á la firmeza que habia manifestado, en seguir el partido de los Armagnacs à fin de no separarse de su futuro suegro y suplicaba á este último el no dormirse á fin de ponerlo prontamente en libertad.

Pero, segun hemos visto, el duque de Berry nadaba ya en otras aguas.

—Peste!—dijo, despues de haber leido el mensage,—este capitan de los urbanos es hombre verdaderamente hâbil y que ha visto bien las cosas....Por nuestra Santa Vírgen, hermoso caballero, nada puedo hacer por vos en tal ocurrencia....Y ademas ¿qué diablo os impelia à seguir siempre á los armognacs, viendo que los burguiñones eran mas fuertes? Por Dios, caro señor, bien os vale ser valiente y no haber temido la muerte, porque me parece que estais en una situacion lamentable, y de la cual por razones de Estado no puedo sacaros.

Este era un razonamiento poderoso; pero no una respuesta, y Tomás de Mercq la esperaba: el duque lo sabia; pero no respondió.

El viejo príncipe volvia à comenzar su antiguo juego; se aislaba, à fin de tener libres sus movimientos y alistarse en el partido del mas fuerte.

Tenia ahora una gran confianza en Caboche, y mas que nunca le halagaba la idea del poder supremo vuelto à colocar en sus manos.

Tomàs de Mercq, aunque todavía jóven, habia vivido mucho, estaba acostumbrado á todas las variaciones y petardos de todos los grandes de la tierra.

No recibiendo ninguna respuesta del duque, comprendió al momento que se trataba de alguna nueva complicacion política, y que nada tenia ya que esperar por ese lado.

Pero como tenia bastantes parientes, bien puestos, y entre estos Mateo de Mercq, su hermano mayor, de gran renombre como batallador y emprendedor, se apresuró, pues, à recurrir à ello, y particularmente à este último, à quien conocia capaz de incendiar el reino para pedir razon de una injuria ó de una injusticia.

Mateo de Mercq, que pertenecia á los burguiñones, se puso furioso al saber lo que habia pasado.

—Tome!—esclamó,—ahora conozco que esos perros quieren morder á sus guardianes! No, mis señores, no será así, por mi alma!

Despues de esta primera esplosion, el bravo caballero, pensó en los medios de poner en libertad á su hermano, y por lo pronto no halló otro mas sencillo y mas fácil que reunir á sus amigos y criados, y asaltar la prision; pero bien pronto la ecsaltacion pasò, la razon volvió á tomar su imperio, y Mateo de Mercq convino *in petto*, que no seria fácil tomar el Châtelet á viva fuerza, y que para llegar seguramente á los fines que se proponia, la astucia no estaria de mas.

Convenido esto, lo demas siguió bien, porque Mateo de Mercq no solamente era bravo por escelencia, sino ademas tenia un entendimiento fino y muy sutil, que se prestaba muy bien á toda especie de inteligentes combinaciones.

Despues de haber reflecsionado maduramente, se dirigió hácia la prision, no para ver á su hermano, sino para visitar al capellan del lugar, un buen hombre embarazado con su posicion actual, y temiendo demasiado servir alternativamente á Dios y al diablo, obedeciendo sucesivamente á los diversos partidos que se disputaban y que se arrancaban el poder.

—Padre mio,—le dijo Mateo, despues de haberse asegurado que estaban solos,—Dios nuestro Señor es ciertameute el Dios de los ejércitos, pues así lo dicen las Santas Escrituras; pero es tambien el protector de los corazones buenos, generosos.....

—Señor,—dijo el capellan,—esa es la sana y buena doctrina.

—Pero,—continuó el caballero,—creo que no basta creer ó decir creo, y que la práctica es sobre todo lo recomendable!

—Oh! señor, pareceis todo un clérigo, y no puedo ménos que daros completa aprobacion.

—Luego, querido padre, si visitar y socorrer á los prisioneros es obra piadosa, es aún mas, volverles su libertad.

El buen capellan dió un salto, y Mateo continuó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

—Libertarlos, cuando son inocentes ante Dios y ante los hombres.

—Ciertamente; al inocente no se debe imponer pena ninguna; pero para la declaracion de su inocencia es necesario un juicio.

—Y para juzgar, padre mio, es necesario oir tambien al que acusa. Ademas, teniéndoos por el juez mejor y mas recto, os suplico, informaros del dia en que Tomàs de Mercq, mi hermano, os sea llevado á la capilla para ser confesado y ecshortado, y á fin de que los suyos puedan venir en su ayuda por fervientes oraciones, os suplico ademas, hacernos saber el momento en que esté en la capilla, lanzando una piedra á sus vidrieras. ¡Oh! esto no os asombre: queremos de antemano reparar el daño, y para esto os suplico, acepteis estos veinte escudos de oro, que no serán la última prueba de nuestro reconocimiento.

Y los veinte escudos pasaron de manos del caballero á las del capellan.

Todos los demas argumentos tenian su valor; pero este último era incontestablemente el mejor.

Fué el mismo capellan, despues de haber puesto los veinte escudos, quien prometió cumplir con las instrucciones que se le daban.

Era medio dia.

Tomás de Mercq, á quien habian arrojado en un calabozo subterráneo, desde donde á fuerza de penas infinitas habia conseguido hacer conocer su situacion á su familia y al duque de Berry, Tomás de Mercq, estendido sobre el húmedo suelo y luchando contra el hambre, sintió una inmensa alegría cuando despues del ruido de los cerrojos y la voz del carcelero, oyó la del capellan, que le dijo:

—Venid, hermano mio y seguidme á la capilla, donde quiero reconciliaros con Dios nuestro Señor, si es cierto que le habeis ofendido tan gravemente como estais acusado.

Para comprender la alegría del prisionero, es preciso saber que en esta época, los partidos que se destrozaban, se rehusaban mútuamente los ausilios de la religion; no se contentaban con dar muerte al cuerpo, querian matar el alma, y creian conseguirlo de esta manera.

Tomás de Mercq sabia esto perfectamente; porque él mismo mas de una vez, habia empleado este procedimiento con los burguiñones caidos en sus manos, cuando combatia bajo las órdenes del duque de Berry.

Así es que creyó, que puesto que le enviaban un sacerdote, su posicion era desesperada.

Y ademas habia notado en el acento del capellan algo que parecia decirle que trabajaban por su libertad.

Mateo de Mercq en efecto, trabajaba con ardor; habia reunido parientes, amigos bien armados, bien montados, provistos de todo lo necesario para el asalto, y todos se habian ido á emboscar en los alrededores del Châtelet, miéntras que el caballero Mateo se ocultaba cerca de los muros de la prision de manera que tuviese enfrente las vidrieras de la capilla que caian al esterior.

Todos estaban apostados así hacia algun tiempo, cuando un ruido de cristales estrellados se hizo oir, y casi al mismo tiempo cayó un guijarro à los piés de Mateo de Mercq.

Un silbido se dejó oir: todos los hombres emboscados se reunieron, y los cuales fueron armados.

Hundida á hachazos una de las ventanas de la capilla, cayó con estrépito; los atrevidos escaladores penetraron por esta brecha, y bien pronto se les vió volver á aparecer, trayendo como en triunfo al prisionero.

Un caballo habia sido llevado para él: lo montó en el acto y todos espolando sus cabalgaduras se alejaron ràpidamente.

Caboche, por su parte, no habia permanecido ocioso.

Provisto de la órden que habia obtenido de la reina, habia hecho arrestar al momento y conducir al Châtelet á todos los que creía capaces de contrariar sus proyectos; despues se habia dirigido en persona á la casa del verdugo Capeluche.

—Compadre,—le dijo,—hoy tendréis un salario mayor del que habriais esperado.

—Sin embargo,—respondió Capeluche,—no sé que haya habido ayer ningun juicio ni sentencia.

—Es cosa cierta; pero tenemos que remediar esa falta, y por órden de la reina mi señora, tengo que enviar á la horca algunos armagnacs y otros traidores encarcelados ayer por voluntad real. Vamos, camarada, proveedme de lo necesario para escribir, y os daré incontinenti órden para ejecuciones de las que seréis responsable con la cabeza.

Capeluche apénas se sorprendió ligeramente de este lenguage, porque la anarquía, el desórden eran tales, que ya mas de una vez, los prisioneros habian sido no solo asesinados por los furiosos amotinados, sino conducidos por ellos á los sitios ordinarios de las ejecuciones, y colgados ó decapitados por los verdugos sin ninguna forma de proceso.

La órden de ejecucion y la lista de las víctimas fueron, pues, escritas por Caboche, que continuó diciendo al verdugo:

—Y para que no se presente ningun inconveniente, voy á acompañaros.

Algunos instantes despues se veian en efecto à Caboche y Capeluche, à la cabeza de una compañía de carniceros bien armados, dirigirse hácia la cárcel del Châtelet, á donde llegaron en el momento mismo en que Tomás de Mercq, habiendo picado su cabalgadura se alejaba en compañía de sus libertadores.

Caboche lo reconoció al momento y lanzándose en su direccion

—Sus! Sus! muchachos,—esclamó,—á muerte el armagnac, á las barricadas!

Y gritando así corria con todas sus fuerzas, perdiendo terreno á cada segundo, porque los ginetes oyendo estos gritos, hundian sus espuelas en el vientre de sus caballos, y hacian chispear el empedrado; pero á la voz bien conocida del terrible carnicero, todas las ventanas se abrieron, y por todas partes comenzaron á llover piedras, ladrillos, tejas, sobre los fugitivos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al mismo tiempo, de todas las tiendas salian amos, dependientes, aprendices, armados de garrotes, de picas, hachas, barras de fierro, arrojando delante de los caballeros todo lo que podia detener su marcha, miéntras que mas adelante otros levantaban barricadas.

Las primeras de estas barricadas fueron salvadas por los fugitivos sin mucho trabajo, porque estaban á medio levantar; pero á medida que avanzaban los obstáculos se hacian mayores. Cuando llegaron á los mercados encontraron el paso interceptado por todas partes.

—Amis!—esclamó Mateo de Mercq,—volvamos brida, y riña con esos perros.

Y uniendo el ejemplo al consejo, hizo frente á Caboche y sus hombres, que no habian cesado de correr, y que no estaban mas que á algunos pasos de él.

Su hermano y sus amigos lo imitaron al momento, miéntras que por su parte, el terrible capitan se disponia á atacarlos resueltamente.

En un instante la reunion estuvo espantosa: la ventaja estuvo primero por los caballeros, que con la brida entre los dientes, manejaban á dos manos sus largas y fuertes espadas, cada uno de cuyos golpes derribaba á un hombre.

Caboche, segun su costumbre, se batiá como un desesperado.

Conociendo que su gente iba perdiéndose, porque sus golpes se dirigian hácia los ginetes á quienes no alcanzaban, volvió la cara gritando:

—Muchachos! á los caballos!.... Sus! á los caballos, y pronto darémos cuenta de estos condenados.

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando de un golpe de su ancho cuchillo, hendia la cabeza del caballo de Tomas de Mercq.

El caballero no siendo herido, se puso en pié ligeramente, y levantando su larga espada de dos filos sobre la cabeza del capitan, iba á descargarle un golpe terrible, cuando Caboche, agachándose le pasó su ancho cuchillo al través del cuerpo.

El ferez carnicero lanzó un rugido de alegría viendo caer á su enemigo; sus fuerzas se centuplicaron de la misma manera que en el palacio de Nesle y en la torre del agua se habia hecho invencible.

Mateo de Mercq, que se habia lanzado á socorrer á su hermano, llegó demasiado tarde para salvarle; pero demasiado pronto para encontrarse frente á Caboche, quien comenzaba á embriagarse con la sangre, como le acontecia siempre en tales casos.

—A tí, perro degollador!—gritó lanzando su caballo contra el carnicero.

—Si soy degollador te ahorcaré como á un animal dañino,—respondió el capitan.

Y corriendo hácia su lado, pasó debajo del caballo, lo desbarrigó y salió del otro lado, para venir á caer sobre el caballero, que tuvo la misma suerte que su hermano.

Solamente algunos de los caballeros, llegaron á escapar de la muerte, escalando una barricada; todos los demas perecieron, porque en tales encuentros era muy raro que se hicieran prisioneros.

Caboche, sin embargo, no estaba completamente satisfecho.

—Vaya, compadre,—dijo á Capeluche, no tendréis mas que uno ménos que despachar; poneos à la obra y haced buena presa.

Capeluche no era hombre que se hacia de rogar para desempeñar perfectamente su oficio.

Tuvo, pues, ese dia un buen jornal, segun se lo habia prometido el capitan, sin que esto hubiese causado gran sensacion en Paris.

Estaban ya acostumbrados á estas matanzas cuotidianas, era casi el estado normal de la ciudad.

Caboche estaba, pues, completamente victorioso; sus manos y sus vestidos estaban empapados con la sangre de los hermanos de Mercq; creyó que no le faltaba ya mas que presentarse á la tierna y fantàstica Blanca, para obtener de ella la confesion mas dulce; de la misma manera que le parecia imposible que el duque de Berry rehusase su alianza, cuando le hubiese mostrado la órden de la reina que lo hacia tan poderoso.

Corrió, pues, hácia el palacio de Nesle, cuyas puertas le estaban ántes abiertas, sin pensar en reparar siquiera el desórden de sus vestidos ensangrentados.

Un silencio lúgubre reinaba en este palacio cuando Caboche se presentó en èl: se veían las gentes del príncipe ir y venir con aire asombrado y hablando por lo bajo.

Todas las capillas resplandecian con la luz de innumerables cirios, y en la iglesia de los Pequeños Agustinos, cercana al palacio, sonaba un toque funeral.

Cabocbe, despues de darse á conocer, penetró en el interior y se dirigió desde luego hácia la torre de Nesle, deseando ante todo hablar á Blanca.

—No se pasa!—le dijo el primer centinela que encontró.

—Atras, muchacho! tal órden no se ha dado para el capitan general de las milicias de Paris.

—La órden es para todos, señor.

—¿Serà necesario entonces pasar recado á la señorita Blanca?

—La señorita Blanca no està en esa torre, señor, sino al lado de su padre monseñor el duque de Berry, ahora en peligro de muerte.

Estas palabras produjeron sobre Caboche un efecto terrible; poco faltó para que oyéndolas cayese á tierra.

En efecto, era porque la muerte del duque de Berry destruía en este momento todas sus esperanzas.

—Por el diablo!—es preciso que no muera—esclamó.

Y habiéndose hecho conducir à las habitaciones del príncipe, se internó en ellas. A medida que se aprocsimaba, una especie de murmullo lúgubre resonaba mas claramente en sus oidos; veía pasar cerca de él, gentes pálidas y azora-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das; pero que no tenian ni una lágrima en las pestañas: las lágrimas son raras en esos casos.

Por fin el capitan llegó á la cámara mortuoria; porque el duque realmente habia muerto: atacado de una apoplegía, habia sucumbido sin tener tiempo para nada.

Cerca del lecho estaba arrodillada Blanca, teniendo una de las manos de su padre, que cubria de besos y regaba de lágrimas.

A este aspecto, Caboche, ese hombre sin corazon, ese asesino implacable, se sintió profundamente conmovido; tambien él cayó de rodillas, y con las manos enclavijadas y la frente postrada fué como esperó una mirada de Blanca.

Por su mal esta mirada llegó demasiado pronto; porque la jóven no vió desde luego, mas que estas manos y estos vestidos ensangrentados: se llenó de espanto, y una revolucion completa se operó en ella.

—¿Sois vos, señor capitan?—dijo.

—Yo mismo, señorita, y venia á daros una buena noticia, á saber, que Tomás de Mercq, ya no os importunará mas.

—Ah! Dios mio!....el caballero....

—Ha muerto, señorita Blanca.

Blanca se puso de pié con violenta ecsaltacion.

—Atras!.....Atras!.....—esclamó—Oh! eso es demasiado, demasiado. Yo no quiero asesinos!....eso es demasiado....demasiado.

A estas palabras, vaciló y cayó sobre el pavimento, torciendo las manos y lanzando gritos desgarradores.

Caboche estaba aterrado; parecia que sus rodillas estaban clvadas sobre el piso que tocaban, y no se levantó de allí, hasta que se llevaron á Blanca para confiarla á los cuidados de sus damas.

Esto pasaba el 14 de Junio de 1416.

El duque de Berry, nacido en 1340, tenia, pues, entonces setenta y cuatro años.

"La muerte de este príncipe, dice un cronista, fué una gran pérdida para el reino; porque habia sido en su tiempo un príncipe valiente y honrado, y gastaba mucho en piedras preciosas; festejaba y acogia gustoso á los estrangeros, y les hacia participar francamente de sus bienes.

"Sus funerales fueron tan magníficos como habia sido su vida: hubo gran concurrencia de señores, de hidalgos y pueblo; sus innumerables criados de todas categorías asistieron; todos fueron vestidos con grandes mantos negros, suministrados á espensas de la sucesion; se vió tambien una multitud de pobres á los cuales se distribuyó en limosnas, una suma de dos mil escudos de oro, segun la voluntad espresada por el difunto duque en el testamento que habia hecho ocho dias ántes de su muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
FONDO UNIVERSITARIO

"Por este testamento, ordenó una restitucion muy loable y que tiene gran mérito, si se atiende á las ideas de su siglo.

"Se acostumbraba que cuando un hombre era condenado á muerte, por algunos crímenes, sus bienes fuesen confiscados en provecho de un señor, y en perjuicio de sus herederos legítimos, y aún de sus hijos.

"Los mismos príncipes de la sangre no se avergonzaban de enriquecerse con tales despojos, y mas de una vez se vieron ejecuciones que no tenian otros motivos que el deseo de apoderarse de las riquezas del condenado inocente.

"Así es, que cuando la ejecucion de Juan de Montagu, sus joyas fueron confiscadas, en beneficio del duque de Berry; pero éste, por su testamento, ordenó restituirlas à las hijas y herederos de este desgraciado, *gran maestre del palacio del rey.*

"El cuerpo del duque fué embalsamado, depositado en la torre de Nesle, y de allí trasportado á Bourgues, y enterrado en la santa capilla que habia hecho construir para el efecto.

"Antes de escoger esta sepultura, el duque habia querido ser enterrado en el portal meridional de la iglesia de los Santos Inocentes en Paris.

"En las cuatro estremidades de este portal habia hecho grabar y esculpir sus blasones.

"Por sus órdenes y à sus espensas, un hábil artista esculpió allí tambien la leyenda de *los tres vivos y los tres muertos.*

"Debajo de cada uno de estos personages estaban grabados los versos que la leyenda pone en su boca en forma de conversacion.

"Otra inscripcion en verso, anunciaba que el duque habia hecho eleccion de este lugar para su sepultura.

"En l'an mil quatre cent huit.
Jehan, duc de Berry très-puissant.
En touts vertus bien instruit.
Et prince en France florissant.
Par humain cours lors congnoissant.
Qu'il convient toute créature.
Ainsi que nature consent.
Mourir et tendre á pourriture.
Fit taillert ci sa sépulture.
Des trois vifs aussi des trois morts.
Et de ses deniers la facture.
En paya par justes accorts, &c."

Ocho dias despues de la muerte de su padre, Blanca se retiró à la abadía de Maubuisson, cerca de Pontoise, donde un siglo ántes Juana y Blanca de Borgoña habian sido encerradas por órden de Felipe el Hermoso, con motivo de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desórdenes á que se habian entregado, en la torre de Nesle, segun hemos dicho ántes.

Una revolucion completa se habia operado en el espíritu y en el corazon de la jóven Blanca de Berry.

Caboche le causaba ya horror, y tomó el velo el año siguiente, sin manifestar el menor pesar por el mundo, que dejaba así tan jóven y tan bella.

Juan de Berry habiendo muerto sin hijos varones, el palacio de Nesle y sus dependencias volvieron al dominio de la corona.

Entónces cesó durante algun tiempo de ser una morada de señores.

La guerra contra los ingleses dió á Paris un aspecto completamente militar, el palacio de Nesle se convirtió en una fortaleza con guarnicion, siendo la posicion de tan buena defensa como el Louvre y la Bastilla de San Antonio, fortalezas que se reputaban entonces como inespugnables.

Caboche rugió de furor al saber que Blanca habia entrado de religiosa, y se ha visto ántes en la relacion de los acontecimientos políticos en los cuales tomó parte, que continuó siendo el mas temible de los asesinos que durante veinte años ensangrentaron la capital.

XVI.

Muerte del duque de Borgoña Juan-sin-Miedo.—Venganza y desastres.—Los ingleses en la torre de Nesle.—El palacio de Nesle bajo Cárlos VII, Luis XI y Cárlos VIII.—El palacio de Nesle bajo Francisco I.—Benvenuto Cellini en el palacio de Nesle.—La duquesa de Etampes en la torre de Nesle.

La Francia desgarrada, torturada por la guerra civil, intentaba en vano hacer frente á los ingleses.

Cárlos V, rey de Inglaterra, aprovechándose de los disturbios interiores, toma á Rouen y marcha victorioso sobre Paris.

El delfin y el duque de Borgoña, en presencia de tan gran peligro, piensan unirse para batir al enemigo comun; se dan una cita para el puente de Montereau, y los dos se dirigieron á él en efecto con una comitiva poco numerosa; pero apénas aparece el duque de Borgoña cuando cae herido mortalmente por Tanneguy-Duchatel, uno de los diez oficiales que acompañaban al delfin.

De esta manera se hace imposible toda conciliacion; Felipe el Bueno, hijo de Juan-sin-Miedo, no pensaba ya mas que en vengar la muerte de su padre; trata con el rey de Inglaterra Enrique V, de acuerdo con la reina Isabel, que traicionaba así á la vez á su esposo, á su rey, á su hijo y á su país; introduce á los ingleses en Paris, y el parlamento asociándose bajamente á esta infame traicion, publica un decreto que declara al delfin relegado de sus derechos á la corona y reconoce á Enrique V como el único heredero legítimo de Cárlos VI.

Desde luego los ingleses fueron dueños absolutos del reino, á escepcion de la pequeña parte que el delfin, á la cabeza de algunos hombres de corazon, defendia de una manera que hacia olvidar las faltas y las debilidades de todo género de que se habia hecho culpable.

Sin embargo, á pesar de la presencia del enemigo en sus muros, los parisienses se defendian aún militarmente: ocupaban el Louvre, la Bastilla, el palacio de Nesle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

desórdenes á que se habian entregado, en la torre de Nesle, segun hemos dicho ántes.

Una revolucion completa se habia operado en el espíritu y en el corazon de la jóven Blanca de Berry.

Caboche le causaba ya horror, y tomó el velo el año siguiente, sin manifestar el menor pesar por el mundo, que dejaba así tan jóven y tan bella.

Juan de Berry habiendo muerto sin hijos varones, el palacio de Nesle y sus dependencias volvieron al dominio de la corona.

Entónces cesó durante algun tiempo de ser una morada de señores.

La guerra contra los ingleses dió á Paris un aspecto completamente militar, el palacio de Nesle se convirtió en una fortaleza con guarnicion, siendo la posicion de tan buena defensa como el Louvre y la Bastilla de San Antonio, fortalezas que se reputaban entonces como inespugnables.

Caboche rugió de furor al saber que Blanca habia entrado de religiosa, y se ha visto ántes en la relacion de los acontecimientos políticos en los cuales tomó parte, que continuó siendo el mas temible de los asesinos que durante veinte años ensangrentaron la capital.

XVI.

Muerte del duque de Borgoña Juan-sin-Miedo.—Venganza y desastres.—Los ingleses en la torre de Nesle.—El palacio de Nesle bajo Cárlos VII, Luis XI y Cárlos VIII.—El palacio de Nesle bajo Francisco I.—Benvenuto Cellini en el palacio de Nesle.—La duquesa de Etampes en la torre de Nesle.

La Francia desgarrada, torturada por la guerra civil, intentaba en vano hacer frente á los ingleses.

Cárlos V, rey de Inglaterra, aprovechándose de los disturbios interiores, toma á Rouen y marcha victorioso sobre Paris.

El delfin y el duque de Borgoña, en presencia de tan gran peligro, piensan unirse para batir al enemigo comun; se dan una cita para el puente de Montereau, y los dos se dirigieron á él en efecto con una comitiva poco numerosa; pero apénas aparece el duque de Borgoña cuando cae herido mortalmente por Tanneguy-Duchatel, uno de los diez oficiales que acompañaban al delfin.

De esta manera se hace imposible toda conciliacion; Felipe el Bueno, hijo de Juan-sin-Miedo, no pensaba ya mas que en vengar la muerte de su padre; trata con el rey de Inglaterra Enrique V, de acuerdo con la reina Isabel, que traicionaba así á la vez á su esposo, á su rey, á su hijo y á su país; introduce á los ingleses en Paris, y el parlamento asociándose bajamente á esta infame traicion, publica un decreto que declara al delfin relegado de sus derechos á la corona y reconoce á Enrique V como el único heredero legítimo de Cárlos VI.

Desde luego los ingleses fueron dueños absolutos del reino, á escepcion de la pequeña parte que el delfin, á la cabeza de algunos hombres de corazon, defendia de una manera que hacia olvidar las faltas y las debilidades de todo género de que se habia hecho culpable.

Sin embargo, á pesar de la presencia del enemigo en sus muros, los parisienses se defendian aún militarmente: ocupaban el Louvre, la Bastilla, el palacio de Nesle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

El celo de los parisienses parecia aumentar á medida que la posicion se hacia mas difícil y acaso no habria bastado mas que una tentativa de su parte para reconquistar la Francia, cuando el rey de Inglaterra obtuvo de Cárlos VI, una órden para que los habitantes de Paris depusieran las armas y entregasen à *sus buenos amigos y protectores* los ingleses, los fuertes que ocupaban.

Este dia fué para Paris un dia de afrenta y de dolor: la milicia que guardaba la puerta de Nesle, el palacio y la torre del mismo nombre rehusó al principio obedecer la órden real, y cuando los ingleses se presentaron en este punto fueron recibidos con descargas de arcabuz.

Pero las municiones de estos bravos ciudadanos se acabaron muy pronto, carecian de víveres, y el parlamento declaraba crímen de lesa-magestad toda resistencia á Enrique V.

Fué preciso obedecer: la guarnicion del palacio de Nesle salió de este fuerte con sus armas y bagages, y fué á alinearse tristemente bajo los muros.

Repentinamente estalló entre estos valientes una esplosion de indignacion; se lanzan hácia la torre, donde acababa de enarbolarse el pabellon inglés, se apoderan de él y lo arrojan al lodo.

Despues, no pudiendo batir á los arqueros que desde lo alto de las murallas hacen llover sobre ellos una lluvia de dardos, destrozan sus armas y se dispersan.

Nunca tantos males á la vez habian agobiado á la Francia.

"No se podia trabajar sin sembrar en ninguna parte, dice el autor del *Diario de Paris*, frecuentemente se daban quejas à los señores y príncipes, que no hacian mas que reirse y burlarse de todo, haciendo de esta manera á sus súbditos peores; la mayor parte de los labradores cesaron de trabajar y desesperados abandonaron à sus mugeres é hijos diciendo uno à otro:—¿Qué harémos? Demos todo al diablo.

"—Nada, nada nos importa lo que seamos, igual es hacer lo malo que lo bueno. Mas nos valdrá servir à los moros que á los cristianos, y para estos hagámonos lo mas malo que podamos.

"—De cualquiera manera si no nos matan, nos ahorcan, porque por el falso gobierno de estos traidores, tenemos que renegar de nuestras mugeres é hijos y huir á los bosques como béstias feroces."

En el mes de Agosto de 1422, Enrique V muere, no dejando mas que un hijo de pocos meses: esta muerte es seguida á poco de la de Carlos VI, y los ingleses, siempre dueños de Paris, hacen proclamar á Enrique VI rey de Francia.

La situacion del delfin parecia desesperada; sin embargo consiguió hacerse coronar en Poitiers, bajo el nombre de Cárlos VII, al mismo tiempo que atraia à su partido al duque de Bretaña; pero esto no contuvo los triunfos de los ingleses, que reunidos á los burguiñones, vinieron á poner sitio á Orléans, una de las pocas ciudades que pertenecian aún á Cárlos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo parecia estar perdido, cuando tres mugeres vinieron en ayuda de la patria y del rey: eran la reina Margarita de Francia, Inés Sorel y Juana de Arco.

Las dos primeras animadas por el amor de la patria, hacen pasar su ardimiento al alma de Cárlos VII y de los capitanes que lo siguen: la tercera se presenta delante del rey, le cuenta una vision celeste en la cual Dios la ha escogido para librar á su país de la invasion estrangera, y pide marchar al momento contra los ingleses.

Nada mas sublime qne esta humilde hija de Domremy, que se cree llamada por el cielo mismo, para convertirse en el instrumento de la victoria y de la salvacion de su país.

Juana cumple en efecto todas las promesas de su entusiasmo: bate á los ingleses, los obliga á levantar el sitio de Orléans y conduce á Cárlos á Reims donde se hace consagrar.

Al terminar esta ceremonia, Juana, llamada la doncella de Orléans, á causa de sus primeras hazañas en esta ciudad, se aprocsimó á Cárlos y le dijo:

—Gentil rey, ya se ha cumplido la voluntad de Dios, que deseaba que vinieseis á Reims á recibir vuestro digno sacramento, mostrándoos que sois verdadero rey y aquel á quien el reino debe pertenecer.

En seguida añadió que su mision habia terminado y pidió permiso para retirarse; pero el rey rehusó el dejarla partir: conoció que su presencia era todavía necesaria al ejército para nutrir la esperanza y la confianza del soldado.

Ella permaneció allí y continuó combatiendo; pero se acercaba el tiempo en que un cruel revés debia hacerla espiar sus triunfos: el 25 de Mayo de 1430, á ménos del año de la consagracion del rey, Juana de Arco que se habia encerrado en la ciudad de Compiegne, sitiada por los burguiñones, fué hecha prisionera en una salida, despues de haber combatido con su valor acostumbrado.

Los burguiñones la vendieron á los ingleses, que la condujeron á Rouen, la acusaron de magia, y la condenaron á ser quemada viva.

Snfrió su suplicio en presencia de los mismos ingleses, á quienes su bandera blanca, siempre á la cabeza del ejército, habia acobardado tantas veces.

La hoguera fué para la víctima un altar de donde se lanzó para ir á la inmortalidad, miéntras que la infamia de este suplicio, manchó para siempre á sus verdugos.

Se llena uno de indignacion al pensar que Cárlos VII abandonó á esta infortunada á quien debia su corona, y no hizo la menor tentativa para arrancarla de las manos de los enemigos, sobre los cuales su admirable valor le habia dado tantas vecela ictoria.

Sin embargo, este crímen no hizo mas que acelerar la ruina de los ingleses en Francia.

Todas las provincias se levantaron por un arranque espontàneo para marchar

contra ellos; el mismo duque de Borgoña los abandonó y un tratado de paz entre él y Càrlos VII, fué firmado en Arras en 1435.

La muerte de la reina Isabel de Baviera, acontecida en la misma época, fué tambien un obstàculo ménos para el restablecimiento de la paz: sin embargo hasta dos años despues fué cuando Paris abrió sus puertas al rey.

Los habitantes estaban cansados de las facciones y se encontraban entónces agobiados bajo el yugo de la inquisicion mas sospechosa y mas cruel.

Algunos atrevidos se aprovecharon del tiempo en que el condestable de Richemont acababa de batir á los ingleses en San Dionisio para tratar con él.

No tuvieron necesidad para convenir con él mas que de algunas conferencias.

Pidieron una amnistia general para sus conciudadanos y la confirmacion de sus privilegios.

Habiendo sido concedido todo por el rey, en un dia convenido favorecen el asalto en las murallas, rompen las cadenas de los puentes levadizos, é introducen al condestable por la puerta de Saint-Jacques.

—Amigos mios,—decia á los habitantes que lo saludaban con esclamaciones de alegría,—el buen rey Càrlos os dá las gracias cien veces y yo por él, de que tan suavemente lo habeis hecho dueño de su reino, y si alguno, de cualquier estado que sea, ha trabajado en contra del rey, esté ausente ó no, todo se le perdona.

Al dia siguiente todo estaba tranquilo en Paris, y los víveres llegaban en abundancia.

El mismo dia por órden del condestable, esperando que el rey ordenase de otro modo, la justicia volvió á tomar su curso

El parlamento no tuvo sin embargo, su complemento, hasta algunos meses despues, por la reunion de los magistrados en Poitiers.

Sin embargo la guarnicion que los ingleses mantenian en Paris, se habia refugiado en gran parte en la Bastilla.

"Pero, dice un cronista, se hallaron muy afligidos cuando se vieron encerrados ahí adentro; porque habia tantos que todo estaba lleno, y habrian perecido de hambre, si no hubiesen conseguido del condestable un salvo-conducto y evacuaron la plaza el mártes 17 de Abril.»

La guarnicion inglesa del palacio de Nesle no salió tan bien librada: los estudiantes que se habian reunido en el Prado de los Clérigos, querian que los ingleses se rindiesen á discrecion y todos los esfuerzos del condestable para evitar una coalicion fueron inútiles.

—Deponed las armas,—gritaba á los soldados,—ó nadie saldrá de aquí vivo.

El comandante, rehusábase á salir así con las manos y piés amarrados; se resolvió el asalto, no un asalto regular, meditado, cuyos resultados estàn previstos, sino un asalto à la parisiense, sin órden, sin plan; pero violento, irresistible.

No habia una sola escala al comenzar el ataque, y diez minutos despues habia cincuenta apyaodas contra las murallas; faltaban armas, pero habia piedras, palos, manos, piés, uñas y dientes, y todos se sirvieron de esto con tanto ardor, que, despues de dos horas de combate las murallas eran escaladas, las puertas derribadas, y aquellos ingleses que no habian sucumbido bajo los golpes de los vencedores, huian por todas las salidas, y ganaban el campo como liebres perseguidas por una turba hambrienta.

Así libertado de la dominacion estrangera el palacio de Nesle, fué por una especie de compensacion el precio del valor y de los triunfos guerreros: Cárlos VII, por cartas fechadas en Rusilli cerca de Chunon el 12 de Mayo de 1416, regaló esta magnifica habitacion á su sobrino el conde de Richemont, duque de Bretaña, para recompensarle los servicios que habia prestado durante la guerra.

Este duque habiendo muerto, sin dejar hijos varones, el palacio de Nesle, volvió de nuevo al dominio de la corona.

El 18 de Septiembre de 1461, Luis XI hizo donacion de este palacio al nieto de Juan-sin-Miedo, Cárlos, conde de Charolais y duque de Borgoña, que aceptó la donacion y fué á establecerse en este espléndido palacio, que recobró entónces todo su brillo; pero diez y seis años mas tarde, este duque habiendo sido muerto delante de Nancy, el rey volviò á recobrar la donacion que habia hecho.

Partiendo de esta época hasta 1540, el palacio de Nesle fué completamente abandonado.

Ningun señor era entónces tan poderoso para entrar en lucha con la autoridad real, y por consiguiente no tenia necesidad de un castillo fortificado en Paris.

Habiendo muerto el último representante de la feudalidad, nadie se encontró ya digno de habitar una mansion feudal, que por su aspecto de fuerza y de grandeza recordaba una época de hierro y de lucha, y hacia sentir demasiado su inferioridad á los elegantes y afeminados señores del siglo XVI.

Bajo el reinado de Francisco I el preboste de Paris Roberto de Estourville, hallando à su gusto el palacio de Nesle, se apoderó de él sin haber pedido permiso á nadie; pero como no tenia una servidumbre bastante numerosa para ocupar este vasto palacio, se instaló en la *Habitacion de Nesle* llamada entónces el *Pequeño Nesle*, y reservó el *Gran Nesle*, à fin de gozar de sus magníficos jardines, del juego de pelota que habia hecho construir el duque de Berry, y de tener tambien una salida para el rio.

"Ah! dice Alejandro Dumas en sus *Memorias*, si algunos escritores hubiesen "hecho por los siglos pasados lo que yo procuro hacer para el XIX, cuántos "trabajos, estudios, investigaciones me habrian ahorrado!»

Esto quiere decir, si no nos engañamos, que Mr. Alejandro Dumas, habria tomado sin dificultad en los trabajos de esos escritores lo que le hubiera convenido, diciendo como Molière: *Tomo lo que me conviene, donde lo encuentro.*

Debemos, pues, creer que el célebre autor de *Antonia* hallará bueno que hagamos con él, lo que habria querido hacer con sus predecesores, y que nos per-

mitirá contar, sino con su elocuencia inimitable, al ménos con su veracidad histórica, como se quitaron al preboste de Paris el palacio y la torre de Nesle y no se ofenderá si nos tomamos la libertad de citarlo testualmente.

"En 1520, dice Mr. Dumas, la torre de Nesle de sangrienta y lúbrica memoria, habia sido separada del palacio para formar el muelle, el puente sobre el foso y y la puerta de Nesle, de suerte que la sombría torre habia permanecido sobre la orilla del rio, aislada y lóbrega como una pecadora que hace penitencia.

Pero esta morada era felizmente demasiado vasta para que esta supresion no se notase.

El palacio era grande como una ciudad: una alta muralla, provista de un ancho porton ojival y de una pequeña puerta de servicio, la resguardaban del lado del muelle.

Se entraba primero en un patio estenso todo rodeado de paredes; esta segunda muralla cuadrangular tenia una fuerte ala izquierda y otra en el fondo.

Si se entraba por la puerta de la izquierda se encontraba un pequeño edificio de estilo gótico del siglo XIU: era el Pequeño Nesle, que tenia al sur su jardin separado.

Si se pasaba por el contrario, por la puerta del fondo, se veia á mano derecha el Gran Nesle, todo de piedras y flanqueado por dos torrecillas, con sus techos agudos llenos de balaustradas, su fachada angulosa, sus altas ventanas, sus vidrios de colores y sus veinte veletas girando al viento, habia allí lugar para alojar á tres banqueros de hoy.

Despues si se sigue andando se perdia uno en una multitud de jardines y terrados, y se encontraba en los jardines un juego de pelota, de raqueta, una fundicion, un arsenal, despues de lo cual venian las caballerizas, los establos, los corrales: habia allí sitio para que cupiesen tres granjas de nuestros dias."

Tal era el palacio de Nesle en 1540 cuando Benvenuto Cellini, el célebre platero, el artista inimitable con cuya amistad se honraba Francisco I, rogó al rey que le diese esta vasta habitacion.

—Señor,—le dijo un dia que el monarca habia ido á visitarlo,—estoy mal en este estrecho palacio para trabajar. Uno de mis discípulos ha encontrado una morada mejor dispuesta que esta para las grandes obras que mi rey puede encargarme. Esa propiedad pertenece á V. M., es el Gran Nesle. Está á la disposicion del preboste de Paris; pero no lo habita: ocupa solamente el Pequeño Nesle, que le cederé con mucho gusto.

—Y bien, Benvenuto,—dijo Francisco I,—instalaos en el Gran Nesle y no tendré mas que atravesar el Sena para ir á conversar con vos y admirar vuestras hermosas obras.

Benvenuto Cellini, habiendo hecho estender el acto de donacion, se dirigió al palacio de Nesle y comenzó por reconocer la plaza para ver sus lados débiles,

porque habia declarado altamente que si el preboste se rehusaba entregarle esta habitacion, la tomaria á viva fuerza.

Advertido de lo que pasaba, Roberto de Estourville, se habia puesto en guardia; porque si el artista habia resuelto tomar el palacio, él estaba tambien decidido á no dejarlo entrar y á defenderse vigorosamente, lo que era fácil, teniendo el Gran Nesle almenas, doble muralla del lado de la plaza y ademas los fosos y las murallas de la ciudad del lado del Préaux-Clercs.

Era una de esas imponentes mansiones feudales que podian perfectamnte defenderse por sí mismas, con tal que las puertas estuviesen sólidamente cerradas y rechazar sin socorros de afuera, á los ladrones y aún á las gentes del rey; porque así sucedia en esta época divertida, en que se veía uno frecuentemente obligado á servir de policía y de soldado.

El preboste tenia continuamente cerca de sí, ademas de sus servidores, veinticuatro heraldos de armas, miéntras que el artista no tenia para dominarlo mas que una docena de discípulos.

Pero Benvenuto Cellini estaba dotado de esa fuerza de voluntad que basta casi siempre para vencer los mayores obstáculos.

Cuando hubo terminado su reconocimiento, fué á llamar á la puerta pequeña del palacio.

Un postigo se abrió y un soldado de planton del interior preguntó al artista qué se le ofrecia.

Benvenuto respondió tranquilamente, que habiéndole hecho el rey donacion del palacio de Nesle, venia á tomar posesion de él, y á fin de que no se pudiese dudar de lo que decia, remitió á través del postigo el acta de donacion al soldado, á fin de que fuese á presentarla á su señor.

Roberto de Estourville leyó el acta, la rompió y mandó al sargento volver los pedazos al audaz italiano, diciéndole que no tenia que darle otra respuesta.

De vuelta en su casa, el artista reunió á sus discípulos, les contó lo que acababa de pasar, les dió parte de la resolucion que habia tomado de recurrir á la fuerza y les preguntó si podia contar con ellos para secundarlo en esta empresa.

Habiendo respondido todos afirmativamente y con entusiasmo, se prepararon escalas, cuerdas, armas, y se decidió que al siguiente, dia domingo, á la salida de la misa se iria á poner sitio al Gran Nesle.

Todo el mundo estuvo levantado desde muy temprano; á la hora, Benvenuto pasó revista á su pequeña tropa, y todos se pusieron en marcha de dos en dos, y bastante retirados unos de otros para no llamar la atencion, y muy pronto llegaron delante del palacio de Nesle.

Ahí, Benvenuto Cellini llamó de nuevo á la puerta y pidió que se le pusiese en posesion de esta morada; despues, habiéndose vuelto á cerrar el postigo sin que le hubiesen contestado, puso su pañuelo en la punta de su espada y agitándolo al aire esclamó:

"—A tí, Roberto de Estourville, señor de Villebon, preboste de Paris; yo Benvenuto Cellini, platero, estatuario, pintor, mecánico é ingeniero, hago saber que S. M. el rey Francisco I, me ha dado en propiedad libremente y como era su derecho, el Gran Nesle. Pero como lo mantienes insolentemente, y como contra el deseo real rehusas entregármelo, te declaro, pues, Roberto de Estourville, señor de Villebon, preboste de Paris, que vengo á tomarlo por fuerza. Así, defiéndete, y si resulta algun mal de tu obstinacion, sabe que tú eres quien responderá en la tierra y en el cielo, ante los hombres y ante Dios."

Esto se dijo en balde, porque no se respondió nada y nadie se presentó.

Entonces Benvenuto dividió su tropa de diez hombres en dos grupos, uno de los cuales dió vuelta al palacio para atacarlo por el lado del Préaux-Clercs, miéntras que el otro atacaría del lado de la ciudad.

Aquí nos apartarémos de M. Alejandro Dumas por razon de que partiendo de este punto se divaga completamente en su novela, lo que le toca de derecho á él que las hace tan hermosas, y lo cual no nos autoriza á nosotros á copiarle, pues lo que escribimos es la historia.

Es cierto que podriamos en rigor tomar alguna cosa de Benvenuto Cellini mismo, que ha dejado Memorias interesantes; pero acá entre nos, lector, mucho sospecho que las tales Memorias son de la familia de las novelas de Dumas, y como sobre un punto tan delicado, no osamos aventurar nada, dirémos simplemente lo que sabemos; es, que Benvenuto Cellini y sus discípulos, tanto por fuerza como por astucia, consiguieron hacerse dueños del Gran Nesle.

El señor preboste se conformó con el Pequeño, lo que no le ocasionó ningun trastorno, puesto que nunca habia ocupado el Grande.

En medio de estos debates, la torre de Nesle habia permanecido de cierto modo neutral; pero como los neutrales no pueden dejar de ser tarde ó temprano, despojos de los fuertes, el intrépido artista se la apropió y estableció uno de sus obradores sobre la plataforma, á causa de la buena luz que habia allí y del inmenso panorama que se desarrollaba á su vista.

Siete años corrieron, durante los cuales se hicieron maravillas del arte en este dominio: el génio de Benvenuto Cellini parecia aumentar cada dia, y el maestro era admirablemente imitado por sus discípulos, que por sí mismos eran hábiles artistas.

Francisco I, que segun habia dicho no tenia mas que atravesar el Sena para ir á admirar los trabajos de su amigo, se daba frecuentemente este placer, y bajo las miradas animadoras del monarca se hacian prodigios.

Las intrigas de la corte se cruzaron tambien algunas veces por enmedio; Benvenuto Cellini, aunque consumado cortesano habia tenido la desgracia de irritar á la duquesa de Etampes, querida del rey, y esta no perdió ocasion de perjudicarlo; habia tomado bajo su proteccion al audaz preboste, Roberto de Estourville, señor de Villebon, y puso en juego todos los resortes para restituirle el palacio de Nesle todo; pero Benvenuto osó declarar que ni una órden del mismo rey haria que lo soltase, y que su primer balazo seria para el que le mandase salir de allí, y el preboste, aunque no careciese de valor, acabó por convencerse que seria una locura esponer así continuamente su vida por un hombre tan determinado con motivo de una morada que no podia realmente ocupar y cuyos jardines él mismo habia tenido incultos miéntras habian estado bajo su dependencia, y por fin, relaciones de buenos vecinos acabaron por establecerse entre estos dos adversarios.

Lo mas estraordinario de este negocio es, que Francisco I, quien desde su balcon del Louvre habia podido asistir al sitio del Gran Nesle donde tuvo infinidad de muertos y heridos, parecia ocuparse de esto tanto, cual si tuviese lugar á dos mil leguas de distancia de su reino. Eso era debido sin duda al espíritu aventurero de este príncipe, que amaba las pendencias y los pendencieros, siendo él mismo uno de los mejores espadachines de su tiempo.

Aun la bella duquesa concluyó por hacerse mas tratable para con el artista italiano que por ella engastaba tan maravillosamente las piedras preciosas en el oro y la plata, haciendo piochas, flores y collares que realzaban tanto las gracias de la hermosa y real cortesana, á la que mas de una vez se la vió al salir de los brazos del monarca, atravesar el rio en una elegante barquilla para ir á los talleres del platero.

Es verdad que estas visitas eran causadas algunas veces mas bien por otra cosa que por amor al arte.

Independiente en sus negocios de corazon, los cuales eran numerosos, la gran señora tambien tenia fantasías y caprichos: le gustaba hacerse admirar de aquellos jóvenes y bellos artistas que pululaban en los talleres del maestro, provocar sus miradas inteligentes, ver esas miradas animarse, ver la tintura del deseo esparcirse por sus varoniles y jóvenes rostros, y adivinar entonces los latidos de sus ardientes corazones.

De estas fantasías resultaban muy probablemente algunas aventuras, y puede ser que el señor Dumas haya sido inspirado por la siguiente, publicada en una crónica de la época.

Era la tarde de un bello dia de Junio; la duquesa de Etampes se hallaba hacia ya una hora cara á cara con Clemente Marot; el gentil y galante poeta le leía sus nuevos versos, de los que un gran número habian sido inspirados por ella: medio acostada en un sofá, escuchaba y soñaba á la vez miéntras sus dedos jugaban con los cabellos del poeta que estaba sentado á sus piés. Este pasatiempo le era sin duda muy dulce, porque se la vió visiblemente disgustada al anunciarla en ese instante la llegada del rey.

Clemente Marot se levantó haciendo como que iba á retirarse, pero la duquesa le detuvo con el gesto y la mirada, quedándose ella misma en la posicion que se encontraba: solo sus pequeños y bonitos dedos cesaron de perderse voluptuo-

samente en los bucles de la cabellera de Marot. Como Francisco I habia hecho en su vida algunos malos versos cual estos:

La muger á menudo varía;
Bien loco es el que de ella se fía.

Como decimos, él habia hecho algunos modelos de esta clase, se creía cual el primer poeta de su tiempo: es verdad que el compraba esta estravagancia con la proteccion que tanto á las letras como à las bellas artes acordaba. Si no era un poeta, gustaba de proteger á los poetas, circunstancia atenuante de la cual es preciso hacerle justicia: y ademas, los pobres versos que él producia y que debieron ser olvidados al ser producidos, han quedado para ser trasmitidos á la posteridad y esto es un castigo bastante fuerte para conseguir el perdon del pecado.

—Mi muy querida Ana,—dijo el monarca,—es una doble buena fortuna para mí, el encontraros tan bella y tan bien acompañada.

—Señor, eso es una lisonja en lo que concierne á mì: no debo de estar bella porque sufro.

—Habeis, pues, tomado nuestro maestro poeta para médico?

—Señor,—dijo Marot,—he venido á recitar algunos nuevos versos á la señora duquesa, quien á pesar de hallarse indispuesta hoy, les ha querido oir; pues es tan buena y bondadosa cuanto bella.

—Una vez que sois tan bondadosa, querida Ana, no nos rehusaréis la gracia de oir con vos esos nuevos versos nacidos de tan gigante musa.

La duquesa no osó rehusar; pero su preciosa cara, que á la llegada del rey se habia enrojecido, enrojeció de nuevo: Marot lo vió bien; pero Francisco I ni se apercibió de ello, pues en casos semejantes los mas interesados son siempre los mas ciegos.

—Vamos, gentil poeta,—dijo ella haciendo un esfuerzo para sonreir,—por espresa órden del rey.

El monarca tomó asiento en el taburete que Marot habia dejado, y este último comenzó su lectura: Francisco I se apoderó de una de las manos de la duquesa; ella le dejabahacerlo y suspiraba.

—Maestro Marot,—dijo el rey despues de algunos instantes,—esos son verdaderos hijos del Parnaso, á los cuales no faltará un título de inmortalidad.

—Jamas palabras tan graciosas fueron tan lindamente unidas,—dijo la señora d'Etampes, pasándose la mano por sus ojos cual si hubiese estado abrumada de fatiga.

—Mi muy amada Ana,—respondió Francisco,—cuán doloroso nos es el veros padecer así!

—Señor, no quisiera dejàroslo conocer; pero no sabria negar tan evidente verdad.

—A nuestro gran pesar, os dejarémos, pues, en reposo.

A estas palabras, el rey besó la mano de la duquesa que tenia siempre entre

las suyas y se levantó para salir: al mismo tiempo de los ojos de la señora d'Etampes partió un relámpago dirigido al poeta; pero sea que este último no quiso ó no osó comprender, salió detras del rey.

Hé allí el primer acto de un drama que debia representarse algunas horas despues.

La duquesa, lo habrán adivinado sin duda, no padecia absolutamente nada, á no ser que quiera llamarse sufrimiento á esas fantasías, à esos caprichos á los cuales estaba muy sujeta, como lo hemos ya visto. Tan luego como se vió sola, léjos de pensar en el reposo comenzó á idear alguna agradable distraccion que compensase el fastidio que le habia causado su real amante, y como en ese mismo dia habia recibido una deliciosa piocha de perlas y oro esmaltada de los mas ricos colores, regalo que le hacia el rey y obra de Benvenuto Cellini, le vino la idea de ir á hacer cumplimientos al artista con motivo de aquella nueva pieza modelo.

Unos instantes despues, una barca se detenia en la puerta de agua de la torre de Nesle.

El barquero tocaba esta puerta.

Un discípulo de Benvenuto Cellini fuè á abrirla, y una muger hermosa y elegantemente vestida salia de la embarcacion y deslizaba sus pequeños piés por la primera grada de la escalera que el platero habia hecho reparar recientemente.

Esta elegante persona era la duquesa d'Etampes.

El discípulo que le habia abierto la puerta era el preferido de Benvenuto Cellini.

La crónica no dice su nombre; tal vez se llamaria Ascanio, tal cual le llama M. Dumas; pero como es en una novela en la que el célebre escritor ha dado ese nombre al discípulo preferido de Benvenuto, no nos atrevemos á afirmar que se llamase así.

Lo que sí es verdad es, que este discípulo era un bello muchacho de veinte años, de ojos negros y bien hechos, de un aire resuelto, y de formas bien delineadas y perfectamente acentuadas.

—Ah! señora duquesa,—dijo èl inclinándose respetuosamente,—el maestro se pondrá desesperado.

—De verme en su casa?—preguntó Ana, sonriendo graciosamente.

—Al contrario, de no veros, señora, porque está ausente en este momento.

—Estoy verdaderamente desolada.

La gran señora mentia.

Léjos de tal desolacion, sus ojos revelaron lo contrario y daban un mentís formal á sus lábios.

—Por fortuna,—respondió ella,—la casa no está desierta, y se me podrá conducir á los talleres donde el rey me ha dicho haber visto últimamente cosas bellas y maravillosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Para eso, señora, estoy á vuestras órdenes, las que me será grato obedecer respetuosamente.

—Empecemos, pues, por visitar lo que hayais hecho últimamente en esa torre, la cual se vé cubierta enteramente de vidrios allá arriba.

—Allí, en efecto, el maestro ha establecido su taller de dibujos y grabados, á causa de la bella y gran claridad que hace.

La duquesa, volviéndose hácia la barca, hizo seña á las mugeres que la habian acompañado de quedarse: despues apoyándose dulcemente sobre el brazo del jóven, comenzó á subir la escalera.

—Verdaderamente!—dijo al llegar al primer piso,—esto no es tan lúgubre como se dice, y Margarita de Borgoña, así como tambien la reina Juana è Isabel de Baviera, no tuvieron tan mal gusto de haber hecho aquí su pasagero asilo.

Al dulce contacto de la mano de Ana, el discípulo de Benvenuto Cellini se habia conmovido vivamente: la duquesa sentia con voluptuosidad latir este jóven y ardiente corazon sobre el cual habia puesto su mano. La señora d'Etampes dijo:

—Esos tiempos están léjos de nosotros, y ademas, al presente, aquí no son necesarios ni guardias, ni esbirros.

—Es verdad, señora duquesa,—respondió el jóven artista,—porque nadie mas que yo, habita ahora en esta torre, á donde el maestro solo viene á las horas del trabajo.

—Ah! vd. vive aquí....solo?

—Solo, señora: la única pieza que está amueblada, me la ha dado el maestro y es, segun dicen, la que ocuparon la reina Isabel de Baviera, y últimamente la señorita Blanca, hija del duque Juan de Berry.

—Esos son recuerdos que deben daros vivas emociones.

La palabra habia sido bien aventurada; pero la duquesa, buscaba ella misma emociones, y una gran señora en casos como el presente, se hace audaz.

El jóven artista no respondió.

Su corazon latia con tal fuerza, que parecia querer romper el pecho, y la señora d'Etampes de quien la mano estaba siempre puesta sobre el brazo de su conductor, contaba esos latidos con una especie de enagenamiento.

—Pero puede ser, dijo ella,—que vd. ignore lo que pasó aquí en el tiempo de las reinas Juana é Isabel?

—Yo sé, señora duquesa, que aquellos á quienes hacian dichosos en este lugar pagaban con la vida su felicidad.

—Eso era demasiado caro, no es verdad?

—Oh! señora.....

—Por qué titubear para decir, sí?

—Es, señora duquesa, que no sè decir qué es lo que pienso.

—Y qué piensa vd. respecto á esas bellas reinas, caballerito?

—Pienso, señora, que hay favores que no tienen precio: que hay ciertas horas por las cuales, uno puede hacer sin titubear el sacrificio de la vida....

—Pero parece, jóven, que sufris la influencia del lugar. Por fortuna, las princesas no hacen al presente matar á las personas que aman.

—Señora duquesa, piensa vd. por ventura que la muerte es siempre una desgracia?

—Oh! niño, no nos embarquemos en tan lúgubre bajel.

Continuaban subiendo siempre; pero muy lentamente: en cada grada madama d'Etamps se detenia aprocsimando lo mas que le era posible su rostro encantador al del jóven, á fin de que pudiese beber en el fuego fascinador de sus miradas.

Ambos llegaron, pues, de este modo al segundo piso.

—Esto es mucho subir,—dijo la duquesa,—y no podré ir mas léjos sin descansar un poco.

—Señora, aquí es precisamente la morada de vuestro humilde servidor.

—Y con el dedo señalaba la puerta de su cuarto.

—Aquí?—dijo la duquesa bajando los ojos.

—Aquí, señora duquesa....este lugar histórico.....

—Dios mio! qué cosa tan traidora es la curiosidad....

Ella aparentaba no atreverse á ir hácia aquella puerta que su guia le señalaba cuando moria de deseos de verla abierta.

La cara del jóven ardia; temblaba sin embargo, y solo osaba levantar sus ojos á hurtadillas para fijarlos en los de la bella duquesa. En fin, hizo un esfuerzo supremo y dijo:

—Señora, una vez que necesitais descanso, por gracia, permitidme que os ofrezca un asiento.

Sin esperar respuesta va hácia la puerta, hace mover la cerradura, y despues con la ansiedad de un hombre que juega toda su fortuna en una carta, se vuelve hácia la señora d'Etampes, quien con la sonrisa en los lábios habia ido tras èl.

—Verdaderamente este es un bonito retrete,—dijo ella, bajando un poco su cabeza.

—Oh! señora, no lo podeis juzgar bien desde aquí, si os aprocsimáseis á esta ventana que dá hácia el agua.....

—Vamos,—dijo ella,—mi curiosidad no quedará á medias, y vd. caballerito, tendrá que acusarse de habernos inducido á la tentacion.

—Señora duquesa, no es un pecado el visitar á los pobres.

—Oh! el génio os hace rico, señor!—esclamó madama d'Etampes, quien ya habia entrado al retrete y cuyas miradas acababan de ser heridas por una multitud de objetos del arte que se hallaban en estado de ejecucion.

Con paso resuelto, se adelanta, y vé con admiracion todos los pequeños modelos que decoraban la habitacion del artista y á cada paso prodigaba nuevos elogios al discípulo preferido de Benvenuto Cellini.

CAPILLA ALFONSINA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En verdad,—dijo ella, al encontrarse cerca de la ventana,—que esas bellas reinas de los tiempos pasados al pensar solo en los placeres en un tan lindo lugar como este, no debian haber sido tan inhumanas como se les acrimina. Pero pensar solo en matar! apénas puedo creerlo.

Al decir esto, tomó un asiento é hizo sentar cerca de ella al jóven, quien poco á poco iba perdiendo la timidez.

—Señora duquesa,—dijo él,—soy acaso tan dichoso que esos bosquejos de mis obras que estais viendo han hecho nacer en vos tan dulces pensamientos?

—No hableis así, niño, porque en verdad no sabré decir cuáles son todas las ideas que me asaltan en este asilo maravilloso.... Mas decidme, acaso ellas no os han hecho vagar alguna vez en lo ideal?

—Oh! muy á menudo, señora.

—Y bien, decid cuáles eran vuestros sueños.

El jóven artista se sonrojó.

—Es que.....señora duquesa.....dijo todo balbuciente.

—Son acaso grandes misterios?—preguntó la linda cortesana, impregnando á sus palabras toda la seduccion imaginable.

—Los sueños son tan osados, señora.

—Y bien, la audacia nos agrada, niño, y los audaces son nuestros. Así, pues, si lo sois, probadlo con decirnos la verdad entera.

—Y me perdonaréis.....

—Os perdonamos con anticipacion, y si hay algun pecado, lo tomamos sobre nuestra conciencia.

La tentacion era en verdad demasiado fuerte: el jóven artista sintió desaparecer en el instante la timidez que hasta entónces le habia paralizado, y dejándose deslizar de su asiento calló de rodillas ante la seductora Ana.

—Me haceis una confesion?—dijo ella ruborizándose un poco.

Sí, tal vez fué una confesion; pero nosotros no lo sabrémos afirmar, así como tampoco sabrémos decir el tiempo que pasó hasta el momento en que un nuevo personage apareció en aquellos lugares.

Francisco I, así como su bella querida se fastidiaba algunas veces, porque el fastidio es el mal que Dios ha dado en la tierra á los que son dichosos. En ese dia, fastidiado algo mas que de costumbre, el rey caballero erraba en los vastos departamentos del Louvre.

Cansado de recorrer los parques, se dirigió al balcon, y con gran sorpresa apercibió de léjos la barca que llevaba á la duquesa d'Etampes á la torre de Nesle. Sin embargo, dudó: despues no pudiendo recusar el testimonio de sus ojos, se imaginó que la bella Ana habia ido quizá á encargar á Benvenuto Cellini alguna nueva joya. Mas se quedó en el balcon, y su sorpresa no tuvo límites cuando vió aparecer por una de las ventanas de la torre el busto de la duquesa, á quien reconoció perfectamente, á pesar de que ella solo estuvo un instante.

—Pero es imposible!—esclamó él entrando á sus aposentos:—esa querida Ana padecia tanto hace una hora!

Y se pegaba en la frente á fin de encontrar la descripcion del enigma, sin poderle hallar.

Le hubiera bastado sin embargo para lograrlo el recordar los dos versos escritos por él sobre un vidrio con un diamante y que nosotros hemos ya citado:

La muger à menudo varia,
Bien loco es el que de ella se fia.

Tal era en efecto la esplicacion de este misterio: *La muger á menudo varía*.... Y la duquesa de Etampes, siendo muger por escelencia, variaba muy á menudo: hé aquí por qué despues de haberse recreado con el poeta Clemente Marot, y de haberse fastidiado con el rey de Francia, habia ido á buscar nuevas distracciones á la torre de Nesle.

Esas distracciones parece que la gran señora las habia encontrado cerca del discípulo predilecto de Benvenuto Cellini, porque se pasó una hora entera ántes que ella volviese á aparecer en la ventana donde su real amante la vió de nuevo; pero esta vez, vió aún otra cosa, á saber, un fresco y jóven rostro de hombre en el que un negro bigote comenzaba à sombrear el labio superior.

Parece que esta vez el rey comprendió ó creyó comprender, por qué palideció y enrojeció su rostro sucesivamente: dió en el suelo con el pié y pidió que se le preparase una barca, ordenando al mismo tiempo al capitan de sus guardias que se dispusiese à seguirlo.

—Por la muerte de Dios!—murmuró al acercarse á las orillas del rio,—enseñémos á todos que por ese lado no nos parecemos al pobre insensato de Cárlos VI, y sí que mas bien tenemos el humor de Luis el Altanero.

El monarca cerraba los puños: sus ojos brillaban y puede ser que tuviese razon para ello; pero hacia mal en comparar este accidente á aquellos por los cuales habian tenido que pasar muchos de sus predecesores, porque él era rey, y no era la reina la que en aquel momento estaba en la torre de Nesle, y aun la que estaba se puede asegurar que no tenia ningun proyecto homicida.

Pero en casos como aquellos, él no era rey ni pastor que goza de una gran lucidez de espíritu. Francisco I en aquel instante, estaba enamorado y tenia celos: así es que su sentido comun se hallaba bajo la influencia de aquellos sentimientos.

Bien pronto, la barca real se detuvo á la puerta de la torre, la cual se abrió casi en el mismo instante, porque aquel era el camino que el rey tomaba ordinariamente para ir al Gran Nesle, y sus visitas bastante frecuentes para que se admirasen de verle llegar tan de improviso.

—Está Benvenuto en esta torre? preguntó bruscamente.

No, señor, respondió uno de los discípulos del gran artista, y tendrá mucho pesar por no haberse hallado hoy aquí.

CAPILLA ALFONSINA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No le ha venido ántes que nos, alguna visita importante?

—Señor, hemos tenido la honra de recibir á la señora duquesa de d'Etampes, que así como V. M. vino á ver al maestro.

Un ligero frio corrió por las venas del rey. Hasta entónces, le habia alimentado la esperanza de haberse equivocado, y se habia afianzado mentalmente á ese brazo de salud. Ahora, la duda no era ya posible: era Ana aquella á quien habia visto: era sobre una de las blancas espaldas de aquella adorada querida, que habia visto dulcemente apoyado el rostro de un jóven.

—Y no habiendo encontrado á Benvenuto, se retiró la señora duquesa? preguntó con el aire mas indiferente que pudo tomar.

—Señor, la señora duquesa quiso visitar el taller de dibujos y grabados que el maestro ha establecido en lo alto de esta torre, y aun no ha bajado.

—Qué encuentro tan feliz, dijo el rey, quien tratando de sonreir hizo un gesto bastante feo: que nos lleven, pues, á esa torre, y sin esperar el guia, Francisco se lanzó á la escalera, la cual subió con rapidez.

Felizmente, habia ya pasado bastante tiempo desde la primera aparicion de la Sra. d'Etampes en una de las ventanas de la torre, á la llegada del rey, así es, que la gran señora que dejamos con el jóven artista en el aposento que habia sido el de Margarita de Borgoña y de Isabel de Baviera en disposicion de recibir toda clase de dulces emociones, se hallaba ahora, en compañía del discípulo querido de Benvenuto, en el taller de dibujo establecido en la plataforma de la torre.

Por pedido de la duquesa, el jóven artista habia tomado sus lápices para dibujar algunas flores.

Ana admiraba; al verla, se habria dicho que su alma, toda entera, habia pasado á sus ojos.

—Oh! qué cosa tan linda!—decia ella.—Niño.... queremos guardar en nuestro poder esa querida prueba de vuestra habilidad:—y al decirlo, sus lindos dedos jugaban con la negra cabellera del artista, como habian jugado algunas horas ántes con la del poeta.

Tal era la situacion cuando el rey se apareció en aquel aposento.

Una muger comun, arrastrada por un primer amor, se habia visto en gran dificultad para salir de un paso tan crítico; pero Ana no era una muger vulgar: era una gran, una muy gran señora, que despues de su primer amor habia tenido otros muchos, y su esperiencia era ya tan grande, la costumbre del peligro en esos casos le era tan familiar, que al ver al rey, apénas dejó entrever una ligera sorpresa.

—Ah! señor,—dijo ella,—V. M. ha estado mal inspirado al venir á sorprendernos así.

—Esta desgracia ha tenido lugar hoy con frecuencia, señora; pero nos consolamos al ver la presteza con que se ha recobrado vuestra salud.

—Señor, para ello, he hecho uso de un remedio del cual conozco el poder, pues le he esperimentado muchas veces.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

En esto decia verdad la bella cortesana, pues le habia usado con tanta frecuencia, que sus efectos le eran muy conocidos; pero fué necesario ser muy audaz para haber entrado con tanto descaro al corazon de la cuestion.

Francisco I estaba en ascuas.

—Señora,—le dijo con voz alterada por la cólera, la cual apénas podia dominar,—tenemos curiosidad en conocer un remedio tan bueno y de tan maravillosos resultados.

—Ah! debiais adivinarlo al momento, señor.

Y acompañó sus palabras con una de esas miradas penetrantes é irresistibles que hubieran hecho caer aun los santos á sus piés; pero el rey estaba en una situacion de espíritu que no era fácil de calmar.

—Será, pues, señora,—le dijo,—que encontreis alivio á todos vuestros males haciendo que vuestras manos jueguen con los cabellos de nuestros poetas y artistas.

—Señor, eso que decís, es el efecto: la causa es mucho mas elevada, grande, gloriosa, amable y amada.

El rey no comprendió nada; pero la seguridad con que hablaba su bella querida, calmó un tanto su irritacion, y se reprochaba para sí el no haber comenzado à tratar la materia en un tono mas amistoso, pues aquello que habia visto y aún lo que no habia visto, bien podia haber pasado con la mayor inocencia.

—Y nos diréis cuál es esa causa con seguridad?—la dijo con una voz sumamente dulce.

—Pues que lo ecsigís, señor, os diré que no es otra cosa, mas que negros vapores, males del alma y del corazon que no podria disipar si no es ocupándome del mas gran rey del mundo, de un príncipe del cual el valor y el poder, igualan al genio, y en el corazon del cual no tengo por desgracia mas que un lugar muy pequeño.

El golpe fué vigoroso.

Por mas acostumbrado que estaba á ataques rudos de este género, Francisco I fué sorprendido.

Pero su modestia no podia sufrir mas y no dudò ni un solo instante que él no era ese gran rey del mundo con cuyo solo recuerdo los negros vapores de la duquesa quedaban sanos: verdad es que habia curado algunos; pero hacia mucho tiempo de eso y el monarca *adorado* rayaba ahora en los cincuenta años, edad en la que ni reyes ni otra clase de personas hacen ya tales prodigios.

—Cómo! querida Ana,—dijo modestamente,—es de nosotros que os ocupábais?

—Señor, para curarme habia pedido al gentil poeta Marot, versos nuevos en honor de V. M., y no quise dejárselos leer delante de vos, proponiéndome decirlos yo misma. Vuestra llegada rompió la conferencia, y entonces tuve la idea de venir á pedir á vuestro gran artista una de sus obras modelos para vos mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no habiéndole encontrado, quise poner á la prueba el talento de su mejor discípulo. Pero mirad, señor, mirad cómo esas bellas flores despliegan sus hojas bajo ese hábil làpiz!

Y tomando el dibujo delante del cual el dichoso discípulo de Benvenuto habia quedado inmóbil y muy poco satisfecho, lo presentó al rey añadiendo:

—No es verdad que estas rosas quedarán deliciosas cuando Benvenuto las haga reproducir en oro esmaltado?

El diseño era en efecto muy bello.

La fiebre del amor habia inspirado el genio del artista, y se habia lucido.

—Oh! mi muy querida Ana, cuán culpado soy!—dijo el rey.

El semblante de la duquesa, que se habia oscurecido algo, se puso radioso.

Habia sido atacada de improviso, y sin embargo, habia vencido.

La victoria era entera, completa.... El vencido pedia gracia!

Esa era mucha gloria!

Y advertid sin embargo que ella en una gran parte decia la verdad: habia puesto realmente el talento del jóven artista á la prueba; las pruebas estaban allí y Francisco I no podia rehusarlas.

Margarita de Borgoña, sus cómplices, é Isabel de Baviera solo habian sido ardientes y crueles en aquellos lugares: la señora d'Etampes se mostraba hábil, y donde las primeras habian encallado, ella triunfaba.

Despues de un instante de silencio durante el cual la real cortesana saboreaba deliciosamente su triunfo, el rey, dirigiéndose al jóven artista de quien la ilusion acababa de evaporarse y cuyo continente era cada vez mas embarazado, dijo:

—No queremos interrumpiros por mas tiempo, señor aprendiz, que tocais tan de cerca á vuestro maestro: ni es á nosotros tampoco á quienes toca corregir nada de esta obra, señora d'Etampes, siendo el mas hábil de lo que podriamos ser.

Esto demostraba, que el enojo habia concluido, y que todo marchaba lo mejor posible: por supuesto entre el rey y la duquesa, porque respecto al discípulo de Benvenuto Cellini era todo lo contrario: despertaba bajo el peso de una influencia odiosa, despues de haber tenido un delicioso sueño.

Pero todo es decepcion en esta vida, en esta vida en la cual el pobre niño comenzaba à entrar.

Un furor terrible, una desesperacion inmensa se apoderó de él al ver que la duquesa dando el brazo al rey, se alejaba alegremente, aun sin pagar con una sola mirada las torturas que le hacia pasar.

Francisco I conducia á la real cortesana al Louvre, la que bajo una satisfaccion aparente, ocultaba una secreta y muy viva inquietud, de la cual hé aquí el motivo.

Habia hablado de versos nuevos á honor del rey pedidos por ella á Clemente Marot. Nada de esto habia pedido al poeta, quien alegre é incapaz de mentir como lo son todos los hombres de una naturaleza generosa, se veria muy embarazado en responder à cualesquiera cuestion, por simple que fuese, que Francisco I le hiciese sobre tal objeto, y si respondia la verdad sin embarazo, abria entonces un abismo à los piés de la señora d'Etampes.

El caso era grave; y cada momento se agravaba mas aún.

—Mi muy querida Ana,—dijo el rey tan luego como estuvieron de vuelta en la real habitacion;—no mas misterio: sufrid el que hagamos venir al gentil poeta, que casi siempre inspirais tan bien.

—Oh! mi rey querido, en este instante, no quiero tener ningun testigo de mi gran felicidad.

—Pero un poeta, Ana querida, no es un testigo, no es un hombre.....es la inspiracion, es el soplo divino, es una cosa que transporta, ecsalta, dilata el corazon....y ademas, Ana, no quieres que me recite esos versos que por tí ha hecho para gloria mia?

—La situacion para la señora d'Etampes se ponia escesivamente grave: Francisco I era tenaz, ella lo sabia; pero no era muger que sucumbia sin combatir en tales casos.

—Querido señor,—le dijo con una voz que parecia casi desfallecida, aparentando la mas viva emocion:—si tanto os gusta la poesía, seamos hoy poetas el uno para el otro; pero el uno para el otro solamente, porque á ménos que no me echeis de vuestro lado, yo no os dejaré sino hasta mañana.

Francisco I, que hacia tan bellos dísticos, no habia hecho este

Lo que quiere la muger
Dios lo quiere.

El no lo habia hecho; pero esto no le dispensaba de tener que ser obediente, y así lo hizo rindiéndose à los deseos de la duquesa d'Etampes, la cual acababa de componer todas las eventualidades con pedir al otro dia á Clemente Marot, los versos que el rey tenia tanta curiosidad de oir, creyéndolos hechos, cuando ni aun la idea habia sido concebida.

Cómo concluyó esta intriga de la bella Ana? Esto es lo que la crónica no dice; pero es probable que todo quedó en el mismo estado hasta la muerte de Francisco I acaecida en 1547.

Qué se hicieron, pues, Benvenuto Cellini y los otros habitantes del hotel de Nesle? Es lo que nadie sabrá decir de un modo cierto. Sin duda volvieron á Italia, á esa estensa patria de las bellas artes. Sobre este punto nos faltan noticias positivas: de lo que sí no hay duda, es, que à la muerte de Francisco I, el hotel de Nesle volvió de nuevo al dominio de la corona, y de ello dan pruebas las ordenanzas de Enrique II en 1550, que dieron creacion en el hotel de Nesle á muchas fraguas para la construccion de piezas de dos centavos seis dineros, piezas á las cuales el pueblo dà el nombre de *seis blancas*, que ecsisten aún hoy, aunque las piezas de dos centavos y medio han desaparecido hace mucho tiempo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII.

Enrique II y el hotel de Nesle.—Francisco II.—María Stuart en el hotel de Nesle.—Conjuracion d'Amboise.—Conciliàbulo en el hotel de Nesle.—El hotel de Nesle en tiempo de Cárlos IX.

Las ordenanzas de Enrique II respecto al hotel de Nesle, prueban que los proyectos y las opiniones de ese monarca, así como las de sus antecesores y sucesores, iban un tanto cuanto á merced del viento, pues el punto esencial de apoyo les faltaba. Así, pues, hemos visto á ese monarca, ordenando en 1550 el establecimiento de fraguas en el hotel de Nesle, para la fabricacion de monedas de dos centavos seis dineros.

Las fraguas se establecieron; pero sea por la falta de material ó de otra cosa, para nada sirvieron, pues por una nueva órden dada en Enero de 1552, el mismo Enrique II mandaba que el hotel de Nesle y sus dependencias, fuesen vendidas en pública subasta, por lotes, porciones y sitios.

Tal fué la última órden de ese monarca, en los momentos en que emprendemos esta historia. Va, pues, á desaparecer el hotel de Nesle? Oh! poco á poco! Los reyes dan órdenes; pero Dios es el que dispone, y en su augusto tribunal el decreto contra el hotel y la torre de Nesle, no se habia pronunciado aún: en consecuencia ambas quedaron en pié no solamente en el reinado de Enrique II; pero aún en el de Francisco II su sucesor, que habia casado con la célebre María Stuart.

Muy célebre en efecto, porque sus desgracias, no han podido borrar sus crímenes.

No seguirémos á esta sirena real en Escocia, no recordarémos su adios á la Francia, su nueva patria.

—*Adios dulcísimo país de Francia....!*

Nada dirèmos del asesinato de su segundo esposo, ni de su casamiento con el asesino: no, todo eso está fuera del círculo que queremos trazar; pero lo que en él entra perfectamente bien es, el papel que esta bella reina tuvo en la conjuracion d'Amboise, papel del cual una parte se ejecutó en el hotel de Nesle.

Esto nos obliga á entrar de nuevo y resueltamente en la hi toria de Francia, de la cual, la del hotel y de la torre de Nesle es un fragmento.

La Francia, en tiempo de Enrique II, habia reconquistado á Calais; pero esta conquista no era mas que una débil recompensa á los males de toda especie que afligian el país. La deuda, que ascendia entónces á 45 millones, aumentaba anualmente 2 millones y medio cada año, sin que fuese posible el preveer aún á donde iria á parar.

Como Francisco II no tenia mas que diez y seis años cuando succedió á Enrique II su padre, era poco capaz para mejorar la situacion. En el reinado de este débil príncipe, los Guisas fueron los amos del gobierno. Creyeron afianzar su poder mostrándose implacables para con los calvi istas.

Una cámara del parlamento tuvo especialmente el encargo de juzgar á los heréticos, y fué tanto el fanatismo que puso en juego para la ejecucion de sus prisiones, que le valió el que se le designase con el sobrenombre de la *Cámara ardiente.*

Una de las primeras víctimas de esta institucion, fué el consejero Ana Dubourg, que habia sido puesto en prision hácia el fin del reinado precedente: condenado á muerte, sufrió su pena con tanto valor y resignacion, que de lo alto del patíbulo proclamó que moria, *por el Evangelio de Dios.*

Los calvinistas y los luteranos á quienes se les denominaba entónces con el nombre de *hugonotes,* conociendo que nada tenian que esperar con su sumision á las leyes, formaron una vasta conspiracion, de la cual hicieron gefe á un gentil hombre llamado Remaudié, y á la cual designaron con el nombre de *Conjuracion d'Amboise.* El objeto que se proponian los conjurados era la destruccion de los Guisas, que tenian un poder escesivo. Se proponian sacarlos de la corte que estaba entónces en Amboise, reducirlos á la impotencia, ya fuese por el asesinato ò por la secuestracion, y poner las riendas del Estado en manos del príncipe de Condé.

En esta época, María Stuart tenia por amante á uno de sus primos en cuarto ó quinto grado, que se llamaba Roberto Stuart, y el cual era uno de los mas escitados conjurados, pues la reina María Stuart á pesar de ser tan católica como lo era, ó como lo aparentaba, favorecia tanto cuanto le era dable, á los reformistas, no por odio á la religion que profesaba, sino por aborrecimiento á los Guisas, que quitaban al rey su esposo todo el poder que ella hubiera querido ejercer.

En atencion al parentesco que unia á Roberto Stuart con la reina de Francia, se le habia dado por domicilio el Gran Nesle, del cual él no ocupaba mas que una parte pequeña; los señores que son bastante ricos y poderosos para habitar tales mansiones, se vuelven por lo regular cada vez mas raros.

Roberto Stuart, en su calidad de gefe de un partido, y uno de los gefes mas escitados, como lo hemos ya dicho, habia ántes de todo, procurado asegurarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de un lugar conveniente para los conciliábulos indispensables en tales casos, y bien ecsaminado el asunto, habia pensado que ninguno era mas solitario, mas á propósito, mas fácil de vigilar, y en consecuencia mas seguro que esa torre de Nesle, la que, segun la espresion de M. Dumas, al verla solitaria sobre la ribera, parece que llora sus faltas.

Fué, pues, allí donde él reunió á sus amigos y partidarios la Renaudie, de Soucelles, de Saint-Agnan, y una multitud de otros á los que, ecsaltado como se hallaba por su bella y real querida, encontraba demasiado tibios. Presa, pues, de una especie de fiebre de amor y de guerra, el jóven caballero (aún no tenia veinticinco años) se consumia en cóleras impotentes. Algunas veces, haciendo esfuerzos prodigiosos para contener su ardor, concluia por ver con desesperacion la imposibilidad de llegar á los fines que se proponia por los medios rutineros que los conjurados empleaban.

Se afligia, pero á menudo, una hora ó dos despues de la caída del sol, una barca deslizándose de la ribera derecha á la ribera izquierda á la altura del Louvre, llevaba una graciosa y divina muger á la torre de Nesle.

Era María Stuart que iba á tomar allí un baño de amor, y á asegurar mas la fé de su querido primo Roberto.

—María!—esclamò un dia Roberto en una de sus entrevistas,—creo que estamos haciendo un camino falso.

—Oh! Roberto, què palabras tan feas sobre tan bonitos lábios!

—Odias á los hugonotes?

—Es verdad.

—Tú quieres su esterminio?

—Sí.

—En eso somos á pesar nuestro, partidarios de los Guisas que no quieren otra cosa.

—Niño! los Guisas quieren esterminar los reformados en su provecho.

—Es verdad.

—Nosotros queremos hacerlo para el nuestro.....Lo harás tú asì, Roberto!

—Oh! mi muy amada reina, lo haré con y contra el diablo, y si es posible lo haré aun contra Dios mismo!

—Amigo, no blasfemes: me es bastante con tu buen deseo.....Escucha, muerte á los reformados! pero ante todo, muerte à los Guisas!

—Y ellos morirán, María!

Y Roberto Stuart no era de aquellos que servian á sus amigos solo de palabra: era un hombre de accion por escelencia, perfectamente dispuesto á hacer frente con su persona á las mas espantosas eventualidades.

Lo que ahora vamos á relatar es horrible; pero desgraciadamente es cierto, pues el espíritu de partido, que no reconoce límites ni se para en nada, es capaz de conducir al mundo entero á su combustion ó su ruina.

Era una lúgubre tarde.

Los conjurados reunidos por Roberto Stuart en la torre de Nesle, parecian mas sombríos que de costumbre. De improviso Roberto, que presidia como siempre el conciliábulo, esclamó:

—No hay modo de concluir, si no damos un golpe decisivo: y miéntras mas tardemos en hacerlo mas nos debilitarémos. Las prisiones están ya llenas de hermanos nuestros: nuestros mas intrépidos compañeros se hallan encerrados en los calabozos de Vincennes, y la misma suerte nos está reservada, si lo diferimos por mas tiempo.

Y á este fin, el honrado gentil-hombre, el primo de la reina de Francia, propuso simplemente el dar fuego á Paris por sus cuatro costados, ampararse de los Guisas á favor del tumulto, y ahorcarlos sin mas forma de proceso. La proposicion no fué adoptada; pero dió nacimiento á la conjuracion d'Amboise.

La corte y los Guisas estaban en Blois, y se decidió que los calvinistas irian á esa ciudad en número de dos mil, por caminos distintos: que se apoderarian de los Guisas, y se suplicaria al rey *muy humildemente, con la espada empuñada*, que fuèse mas benevolente con los reformados. (1)

Aun cuando los conjurados eran muchos, el secreto fué bien guardado hasta la víspera del dia fijado para la ejecucion; pero entónces un abogado llamado d'Avenelles, amigo de la Renaudie, gefe aparente de la empresa, descubrió todo al duque de Guisa. Este toma en el acto sus medidas: por consejo suyo, el rey y la corte se encierran en el castillo d'Amboise.

En esos instantes, los conjurados que llegaban de todas partes al lugar de la cita, son asesinados sin piedad, otros detenidos en sus casas son entregados al verdugo, colgados de las murallas d'Amboise, ó ahogados en el Loire.

Así perecieron mas de mil doscientos.

Roberto Stuart, sin embargo, escapa de esta catástrofe: hé aquí como.

Una tarde, despues de la última reunion habida para concluir de arreglar todos los detalles de la empresa, el audaz conspirador que quedó solo en la torre de Nesle, estaba pensativo cerca de una de las ventanas, cuando de repente vió al lado opuesto del rio una luz muy viva: era la de una lámpara que acababa de ser puesta muy cerca de una de las vidrieras de la cámara de la reina.

—Estoy á vuestras órdenes, bella prima,—esclamó.

Y bajando rápidamente, saltó à una barca que le esperaba, la cual, despues de un corto momento, le llevó á la orilla del rio.

Aquella lámpara puesta cerca de las vidrieras, era la señal que le anunciaba el feliz instante en que podia ir cerca de su bella querida, porque Maria, pretestando una indisposicion á fin de no acompañarse del rey, habia quedado en Paris, donde hacia uso estensamente de la libertad que le daba la ausencia de casi toda la corte.

---

(1) Véase la historia del castillo de Vincennes.—Paris. Boisgard, editor.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien presto Roberto se halló á su lado. La encontró triste é inquieta.

El motivo de ello era, que á aquella bella reina de solo diez y ocho años de edad entónces, á aquella tierna esposa que engañó tan bien á su primer marido para despues hacer asesinar al segundo, à aquella tan dulce y casta princesa, le habian dado escrúpulos religiosos.

Ella queria siempre perder á los Guisas, y hacer quemar á Paris, como su amado primo lo habia propuesto; pero la idea de hacer así un servicio á los heréticos, la asustaba, á pesar de que su amante era uno de sus gefes mas ardientes. Esto era sin duda una estraña contradiccion; pero, ¿no se ha dicho que el corazon de la muger es una reunion de contradicciones?

—Qué es lo que ha sucedido, mi divina María?—preguntó el jóven, llevando á sus lábios una de las manos de la reina.

—Nada de nuevo, amigo.

—Y sin embargo, esos bellos ojos aún están húmedos de lágrimas.

—Es que pensaba en vos, Roberto.

—Soy yo, pues, para mi reina tan bella, el objeto que aflige sus pensamientos?

—No por el presente; pero el futuro.....Roberto mio, tengo miedo al infierno.

—Oh mi muy amada María! ese es un pais muy lejano, para que podamos hablar sábiamente de él: mejor es ni aun pensar en ello.

—Imposible, amigo: esta idea importuna se me presenta sin cesar, y tengo el corazon destrozado al pensar que mi Roberto, mi muy amado Roberto, será condenado.

—María, qué me importa lo que ha de suceder, cuando gusto à tu lado de todas las delicias del cielo?

—Oh! no hables así, criatura!

—Será, pues, que mi amada y bella María quiere emprender mi conversion?

—Ah! Roberto mio, cuán feliz seria si te viese católico!

—María, mi bien amado, no hablemos de eso,

—Es para hablarte de ello que te he llamado.

—María, puedes hacérme morir de desesperacion: para ello, será bastante con quitarme tu amor; puedes disponer de mí á tu gusto, pedirme hasta la última gota de mi sangre; pero te lo pido por lo mas sagrado para tí, no me pidas el que traicione á mi fé, á mis hermanos, porque esa es la única cosa que no puedo sacrificarte.

—Ingrato! no te he sacrificado yo nada?

—María, reina mia querida....

—Hablas de tu vida! no te he hecho el sacrificio de la mia? Al darte mi corazon, no he dado acaso un primer paso hácia la muerte?

—Alma querida, por el nombre de Dios no insistas mas.

—Ingrato!

—Ingrato yo!....yo que te amo con todo el poder de mi alma!

Roberto cayó de rodillas; lágrimas ardientes rodaban por su rostro. María Stuart le levantó y le hizo sentar á su lado.

—Veamos, amigo,—le dijo dejando aquel tono solemne que habia tenido,—hablemos de cosas de este mundo, una vez que así lo quieres. Nos hemos lanzado tal vez en una muy peligrosa empresa.

—El peligro no será para mi bella reina.

—Tal vez es mayor para mí que para otros, lo que no impide que quiera arrostrarlo; pero al ménos es preciso que el buen écsito sea para nuestro provecho.

—Reina mia, al caer los Guisas, quiero hacerte enteramente poderosa.

—Oh! amigo mio, creis, pues, por un lado que la reina nuestra madrastra es nadie, y por otra que Condé, rey de Navarra y otros tantos heréticos que hay influentes, al caer los Guisas, no querrán ocupar su lugar?

—Nosotros serémos mas fuertes que ellos, mi divina reina.

—Nos será, pues, preciso luchar contra los hugonotes, despues de haber militado bajo sus banderas?

—Puede ser; pero entónces los negocios de religion no serán nada.

—Mas valia que ahora no lo fueran. Es acaso necesario un ejército para hacer caer dos cabezas?

La tímida princesa, bien se deja ver, tenia ya propension por las espediciones heróicas: solo necesitaba dos cabezas; pero queria obtenerlas lo ménos caro que le fuese posible.

—María,—respondió tristemente Roberto,—hacer que el movimiento no dé algunas ventajas á mis hermanos, seria traicionarles.

—Y el hacerlos poderosos en mi contra no es traicionarme?

—En tu contra, mi muy amada reina? ninguno de ellos lo hará sin encontrarme á su frente.

—Así, pues, Roberto, nada quieres cambiar respecto al objeto y al modo?

—Y aún cuando yo lo quisiera, eso me seria imposible: las cosas están ya muy avanzadas, nuestros hombres están ya en camino, y aun yo mismo debo de partir mañana.

—Oh! el tunante nada me concede!

—María, yo te lo suplico, perdóname.

—Yo soy la que necesito el perdon de Dios.

—Oh! tú serás poderosa, mi bella reina, porque yo lo quiero, yo lo quiero!

—Y entónces, el poderoso serás tú, amigo mio.

—Y me amarás siempre!

—Siempre.

Así concluyó la discusion.

Dos horas despues, Roberto salia del Louvre y se dirigia hácia el lugar don-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su barca debia esperarle cuando de repente fué acometido por cuatro caballeros que al galope llegaban de dos puntos opuestos.

Desenvainó su espada, mas ántes de que pudiese hacer uso de ella, cuatro brazos vigorosos le asieron por el cuerpo; tendido en el suelo y desarmado, le pusieron una mordaza, y amarrado sobre un caballo en medio de los cuatro caballeros, que en el acto montaron los suyos, á todo galope le condujeron al arrabal de San Antonio.

Al aprocsimarse á él, la puerta de San Antonio se abrió y entónces Roberto conoció que estaba en poder de la autoridad.

En efecto, una hora despues, era conducido á uno de los calabozos de Vincennes, donde despues de haber vuelto al uso de sus miembros y de la palabra le arrojaron á un cuarto casi desnudo.

Esta version respecto al arresto de Roberto Stuart no es igual á la adoptada por algunos otros historiadores; pero es la mas verosímil, si se admite que María Stuart, esposa de Francisco II, tuvo parte en la conjuracion de Amboise, y segun los documentos que hemos compulsado, el hecho es casi incontestable. Parecerá aún, que Maria, espantada de los peligros à que iba á esponerse su amante quiso garantizarlo á su pesar, y que Roberto fué arrastrado por órden de su bella amante, de cuyos brazos acababa de salir.

Sin duda ella habia ya previsto el modo de devolverle la libertad, cuando el peligro hubiese pasado; pero los sucesos tomaron un camino distinto al que habia previsto, como lo hemos visto ya, y aunque el audaz conjurado consiguió romper sus cadenas, fué sin su asistencia.

Ya hemos contado ántes este episodio el cual hubiese concluido con la ejecucion del príncipe de Condé, si la muerte inesperada de Francisco II no le hubiese arrebatado al suplicio que estaba condenado.

Ya hemos dicho que la órden dada por Enrique II para vender el hotel de Nesle no habia sido ejecutada. Dicha órden la renovó Cárlos IX en 1570.

Cárlos necesitaba dinero para el pago de los suizos que queria licenciar y que rehusaron el volverse á sus casas con las bolsas vacías. Esta vez, no era aquello de *no hay dinero, no hay suizos*, al contrario: *dinero, ó suizos*, y dinero en los cofres del estado solo lo habia por escepcion, pues hacia algunos siglos que su estado normal era el estar vacios.

Cárlos IX habia visto en el hotel de Nesle un modo de hacerse de recursos; pero no habia contado para ello con sus dependencias, y sobre todo sin Ludovico Gonzaga, duque de Nevers, que ocupaba la mayor parte del hotel y que encontrándose allí muy bien, pensaba quedarse, y sin Henriqueta de Cléves, esposa de Gonzaga, duquesa de Nevers, quien, habiéndose enamorado de aquella vieja torre de Nesle, habia hecho recomponer el interior de ella y recibia sus amantes con mucho ménos misterio del que en otro tiempo habia empleado en sus amores Isabel de Baviera: tampoco habia contado con su hermana Margarita, futura esposa del rey de Navarra, y á la cual han llamado la reina Margot, y la

cual era amiga íntima de la duquesa de Nevers, que habia puesto á su disposicion una parte de la torre y de la cual Margarita hacia el mismo uso que ella: en fin, no contaba el monarca con los amantes de esas dos princesas, y esto no era una parte pequeña, porque eran muy numerosos, jóvenes, fuertes y muy enamorados.

Al ordenar, pues, el rey la venta del hotel de Nesle provocó una multitud de quejas y reclamos: aún Catarina de Médicis tomó una parte en ellos, é hizo un llamamiento al corazon del rey su hijo, haciéndole presente que era preciso consentir algunas estravagancias ó caprichos de aquella querida Margot, que en cambio poseía tantas buenas cualidades.

—Y bien!—dijo Cárlos con impaciencia:—no tiene acaso nuestra querida hermana un lugar en el Louvre, en nuestros otros castillos y en aquellos que le pertenecen?

—No hay castillo ni palacio, que ella no estè lista á dar en cambio de un lugar en ese reducto, y vos debeisle estar agradecido por el respeto que tiene á vuestra real habitacion.

La palabra fué bastante viva y el rey no era nada tierno. Así, pues, Cárlos resistió á todos los reclamos, á todas las súplicas: el duque de Nevers tuvo el mismo mal écsito que los demas y el edicto fué mantenido. Pero no era bastante mantenerlo, era preciso ejecutarlo, y esto, como se va á ver, era infinitamente mas difícil.

Despues de haber suplicado vanamente la duquesa de Nevers y la princesa Margarita, resolvieron resistir: en la misma torre de Nesle convocaron un consejo, es decir, que las dos princesas y el amante preferido de cada una de ellas, se reunieron una tarde.

Esta reunion se hacia con frecuencia; pero en esta vez, el objeto de ella era tanto de amor como de guerra, era para formar un plan de defensa.

Henriqueta de Clèves espuso, pues, todas las ventajas de la posicion: no se podia estar en ninguna otra parte mas aislados y en mayor seguridad: de allí sin caballos ni literas, sindejar huellas en el piso, sin esponerse á las miradas de los pasantes indiscretos, podia uno dirigirse á todos los puntos de Paris.

Solo se estaba à algunos pasos del Louvre, y desde ambas orillas, las princesas tenian correspondencia por medio de señales, lo que era imposible hacer en otra parte: ademas, en aquel lugar parecia que aun el aire que se respiraba estaba impregnado de amor, que allì se amaba mas que en otra parte, y que las sensaciones del amor eran mayores.

Margarita, al enumerar todas estas ventajas que apreciaba tanto como la duquesa, se animaba, y decia que el rey su hermano era un bárbaro que se complacia en dar tortura á sus corazones, lo cual le llevaria la desgracia.

Coconas, amante de la duquesa de Nevers, y Lamole, amante de Margarita, fueron de la misma opinion de las princesas.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ellos eran dos gentil-hombres sin fortuna; pero que tenian todo lo que era necesario entónces para ser bien recibidos en la corte. Ambos eran jóvenes, bellos, bravos, poco escrupulosos, y muy dispuestos á romper sin piedad cualesquiera obstáculo que se les opusiese.

Lamole era el favorito del duque de Alençon, hermano del rey, y con esta calidad, se hallaba mezclado en todas las intrigas de la corte, lo que era una ventaja y un peligro à la vez: una ventaja, porque así estaba en situacion de hacer pagar caros los servicios: un peligro, porque el duque d'Alençon, al cual estaba dedicado, era un príncipe que á una ambicion desordenada unia la cobardía y la perfidia mas insigne: temblaba como un niño delante de su madre Catarina de Mèdicis, y hubiera dejado degollar á todos sus amigos ántes que atreverse á decir una palabra en su favor; de esto Lamole debia tener mas tarde una trágica esperiencia.

Coconas, hijo segundo de una familia gascona, era un gascon en toda la acepcion de la palabra: ménos elegante que su amigo, solo debia la representacion que tenia, *al amor*,—nos abstenemos de una palabra mènos honesta—al amor de la duquesa de Nevers; pero para crearse otros recursos, solo esperaba una oportunidad, bien resuelto á asirse de ella de cualesquiera modo, con tal que le dejase las manos llenas. Despues de que habló la princesa Margarita, tomó la palabra.

—El rey Cárlos IX, nuestro señor,—dijo,—no cabe duda que hace una gran injusticia; pero hay un medio de satisfacerlo sin abandonar una pulgada de terreno.

—Y lo habeis encontrado?—preguntó Henriqueta de Cléves.

—Aprisa, aprisa, decidnos cuál es ese medio, Coconas!—esclamó la impetuosa Margarita.

—Quiere vender el rey el hotel de Nesle?.....

—Lo quiere y no lo demorará, yo lo conozco....Pero decid cual es ese medio, maldito!

—Pues bien! una vez que quiere venderlo,—respondió el gascon con la mayor sangre fria,—es necesario comprárselo.

Esto produjo una esplosion de indignacion.

—Caballero,—esclamó la duquesa,—os burlais de nuestra afliccion, y eso es indigno de un gentil-hombre!

—Coconas, ten cuidado,—dijo Lamole:—mira que vas á obligarme á recordar aquel golpe de espada que supiste remunerarme el dia que nos conocimos, y el cual, algunas veces, me viene laidea de devolverte.

—Esplícate al momento,—dijo la reina Margot, ó te arranco los ojos. El hotel de Nesle vale mas de 200.000 libras, y tú bien sabes que al presente no tenemos una suma igual á nuestra disposicion.

—Vaya, vaya!—replicò Coconas sin la menor emocion,—aquí teneis un ruido terrible por una palabra que yo no he dicho!

—Tú has dicho: *Es necesario comprárselo.*

—Es verdad que sí; pero no he dicho que fuese preciso pagárselo. Se va á poner el hotel en venta, pues bien: yo, Coconas, me pongo en nombre de unos compradores: ofrecen un precio, ofrezco otro mayor, y así, pujo, pujo y adelante, hasta que no quede ningun concurrente que haga oferta. El hotel se me adjudica, es mio, nadie puede decir lo contrario. En cuanto al pago, eso es un pequeño negocio por arreglar entre yo y el contador general de hacienda.

—Pero el rey quiere dinero!—dijo la duquesa, dando con su pequeño pié en el pavimento.

—Dios mio! yo no digo lo contrario: el rey quiere dinero; pero no es á Coconas á quien lo pedirá: èl bien sabe que los dominios de mi padre no están á mi disposicion.

—Y aun cuando lo estuviesen,—dijo Lamole riendo,—el crédito no valdria por eso mas.

—Vais á decirme,—continuó el gascon sin la menor emocion,—que el rey se dirigirá al contador general, y que éste me pedirá el pago sin dilacion..... muy bien! es su derecho, le es perfectamente permitido el hacerlo, con tal que sea en buenos términos; pero por mi lado, tengo tambien el derecho de pedirle me espere, y de buscar cualesquiera otro medio para satisfacer al rey Cárlos IX, nuestro muy honorable señor.

—Y entónces,—dijo la duquesa,—èl se dirigirá á la justicia!

—La justicia, vaya! no osarà amenazar á un Coconas con la justicia! No, no lo hará porque á la primera palabra, le diré que la justicia para un gentil-hombre está en la vaina de su espada, y que mi justicia está dispuesta à medirse con la suya.

Coconas era capaz de sostener la thesis por dos horas en ese tono, y cosa aún mas estraordinaria, era capaz de hacer lo que decia.

En aquella época en que las finanzas del Estado eran administradas por hombres ávidos que tenian que temer tanto la luz, y que compraban á buen dinero contante la amistad de los favoritos del monarca, no le era preciso al gentil-hombre gascon en la situacion que se hallaba, de una muy grande audacia para poner en práctica el medio que se habia imaginado: sin embargo, como el écsito era dudoso, se buscó otro espediente, y despues de una larga conferencia, se resolvió hacer una intimacion, pero de un modo distinto al indicado por Coconas.

Desde el dia inmediato, la duquesa de Nevers se quejó amargamente al duque su esposo de la injusticia del rey, y sobre esto le hizo una gran querella pretendiendo que Cárlos IX no hubiera osado quitarle la posesion si él se hubiese mostrado con mas firmeza.

—No hay en toda la corte mas que una voz,—decia ella,—que hable en favor de este punto. Ah! los señores franceses han degenerado mucho!

—Querriais, señora, que hiciese yo la guerra al rey?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Digo, señor duque, que gentes de un tan alto linage cual el vuestro, debian defender sus derechos sobre todos y contra todos.

—Pero qué puedo hacer contra la voluntad del rey?

—Podeis resistir á lo ménos.

—Pues bien, resistiré señora, y haré colgar de las almenas del castillo, al primero que ose hacerme notificacion de abandono.

La hábil duquesa habia logrado encolerizar á aquel escelente marido; pero eso no era suficiente: era preciso que el duque se ligase de tal manera, que no pudiese volverse atras de lo que habia dicho.

—Esa generosa resolucion, mi querido señor y dueño, es preciso que al instante todos vuestros servidores la sepan, á fin de que estén bien prevenidos.

Sin esperar respuesta, da al momento la órden que se reunan todas las gentes del hotel, y les declara que cualesquiera que intente quitar al duque su primera habitacion, deberia ser incontinenti colgado de las almenas del castillo, pues tal era la voluntad de monseñor.

El objeto que se proponia Henriqueta de Cléves al hacer esto, era que el ruido de tal resolucion del duque se esparciese á fin de enfriar á los postores que pudiesen presentarse, y el objeto se consiguió: todos sabian que el duque de Nevers era poderoso, y nadie queria hacérselo enemigo.

Al mismo tiempo la princesa Margarita hacia llamar al célebre astrólogo Cosme Ruggieri.

—Maestro Cosme,—le dijo ella,—me habeis siempre encontrado dispuesta en vuestro favor en todo aquello que habeis querido obtener de la reina mi madre y señora y de mi hermano el rey?

—Y eso, señora, obliga mas mi respetuoso reconocimiento hácia V. A.

—Siempre me encontrarèis la misma, maestro Cosme; pero hoy, queremos de vos un servicio, y es, que deis conocimiento á las personas que os consultan, de que, quien quiera que intente adquirir, ya sea una parte, ya todo el hotel de Nesle, morirá en el curso del año.

Ruggieri comprendió perfectamente lo que se trataba, pues con motivo de su doble profesion de mèdico y astrólogo, no habia un secreto en la corte en el cual no estuviese iniciado. No podia rehusar el servicio que le pedia Margarita; pero le importaba salvar su dignidad.

—Y lo haré con tanto mas gusto, respondiò él, puesto que en ello no perjudico á la verdad: la estancia de dicho hotel debe ser necesariamente funesta á gran número de personas nacidas bajo ciertas constelaciones, como ya lo ha verificado y lo confirman los sucesos históricos.

Aunque como todas las mugeres de su tiempo, Margarita era profundamente supersticiosa, las palabras del astrólogo no le causaron miedo ninguno: tal era de evidente el motivo que las dictó: así, pues, despidió á Ruggieri muy satisfecha.

Lamole y Coconas por su parte se habian puesto tambien á la obra: á cuantas personas encontraban les decian que siendo el duque de Nevers su amigo, tomarian muy á mal al que le disgustase, y como ambos gozaban la justa reputacion de ser los dos mas intrépidos espadachines de su tiempo, nadie deseaba tener que ponerse bajo sus brazos.

El resultado de todo fué tal cual lo habian previsto los conjurados; es decir, que nadie se presentó á hacer postura por el hotel de Nesle y que Cárlos IX debia buscar de todos modos el dinero que tanto necesitaba.

Este monarca tenia sin embargo otras cosas en que ocuparse en estos momentos, y para la mejor inteligencia, nos es preciso volver sobre nuestros pasos.

Cárlos IX solo tenia diez años de edad cuando succediò á su hermano Francisco II bajo la regencia de Catarina de Médicis, su madre.

Esta princesa alarmada justamente del poder de los Guisas, trabajaba sin descanso á fin de aminorárselos: hizo poner su libertad al príncipe de Condé, devolvió al condestable de Montmorency el favor del cual habia estado privado desde el principio de su reinado, y el rey de Navarra, aunque prisionero de los Guisas, fué nombrado por ella teniente general del reino.

La regente congregò en seguida los estados generales, luego á Orléans y despues á Pontoise.

En esas asambleas, se hablaba mucho, como es de costumbre, y se hacia poco.

El virtuoso canciller Miguel de l'Hospital, siempre se mostraba elocuente, esforzándose á llevar las cosas á una reconciliacion entre los papistas, los luteranos, los calvinistas, &c., &c.; pero la empresa era demasiado árdua para sus fuerzas.

La regente creyó, pues, en un mejor resultado, convocando conferencias públicas, las que tuvieron lugar en Poissy; de ahí viene el nombre de *coloquios de Poissy* bajo el cual son conocidos en la historia. Se discutió, pues, en ellas mucho; pero sin resultado.

La guerra civil se hacia inevitable.

El condestable de Monmorency empezó las hostilidades atacando á los protestantes y quemándoles sus templos. A estas violencias, el príncipe de Condé y el almirante Coligny respondieron con ampararse de Orléans, sostenidos por los protestantes de Alemania.

Los españoles por otro lado marchaban á socorrer á los Guisas.

La nobleza se divide en dos partidos, y las hostilidades comienzan.

Vencedor el duque de Guisa en una batalla dada cerca de Dreux, se apresura para ir á sitiar á Orléans, que estaba considerado como el abrigo de los reformados; pero es asesinado en las murallas de dicha ciudad y su muerte trae el tratado de paz conocido bajo el nombre de *Convencion d'Amboise.*

Catarina de Médicis á fin de conservar el poder, se mostró favorable tanto á los católicos como á los protestantes arrojando así su apoyo al lado de la balanza que tenia ménos peso para mantener el equilibrio, el cual hacia todo su poder;

pero este sistema de contrapeso no podia durar. Arrastrada á ello por los Montmorency, la reina no tardó en asustar á los protestantes con ciertas medidas escepcionales.

De nuevo se tomaron las armas de una y otra parte y ambos partidos dieron una batalla en los llanos de Saint-Denis, sin que ella diese resultado alguno, á pesar de haber muerto en el combate el condestable de Montmorency.

No sucedió lo mismo en la batalla de Jarnac, donde los protestantes fueron derrotados: lo fueron de nuevo en la jornada de Montcontour. Felizmente para ellos, Coligny su gefe, no era hombre que se dejaba abatir por tan poca cosa.

Dotado de una actividad infatigable, repara sus pèrdidas como por encanto y marcha resueltamente sobre Paris. Esta maniobra audaz, fué suficiente para hacer perder á los católicos todas las ventgjas adquridas en sus últimas victorias.

El partido de la corte empezó é esparcir palabras de paz, y Coligny se puso en posicion de dictar las condiciones. Ecsigió que se diera á los protestantes como plazas de seguridad, las ciudades de la Rochela, Montauban, Cognac y la Caridad; que en lo sucesivo, su culto fuese libre en dos ciudades de cada provincia, y que fueran declarados aptos para obtener toda clase de cargos. Todo esto le fué concedido y la paz fué firmada en San German en 1570.

Los católicos temblaban de cólera al ver un tratado tan humillante despues de cuatro victorias: los protestantes mismos que apénas lo creian no lo aceptaron mas que por procurarse descanso, y las personas sàbias esperaban de esta paz hostil una desgracia insoportable.

En efecto, una conjuracion terrible contra los protestantes, debia organizarse muy pronto.

Catarina de Médicis, que otras veces les habia favorecido, ahora solo pensaba en esterminarlos. Solo necesitaba de un pretesto para reunir las víctimas sobre las cuales debia caer el golpe.

Bien pronto se encontró.

Una de las condiciones de la paz firmada en San German, era el casamiento de Margarita, hermana de Cárlos IX, con el jóven rey de Navarra, que profesaba la religion reformada.

Se decidió que este casamiento se celebraria en Paris el mes de Agosto de 1572: se hicieron, pues, grandes preparativos para la ceremonia á la que fueron convidados todos los gefes de los protestantes, y especialmente al principe de Condé que tenia una multitud de adictos.

El casamiento se celebró, pues, el 17 de Agosto. Cindo dias despues, el 22, el almirante Coligny, al salir del Louvre para ir á su casa recibió un tiro de arcabuz que le hirió grevemente.

Este suceso debia crear naturalmente entre los protestantes sus temores: á

fin de dar confianza á aquellos que hubiesen tomado precauciones y que estuviesen prevenidos, Cárlos IX se apresuró á ir á visitar al herido demostràndole el mas vivo dolor en presencia de todos los señores protestantes que se habian reunido cerca de él, y le promete hacer pronta y buena justicia con el asesino.

El dia 23 todo estaba en calma; pero los conjurados se hallaban listos y solo esperaban la señal para comenzar el horrible asesinato que estaba premeditado, y ya resuelta su ejecucion.

El secreto habia sido guardado con tanto sigilo, que Lamole y Margarita, quienes comunmente estaban mezclados en todas las intrigas de la corte, no tenian la mas mínima sospecha de lo que se preparaba. Aun el mismo Coconas, conocido como un hombre de accion, como un matachin intrépido y católico ardiente, habia sido escluido de la confianza.

Catarina por un esceso de prudencia se propuso no iniciarlo en el misterio, así como á Lamole, sino hasta el último momento, cuando fuese ya preciso ejecutar, á fin de no dar lugar á la reflecsion.

Habia tal tranquilidad el 23, que Margarita, despues de su matrimonio no habia hecho una sola visita á la torre de Nesle, y á pesar de que solo habia transcurrido una semana desde el dia de sus bodas hasta dicha fecha, cuyo tiempo le habia parecido demasiado largo.

La ardiente Margarita, decimos, pues, habia provocado para la tarde del dia 23 una de esas reuniones galantes que tanto amaba, y desde un poco ántes del fin del dia, llegó á aquella torre de *lujuriosos recuerdos*, como dice M. Dumas, donde ya estaban reunidos Henriqueta de Cléves, Lamole y Coconas.

—Hé ahì á mi bella infiel que vuelve á mí,—dijo Lamole, dirigiéndose todo conmovido hácia ella.

—No soy inconstante ni infiel, amigo, pues solo me he dado y he cedido á la necesidad y á una voluntad imperiosa de mas poder que la mia.

Tal vez decia verdad, y lo que despues de ese matrimonio pasó, prueba que para efectuarlo se consultó mas bien la razon de Estado que los sentimientos de los dos esposos.

—Esas fiestas, mi bella Margarita, han sido para mí un puñal que hiere el corazon.

—Y yo, crees tú, que las he soportado sin sufrir?

No sabemos cuál seria la opinion de Lamole en este punto, solo dirémos que no pudo responder y que la duquesa de Nevers tuvo que tomar al instante la palabra; á fin de cambiar de conversacion.

—Vamos,—dijo ella con ese aire encantador y picaresco que sabia usar á tiempo,—me parece que aún no hemos cenado, así, pues, no es tiempo aún de hablar tanto. Luego nos dirémos esas cosas tan dulces y entónces sonarán mejor, pues para ello habrémos tomado fuerzas suficientes.

Esto era perfectamente el deseo de Coconas y el de los otros dos amantes, que mentalmente no querian otra cosa, que dejar en el punto que habia llegado su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

coloquio hipócrita, de suerte que una hora despues relámpagos de alegría se mezclaban en aquella aislada torre, al ruido que hacian las copas al chocarse una con otra.

Entretanto la noche habia llegado y Catarina de Médicisis habia enviado á buscar à Coconas y á Lamole.

Era pues, el momento en que ella podia sin temor, iniciarlos en el secreto del terrible proyecto que tenia concebido y cuya prócsima ejecucion le causaba violentas emociones. Pero en vano buscaban sus enviados á los dos gentileshombres, cuyos brazos, mas bien que su inteligencia, podian servirle en esta circunstancia.

Estaban ausentes y nadie sabia donde se encontraban en aquel instante.

Lo que nadie podia decir, Catarina lo sospechó tan luego como supo que su hija Margarita, á la que tambien habia mandado llamar, estaba igualmente ausente y sus sospechas se cambiaron en certidumbre luego que al haber ido à una de los balcones del Louvre, vió brillar luces resplandecientes al través de las vidrieras de la torre de Nesle.

—Allí están,—se dijo ella,—y allá no puedo enviar mensagero alguno sin provocar tempestades. Pero en este momento supremo, el èxsito depende sobre todo de la union, sí, de la unidad en la ejecucion.

Grande era la ansiedad de la reina madre; sin embargo, esperaba: esperaba á cada momento ver aparecer sobre el Sena una barca que de la torre de Nesle se dirigiese al Louvre.

Pasó una hora y nada parecia. La reina estaba en brasas.

No solamente le iban á hacer falta Lamole y Coconas, que tenian tantos amigos, sino que conocia que las personas que estaban en la torre iban á quedar aun en ella, y allí se hallaban espuestos á los mas terribles peligros, peligros que para Margarita, su hija querida, eran mayores, pues siendo la esposa de un hugonote, como lo era el rey de Navarra, habia sido denunciada por los asesinos heréticos como tal, y en consecuencia designada para darle muerte á fin de librar así su alma, que decian estaba ya en poder del díablo.

En fin, la reina madre atormentada por la inquietud tomó un partido violento.

Por su órden, se preparó una barca para ella y dos servidores fieles, y sobre este equipage, sin hachones ni luz ninguna, se hizo conducir à la torre de Nesle en medio de la noche sombría y tempestuosa.

La barca atravesó silenciosamente el rio, llegó al pié de la torre, y los servidores de Catarina tocaron violentamente á la puerta.

Un *quién vive?* se escuchó salir de lo interior.

—La reina madre!—respondió Catarina levantándose vivamente del banco donde estaba sentada.—Abrid al momento,—dijo;—á la menor dilacion, desgraciados de vosotros!

Henriqueta de Cléves estaba bien servida porque pagaba liberalmente à cuantos la rodeaban. Casi todos sus servidores, y sobre todo aquellos iniciados en



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

los misterios de la torre, le eran adictos, así es, que hubieran afrontado un ejército por defenderla y servirla.

Pero la reina madre Catarina de Médicis, era, segun el vulgo, mucho mas que un ejército, mucho mas que la ley, mucho mas que el rey.

Era una muger implacable que tenia por todo lo que le rodeaba, salvo algunas raras escepciones, el mas profundo desprecio, y siempre estaba dispuesta á romper cuanto obstáculo se le presentaba.

Bien se deja, pues, comprender que la voz de tal personage oida por los guardianes del interior, hizo precisamente en medio de ellos el efecto de una bomba.

Fué un *sálvese el que pueda* general, un terror pánico sin igual bajo cuya impresion todos pensaban en escapar; pero despues de algunos instantes, los mas valientes ó los ménos timoratos, recobraron bastante calma para conocer que el huir no les salvaba, y así, mejor era quedar y obedecer.

Volvieron, pues, sobre sus pasos, y con la esperiencia mas completa de sumision, abrieron la puerta.

Catarina se lanzó hácia el interior sin pedir guia, porque ella tambien conocia las entradas y salidas de aquel lujurioso castillo.

Cómo las habia aprendido?

Es lo que nosotros no podemos decir de un modo cierto; pero es permitido el adivinarlo, y sobre este punto, cada cual puede pensar lo que quiera. Lo cierto es que apénas llegó á la puerta de la sala del festin, la abrió, y apareció como la estátua del comendador á los convidados que llenó de espanto.

—La reina!

—La reina!

—La reina!

—La reina!

Tal fué la cuádruple esclamacion que interrumpió bruscamente los alegres y amorosos brindis que tenian lugar en aquel momento.

—Sí,—dijo gravemente Catarina.—Sí, es la reina, hijos mios, que viene á salvaros, cuando ya teneis un pié en el infierno!

—Oh madre mia!—esclamó Margarita, en quien la terneza se hallaba algo escitada por los vapores del vino,—no tomaréis en cuenta mi sumision?

—Mi señora y reina,—dijo la duquesa de Nevers, que no admitia que reina ni rey tuviesen el derecho de penetrar en su casa sin cumplimiento alguno;—mi señora la reina, aquí estamos en nuestra casa y recibimos á nuestros amigos; pero para ello les invitamos con anterioridad.

Como Catarina no estaba convidada, la consecuencia de tales palabras era que se le invitaba à volverse por donde habia entrado. La reina madre lo comprendió perfectamente; pero hizo como que no lo comprendia: era una muger demasiado superior para dar la menor importancia á esas cóleras de niños mimados, cuando ella con las suyas hacia temblar al mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Duquesa,—la dijo,—dejad ese aire y hacednos buena cara porque solo así podreis salir victoriosa.

Y la duquesa sonrió.

¡Cuán cierto es que el rostro humano sobresale en el gran arte de la traicion, porque al mismo tiempo que la bella duquesa de Nevers sonreia, juraba mentalmente el hacer espiar á la reina madre aquella terrible injuria.

Catarina comprendia perfectamente todo aquello; pero dominada como lo estaba de una idea grande y terrible, no hacia caso ninguno.

—Hijos mios,—replicó Catarina,—en este momento no es la hora de los placeres; la tempestad ruge sobre nuestras cabezas, y á nuestros piés otra aún mas terrible va á estallar bien pronto.

Lamole y Coconas estaban mudos de sorpresa.

—Vamos! mis gentiles-hombres,—continuó la reina madre poniendo una de sus manos sobre la espalda de Coconas,—si gustais, no me guardeís ningun rencor, porque no he venido á arrancaros de aquí mas que para poneros en medio de un bello camino de fortuna.

Coconas se arrebató de alegria: Lamole quedó casi indiferente.

Habia en las palabras de Catarina de Médicis algo de estridente que le parecia ser anuncio de una catástrofe, y aunque no era ménos escrupuloso que su amigo Coconas, era mucho ménos grande para dejarse ir en ciertas pendientes.

Se quedó, pues, mirando con cierto modo especial á Margarita: ella le comprendió. A pesar de sus desórdenes, le amaba realmente. No era su único amante; pero era el de su predileccion, distincion que podrá parecer sutil á algunos de nuestros lectores; pero que otros muchos comprenderán fácilmente, tomando en cuenta el tiempo en que esto pasaba y la posicion de los personages.

—Lo que hay de claro en todo esto,—dijo la jóven reina de Navarra,—es que aquí no estamos en seguridad.

—Cómo, en mi casa!—esclama la imperiosa duquesa.

—Tanto en vuestra casa como en cualesquiera otra parte, señora!—dijo Catarina con voz lúgubre.—Hace poco que el amor y la alegría habitaban aquí, dentro de una hora tal vez solo habrá desesperacion y muerte.

La duquesa palideció.

—Partamos!—continuó la reina madre. La tempestad que ruge anuncia cosas grandes. Pensemos en la gloria de Dios.

Al pronunciar estas últimas palabras, Catarina de Médicis arrojó una mirada rápida sobre su hija y sobre los dos gentiles-hombres.

—Partamos!—repitieron estos últimos levantándose y tomando sus espadas.

Henriqueta de Cléves, temblando por lo que habia escuchando, acercándose á Coconas le dijo al oido:

—Quédate, amigo, yo lo quiero!

El gentil gascon saltó como una pelota elástica.

—Pero, alma mia,—la dijo en el mismo tono,—quieres, pues, interceptarme el

camino de la fortuna que para nosotros prepara mi señora la reina?....Vive Dios que queremos aparecer en él los primeros, y pobre del que nos le quiera cerrar.

La duquesa no osó insistir.

Lo que pasaba á su derredor le era tan estraño, ecshalaba tal perfume de una conmocion violenta, que oscureció en cierto modo su inteligencia tan fina y sutil, de manera que, así que á una seña de Catarina de Médicis, Margarita y los dos gentiles hombres se levantaron para seguirla, Henriqueta de Cléves quedó como clavada en su asiento.

Espesas nubes continuaban vagando por la atmósfera en tanto que la reina madre, su hija y los dos gentiles hombres atravesaban el rio para ganar el Louvre al cual pronto llegaron.

Al poner sus piés sobre la orilla derecha, Margarita, asiendo violentamente á Lamole del brazo, le dijo:

—En nombre de Dios, no me dejeis!

—Pero, y la reina madre?—dijo Lamole.

—Eres tú de la reina madre ó mio?

—Es tuya mi vida, tuya mi alma!....

—Entónces sígueme y no te ocupes de otra cosa.

Catarina habia tomado el brazo de Coconas.

—Mi gentil-hombre, aprecias sin duda á Henrique de Balafrade?

—Monseñor el duque de Guisa,—dijo el Gascon,—es despues de V. M. la persona que puede con mas seguridad contar con mi fé y mi adhesion. Con monseñor de Guisa, iré aun al infierno si él quisiere llevarme allá.

—Pues bien, en el momento iréis á encontrarlo de nuestra parte, y bien pronto nos serviréis bajo sus órdenes.....Sois buen católico, hijo mio?

—Católico, apostólico y romano, mi reina y señora. Tengo un buen brazo y una buena espada; y todo, al servicio de V. M.

—Bien, Coconas! Las grandes cosas no se harian sin el entusiasmo, y veo que vuestro corazon no está frio. Llamad á Lamole y decidle, que nuestra voluntad es, que ambos marcheis incontinenti á poneros á las órdenes del duque de Guisa, para concluir con esos condenados heréticos que incesantemente traen el reino en convulsion.

Coconas tenia instintos sanguinarios.

Estas palabras de la reina madre bastaron para hacerle olfatear batalla y botin, dos elementos que en cualquiera parte y en cualquier tiempo, llamaban imperiosamente su atencion.

Su nariz se dilató, sus ojos se abrieron desmesuradamente, y sus pupilas se inyectaron de sangre.

—Mi señora y reina,—dijo él,—se trata, pues, de una batalla?

De una batalla decisiva, señor. Mañana sabrá la Francia si es católica ó hugonote.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La reina madre mentia. No iba á ser una batalla, sino una matanza horrible, un asesinato espantoso, una traicion escecrable é inmunda.

El gentil-hombre gascon, no sabia nada de ello, y sin embargo, el saberlo no le habria podido impedir el ir á matar á donde habia que matar.

—Y á dònde encontrarémos,—preguntó,—á monseñor Henrique de Guisa, bajo cuyas órdenes es el gusto de V. M. que vayamos á ponernos?

—En los aposentos del rey....Id, y que el ángel esterminador guie vuestros brazos.

No necesitaba de escitacion Coconas: la procsimidad de la matanza que se preparaba, producia sobre él el efecto que producen sobre las aves de rapiña los preparativos de una batalla.

Su primer cuidado al separarse de la reina madre, fuè buscar á Lamole, segun ella se lo habia recomendado, para llevarle; pero Margarita y Lamole habian desaparecido al abandonar el Louvre.

Lamole! Lamole!—gritaba el gascon por los corredores de palacio,—mala peste te ahogue!.....Acaso no quieres que seamos ricos y poderosos ambos?

Y Lamole no respondia: Coconas corrió así hasta las puertas del aposento de Margarita, á la cual tocó sin mas ceremonia, pues una vez lanzado, era capaz de ir hasta el infierno sin tomar aliento. Sin embargo, por muy dispuesto que estuviese á franquearse todas las barreras, tuvo que detenerse allí, pues la guardia que de ordinario habia, estaba doble hácia el interior, y el oficial que la mandaba le amenazó de hacerlo clavar contra la pared si no retrocedia.

Fué preciso al colérico gascon tomar una resolucion. Pero ésta, no fué hecha sin comentarios.

—Hola! se oculta!....—decia para sì al devolverse,—él tambien es herético! Ya! vive Dios! Su querida no es ahora muger de herético?

La consecuencia no era ciertamente nada rigurosa; pero Coconas estaba ébrio de vino, de amor, y olfateaba á su derredor sangre y oro, lo que era, diez veces mas de lo que necesitaba para turbarse su cerebro, cerebro de gascon, siempre dispuesto á arder.

No habiendo podido penetrar en las habitaciones de la reina, Coconas se dirigió á la del rey, donde fué recibido sin dificultad tan luego como hubo dicho de parte de quièn iba, y de haber respondido al santo segun las instrucciones de Catarina.

Henrique de Guisa estaba allí, rodeado de oficiales, soldados y otros hombres de un aspecto estraño y à los que cualesquiera hubiese creído se les habia llamado mas bien para ir á un festin que à la matanza, si no fuera por las largas espadas y filosos puñales que se veían en sus ricos cinturones.

Estas personas eran los gentiles-hombres de la casa de Guisa, quienes, asì como los otros, esperaban diese la hora en que debian arrojarse sobre la presa.

—Venid acá, mi gentil-hombre,—dijo Henrique de Balafré dirigiéndose hácia Coconas;—se me habia dicho que os queriais contar entre los últimos que llegasen?

—Monseñor, si no se me ha dicho de venir con mas anticipacion, no por eso dejaré de hacer bien mi tarea, y si Dios lo quiere, me veréis en la obra.

—Yo garantizo lo que ha dicho, monseñor,—esclamó un tal Besme, favorito del duque y amigo de Coconas.

Cuando esto pasaba, era un poco mas de media noche, y el duque de Guisa se impacientaba mucho.

—Corazon de gallina!—murmuraba paseándose à grandes pasos;—el miedo se habrá apoderado de él y habrà retirado su palabra!.....Sin embargo, Catarina no debe despegarse de su lado, y á ella no le falta corazon....Pero, si la traicion .....Vive Dios! Si nos traicionasen.....

Y miéntras murmuraba de este modo, su mano se crispaba sobre el puño de su espada.

No era sin pena que Cárlos IX habia consentido á la espantosa matanza que se preparaba, y Catarina, su madre, que le habia hecho resolverse á ello, no dejaba de temer el que cambiase de resolucion: así es, que apénas volvió de la torre de Nesle, se fuè á casa del rey, bien determinada á no salir de allì hasta oir la señal de la ejecucion.

Esto no era porque Cárlos hiciese gran aprecio de la vida de los hombres; era duro, cruel, y bien se puede decir, que nada amaba; pero tenia miedo al infierno, y como no pudo consultar á los casuistas el horrible crímen que iba à perpetrarse, su perplegidad era grande.

En fin, se habia conseguido persuadirle en aquel dia, que la sangre de los herèticos era agradable à Dios, y que mostrando así tanta devocion por la Iglesia, se abria las puertas del cielo.

Esta conviccion tardìa, esplica cómo es que solo pocas horas despues de haber visitado à Coligny y ofrecídole pronta y buena justificacion con los asesinos que le habian herido, consentia en dejarle degollar.

Era, pues, con el nombre de la religion que se iba á acometer el espantoso crimen.

Jamas se habia abusado tan horrorosamente de la cosa mas santa que ecsiste.

En fin, un poco despues de las dos de la mañana, la campana de la iglesia de San German l'Auxerrois, comenzò á vibrar lentamente: la de la torre de palacio llamada *Torre del relox* (1) respondió á esta señal: despues, las campanas de todas las iglesias se hicieron oir.

—Amigos,—gritó Henrique de Guisa,—el que me ame, que me siga.

Y se lanzó hácia el hotel del almirante Coligny, situado á poca distancia del Louvre.

---

(1) Algunos historiadores pretenden que la primer señal de los asesinatos del Saint-Barthélemy, partió de esta torre que acababa de ser artísticamente restaurada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

En un instante, él y los cincuenta furiosos que le seguian, penetraron al patio del hotel de Coligny.

—Seis valientes de buena voluntad para subir allí!—dijo Balafré, señalando con la punta de su espada las ventanas de la casa del almirante.

—Para mí ese honor!—dijo Besme precipitándose hácia la escalera con cinco de los suyos.

Antes que Besme pronunciase esas palabras, Coconas habia hecho un movimiento para adelantársele; pero el duque lo detuvo.

—Quedaos cerca de mí,—le dijo,—y no estaréis de mas, porque esos perros hugonotes no dejarán matar á su condenado amo con tanta facilidad, y vamos sin duda á tener que hacer con el grueso de esas gentes.

—El gentil-hombre gasco obedeció aunque con pesar: se iba allí á matar, estaba en su elemento, y casos como aquellos, lo mas pronto era lo mejor para él.

Entretanto Besme despues de haber tocado inútilmente á la puerta de la habitacion del almirante, la habia echado abajo, y pronto penetró en el aposento del ilustre herido. Este que se habia levantado, se dirigió con calma hácia los furiosos.

—Qué quereis?—les dijo.

—Al almirante: queremos se nos conduzca cerca de él.

—Yo soy el almirante,—respondió Coligny sin conmoverse.

—Tú?—dijo Besme casi desarmado por aquella sangre fria.

—Yo, jóven, y espero que al ménos respetarás mis canas.

Besme no habló una palabra: bajó hácia el suelo la punta de su espada y los que le acompañaban quedaron inmóbiles.

Entónces se oyó una voz que del patio gritaba:

—Qué esperas, pues? Mata! mata!.....

Esa voz es la de Henrique de Guisa y apénas ha llegado hasta Besme cuando se abren de nuevo las hojas de la puerta dando paso á Coconas, á quien nada pudo detener.

Besme no duda mas: teme que Coconas se le adelante, que le arrebate de las manos el golpe, y alzando su espada la sepulta en medio del cuerpo del almirante, que estaba sin defensa y casi desnudo.

El viejo cae, y Coconas que de un salto se habia lanzado á él, le hiere sin interrupcion. Lameute se precipita sobre el cadáver del viejo, lo abruma con golpes que ya no puede sentir, y despues tomándolo entre todos y abriendo una ventana, le arrojan al patio.

—Ah!—dice Henrique de Guisa,—ved al fin á ese hermano y asociado de su señor el diablo! Condenado! es una obra piadosa el tratarte como á cosa que pertenece al infierno, y así se hará.

Aprocsimándose al cadáver del almirante, le escupe el rostro y le holla con el pié, miètras la turba de matachines esparcida en el hotel le saqueaba. Con

bastante trabajo pudo conseguir el duque Henrique de Guisa reunir de nuevo á su lado aquella turba de furiosos para llevárselos á otra parte.

Coconas, por algunas horas hizo su marcha á las órdenes de Balafré, sosteniendo la palabra que le habia dado al mostrarse el mas implacable matador del mundo.

Sin embargo, pronto se fatiga, no de matar, sino de hacer tan miserable botin, porque Henrique de Guisa no daba carrera ninguna à los que mandaba.

Pillar, no era matar, y para el buen suceso de la empresa de la cual era uno de los gefes, precisaba matar ante todo, matar aún, matar siempre hasta que al fin se pudiese descansar sobre un monton de sesenta mil cadáveres.

—Vive Dios!—decia para sí Coconas al rayar el dia,—para hacer lo que estoy haciendo no necesito ser mandado, y solo, harè mejor propina que acompañado de gentes que parecen caballos desbocados, que no piensan mas que al concluir la corrida les faltará la avena si no se hacen de ella en el camino.

Y como el alba comenzaba á rayar, dió media vuelta en la esquina de una de las numerosas calles del Viejo Paris que recorrian las gentes del bando del duque, y pronto se quedó solo.

Pero apènas hubo dado algunos pasos recapacitando à qué rica casa hugonote iria á poner el pié en la garganta, cuando estas palabras repetidas por una voz formidable, hirieron sus oidos:

—Sangrad! sangrad! La sangría es tan buena en Agosto como en Mayo!....

Estos gritos de chacal, eran dados por Tavannes, uno de los gefes de la conjuracion, que, ménos escrupuloso ó con ménos prisa que el duque de Guisa, daba á sus gentes tiempo para que despojasen los que habian degollado.

—Sangremos! sangremos!—repetia Coconas yéndose á poner al lado de Tavannes.

Y predicando el ejemplo, se precipita sucesivamente en varias casas, en las que hizo una carnicería horrible y un rico botin.

Hácia medio dia, Coconas estaba radiante.

Sus brazos tintos en sangre hasta los codos y sus bolsas, reventaban con el peso del oro y de las alhajas que habia hacinado.

—Ah! Dios verdadero!—esclamó:—hé aquí la guerra, la verdadera guerra, la buena guerra!.....Darémos aún unas cuantas buenas estocadas é irémos á refrescarnos al lado de nuestra querida amiga, que con seguridad sabe el bello camino de fortuna en que estamos.

Pensando así, se dirigia por instinto hácia el rio, á fin de aprocsimarse à aquel lugar de reposo, del cual comenzaba á tener gran necesidad. En aquel mismo instante oyó romperse bastante cerca de él un fuego de mosqueteria muy vivo: el ruido no podia dejar de ser agradable al oido de un hombre de su temple.

—Bien!—dice,—llego á un campo raso para concluir con la mies.

Y como en ese momento desembocaba por la orilla del Louvre, apercibió á S. M. Cárlos IX armado de un arcabuz, tirando desde su balcon á los hugonotes,

que sorprendidos al lado derecho del Sena, se retiraban á nado à fin de ganar la orilla izquierda, donde los furiosos degolladores eran ménos que en el otro lado.

Felizmente S. M. era muy poco inteligente en el manejo de las armas de fuego. El valiente rey apuntaba bien mal, pues al hacer fuego volvia á un lado la cabeza, de suerte que, recibiendo sus brazos el impulso de este movimiento, y saliendo al mismo tiempo el tiro, la bala iba á donde podia.

—Señor,—dice Coconas avanzando hasta el pié del balcon;—si gustais, no tireis tan seguido y me veréis concluir con los rèprobos de un modo del que no podrán escapar como escapan ahora del plomo.

—Alerta, hijo mio!—respondió el rey, y manos á la obra: sin embargo, no cesarémos de tirar porque á esos béstias malvados, vale mas darles dos golpes que uno.

En aquellos tiempos, las armas de fuego no intimidaban á personas del temple de Coconas.

Eran aun muy imperfectas.

El uso de las pistolas inventado en 1545, era aún casi desconocido.

La pólvora, mal fabricada y en diez tiros de mosquete, apénas dos podrian matar á un hombre: asi, pues, aunque el rey continuaba haciendo fuego sobre los desgraciados que tentaban el salvarse á nado, eso no impidió al gentil-hombre gascon el ir en su persecucion: muchos de ellos eran ricos señores pertenecientes á la religion reformada, que habian ido Paris á gozar de las fiestas que en aquellos dias tenian lugar y que al ruido de los gritos de muerte, habian huido de las posadas situadas al rededor del Louvre y procuraban ganar el lado izquierdo del rio.

Coconas llega á la orilla furioso: distingue á uno que siendo buen católico y sabiendo lo que estaba pasando dormia en una barca tan tranquilamente cual si rayase en Paris la aurora de un dia festivo.

—Hola! villano,—grita Coconas saltando á la barca,—rema largo por Dios! y cuídate que estos escudos ten dén fuerza para ello.

Y tomando las monedas á manos llenas de su cinturon, las tira á los piés del barquero quien despues de haberlas recogido rápidamente, empieza con vigor á mover sus remos.

En unos cuantos minutos, la barca alcanzò tres ó cuatro hugonotes, á los que Coconas concluye à sablazos, subiéndolos despues á su barca, y continúa esta odiosa caza sin sentir por ello la menor fatiga: tanta era su ansiedad de hacer presa.

Cárlos IX, segun lo hemos ya dicho, continuaba haciendo fudgo con su escopeta.

Dos pages parados detrás de él, cargaban los largos mosquetes de que se estaba sirviendo y de los que la mayor parte de los tiros se perdian en las aguas del Sena. No por esto dejaba de ser odioso el acto, y nosotros solo hacemos referencia de él por respeto á la verdad.

Coconas reía en las barbas del rey por el ruido que hacia con sus tiros, diciendo para sí que aquel Jùpiter deberia mejor arrojar sus truenos à un rincon del Louvre, que querer hacerle compañía con tal concierto; pero en el mismo instante en que el gentil-hombre gascon pensaba esto, una bala le dá en la espalda, y le hace caer sin conocimiento al fondo de la barca.

—Aquella bala que llegaba tan á buen tiempo, salió de uno de los mosquetes del honrado monarca Cárlos IX, el cual, siguiendo tirando sobre los que huían, volteando la cabeza al salir cada tiro, heria sin inquietarse por ello á amigos y enemigos.

A diestro y á siniestro
Castiguemos al perverso.

Este es un sistema como cualesquiera otro, solo que es escecrable y del uso particular de los malhechores.

La duquesa de Nevers se hallaba en tanto en una gran indecision. El duque su esposo se encontraba fuera desde el dia anterior, pues habia ido á visitar una parte de sus terrenos, donde pensaba pasar el resto de la buena estacion, y su encantadora esposa, desde las primeras horas del dia, lo habia puesto en conocimiento de la persona que habitando en el Louvre, importaba lo supiese, por medio de señales convenidas de antemano; señales que querian decir al mismo tiempo: *Venid, el placer os espera.*

Pero estas señales no fueron vistas, y es fácil de comprender el por qué.

La reina Margarita, casada hacia solo seis dias, tenia en sus brazos á un esposo herético, al rey de Navarra, á quien los autores de la revuelta habian jurado no perdonar, y que sea por respeto humano ó por cualquiera otro motivo, ella queria salvar. Ademas, tenia tambien al pobre Lamole, quien solo por ser amante de la muger de un herético debia ser considerado como tal.

Todo esto, à tres siglos de distancia, que son los que han pasado desde los sucesos que referimos, puede parecer bien estraño, y aun es difícil, aun cuando haya la mejor voluntad para ello, formarse una idea de las costumbres y pasiones de la época; pero el historiador debe ocuparse solo de lo verídico y no de lo verosímil, y esto es lo que nosotros hacemos.

Henriqueta de Cléves, duquesa de Nevers, estaba, pues, sumamente inquieta al ver que ninguna señal respondia del Louvre á las suyas y porque ya no ignoraba lo que sucedia en Paris: las noticias que se le habian dado, se confirmaban á cada segundo por el ruido de las armas y los gritos que llegaban hasta ella de los moribundos.

Pero la muger que ama tiene valor para todo.

Esta es una verdad de la cual hacemos un acsioma.

En virtud de este acsioma, Henriqueta de Cléves tenia ese dia el valor del leon, tanto porque ella amaba, cuanto porque su amado corria evidentemente gran peligro. A pesar de las mugeres de su servicio que trataban de conte-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nerla, á pesar de las balas que saliendo del Louvre venian de vez en cuando á aplastarse sobre las piedras de la torre, veinte veces se habia asomado por las ventanas de su aposento para ver hácia fuera.

Por la vigésima vez, invocaba á Dios en favor de Coconas ausente, cuando vió saltar al gentil-hombre gascon en una barca y correr sobre los heréticos que trataban de ganar la ribera opuesta á nado. Con los brazos tendidos le siguió un instante con sus ojos: despues le vió caer.

—Atrás! atrás—gritó ella á las mugeres que le rodeaban.

Y precipitàndose à la escalera que conducia á la orilla del rio, se arroja en una barca, desata el cable que la amarra, y tomando con sus peqneñas y lindas manos los remos rudos y gruesos, dirige el esquife hácia aquel que llevaba á su bien amado casi moribundo.

Coconas acababa de abrir los ojos cuando ella le alcanzó.

—Amigo mio! amigo mio!—le dice,—sálvese tu vida y lo demas nada me importa. Ven, alma querida, te llevaré á lugar seguro, y allí te cuidaré yo misma.

—Henriqueta,—dice el gascon, de quien la sangre corria á torrentes,—llegais á buen tiempo, bien mio, para reparar el mal que me ha hecho el rey mi señor.

—Càllate, amigo.... aun el aire que se respira trae la muerte.

—Dios mio! bien lo sabemos, bella amiga; nosotros la hemos llevado recta à quienes debiamos; pero monseñor el rey no vé sino de cerca, y asi es que mata tanto á los suyos como á los otros.

Apénas hubo pronunciado estas palabras, se desmaya de nuevo; pero ya habian llegado á la torre. La duquesa hace trasportar á Coconas á su recámara, se establece como guardia cerca de él, y envía á buscar al médico del hotel.

La calma se habia restablecido despues de la mañana y la reina de Navarra saliendo en fin, del lugar donde se habia estado oculta con Lamole, pudo ver las señales de la torre de Nesle.

—Amigo,—dijo á Lamole,—ellos son dichosos, una vez que nos llaman; vamos á compartir su felicidad.

Lamole se hallaba algo avergonzado del papel que á su pesar habia jugado en aquel gran suceso; pero precisamente la bajeza è infamia de él, fueron la causa de su momentánea condescendencia.

—Vamos, pues,—dijo èl.—Sin embargo de que temo mucho el que no encontremos allí, como lo esperamos, rostros amigos.

Estas palabras timoratas no podian ser un obstáculo, y bien pronto Lamole y Margarita llegaron á la torre de Nesle cerca del herido y de su encantadora guardiana.

Entretanto, el cadáver del almirante Coligny, habia sido arrastrado hasta Montfaucon, y colgado allí en la horca.

El rey, que dos dias àntes visitara al ilustre anciano en su lecho y le asegurara entónces su afeccion, quiso alimentarse con la vista de sus despojos sangrientos y resolviò ir con gran cortejo al piè del cadalso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Todas las damas de la corte debian acompañarle: el rey lo queria, y es preciso decirlo, la mayor parte de ellas estaban contentísimas de que el rey lo quisiese.

En consecuencia, se dió la órden á todas, y esta órden llegó á Margarita y á Henriqueta de Clèves cuando se hallaban al lado del lecho de dolor de Coconas.

Henriqueta de Clèves leyó la órden en alta voz, despues, entregando la carta dijo:

—Oh rey! que por cumplir tu gusto poco ha faltado para que matases al bien que amo, no me pidas nada....nada, ni risas, ni lágrimas, pues solo tengo, y no podré tener otra cosa para tí, que desprecio!

—Prima bella,—esclama la reina Margot, poniéndole en la boca los dedos de su linda mano:—guardad esta ira para hora mas oportuna; en este momento, solo una puerta de salvacion tenemos y esta es la *obediencia*.

—Alma mia,—dice á su turno Coconas,—me parece que el ir á enseñar los dientes á ese almirante condenado, es hacer una obra pía; así, pues, el rey ha procedido sàbiamente, y harèis una locura con no concurrir á su real invitacion.

—Tú lo quieres, Coconas?

—Te lo suplico, alma mia!

La bala que el gascon tenia en su espalda, no le hacia perder la cabeza. Como su herida le impidió el recoger todo el fruto posible de la victoria, ó mejor dicho, del asesinato, á fin de conseguirlo trataba de formar su reserva de ese modo.

—Este lúgubre paseo,—murmurò Lamole.

No habia acabado de decirlo, cuando Margarita le puso sus lindos dedos sobre los lábios con tanta viveza, que mas bien pareció darle un bofeton, que hacerle una caricia.

—Es preciso hacerlo, picaron!....—le dice luego, y si no quereis venir, os arrastrarémos.

—Mi bella reina, no seais tan terrible!

—Terrible, implacable, sin piedad!.....No ves, amigo mio, que tú, yo y el rey de Navarra, tenemos cada uno, un pié en la tumba? Con otro dia como el de ayer, no nos contarémos mas en el número de los vivos....y, yo quiero vivir, amigo mio! vivir para amarte, para decirtelo, para probàrtelo!

—Margarita!—dice Lamole estrechándola á su corazon,—ántes que desagradarte, vengan mil muertes!

—Irémos, pues, á ver esa horca;—dijo la duquesa de Nevers, afectando una encantadora alegría.—Pero ved el gran mal, y es, que tres ó cuatro viejos ó villanos que estarán allí, van à tener por visitadores damas gentiles y gentiles caballeros, yendo el rey á la cabeza de ellas! Esos condenados hugonotes, no han turbado lo bastante nuestros gustos y placeres, para que les paguemos aún tributo?

Es preciso decirlo: no fué con violencia ni por la fuerza, que las señoras de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corte siguieron al rey para presenciar el espectáculo de Montfaucon: fué con alegría, con entusiasmo, con delirio, como hicieron este horroroso peregrinage.

Entre aquellos visitadores de los muertos parecia distinguirse cierto aire de fiesta: las risas de las mugeres bonitas se mezclaban allí con los que pasaban de un lado recogiendo cadáveres.

El rey parecia estar en su elemento.

Marchaba con paso lento, de vez en cuando se detenia, y lanzaba sonriendo su mirada sobre aquellos cadáveres llenos de hachazos y cuchilladas.

Pero delante del que se detuvo con mas complacencia, fué de el del almirante Coligny. Parecia que todas las horribles heridas que cubrian su cuerpo, eran para él una imágen deliciosa de la cual no podian apartarse sus ojos.

—Señor,—le dice Henrique de Balafré que se hallaba cerca de èl,—hará bien V. M. en alejarse un poco, pues todos esos cuerpos de los condenados hieden.

—Querido duque,—respondiò el rey,—los cuerpos de los enemigos nuestros, siempre huelen bien.

Esa palabra no era de él, pobre señor! la tomaba de un emperador romano, mas nó por eso valia él mas.

La visita duró largo tiempo. Las damas de la corte que para ir á ella habian hecho su *toillet*, querian que sirviese al ménos de algo, así es que bajo de la horca se estableció una especie de liza, donde cada uno pasaba y repasaba cien veces, hasta que ya cansadas aquellas damas, sintieron la necesidad de tomar algun reposo.

Hubo en aquella horrorosa jornada del 24 de Agosto, algunos actos de una ferocidad increible, y otros de un admirable valor.

Uno de ellos fué Cárlos IX, este de quien poco ántes de asomarse al balcon y tomar desde allí parte en los asesinatos, habia llamado à su lado al príncipe de Condé, uno de los gefes de los protestantes, y al rey de Navarra su cuñado.

—Cuñado, y vos, señor prìncipe,—les dijo,—es demasiado duro el que os condeneis por vuestras malas creencias, y no queremos sufrir el que por mas tiempo lucheis contra Dios. Os es, pues, preciso ahora mismo escoger entre la misa y la muerte.

—Señor,—respondió el príncipe de Condé;—no me es suficiente el ser un siervo fiel á V. M?

—La misa, ó la muerte!—repitió Cárlos IX levantando la voz.

Al mismo tiempo cuatro hombres salieron de detrás de uno de los tapices con el puñal en la mano, esperando solo una señal del rey para herir.

Y esa señal la iba á dar Cárlos IX, pues ya sus ojos se inyectaban en sangre, lo que era en él indicio de un prócsimo acceso de furor.

Jóven, bravo y ardiente el rey de Navarra llevó la mano á su espada. Si Cárlos le hubiese visto, habria ocurrido algo á él y al príncipe; pero éste último, mas prudente que Henrique, se arrojó delante de él y dijo con sumision:

—Señor, jamas hemos despreciado la misa, y la oirémos devotamente si tal es vuestro gusto.

Estaba hablando aùn, cuando se dejaron oir gritos terribles no léjos de las habitaciones del rey.

—Ah! ah!—dice Cárlos,—esos son los galanes de nuestra hermana Margot, que de órden nuestra les están enviando al diablo; por ello nos debeis las gracias, cuñado.

Era en efecto un gentil-hombre protestante, uno de los favoritos de Margarita que perseguido por un bando de asesinos y conociendo perfectamente que lo eran, habia llegado huyendo de ellos, hasta la alcoba de la princesa, miéntras ésta, escondia á Lamole en un armario.

—Atrás! atrás!—grita Margarita llena de terror.—Cómo os atreveis á entrar asi en los aposentos de la hermana del rey?

—Tenemos comision de monseñor el rey para hacerlo, señora;—respondió el que parecia ser el gefe.

Y como miéntras que hablaba, el jóven se habia refugiado entre una cama y la pared, los asesinos se arrojaron sobre la misma cama, y de allí, à golpes de alabarda, concluyeron con el gentil-hombre, que cayó alsuelo.

Viendo Henrique que se degollaba de tal modo en el Louvre y aun en sus habitaciones, comprendió que todo su valor no era bastante para salvarle. Se resignó, pues, á seguir el ejemplo del príncipe de Condé, y declaró estar listo á entrar al seno de la iglesia católica.

—Bien,—dijo Cárlos IX,—tendrémos dos ménos à quien matar. Pasemos á otros.

Y despues de haber hecho señal á los cuatro asesinos para que se retirasen, corrió al balcon para entregarse á la caza de los desgraciados que se arrojaban al Sena á fin de ganar la otra ribera.

Tavannes encareciendo aun mas su crueldad á la del rey, compró á sus gentes; los hugonotes que habian aprisionado á fin de torturarlos á su placer y se vanagloriaba de haber matado así lentamente mas de treinta en el dia.

Al otro dia, 25, un espino blanco reflorecìò en el cementerio.

El pueblo gritó: ¡un milagro!

Quedó, pues, decidido que aquella flor era una señal de satisfaccion y aprobacion divina.

El fanatismo se reanimó y los asesinatos comenzaron de nuevo.

"Una cosa tan horrible como la Saint-Barthélemy, dice M. Michelet, lo fué la alegria que escitó. En Roma se construyeron medallas. Felipe II felicitó á la corte de Francia creyendo el protestantismo vencido y asoció la Saint-Barthélemy y los asesinatos ordenados por el duque de Alba, al glorioso suceso de la batalla de Lepanto, en el cual las flotas de España, del Papa y de Venecia, man-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

dadas por D. Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, habian en el año anterior concluido con la marina otomana. (1)

Pero, tal cual lo hemos dicho, tambien hubo rasgos de un valor admirable.

El canciller l'Hospital, tan luego como supo lo que pasaba, quiso que todas las puertas de su hotel se abriesen, y que los asesinos, si se presentaban, fuesen conducidos al instante á él.

Pero su reputacion de virtud era tal, que ni un solo asesino osò penetrar à su morada, cuyas entradas nadie defendia.

No por eso dejó de ser una de las víctimas de aquel dia el ilustre canciller.

El sentimiento y dolor que tuvo al ver aquellos sucesos fué tal, que cayò enfermo y murió despues de seis meses de padecimientos.

Algunos gobernadores de las ciudades principales del reino, á los que el rey habia enviado la órden de hacer degollar en el mismo dia á todos los protestantes que hubiese en sus jurisdicciones, rehusaron obedecer, y uno de ellos, el vizconde d'Orthez, gobernador de Bayonne, dió al rey esta noble respuesta:

"Señor, he encontrado en la ciudad una multitud de valientes soldados y de buenos ciudadanos; pero no he hallado un solo verdugo."

Cárlos IX no duró muchó sin sentir el poder de la venganza divina.

«El rey Cárlos, dice un escritor de aquel tiempo, oyendo en la tarde del mismn dia y en todo el otro, contar los asesinatos que se habian cometido en las personas de ancianos, mugeres y niños, llamó à un lado al maestro Ambrosio Paré, su primer cirujano, á quien amaba infinito aunque era de la religion, y le dijo:

—"Ambrosio, no sé qué es lo que me pasa desde hace dos ó tres dias; pero encuentro mi espíritu y mi cuerpo conmovidos en estremo; aun cuando duermo, esos cuerpos mutilados se me presentan con sus caras horrorosas, bañadas en sangre. Yo hubiera querido que ni á los imbèciles ni á los inocentes se les hubiese tocado."

Desde entónces, Cárlos comenzó á consumirse lentamente.

Tal cual se debia esperar, los asesinatos de la Saint-Barthélemy tuvieron por resultado casi inmediato, la guerra civil.

De todas partes corrian los calvinistas á las armas. Se encerraron en la Rochela, única plaza fuerte que les quedaba, y en la pequeña ciudad de Sancerre.

Despues de haberse defendido durante siete meses con un valor inaudito, esta última plaza se rindió; pero con la condicion de que se acordaba la libertad de conciencia á todos sus habitantes.

Los defensores de la Rochela hicieron aún mas. Sitiados por un ejército formidable que mandaba el duque de Anjou, los despedazaron en las continuas salidas que hicieron.

(1) Michelet. Historia de Francia.

Asustado con tantos reveses, viendo su ejército casi destruido, ofrece á los sitiados una capitulacion ventajosa, y éstos no la aceptan mas que con la condicion de que aquellas ventajas conquistadas con su valor, se hagan estensivas á las ciudades de Montauban y Nimes.

Toda clase de desórdenes reinaba en este tiempo en la corte: ateismo y supersticion, maldad y disolucion, trapacería y crueldad. Las costumbres eran tan atroces como corrompidas, y se empleaba el asesinato y el veneno sin pudor alguno.

Miéntras todo esto pasaba, Coconas, en la torre de Nesle, continuaba siendo el objeto de los mas tiernos cuidados.

Margarita y Lamole, á quien casi milagrosamente habia salvado, habian vuelto á su costumbre de citas en aquel lugar, al cual eran tambien llamados con frecuencia maestro Ambrosio Paré, primer cirujano del rey, y Cosme Ruggieri.

El gentil-hombre gascon se fastidiaba por la lentitud de su convalescencia. Le parecia imposible que el rey dejase de recompensarle brillantemente tanto por el número de hugonotes que habia muerto, cuanto por la herida que recibió à causa de la poca habilidad de S. M.

—Al ménos, espero,—decia un dia á Lamole,—que el rey hable alguna vez de mi.

—El rey,—respondió Lamole,—está mucho mas enfermo que tú y es bien dudoso que en el estado en que se encuentra piense en otro que no sea en él.

—Mala peste! al ménos, no soy yo quien le ha puesto así, y no podrá decir otro tanto de mí.

—Vamos, cálmate: no has hecho un buen botin con los mal creyentes?

—Es la ley de la guerra, bagages, y la he seguido bajo todo su rigor; pero no es de buena guerra el tirar sobre sus tropas, y si el rey no lo sabe, se lo diré en su cara.

—Qué dirèis al rey, Coconas?—preguntó la duquesa de Nevers que entraba en ese momento.

—Le diré, mi bella duquesa, que, aunque uno sea rey de Francia, no se tira á las gentes por la espalda sin vergüenza, á ménos que ellas huyan; que Coconas, jámas ha huido, y así, que la bala que le ha herido, ha sido disparada ò por un traidor ó por uno que temblaba, y que en aquellos instantes no iban mas balas hácia el rio, que las que salian del balcon real, así es, que de todos modos, se me debe una reparacion.

—Tú no dirás eso, amigo mio.

—Vive Dios! Lo diria al mismo Dios Padre en persona.

—No os agiteis así, señor,—dijo Ambrosio Parè que estaba presente, y dejadnos sanaros. Despues, estaréis libre para echar sobre vos un tan mal negocio como el que meditais.

—Y vos tambien, maestro Ambrosio, negais mi buen derecho?.....Dios verdadero! .....

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

—Yo no niego nada, señor; pero sí afirmo, que en el estado en que se halla el rey, S. M. no podrá oir sino con un amargo disgusto el objeto que le quereis esponer.

—Vamos! maestro Paré, no soy de esas gentes que se dán para ser guardadas, y haré lo que mas convenga, tan luego como me encuentre suficientemente curado, lo que ya tarda demasiado.

—No habia, pues, modo de obtener otra cosa de aquella mala cabeza: era preciso pagarle porque habia matado, y porque poco habia faltado para matarle. No salia de allí.

Esto, sin embargo, no impedia el que la torre de Nesle fuese con frecuencia teatro de alegres tertulias que en nada contribuian al restablecimiento del herido; pero que le hacian llevar su mal con paciencia. Ademas, Lamole le tenia al corriente de las intrigas de la corte, las que se intrincaban cada vez mas y mas.

Henrique, rey de Navarra, despues Henrique IV, y el príncipe de Condé que solo escaparon de la matanza de la Saint-Barthélemy abjurando la religion reformada, estaban impacientes por vengarse y aplaudian en secreto los buenos resultados que tenian los hugonotes, esperando solo una circunstancia favorable para unirseles y engrosar sus filas con los numerosos partidarios que tenian en la corte.

En espera, pues, ambos adunaban sus esfuerzos para crearse un punto de apoyo sólido, en el corazon del reino, determinando al duque de Alençon á que se pusiese á la cabeza del movimiento, para lo cual, se habia hecho Lamole el intermediario entre ambos y el duque, de quien como ya lo hemos dicho, era el favorito.

En tal estado se hallaban, pues, las cosas cuando se supo estar prócsima la vuelta del duque de Nevers.

La bella duquesa Henriqueta nada temia, como lo hemos ya visto con monseñor su esposo, quien creía hacer lo que queria cuando obedecia ciegamente los deseos de su muger.

Pero para una muger de aquel temple, un marido, por bueno que fuese, era una cosa mortificante, sobre todo, en la situacion en que se encontraban en la torre de Nesle.

Se suspendieron, pues, las reuniones que, segun Ambrosio Paré y Cosme Ruggieri, retardaban la cura completa del herido.

Pero las intrigas continuaron y Lamole no dejaba de tener á su amigo al corriente de todo, pues se contaba con la intrepidez bien conocida del gentil-hombre gascon, para allanar un gran número de dificultades.

El horizonte se ofuscaba mas cada dia, y la enfermedad del rey empeoraba.

Se marchaba á un prócsimo desenlace.

XVIII.

Coconas y Cárlos IX.—Cólera de Coconas y sus consecuencias.—Henriqueta de Cléves y el duque de Alençon.—Cobardía del duque de Alençon.—Catarina de Médicis y el duque de Alençon.

Coconas sanó en fin; ya era tiempo, pues en el mismo dia en que se encontró en estado de poder salir de la torre de Nesle, el duque de Nevers llegaba á Paris.

De ningun, modo, pues, hubo conflicto alguno, pues la señora duquesa era maravillosamente hábil para que el caso hubiese llegado; sin embargo, siempre fuè un bien que las cosas de por sí se hubiesen arreglado, y la bella duquesa quedó doblemente encantada al ver al amigo de su corazon, en pié, vestido como un príncipe, y de quien el rostro de una palidez mate, habria sido la admiracion de todos los ojos femeninos.

—Cuán bello estás, amigo mio!—decia la duquesa, al componerle los plíegues de su gorguera.—¿Es para mí, no es verdad, que Dios te ha hecho así?

—Sí, para tí, Henriqueta: porque soy tuyo en todo y para siempre. No obstante, me parece que las fuerzas me han vuelto un poco al recordar á monseñor el rey, quien en estos últimos dias, no me ha enviado sus noticias como debia hacerlo. Esta es cuenta que tenemos de arreglar entre él y yo, y lo que es por mi parte lo ecsigiré.

—Amigo mio, no quieras tener ninguna querella.

—Sí, bella amiga. Porque cuàl es la razon para que monseñor el rey Cárlos IX no se haya ocupado de mí cual si fuese un mal creyente podrido en la horca de Montfaucon? Antes de sufrir tal ofensa, me haré cortar en pedazos, vive Dios!

—Así, pues, caballero, solo pensais en esa ocurrencia?

—Oh Henriqueta!

—Y sacrificais á vuestro amor propio los que os aman?

—Mi amado bien, yo te conjuro.....

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo no niego nada, señor; pero sí afirmo, que en el estado en que se halla el rey, S. M. no podrá oir sino con un amargo disgusto el objeto que le quereis esponer.

—Vamos! maestro Paré, no soy de esas gentes que se dán para ser guardadas, y haré lo que mas convenga, tan luego como me encuentre suficientemente curado, lo que ya tarda demasiado.

—No habia, pues, modo de obtener otra cosa de aquella mala cabeza: era preciso pagarle porque habia matado, y porque poco habia faltado para matarle. No salia de allí.

Esto, sin embargo, no impedia el que la torre de Nesle fuese con frecuencia teatro de alegres tertulias que en nada contribuian al restablecimiento del herido; pero que le hacian llevar su mal con paciencia. Ademas, Lamole le tenia al corriente de las intrigas de la corte, las que se intrincaban cada vez mas y mas.

Henrique, rey de Navarra, despues Henrique IV, y el príncipe de Condé que solo escaparon de la matanza de la Saint-Barthélemy abjurando la religion reformada, estaban impacientes por vengarse y aplaudian en secreto los buenos resultados que tenian los hugonotes, esperando solo una circunstancia favorable para unirseles y engrosar sus filas con los numerosos partidarios que tenian en la corte.

En espera, pues, ambos adunaban sus esfuerzos para crearse un punto de apoyo sólido, en el corazon del reino, determinando al duque de Alençon á que se pusiese á la cabeza del movimiento, para lo cual, se habia hecho Lamole el intermediario entre ambos y el duque, de quien como ya lo hemos dicho, era el favorito.

En tal estado se hallaban, pues, las cosas cuando se supo estar prócsima la vuelta del duque de Nevers.

La bella duquesa Henriqueta nada temia, como lo hemos ya visto con monseñor su esposo, quien creía hacer lo que queria cuando obedecia ciegamente los deseos de su muger.

Pero para una muger de aquel temple, un marido, por bueno que fuese, era una cosa mortificante, sobre todo, en la situacion en que se encontraban en la torre de Nesle.

Se suspendieron, pues, las reuniones que, segun Ambrosio Paré y Cosme Ruggieri, retardaban la cura completa del herido.

Pero las intrigas continuaron y Lamole no dejaba de tener á su amigo al corriente de todo, pues se contaba con la intrepidez bien conocida del gentil-hombre gascon, para allanar un gran número de dificultades.

El horizonte se ofuscaba mas cada dia, y la enfermedad del rey empeoraba.

Se marchaba á un prócsimo desenlace.

XVIII.

Coconas y Cárlos IX.—Cólera de Coconas y sus consecuencias.—Henriqueta de Cléves y el duque de Alençon.—Cobardía del duque de Alençon.—Catarina de Médicis y el duque de Alençon.

Coconas sanó en fin; ya era tiempo, pues en el mismo dia en que se encontró en estado de poder salir de la torre de Nesle, el duque de Nevers llegaba á Paris.

De ningun, modo, pues, hubo conflicto alguno, pues la señora duquesa era maravillosamente hábil para que el caso hubiese llegado; sin embargo, siempre fuè un bien que las cosas de por sí se hubiesen arreglado, y la bella duquesa quedó doblemente encantada al ver al amigo de su corazon, en pié, vestido como un príncipe, y de quien el rostro de una palidez mate, habria sido la admiracion de todos los ojos femeninos.

—Cuán bello estás, amigo mio!—decia la duquesa, al componerle los plíegues de su gorguera.—¿Es para mí, no es verdad, que Dios te ha hecho así?

—Sí, para tí, Henriqueta: porque soy tuyo en todo y para siempre. No obstante, me parece que las fuerzas me han vuelto un poco al recordar á monseñor el rey, quien en estos últimos dias, no me ha enviado sus noticias como debia hacerlo. Esta es cuenta que tenemos de arreglar entre él y yo, y lo que es por mi parte lo ecsigiré.

—Amigo mio, no quieras tener ninguna querella.

—Sí, bella amiga. Porque cuàl es la razon para que monseñor el rey Cárlos IX no se haya ocupado de mí cual si fuese un mal creyente podrido en la horca de Montfaucon? Antes de sufrir tal ofensa, me haré cortar en pedazos, vive Dios!

—Así, pues, caballero, solo pensais en esa ocurrencia?

—Oh Henriqueta!

—Y sacrificais á vuestro amor propio los que os aman?

—Mi amado bien, yo te conjuro.....

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y de qué me conjurais, caballero?—replicó friamente la duquesa cambiando de tono:—teneis que pedirme alguna merced?

—Ah! sí, alma querida....te pido, la de que me ames siempre!

—Os he acaso amado?—preguntó ella con un tono á la vez desenvuelto y desdeñoso.

—No lo sé, Henriqueta; pero yo lo habia creido.

Y lo creeis aún?

—Sí.

—Mira, Coconas, prométeme no decir ni una palabra de lo pasado, al rey.

—De qué pasado, mi bella duquesa?

—Del tiempo transcurrido despues de la Saint-Barthèlemy hasta hoy.

—Imposible, Henriqueta. El rey nuestro señor es muy poderoso, no hay órden dada por él que yo no ejecute al instante, aun la de dar mi vida; pero no se trata de eso, y entre él y yo, hay otra cosa que debatir.

Fué, pues, preciso que la bella duquesa se conformase con lo dicho, pues su hermosa cabeza habria estallado al contacto de aquel cerebro osado que nada podia modificar.

Coconas salió, pues, de aquella torre que le habia sido un tan dulce asilo, y bien vestido, el bigote retorcido y el paso desembarazado como conviene á todo gentil-hombre de Gascuña, se dirigió hácia el Louvre para asistir á la salida del rey.

Habia multitud de cortesanas; pero Coconas no era hombre que se detenia ni hacia caso á ligeras dificultades. El estaba allí, con la pierna tendida, la nariz respirando hácia delante, la pupila en continuo movimiento y yendo incesantemente hácia un punto fijo: el rey.

Y era, porque nada esperaba del rey, pero el rey debia oir sus dolencias y concederle inmediatamente su derecho.

Hubiera sido imposible el hacerle comprender que podia suceder otra cosa.

En tanto, Cárlos IX, en quien la sangre estilaba por todos los poros de la piel, salió débil, vacilante, de entre las manos de sus ayudas de cámara para recibir á los cortesanos, de los cuales, algunos de los mas ilustres, le rodearon: despues, hicieron lugar á otros.

Pero ya era mucho para Coconas, que no se encontraba ni en la tercera fila, corriendo así gran riesgo de verse confundido entre la multitud y de no recibir del monarca ni una mirada, ni una palabra.

Para un hombre de aquel temple, la posicion no era de temerse mucho, tampoco la queria guardar él por mas tiempo, y abriéndose paso por entre las filas de cortesanos, que apiñados se encontraban delante de él, llegó hasta el rey y le saludó profundamente.

—Què es esto?—dijo Cárlos.—Qué me quereis?

—Señor,—respondió el gascon levantándose con fiereza,—no hace tan largo

tiempo desde que nos vimos la última vez, para que no podais reconocer al caballero Coconas.

—Coconas!—dice el rey.

—Coconas, señor.

—Ese nombre, en efecto, no nos es inconocible del todo.

—Dios verdadero! lo creo, señor, y el gentil-hombre que le lleva, seria mas fácilmente reconocido de vos, si por.....por error, V. M. no le hubiese alojado una bala en la espalda el dia de la Saint-Barthélemy, cuando ese gentil-hombre corria sobre los hugonotes y hasta mas allá de medio rio.

Como despues de aquella horrible jornada, Cárlos IX segun lo hemos visto, se hallaba enfermo precisamente á causa de los espantosos relatos que se le habian hecho de los asesinatos cometidos en aquellas horas, no podia soportar que se le hablase una sola palabra de tal suceso. Solo con el nombre del santo de aquel dia nefando, era suficiente á hacerle desfallecer.

—Hasta la mitad del rio?—dijo levantando desdeñosamente el lábio superior.—Teniais, pues, gran prisa en matar, caballero?

—Tenia prisa, señor, en obedecer las órdenes de V. M. y no me encontraba sin que hacer, pues hasta el rey quiso ayudarme.

—Este hombre está loco!—dijo Cárlos dirigiéndose á sus gentiles-hombres.

Esto acabó de ecsaltar á Coconas, quien por agradar al rey habia degollado á los hugonotes.

No queria quejarse demasiado alto de que una bala real le hiriera en la espalda; pero desconocer tales servicios, tratar con tal desden á un Coconas; esto no lo podia sufrir el gentil-hombre gascon.

—Por mi alma! señor,—esclama,—me habeis roto la espalda torpemente con una bala dirigida á la ventura, y esto es cosa que debeis lealmente reconocer.

—Atrás!—dice el rey volviendo la cabeza hácia atrás.

Coconas calla; pero no se mueve. Se hubiera dicho que esperaba que el rey estuviese solo, para pedirle satisfaccion de aquella injuria, y en verdad era capaz de hacerlo; pero en este momento llega Lamole enviado por la duquesa de Nevers, y abriéndose paso por entre la multitud, llega á su amigo, le toma por un brazo, y le tira de él con dulzura.

—Ah! eres tú, Lamole,—grita el gascon fuera de sí:—pues bien! él no me reconoce ya.....á un Coconas!

—Cállate, amigo!

—Que me calle?

—Sí, yo te ordeno callar en nombre de los que te aman....en mi nombre, en nombre de Henriqueta de Cléves.

—Gracias! gracias!....Oh mi siempre amada Henriqueta.....Pero no ves, Lamole, que es una gran injuria; injuria que si me es preciso soportar moriré.

—Despues hablarémos de eso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Hablemos luego luego, amigo! Es que, no ves, tengo palabras que me queman la garganta. Es preciso que hable, que diga á ese querido señor....

Lamole deslizó una de sus manos sobre la boca del escéntrico gascon, y consiguió no sin trabajo, sacarlo de las habitaciones reales.

—Gracias, Lamole, gracias!—dice Coconas cuando sintió que el aire libre le refrescaba la sangre.—Estaba loco, es verdad; pero quién no enloqueceria al oir tales cosas? Oh! me vengaré....No es verdad, amigo; nosotros nos vengarémos?

—Puede ser,—dijo Lamole sonriendo; pero será necesario llegado el caso, tener mas calma de la que tienes.

Oh! tendré calma....seré todo lo que quieras con tal que me vengue.

—Comienza, pues, por callar.

—Por qué?

—Porque entre la amenaza y la venganza hay un mundo.

—No para mí al ménos.

—Para todo el mundo. Cuida de escucharme, Coconas. Te ha tratado el rey con ultrage?....

—Y me satisfará por ello.

—Muy bien! El rey no te dará satisfaccion; pero podrás hacértela tú mismo.

—Así es como lo entiendo.

—No, tù no lo entiendes así, porque estás acariciando el puño de tu espada, y no es con la espada con la que puedes vengarte, al ménos por ahora.

—Pues bien, habla, habla, Lamole: mira, me entrego á tí en cuerpo y alma, con tal que me des el modo para decirle lo que es á ese rey cobarde!

—Quieres callar, desgraciado!

—Que me calle!....Cobarde dije, lo repito, y si te agrada sostener lo contrario.....

—Muy bien! Es conmigo con quien buscas ahora querella?

—No, no, amigo....Vamos, el rey tenia razon en este punto: soy un loco. Pero es él, el mal señor, quien me ha trastornado la razon.

—Pues bien, si sabes callar, le harémos arrepentirse de ello.

—De veras, Lamole?

—Por mi honor!

—Ah! querido amigo; cuando recuerdo que poco faltó para que te matase!

—E hiciste bien en que poco faltase, porque si no hubiese sucedido así, hoy estarias en un estado lastimoso.

—Yo?

—Tú!

—Oh! por Dios! Si quieres hacerme adivinar enignas.....

—Enigmas para tí, sí: que quiero que los adivines aquí, no; pero esta tarde, en la torre de Nesle, te daré la palabra, si eres capaz de oirla.

—Hum! Hay acaso alguna cosa la à cual un Coconas no sea capaz de oir?

—No es eso lo que quiero decir, loco; pero no quiero que Coconas oiga esas cosas en este lugar.

—A esta tarde, pues.

—A las oraciones.

—Oh! cómo voy á esperarte!

—Tu bella duquesa te hará que el tiempo te parezca corto.

— A propósito....

—Qué?

—Estará acaso la duquesa en el secreto?

—Sin duda, y podrá sernos un gran socorro.

—Escucha, Lamole, no me engañas?

—Estàs loco?

—Y me ayudarás á vengarme de ese rey sin corazon?

—Es decir, que tú vas à ser quien nos ayudará á hacerle hacer penitencia.

—Lamole, eres mi salvador!

Y el intrépido gascon se arrojó á los brazos de su amigo, que no hacia mas caso del que debia à tal demostracion, pues estaba acostumbrado á aquel ardiente humor gascon, el que con frecuencia se encendia muy á menudo demasiado pronto, para apagarse demasiado tarde.

Fué, pues, bajo estos términos que se separaron. Coconas volvió á la torre de Nesle, la cual poco á poco se habia acostumbrado á ver como domicilio, y una vez en ella, de improviso estalló en imprecaciones contra aquel rey felon que por recompensa de los servicios que le habia prestado, persistia en atenerse á la bala que alojó en la espalda de aquel enérgico servidor.

—Sí, mi siempre amada Henriqueta,—decia á la duquesa;—sí, él me ha sonreido con desden, me ha vuelto las espaldas, y me ha visto con orgullo ese triste señor, ese rey de hielo á quien con una sola de mis miradas confundiré. Me ha tratado como á un nada, á mí, á un Coconas amado de la duquesa de Nevers!

—Eh! pobre loco; es acaso hoy desde cuando conoces à nuestro señor Cárlos IX?

—Creo que sí, alma querida: àntes le habia juzgado demasiado bien....pero, por mi alma, el querido señor cambiará de tono....

—Silencio!

—Hay acaso alguna persona tan cerca de nosotros para oirnos?

—Amigo, en casos como el presente, para no ser oidos es preciso no hablar.

—Véamos, mi bella duquesa, os entendeis acaso con Lamole para tener el mismo lenguage?

—Y cuándo pudo haber sido eso?

—Ah! sì.....sin duda; pero es que, mira, Henriqueta, me parece que yo no querria que eso sucediese.

—Pues bien, eso no es, zeloso! Solo sé, que Lamole debe comunicarnos una cosa muy importante esta tarde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Sí, muy importante, segun dice.

—No adivinas lo que será?

—Bella amiga, soy un muy mal adivino; pero lo que sé, lo sé bien, y nadie me hará salir de mis ideas.

El resto del dia fué encantador, pues la duquesa trató de distraer á su amante, á fin de hacerle olvidar su percance, y por eso, la bella Henriqueta lo hacia á las mil maravillas.

En la tarde, despues de las oraciones llegó Lamole; pero contra su costumbre, no acompañaba á Margarita. Es que el diestro cortesano; era mucho mas ambicioso que enamorado, todo lo contrario de su amigo Coconas, que á la vez era escesivamente enamorado, y escesivamente ambicioso.

—Ah!—esclamó el gascon al ver á su amigo,—al fin vamos á saber el gran misterio.

—Puede ser, amigo.

—Cómo! puede ser!

—Sí, porque si esta tarde no eres mas prudente que esta mañana, no sabrás nada.

—Coconas se encolerizó; pero la duquesa le contuvo y Lamole dijo:

—Escuchad, no es una gran gloria el haber muerto á tantas gentes encontradas en sus camas ó sorprendidas sin defensa.

—Hum! Te has pasado á los hugonotes, hijo mio?

—Me he quedado donde estaba, amigo, y si no hice causa comun en esa lúgubre jornada con monseñor el rey, es porque tengo la vista ménos corta que otros, quienes fueron á arrojarse bajo el arcabuz de S. M.

—Vamos, Lamole, vamos, no me enojo contigo por eso, porque es verdad, bien he merecido lo que me pasa.

—Bien! mira como te viene ya la razon.

—La razon, va! es mi elemento!—esclamó Coconas rodeando con sus dos brazos el talle de la bella duquesa.

—Mi señora duquesa,—dijo Lamole sonriendo,—respondeis de él?

—Por mi salvacion, señor.

—No quiero mas y voy á decir el resto. S. M. Cárlos IX ha querido esterminar los hugonotes, y eso no está en su derecho.

—Oh!—dice el gascon.

—No estaba en su derecho,—replica Lamole con firmeza,—porque la fé no se dá á alabardazos ó á arcabuzazos.

—Eh! en verdad que es difícil creer que un buen creyente entre así medio á medio de la piel.

—Y despues,—continúa el seductor,—no veis que así el rey se ha puesto á discrecion de los Guisas, los que han hecho una liga?

—Qué!—dice Coconas; ved como cambia singularmente la cuestion: nosotros

hemos matado, por él, él por monseñor el rey, y de ello, nuestra conciencia no puede tener mancha.

—Dios verdadero! Coconas, aquí se trata de otra cosa mayor que la conoiencia de un hijo segundo de Gascuña.

—Corriente! Se trata, pues, algo de ménos por eso? Habla, amigo, habla.

—Si quieres que hable, escucha pues, condenado.

—Escucho.

—En verdad?

—Por mi salvacion.

—En el estado actual, es una débil garantía; pero quiero creer.

—Hablarás, pues?

—Bien lo necesito. Véamos, silencio y calma.

—Todo lo que quieras.

—Sí, Lamole,—dice la duquesa, con aire suplicante,—todo lo que querrais con tal que nos digais la verdad entera.

—Oh! señora duquesa, no soy tan mal advertido que os oculte nada. Solo que desde este momento quedais encargada de contener á este loco que siempre quiere pasarse de los límites.

—Yo me callaré,—dice Coconas poniendo la mano sobre sus ojos.

—Oh! tú lo dices,—contesta Lamole;—pero nada creo.

—Me desmientes, vive Dios!

—No lo sè; pero es posible. Eso quiere decir, mal amigo, que no te creo capaz de poner la atencion debida á lo que voy á decirte.

—Es acaso muy grave?

—Se trata nada ménos, querido amigo, que de un cambio de reina.

—Un cambio de reina!—dice la duquesa.—Oh! decid, pues, Lamole, decid, os conjuro á ello.

No necesitaba Lamole ser conjurado, pues ardia en deseos de hacer revelaciones que segun pensaba, serian bien acogidas.

—Pues bien, mis queridos hijos,—dice afectando un cierto aire de dominio natural;—voy á deciros todo. Sabeis vosotros ya hasta qué grado el rey nuestro señor, ha abusado en estos últimos dias á monseñores el rey de Navara y el príncipe de Condé?

—Sí, en verdad,—dice Coconas.

—Y para hacerlo, el dicho señor no tenia ningun derecho,—dice Lamole.—Cárlos IX, quien jamas ha sabido decir un padre nuestro por entero, es acaso tan gran clérigo para poder decidir así los negocios de conciencia?

—Sin embargo,—esclamó Coconas,—es una cosa cierta que los hugonotes serán condenados.

—Y cómo se puede asegurar eso, amigo?

—Es que.....yo no sé; pero no cabe duda que son compadres del diablo, pues esto todos lo dicen á una voz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Pues bien, Coconas, á esa voz única, la mia se unirá para hacer así dos y en ello no seré muy temerario, pues ya vemos las gentes *de la religion* tomar las ciudades y batir las tropas del rey.

—Acaba, pues, amigo, porque así me tienes sobre ascuas ardientes.

—Pues amigo, habiendo sido tan rudamente ajados el rey de Navarra y el príncipe de Condé, intentan vengarse.

—Verdadero Dios! Escucho bien!

—Muy bien! pero hablo del rey de Navarra y el príncipe de Condé; despues, voy á hablar de otro, á saber, del duque de Alençon.

—Oh!—dice la condesa de Nevers,—si tenemos al duque de Alençon!.....

—Es nuestro, mi señora duquesa; no se trata de otra cosa que de tomarlo.

—Pues bien! lo tomarémos,—dice Henriqueta lanzando á Coconas una mirada de amor.

Y mantuvo su palabra la bella duquesa, es decir, que desde aquel momento, no perdió nada para hacerse amar del duque de Alençon, y ampararse de su espíritu. Esto era cosa fácil, sobre todo. Aquel pobre príncipe, no teniendo ni fuerza, ni voluntad, se hallaba á merced de la primera inteligencia que quisiese hacerse de él. Fué, pues, cosa fácil para Henriqueta de Cléves que era la muger mas seductora de la corte.

Tambien es preciso decir, que se habia entregado sin reserva y con cierto éxito.

Gracias á ella, el duque de Alençon, sin impresiones, y entregándose siempre al último que llegaba, habia tomado al fin una resolucion. El rey de Navarra se constituyó su tutor, y todo fué pronto y formidablemente autorizado para hacer llegar á ese príncipe al trono de Francia.

Los obstáculos eran casi nulos. Cárlos IX se hallaba moribundo; el duque de Anjou, electo rey de Polonia, reinaba en Varsovia.

No habia, pues, para el último hijo de Catarina de Médicis mas que pequeños obstáculos que vencer para llegar al trono de Francia, el cual la muerte iba à dejar vacante.

Jamas otra conjuracion habia sido mejor preparada, ni reposada sobre las bases mas sólidas. El rey de Navarra habia hecho maravillas: un número considerable de señores habian respondido á su llamado y estaban listos à tomar las armas.

No habia, pues, mas que hacer para el duque de Alençon, que montar à caballo y decir: Yo soy el rey!

Pero para decir eso, es preciso una terrible voluntad y pocos son los dotados de ella.

Cómo, pues, ese pobre príncipe la podia tener, cuando al menor ruido temblaba.

Todo estaba listo: la duquesa de Nevers se hallaba sentada al lado del jòven príncipe, en cuya alma se esforzaba en vano en introducir algun ardor.

—Querido señor,—le decia ella, apretando con sus divinas manos la del jóven príncipe:—vais á ser rey y me será muy dulce el ser vuestra humilde sierva.

—Oh! señora duquesa, las cosas están ya en tal punto?

—Señor, montad à caballo y gritad: *Yo soy el rey!* y de todas partes oirèis salir el grito de: *Viva el rey!*

Esto era verdad, y los sucesos parecian talmente ciertos, que Coconas, y el mismo Lamole, trabajaban casi descaradamente, reclutando partidarios de todas manos.

Qué tenia que hacer el duque de Alençon? Casi nada: montar á caballo, dirigirse à la ciudad cuyo nombre llevaba, y era todo. Allí, una corte se formaria á su redor, su ejército engrosaria, los hugonotes le aclamarian rey de Francia,—y él seria rey!—Por mas que se quiera decir, así es como se han hecho los nuevos reyes, y siempre se harán así.

Pero para hacer un rey es preciso ante todo un hombre de gran corazon, listo á pagar con su persona. Y el duque de Alençon era, como lo hemos dicho, un hombre sin energía, un desgraciado capaz de todas las ambiciones y de todas las bajezas.

Todo estaba listo. Se ensillaba el caballo que debia conducir al duque de Alençon á la ciudad de ese nombre, cuando Catarina de Médicis supo por sus espías que el menor de sus hijos iba á montar á caballo para salir de Paris.

La reina madre conoció que era preciso dar un golpe fuerte: envia al jóven duque, el capitan de sus guardias, llevando la órden á aquel hijo de Francia, de ir á ver á su madre.

El duque de Alençon tenia el pié en el estribo cuando el capitan de las guardias entró.

En el estado en que se hallaha todo, no cabe duda habia llegado el caso en que el duque de Alençon debió cabalgar su caballo y arrimarle las espuelas, así lo habria hecho un hombre de corazon; pero entre el duque de Alençon y un tal hombre, ecsistia una distancia inmensa.

Ese pobre cobarde, al momento de dejar á Paris, sintió desfallecer su corazon, y se detuvo.

—Por Dios! monseñor,—esclama Coconas que le tenia el estribo,—quereis que se nos marque como felones y cobardes?

—Monseñor,—decia por su lado Lamole,—somos vuestros leales servidores y nadie llegará hácia vos con malas intenciones, ántes de quemarnos los huesos.

Y decia verdad en esto el valiente jòven, porque en medio de las intrigas de aquel tiempo, tenia ímpetus de corazon inapreciables, inspiraciones de fraternidad cristiana que se sienten; pero que no se analizan.

A esos gritos tan elocuentes el duque de Anjou se hizo sordo.

Le faltaba corazon. Se hizo llevar á su cama; y allí le fué á encontrar la reina madre sabedora ya de lo principal de la conjuracion.

—Hijo querido,—le dice,—no hagais misterios de lo que pasa: el estado en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que os hallais, es una prueba para nosotros de vuestro arrepentimiento: tampoco queremos castigar mas que á los felones que os han tendido y llevado á tal lazo.

Estas palabras comenzaron á tranquilizar en algo al cobarde príncipe: hizo, pues, revelaciones con las que la conjuracion apareció á Catarina tan formidable, que creyó de su deber tomar medidas estraordinarias.

La corte estaba entónces en San German.

No creyó Catarina bastante seguro aquel lugar: quiso que la corte se trasportase á Vincennes, y se hicieron en consecuencia los preparativos para ello.

Instruido demasiado tarde de la traicion del príncipe real, el rey de Navarra fué arrestado en el mismo instante en que dejaba la corte, y conducido ante la reina madre.

—Yerno,—le dice Catarina,—en estos últimos tiempos habeis hecho un mal juego, y por tanto os perdonamos, así como á nuestro querido hijo el duque de Alençon; pero él no será tal que os dé libertad para comenzar de nuevo la ofensa. Así, pues, vos y nuestro hijo querido el duque de Alençon, montaréis incontinenti en nuestro coche, y nos acompañaréis á donde nos plazca ir.

No habia posibilidad de resistencia: Henrique lo comprendió perfectamente, y se resignó sin pena.

Montó, pues, al coche, volteó cuanto pudo la espalda al duque de Alençon su cuñado, acomodado cerca de él, y llegó así al castillo de Vincennes, lugar de seguridad escogido por Catarina de Médicis.

Henrique hasta entónces no se habia creido realmente prisionero; así, pues, fué para él una gran sorpresa cuando al poner el pié en tierra, se encontró en el patio del torreon rodeado de oficiales que parecian sólo esperar una órden de la reina para ampararse de su persona.

—Qué se quiere de mí, señora?—preguntó volviéndose resueltamente hácia Catarina,—por ventura he caido en un lazo?

—Yerno,—respondió ella: tanto el rey como yo, no queremos mas que vuestro bien así como el de nuestro hijo d'Alençon, y solo hemos tomado algunas medidas, para guardaros cerca de nosotros.

—Lo que quiere decir que estamos prisioneros, replicó Henrique dirigiéndose al duque.

D'Alençon bajó la cabeza y nada respondió: pero la reina replicó:

—Esta os será una prision dulce, yerno, porque aquí tendréis toda libertad y y solo veréis rostros agradables al mismo tiempo de que se os hará buena justicia.

Pero aquellas azucaradas palabras no podian disfrazar completamente la verdad. Los príncipes en realidad estaban prisioneros y el duque de Alençon empezaba á arrepentirse de su cobardía, cuando supo que el rey habia nombrado una comision compuesta de Cristóbal de Thou, primer presidente del parlamento, y de otros varios magistrados, para hacer averiguaciones sobre aquel negocio y decidir la suerte de los dos cautivos.

Compareció temblando ante sus jueces; le hicieron saber que su calidad de hermano del rey, le ponia al abrigo de toda violencia, y apénas oyó esto, se confesó culpable, sin que le detuviese el temor de entregar así al verdugo á sus amigos que habia hecho cómplices.

Henrique se manejó de un modo muy distinto.

Dirigiéndose á la reina que estaba presente, le reprochó su doblez, y dijo que estaba decidido á hacerse matar mil veces, ántes que soportar nuevos ultrages de aquella muger que tantos le habia inferido, y que ya una vez habia querido entregarle á los asesinos.

—Yerno,—dice Catarina,—olvidais, segun parece, que es á vos à quien se acusa.

—Nada olvido, señora, y lo que acabo de decir, prueba que todo lo recuerdo. Conozco las tendencia todas de esta intriga; pero por mi alma, no me tendréis á precio tan barato cual esperais.

La reina nada replica, y el interrogatorio cesa; pero desde aquel momento, los príncipes resintieron algo los rigores de la cautividad.

Catarina no ignoraba que el rey de Navarra tenia amigos poderosos, y las amenazas que Henrique algo imprudentemente le hizo, aumentaron sus temores.

Los más formidables de los amigos con quien contaba Henrique, eran los mariscales de Montmorency y de Cossé.

Catarina supo que habian convocado una asamblea de los principales del partido en la que se habia decidido el que, tan luego como muriese Cárlos IX, se haria reconocer al duque de Alençon, y esto era precisamente lo que la reina madre temia, pues solo tenia afeccion en realidad á su hijo Henrique, duque de Anjou y al presente rey de Polonia.

Tenia, pues, que dar nuevos golpes de Estado; pero era preciso para ello mucho tino y circunspeccion.

Catarina los dió perfectamente bien: con el pretesto de la enfermedad del rey, y los deseos que éste manifestaba de ver á su lado á los mariscales, les hizo venir à Vincennes sin desconfianza. Una vez allí, se les alojó en el torreon, donde se les tenia siempre á la vista: tan luego como ellos apercibieron que no estaban libres, demostraron el quererse retirar; pero entónces se les declaró se hallaban prisioneros, y fueron conducidos á la Bastilla.

Faltaban pruebas contra los mariscales, que nada habian emprendido contra el rey y solo se habian ocupado de eventualidades.

Cárlos IX, cada vez mas enfermo, se hallaba cansado de tantas intrigas.

—No veis, señora madre mia,—decia un dia á Catarina, que por quererme guardar tanto, me quitais todos mis amigos? El mariscal de Montmorency no puede ser mi enemigo, y en todo ese negocio que vos haceis tan grande, yo solo veo, palabras imprudentes. Debo, pues, no tener un momento de reposo? Es mi voluntad que eso concluya prontamente.

La reina madre no podia confesar á Cárlos, que en todo aquello trabajaba con

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el fin de salvar los intereses de su hijo Henrique, así es, que le era preciso que el rey creyese que ecsistia una conspiracion contra su persona, á fin de poder destruir los proyectos de los amigos del duque de Alençon.

Ademas, aquella conspiracion ecsistia y tenia por agentes á los gentil-hombres mas activos, como lo eran á Lamole, la duquesa de Nevers y Coconas, capaz de remover cielo y tierra, por hacer caer á aquel rey que con tanta ingratitud le habia tratado.

La cobardía del duque de Alençon, el arresto de los mariscales, del rey de Navarra y del mismo duque de Alençon, no habian hecho en el carácter de Coconas mas que irritarlo.

En vano Lamole le manifestaba la necesidad de ser muy reservado en aquellos momentos, la necesidad de hacerse muerto en espera de una ocasion favorable para reanudar los hilos medio rotos de la intriga: el gascon no tenia humor para sufrir que las cosas languideciesen por mucho tiempo.

—Nadie podia preveer lo que ha sucedido,—decia Lamole:—y es tan difícil ocultar cualesquiera cosa á los ojos de esa endiablada reina madre!

—Y á pesar de ello,—decia Coconas,—esa muger solo ha hecho cobardes, traidores, hombres bajos!....

—Eso es mucho decir, amigo: el duque de Alençon ha sido débil, convengo; pero solo fué cuando se vió descubierto.

—Bien, es decir que dejó de ser valiente cuando vió el peligro; y esto es cabalmente lo que yo quiero decir.

—Es preciso no ecsajerar, Coconas; los príncipes no pueden parecerse completamente á los demas hombres.

—Verdaderamente! pero eso ya lo sabia.

—Sí; pero hay otras cosas que ignoras y que yo sé, yo!

—Respecto á tu príncipe!

—Sì, á monseñor el duque de Alençon.

—Pues bien! tú me diràs todo lo que quieras; pero ese muchacho no tiene mas valor que una niña.

—Te engañas, amigo.

—Es mi opinion personal, y no te obligo à que participes de ella.

—Y yo te digo, que tu opinion no tiene sentido comun.

—Ah! tù dices eso?

—Y lo repetiré cuanto sea necesario.

—Vais á ver que tu duque de Alençon es un César.

—Por qué no?

—Ah! por qué? Es que desgraciadamente para tu príncipe, los Césares no son hechos de la misma pasta que esas mugercillas.

—Te digo que te engañas. Escucha, el mismo duque me decia ayer:

—"Lamole, sé que se me juzga mal, y que la confesion que he hecho á la reina, ha dado márgen á que se diga que me ha faltado corazon."

—"En verdad, monseñor,—le respondí;—yo confieso que las apariencias están contra vos, y que juzgándoos segun ellas....

—"Y tú tambien, Lamole, tú me crees un cobarde?

—"Oh! monseñor, Dios me guarde de haceros tal injuria.

—"Sí, sí,—replicó él vivamente:—estoy seguro que tú piensas así, porque como los demas, me juzgas por las apariencias, y se me juzgaria con mas severidad si se supiese todo, porque se ha creído que confesando no he hecho mas que ceder á las solicitudes de la señora reina mi madre, miéntras que salió de mí el ir á ella para decírselo todo.

—"Ah! monseñor! es posible que hayais hecho eso?

—Sí, Lamole; lo he hecho, porque sabia que ella lo habia descubierto todo y de ese modo traté de hacerle creer se trabajaba sin mi conocimiento. Mornay, Buhi y Guitri, que debian tomar la ciudad de Mantes, habian sido desgraciados en la ejecucion del proyecto: Turenne, una de las mejores cabezas de la empresa, declaró que todo estaba perdido y que mi señora madre habia descubierto el negocio: añadia que solo habia un recurso para los mas comprometidos y éste era el de filiarse en apariencia en el partido de la reina á fin de dar el golpe mas tarde, al momento en que ménos se pensase en él. Esto es lo que él mismo ha hecho, y esto es lo que yo he hecho tambien; pero la hora no está lèjos, y en ella me rehabilitaré. Así, pues, si me amas, consérvate listo porque aunque guardado de vista, el rey de Navarra todo lo ha preparado desde aquí."

—Hé aquí, amigo Coconas, el estado de las cosas: crees aún que el duque de Alençon sea una mugercilla?

—Hum!—murmura el gascon:—eso ya cambia en algo el aspecto de las cosas.

—Y no es todo. Hoy mismo me espera el duque para concluir de arreglarlo todo. Es preciso que tú y la duquesa, estéis esta tarde en la torre. Margarita irá. Yo me les reuniré al dejar al príncipe y llevaré al físico Cosme, que ya nos ha servido muy bien, y que por su arte, puede hacernos nuevos servicios en esta ocasion.

—Vamos, esto dá un poco de bálsamo al corazon!

—Así, pues, darás aviso de esto á la señora de Cléves.

—Voy á dar el paso á fin de evitar cualquier impedimento.

Y corrió en efecto á la torre de Nesle, haciendo la señal convenida para anunciar su presencia á la duquesa de Nevers, y advertirle habia noticias que poner en su conocimiento.

La bella Henriqueta no se hizo esperar, pues el peligro que habia corrido Coconas, tuvo por resultado, aumentar aún la verdadera pasion que inspiraba.

Ella podia tener y tenia en efecto, como ya lo hemos dicho, otros amoríos; pe-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro estos solo eran hijos del capricho, distracciones, pequeñas llamas pasageras que se evaporaban al nacer.

La señora de Nevers pareció muy satisfecha con lo que supo por su amante tocante á las disposiciones del duque de Alençon, tanto porque guardaba resentimiento á Catarina de Médicis, que en la víspera de la Saint-Barthèlemy la habia tratado como á una chiquilla, cuanto porque detestaba al rey, que por poco mata al hombre que amaba: y en fin, porque para las mugeres de su humor, la intriga es siempre una diversion.

Lamole tuvo en efecto una nueva entrevista con el duque de Alençon aquel dia, pues aunque èste estaba en la torre de Vincennes, no se le custodiaba con mucho rigor.

—El rey se muere,—dice el príncipe á su confidente, y la reina mi madre tiene una correspondencia muy activa con mi hermano Henrique, que es hoy rey de Polonia.

Es en èl en quien ella quiere que recaiga la corona de Francia, lo que es injusto, pues Henrique ha aceptado solemnemente la de Polonia, y reina ya en Varsovia.

Felizmente tenemos buenos amigos que forman un partido poderoso. El rey de Navarra, prisionero como está, así como yo, en este momento maneja la cosa admirablemente. Gracias á sus consejos, el mariscal Damville acaba de ponerse á la cabeza de los reformados en el Langüedoc. Mi ciudad de Alençon suspira por mi presencia, y dentro de sus muros hallaré un buen y valiente ejército para marchar sobre Paris.

Pero para ir allá, será preciso ante todo, que la corte vuelva al Louvre, lo que no dejará de suceder tan luego como el rey haya cesado de vivir, es decir, en unos dias mas, á ménos que suceda un milagro. Así, pues, amigo Lamole, tú y tus amigos estad listos à fin de que llegada la hora, marchemos bien acompañados.

Las cosas en efecto estaban en tal estado; solo el rey era el que no se hallaba tan prócsimo á su fin como lo creía su muy querido hermano.

Pero Lamole habia pensado ya en ese inconveniente y para evitarlo, habia hecho muchas visitas á Cosme Ruggieri y debia verlo aún aquella tarde misma para llevarle á la torre de Nesle.

Todo esto sentaba perfectamente en las costumbres de aquellos tiempos: costumbres de las cuales se puede formar una idea por las siguientes líneas de uno de los historiadores justamente mas estimados.

"Aun se encontrarán huellas de la galantería antigua; pero degenerada en ambos secsos.

"Las mugeres, en vez de esos sentimientos que inspiraba en otras veces el heroismo, sacaban de la vanidad pruebas de adhesion, mayores que las que inspira el frenesí de la pasion. Era bello ver que á la primer señal de su querida se precipitase el amante à un rio sin saber nadar; hacer frente á las bèstias feroces, hacer saltar su sangre con la punta de un puñal, para hacer ver á su dama la disposicion que habia de amarla hasta la muerte.

"Segun el espíritu del tiempo, Henrique III, escribiendo de Polonia á la bella René de Rieux-Chateauneu y á la princesa de Condé, á quien amaba, "hacia sacar sangre de su dedo, y abria y cerraba la picadura segun lo necesitaba para empapar su pluma." Los hombres en recompensa del sacrificio de su razon, al capricho de las mugeres, pedian mas de lo que el decoro permitia, y obtenian demasiado en una corte tan licenciosa.

"De allì nacian los zelos, el espionage, las confidencias, los cuentos, las intimidades, los susurros que deshonraban al monarca y su familia á la faz del reino.

"Pero, ó los grandes se cuidaban poco entónces de la estimacion pública, ó no tenian las mismas ideas que nosotros del respeto que se debian á ellos mismos. Nada habia mas comun que las incursiones tumultuosas del rey con toda su corte, tan pronto en las ferias que recorria bailando, cantando, insultando á mercaderes y curiosos, espuesto él mismo á la rechifla del populacho insolente; tan pronto en las casas de los paisanos en solemnidad de un casamiento, de un bautismo, ó de cualquiera otro motivo de regocijo. Cometia desórdenes que eran la materia de las chanzas del dia.

A esos desarreglos públicos, seguian los actos de religion estremada, tales cuales misas solemnes, procesiones augustas y pomposas. Pero por una mezcla profana, aquellos que acababan de asistir á esas devociones con todo el esterior del recogimiento, de allí, se trasportaban á la casa del astrólogo y el adivino, especie de gentes puestas en moda por la credulidad de Catarina de Médicis.

"Hombres y mugeres se daban citas clandestinas. Se componian filtros para hacerse amar y hechizos para vengarse.

"El mas famoso de aquellos astròlogos era uno llamado Cosme Ruggieri, Florentino; pasaba tambien por hábil envenenador.

"La reina madre y muchos otros señores, le protegian abiertamente, y de allí partieron sin duda las sospechas multiplicadas en aquellos dias en los que apénas moria una persona de distincion cuando ya se decia que habia sido envenenada.

"Para los enemigos de ménos rango, se empleaba el asesinato, y para efectuarlo ni lugar, ni tiempo eran respetados." (1)

A lo dicho ya, añadirémos que una de las principales operaciones á las cuales se entregaban en la casa de los astrólogos, y de las que ellos eran los inventores, se llamaba el *hechizamiento*.

Se queria uno deshacer de cualquier personage, se le hechizaba, es decir, que el astrólogo hacia en cera, la imágen de la persona que queria hacer morir,

(1) *Anquetil. Historia de Francia.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

despues sobre aquella figura se hacian conjuros muy complicados, despues de lo cual el astrólogo la daba á las personas que se la habian pedido no sin hacérselas pagar muy cara. Verdad es, que agregaba instrucciones de gran precio.

Si se queria que la persona representada por el figurin gozase de buena salud, se ponia dicho figurin bajo un capelo de vidrio, al abrigo de todo accidente, y la persona representada no sufria mal alguno.

Se queria que esa persona se volviese ciega, se clavaban alfileres en los ojos de la figura de cera: para ponerla sorda, se le agugeraban las orejas, y se la volvia infaliblemente muda, atravesándole ambos lábios con el mismo alfiler.

En fin, cuando se queria matar á la persona representada, se introducia á la imágen un alfiler en el lugar del corazon, y la muerte era segura.

Como se vé, este era un modo muy cómodo de desembarazarse de importunos y el procedimiento tenia su buen precio.

Agreguemos aún que muy frecuentemente todo sucedia tal cual el astrólogo lo habia predicho, principalmente cuando habia sido bien pagado; pero es preciso decir tambien para inteligencia de los hechos, que esos honrados astrólogos eran médicos, y que los principales de entre ellos se entendian como ladrones en feria. Esto es lo que creemos, y así se esplica y se dá la llave de los pretendidos hechizos.

Volvamos ahora á Lamole.

Este gentil-hombre pertenecia á su época: es decir, era crédulo, supersticioso y muy poco escrupuloso.

Segun lo que habia dicho el duque de Alençon, el rey estaba grave; pero él pensaba que sobre este punto, el duque de Alençon no podia saber mas que lo que le decian, y desde ántes de aquel dia, habia tenido ya la idea de ayudar en algo en aquel negocio para el cual se proponia ver á Cosme Ruggieri.

El personage podrá parecer mal escogido despues de lo que hemos dicho, á saber, que era abiertamente protegido por la reina madre; pero es preciso remarcar que los astrólogos, mágicos y hechiceros de aquel tiempo, estaban absolutamente en la misma condicion de los abogados de hoy, pues es sabido que estos cumplen con la obligacion, defendiendo de dos adversarios aquel que paga mas.

Dirémos de paso, que esto no es una mala queja que hacemos de los abogados; sabemos perfectamente que al revestirse de su carácter magistral, hacen juramento de no defender una causa cuando esta les parezca injusta; pero tambien sabemos que nada hay mas variable que el punto de vista, y que la *óptica lógica*, que se nos dispense el término, es escesivamente impresionable para ciertas gentes.

Así, pues, Lamole hácia el fin del dia se dirigió á la casa de Ruggieri.

—Maestro,—le dice,—no ignoro que sois el protegido de mi señora la reina madre; pero no por ello dejo de creer que sois hombre de corazon é incapaz de traicionarme.

—Caballero,—contestó el astrólogo:—he servido á muchas gentes y jamas se me ha reprochado la mas mínima traicion.

—Y ademas, maestro, queremos indemnizaros generosamente.

—Bien, bien, caballero! no son necesarias tantas palabras al que sabe comprender.

—Véamos, maestro,—dijo Lamole depositando una bolsa bien llena sobre una mesa cerca de la cual estaba sentado:—decidnos, pues, qué es lo que pensais del estado del rey nuestro señor Cárlos IX.

—Hum!—dice Ruggieri, el mal es grande.

—Bien! pero toca ya á su término?

El astrólogo cubrió con ambas manos su cara, pareció reflecsionar profundamente, despues levantando la cabeza:

—Hijo mio,—dijo,—en el interior de monseñor el rey ecsiste una lucha contra dos principios supremos; pero no habiendo ecsaminando el caso de cerca, no puedo decir cuál se lo llevará.

—Ecsaminadlo, pues, maestro, pues esto es cosa de primera importancia.

—Eh! señor, no teneis en cuenta los peligros que de ello pueden resultar?

Lamole comprendió, que la bolsa que habia puesto sobre la mesa, no estaba suficientemente llena, así es, que deslizó una segunda al lado de la primera, para quitar dificultades.

Ruggieri se levantó: echó los cerrojos de la puerta de su gabinete, y despues volviéndose cerca de Lamole, le dijo á media voz:

—Trabajemos ahora, para monseñor el duque de Alençon.

—Ah! Adivinais, maestro.

—Es mi oficio, caballero.

—Servidnos, pues, esta vez, y os irá bien.

—Y así lo haré, caballero; pero es preciso tener prudencia, porque mi señora la reina madre es muy astuta.

—Pero no podré tener tal poder que neutralice vuestros encantamientos?

—Sobre eso, caballero, no reconocemos aún maestro: y para hacer prueba en el acto de nuestra ciencia, os dirémos, sin mas discursos, que vos venís à esta casa para *hechizar* al rey.

Lamole palideció. Ruggieri decia verdad; pero el cortesano no se hallaba preparado á oirla esplicada con tanta rudeza.

—Y si eso fuera?—dijo él.

—Caballero, soy adivino; pero es preciso que cosas como estas, sean dichas netamente.

—Estamos solos, maestro?

—No hay quien pueda oirnos á cien pasos de distancia.

—Pues bien! maestro! estando definitivamente condenado el rey nuestro señor, qué es un dia de mas ó de ménos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Un dia, caballero! algunas veces, es ménos que un segundo, y otras, mas que un siglo.

—Ah! murmuró Lamole, que no comprendia el sentido de aquellas palabras.

—Sí, señor,—dice Ruggieri, que juzgaba la inteligencia del gentil-hombre.—En un dia como este, un dia es una cosa inmensa. Pues bien! todo puede adelantarse como lo quereis; pero para ello, es preciso entenderse bien.

—Pues bien, maestro, mostrad el camino, y marchemos con los ojos cerrados.

—Adelante—dijo el astuto charlatan.

—Adelante, ahora y despues, maestro, porque todos nosotros os tenemos por un poder supremo y os obedecemos, suceda lo que suceda.

Tales palabras no podian ser indiferentes al astrólogo: él era adicto á Catarina de Médicis: pero hacia algun tiempo que Catarina no pagaba: el dinero faltaba en la corte, y los judíos de quienes tanto necesitaban, se mantenian ocultos como topos.

Esto era verdaderamente desastroso, sobre todo, para gentes del humor de Cosme Ruggieri, que vendian sus servicios al peso y medida y no se ocupaban en dar crédito.

Así, pues, entre Catarina que no pagaba mas y Lamole que acababa de pagar dos veces, no podia ser dudoso el escoger, y Ruggieri declaró que estaba listo á ir á donde quiera que Lamole quisiese conducirlo.

Coconas, Henriqueta de Cléves y la reina de Navarra, se hallaban reunidos en la torre de Nesle, cuando Lamole llegó, llevando al remolque hasta cierto punto, al astrólogo, el cual iba bastante conmovido.

—Maestro Cosme,—dice el gentil-hombre gascon que tenia la escelente cualidad de no dudar nada; una vez que sois de los nuestros, el negocio debe de ir pronto y bien. Ante todo, vais á decirnos el dia en que el rey Cárlos IX debe fallecer.

—Caballero,—respondió Ruggieri,—no lo podré decir, sin consultar antes los astros, y para ello, no es este lugar conveniente; pero puedo afirmar, que el rey, á pesar de estar mortalmente enfermo, puede aún durar un año, y mas.

—Un año!—dice Coconas.

—Sí; pero por humanidad, podemos daros el modo de abreviar los sufrimientos de este muy honorable señor, y para eso estamos provistos de los objetos necesarios.

—Oh!—dijo la duquesa de Nevers,—sabemos que sois esperto en la composicion de filtros; pero no siempre es fácil el usarlos.

—No queremos hablar de filtros, mi señora la duquesa: de cosas mas maravillosas que solo nosotros tenemos el don de prepararlas y que dan gran poder á quien las damos, sin que sea preciso aprocsimarse á las personas sobre las cuales se quiere ejercer. Pero es preciso entenderse ante todo, y como lo habeis dicho,—añadió dirigiéndose á Lamole,—es preciso que se me hable abiertamente, para obtener el resultado.

—Y así lo voy á hacer, maestro. Mi muy querida Margarita, no somos niños para que nos asusten palabras, y la señora duquesa nos ha enseñado que sabe dar pruebas de valor.

Margarita nada respondió. Era de la vida del rey de lo que se iba á tratar, y por corrompida que fuese la reina de Navarra, temblaba al pensar solamente que iba á ser cómplice en el asesinato de su hermano.

La duquesa era mucho mas enérgica.

—Cuando se quiere obtener un fin,—dijo ella,—es preciso querer los medios.

—Ademas,—replicó Lamole,—que esos medios son dulces y uno puede á su antojo retardar el efecto.

El astrólogo habia apercibido la vacilacion de Margarita, y temió haber dicho demasiado, porque sabia, que si bien Catarina de Médicis con frecuencia estaba en mala inteligencia con su hija, no era raro el verlas reunirse para efectuar cualesquiera intriga, y mas de una vez, Margarita habia llevado su complacencia hasta hacerse espía de su madre.

Pero como por otra parte él no era hombre de aquellos que devuelven el dinero que han recibido, ni de los que dejan escapar la ocasion de engrosar la suma, buscaba un medio para ponerse al abrigo de toda indiscrecion.

—Què esperais, pues, maestro, para comenzar la operacion?—preguntó Lamole.

—Espero,—respondió tranquilamente Cosme,—que mi señora la reina, mi señora la duquesa, y vosotros, caballeros, estéis listos á prestar el juramento sin el cual no se puede esperar haya ningun resultado.

—Yo haré diez si es preciso!—esclamó Coconas,—y lo sostendré como conviene.

—No es eso un motivo para detenernos en el camino:—dijo la bella Henriqueta.—No es verdad, mi querida reina?

—Al punto en que estoy,—replicó Lamole con voz alterada,—si alguno de nosotros faltase, no me queda otro recurso para escapar del verdugo, que pasarme el cuerpo con la espada.

—Qué es lo qué dices, amigo?—esclamó Margarita horrorizada.

—La verdad, alma mia: la partida que jugamos es bella; pero aún no está ganada, y si la perdemos, mi cabeza será ciertamente la primera en caer.

—Oh! la ganarémos....Sí, sí; tú tienes razon, tu vida está amenazada, ya van dos veces que han querido matarte.....No morirás, Lamole, ó moriremos juntos.

Lamole, en efecto, solo por milagro habia escapado á las emboscadas del rey, que le detestaba doblemente, como el favorito del duque de Alençon y como amante de su hermana.

"Han dicho, dice Anquetil, que Cárlos IX, picado por las amistades poco de-"centes que su hermana Margarita entretenia en el Louvre y casi á sus ojos con

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Lamole, quiso un dia hacer justicia él mismo, distribuyendo al duque de Gui-"sa y á otros de sus confidentes, cuerdas para estrangular á aquel audaz á quien "solo la suerte hizo evitar la emboscada."

La enfermedad de Cárlos IX, era la que habia impedido hacer nuevas tentativas para desembarazarse de aquel hombre que odiaba, y su vuelta á la salud haria ciertamente correr nuevos peligros al amante de Margarita, lo que esplica el ardor con que Lamole se habia arrojado á la conspiracion que tenia por objeto poner al duque de Alençon en el trono.

—Haréis, pues, el juramento, mi bella reina?—preguntó él llevando á los lábios la mano de Margarita.

—Sí, sí....Quieren que mueras, y yo te defenderé.

—Haced, pues, la fórmula de juramento, maestro,—replicó Lamole.

Ruggieri se levantó, dió una vuelta por el aposento con las manos levantadas al cielo y pronunciando palabras que no pertenecian á ningun idioma conocido; despues se puso en medio de los cuatro personages, y con voz lúgubre, les dijo:

—Vosotros los que estais aquí presentes, jurad por vuestra salvacion, delante del espíritu invisible que ahora se halla enmedio de vosotros, el no revelar jamas de palabra, escrito ó cualesquiera otra manera, lo que ha pasado despues de nuestra llegada á este lugar, lo que pasará ahora y los hechos que de ello resultarán.

—Yo lo juro! yo lo juro!—esclamaron al mismo tiempo Lamole y Coconas.

—Yo lo juro!—dijo la bella duquesa, levantando su blanca y graciosa mano, la cual el gascon tomó y llenó de besos con transporte.

—Yo lo juro!—dijo á su vez Margarita con voz conmovida.

—Espíritu!—esclamó el astrólogo, te ordenamos el retener esas palabras!

Al decir esto, dió una vuelta sobre sí mismo; las luces de la habitacion se apagaron: una especie de espectro de llama apareció levantándose hácia el techo y desapareciendo luego: al mismo tiempo las luces se reanimaron como de por sí mismas.

Hombres y mugeres se aterrorizaron. Esa fantasmagoría que hoy no asusta ni aun á los niños, tenia en aquella época semi-bárbara, una influencia inmensa sobre la imaginacion de aquellos que la veian.

—Maestro Cosme!—esclamó Margarita,—en nombre de Dios, libradnos!

La duquesa estaba pálida, temblaba, y casi desmayada: Coconas habia puesto mano á su espada.

Solo Lamole habia guardado su sangre fria, no porque creyese menos que los otros en el poder del astrólogo, sino porque aquel poder le garantia el resultado de la peligrosa empresa en la que se hallaba comprometido con cuerpo y alma.

—No tengais cuidado,—dijo gravemente Ruggieri:—el espíritu que habeis visto, solo es de temer para los perjuros.

Dió de nuevo una vuelta alrededor del aposento como la primera vez, despues

sacó de debajo de sus vestidos una varita mágica y un sello de pergamino: con el estremo de dicha varita, tocó sucesivamente la frente de las cuatro personas presentes, despues la apoyó sobre la suya.

—Y ahora,—dijo él,—vos y yo estamos ligados por un lazo indestructible á fin de conseguir el resultado de la empresa de que se trata: el primero de nosotros que flaquee arrastrarà á los otros.

Desarrolló en seguida el pergamino, que estaba todo cubierto de signos geroglíficos, le estendió sobre una mesa; despues, volviéndose sucesivamente hácia cada uno de los cuatro puntos cardinales, hizo nuevos conjuros en un idioma ignorado, despues de lo cual, esclamó con voz bien acentuada:

—Acordaos de vuestro juramento!

—No queremos romperlo,—respondió Coconas;—marchad, pues, maestro, una vez que estais en tan bella senda.

No aparentó Ruggieri hacer gran caso á estas palabras: sabia que aquellas cuatro personas le pertenecian y que obtendria de ellas lo que quisiese, y como entre ellas habia una reina y una duquesa, se sentia dispuesto á querer mucho.

Sentado, pues, delante de la mesa donde estaba estendido el pergamino, ecsaminó minuciosamente todos los signos, despues los combinó reuniéndolos horizontal, vertical y triangularmente. En fin, sacó de debajo de sus vestidos dos figuras de cera bosquejadas apénas, y una fina corta-plumas de acero puro, con la cual acabó de modelarlas.

—Terminada esta operacion, llamó la atencion de los cuatro personages sobre los figurines.

—Es mi hermano! Es mi madre!—esclamó Margarita.

Es que Cosme Ruggieri tenia un talento maravilloso como estatuario; pero como amaba mas el oro que la gloria, no hacia mas uso de èl que el que hemos visto.

—Oh! es bien el rey,—dijo la duquesa.

—Y es bien la reina tambien,—dijo Coconas,—que nos ha venido á buscar aquí, y cuando ya no necesitó de nosotros nos arrojó de sí desdeñosamente.

—Escuchad!—dice el astrólogo:—voy á daros á la reina madre y al rey su hijo: vedlos, os es permitido de hoy en adelante el imponerles muchos males, aún el de quitarles la vida. Pero para cada una de esas cosas, será precisa la cooperacion de nosotros cuatro; para obtener, pues, el resultado, serán necesarios cuatro piquetes de alfiler, ya sea en los ojos, en las orejas, en los lábios ó en el corazon.

La reina de Navarra, la duquesa, y sus amantes, estaban enmudecidos: cada uno de ellos se preguntaba mentalmente, en qué manos irian á depositarse aquellas terribles figuras.

Lamole, que era el mas comprometido, hizo entónces un esfuerzo sobrehuma-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no y declaró que él guardaria en su casa aquellas figuras, y que, para cada operacion que debia ser comun, las traeria á la torre de Nesle.

Todo esto habia necesitado de mucho tiempo, así es, que cuando Ruggieri salió de la torre, era cerca de media noche; pero no dejó aquel lugar sin haber recibido ántes nuevas pruebas de munificencia.

Respecto á Lamole y Coconas, debian quedarse en la torre hasta la salida del dia; así se habia arreglado el programa y nadie deseaba contravenirlo.

Cosme no habia salido de la torre por la puerta del agua: el digno astrólogo no era valiente y se decia para sí, que basta un solo instante para ahogar á un hombre, haciéndose la justicia de que un buen número de gentes no le querian y debian maldecirlo: lo que era cierto.

Salió, pues, de la torre por la puerta que dá al muelle, la cual casi jamas se abria, pues eran infinitos los cerrojos, barras de fierro, é ingenios que era preciso quitar, para poderla hacer rodar sobre sus goznes. En fin, se abrió para él y comenzó á marchar á gran paso para llegar al puente de San Miguel, atravesar la ciudad, pasar el puente de cambio y tomar al bajar la ribera derecha, su casa situada cerca del Louvre.

Hizo, pues, su camino sin tener ningun mal encuentro, lo que era raro en aquella época y llegó á su casa sano y salvo; pero en ella le esperaba una terrible prueba.

Catarina de Médicis no sabia con certeza lo que se tramaba; pero ciertos indicios habian despertado sus sospechas, y desde algunos dias, hacia espiar á Lamole de tal manera, que éste no podia dar un paso sin que ella no lo supiese. Así, pues, la reina madre sabia que á su vuelta de Vincennes, Lamole habia estado en la casa de Ruggieri y llevado á éste á la torre de Nesle.

Por un momento, le pasó la idea de ir á aquel lugar como lo habia hecho la víspera de la Saint-Barthélemy; pero reflecsionó en seguida, que la intimidacion era un mal modo para penetrar en el complot que sospechaba; así, pues, se fué á la casa de Ruggieri decidida á esperarle hasta otro dia si era preciso, á fin de obtener de él la aclaracion que deseaba.

Cosme llegó á la puerta de su casa con una viva satisfaccion, tomó la aldaba y pegó dos golpes bien distintos.

—Mi señora la reina,—dijo la vieja gobernadora del astrólogo, la cual estaba iniciada en toda clase de misterios,—hè ahí á maestro Cosme.

—Id á abrir,—respondió la reina, y por vuestra cabeza tened la boca cerrada.

La gobernante obedeció escrupulosamente, pues casi como todo el mundo sabia que la reina madre no amenazaba en vano, de suerte que Ruggieri, al atravesar el pequeño salon en el cual ordinariamente recibia á sus clientes de cierta categoria quedó enteramente sorprendido de hallarse cara á cara con Catarina de Médicis.

—Mi señora la reina!—murmuró.

—Nosotros mismos, maestro Cosme: no esperábais tal visita, ya lo sabemos, porque tambien somos algo hechiceros y no podemos ignorar que por ahora, nadais en ciertas aguas que van hácia la torre de Nesle.

El astrólogo quedó aterrorizado; se creyó perdido, pues una vez que Catarina sabia de donde venia, ¿era probable que supiese algo de lo que se habia hecho?

—Es acaso estraño,—replicó la reina, que apercibió la turbacion de Cosme,—que háyamos aprovechado en algo vuestras lecciones?

—Mi señora la reina, sois la mas hábil persona del mundo; así es, que nada me sorprende en vos.

—Dejémonos de palabras tontas, maestro Cosme; sabemos lo que valemos y no es preciso que se nos diga: lo que queremos saber por ahora, es, lo que habeis ido á hacer á aquella torre maldita que siempre ha sido lugar de maleficios.

—V. M. sabe que....todas las damas desean conocer el porvenir....

—Y sabemos ademas, que leis en ese libro; pero no se trata de eso, allí estaban Lamole, Coconas, esa gentil duquesa que tiene aire de desfallecer á la primera palabra que se la diga, cuando es capaz de habérselas con diez alabarderos, y en fin, nuestra hija la reina de Navarra. Semejante reunion para tan pequeño motivo, es increible.....Cosme, quiero saber la verdad.....la verdad entera, y si me la ocultais, la sabré por otro conducto. Pero vos sois de los mios y quiero seguir guardándoos como tal; así pues, es de vos de quien quiero saberlo todo.

Ruggieri conoció que iba á ser atacado en sus últimas trincheras y el miedo le paralizaba: un sudor frio corria por su rostro, sus rodillas flaqueaban.

La reina madre se apiadó de él.

—Vamos, maestro Cosme;—le dijo,—no os asusteis así sin necesidad: á pesar de lo que ha pasado, os creemos siempre nuestro leal servidor, y lo vais á mostrar diciendo toda la verdad.

No se necesitó mas para que el astrólogo creyese á Catarina instruida de todo lo que habia pasado: cómo lo habia sabido? Esto era lo que no podia adivinar á pesar de sus pretensiones de hechicero; pero estaba persuadido de que ella lo sabia todo, ó al ménos, una gran parte. En consecuencia, solo una confesion hecha diestramente podria salvarle, y recurrió à este espediente.

—Mi reina y señora, si como lo esperábamos, nos hubiese sido permitido el callar, mañana os abriamos dicho todo. Entónces, todo lo sabriamos, miéntras que ahora solo podrémos decir una parte.

—Bien, bien! adivinarémos lo demas, maestro....á no ser que lo sepamos ya, lo que no es muy dudoso.

Estas palabras acabaron de desconcertar á Ruggieri. Se arrojó á los piès de Catarina protestando su adhesion, y le contó todo lo que habia pasado, teniendo cuidado de pintarse él como fiel servidor de la reina madre, que solo habia entrado en aquel complot para conocer todas las ramificaciones y hacer todo patente á su amada soberana.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Conque, habeis dado vuestra ayuda, Cosme, para llevar á cabo cosas tan monstruosas?

—Solo con el objeto de instruir á V. M. Ademas, he tomado todas mis medidas para que el rey nuestro señor muy amado, no resienta mal ninguno, lo mismo que vos, mi señora la reina, de todo lo que se ha hecho: los actos mas indispensables para el hechizo, los he omitido intencionalmente, asi, pues, la operacion es nula, y para V. M. y para monseñor el rey, tiene la ventaja de que los conjurados la creen completa y buena; así es, que no ocurrirán á ningun otro medio culpable.

—Les pondrémos en órden, Cosme, y por todo ello, os tendrémos bien presente; pero no podeis quedar en el punto en que os hallais: es preciso qus sigais este negocio para instruirnos hasta que lo creamos conveniente y pongamos fin; llegado este momento, os dirémos lo que es preciso hacer.

Ruggieri prometió todo lo que la reina quiso. El sabia perfectamente que en suma, los conspiradores solo habian pecado intencionalmente, y que el hechizo solo era una miserable truhanería; así pues, iba á llevar al cadalso á personas, si no inocentes, al ménos mas tontamente crédulas que culpables; pero esto estaba tambien en las costumbres del tiempo. Se buscaba la fortuna por todos los medios posibles, salvo el hacer despues penitencia.

Catarina habia tenido la idea de hacer arrestar á los conjurados cogiéndolos en fragante delito en la prócsima reunion que tuviesen; pero aun no era tierna, retrocedió á la idea de que su hija Margarita seria así entregada por ella á la cólera del rey, furioso ya con los desórdenes de su hermana.

Conocia ademas lo bastante el carácter caballeresco de Coconas y de Lamole, y estaba segura que no comprometerian á sus queridas, sucediese lo que sucediese; así es que se resolvió á contentarse con esas dos víctimas, salvo el amonestar severamnnte à la reina de Navarra, y buscar un poco mas tarde el modo de perder á la bella duquesa de Nevers.

Las cosas siguieron, pues, su curso; las reuniones en la torre de Nesle se hacian cada vez mas frecuentes. Ruggieri asistia á ellas con el pretesto de hacer los conjuros y de juzgar por el aspecto de los figurines, los progresos de la empresa.

—Esto va bien,—dijo un dia.—Para mañana, el último piquete de alfiler y ántes de que concluya la semana, podrémos decir: *El rey ha muerto! Viva el rey!* En cuanto á la reina madre.....

—Oh! maestro,—interrumpió Margarita,—no es bastante una muerte? La duquesa dá con el pié impaciente.

—Querida reina,—dice,—olvidais que no se trata de vengar vuestras injurias sino tambien algo de las nuestras.

—Y así se hará replicó el astrólogo;—pero cada cosa á su tiempo. Mi señora la reina Catarina y su hijo el rey, no han nacido bajo la misma constelacion; para cada uno de ellos es preciso un conjuro distinto. Por esta vez piquemos solo en la oreja á la reina con el alfiler.

Se decidió, pues, que en el prócsimo dia se daria el último golpe al rey moribundo.

Lamole llega muy temprano con las figuras de cera; encuentra en la torre á Henriqueta de Cléves y á Coconas que casi nunca se separaban, á fin de aprovechar los últimos dias de la ausencia del duque de Nevers.

Ruggieri no se hizo esperar. Margarita llega la última: estaba pálida, y por lo rojo que tenia sus ojos, era fácil comprender que habia llorado. Esto era efecto de que su razon se horrorizaba con la idea del crímen que iba á cometer, y luchaba violentamente con su pasion por Lamole.

Ruggieri tenia su calma habitual; pero era porque sabia lo que iba á suceder con motivo del conciliàbulo y temia á la vez la venganza de aquellos que traicionaba y la necesidad en que tal vez Catarina se veria de comprenderlo en el número de los conjurados.

—Vamos, maestro,—dijo Lamole sacando los figurines de la caja en que estaban encerrados,—no perdamos un tiempo tan precioso.

El astrólogo tomó los figurines y repitió el conjuro que habia hecho ya muchas veces; despues, tomando de manos de la duquesa un alfiler de oro muy puntiagudo que ella habia mandado hacer para el objeto, le tocó con la varita en la punta y la cabeza, y le arrojó varias veces sobre un pergamino constelado que estaba delante de él; despues dijo:

—Ahora, es preciso que una mano de varon, y segura, dé el golpe en el lugar preciso que vamos á indicar.

Coconas y Lamole avanzaron á un mismo tiempo con el brazo estendido.

—Por Dios!—dijo el gascon;—ved aquí una mano que jamas ha temblado.

—Poco á poco,—dijo Lamole;—es verdad que ese mal señor por poco te mata; pero fué por torpeza y sin voluntad de hacerlo, miéntras que á mí ha querido estrangularme como à un perro leproso.

—Es verdad,—replicó Coconas;—pero en tratándose una puñalada ó estocada no te cederé el paso como quiera.

Las miradas de los dos gentil-hombres se inflamaron; al ver la contraccion de sus músculos, sus manos cerradas y su actitud amenazante, se hubiera creido ver á dos atletas prócsimos á llegarse á las manos.

Lamole tomó el alfiler, y segun se lo indicó Cosme, atravesó el figurin de parte á parte. Un grito resonó en aquel momento: era Catarina de Navarra, que no pudiendo contener por mas tiempo su emocion, habia querido alejarse algunos pasos y acababa de caer desmayada.

Entre tanto, Catarina de Médicis habia hecho al rey moribundo todo lo que pasaba; pero el rey no habia recibido bien la noticia. Desde que ella le habia hecho transportar en litera de San German á Vincennes bajó el pretesto de que se

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conspiraba, el real moribundo se quejaba amargamente de los sufrimientos inútiles que le imponia así su madre.

—No podian esperar á que yo muriese?—habia dicho él.

Y mas tarde, acusó á Catarina de haber calumniado al rey de Navarra y al duque de Alençon, y de haberlos presentado sin poseer las pruebas del hecho que ella les imputaba. Esta vez se mostró el rey con las mismas disposiciones.

—Señora,—dijo, á las primeras palabras de conspiracion que pronunció Catarina;—no sabemos si nos puede dar muerte por medio de mágia y de maleficios; pero lo que sabemos ciertamente es que, con sospechas é inquietudes, abreviais sin duda nuestros dias.

—Pero señor, esta vez tenemos las pruebas, os las mostrarémos, y veréis entónces que si maestro Ambrosio Paré no tiene ningun remedio eficaz para vuestra enfermedad, es porque ella no es natural.

—Y qué nos importa eso, si de todos modos debemos morir?

—Pero precisamente es lo que se trata de evitar, el que tal desgracia suceda y por eso es que os hacemos la guardia. Ademas, es preciso que os digamos que cuando quisisteis hacer morir á Lamole, ibais bien inspirado.

—Es, pues él quien quiere hoy hacernos pasar de la vida á la muerte?

—Hay tambien ese gascon, amante de la señora de Nevers que se dice ofendido por vos.

—Ah! maldito gascon! que no le pusiese en la cabeza la bala que le desolló la espalda!

—Hay aùn otros, señor, y hubieseis visto cosas muy feas, si no hubiésemos tenido tan cerca á nuestro hijo Alengon, y nuestro yerno el rey de Navarra. Sobre esto, os dirémos mas de aquí á dos dias.

—Así, pues, no quereis hacernos gracia en nada?

—Queremos guardaros de perversos traidores, y cuando os preguntemos las pruebas de sus maldades, nos daréis gracias.

Se hallaba tan enteramente debilitado Cárlos con la pérdida de su sangre, que no deseaba otra cosa que reposar; pero su madre tenia la actividad de ambos.

Volvamos á la torre de Nesle. A pesar de que los medios prontos y eficaces que se pusieron en juego para hacer volver en sí á la reina de Navarra, costó mucho trabajo á Ruggieri el lograrlo, y declaró ser el accidente tan grave, que no se podria sin peligro transportar la princesa á su casa. Como tenia en aquella torre un aposento, segun ya lo hemos dicho, fué llevada á él: despues de concluida la operacion para la cual se habian reunido, Henriqueta de Cléves fué á ponerse á la cabecera de su amiga.

Cosme se retiró al momento.

Lamole y Coconas quedaron aún algunos instantes para asegurarse si el accidente no tenia otros resultados, despues, salieron juntos por la puerta del muelle, diciéndose á media voz lo que tendrian que hacer al otro dia; pero apénas

habian andado algunos pasos, cuando diez hombres armados que parecian salir de debajo de la tierra, les rodean y les notifican en nombre del rey, el que rindan sus espadas.

—Por Dios!—dice Coconas,—jamas la he enseñado á las gentes mas que por la punta!

Y se puso valientemente en guardia. Lamole hizo otro tanto; pero miéntras cruzaban así sus aceros con los adversarios que tenian al frente, otros les cogen por detrás y los desarman: despues, les conducen al torreon de Vincennes donde estaban el duque de Alençon y el rey de Navarra, y les encierran separadamente tratàndolos con el mayor rigor.

Miéntras se efectuaba el arresto de Lamole y Coconas, Ruggieri, instruido de una parte de lo que debia suceder, marchaba á toda prisa á su casa. Llega á ella bien pronto; pero esta vez no fué con Catarina con quien se encontró: apènas hubo pasado el umbral de su puerta, cuando un oficial de los guardias se le apareció acompañado de varias gentes de armas.

—Sois vos el físico Cosme Ruggieri?—preguntó el oficial.

—Sí, caballero, y en esa calidad he tenido el honor de recibir à S. M. mi señora la reina madre.

—No es nuestra intencion inquerir eso, y nos limitamos á daros órden de seguirnos.

—Yo!—dijo Cosme, palideciendo y asustado.

—Hola! maeetro adivino,—dice el oficial riendo;—parece que esto no lo habias adivinado?

Estas sarcásticas palabras, pusieron á Ruggieri de nuevo en la vía de la cual acababa de separarse.

—Oh!—díjo haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo,—esta es cuestion arrojada al aire y no quiero preguntaros mas sino lo que concierne al rey.... porque me he hecho su guardian para con sus enemigos de este mundo y los del otro. Decidme, pues, ha dormido en esta última noche el rey?

—Por muchas horas,—respondió el oficial, al cual maestro Cosme empezaba à causarle respeto.

—Dios sea loado!.... Y S. M. no ha vomitado ayer?

—No.

—Victoria!.... Y S. M. no ha perdido hoy mas sangre que en los otros dias?

—Siempre lo mismo.

—Y es un escelente indicio. Estoy, pues, á vuestras órdenes, caballero, y os seguiré à donde gusteis conducirme pidiéndoos por toda gracia que hagais saber á mi señora la reina madre el lugar en que esté detenido y que tengo que decirle cosas de mucha importancia.

Esto, sin duda no estaba en las órdenes que habia recibido el oficial, pues nada respondió y se limitó á hacer señal al físico de marchar al medio de los hom-

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres que le rodeaban. Así llegaron á la consergería, donde Cosme pasó la noche para ser conducido al otro dia por la mañana, al torreon de Vincennes, donde estaban sus cómplices.

Este rigor, diò al astròlogo vivas inquietudes; pero cuando estaba en lo mas fuerte de sus temores, una voz sopló estas palabras á sus oidos.

—Teneos firme, maestro, no para negar, sino para decir todo lo que tienen á su cargo Lamole y Coconas. No les deis cuartel y no os inquieteis de lo demas: si se os amenaza en el interrogatorio, responded que lo sufris gustoso por el amor del rey, y seréis recompensado, porque el dicho interrogatorio será todo estratagema y seguido de vuestra libertad.

Inútil es decir aquí que Ruggieri tenia una inteligencia muy desarrollada: comprendió, pues, que aquel aviso le venia de la reina madre y precisamente á causa de eso se conformó enteramente, de manera que Lamole y Coconas se iban á encontrar bajo el peso de muy graves cargos.

Ruggieri sin embargo no se hallaba muy tranquilo, y sus inquietudes fueron escesivamente vivas, cuando le anunciaron irle à someter al interrogatorio primero que á los otros.

—Ah! —dice,—es posible que mi señora la reina nos abandone asi?

—No estais abandonado, señor,—le sopló de nuevo una voz al oido,—y ningun mal os asaltará con tal que digais la verdad.

No se necesitó mas para inspirar confianza al astrólogo, y todo salió para él tan bien cual podia desearlo, pues solo se le sometió al interrogatorio por una mera fórmula y salió sin haber perdido un cabello, sin haber sufrido la menor presion.

Pero el miserable habia declarado horriblemente contra Lamole y Coconas, salvando los nombres de Margarita reina de Navarra, y de Henriqueta de Cléves, segun consejo que probablemente le habia hecho dar Catarina de Médicis.

Nos vemos en la necesidad de repetir aquí lo que ántes hemos escrito aunque con alguna variacion porque el tiempo es un gran maestro cuyas lecciones son diarias y casi de cada hora; así es, que gracias á esto, podemos hoy ratificar algunos errores importantes.

Estando encerrados separadameute en el torreon Coconas y Lamole, les hicieron comparecer, separados, ante los jueces que habia agradado á Catarina darles: ambos mostraron una firmeza admirable.

—El duque de Alençon,—dijo Lamole, me mandó que nada dijese de lo que pensaba hacer; de ello le respondo con la vida; pero al hacerme tal mandato, le dije: Sí, monseñor, así lo haré, con la condicion que nada haréis contra el rey.

Entónces pusieron á su vista las figuras de cera que se le habian encontrado, diciéndole que aquello era una prueba sin réplica, de que habia querido hechizar al rey y á la reina madre.

—No, respondió él; esas figuras han sido hechas á mi pedido, por un famoso

físico; pero á ello no me impulsó otro objeto que el de hacerme amar de una dama de quien estoy apasionado y desviar de ella un rival temible. Eso es un negocio de amor que no perjudica á nadie.

Entónces le leyeron intactas las declaraciones de Ruggieri.

—Oh! el doble traidor,—esclamó:—sin duda alguno de mis enemigos le ha pagado para que mienta tan vilmente, porque por desgracia tengo enemigos poderosos que ya por varias veces han querido matarme, y esto lo sabe bien el mismo rey.

Tampoco Coconas confesó nada de lo que habia pasado en la torre de Nesle. Así como su amigo dijo que Ruggieri era un traidor y un embustero, que solo se le habia hecho ir á la torre para recrear á las damas con sus horóscopos y predicciones.

Usó de la discrecion, así como Lamole, al punto de no nombrar ni una sola vez á Margarita, ni mucho ménos á la duquesa de Nevers.

Creyeron poderles obligar á decir algo por medio de la tortura, así es que ambos fueron conducidos á la sala donde se aplicaba, y allí fué donde se vieron los dos amigos por la primera vez despues de su prision.

No podian creer los desgraciados que realmente se les quisiese atormentar: les parecia imposible que aquellas mugeres ricas y poderosas por quienes eran amados no consiguiesen salvarlos.

Algunas tentativas habian hecho ya ellas con tal objeto, pues Henriqueta de Cléves habia visto hasta al rey, á pesar de la especie de cordon sanitario conque Catarina de Médicis lo habia rodeado, y conjurado á este príncipe que diese libertad á los prisioneros; los que, le decia, habian tal vez entrado en algun proyecto para hacer escapar al duque de Alençon; pero que no habian sufrido el que se atentase contra la vida ó la seguridad del rey.

Pero ya la reina madre habia enseñado á su hijo las figuras de cera encontradas á Lamole y le habia hecho leer las declaraciones de Ruggieri.

—Señora duquesa,—respondió Cárlos;—sabemos que en eso que decís, hay mezclados negocios de corazon muy condenables y es una razon de mas para que perseverémos en nuestra voluntad de hacer pronta y buena justicia, pues en ello, hacemos un bien á los intereses de nuestro cuñado el rey de Navarra, y á los del duque de Nevers vuestro esposo, así como tambien á los nuestros.

—Señor,—replicó Henriqueta,—no sé si el duque de Nevers ha pedido algun favor á V. M.; pero en este momento le haceis grande injuria, así como á mí: y todo sin motivo, porque no he venido á pedir la vida y la libertad de esos dos gentil-hombres mas que á causa de la adhesion que los distingue hácia V. M. ¿No tendréis al ménos alguna piedad de aquel que por poco matais el dia de la Saint-Barthélemy y que no tuvo mas recompensa por sus servicios en aquel dia, que un balazo de arcabuz tirado por vuestras reales manos?

—Oh señora! fué un accidente, y con bastante dulzura le habeis consolado.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madama de Nevers estaba furiosa; quiso sin embargo insistir; pero Cárlos le dijo que estaba demasiado enfermo para oirla mas, y le volteó la espalda.

La reina de Navarra por su lado hacia una tentativa del mismo género cerca de Catarina de Médicis su madre; pero esta no se mostró mas dispuesta à la clemencia que su hijo.

—Os atreveis,—respondia Catarina,—á pedir clemencia para esos dos culpables, despues de lo que ha pasado y habeis visto?

Margarita probó el protestar que eran inocentes. Dijo que bien podia ser que Lamole estuviese animado contra el rey, quien sin motivo le habia querido hacer matar; pero que por el amor de ella, habia renunciado hacia mucho tiempo á su venganza.

Catarina fué inflecsible y dejó á su hija en la desesperacion.

Luego que los dos gentil-hombres se vieron en medio de los instrumentos de tortura, apénas pudieron creer que sus ojos veían lo que veian.

Lamole fuè el primero que recibiò el tormento.

—No hay duda, esclamó miéntras le amarraban en una silla de fierro,—e- sin la noticia de mi señora la reina madre que se nos dà tal tratamiento, y os tendréis que arrepentir por haber contravenido su voluntad.

A las primeras preguntas que le hicieron despues de haberle enterrado dos puntas entre las calcetas de fierro que le habian puesto en las piernas, repitió lo que habia dicho ante sus jueces. Al enterrarle la tercera punta las carnes de sus piernas comenzaron á abrirse, despues el crugido de sus hu-sos se hizo oir y como á ese tiempo le presentaron las figuras del rey y de la reina madre que le habian encontrado y la primera tenia el corazon atravesado con un alfiler esclamó:

—Si hubiésemos querido matar al uno ó al otro, no les habriamos dado en el corazon, pues sabemos lo invulnerable que lo tienen.

Fué imposible obtener de él la mas mínima confesion. Como le quitaron entónces las ligaduras que le retenian en la silla fatal:

—Y qué!— dijo,—no me haréis el favor de acabarme de matar?

Mas como le respondieron que la sentencia que le condenaba á la pena de muerte debia ser ejecutada conforme á su fórmula y tenor, esclamó:

—Mugeres sin corazon, malditas seais!

Al decir esto hacia alusion sin duda á la reina de Navarra, su querida, y à la duquesa de Nevers, no sabiendo que ambas habian tratado de salvarlos. Es cierto que se desanimaron bien pronto, y que no apelaron á ningun medio de evasion, aunque hubo algunos que hubieran dado buen resultado.

—Pobre Lamole,—dijo Coconas, que no habia cesado de prodigar consuelos á su amigo,—esperabas, pues, algo de ese lado?

—Es preciso no creer en nada?—contestó Lamole.

—Lo creo por Dios! y es lo mas sábio.

Despues, dirigiéndose á los verdugos, les dijo:

—En cuanto à mí, espero que se evitarán tormentos inútiles, estando como estoy resuelto á decir desde ahora toda la verdad. Así, pues, declaro altamente, que el rey Cárlos IX, habiéndome dado por recompensa á mis buenos servicios un balazo, con el que por poco me mata, y habiéndome hecho la injuria de no quererme oir, con mucho gusto le hubiera atravesado el cuerpo con mi espada al mencionado rey Cárlos: si no lo he hecho es porque no se me ha presentado la ocasion y para ello no tenia necesidad ni de un segundo, ni de apelar á hechizos y maleficios. Ya veis, pues, que esto es bien claro, y una vez que se me quiere hacer decir que he intentado matar al rey, digo y repito, que en efecto, lo he querido y de ello à nadie he dado parte. Con la tortura no podréis ciertamente hacer decir nada mas claro y preciso; así, pues, os abstendréis de dármela, y me llevaréis lo mas pronto posible á que me maten, en recompensa del trabajo que os evito.

A pesar de esta franqueza, Coconas fué puesto en la silla de fierro; pero fué tratado ménos cruelmente que su amigo, y aunque al salir de manos de los verdugos no podia tenerse en pié, al ménos no sufrió fractura ninguna.

De la sala del interrogatorio, los dos condenados fueron transportados á la capilla, donde les esperaban dos confesores que debian acompañarlos hasta la plaza de Greve, lugar de la ejecucion. Tan luego como se confesaron, les hicieron montar en un carro que al momento tomó el camino de Paris.

El duque de Alençon, así como la primera vez, todo lo habia confesado á su madre, sin haberle pedido ni antes de la confesion ni despues, la menor gracia, para aquellos que habian trabajado en su nombre y por él. "El rey de Navarra, que conocia su carácter, dice Anquetil, no se engañó: al verle encerrado con Catarina, dijo al duque de Bouillon:—"Nuestro hombre lo está diciendo todo."

En cuanto á Henrique se defendió, viendo como una deshonra las confesiones humillantes que querian hiciese. En vez de responder à las preguntas que se le hicieron, les echó en cara con fiereza los malos procederes que tenian hácia él, quejándose sobre todo de la especie de cautividad en la cual le tenian, añadiendo que, aún cuando él hubiese buscado el medio para evadirla, no habia motivo para que por ello nadie se quejase, y que estaba dispuesto á dejar la corte tan luego como hubiese una oportunidad.

"Esta firmeza le hizo honor, añade Anquetil; pero no salvó á aquellos que se queria sacrificar.»

El carro que llevaba á los dos condenados llegó á Paris hàcia el medio dia, en medio de una multitud inmensa, ávida de emociones y poco dispuesta á apiadarse de las gentes de la corte, fuese cual fuese la causa que los ponia en manos del verdugo.

Fué preciso subir á Lamole al patíbulo, pues sus piernas estaban hechas pedazos y no podia moverlas. El, que se habia mostrado tan resuelto en medio de

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los mas horrorosos tormentos, parecia haber perdido toda la fuerza de alma en aquel momento supremo: su cabeza estaba caida sobre el pecho, su mirada se hallaba apagada y un temblor convulsivo agitaba sus miembros.

Ya entre la multitud se le acusaba de cobardía, cuando por un esfuerzo sobrehumano, levanta con orgullo la cabeza, pasea à su redor una mirada segura y con voz llena y firme dice:

—Margarita de Francia! yo os perdono!....Honor à las damas!

Despues, besó el crucifijo que le presentó su confesor, y apoyando la cabeza sobre el banco gritó:

—Hiere!

Su cabeza cayó luego y rodó sobre el cadalso. Al mismo tiempo se dejó oir un grito de muger, grito de desesperacion y horror, del cual hablarémos luego.

Coconas vió todo esto sin conmoverse: se dirigió entónces hâcia la balaustrada que rodeaba el cadalso y dirigiéndose á algunos cortesanos que reconoció entre la multitud, les dijo:

—Vosotros veis que los pequeños estamos pagando, y que los grandes autores de la falta quedan riendo: pues bien! vive Dios que prefiero aun estar en mi pellejo que en el de ellos.

Despues, dirigiéndose al verdugo, añadió:

—Oye, amigo, no me trates como M. de Tavannes trató á esos perros heréticos que compró á sus gentes el dia de la Saint-Barthélemy para matarlas à su antojo poco á poco. Soy buen católico, no para vender y comprar, y doy mi alma á Dios mi señor.

Dicho esto, se arrodilló, y segun su deseo, fué decapitado de un solo golpe.

Un grito de muger parecido al primero, se hizo oir aún: el uno habia sido arrancado á la reina de Navarra por la vista del suplicio de su amante, el otro, acababa de ser dado por la duquesa de Nevers: ambas habian asistido á aquel horroroso espectáculo.

En la mañana de aquel dia, ambas habian estado en Vincennes y hecho una nueva tentativa en favor de sus amantes. Mientras que Margarita insistia en su demanda para con la reina madre, Henriqueta de Cléves, gracias à ciertas inteligencias habilmente manejadas, habia penetrado hasta donde estaba el duque de Alençon, quien despues de las nuevas confesiones que habia hecho, estaba guardado ménos estrictamente.

—Señor duque,—decia ella,—no dejaréis con seguridad que se entreguen al verdugo, dos gentil-hombres que con tanto valor os han servido. Pensad que de esto la historia os acusará.

—Pero, señora!—respondió el cobarde príncipe; ni puedo impedir á los historiadores el escribir, ni al verdugo matar.

—Lo podeis y lo debeis hacer en esta vez, señor. Decid á la señora reina vuestra madre que ellos no son culpables, juradle no volver jamas á emprender nada contra su autoridad con la condicion que les deje la vida.



CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Señora duquesa, no podemos hacer ese juramento.

—Cuando con èl salvais vuestros amigos?....

—Señora, la guerra y la conspiracion son cosas parecidas, y el que en ellas se mezcla, corre peligro de perder la vida.

—Asi, pues, les abandonais? Sois vos quien quiere que se les mate?

—No hago nada de eso; pero tampoco puedo impedir nada.

—Lo podeis, señor!

—Oh, señor duque!—replicó ella sonriendo amargamente,—no tememos el que por ello salga vuestra espada de su vaina, donde teneis buen cuidado de tenerla bien.

El sarcasmo fué picante; pero aquel pobre príncipe tenia la epidèrmis tan espesa, que apènas lo sintió y nada respondió. Algunos instantes despues él terminó la entrevista con estas palabras:

—Despues de todo la falta es de ellos y no nuestra: no era preciso que se dejasen prender.

—Margarita no habia estado mas feliz con su madre: luego que las dos princesas se reunieron, supieron que los condenados acababan de ser sometidos al interrogatorio é iban á ser llevados á Paris para ser ejecutados.

Ambas tomaron entónces la delantera del cortejo fúnebre, no para intentar de nuevo salvar á los dos pacientes, pues ya era preciso ni aun pensar en ello, sino para satisfacer un capricho singular que al mismo tiempo les vino á ambas: habian poseido aquellos dos hombres cuando vivos, querian verlos morir, y poseerlos muertos á fin de que aquellos desgraciados que durante su vida fueran sus cómplices de desórdenes, fuesen testigos despues de su muerte.

La duquesa de Nevers fué la primera en proponer este proyecto.

—He pensado,—le respondió Margarita,—cuál de las dos seria mas timorata; pero no me atreveré à asomarme á las ventanas del Hotel de Ville.

—Ni yo tampoco quiero aparecer en ellas,—respondió la duquesa; pero conozco otro lugar donde estarémos perfectamente, y es, en la casa de un honrado platero que trabaja para nuestra casa y á quien algunas veces hemos visitado para ver las cosas curiosas que fabrica.

La casa de que hablaba Madama de Nevers, se hallaba situada en la plaza de Greve: hoy, (Mayo de 1852) solo queda de ella una torrecilla, dentro de algunos dias no quedarà nada. Ocultas, pues, en aquella torrecilla, asistieron desde allí ambas amigas à la ejecucion, y de dicho parage fué de donde salieron los gritos de que hemos hablado.

Ya hemos contado cómo la reina de Navarra y la duquesa habian comprado al verdugo en la tarde de aquel dia, las cabezas de Coconas y Lamole; (1) rèstanos decir lo que hicieron de aquellas singulares reliquias.

---

(1) Historia del torreon de Vincennes.—*Paris, Boisgard editor.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al salir de la casa del verdugo, adonde ambas fueron acompañadas solo de personas seguras, se hicieron conducir á la casa de Cosme Ruggieri, á quien no habian vuelto à ver desde el último conciliábulo tenido en la torre de Nesle.

Como hemos ya dicho, el astrólogo solo fuè llamado al interrogatorio por cubrir el espediente, y despues habia recobrado su libertad, sin haber sufrido el menor mal; pero le importaba hacer creer que habia sufrido mucho á fin de no perder su clientela, que le habria abandonado si hubiese sospechado que habia hecho traicion. Así, pues, con un aire moribundo, y aparentando que apènas podia so tenerse, se presentó á las dos princesas.

—Mae-tro Cosme,—le dijo la reina de Navarra,—no os debeis quejar de haber tenido mal suceso en vuestras últimas operaciones, porque vos sois la causa principal de lo que ha sucedido.

Ruggieri creyó que Margarita habia descubierto la verdad y comenzó á temblar realmente; pero se reanimó luego que ella añadió:

—Sí, mae-tro, debemos decíroslo, habeis sido imprudente, pues olvidásteis leer cada dia, cada hora, en el porvenir: asi, hubièrais sabido lo que debia suceder y se habria conjurado el mal. Pero no queremos haceros reproche alguno por un suceso en el cual habeis sido tambien victima.

—Sí, mi señora la reina....y no quiero quejarme porque habiendo padecido por serviros, me creo honrado.

—Y aún venimos á pediros que nos sirvais, señor. Ved,—añadiò,—lo que contienen esos sacos que al entrar hemos puesto sobre esa mesa.

Ruggieri se dirigió vacilante hàcia la mesa que Margarita le indicó con el dedo: tomó uno de los sacos, desató la cuerda de cuero que lo cerraba y tomándolo por la otra estremidad, hizo rodar sobre la mesa la cabeza acabada de cortar que contenia.

—Ah!—esc amó, retrocediendo horrorizado.

—Es la cabeza del infortunado Lamole,—replicó Margarita, que se sentia desfallecer: la de Coconas está en el otro saco y queremos las embalsameis.

No pudo decir mas, sus fuerzas se habian agotado y se desmayó.

—Son demasiadas emociones en un dia,—dijo Ruggieri despues de haberla vuelto en si,—y yo mismo no estoy ahora en estado de cumplir con lo que mandais; pero eso puede hacerse mañana tan bien como hoy.

—Pues bien,—dijo la duquesa de Nevers, que habia callado hasta este momento,—mañana á esta hora os esperamos en la torre de Nesle.

—Y me dejais esas cabezas?—preguntó el astrólogo horrorizado.

—Por qué no, maestro Cosme?—preguntó Margarita.

—Es que, mi señora la reina, tiene la desgracia de ser ahora sospechosa para mi señora la reina madre en cuyo pensamiento sé leer: puede ser que no se pase la noche sin que la justicia y gentes de armas hagan aquí sus pesquisas, y si encuentran aquì esas cabezas recien cortadas se me imputarán nuevos malos proyectos.



UNIVERSIDAD ALFONSINA CAPILLA BIBLIOTECA A. H. L.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Es verdad,—dijo la duquesa,—y ademas, yo quiero gustar esa amarga voluptuosidad de pasar la noche delante de esos bellos ojos apagados, y ese cerebro que fuè tan inflamable y que ahora no piensa mas. Hasta mañana, pues, como hemos dicho, maestro Cosme, y llevémonos nuestros amados.

Margarita se hallaba completamente restablecida, así es, que ambas se retiraron llevándose sus amorosas reliquias.

La reina de Navarra entró al Louvre, y Madama de Nevers se retiró á la torre de Nesle para gozar de aquella amarga voluptuosidad de que habia hablado y que solo podia gustar una imaginacion depravada.

Al otro dia, á la hora convenida, Cosme llegó à la torre de Nesle: la duquesa estaba allí arrodillada ante un reclinatorio sobre el cual se veìa la cabeza lívida de Coconas.

—Maestro, traeis todo lo que se necesita?

—Todo, señora duquesa, y podemos comenzar la obra incontinenti.

—Esperemos para ello á la reina de Navarra, que no debe tardar.

Madama de Nevers se equivocaba: la reina de Navarra no debia venir.

De una naturaleza mucho mas impresionable que su amiga, las emociones de la víspera le habian pulverizado y una fiebre violenta la tenia en el delirio.

Viéndola en tal estado las personas que la rodeaban, buscaban la causa del mal. Nadie ignoraba sus amores con Lamole y la muerte de éste podia parecer suficiente para producir tal efecto; pero bien pronto encontraron otra causa de la espantosa ecsaltacion de la reina, al abrir un saco de cuero que ella habia puesto sobre un mueble. Por medida de prudencia, hicieron llevar y enterrar aquella cabeza en el cementerio mas prócsimo; despues se prodigaron mil cuidados á la enferma, la cual estuvo por muchos dias en peligro de morir.

La duquesa de Nevers y Cosme Ruggieri, esperaron á la reina por largo tiempo; pero viendo que no llegaba, y habiéndose manifestado síntomas de putrefaccion en la cara de Coconas, el físico declaró que era preciso proceder á la operacion del embalsamiento bajo pena de no poderlo obtener mas tarde.

Miéntras que el astrólogo disponia sus instrumentos y sus preparaciones farmacéuticas, la duquesa oraba, y quedó orando todo el tiempo que duró la operacion. Así que esta concluyó, puso la preciosa reliquia en una cajita de ébano, y la guardó en un armario que estaba cerca de su cama.

¡Qué estraña amalgamacion de fé, de amor, y de depravacion!

Un escritor moderno al hacer mencion de este hecho añade: "Hay pocas mu-"geres de nuestros tiempos, capaces de tal heroismo de amor, y la cabeza de los "hombres à menudo está dedicada á otros cuidados.» Creemos en efecto, por el honor de nuestra época, que ecsisten hoy pocas mugeres de tal humor.

No cabe duda que la disolucion no ha desaparecido de este mundo; pero al ménos no se la pone bajo el patronato de las cosas mas santas.

El 30 de Mayo de ese mismo año (1574) Càrlos IX hizo espedir cartas de regencia para su madre Catarina. Algunas horas despues, murió, dejando la Francia amenazada por la guerra civil mas horrorosa que la habia afligido. jamas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

XIX.

Henrique III hace vender el hotel de la torre de Nesle.—Luis Gonzague y la cabeza de Coconas.—Pretensiones de los monges de Saint-German-des-Prés sobre el hotel de la torre de Nesle.—El hotel Guénégaud y el hotel Conti.—Decisiones de la edilidad parisiense relativas al hotel de Nesle.—Destruccion del hotel y de la torre de Nesle.

Siendo la historia de la torre de Nesle, un fragmento de la de Francia, nos es forzoso hacer de tiempo en tiempo el cuadro de la situacion del país, á fin de patentizar con el conjunto de los sucesos, la relacion de ciertos hechos y hacerlos mas inteligibles.

Reinaba Henrique III en Varsovia cuando recibió la noticia de la muerte de su hermano, catorce dias despues de acaecida. Temiendo que los grandes de Polonia se opusieran á su partida, salió de Varsiova clandestinamente y se fué á Viena: despues, en vez de dirigirse directamente á Paris, recorriò una parte de Alemania é Italia, llegando al Louvre, tres meses despues de la muerte de Cárlos IX: lo espuesto es suficiente para dar una idea de su indolencia.

Henrique tenia en esta época veinte y tres años de edad, y á pesar de sus gustos afeminados, habia dado pruebas de valor en ciertas circunstancias; pero la disolucion de sus costumbres, que cada vez se aumentaba mas y su ineptitud para los negocios, aniquilaron bien pronto las pocas buenas cualidades que se le reconocian y le encadenaron á la tutela absoluta de su madre Catarina de Médicis, cuya influencia habia sido tan fatal á la Francia durante los dos reinados anteriores.

La última paz arreglada entre los católicos y los protestantes, no podia ser de gran duracion: ambos partidos estaban mal contentos, y solo esperaban un pretesto para tomar de nuevo las armas.

Catarina se los dió bien pronto haciendo juzgar y ejecutar á Montgomery, que tuvo la desgracia de matar por un accidente á Henrique II.

La inocencia de Montgomery era incontestable; pero era uno de aquellos de los principales gefes protestantes que esta princesa habia jurado concluir.

El rey de Navarra (despues Henrique IV), que solo escapò del asesinato de la Saint-Barthélemy abjurando la religion reformada, se aprovechó de esta circunstancia para huirse de la corte donde se le guardaba de vista: abjura el catolicismo y va á unirse al principe de Condé que à la cabeza de los protestantes marcha sobre Paris. Este ejemplo, es seguido por el duque de Alençon, que habia dejado la corte al mismo tiempo que Henrique de Navarra, y bajo las órdenes de estos tres gefes, en pocos dias se reunieron fuerzas imponentes que bien pronto se dejaron ver bajo los muros de la capital.

Henrique III, ó mejor dicho Catarina de Médicis, reconociendo la imposibilidad de resistir á aquella armada formidable, cuyas filas eran aumentadas cada dia por sus coreligionarios alemanes, pensò de nuevo en hacer la paz, la cual se ratificó en 1576. Por el tratado hecho, el rey concedia á los protestantes el ejercicio libre de su culto por todo Paris, les daba como plazas de seguridad las ciudades de Anguiema, Burgos, la Charité, Mezières, Nicort, Saumur, y se comprometia á pagar las guarniciones que en ellas tuviesen.

La memoria del almirante Coligny, fué rehabilitada: los gefes del ejército protestante fueron declarados vasallos fieles, y al infantazgo considerable ya del duque de Alençon, se agregó el Anjou, el Berry, el Maine y la Turena.

"Una vez que Henrique III se determinó por la guerra, dice Anquetil, era "natural creer que este monarca se pondria en persona á la cabeza del ejército y "perseguiria á sus enemigos; pero por una inconsecuencia de la que se encontra-"rán otras pruebas en su conducta, él se divirtió, por decirlo así, con engañar á "sus súbditos haciendo un dia ofertas, de las que se retractaba al otro, esforzán-"dose, no de llevarlas al deber, sino de destruir las unas con las otras. Este "manejo dió por resultado el que se sospechase de la buena fé, y atraerle desde "el principio, señales públicas de desprecio.

"Montbrum, gentil-hombre del delfinado y el primero del reino que quince "años atras habia tomado las armas en defensa de la religion reformada, reque-"rido de parte del rey para que entregase algunos prisioneros, tuvo la audacia "de responder:—Cómo es esto! el rey me escribe como rey, y como si yo debie-"se reconecerle por tal! Quiero que sepa que eso seria bueno en tiempo de paz; "pero en tiempos de guerra en que tiene el brazo armado y se está à caballo, to-"do el mundo es compañero."

Hecho prisionero Montbrum en el año siguiente, pagó con la vida su insolencia.

Los sitiados de Livron, pequeña ciudad del Langüedoc, tan culpables como él, fueron mas afortunados. El rey habia enviado su ejército delante de aquella plaza; viendo que este se consumia sin avanzar, en persona fué al campo acom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

pañado de sus cortesanos. Los sitiados, desde lo alto de sus murallas los llenaron de injurias: "Cobardes!—les gritaron; asesinos! què venís á buscar? Creeis "sorprendernos en nuestras camas y degollarnos como hicísteis con el almiran- "te? Presentaos lindos jóvenes! venid á probar vuestras esperanzas, que no sois "capaces de haberóslas ni con nuestras mugeres.!"

Durante los ataques, se vió á una vieja sentada sobre la brecha mofándose de los sitiadores. El rey se retiró y se levantó el sitio, como si solo hubiese ido á sufrir los insultos que se le dijeron.

Tanto en las armas, como en el consejo, todo declinaba porque los ministros instruidos y los antiguos generales viendo su crédito absorvido por los jóvenes favoritos, se retiraron.

Henrique léjos de sentir esa desercion, la aplaudia. Desembarazado de aqnellos hombres graves, se encontraba mas á gusto en sus placeres, y los títulos que dejaban vacantes, les servian para condecorar á sus favoritos.

Al pasar por Avignon, el rey asistió á la procesion de los *Penitentes*, especie de devocion que el ejemplo de la corte habia hecho comun en Francia.

El trage de los penitentes era una especie de saco que descendia hasta los talones; una capucha envolvia la cabeza y cubria la cara teniendo dos ahujeros en el lugar de los ojos prra dejar la vista libre: los habia negros, blancos, verdes y azules, y eran llamados segun el color del saco. Llevaban en la cintura un gran rosario hecho de cabezas de muertos y una larga disciplina de la cual, algunos hacian uso.

En los paises cálidos, como Italia, donde los cofrades estaban establecidos hacian sus procesiones en la tarde ó en la noche y conservaron esta costumbre en los paises mas templados. La devocion consistia en ir á la iglesia recitando en dos coros los letanías y los salmos cantados con un tono lúgubre.

Bien se puede comprender que bajo tal disfraz favorecido por las tinieblas, se podian cometer desórdenes. Esta facilidad, á menudo tenia su efecto, siendo un accidente para los jóvenes de la corte. Todos querian ir por tal de complacer al monarca, hasta el rey de Navarra, á quien el rey riendo decia:—"No era propio para ello."

Al salir de una de esas procesiones el mariscal de Lorena, fué atacado de una enfermedad que le causó la muerte precipitadamente, al fin de Diciembre. Este prelado era demasiado considerado para que no se sospechase habia sido envenenado.

Su muerte ocupó á la corte por algunos dias; la reina madre se imaginó verle como una fantasma pálida que le hacia reproches. Visiones horrorosas que nunca atacan á una alma firme y una conciencia pura!

Al otro dia de su muerte, una horrorosa tempestad que desoló casi toda la Francia, se desató: segun los católicos, fué una señal cierta del enojo del cielo apacible hasta entónces por las oraciones de aquel gran hombre.

Los religionarios decian al contrario, que era una legion de demonios que iban á buscarle....

".....En catorce meses, Henrique III se vió reducido á hacer una tregua humillante con sus súbditos: tuvo que soportar el ver los estandartes de los revolucionarios sobre las murallas de sus ciudades: perdió la corona de Polonia la cual le fué quitada por la nacion reunida, de un modo tan brusco que casi fué un desprecio....

"Du Gua, favorito imperioso, que enorgullecido con la proteccion de su amo se creía al abrigo de los reveses, probó en esa época lo que puede una muger irritada. Margarita, reina de Navarra, se quejaba hacia largo tiempo de estar espuesta á su maledicencia.... Esta princesa, sin crédito, indiferente á su madre, despreciada de su marido y odiada del rey, atacó á aquel coloso de poder y lo abatió. Busca un asesino, vence sus temores y sus escrúpulos y en una entrevista que ella le dá en la noche á espensas de su reputacion le hace dar de puñaladas casi á la vista del rey, que se contenta con tenerle lástima, y no se atreve á vengarlo.

"Estos sucesos no hacian mas que alterar ligeramente la tranquilidad de Henrique III, quien era el hombre mas fácil para consolarse de las desgracias.

"Se ha creído que solo por divertirse de sus pesares, se entregaba á ocupaciones y diversiones disparatadas, y que lo hacia con tal interes, que parecian ser su principal negocio.

"El diario de su vida presenta una infinidad de esa clase de acciones, algunas veces escelentes por sí, otras pueriles; pero casi siempre hechas fuera de tiempo.

"No obstante todos los negocios de guerra y rebelion que el rey tenia sobre sí, ordinariamente se le veia en coche con la reina su esposa, por las calles y casas de Paris á las que iba á escoger los perritos que le gustaban: tambien iban á los monasterios de mugeres y á los alrededores de Paris, á hacer igual colecta de perritos con gran pesar de las damas que los tenian, á quienes hacian leer la gramática y aprender á declinarla.

"El mismo príncipe, en Octubre y Noviembre, miéntras que á la sombra de la tregua los rebeldes se fortificaban, hizo poner en las iglesias de Paris, los oratorios llamados paraisos, á los que iba todos los dias á hacer limosnas y oraciones con gran devocion, dejando sus camisas de grandes olanes en las que tenia mucha curiosidad, para tomar el cuello volteado á la italiana. Mandó hacer una procesion general y solemne en la que hizo llevar las santas reliquias de la Santa Capilla, y asistió en toda ella rezando su rosario muy devotamente....Por su órden, asistieron la ciudad y la corte, ménos las damas, pues no quiso que concurriesen, diciendo que donde ellas estaban no habia devocion...."

"Miéntras la tregua se publicaba por un lado, se rompia por otro.

"Si los gefes suspendian las hostilidades, los inferiores se creían permitida hacer una pequeña guerra que no disgustase á los príncipes porque tenia las tropas

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en movimiento. Los gobernadores de Burgos y de Angulema, ciudades dadas á los confederados por el tratado, no quisieron cederlas. La corte aparentaba estar incómoda por ello y dió en cambio á los reformados á Cognac y Saint-Jean-d'Angely. En cuanto á Mezieres, ni aun siquiera se habló de entregarlo segun los convenios. Hubiera sido en efecto bien imprudente el darles una ciudad situada sobre la frontera del reino que hubiera servido de apoyo á los alemanes que se hubieran querido introducir á Francia. El rey levantó tambien tropas estrangeras, lo cual fué un motivo de queja para los confederados....

"Como si los hombres no hubiesen merecido que se apelase al ménos al arte de engañarlos, el duque de Alençon escribió atrevidamente al parlamento, que un ejército estrangero iba á entrar á Francia; que lo sentia, pero que solo pensaba servirse de él contra los enemigos del Estado. Suplicó en consecuencia á los magistrados de interponer sus buenos oficios para con su hermano, á fin de hacerle conocer lo justo de la causa. Al mismo tiempo, el duque oía las proposiciones de la reina cuyas tendencias eran las de una paz general. Envió de acuerdo con ella, correos encargados de retardar la marcha de Casimir, y bajo de cuerda le urgió á este que avanzase.

"Esas instancias secretas, tuvieron su efecto. Casimir y Condé entraron á Champaña en Febrero, atravesaron la Borgoña, pasaron el Loire y el Allier, y el primer dia de Marzo se reunieron en el Bourbounais al duque de Alençon, que fué nombrado generalísimo.

"Todas las fuerzas reunidas ascendian á treinta mil hombres, entre suizos, alemanes y franceses. Dichas fuerzas en sus marchas, habian sido seguidas por un ejército real á las órdenes de Mayenne, hermano menor del duque de Guisa; pero éste no juzgó á propósito atacarlas, sea porque no se consideró bastante fuerte para ello, ó porque no tenia órdenes precisas de la corte, cuyas deliberaciones estaban siempre interrumpidas por nuevos sucesos.

"Henrique, rey de Navarra, vivia en medio de las revueltas como un hombre indiferente....Léjos de envidiar el brillante papel que iba á representar el duque de Alençon cuando dejó la corte para ponerse á la cabeza de los confederados, solo vió en aquel suceso un rival de ménos, cerca de la señora de Sauve [que ambos amaban] y de la cual, la reina se servia para retenerlos.

"Pero el remedio vino del mismo punto que el mal. Esa misma muger que le cautivaba, le hizo conocer que se le despreciaba; que en ninguna ocasion se le habia empleado á pesar de sus ofertas; que el mando de las armas se habia dado á otros que en nada le eran superiores y que, miéntras él se enervaba en una gran ociosidad, el duque de Alençon iba á cubrirse de laureles, ó si queria prestarse á la paz, á obtener la tenencia general del reino.

"Estos discursos conmovieron al rey de Navarra: su valor le despertó; pero la prudencia le sirvió de guia: habia acostumbrado con anterioridad á sus guardianes á que no se inquietasen con las ausencias que de tiempo en tiempo hacia con

el pretesto de la caza; así es, que en la primera ocasion favorable, se escapó de la corte.

"Es, pues, por decirlo así, desde ese momento, cuando comienza la vida del gran Henrique.

"Se dirige en seguida en una jornada, á veinte leguas de Paris, donde reunió algunos amigos que estaban de acuerdo y con ellos, á marchas forzadas, se retira á su gobierno de Guyenne.

"El temor de ser solo el segundo gefe, le impidió sin duda ir á reunirse al ejército de los confederados que el duque de Alençon mandaba; pero envió diputados á una especie de dieta que tuvieron en Moulins, cuyo resultado fué hacer una larga peticion al rey conteniendo en detall los pedidos de los interesados.

"Si el rey la hubiese concedido, la religion católica y la corona concluian. Ademas de las antiguas concesiones, tales cual la libertad de conciencia y las plazas de seguridad, los reformados pedian que los diezmos y las iglesias se repartiesen entre el clero romano y sus ministros, y que se aumentase el infantazgo [del duque de Alençon], y otras clàusalas que le hubieran hecho un verdadero soberano del reino: entre otras, una de ellas pedia se le diese una guardia de seiscientos hombres de caballería y trescientos de infantería, pagada por el rey. En seguida, cada uno hizo sus propuestas en particular.

"El príncipe de Condé ecsigia el goce del gobierno de Picardía, del cual hasta entónces, solo habia tenido el título, así como tambien la disposicion absoluta de Boulogne-sur-Mer.

"El rey de Navarra queria una autoridad casi independiente en su gobierno de Guyenne, la soberanía en sus dominios de Francia, el pago de antiguas pensiones concedidas á su familia, el dote de su esposa y los réditos vencidos.

"Aquellos que no pudieron hacer entrar sus pretensiones en el pedido general, tuvieron cuidado de encargárselos á los diputados enviados á la corte.

"Es claro que si dichos artículos hubiesen pasado, en todas partes de la Francia se habrian establecido pequeñas repúblicas, que teniendo el mismo interes, se habrian reunido á la primera señal, contra la autoridad legítima.

"La reina madre paró hábilmente el golpe.

"Como el duque de Alençon demostraba un gran cariño hácia la reina de Navarra, su hermana, á la que el rey, despues de la huida de su marido le habia puesto guardianes, su madre la sacó de esta prision y la llevó con ella al campo de su hijo, escoltada por una multitud de damas, cuya escolta fué llamada *escuadron volante*.

"Así como lo hemos visto ya anteriormente, el duque de Alençon obtuvo todo lo que quiso, y desde ese momento tomó el título de duque de Anjou.

"Cuando el príncipe se encontró satisfecho, continúa Anquetil, se imaginó, segun la costumbre de los grandes, que todos los demas debian de estarlo, de manera que cada uno se vió precisado á sacar el partido que pudo. El príncipe

de Condé, esperanzas para su gobierno de Picardía; Casimir, la de obtener un bello terreno de Francia, y el sueldo debido á sus tropas, á las que solo se dió al contado una suma muy módica en comparacion de la deuda total. Los demas cedieron sin condiciones, sin mejorar ni empeorar....El duque de Anjou se dirigió á su infantazgo para gozar de sus nuevos dominios. El rey de Navarra se acantonó en Guyenne, el príncipe de Condé en los alrededores de la Rochela, y Juan Casimir, volvió á la frontera de Champagne á esperar los millones que se le habian prometido.

"Pero como nada habia en los cofres, el rey quiso *apelar á las bolsas de los paisanos de Paris*: el momento no era favorable.

"El año anterior, el rey habia ensayado pedir un préstamo. Se le habia respondido con solo demostraciones: este año, añadieron á las demostraciones, pasquines. Se murmuraba altamente de que el rey se rodeaba de jóvenes á los que prodigaba el dinero de los pueblos. Los principales favoritos eran, Caylus, Maugiron, Livarot, Saint-Mesgrin, Ana de Joyeuse y Nogaret de la Vallete.

La mayor parte de ellos fueron introducidos á la corte por René de Villequier, que hacia el papel despreciable de artesano de gusto. La mano que los presentó hizo que se sospechase de sus costumbres, así es que se comenzó á llamarles *los favoritos*.

El aire afeminado que tenian, dió lugar á imputaciones odiosas, que la conducta del rey no desmentia lo bastante: resultó, pues, un desprecio general hácia este príncipe, que puede ser acreditó mas que los otros la famosa faccion conocida bajo el nombre de la liga.

Lo que esta presenta de singular, es la sublevacion casi general de los católicos contra un rey muy católico y reconocido siempre por tal, apesar de las sugestiones empleadas para hacer sospechar de su fé: en seguida, las pretensiones atrevidas de esa liga audaz, aún en la debilidad de su orígen: su marcha siempre firme y uniforme apesar de ser conocidos sus secretos, y apesar de las medidas tomadas para contenerla: el objeto del complot que era poner en el trono á un estrangero no solo sin título; pero ni aún sin color de él: los escritos espantosos de aquella liga, castigados en verdad en el gefe; pero tan bien concertados, que de su sangre esparcida, nacieron nuevos monstruos: el fanatismo, que es un puñal para los reyes: la anarquía, que desola los imperios; la tiranía del pueblo brutal é insolente, mas temible aún que la de los grandes; en fin, todos los males que Dios envía á los hombres en su cólera, males que desolaron la Francia hasta el momento en que el Todopoderoso conmovido de ellos, coronó los esfuerzos de Henrique IV, vencedor y pacificador de su reino.

"Es preciso no imaginarse que los Guisas concibieron al momento el proyecto de sentarse en el trono: su ambicion tuvo sus edades. Solo fué en el año 1576 que se empezó á hablar de elegir un gefe capaz de sostener la religion antigua, independientemente del rey, que estaba visto como demasiado débil.

"Henrique III conocia en gran parte esos designios cuando abrió las cortes de Blois á principios de Diciembre.

"Apareció en medio de su corte con una magestad, que sus debilidades habituales no le impidieron llevar en todo su brillo. El duque de Guisa no se encontró en las primeras sesiones las que se componian de diputados afectos en su mayor parte á la liga y dispuestos á conducirse segun las impresiones secretas de sus gefes, aunque estos estaban ausentes. Desde el principio se trabó una especie de combate, no como debia de ser, de monarquía á vasallos, igualmente interesados á no mostrar contrariedad en las opiniones mas que para coordinar el bien público, sino como entre enemigos capciosos que buscan sorprenderse por medio de proposiciones engañosas.

"Las cortes pidieron que lo que se decidiese unánimemente en la asamblea general, tuviese fuerza de ley, ó bien que para la mas pronta espedicion de los negocios, el rey nombrase un cierto número de jueces, á los cuales los Estados reunirian un número igual de representantes y que lo que fuese arreglado por ese consejo soberano, fuese irrevocable.

"Henrique eludió estas proposiciones, que tendian á introducir un poder distinto del poder real.

"Tambien pidieron la publicacion del concilio de Trento, la revocacion de las gracias concedidas á los heréticos, y la guerra contra ellos.

"Todas estas pretensiones se desarrollaron sucesivamente, unas veces insinuadas con dulzura, otras acompañadas de amenazas; pero el rey en guardia contra las sorpresas, á falta del vigor que debió de haber mostrado, tenia siempre listos subterfugios y paliaba al ménos el mal, si no tenia resolucion para impedirlo.

"Por largo tiempo dudó sobre el partido que deberia tomar con respecto á la Liga. Hacer que ignoraba sus trabajos era darle modo de fortificarse á la sombra de un silencio que los mal intencionados tomarian por impotencia. Darle un golpe, declararla ilícita y abusiva, era arriesgar el comprometerse, porque se encontraria tal vez en sus partidarios mas resistencia de la que se pensaba. En fin, dejarla escoger un gefe, era igual á descender de un golpe del trono y abdicar la corona.

"Aunque perplejo Henrique, segun su carácter amigo del reposo, se decidió por un modo que le desembarazase de aquello por el momento, y al efecto, se declaró él mismo gefe de la Liga.....

"Este espediente, que algunos han reprobado diciendo que el rey Henrique se hacia así simple gefe de partido en su reino, desconcertó, al ménos por algun tiempo al duque de Guisa y sus adherentes que acudieron en el acto á Blois, y no pudiendo embarazar al rey de otro modo, apresuraron la declaracion de guerra contra los heréticos.

"Henrique respondió que ántes de hacerlo era preciso asegurarse de la intencion de los príncipes y señores ausentes; que podia ser estuviesen dispuestos á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
A. N. L.

entrar al seno de la Iglesia, y que su rango bien merecia que se le notificase. No pudieron, pues, rehusarse á ciertas razones dadas por él, y las cortes escogieron los diputados á quienes encargaron ir á ver al rey de Navarra, al príncipe de Condé, y al mariscal de Damville.

"Estos estaban acantonados: Damville, á la cabeza de los políticos en el Langüedoc; el rey de Navarra y el príncipe de Condé, gefe de los calvinistas, en la Guyenne, el Poitou y las provincias cercanas. Allí tomaban sus medidas contra la tempestad que veian formarse en Blois.

"Apénas habian pedido la reunion de las cortes, cuando por las intrigas puestas en obra para la eleccion de diputados, conocieron que sus decisiones no habian de serles favorables. Resolvieron, pues, no reconocerlas, y se pusieron en estado de no ser forzados á ello.

"Aunque hacia poco tiempo que el rey de Navarra se habia iniciado en los negocios, tenia ya mucho crédito para con los calvinistas.

"Despues de su huida de la corte, este príncipe renunció públicamente á la religion católica que por fuerza habia abrazado el dia de la Saint-Barthé'emy.

"Los reformados se regocijaron de su vuelta. El les ganó su confianza por medio de atenciones que para todos tenia, aun cuando fuesen innecesarias, y sobre todo, por una noble franqueza y jovialidad que eran el rasgo dominante de su carácter.

"Todos le amaban; de su parte no veian ni subterfugios, ni proyectos interesados: estaba con los religionarios, reunion de gentes desconfiadas é inquietas, cual es preciso serlo en una república: amable, accesible y complaciente, no buscaba poseer la autoridad: contento cuando los otros lo estaban, parecia olvidarse de sí mismo: esta conducta le puso al abrigo de las mortificaciones que pasaba el príncipe de Condé, quien ménos flecsible, tirando mas bien á sus ventajas personales, daba lugar á sospechas que hacian, por decirlo así, medir la obediencia.

"Ambos eran valientes, atrevidos y emprendedores: conociendo que el manejo de las cortes tenia tendencias de guerra, no habian titubeado de hacerse, aunque en plena paz, de las plazas que podian servirles para cubrir su retirada. Por su lado Damville hacia lo mismo. Tambien se armaron en la mar y negociaron una contra-liga con la Suecia, la Dinamarca, la Inglaterra, y los protestantes de Alemania, su recurso ordinario.

"Estos arreglos ocupaban á los príncipes, cuando la diputacion de las cortes fué á verlos. No debia ella esperar un gran resultado, porque los descontentos habian protestado ya contra la asamblea como contra una cabála compuesta de sus enemigos. Así, pues, la respuesta de los príncipes se resentia poco mas ó ménos de esta protesta que el rey de Navarra dulcificó en algo sin apartarse del fondo de ella.

"La pintura que el arzobispo de Viena, uno de los diputados, le hizo de los

horrores de la guerra, arrancó las lágrimas al príncipe, quien aunque nacido para los combates y el ruido de las armas, tenia un corazon tierno. Le dijo, que conocia las dulzuras de la paz, que él era sensible; pero que jamas la compraria á costa de su deshonra y de su conciencia.

—"Decid á la asamblea,—añadió,—que siempre he rogado al Señor y que le ruego aún, del fondo de mi corazon, que me haga conocer la verdad: si estoy en el buen camino, que Dios me sostenga; si no lo estoy, que me abra los ojos y estoy listo, no solo á abjurar el error sin respeto alguno humano, sino aun á emplear mis bienes y mi vida para arrojar la heregía del reino, y del universo si es posible."

"Esta especie de obligacion, pareció demasiado fuerte á los ministros calvinistas, quienes hubieran querido borrarla de la carta que el rey de Navarra escribia á las cortes; pero Bourbon, cuya alma era recta y franca, no temia hacer públicas sus disposiciones.

"Esto fué todo lo que la diputacion pudo obtener del rey de Navarra. Todavía obtuvo ménos de Damville y del príncipe de Condé, quienes á las instancias de los diputados, respondieron constantemente:

"Nosotros no pedimos otra cosa que la paz; que se nos cumpla la palabra dada y todo quedará tranquilo. En cuanto á lo demas, nosotros no reconocemos vuestras cortes, y protestamos contra todas las resoluciones que se tomen en perjuicio nuestro."

"Los católicos mas celosos que se creian llenos de vigor, querian la guerra; pero el rey con una sola palabra los contuvo.

—"Consiento en hacer la guerra,—les dijo;—pero para hacerla necesito dinero."

"Esta consideracion, heló aun á los mas acalorados, sobre todo, á aquellos del estado llano que conocieron bien era sobre ellos sobre quienes caeria el peso de las contribuciones....

"Preciso es representar el estado del reino en este momento. Se encontraba desnudo de dinero á tal grado que, que fué preciso dar á Casimir piedras de la corona en prendas de las sumas que se le debian. Este general que no habia sido pagado, amenazaba volver y unirse á los calvinistas, quienes le llamaban. El rey solo podia oponer á su paso tropas en las que no tenia confianza, pues la mayor parte estaban infectadas con el veneno de la Liga. Una guerra mas larga le habria obligado á aumentar el ejército, reuniendo así y multiplicando á sus enemigos.

"Ninguna subordinacion ecsistia en el reino. La certidumbre de obtener el perdon de los crímenes mas atroces pasándose de un partido al otro, abria las puertas á todos los desórdenes. Se llegó hasta el caso de hacer aparecer la justicia como una burla, ó hacer servir de buena fé su aparato para la venganza de injurias particulares.

"..... No se tenia ni estimacion, ni confianza para el rey. El ridículo en que se ponia entregándose á diversiones indecentes miéntras debiera ocuparse con seriedad de los negocios, le hacia ser visto como un objeto de desprecio.

"Corria públicamente en el juego de la sortija, vestido de amazona y llevando aretes en las orejas: hacia justas, bailes y torneos, y fiestas de máscaras, en las que ordinariamente se le veía vestido de muger, con su jubon abierto, descubierto el cuello, y llevando un collar de perlas y tres cuellos de tela, dos alechugados y uno volteado tal cual los usaban las damas de la corte. Cierto es que esto pasaba durante el carnaval, tiempo en que son permitidos algunos desvíos.

"Pero no fué en esos dias de licencia en los que el rey dió un festin público, en el que las damas, vestidas de verde con trages de hombre, hicieron el servicio; y que en desquite, la reina madre dió otro en el cual las mas bellas y honestas de la corte estaban medio desnudas, y teniendo sus cabellos esparcidos como desposadas, fueron empleadas para hacer el servicio. Cercenando en estas relaciones lo que la mala voluntad ha puesto de ecsageracion, consta siempre que en la corte pasaban cosas indecentes. Los gastos de estas fiestas eran enormes; y los pueblos murmuraban al ver tal profusion en un tiempo como aquel de desgracias y escasez."

Tal era, pues, la situacion de la Francia. Este cuadro nos ha parecido tan verdadero, tan sorprendente, que creímos no deber cambiar nada de él, aunque es cierto sobrepasa las proporciones de nuestro cuadro. Siempre hay peligro en rehacer lo que está bien hecho.

El objeto que nos proponemos aquí es demostrar que entónces el mal venia de lo alto, y que los crímenes, los desórdenes que hicieron tan famosa esa torre de Nesle, cuya historia hacemos, no eran otra cosa que la consecuencia de otros crímenes, de otros desòrdenes, ó mejor dicho, que solo eran una parte de todas. Si el rey tenia favoritos, era bien hecho al ménos que las duquesas tuviesen amantes: no les habian faltado en los reinados anteriores, como ya se ha visto; pero en el de Henrique III, tuvieron enteramente puerta franca.

Reasumamos la situacion. El libertinage y los desórdenes de toda clase crecian á gran prisa: el pueblo habia estado hablando financieramente, sangrado hasta el estremo: las joyas de la corona estaban empeñadas, y la corte, léjos de enmendarse continuaba arrojando por las ventanas las rentas del Estado. En fin, el dinero faltaba completamente, el rey pensaba en vender el hotel de Nesle, y en consecuencia se dieron órdenes para ello.

Grande fué el dolor de la duquesa de Nevers para quien la vieja torre habia sido siempre un lugar de delicias. Pero esta vez no habia modo de recurrir á la intimidacion. Diez años habian pasado ya desde que Luis Gonzague, duque de Nevers, habia amenazado colgar al primer sargento ó ugier que hubiese ido á notificarle la órden de desalojamiento; pero dicho príncipe habia envejecido ya mucho y estaba mas enamorado del reposo que de su muger.

La duquesa continuaba siempre galante; pero ya habia pasado la edad de las pasiones violentas é indomables que todo lo hacen posible, y entre sus amantes de un dia, en vano hubiera buscado un Coconas. Sin embargo, probó siempre el animar á su marido à hacer resistencia al desalojamiento.

—Ved de nuevo que se nos quiere despojar, —le dijo ella,—y ahora ha llegado el caso de hacer efectiva la palabra que habeis dado. Creo que lo haréis así, no es cierto, duque?

—Qué palabra he dado mi querida Henriqueta?

—La de hacer colgar de las almenas de nuestro hotel á cualquiera que os intimidase la órden de dejarlo.

—Oh señora! hace ya mucho tiempo de eso.

—Qué importa el tiempo?

—Eso fué, segun creemos, á mediados del reinado de Cárlos IX?

—Al oiros, no se diria que se ha pasado un siglo desde esa época á la fecha?

—Diez años, señora, diez años enteros!

—Y bien! esos diez años han servido para confirmar nuestros derechos.

—Hum! es que no estamos seguros de haber tenido jamas esos derechos que decís.

—Y sin embargo, los habeis defendido valerosamente, segun lo ecsigia el valor de vuestro nombre.

Sin duda; pero entónces teniamos que arreglar con el rey Cárlos cuentas atrasadas, y nos parecia bien tenerle siempre en todas ocasiones con la punta en el cuerpo....y ademas, vos estábais tan apegada á esta fea torre!

—Y lo estoy mas que nunca, caballero!

—Y sin embargo, es bien fea.

—Pero así me gusta.

—Pues nosotros la creemos mas à propósito para alojar lechuzas y murciélagos, que para asilo de una bella y gran señora cual lo es Henriqueta.

—En consecuencia, os dejaréis echar de aquí como un lacayo?

—Oh! señora....

—El señor duque es muy dueño de dejarse deshonrar; pero nosotros no podemos olvidar que somos de la casa de Cléves.

Por el nombre de Dios, señora, no nos hagais tal injuria! Pues juro por mi alma, que no la sufriré ni aún de la Vìrgen santa!

Comenzaba, pues, á enfadarse el viejo gentil-hombre, y madama de Nevers de ello se gloriaba.

—Eh! señor duque, el acto es aùn mas ofensivo qne la palabra: cuando se os vea salir de aquí, qué quereis que se piense, sino que érais un intruso?

—Por la muerte de Dios, señora! no hemos dicho que queremos salir; pero una vez que el rey quiere vender este asilo, lo comprarémos....Nuestras finan-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zas, á Dios gracias, se hallan en estado de prosperidad, y no es ahora, cuando nuestro señor Henrique tiene tantos enemigos encima, el momento de aumentar sus disgustos. Lo que no quisimos hacer por Cárlos IX su hermano, que no tenia nuestra estimacion, lo harémos por él que nos admite en su consejo.

—Oh! querido dueño y señor,—esclamó la duquesa,—por qué no habeis hablado así ántes? Que no se nos arroje de aquí, no pedimos mas por vuestro honor y por nuestro gusto.

El duque de Nevers era en efecto muy adicto á Henrique III. Católico celoso habia sin embargo desaprobado la Saint-Barthélemy; pero si no queria que se asesinase á los hugonotes, era fuerte partidario de los que querian hacerles la guerra acérrimamente, y á menudo decia que con toda voluntad daria hasta su último escudo por tal de ver esterminar en batalla campal el último de los heréticos.

Nada se oponia á las órdenes del rey, respecto del hotel de Nesle: dicho dominio se puso en venta y se adjudicó al duque de Nevers.

Hasta entonces, dice un historiador, aquel hotel habia llevado su nombre y la integridad de los numerosos aposentos que lo componian; pero su arquitectura maciza, sus torres redondas con sus techos puntiagudos, sus grandes ventanas arqueadas, sus puertas pesadas, sus muros almenados, sus fosos y puentes levadizos, disgustaban á las miradas que se habian deleitado con el estilo gracioso de la época de la Restauracion. Su aspecto era demasiado severo y parecia mas bien una fortaleza.

Como tales defectos son incorregibles, se le destruyó en parte para emplear sus escombros en la construccion de un hotel agradable, frágil y á la moda. Dicho hotel se construyó sobre el terreno que ocupan hoy las casas situadas entre la calle Guénégaud y la de Nevers, que sigue á lo largo de los muros del hotel del mismo nombre.

El cardenal Bourbon, abad de Saint-Germain-des-Près, se mezcló en esas construcciones y revindicó los derechos que pretendia tener en su calidad de señor del hotel de Nesle. Esta pretension singular fué sostenida con tanta habilidad y perseverencia, qua dió por resultado una transaccion en virtud de la cual el hotel de Nevers fué erigido en feudo, con cargo de sacramento y homenage y de una renta de cincuenta centavos parisis. El acta de dicha transaccion, está fechada en 3 de Agosto de 1618.

Este primer resultado hizo renacer todos los pretendidos derechos del abad sobre el hotel de Nesle, que así cayó bajo la dependencia monacal de la cual le habia libertado el duque de Berry en 1399, á un precio bastante oneroso.

En esa época, la torre de Nesle estaba completamente abandonada, pues la duquesa de Nevers habia sido obligada á renunciar de ella, despues del suceso que vamos á referir.

Ya hemos dicho cuán disolutas eran las costumbres de los grandes de aquella época: no habia princesa, duquesa, condesa, &c., &c., que no tuviese al ménos un amante de título, y una comitiva poco mas ó ménos numerosa de cortejos.

Sus maridos no lo ignoraban; pero en general aparentaban ignorarlo, sea porque esto les autorizaba á hacer tambien su gusto, sea porque temiesen si querian reprimir tales desórdenes, el tener que echarse encima muchas enemistades.

Entre el número de las que mas audazmente marchaban en ese camino, se hallaban Catarina de Cléves, duquesa de Guisa, de quien los amores con Saint-Megrin, uno de los favoritos del rey, eran en la época tan públicos como lo habian sido los de Henriqueta de Cléves, duquesa de Nevers, con Coconas. El duque de Guisa, sea por debilidad, sea por indiferencia, sea por política y por tener así inteligencias en el partido realista, cerraba los ojos á estos desórdenes.

Un dia, sin embargo, trató de ponerles término: muy temprano en la mañana entró á la alcoba donde dormia la duquesa despues de haber despertado bruscamente á la culpable esposa.

—Señora,—le dijo,—desde hace mucho tiempo estais echando la deshonra en nuestra casa: habeis cansado mi clemencia y ha llegado la hora de la espiacion; preparaos, pues, á morir.

La duquesa dió un grito de terror y quiso saltar fuera de la cama: su marido le detiene y armándose con un puñal, la amenaza diciéndole que si no guarda silencio la hiere; despues añadió:

—Resignaos, haced vuestra oracion, y escoged entre este puñal y este veneno que veis aquí.

Y miéntras que en su mano derecha brillaba el arma terrible, con su izquierda presentaba una copa llena de un licor sobre el cual se levantaba un ligero vapor.

La desgraciada muger, arrebatada por el temor, consigue salirse de la cama, á pesar del puñal dirigido contra su pecho; se arroja á los piés de su marido, y le pide gracia.

—No,—responde el duque cogiéndola por los cabellos:—es preciso morir.

—Permitidme al ménos encomendar mi alma á Dios.

—Sea; pero andad aprisa porque necesito venganza.

La duquesa se puso á orar: despues levantando sobre su marido sus ojos bañados en lágrimas, trató de nuevo de apaciguar su cólera. Todo fué inútil, el duque nada queria oir, y parecia estar tambien impaciente por herir.

—No,—dice en fin la paciente,—vuestras manos no se mancharán con mi sangre, moriré por medio del veneno.

Y tomando la copa, de un trago la vacía y se vuelve á la cama para esperar la muerte.

El duque parece satisfecho, y sale diciendo va á dar sus órdenes para que el entierro se haga convenientemente.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una hora pasa: Catarina de Cléves, presa de las mas horribles torturas del alma, dá vueltas en su cama con la agonía de la desesperacion, llamando á la muerte que con tanta lentitud venia, y sintiendo no haberse dejado dar de puñaladas.

De repente, la puerta se abre de nuevo: el duque vuelve á aparecer; pero esta vez su cara traía la espresion de la sonrisa.

—Oh! sois bien cruel, duque!—esclama Catarina.

—No tanto cuanto habeis sido culpable, mi bella querida; pero habeis mostrad tal sumision, que os la tomo en cuenta.

—Ya es demasiado tarde, señor; el veneno me quema las entrañas.

—Debe ser así; el árbol dá su fruto.

—Venís, pues, á gozaros en mi agonía?

—Vengo á deciros, señora, que el pretendido veneno que como decís, os quema las entrañas, no es otra cosa mas que un caldo perfectamente preparado. La leccion ha sido ruda y espero que será provechosa.

Y se retiró, dejando á la cupable llena de confusion. De todos modos el duque se habia equivocado medio á medio: la leccion fué ruda, es cierto; pero no fué muy provechosa, y la conducta de la duquesa se volvió tan escandalosa, que los principales miembros de la familia de Guisa, trataron de poner sériamente un término, así dicen las memorias de Bassompierre, hijo de uno de los actores de este drama. Citemos, pues, el hecho testualmente:

"El cardenal de Guisa y el duque de Mayeune, viendo que el ruido que hacia la intriga de la duquesa de Guisacon Saint-Megrinera tan pùblico, creyeron que el duque su hermano, no debia de ser el único que lo ignorase. Como no tenian un amigo de mas intimidad que Bassompierre, le encargaron á este el instruirle.

"Bassompierre conocia el genio y el caràcter del duque, así es, que aceptó la comision con pena y á su pesar. Aún pidió que se le dieran tres dias para pensar el modo de insinuar al duque una tan desagradable noticia.

"Fué á verlo, pues, con un aire triste y meditabundo: al verlo así el duque, le pregunta qué es lo que le tiene tan triste.

"—Hace algunos dias,—le respondió Bassompierre,—que una persona me ha consultado la manera mas á propósito que se debe escoger para instruir á un amigo de la mala conducta de su muger, que le deshonra sin que él lo sospeche. La cuestion me ha parecido tan embarazosa, que aún no he podido responderle. Hé ahí la causa de ese pesar que no he podido ocultaros, pues inquieto sobre lo que debo contestar, medito inútilmente sin hallar respuesta; pero, una vez que con tanta naturalidad se me presenta la ocasion de hablaros, tendré mucho gusto en que vos mismo me digais qué consejo debo dar á mi amigo en tan delicada cuestion.

"El duque de Guisa, comprendió perfectamente de lo que se trataba. No aparentò sin embargo embarazo por ello.

"—Quien quiera que sea ese de quien me hablais,—dijo à Bassompierre,—si es un amigo, ó aun si quiere parecerlo, que se encargue él mismo de vengar la afrenta hecha á su amigo; pero ir á decir en caso como este lo que ignora, es á mi entender, tomarse un trabajo inútil y aun unir un nuevo ultrage al primero. En cuanto á mì,—continuó el duque,—Dios me ha dado una esposa tan sábia cual se podia desear, y gracias al cielo, no tengo motivos para desconfiar de su virtud. Sin embargo de esto, si llegase á tener la desgracia de faltarme y algun hombre tuviere el atrevimiento de decírmelo, veis este fierro,—añadió poniendo mano sobre el puño de su espada,—la vida de ese imprudente amigo me responderia al instante de su loca temeridad."

Anquetil, que es quien refiere este pasage de las *Memorias de Bassompierre*, añade:

"Bassompierre dió gracias al duque por su consejo, y fué á dar cuenta de su comision al duque de Mayeunne y al cardenal, quienes tomaron el partido de poner coto à todo ellos mismos.

"Prepararon, pues, una emboscada á la puerta del Louvre. Como Saint-Megrin salia de allì en la noche, unos asesinos apostados, al verlo, se le fueron encima y le tendieron en el suelo atravesado por treinta y cinco heridas. Sin embargo, aún vivió así hasta el otro dia.

"El rey hizo por él el mismo sentimiento que por Maugiron y Caylus, y como ellos, fué enterrado en la iglesia de San Pablo con la misma magnificencia, y sobre su tumba se erigió una estátua de mármol, de suerte que cuando se queria deshacerse de un favorito, habia un proverbio que decia: "Yo haré que le hagan en mármol como á los otros."

...."Léjos de servirse de la justicia contra tales crímenes, el monarca á imitacion de sus vasallos, de quienes debia reprimir las licencias, se servia algunas veces del asesinato para deshacerse de aquellos que le desagradaban.

El famoso Bussy de d'Amboise, favorito de su hermano y brutal espadachin, que cifraba su gloria en tener diariamente pendencias, por largo tiempo habia despreciado al rey: tuvo al fin la suerte de esos arrogantes que creyendo poder insultar impunemente á los demas, hacen trofeo de su insolencia y perecen inmolados por la mano que desprecian.

"Tenia amores con la señora de Montsoreau. Henrique III tuvo medio de hacerse de algunas de sus cartas, y las enseñó al esposo. Dichas cartas certificaban la verdad de la intriga y estaban escritas en términos burlescos é insultantes para el marido. Montsoreau, lleno de resentimiento, arrastra á su muger á un castillo aislado, y la obliga á dar en él una cita á Bussy. Este llega con su confianza ordinaria; pero en lugar de la dicha que esperaba, se vé asaltado por asesinos. Se defiende largo tiempo; pero al fin sucumbe al número y le matan."

Estas dos aventuras y otras muchas del mismo género, habian hecho mucho ruido: se contaban los pormenores de ellas, y se reía en la cara de aquellos que

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se encontraban en caso igual al de los maridos insultados, quienes se tenian por satisfechos, sin conocer el ridículo para ellos mismos ni para los demas.

El duque de Nevers era uno de estos últimos; pero al mismo tiempo era uno de los de mas honor, porque como bueno y leal marido que era, nada sospechaba, no tardó en sentirse picado en lo vivo por algunos sarcasmos de sus amigos. El valiente duque se preguntó al instante, como si despertase despues de un sueño de quince años, por qué la señora duquesa su muger, tenia tanto apego á aquella fea y vieja torre de Nesle que amenazaba ruinas, pues sus cimientos incesantemente estaban roidos por las aguas. Llama sus recuerdos, los corrobora con ciertos rumores que habia despreciado otras veces y que ahora se le aparecen cual espectros que salian de la tumba.

Esto pasaba justamente en los dias que hacia construir su hotel de Nevers, y la persistencia de la duquesa en pasar la mayor parte de su tiempo en la torre de Nesle, rodeada de escombros, envuelta en nubes de polvo causadas por la demolicion; esa penitencia, decimos, acabó en cierto modo de abrirle los ojos.

En tal situacion de espíritu, Luis Gonzague, duque de Nevers, entró una mañana á la habitacion de su esposa, no para darle á escoger entre el puñal y el veneno á ejemplo del duque de Guisa, sino para pedirle esplicacion sobre esa fantasía que le hacia preferir la sombría y lúgubre torre de Nesle á cualesquiera otra habitacion.

—Este informe que voy á haceros es tardío,—dijo el duque;—pero tenemos tal seguridad....Sin que por eso creais que de tiempo en tiempo no ha llegado hasta nosotros alguna mala noticia; pero la hemos dejado pasar cual si hubiesen sido clamores de villanos y aun sin voltear la cabeza para saber de adonde venian ni á donde iban.

—Señor duque,—respondió alegremente la bella Henriqueta,—habeis acaso escogido el dia de hoy para hacer vuestro panegírico?

—No señora, y serémos mas dichosos haciendo el vuestro en vez del nuestro.

—Y en cuanto á eso, mi señor y dueño, encontrais acaso impedimento?

—Yo, Henriqueta, no! pero corren por el mundo ciertas leyendas de vos que suenan mal y que tienden á poneros en el mismo rango que las señoras de Guisa y Montsoreau.

—Y qué puedo hacer en eso, señor?—preguntó la duquesa levantándose con soberbia.

—Una cosa bien simple, señora: dejad que se derribe esta torre de Nesle que no es otra la causa sino su historia la que da alas á la malignidad de las gentes.

—Así, pues, en vano ha sido el que haya defendido hasta ahora este silencioso retiro donde mi alma se eleva á Dios.

—Pensad, señora, que se trata del honor de nuestra casa y que las catástrofes de estos últimos tiempos, os iluminen!

Henriqueta de Cléves, habia pasado hacia largo tiempo sus treinta primaveras; sin embargo su alma siempre ardiente, sin olvidar sus primeros amores no podia huir los últimos.

—Señor duque,—le dice,—vos podeis obligarme á salir de estos lugares pacíficos, podeis arrancarme de ellos violentamente, pulverizarme contra las piedras; pero hacer que voluntariamente los deje, no lo esperéis.

Al oir estas palabras, el duque de Nevers iba á encolerizarse fuertemente, pero se contuvo y disimuló como un verdadero traidor de melodrama.

—Guardad, pues, señora,—le dice,—este tan delicioso retiro del cual el mas pequeño villano no querria hacer su habitacion. Pero por vuestra cabeza, que no nos vengan cuentos vergonzosos y que disgusten, porque, por nuestro Dios y Señor! estamos resueltos á pediros terrible cuenta de ellos.

Esta amenaza asusta bien poco á Henriqueta de Cléves y esto fué una torpeza, porque el duque de Nevers, escitado por los accidentes matrimoniales que habian tenido lugar en aquellos últimos tiempos habia resuelto aclarar sus sospechas, y emplear para ello todos los medios posibles. Desde entónces, sin que la duquesa lo sospechase, la rodeó de espías y hasta cierto punto no le perdia de vista.

Nadie entraba á la torre de Nesle sin que el duque no lo supiese al instante, y parecia inevitable una prócsima catástrofe.

La señora de Nevers no habia sin embargo renunciado á ninguno de sus hábitos. Muger de placeres ante todo, continuaba haciendo felices á algunos, sin pensar en los terribles resultados que podian tener sus peligrosos favores. Parecia al contrario, que le placia desafiar el peligro, y aunque no era ya jóven, intentó seducir á uno de los favoritos del rey, llamado Joyeuse, que acababa de desposarse con la hermana de Henrique III. Al fin con tanta fineza é intriga como puso en práctica, y los medios poderosos de seduccion que inventó tuvo un completo triunfo.

La torre de Nesle no fué sin embargo el lugar de las primeras citas de los dos amantes.

Si la duquesa no tenia en cuenta lo que habia sucedido á Saint-Megrin y á Bussy, Joyeuse por su parte no lo olvidaba, y aunque realmente se habia enamorado de la duquesa de Nevers, la cual aún era muy bella, no se encontraba dispuesto á pagar con su vida los favores que á tantos otros habian costado muy poco. Era en el Louvre donde se veían, y la reina de Navarra que estaba en el secreto, les daba para ello ayuda y proteccion.

Pero los enamorados rara vez son prudentes: Joyeuse poco á poco fué olvidándose de sus precauciones y como Henriqueta le hacia esperar tan dulces noches en la torre de Nesle! En el Louvre, no habia entera libertad, pues era preciso observar ciertas etiquetas bastante molestas, y las entrevistas solo podian ser muy cortas.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una circunstancia en apariencia fortuita acabó de determinar á Joyeuse á ceder á los deseos de su querida.

Ya hemos dicho que hasta cierto punto, la duquesa estaba custodiada: una de las mugeres de su servicio habia sido ganada por M. de Nevers, y por ella supo las frecuentes apariciones de su muger en el Louvre á donde ántes solo iba raramente.

Quién ó qué cosa le llevaba allá? Es lo que el duque no sabia; pero lo sospechó, y para saberlo completamente, recurrió á un espediente, que aunque algo comun y poco ingenioso, casi siempre dá buenos resultados en casos parecidos. Así, pues, y para ponerlo en práctica, un dia anunció que marchaba á uno de sus terrenos á diez leguas de Paris donde se hacian grandes trabajos de construccion. La ocasion pareció inmejorable á los dos amantes para desperdiciarla.

Joyeuse, á pesar de todo, quiso asegurarse de la partida del marido, y con un pretesto cualesquiera, fué á hacerle una visita en el momento mismo en que el duque debia salir de su casa: le vió, pues, montar á caballo y partir con su comitiva.

Llegada la tarde, Joyeuse pasa el rio, llega á la torre, esa torre maldita donde el amor y la muerte se asemejaban desde dos siglos hacia, y habian hecho al mismo tiempo su domicilio de eleccion.

Cuando esto pasaba hacia ya dos horas que el duque de Nevers y cuatro hombres de toda seguridad de los que se habia hecho acompañar, estaban en uno de los cuartos bajos de esta lúgubre habitacion, donde les habia introducido la criada de la duquesa que el marido habia ganado.

Apénas habia salido de Paris M. de Nevers por una puerta cuando entró por otra, y dejando su comitiva llegó solo y furtivamente á su casa: de allí fué á tomar la posicion indicada lo que le fué fácil por la inteligencia que tenia dentro del hotel.

Joyeuse es introducido al cuarto de su querida, los cerrojos se corren.

Aquel lugar solo estaba alumbrado por la débil luz de una lámpara que parecia próxima á apagarse, y los perfumes se ardian por todas partes.

Todo era amor, misterio, voluptuosidad.

Desde el lugar en que el duque se hallaba oculto, oyó abrirse la puerta del agua y aun pudo contar los pasos del recien venido. Sus ojos brillaron de cólera, cerró los puños é hizo esfuerzos sobrehumanos para poderse contener y no dar un paso ántes de que los culpables pudiesen ser sorprendidos en infraganti delito; porque era una venganza terrible, completa la que necesitaba, y aunque aún ignora el nombre del cómplice de su muger, no por eso está ménos impaciente de herirle.

Diez minutos pasan; el mayor silencio reina por todas partes.

—Vamos,—dice el duque con una voz estridente y la espada en la mano,—seguidme!

Sus criados le siguen en silencio, y llegan todos á la pieza vecina al cuarto de la duquesa.

—Quedad aquí,—dice M. de Nevers,—y no os movais sin mi órden.

Entónces se aprocsima á la puerta, á la cual llama con el pomo de su espada.

—Qué es eso?—dice Joyeuse, desprendiéndose de los brazos de Henriqueta de Cléves.

—Silencio, amigo mio,—dice en voz baja esta última deteniéndolo.

El duque llama de nuevo; pero los amantes ya habian arreglado el desòrden de sus vestidos.

La duquesa sin embargo no respondia, y dudaba aún que su marido hubiese osado tenderle un lazo como aquel.

La duda fué por poco tiempo.

—Señora,—dice el marido con voz en la que estaba marcada la cólera:—os prevengo que nada ganais con hacer resistencia, porque hemos jurado no salir de aquí ántes de haber hablado con vos.

—Querida mia,—dijo Joyeuse tomando valientemente un partido,—poneos tras de mí, y dejadme recibir como conviene al recien llegado.

Y al decir esto, desenvainó su espada y se dirigió hácia la puerta; pero la señora de Nevers, enlazàndole con su brazo le detuvo.

—Amigo,—le dice estrechándole con amor,—estàs vestido ligeramente, y de esta recámara al rio la distancia es corta. El barquero os esta esperando?

—Está con mi criado; pero, alma mia, no os dejaré en un momento como este, estad segura.

—No, si quereis perdernos; pero sí si quereis salvarnos: idos.... Yo te conjuro, amigo mio, vete: las sábanas de esa cama son bastante grandes, bien se puede alcanzar hasta el agua con ellas: parte, pues, y déjame aquí á fin de salir victoriosa.

—Victoriosa?

—Sí.

—Es imposible!

—Véte, y dentro de poco, tendré á ese furioso á mis piés.

Joyeuse se dejó convencer, pues la duquesa le aseguraba su triunfo, y ademas, él tenia muy pocas ganas de encontrarse con el ultrajado marido.

Tomó, pues, una de las sábanas, la ató à la barra que separaba las dos hojas de la ventana, y dejándose deslizar poco á poco, llegó sano y salvo á la barca, que como habia quedado en observacion, á la primera señal se habia aprocsimado á la torre.

Tan luego como estuvo fuera de peligro, la duquesa quitò la sábana, y despues de esto, se arrodilló delante de un armario que estaba cerca de la alcoba.

Se deja entender que todo esto pasó en mucho ménos tiempo del que se necesita para contarlo. El duque en tanto habia renovado varias veces sus amenazas: en fin, no obteniendo ninguna respuesta, ordena à los hombres que habia lleva-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do consigo el romper á hachazos las puertas: la órden fué ejecutada en un abrir y cerrar de ojos. M. de Nevers se arroja furioso al cuarto, decidido á matar à todo el que se le presente delante; pero se detiene de repente al aspecto de su muger, humildemente prosternada y que parecia entregada á una meditacion profunda.

—Señora,—le dice;—acaso nuestra voz se ha puesto tan estraña que no la habeis reconocido al través de esta puerta?

—Señor duque, os acabais de mostrar en este momento tan furioso, que solo hemos pensado en la salvacion de nuestra alma.

M. de Nevers, miéntras ella hablaba veía á su rededor, registraba con ojo escudriñador, muebles, tapices y colgaduras.

—No estamos tan furiosos como decis, señora,—replicó;—pero estamos algo sorprendidos de encontraros aquí tan sola.

—Y por què, señor?—preguntó Henriqueta, quedándose arrodillada.

—Es demasiado simple, señora, porque sabiamos estábais aquí en dulce compañía.

—Y estábais bien instruido, señor?

—Ah!—dijo el duque, que sentia volver todo su furor,—confesais, pues, infame?

—Qué, señor? qué pretendeis hacerme confesar?

—No mas subterfugios, señora! Aquí hay alguno!....

—Hay, vos y yo, señor.

—Y otro ademas....

—Sí!....otro por el cual lloro.

—Oh! le encontrarè, pues!

Y el viejo duque en su ecsaltacion, se puso à romper los muebles con su espada; así registró todos los rincones, hizo pedazos las tapicerías; pero no obtuvo resultado alguno. El cansancio, se hizo sentir en su brazo.

—Y no obstante, señora,—esclamó,—no estábais sola aquí!

—Señor duque, en ninguna parte estoy sola.

—Dios verdadero! escojeis bien vuestro tiempo para hacer enigmas!

La duquesa, siempre arrodillada, nada replica, y M. de Nevers empezó à hacer una necia figura, cuando vió en fin aquel armario ante el cual su muger estaba prosternada. Ya no hubo dudas para él: el cómplice de su culpable esposa estaba allí, detras de aquellas planchas cinceladas artísticamente, y tan delgadas que un ligero soplo parecia suficiente á romperlas.

—Señora,—dijo entónces el duque:—si sois la dueña y ama de esta casa, os ordenamos que ese armario se abra.

Un ligero calosfrio agitó todo el cuerpo de Henriqueta de Cléves.

—Señor,—dice con voz temblorosa:—os juro que nada hay ahí que pueda interesaros.

—Oh! esto es demasiado!—esclama el duque.

Y con dos golpes de su espada hizo volar en astillas la puerta del armario.

Pero en el interior de él, solo habia una cabeza de muerto rodeada de flores disecadas.

El duque á aquel aspecto, quedó inmóbil y como sorprendido de estupor; pero prontamente vuelve en sí, y aprocsimándose á aquella lúgubre reliquia, leyó esta inscripcion: *Siempre tuya, mi muy amado Coconas.*

Y esta inscripcion era escrita por la mano de la duquesa: M. de Nevers la reconoció perfectamente.

Madama de Nevers no se escusaba de ello tampoco.

—Señor,—le dice:—he amado á Coconas: todo Paris lo sabe, y sihasta ahora lo habeis ignorado, no es mia la culpa. Pero todo Paris sabe tambien que siempre he respetado la fé conyugal. Amo á un muerto, señor: y hubiéseis preferido que amase á un vivo ademas de à mi marido?

El duque de Nevers estaba perplejo, jamas habia pensado que un marido pudiese encontrarse en tal situacion. No sabiendo qué responder, tomó el partido de encolerizarse de nuevo, y cogiendo la cabeza de Coconas la arrojó por la ventana que habia quedado abierta, al Sena.

La duquesa se conmovió un poco y con bastante gracia consintió en tomar el brazo de su esposo para ir al hotel de Nevers, abandonando para siempre la torre de Nesle.

Esta fué la última aventura que tuvo por teatro aquella famosa torre. Joyeuse resfriado en su pasion considerablemente, no volvió jamas á tener la idea de volver á ella, lo que visto por la señora de Nevers, se volvió devota. Nada ganó en ello su marido; pero el diablo perdió algo.

Desde entónces la torre de Nesle se vió desierta. Ya solo se la consideró como una ruina que quedaba en pié sin motivo para estarlo, ó que quedaba así como un guia de la historia: á su sombra iban á escribir los cronistas los hechos de tiempos pasados, á ratificar los cuentos de sus antecesores y á tomar inspiraciones de las localidades....

¡Dichosos los que pueden escuchar esa gran voz de las ruinas!

Allì es donde se encuentra la verdadera historia, sì, allí solamente.

Una parte del hotel de Nesle quedaba aún entera. La princesa María de Gonzague y de Cléves, hermana de la duquesa de Nevers, obtuvo el 14 de Agosto de 1641 patente con el permiso de vender aquel terreno y los materiales del hotel á diferentes particulares, para construir casas y componer calles.

Henrique de Guénégaud, ministro y secretario de Estado, fué uno de los adquisidores: él imitó al duque de Nevers, haciendo edificar un hotel, al cual le dió su nombre, así como á la calle que fué llevada por todo el largo del jardin hasta el muelle que estaba frente à la fachada.

Pero el pueblo persistió en conservar el nombre de Nesle al hotel y al muelle, mas bien por costumbre que por respeto á los recuerdos históricos.

El ministro Guènégaud no fué mas dichoso que el duque de Nevers en su re-

sistencia à las pretensiones del abad de Saint-German: para obtener la estincion del titulo de feudo, tuvo que pagar al abad y á los monges una fuerte suma de dinero, despues de la transaccion celebrada el 22 de Febrero de 1646.

Todo quedó, pues, en el mismo estado, hasta que en 1655, época en la cual la autoridad municipal de Paris se ocupó en pensar que seria un bien el hacer que las avenidas de las aguas que atraviesan la capital, fuesen accesibles para todos. Esta fué una escelente idea; pero como todas las de aquella naturaleza debia quedar oculta por algunos siglos.

Reconocemos como una verdad la sabiduría de este precepto: *En todo lo que haces, vête despacio.*

Pero en conciencia, cuando se vé que habia sido necesario á los diversos gobiernos que se succedian dos siglos, para quitar unas cuantas piedras mal colocadas, el espíritu se confunde, y uno se pregunta de qué ha servido en todo ese tiempo la inteligencia humana: qué tierra es la que se ha vivificado con el sudor del pueblo, qué bien es el que ha nacido de sus padecimientos?

Sea lo que sea, en los registros de la ciudad de Paris, con fecha 16 de Noviembre de 1655, se lee lo siguiente:

"Nosotros este dia, habiendo ido à visitar lo que es necesario hacer para el embellecimiento y decoracion de la ciudad, el muelle del rio desde la estremidad del Puente Nuevo hasta la puerta de Nesle, siguiendo las resoluciones tomadas para ello en la oficina de la ciudad por súplica y pedimento de M. du Plesis de Guénégaud, secretario de Estado, se ha considerado que la casa llamada el *Castillo-Gaillard* impide en cierto modo el ornato de dicho muelle, que solo sirve para diversiones públicas, entre las cuales siempre suceden algunos desórdenes: viendo que la ciudad que es la que ha hecho tal concesion, no saca de ello gran utilidad, nosotros hemos, en consecuencia de otras deliberaciones precedentes, resuelto hacerla destruir y que se sirvan de los escombros de la demolicion para establecer un muelle que comenzará desde el lugar ya dicho hasta la torre de Nesle, haciendo retribucion del mal que les resulte à los particulares que con permiso de la ciudad hayan hecho edificios en él: y vista la necesidad que habia de hacer trabajar sin demora en el dicho muelle y de sostener las tierras que ya han sido acumuladas allí, y que pueden hacer mal al rio, hemos ordenado que se proceda lo mas pronto posible á la construccion de dicho muelle."

Hé ahí una cosa bien hecha. La municipalidad de Paris desea embellecer la capital: ecsamina, ordena....ordena, si; pero no paga, y *sin dinero*....todo el mundo es algo *suizo* en dicho caso.

La municipalidad, que habia hecho un esfuerzo sobrehumano, se sentia ecshausta: reposa, pues, y duerme con un profundo sueño, para no despertar sino siete años despues en 1662.

Entónces, ella se pregunta donde está aquel *establecimiento de un muelle que camenzará desde dicho lugar hasta la puerta de Nesle*, y se sorprende mucho la dicha municipalidad al ver que todo se halla en el mismo estado de ántes. Se

frota, pues, los ojos, hace una nueva postura, y el 10 de Julio de 1662, la oficina de la ciudad hace el registro siguiente:

"Estando nosotros en este dia, reunidos en la oficina de la ciudad, para dar nuestro parecer sobre las proposiciones y planos que nos han sido presentados para la construccion de ciertos edificios á lo largo del muelle Malaquais, hasta unirse á la puerta de Nesle, despues desde dicha puerta hasta la entrada de la calle de Seine &c.: somos de opinion que debe continuarse el muelle empezando desde el lado del Puente Nuevo hasta la calle de los Pequeños Agustinos, dejando delante de ella un muelle del largo de 10 á 12 toesas, conforme à los planos que tenemos á la vista y á las alineaciones dadas á los propietarios de las casas que hay sobre el dicho muelle."

En esta vez, hubo un principio de ejecucion de lo mandado; pero fué con una lentitud desesperante.

Nuestra tarea es casi concluida ya: la torre de Nesle está siempre en pié; pero solo es un monton de piedras que evoca recuerdos lúgubres: se halla solitaria, desierta: la puerta de agua ha sido tapiada: de todas partes se desprenden sus piedras, y todo anuncia una destruccion completa y prócsima. Esta destruccion no debia sin embargo tener efecto sino hasta el siglo XVIII, como se verá por los hechos siguientes que tomamos de un honrado historiador.

"El 30 de Abril de 1670 la viuda del príncipe de Conti adquirió el hotel de Guénégaud á nombre de sus hijos menores, por un contrato de cambio que hizo de la tierra y señorío de Bouchet.

"Los príncipes de Conti y de la Roche-sur-You, le aumentaron con la adquisicion que hicieron el 25 de Marzo de 1679, del pequeño hotel de Guénégaud (es el que ocupaba en 1775 M. de l'Averdy, ministro de Estado.)

"El 20 de Noviembre de 1718, la princesa de Conti compró de la viuda de un mercader llamado Antonio Rondet, una casa situada sobre el muelle y junto al hotel: esta casa era sin duda grande y bella, pues que se le dió el nombre de *Pequeño hotel de Conti;* á mediados del siglo XVIII fué demolida. Entre ella, y el colegio de las Cuatro Naciones, hoy palacio del Instituto, se hallaban otras casas que tenian el honor de servir de alojamiento al abad M. de la Chambre, miembro de la academia francesa y á su gabinete de *bellas curiosidades.*

En resúmen, el vasto terreno antiguamente ocupado por el hotel de Nesle, fué dividido en el siglo XVII. Se construyó en él el hotel de Nevers, despues el hotel de Guénégaud, que se llamó mas tarde el hotel de Conti; y en fin, muchas casas de paisanos: lo que aun quedaba del hotel de Nesle, fué ocupado por el colegio de las Cuatro Naciones.

Despues de la construccion de este último edificio en el reinado de Luis XIV, se derribó la *torre* y la *puerta* de Nesle, y se destruyeron los restos de los muros del recinto de Felipe Augusto, y con ellos se llenaron los fosos, de suerte que nada queda de aquellas inmensas construcciones que habian hecho una parte del hotel de Nesle, ó solo llevaban su nombre.

Los nuevos edificios que sustituyeron las líneas rectas de los arcos del hotel de Nesle, sus àticos á sus almenas y sus columnas griegas ó sus altas torrecillas, no tardaron en resentir cambios, ó aun de perecer.

En el reinado de Luis XV, habiendo escogido la ciudad de Paris el hotel de Conti para construir en su lugar el hotel de la ciudad, le compró por un millon seiscientas mil libras: fué enteramente demolido y en su lugar se construyó, no el hotel de la ciudad, sino la casa de moneda que hoy ecsiste.

Ya habrán podido notar nuestros lectores, que los abades de Saint-Germain-des-Prés, no olvidaron revindicar sus pretendidos derechos al hotel de Nesle, y obligar á los poseedores de sus diversas porciones que pagasen los cargos impuestos en virtud de los derechos de señorío del abad. Resultò de esto una cantidad de procesos, que se terminaron ventajosamente para los abades de Saint-Germain-des-Près. Ademas del cargo de sacramento y homenage, el duque de Nevers debiò pagar una renta de 50 centavos parisis: el ministro Guénégaud y la ciudad de Paris, 30.000 libras.

No contento aún con estas estorsiones, el abad pidió la enorme suma de cien mil libras á los ejecutores testamentarios del cardenal de Mazarin, por el terreno sobre el cual hacian construir el colegio de las Cuatro Naciones, llamado hoy, Palacio del Instituto.

No cabe duda de que esas sumas fueron ecsigidas indebidamente, y nos admiramos de que el abad hubiese podido sostener tales pretensiones.

Todo el terreno que ocuparon el hotel de Nesle y los edificios vecinos, habian hecho una parte del jardin de palacio de Thermes y del cercado de Li-As, que fué una propiedad imperial, y despues real, hasta que el abad de Saint-Germa in des-Prés se hizo de ella sin ningun derecho.

Cuando el tiempo sancionó tal usurpacion, el abad obtuvo retribuciones por el terreno que ocupaba el recinto de Felipe Augusto. Ya hemos dicho que éste rey le abandonó por compensacion la propiedad de la puerta de Buci con los derechos de entrada y salida.

En 1399, el duque de Berry libertó al hotel de Nesle y sus dependencias de todos los gastos que debian al abad, dando á éste el hotel de los reyes de Navarra. ¿Cómo fué que el abad pudo renovar tantas veces con buen écsito sus injustas pretensiones sobre el terreno del hotel de Nesle? Si algo debe sorprender en este negocio, no es la obstinacion que los abades de Saint-Germain tuvieron en seguir sus derechos concluidos y caramente adquiridos, sino la sancion que la justicia del parlamento dió á sus ávidas é inicuas ecsigencias, que no podian basarse sino en títulos falsos ó alterados.

Hoy, no queda nada ya de esa vieja torre de Nesle: nada, solo el recuerdo,—y la historia.—Historia fecunda en grandes sucesos que laboriosamente hemos ecshumado de las ruinas del pasado y que sin miedo ni reproche damos al aprecio de nuestros contemporáneos.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



EL MASCARA DE FIERRO,

Ó

LAS ISLAS DE SANTA MARGARITA Y PIGNEROL.

Traducida por el C. Jose M. Gonzalez.

I.

DOCUMENTOS PRELIMINARES.

Despues de veinte y tres años de casada Ana de Austria no habia dado al mundo ningun hijo reconocido. Luis XIII, que á causa de sus galanterías é intrigas contra la Francia la detestaba, vivió constantemente léjos de ella.

La rama mayor de los Borbones se encontraba, pues, amenazada de una solucion de continuidad. Segun todos los rumores de aquel tiempo, dos bastardos, famosos por diversos títulos, el uno por las desgracias de su vida, y el otro por la gloria de su reinado, vinieron al mundo muy á propósito para ser el nudo de la union.

Uno de esos bastardos, fué Luis XIV: el otro, el *Hombre de la máscara de fierro*, su hermano gemelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ved los autores que nos han servido de autoridad sobre este relato, y á quienes dejamos responsables por esta doble imputacion:

El primer escrito que dió alguna luz sobre este misterio político, fué un volúmen en 12.° publicado en 1745, sin nombrar el autor, por la compañía de libreros asociados de Amsterdan, bajo el título de: *Memorias secretas para la historia de Persia.* Era una historia galante y política de la corte de Francia, bajo nombres imaginarios, despues de la muerte de Luis XIV.

El autor, solo se equivocaba en la causa del fondo del secreto, creyendo que el prisionero de la màscara de fierro lo era el conde de Vermandois.

Hè aquí su relacion:

"*Cha-Abas* [Luis XIV] tenia un hijo legítimo, llamado *Sophi Mirza* [Luis, delfin de Francia], y un hijo natural llamado *Giafer.* Esos dos príncipes, diferentes en carácter y nacimiento, siempre vivian disgustados y llenos de rivalidad. *Giafer,* un dia, se olvidó de sí hasta el punto de dar un bofeton á *Sophi Mirza.* Informado *Cha-Abas* del ultrage recibido por el heredero de la corona, reune sus consejeros mas íntimos, y les espone la conducta del culpable, el cual debia ser castigado con la pena de muerte segun las leyes del país; pero uno de los ministros, mas sensible que los otros, de la afliccion de *Cha-Abas,* propone enviar à *Giafer* al ejèrcito que estaba entónces en la frontera por el rumbo de *Feldran* [Flandes] de hacerle pasar por muerto á los pocos dias despues de reunirse á èl, y de pasarlo de noche con el mayor secreto á la ciudadela de la isla de *Armus* [las islas de Santa Margarita] miêntras que públicamente se celebraban sus exequias á la vista del ejército, y tenerle despues en una prision perpétua.

"El consejo fué bien acogido y por medio de personas discretas y fieles, fué ejecutado de tal modo, que aquel príncipe, de quien el ejército lloraba la muerte prematura, conducido por caminos estraviados á la isla de *Armus,* habia sido confiado al comandante de dicha isla, quien con anterioridad, recibió la órden de no dejar ver su prisionero de nadie."

Siguen los detalles de los documentos que mas tarde nos permitirémos comentar.

"Segun el autor de las *Memorias de Persia,* Voltaire, en su *Siglo de Luis XIV,* segunda obra en la que se ha hablado del prisionero, dá una nueva luz sobre el hecho.

"Algunos meses despues de la muerte del cardenal Mazarin, dice, tuvo lugar un suceso sin ejemplo, y lo que es no ménos estraño, que todos los historiadores lo han ignorado.

"Con el mayor secreto enviaron al castillo de la Isla de Santa Margarita en el mar de Provenza, un prisionero desconocido, de una talla mayor que la mediana, jóven y de la figura mas bella del mundo. Este prisionero, llevaba en el camino una máscara en cuya barba habia resortes de acero que le permitian poder comer sin quitársela. Los que le llevaban, tenian órden de matarle si se descubria, de temor de que en sus facciones, fuese reconocida alguna semejanza DEMASIADO SORPRENDENTE...."

Así, pues, apénas estuvo levantado un pedazo del velo que ocultaba al prisionero misterioso de las islas de Santa Margarita, cuando todo el mundo parecia aspiraba á levantarlo todo. Por todas partes abundaban las revelaciones é indiscreciones. Todo lo que le concernia, se leia con avidez, pues la conciencia pública tenia gran prisa en penetrar aquel horroroso misterio.

Procedamos con órden.

En un libro impreso en Cologne (Pierre Marteau,) en 8.° que ha tenido cinco 1692-1693-1696-1772-1938, y que llevaba el título de: *Los amores de Ana de Austria, esposa de Luis XIII, con M. le C. D. R., padre verdadero de Luis XIV, rey de Francia, donde se vé como se hizo para dar un heredero á la corona, los resortes que para ello se hicieron jugar, y en fin, el desenlace de esta comedia,* se lee lo que sigue:

"El cardenal de Richelieu, glorioso de ver á su sobrina *Parisiatis* [Madama de Combalet, amada por Gaston, duque de Orleans, hermano del rey] propone á dicho príncipe la mano de aquella hermosa persona; pero Gaston, indignado del orgullo del primer ministro, responde con un bofeton á la proposicion del casamiento. Entónces tanto el cardenal como su sobrina, no pensaron mas que en vengarse: un capuchino llamado el padre José les inspira el proyecto de quitar à Gaston la corona que le prometia la impotencia de Luis XIII: en consecuencia, introdujeron en la noche en el aposento de la reina, á un jòven, el C. D. R. que amaba sin esperanza á la esposa de su rey. Ana de Austria, que habia ya observado á aquel discreto y tierno amante, le reconoció luego, y le opuso poca resistencia: en seguida revelò al cardenal lo que habia pasado:

—"Y bien,—le dice ella,—habeis triunfado en vuestra mala causa; pero tened "cuidado, señor prelado y haced de modo que yo encuentre esa misericordia y "esa bondad celeste con la que me lisongeais por medio de vuestros piadosos so-"fismas. Cuidad mi alma, os la encargo, porque yo me he abandonado."

Continuando aquel escesivo desenfreno de vida, no tardó mucho en correr por el reino la dichosa noticia del embarazo de la reina. Asì es como nació Luis XIV, hijo de Luis XIII, por medio de transustanciacion.

"Esta relacion, añade el autor, es nada ménos que nueva en Francia. La frialdad reconocida de Luis XIII, el nacimiento estraordinario de *Luis-Dieudonné,* llamado así porque nació despues de 23 años de un casamiento estéril, sin contar otras muchas circunstancias remarcables, prueban con tanta claridad y de un modo tan convincente esta generacion prestada, que es preciso tener un descaro inaudito, para pretender que sea producto del príncipe que pasa por el padre. Las famosas barricadas de Paris y la formidable revuelta que se hizo contra Luis XIV á su advenimiento al trono y que fué sostenida por gefes distinguidos, publican bastante alto el nacimiento legítimo del cual todo el mundo ha-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blaba, y como la razon lo confirmaba, nadie tenia al decirlo, ni dudas, ni escrúpulos.»

Hé aquí otra version que hemos hallado en una *Adicion al diccionario filosófico*, bajo el título de: *Cuestiones sobre la Enciclopedia, distribuidas en forma de diccionario, por unos aficionados.* [Génova, 1771, 9 vol. en 8.°]

"Nada es mas fácil, dice el editor, que el creer que Voltaire fué quien concibió quién era el prisionero conocido bajo el nombre de *Máscara de fierro*. Es aún difícil que pueda haber dos opiniones sobre este particular. Ya habria yo comunicado ántes mi parecer, si no hubiese creido que esta verdad era conocida á otros muchos, y si no hubiese estado persuadido que no valia la pena el dar como un descubrimiento lo que saltaba á los ojos de todos; pero como tantos sábios se han atormentado en adivinar quién podia haber sido ese famoso personage, sin que la mas simple idea, la mas natural y mas variada se haya presentado jamás á sus ojos, me decido á decir lo que sé desde hace muchos años.

"El *Máscara de fierro* era el hermano mayor de Luis XIV. Ana de Austria lo tuvo con un amante, y el nacimiento de este hijo la desengañó de que no era estéril. Despues de su parto, hecho lo mas secreto posible por consejo del cardenal de Richelieu, continuó sus relaciones con aquel amante; despues el mismo cardenal manejó diestramente una casualidad, para obligar absolutamente al rey á que durmiese en la misma cama que la reina, y un segundo hijo nació, pasan- por fruto de aquella reunion conyugal.

"Luis XIV ignoró hasta su mayoridad la ecsistencia de su hermano adúltero, de quien la semejanza á él era tanta, que podia creérseles gemelos y era difícil el no conocer que eran hermanos. Estas diversas circunstancias, corroboradas por la prediccion de un astrólogo que nada bueno prometia al rey reinante de parte de su hermano, hicieron el que se pensase en los medios de anularle. Entónces fué cuando la política del rey, afectando un generoso respeto por el honor del reino, salvó de grandes embarazos á la corona y de un horrible escándalo á la memoria de Ana de Austria, imaginando un medio sábio y justo de arrojar al olvido la prueba viviente de un amor ilegítimo. Ese medio dispensaba al rey cometer una crueldad que un monarca ménos concienzudo y ménos magnánimo que Luis XIV, no hubiera titubeado en juzgarla necesaria.»

Tercera version estractada del *Viage á la Bastilla*, por Miguel de Cubiers. (Paris, 1790, en 8.°)

"Ha corrido la voz, dice, que en ese inmenso é impenetrable depósito de secretos de la monarquía, se han encontrado documentos que encerraban el del célebre *Máscara de fierro*. Esos rumores cesaron repentinamente y entónces se dijo, que nada se habia encontrado relativo á aquel ilustre personage. Desde ántes de la toma de la Bastilla, conocia yo ese secreto, y como no se me ha puesto condicion alguna para que lo calle, y ha llegado el tiempo de no disimular nada, voy á escribir lo que sé con la franqueza que me caracteriza.

"El 5 de Septiembre de 1638 Ana de Austria que habia dado á luz al mundo entre las doce y la una del dia un hijo que desde que nació fué proclamado delfin, dió á luz otro en tanto que el rey cenaba. Para evitar las pretensiones de un hermano gemelo, á la corona de Francia, y aunque este hijo nacido al último, debió ser segun la ley el mayor, Luis XIII salió del embarazo, tomando la resolucion de ocultar su nacimiento, así es, que se le hizo llevar secretamente.

"El *Máscara de fierro* era, pues, un hermano gemelo de Luis XIV.

"Una carta de la señorita de Valois al mariscal Richelieu, donde ella se gloría de haber sabido por el duque de Orleans, su padre, quién era el hombre de la máscara de fierro, destruye las dudas que aún podia haber sobre este misterio; pero muchos han pensado fundado el creer que el regente quiso debilitar el peligro que habia en revelar el secreto al Estado, alterando el hecho, y haciendo aparecer á aquel príncipe, como un menor sin derecho al trono, en vez de presentarlo como heredero presunto de la corona."

Hé aquí ahora, segun las *Memorias* de la señorita de Monteville, de Vittorio Siri, de Pablo Maraña y las *Anécdotas de reinas y regentes*, de Dreux du Badie cómo se efectuó la ligitimacion del hijo ó de los hijos de que Ana de Austria estaba en cinta.

"En los primeros dias de Diciembre del año 1637, conociendo la reina la necesidad de legitimar un embarazo ilegítimo, rogó á la señorita de La Fayette, que ejercia una gran influencia sobre el espíritu débil y limitado de su real esposo, le hiciese consentir en una reconciliacion, y dividir con ella su real lecho. La señorita de La Fayette hizo valer para con Luis XIII los deberes de la religion, el perdon de las injurias y la necesidad de tener un sucesor.

"En consecuencia, aquel rey, tan fácil de ser persuadido, un dia que se hallaba en el convento de la Visitacion cerca de la señorita de La Fayette, su favorita, tuvo necesidad de quedarse en él hasta muy tarde á causa del mal tiempo que se desató estando en dicho convento: esto le impidió ir á Grosbois, así, pues, se retiró al Louvre, y no encontrando allí mas cama que la de la reina, se vió obligado á partirla con ella.

"Despues de esto, la reina fué declarada en cinta.»

Podriamos multiplicar las citas, sin por ello hacer este hecho histórico mas evidente. Lo que es mas difícil de patentizar, es, quién fué el padre verdadero del niño ó de los niños que tuvo Ana, quien segun las memorias de aquel tiempo, ademas de ser mas que galante, no gozaba de una reputacion de escrupulosa conciencia, y para fijar la fecha á un amante favorecido, el historiador se ha visto embarazado sin poder saber cuál escoger.

Sin embargo, si se ha de creer á Dufey de l'Youne [La Bastilla, *Memorias para la historia secreta del gobierno frances desde el siglo XIV, hasta* 1789, en 8.°, 1834], quien en esa obra ha dado prueba de una prodigiosa lectura y de inmensas citas, el duque de Buckinghan seria el padre verdadero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

"La pasion del duque, dice, fué correspondida por Ana de Austria. Un dia estaban solos en un jardin donde una palizada les ocultaba á la vista del público. No teniendo la reina en aquel instante humor de responder á las palabras apasionadas del duque de Buckingham, llamó á su escudero y le reprendió porque la habia dejado sola. Este suceso hizo mucho ruido, y sus resultados, fueron por una parte, el destierro, la desgracia y prision de las personas que tan mal habia guardado la virtud de la reina, y por otra el nacimiento de un hijo.

M. Dufey, en seguida, se para en esta cuestion: el *¿Hombre de la máscara de fierro, era el hermano mayor de Luis XIV, ó su hermano gemelo?* y la resuelve en el término primero. Aún insinúa para apoyarlo, el asesinato del duque de Buckingham como un acto de venganza del engañado esposo. Añade ademas, que la ternura de Ana de Austria hácia Mazarin, provenia de la confianza que le habia hecho del misterio del niño á quien Luis XIV puso mas tarde la máscara de fierro; pero todo esto solo servia para clasificar una de las intrigas de Ana de Austria: el duque de Buckingham fué asesinado el 23 de Agosto de 1628 y Luis XIV nació el 5 de Septiembre de 1638, así es, que el *Máscara de fierro*, seria en tal caso su hermano mayor, y no hermano gemelo, como parece lo patentizan documentos auténticos.

Sea de esto lo que sea, hay un hecho, y este es, que el *Máscara de fierro* era hermano de Luis XIV. Todo lo que se sabe de indiscreciones ó restricciones sobre el misterio en que ha sido envuelta la vida y aun la muerte de ese ser enigmático, todo concluye en ser un apoyo de esta solucion.

El mariscal de Richelieu, dice á Soulavie, autor de sus *Memorias:* "Este pri-"sionero, no dejó de ser mas interesante cuando murió á principios de este si-"glo, en una edad muy avanzada; pero lo fué en sumo grado, cuando al princi-"pio del reinado de Luis XIV se le encerró en una prision por grandes razones "de Estado." [*Memorias del mariscal de Richelieu.*]

Segun Voltaire, Chasnillait que fué el último ministro que supo este misterio estraño, habiendo sido conjurado por su yerno La Teuillade en el lecho mortuorio para que le dijese quién era aquel hombre, le respondió:—"Es el secreto del "Estado: he hecho juramento de no revelarlo jamas." (*Voltaire, siglo de Luis XIV.*)

En otra vez, Luis XV, à quien el regente acababa de declarar el secreto, dijo al separarse de él:—"Y bien! si él viviese aún, le daria su libertad." [*Viage á la Bastilla*, por el caballero de Cubieres.)

El mismo príncipe, viendo que todos se animaban al hablar sobre ese asunto: —"Dejadlos disputar,—dijo,—nadie ha dicho aún la verdad respecto al *Máscara de fierro.*" [*Memorias del mariscal Richelieu.*]

Otro dia, hablando á M. de la Borde:—"Lo que vos sabréis que no saben los "demas,—le dijo,—es, que la prision de ese infortunado no ha hecho mal á na-"die mas que á él." [*Memorias del mariscal de Richelieu.*]

En otra vez. M. d'Argenson, teniente de policía, que al visitar la Bastilla la cual estaba sujeta á su inspeccion, oyó à algunos oficiales hablar sobre el *Máscara de fierro*, con vagas conjeturas, dijo:—"Nadie sabrá eso jamás." (El P. Grifet. *Notas históricas y críticas sobre la Bastilla*, 1774.)

Lenglet-Dufresnoy que por ocho veces fué encerrado en la Bastilla y habia visitado y aun hablado al *Máscara de fierro*, interpelado sobre esto por Anquetil, respondió:—"Quereis hacerme ir por la novena vez á la Bastilla?" *Anales políticos*, 1789.]

Y aun el delfin, padre de Luis XVI, habiendo preguntado al rey quién era ese famoso prisionero, recibió esta respuesta:—"Es bueno que vos lo igno-"reis, pues al saberlo, os daria mucho dolor." [*Memorias del mariscal de Richelieu.*"]

En fin, Luis XVIII, dijo sobre ese asunto:—Sé ese enigma, y mis sucesores "lo sabrán: es el honor de nuestro abuelo Luis XIV, el que debemos guardar." [*El hombre de la máscara de fierro* P. L. Jacob.]

Todo lo espuesto, hace poco mas ó ménos incontestable, que la detencion del misterioso prisionero era para los Borbones un misterio de familia y solo deja un simple interes de curiosidad en la nomenclatura de los seres imaginarios que han pasado por ser el *Máscara de fierro.*

Dicha nomenclatura es larga. Segun unos, era el duque de Beaufort que habia comprometido muchas espediciones marítimas:

El duque de Montmouth, arrancado del cadalso en 1685:

El superintendente de hacienda Fouquet, de quien nos ocuparémos mas tarde:

El secretario del duque de Mantoue, que habia aconsejado á su amo que se uniese á los otros príncipes de Italia para hacer la oposicion á Luis XIV, y á quien este rey hizo desaparecer:

El conde de Vermandois, hijo de Luis XIV y de la señorita de Lavalliere, que habia dado de bofetadas al delfin:

Mahomet IV, destronado en 1687 y de quien la suerte era desconocida:

El patriarca de Armenia, Arwedicks, autor de una cruel persecucion contra los católicos y robado por los judíos:

Henrique XII, hijo de Cromwel, guardado en rehenes por el trono de Luís XIV:

En fin, un escolar del colegio de jesuitas de Clermont, cuyo crimen era este: Los jesuitas del colegio de Clermont habian inscrito sobre la puerta principal: *Collegium Claromontorum Societatis Jesu;* habiendo hecho Luis XIV una visita al colegio, reemplazaron dicha inscripcion con ésta: *Collegium Loudovici Magni.* Sea por piedad, sea por malicia, un escolar, queriendo castigar á los reverendos padres el haber sustituido con el nombre del rey el de Jesus, puso en la tarde misma sobre la puerta del colegio, el siguiente dístico:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

Abstulit hinc Jesum, posuit que insignia regis,
Impiageus; alium non colit illa Déum!

La cruz hace lugar á la lis, y Jesucristo al rey,
Luis, ó raza impía, es el solo Dios para vosotros!

Estos celosos preliminares puestos con el solo título de documentos no dejan de ser sin interes, pues demuestran hasta qué grado fué apreciado en su tiempo el nacimiento de Luis XIV. Hé aquí lo que se lee en la *Historia del tiempo.* [*La Haye* 1715, tomo 1.o , pág. 226].

"Hubo en Francia personas de calidad que vieron las circunstancias estraordinarias del nacimiento de Luis XIV, como un mal presagio para el mundo. Se puede ver esto en una carta de Bassompierre, al obispo de Grenoble, la cual se encuentra en la página 134 de las *Memorias* del mariscal de Cologne, y que han suprimido con algunas otras, en las ediciones posteriores, por estar escritas muy libremente. He aquí la carta:

"Monseñor:

"En mi última, os participaba la agradable noticia del feliz parto de la reina, "que nos ha dado un delfin. Todo lo que ahora puedo deciros, es, que la salud "de S. M. se mejora de dia en dia, y que el niño está fuerte y robusto y parece "prometer una larga vida. Hay en él una cosa que ha sido fuertemente remar- "cada por algunos y es, que ha nacido con dientes y que no hay muger que le "dé de mamar sino con mucho trabajo porque mama con tanta avidez, que hace "salir sangre con la leche, y es por eso que casi cada dia, hay necesidad de una "nueva nodriza. Yo pido á Dios que esto no sea un mal presagio para la Fran- "cia. El príncipe ha sido nombrado *Dieu-Donné* [dado por Dios] porque en "verdad nadie le esperaba. Sobre esto, se dicen muchas cosas; pero esas cosas "no se sabrian escribir.....

"Firmado.—*Bassompierre.*"

Ahora que el estado civil del misterioso personage conocido bajo el nombre de *Máscara dr fierro* está poco mas ó mènos probado, podemos empezar con la relacion de la larga y dura cautividad de ese desgraciado.

En las *Memorias del mariscal de Richelieu para la historia de la corte de Luis XIV de la minoría y del reinado de Luis XV*, [9 vol. en 8. °; los cuatro primeros, Lóndres 1790, y los 5 últimos Paris, 1793], se lee lo que sigue en el cap. IX, intitulado: *El regente revela el secreto del Máscara de fierro.*

"En tiempo del difunto rey hubo un tiempo en que todas las órdenes de la sociedad se preguntaban quién era ese famoso personage conocido bajo el nombre de *Máscara de fierro.*

"Pero ví aplacarse esa curiosidad, cuando habiéndolo conducido á la Bastilla Saint-Mars, afectaron decir que se tenia la órden de matar al prisionero si trataba de darse à conocer, así como tambien al que tuviese la desgracia de penetrar quién era. Esta amenaza de asesinar al primero, y á los curiosos del secreto, hizo desde luego tal impresion, que ya solo se habló con medias palabras de ese misterioso personage que el rey habia vejado tanto.

"Pero despues se mostraron mas atrevidos. En 1719 pregunté á la señorita de Valois, amada del regente, y de la que era yo amado, quién era ese prisionero de la màscara de fierro. Ella le acarició tanto, que en el prócsimo dia me envió el escrito siguiente envuelto en un billete de cifras y el cual, las leyes de la historia quieren que lo ponga todo entero como un monumento material de la nuestra y del que garantizo la autenticidad.

"La marquesa cuando me escribia en el idioma de la galantería, lo hacia por medio de cifras y me decia en ese billete, que el tratado entre ella y el regente se habia arreglado, de su parte con el fin de tener la memoria, y por la del regente con el de tener lo que deseaba. La historia prohibe estos detalles; pero tomando el idioma modesto de los patriarcas, puedo decir, que si Jacob para poder casar con una de las hijas de Laban que amaba en estremo, tuvo que comprarla dos veces, el regente ecsigió de la primera todavía mas que el patriarca.

"Hé aquí el billete de cifras; y la memoria histórica le seguirá:
2. 1. 17. 12. 9. 2. 20. 2. 1. 7. 14. 20. 10. 3. 21 1. 11. 14. 1. 15. 16. 12. 17. 14. 2. 1. 21. 11. 20. 17. 12. 9. 14. 9. 2. 8. 20. 9. 21. 21. 1. 5. 12. 17. 15. 00. 14. 1. 15. 14. 12. 9. 21. 5. 12. 9. 21. 15. 20. 14. 8. 3.

"Ahora, hé aquí la memoria:

Relacion del nacimiento y educacion del infortunado príncipe sustraido á la sociedad por los cardenales Richelieu y Mazarin, y encerrado por órden de Luis XIV: compuesta por el gobernador de dicho príncipe, al morir.

"El príncipe infortunado que he educado y guardado hasta el fin de mis dias, nació el 5 de Septiembre de 1638, á las ocho y media de la noche, miéntras el rey cenaba. Su hermano, ahora el regente, habia nacido á medio dia, hora en que su padre estaba comiendo. Pero así como el nacimiento del rey fué espléndido y brillante, el de su hermano fué triste y ocultado con sigilo, porque el rey advertido por la partera de que la reina debia dar á luz un segundo niño, hizo que quedasen en su aposento, el canciller de Francia, la partera, el primer limosnero, el confesor de la reina y yo, para que fuésemos testigos de lo que sucediese, y de lo que queria hacer si nacia un segundo niño.

"Ya hacia largo tiempo que el rey estaba advertido por varias profecías, que su esposa tendria dos hijos, pues hacia ya muchos dias que habian llegado á Paris unos padres que decian poseer la divina inspiracion, y lo habian profetizado, aunque en la ciudad todos decian que si la reina daba á luz dos delfines, como se predecia, seria el colmo de las desgracias del Estado. Habiendo hecho el arzobispo de Paris que se le presentasen los dos adivinos, los mandó encerrar en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San Lázaro, pues tenian al pueblo alterado, y esto daba mucho que pensar al rey con motivo de las revueltas que temia hubiese en sus Estados.

"Sea que las constelaciones lo habian revelado á los padres, sea que la Providencia quiso advertir á S. M. las desgracias que podian caer sobre la Francia, lo que los adivinos habian predicho sucedió.

"El cardenal, á quien el rey por medio de un mensage habia hecho saber aquella profecía, le respondió que era preciso decir, que el nacimiento de los dos delfines no era un imposible y que en tal caso, era preciso ocultar con mucho cuidado al segundo que naciese, porque tal vez al llegar éste á ser hombre, querria ser rey, y combatiria á su hermano, sosteniendo una segunda liga en el Estado para reinar.

"El rey en su incertidumbre, sufría. La reina en su parto dió fuertes gritos y nos hizo temer un segundo: así, pues, mandamos llamar al rey, quien se fué de espaldas al saber iba á ser padre de dos delfines, y dijo á monseñor el obispo de Meaux, á quien habia suplicado socorriese á la reina:—"No abandoneis á mi es-"posa hasta que no esté fuera de riesgo: tengo una inquietud mortal."

"Incontinenti nos reunió al obispo de Meaux, el canciller, el señor Monerat, la señora Peromette, y á mí, y en presencia de la reina, á fin de que ella lo oyese nos dijo:—"Vosotros respondeis con vuestras cabezas si publicais que ha na-"cido un segundo delfin. Quiero que su nacimiento sea un secreto de Estado, "para evitar las desgracias que podrian sobrevenir, pues la ley sálica, nada dice "respecto á la herencia del reino, en caso de nacer dos hijos mayores de reyes."

"Lo que se habia predicho sucedió, y la reina, durante la cena del rey, dió á luz un delfin mas pulido y mas bello que el primero, que no cesaba de quejarse y de gritar, como si hubiese ya sentido el entrar á la vida en la que tendria que pasar mas tarde tantos sufrimientos.

"El canciller hizo el proceso verbal de este maravilloso nacimiento, único en nuestra historia: en seguida no encontrándolo bien hecho S. M. lo quemó en nuestra presencia y ordenó varias veces el rehacerlo hasta que le encontró á su gusto.

"El señor limosnero quiso hacer presente que S. M. no podia ocultar el nacimiento de un príncipe; pero el rey respondió que para ello habia una razon de Estado.

"En seguida nos ordenó de firmar nuestro juramento; el canciller fué el primero que lo hizo, despues, el señor limonesro, el confesor y yo: tambien fué firmado por el cirujano y la partera que asistió á la reina, y el rey lo agregó en seguida al proceso verbal que llevó consigo y del cual no he vuelto á oir hablar.

"Recuerdo que S. M. se entretuvo hablando muy bajo con el señor canciller sobre la fórmula de dicho juramento, por largo tiempo.

"Despues de esto, la partera se hizo cargo del niño nacido al último, y como siempre se temió que hablase demasiado sobre su nacimiento, me ha dicho que á menudo la amenazaban con darle la muerte si hablaba algo sobre el particular. Al mismo tiempo nos fué espresamente prohibido á los testigos del nacimiento de aquel niño, el hablar de ello aun entre nosotros, bajo ningun pretesto.

"Ninguno ha violado aún ese juramento porque S. M. nada temia mas despues de ello, que la guerra civil que aquellos dos niños nacidos á un mismo tiempo, podian suscitar. Cuando el cardenal se encargó mas tarde de la superintendencia y educacion de aquel niño, siempre le mantuvo en su temor.

"El rey nos ordenó tambien que ecsaminásemos escrupulosamente á aquel desgraciado príncipe, el cual tenia una berruga sobre el codo derecho, un lunar en el pescuezo y otra berruga mas pequeña en el muslo; ambas señales en el mismo lado que la del codo. El objeto del rey al hacernos tal encargo, era el de que, para el caso de que muriese el delfin, poner en su lugar al real niño que iba á darnos á guardar; para el efecto requirió nuestra firma en el proceso verbal, el cual firmamos y le hizo sellar con un pequeño sello en nuestra presencia.

"Respecto á los sacerdotes que habian profetizado el nacimiento, jamas he vuelto á oir hablar de ellos: verdad es, que tampoco lo inquirí; tal vez el señor cardenal, que fué quien se encargó del misterioso niño, les envió fuera del pais.

"Por lo que respecta á la criatura del segundo príncipe, la señora Peromette lo crió como si fuese suyo haciéndolo pasar por un hijo bastardo de un gran señor, á fin de que no se reparase en el esmero con que lo cuidaba, y en los gastos que hacia; así es que aunque no reconocido, se conocia era un hijo querido y rico.

"Cuando el príncipe fué algo grande, monseñor el cardenal Mazarin que se encargó de su educacion despues del cardenal de Richelieu, hizo que me lo entregasen para instruirlo, y lo eduqué, aunque en secreto como al hijo de un rey.

"La señora Peromette continuó sirviéndole hasta la muerte con adhesion de ella á él, y aun mayor de él á ella; así es, que el príncipe recibió su educacion en Borgoña, y en mi propia casa, con todo el cuidado que es debido al hijo de un rey y hermano de rey.

"Con la reina madre tuve frecuentes conversaciones durante el tiempo de las revueltas de Francia, y S. M. parecia temer que si alguna vez el nacimiento de aquel niño llegaba á ser conocido en vida de su hermano el jóven rey, algunos mal contentos formarian de ello motivo para rebelarse, pues que muchos médicos pensaban que de dos niños gemelos, el nacido al último era el que habia sido concebido el primero, y por consecuencia el que por derecho era rey.

"Este temor sin embargo no pudo hacer jamas qué la reina destruyese las pruebas que por escrito ecsistian de su nacimiento, porque en caso de que el jóven rey muriese, estaba resuelta á hacerle reconocer como su hermano, aun cuando ya tuviese otro hijo: me ha dicho varias veces, que conservaba con mucho cuidado aquel documento, en el cofrecito de sus alhajas.

"En cuanto al infortunado príncipe, le di toda la educacion que yo quisiera se me hubiese dado á mí, y aun los hijos reconocidos de los príncipes, no lo reciben

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejor. Lo único que tengo que reprocharme, es haber hecho sin querer la desgracia del príncipe.

"Hé aquí, cómo:

"A la edad de diez y nueve años tuvo un vivo deseo de saber quién era, y como veía mi resolucion de ocultárselo, pues cuando mas me colmaba de súplicas mas firme me mostraba en mi silencio, resolvió ocultar su curiosidad y hacerme creer que pensaba que era hijo mio nacido de un amor ilegítimo. Cuando me llamaba con el nombre de padre y estábamos solos, yo le decia que se equivocaba; pero no combatia el sentimiento que él afectaba tal vez con el objeto de hacerme callar, y no volvia á inquerirme mas sobre quièn era.

"Dos años habian pasado, cuando una desgraciada imprudencia mia, que me reprocharé toda la vida, le hizo conocer quién era. El sabia que el rey me enviaba de tiempo en tiempo mensageros y cometí la imprudencia de dejar abierto el cofre donde guardaba las cartas de la reina y de los cardenales. Leyó una parte de ellas, y con su penetracion adivinó lo demas. Despues él mismo me confesó que se estrajo la carta mas espresiva y que mas marcaba su nacimiento.

"Me acuerdo que á la amistad y respeto hácia mí con que le habia educado, se succedió un trato inquieto y aun brutal; pero no pude reconocer el motivo de aquel cambio porque jamas he sabido cómo pudo saber lo que tenia en el cofre, ni me ha querido confesar porque medio lo supo: tal vez para ello fué ayudado por alguna persona qne no quiso dar á conocer, ó tal vez tuvo algunos otros medios.

"Un dia, cometió la imprudencia de pedirme el retrato del rey Luis XIII y el del rey reinante. Le respondí que los que habia hechos eran tan malos, que esperaba los hiciesen mejores para tenerlos en mi casa.

"Esta respuesta no le satisfizo y fué seguida de la demanda que me hizo de ir á Dijon. Despues he sabido que su objeto era, el de ir á ver un retrato del rey que estaba en Saint-Jean-de-Luz, con motivo del casamiento del infante. Queria ponerse en paralelo con su hermano y ver si se parecia á él. Tuve conocimiento de un proyecto de viage que hizo y no me separé de él.

"El jóven príncipe era bello como un amor, y el amor le sirvió para procurarse un retrato de su hermano. Desde algunos meses hacia, una jóven gobernante de la casa, le habia agradado; la acariciaba tanto y la tenia tan complacida, que á pesar de la prohibicion que tenian las criadas de no darle nada sin mi consentimiento, ella le dió un retrato del rey.

"El desgraciado príncipe le reconoció, y podia reconocerlo, pues que se parecian ambos tanto, que un mismo retrato podia servir á los dos. La vista del retrato le enfureció á tal grado que se vino á mí diciéndome:—"Mirad á mi her-"mano y mirad quien soy!»—añadió enseñándome una carta del cardenal Mazarin, la cual me habia robado.

"Tal fué la escena del reconocimiento.

"El temor de que el príncipe se escapase de casa para ir al casamiento del rey, me hizo temer aquel suceso; así, pues, envié un mensage al rey para informarle de lo sucedido y pedirle nuevas instrucciones.

"El rey por conducto del cardenal envió la órden de que al príncipe y á mí se nos encerrase, hasta nueva òrden, haciéndole saber que su pretension era la causa de nuestra desgracia.

"He sufrido con él en nuestra prision, hasta el momento en que mi juez en el cielo, pronunció la hora de dejar el mundo.

"En ese momento solemne, no puedo rehusar á la tranquilidad de mi alma, ni á mi discípulo, una especie de declaracion que le indicará los medios para salir del estado ignominioso en que està en caso de que el rey muriese sin tener hijos. Puede acaso un juramento forzado obligar al secreto respecto à anécdotas increibles que es necesario dejar á la posteridad? Que Dios, ante quien voy á hablar, sea mi juez.»

Este precioso documento lleva en sus menores detalles un carácter tan sorprendente de verdad, que deja poca duda sobre el verdadero estado del *Máscara de fierro*, nos inicia en el riguroso espionage del cual era objeto aquella real víctima ántes de conocer quién era, y documentos no ménos ciertos, van á iniciarnos en la dura cautividad de la víctima desde el momento en que supo quién era.

Los primeros dias de la cautividad del *Máscara de fierro* con su primer gobernador, han quedado enteramente desconocidos. Algunos documentos, la mayor parte de ellos demasiado vagos, podrian hacer presumir que ambos fueron encerrados en el fuerte d'Exiles; pero nada hay que lo patentice de un modo poco mas ó ménos cierto. Parece que esos dias, aun no se habia imaginado el cubrirle el rostro con la máscara, y que esta medida solo fué adoptada despues de la muerte de dicho primer gobernador, lo cual fué una inspiracion de Luis XIV, ó de Louvois, únicos dueños entónces de aquel secreto de Estado.

Habia en los guardias del rey, un hidalguillo de Champagne, señor de Dinion y de Patteau; su nombre era Benigno d'Auvergne y Saint-Mars. Este era un hombre alto, flaco, seco, de un fisico decrépito y de rostro descolorido y cadavèrico, ojos pequeños, bizcos, grises y cubiertos de rayas sanguinolentas: su boca era grande y deforme; sus lábios delgados y de un color violado muy pronunciado, se hallaban afectados de un movimiento nervioso casi incesante y que daba al conjunto de aquella fisonomía una contraccion espantosa. A primera vista se conocia que era imposible encontrar ningun sentimiento generoso bajo aquella odiosa cubierta, y si como suele decirse, las facciones del rostro son el espejo del alma, jamas ha habido uno que reflejase mas bajeza y maldad.

Antes de haber sido admitido en los guardias de Corps Baillí de Sens habia casado á fin de hacer fortuna con la hermana de una señora Dufreney, querida de Louvois, quien despues de algunos años habia enviudado y vuelto á con traer matrimonio con la hija del primer gobernador de el *Máscara de fierro*.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

el mismo de quien hemos ya citado la confesion que hizo; con este doble título fué escogido por Luis XIV y Louvois para carcelero del desgraciado príncipe.

Tan luego como el rey y su ministro tuvieron concluido el plan infernal fraguado contra aquel desgraciado, y hubieron designado á Saint-Mars para ejecutarlo, este último fué introducido una noche en el gabinete real.

El rey estaba solo, y aunque acostumbrado á aquellas malas acciones, la que iba á cometer parecia le agitaba mas que ninguna otra. A pesar de su dejadez habitual, se paseaba á grandes pasos delante de Sain-Mars, dejando escapar de tiempo en tiempo algunas palabras reprimidas en las que se revelaba toda la perversidad de aquella alma real.

—"El prisionero que se os va á confiar,—le dice,—no debe ser visto por nadie..... Una máscara de fierro cubrirá noche y dia sus facciones..... Si él las dejase ver, que se le mate..... Si algunas otras personas á mas de vos, sea á propósito, sea aun por un caso fortuito, le viesen, haced que se les dé muerte. ..... Si apesar de todo lo dicho, este secreto de Estado se transpirase, vuestra vida es responsable de ello..... Id: haceos digno de las bondades de vuestro rey. Louvois os dará las demas instrucciones."

Aquel hombre salió de allí, vendido en cuerpo y alma al rey, para ser instrumento del martirio de otro.

Al otro dia Louvois le remitió las instrucciones siguientes:

"A las instrucciones verbales que habeis recibido del rey y de las cuales po-"deis meditar á vuestro antojo el valor, agregad estas:

"Trataréis al prisionero con el mayor respeto.

"Podeis aún, en caso de necesidad y sin degenerar por ello, servirle en la "mesa.

"Su mesa será servida con lujo.

"Todo lo que desee respecto á vestidos, ropa interior, muebles y superfluida-"des de la vida, le será concedido.

"El prisionero queda enteramente libre en la noche y en el dia.

"Cuando vaya á misa ó á paseo, le está espresamente prohibido el hablar y el "enseñar su rostro á nadie. Dos inválidos le acompañarán, llevando sus fusiles "cargados con bala con órden de hacer fuego, contra el que contraviniese esta "cláusula. Un lacayo, un médico y un capellan, estarán agregados al servicio "del prisionero. Los dos últimos solo comunicarán con él, en presencia vuestra.

"El rey se fia en vos y os dá facultad para que hagais lo que creais á propó-"sito respecto á los sirvientes, bajo el concepto de que el prisionero, buscará na-"turalmente todos los medios posibles para lograr seducirlos; así, pues, se os de-"ja el que tomeis las precauciones convenientes para impedir la seduccion.

"Sed prudente y sábio y tomad vuestras medidas de modo que podais evitar "todos los inconvenientes.

"S. M. desea que el prisionero no abuse de la confesion; así, pues, le autoriza-



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"réis para que se confiese solamente en las cuatro grandes fiestas del año, y sal-"vo el caso de alguna enfermedad grave, restringiréis el permiso á solo esos dias.

"Sabeis que respondeis del prisionero con cuerpo y alma; tambien os dá el "rey poder absoluto de vida y muerte sobre los criados, soldados y gentes que "empleis y escojais á vuestra voluntad, siendo siempre de vuestro cargo, el dar "cuenta del prisionero. El rey, pues, confia en vuestro talento y equidad res-"pecto á los castigos prontos y ejemplares de los delitos que se cometan en el in-"terior de la prision, y ratifica desde ahora todo lo que juzgueis á propósito "ordenar sobre el particular, rogando á Dios que os tenga en su santa gracia.

"Escrito en Fontainebleau, el 30 de Julio de 1666.

"Firmado.—*Letellier.*

"Para ampliacion.—*Louvois.*»

Provisto con este poder en regla Saint-Mars fué á unirse á su prisionero al fuerte d'Exiles, y segun se cree, le condujo de allí á Pignerol: los detalles de la traslacion y del nuevo domicilio nos faltan completamente, en consecuencia no le seguirémos en ello. De este último punto, el *Máscara de fierro* fué transferido á las islas de Santa Margarita, donde ensayarémos levantar una punta del velo de aquella ruda y larga cautividad.

Cuando en 1681, Saint-Mars fué nombrado gobernador de las islas de Santa Margarita, hacia de catorce ó quince años que el *Máscara de fierro* estaba confiado á su cuidado. A pesar de tanto tiempo de martirio, ningun acento habia salido de la prision, así es, que la historia no puede contar para el apoyo de su relato mas que los reproches de algunos párrafos de cartas ministeriales. En el fuerte de Santa Margarita todo es distinto á los otros, y en todo él se ve aparecer el aparato del mas formidable y espantoso sistema de terror.

La isla de Santa Margarita es una de las islas Lerísis, y la mas prócsima á la tierra firme, de la cual dista diez minutos de travesía.

Dicha isla, antiguamente se llamaba *Lero*, nombre derivado de un templo erigido ántes en aquel lugar, en honra de los héroes de *Lereau*, divinidad Celto-legiana, segun dicen. Esta palabra y la de *Héron*, son una misma, su primitivo es *Her*, que significa señor en todos los dialectos Celto-legianos, y de donde se deriva la de héroes en latin, en frances, y en provincial. Los celtas y los galos adoraban bajo el nombre de Dios de la fuerza y del valor, á Hércules.

El pájaro llamado *héron*, el cual es muy comun en las islas de Lerísis, le estaba consagrado.

En 1635, los españoles se hicieron dueños de dicha isla, construyeron en ella algunas fortificaciones de las que una se llama el puerto de Aragones y comenzaron la ciudadela en el lugar donde se encontraba el fuerte Montrey. Habiendo sido en seguida dueños de la isla los franceses, concluyeron la construccion de dicho fuerte para defender así el golfo Juan y la rada de Cannes, y allí fué donde se transfirió al *Máscara de fierro*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

La prision del fuerte no parecia bastante segura, y se construyó una espresamente para el prisionero.

Louvois escribia en Abril de 1687 á Saint-Mars:—"No hay inconveniente alguno en cambiar al caballero de Thezat (Lauzun) de la prision en que está para poner en ella vuestro *prisionero*, interin está lista la que le preparais."

"Esa prision, dice Piganiol de La Force [*Descripcion de la Francia*, 1753, tomo 5. °] era la prision mas segura que ecsistia en Francia. Solo recibia la luz por una ventana que daba al mar construida á quince piés de altura del camino de ronda; ademas, aquella ventana abierta en un muro muy grueso, estaba defendida por tres rejas de fierro puestas á distancia igual una de otra, lo que daba un intervalo de dos toesas, entre los centinelas y el prisionero. Cada media hora se alternaban las rondas y los centinelas eran relevados cada tres horas.

Una escalera construida en la pared y cerrada á cada veinte escalones por una puerta de puente levadizo detras de la cual habia siempre una persona de faccion, era la única salida que habia: por ella, se bajaba al principal cuerpo de guardia de donde se pasaba al jardin del gobernador.

Amurallado por los tres lados por las paredes de la prision, aquel jardin plantado de naranjos, higueras y árboles frutales de todas clases, estaba rodeado por el cuarto lado, por una multitud de rocas inaccesibles cuyos piés bañaban las olas del mar. Al fondo del jardin del lado del mar, se encontraba un hoyo en forma de pozo, por el cual solo se bajaba con estrema dificultad ayudado por algunos escalones de piedra en los que apénas cabia el pié, y conducia á un subterráneo muy estrecho que iba á confinarse en el mar. Este lugar era llamado *los oubliettes* [calabozos]. Aún ecsisten las ruinas de él, y la tradicion dice que, cuando un prisionero de Estado moria en el castillo, ya fuese de muerte natural, ya violenta, á fin de que nadie supiese su muerte, bajaban el cadáver durante la noche á aquella cueva, despues le amarraban una gran piedra al medio del cuerpo, y le arrojaban al mar.

Así desaparecian á un tiempo el crímen y la prueba de él.

Desde que Saint-Mars fué puesto al cuidado de un prisionero, del cual respondia con su cabeza, se rodeó de gentes que con la esperanza de hacer su fortuna, pudiesen y debiesen secundarle con celo.

Uno de sus parientes, mosquetero del rey, M. de Blainvilliers, tenia especialmente el encargo de llevar las noticias confidenciales del gobernador al ministro, y las órdenes de éste al gobernador. Frecuentemente iba de Pignerol ó de Santa Margarita á Versalles ó á San German, llevando despachos secretos concernientes al *prisionero:* bajo este nombre designaban el gobernador y el ministro al *Máscara de fierro.*

Otro de sus parientes llamado *Corbé,* señor de Erisnout, teniente en la compañía francesa y encargado de la vigilancia de los prisioneros, era el confidente y ausiliar de Saint-Mars.

"*Ese Corbé,* dice Constantino de Remeville en su *Inquisicion francesa, mas fe*

y mas malo que Saint-Mars, de quien esperaba ser el sucesor, se complacia en hacer verter las lágrimas y sangre de mil desgraciados de quienes las riquezas eran el único precio para con él."

Un provenzal llamado Rosarges, mayor de las compañías francesas, reemplazaba á Saint-Mars en las raras y cortas ausencias que éste se veia precisado á hacer por órden del ministro. "*Ese mayor,* dice el mismo cronista, *era el mas brutal de los hombres. La escesiva cantidad de aguardiente que bebia, le mantenia en un estado de irritacion continua.*»

Era la persona de confianza de Saint-Mars, y tenia especialmente el encargo de vigilar al prisionero enmascarado, con prohibicion espresa de hablarle jamas, so pena de la vida.

Para el efecto, el mayor Rosarges tenia á sus inmediatas órdenes cuatro personas encargadas con especialidad del servicio del prisionero: estas lo eran: el limosnero ó capellan Giraud, *ese mico escecrable,* dice Renneville, *cuyas dilapidaciones y desarreglos le habrian conducido al patíbulo á pesar de su carácter de sacerdote:* el cirujano Abraham Rheil, *operador siniestro de tan mala fama con sus medicinas y á quien Saint-Mars daba sus pelucas y sus casacas viejas;* el llavero Ret, que no valia mas que el cirujano y el capellan; y en fin, el capitan de las puertas Lécuyer, *quien siempre,* dice Renneville, *era mas malo que las demas y tenia una especie de temor á Dios.*

Si á ellos se agregan dos lacayos que solo en ausencia del gobernador podian hablar al prisionero, y á los que frecuentemente se les cambiaba, sin que jamas se volviese á saber de ellos, se tendrá una idea del personal con que Saint-Mars habia rodeado al *Máscara de fierro* en Santa Margarita.

No debemos omitir á madama Saint-Mars, hija noble de Borgoña con quien el gobernador se habia desposado en segundas nupcias, quien sin saberlo M. de Saint-Mars, habia sido un incidente en la vida del prisionero, y que por su desgracia debia serlo aún.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

La prision que Saint-Mars habia mandado construir para el *Máscara de fierro* y en la que este infortunado debia vivir doce años, despues de haber pasado trece en Pignerol y dos ó tres en Exiles, comprendia la mitad del tercer piso de un grueso torreon rodeado de fortificaciones. Dicha habitacion se componia de un vasto aposento muy alto de techo y formando un triángulo: cada estremo de sus ángulos estaba cortado por columnas unidas que representaban un ecságono gracioso. En los ángulos del triángulo, habia tres gabinetes, de los cuales, uno servia de guarda-ropa del prisionero, otro de alcoba, donde dormia uno de los dos lacayos encargado de su custodia de noche y de dia, y en el que, miéntras uno dormia el otro velaba: en el tercero, habia una chimenea gótica, cuya campana recargada de ornamentos de arquitectura, se estendia magestuosamente, rodeada por un ligero y elegante bordado de encages de piedra: la bóveda era blanca y surcada de espigas que reuniéndose todas en una llave de la cual colgaba un anillo de fierro, sostenian una lámpara pendiente de dicho anillo y la que ardia durante toda la noche.

Una sola ventana con vista hácia el mar, daba luz al aposento: esta ventana estaba cerrada por dentro con barras de fierro, y por fuera con una reja de alambre del mismo metal: una vidriera de pequeños vidrios engastados en plomo y cubierta de polvo, la cual solo se abria cuando el gobernador lo ordenaba, formaba una tercera cerradura que en el verano interceptaba las frescas ecshalaciones de la mar y en el invierno metamorfoseaba los vivificantes rayos del sol de Provenza en lívido crepúsculo.

El ajuar de aquel lugar, era de mas magnificencia del que se acostumbraba en una prision. Una tapicería de Bérgamo bastante fresca, representando una reunion de amores aislados, bastante mal á su pesar en una prision de Estado, cubria las paredes; unas planchas de madera interceptaban la humedad del enlosado de piedra, una gran cama con doradas esculturas, baldoquin y telas recamadas, colchones de lana de Alejandria, paños de finas telas y corbetores con grandes dibujos, se veían por un lado: por otro, una mesa vasta de ébano con piés torneados y engastados en cobre dorado, un gran cofre de madera esculpida, un gran sillon de cuero, en el cual el prisionero pasaba muchas noches siendo presa de una amarga agonía, algunos escabeles para los sirvientes ó el gobernador cuando el

prisionero le permitia tomar asiento en su presencia, y en fin, un elegante armario con vidrieras formando una biblioteca y conteniendo algunos libros que se renovaban uno á uno despues de un escrupuloso ecsámen de su contenido. En vano se hubiese buscado en aquella habitacion una pluma, tinta, papel, lapiz ó alguna cosa que pudiese dar al prisionero modo de hacer saber su gran infortunio.

Tal era el lugar donde un desgraciado debia pasar doce años de su vida, con el rostro cubierto con una màscara de fierro de resortes, cerrada por detras con un candado hecho con tanto arte, que era imposible al prisionero abrirlo sin quitarse la vida: podia comer sin mucha incomodidad, podia enseñar sus dientes ó la lengua en las enfermedades en que el médico lo creyese necesario.

Las únicas distracciones que se le permitian eran, cuando estaba solo, pulsar la guitarra ó divertirse arrancándose los vellos de la barba con unas pinzas de acero muy lucientes y pulidas; doble distraccion, añade Lagrange Chancel [*Año literario* de 1759, tomo 3. °] que parecia complacer al *Máscara de fierro*.

Fuera de su prision, podia pasearse una hora cada dia en el jardin del gobernador, entre sus dos lacayos, con los que le era prohibido cambiar una sola palabra durante aquella hora de paseo. Un toque particular de tambor, anunciaba su salida de la prision, y á ninguna persona, so pena de la vida, le era permitido pasear en el jardin y mucho ménos por el parage por donde pasaba el prisionero.

Tambien podia ir todos los dias á oir la misa, y en el coro, se le habia hecho una silla vuelta hácia el lado del altar. Sus dos lacayos se ponian á su lado y dos inválidos se colocaban detras, apuntándole con sus fusiles para el caso que voltease á hablar con los asistentes á la iglesia.

Por lo demas un vasto sistema de espionage se habia organizado á fin de que lo mas insignificante del menor de sus actos no quedase ignorado del gobernador.

Hé aquí una carta de Saint-Mars dirigida á Louvois, el 11 de Abril de 1487 que dá algunos detalles sobre el particular y que ha sido estractada de los archivos de los negocios estrangeros por Roux-Fazillac.

.....“Independientemente de los dos lacayos al servicio de mi prisionero, de los que el uno vela miéntars el otro duerme, y que tienen bajo pena de la vida, la órden de no responder á ninguna de sus preguntas fuera de las del servicio, y de comunicarme palabra por palabra lo que diga y haga, he hecho practicar en el techo de su aposento, una abertura desde la cual puedo sin ser visto, ver y oir todo.

“Esos dos lacayos, así como mi teniente Rosarge Corbé, el capellan Giraud, el cirujano Rheil, el llavero Rhu, y el capitan de puertas Lecuyer, tienen encargo de espiarlo mútuamente y sin que èl lo malicie.

“Para que se pasee en el jardin, le he destinado dos calles descubiertas, de modo que dos centinelas de mi confianza colocadas en lo alto de las torres, pueden con la simple vista descubrir todo lo que en ellas pasa, teniendo particular

encargo de vigilar que el prisionero no cambie seña alguna con los que le escoltan.

"Las precauciones que he tomado para cuando mi prisionero va á misa son tales que no dejan temor ninguno. La silla en que se coloca está separada del coro y de la nave, por una especie de cancel, de modo que aun el padre que dice la misa y los que la sirven, no pueden verlo.

"Para sus comidas, hay las mismas precauciones que para lo demas. El cuarto del prisionero está precedido por un pequeño vestíbulo donde noche y dia se tiene un soldado de faccion. El espesor de una doble puerta, de la cual solo el capitan Lecuyer tiene la llave, impide que dicho soldado pueda oir lo que se dice en el interior: allí hay una mesa sobre la cual los criados depositan las viandas; el mayor Rosarges las ecsamina todas con una atencion minuciosa, abriendo las gallinas, cortando el pan y las frutas á fin de asegurarse si por ese medio tiene el prisionero alguna inteligencia con el esterior. Hecho el ecsámen referido, uno de los lacayos toma los platos y pasa á servirlos.

"En fin, señor, he tomado todas las precauciones imaginables para que mi prisionero no pueda ver ni ser visto de ninguno: no pueda hablar ni oir á aquellos que quisieran decirle algo, salvo en mi presencia, y la regla que he organizado para el servicio del rey, dá resultados tan admirables, que no solo me son comunicados los mas insignificantes actos del prisionero, sino aun los de las personas ocupadas en su servicio.

"La abertura que contra el gusto de todo el mundo he ordenado hacer en el techo del aposento del prisionero, me pone en actitud de poder por mi mismo ratificar las noticias que se me dán y aun de completar en caso de necesidad, una que otra circunstancia que sea por olvido ó inadvertencia, se creía poder omitir y he conseguido con tales revelaciones inesperadas, infundir una especie de sistema de terror que hace mayor la seguridad y regulariza de la manera mas perfecta el buen servicio del rey.»

Con fecha 30 de Mayo, Louvois respondia á esta carta de Saint-Mars.

"Nada se puede agregar á las precauciones que habeis tomado para la seguridad de *vuestro prisionero*, y no podré daros mejor consejo que el de que sigais tal cual habeis comenzado.» [Estractado de los propios archivos por el mismo.]

Asi, pues, el infortunado *Máscara de fierro* veia noche y dia por aquel continuo espionage, agregarse una intolerable agonia á la agonia incesante de su vida, no pudiendo ni aun gemir en secreto, pues su orgullo se indignaba á cada momento al ver que su infortunio tenia testigos; así es que sufria doblemente teniendo que contener sus lágrimas, lágrimas que vertia á sus solas.

Todas las revelaciones concernientes á él, van de acuerdo en un punto, y este es, el de su retrato. Era de una talla mayor que la comun, admirablemente bien hecha; sus modales eran nobles y distinguidos; el sonido de su voz era bastante á hacer que el que la oía le quisiese: jamas se quejaba, pues la fortaleza de su alma se lo impedia, salvo cuando el caso ó el rigor de su suerte parecia estender

se á los que le rodeaban: entónces entraba en una verdadera desesperacion, la cual no podia mitigar Saint-Mars, á quien ásperamente con términos amargos y tuteándolo, segun acostumbraba siempre, le hacia presente la superioridad de su nacimiento y se vengaba de él humillándole como al último de sus lacayos. En cualesquiera otra circunstancia, le era genial una dulzura, una paciencia y una resignacion angélicas.

Cuando uno veia á aquel hombre cubierto el rostro por una máscara de acero, en vano era buscarle la luz sobre su cara inerte. Solo se veía la sombra, y ecsaminando de cerca aquella sombra, se distinguia sobre su melancólica imagen, un pensamiento siniestro, frio, impasible. Se veía un fenómeno estraño ocultarse bajo aquel drama. Bajo ese disfraz inflecsible, la vida aparecia poderosa, condenada; aparecia con tal necesidad de hacerse conocer, que en ciertos momentos talmente se creía verla manifestarse á través del acero; animarse, cual se hubiese animado un rostro humano. La máscara tomaba entónces todo el aire de la naturaleza, y cualquiera hubiese creído que miraba las venas palpitantes, los lábios que se movian, unos ojos que brillaban, y sienes que latian. La máscara se hacia hombre, y aquella hoja de frio acero, insensible en apariencia, no era en realidad mas que la máscara que ocultaba una vida potente, ardorosa, aspirante á reproducirse por entre su prision de acero, como la llama aspira á deshacerse de aquello que le embaraza en un lugar donde se ha intentado reconcentrarla.

Conocido como lo está ya el hombre, veamos los hechos.

En los primeros dias en que el *Máscara de fierro* fué encarcelado en Santa Margarita, se encontraba aún bajo la impresion de una de esas grandes catástrofes que han marcado diversas fases de su larga cautividad y que en gran parte han quedado en el olvido: crímenes inconocibles que la historia no puede ni aun clasificar.

Uno de los sirvientes de su servicio, que tal vez tuvo la imprudencia de dejar entrever un simple sentimiento de piedad hácia el desgraciado á quien servia, despertó las desconfianzas de Sain-Mars, y sin que nadie supiese cómo ni de qué manera desapareció y no volvió á saberse de él. Se le reemplazó con otro.

A cada una de esas sustituciones de caras cuyos motivos y objetos se le dejaban ignorar al prisionero, este desgraciado se ocupaba muy poco de la causa del cambio, y sea porque le fuese penoso el ver nuevos testigos de sus angustias, sea porque deploraba aquella fatalidad que parecia caer sobre todo el que se le aproccimaba, entraba en uno de aquellos accesos febriles de cólera que por su fiereza, parecian serle geniales en todas circunstancias.

Era una fria noche del invierno de 1687: uno de los criados que le servian un año hacia, poco despues de haberle dado en el dia una insignificante marca de interesarse hácia su persona, cayó repentinamente enfermo y le fué indispensable recogerse en la alcoba del aposento del prisionero. Este no creyò que su criado tuviese otra cosa que una ligera indisposicion, y se acostó. A media no-

che, y miéntras él dormia, el mayor Rosarges entra con pasos de lobo al aposento, penetra en la alcoba, toma en brazos el cuerpo del criado muerto ó moribundo, y deja en su lugar á otro nuevo. Al despertar al otro dia el *Máscara de fierro*, al ver aquella nueva cara, sospecha lo que ha sucedido y pide hablar al gobernador.

Saint-Mars se hizo esperar mucho tiempo pero al fin llegò.

—Siéntate, comandante Saint-Mars,—le dice el prisionero, arrojándole rudamente un taburete,—te lo permito, y hablemos.

Saint-Mars se sentó.

—Sabes, continuó el *Máscara* parándose delante de él y cruzando los brazos, —que es preciso que seas un famoso canalla para haber matado tambien á ese pobre de Champagne? Ved, echa la cuenta, la tercera persona que muere á mi servicio desde que tú eres mi carcelero.

—Lo creeis, monseñor? dijo Saint-Mars que habia adoptado por sistema oponer una calma insolente á la cólera de su víctima.—En efecto,—añadió despues de un momento;—echa la cuenta, van ya tres. Picazo fué ahogado; Bourguignon, ahorcado; y Champagne..... á fé mia, no sé mucho respecto á lo que se ha hecho.

Y volteándose hácia el mayor Rosarges que estaba de pié en la puerta del vestíbulo:

—Rosarges, qué has hecho de Champagne?

—Champagne, mi comandante, lo he dado á guardar á los peces del mar.

—¿Tuviste cuidado de ponerle lastre, á fin de que nada le falte en el camino?

—Sí, mi comandante, le puse una gran piedra amarrada con una buena cuerda al rededor del cuerpo, pero el pobre diablo no necesitaba de ello, pues cuando me lo llevé, no se movía ya para nada.

No importa,—replicó Saint-Mars,—dos precauciones valen mas que una.

Y dirigiéndose al prisionero:—Monseñor, ya estais perfectamente al corriente de la suerte de Champagne: si no deseais saber algunas otras noticias, permitidme el retirarme: el servicio de la prision ecsige mi presencia.

Ese sistema de calma, esa amarga ironía, entraba en el plan de Saint-Mars. Desde qne tenia á su cargo al prisionero, pudo èstudiar su carácter altivo y arrogante por naturaleza, y habia observado que si la cólera le hacia salir de los límites de aquella resignacion que él mismo se tenia impuesta; cualquiera chanza, por atroz que fuese, le podia mas que toda la desgracia que le abrumaba, que la subordinacion á que estaba reducido, y sea por desdén ó reflecsion, su orgullo natural se sobreponia: su cólera se contenia como por encanto, y desdeñaba quejarse por mucho tiempo.

Esta vez, por alguna cosa que no se ha podido descubrir, la muerte del último criado le fué mas sensible que la de los otros, sea cualesquiera que fuese el motivo, y paràndose detras de Saint-Mars, que se disponia á salir del aposento:

—Viejo bribon!—le dice,—has hecho al ménos que se le diesen los socorros de la religion á ese desgraciado de Champagne, ó has sido bastante impío para hacerte responsable de sus pecados ante Dios?

—Temo,—dijo Saint-Mars con la misma calma,—que haya muerto sin confesion.

—¿No tienes bastante con tus pecados para condenarte eternamente, verdugo de cuerpo y alma? Si alguna vez estoy en libertad, el primer uso que haré de ella, será desafiarte.

—Su Magestad ha prohibido el desafio, monseñor.

—Pues bien, te haré colgar.

—No hago mas que cumplir con mi deber, monseñor.

—¿Es acaso tu deber el hacer que perezcan las gentes sin confesion? ¿Es tu deber perseguirme noche y dia sin descanso, ni tregua? ¿De qué alma maldita eres instrumento, para complacerte en atormentar á un hombre inocente, en el suplicio de una deplorable víctima?

—Monseñor, el rey....

—Profanas su nombre, miserable! El rey no puede haberte dado tales instrucciones: tù eres bastante capaz de inventarlas tan refinadas de barbarie, tan perseverantes en lo injusto, tan bajas y tan vergonzosas. Tales acciones, nada tiene que vengan de una persona real, porque son viles y despreciables. Tú, tú solo eres capaz de detenerme en un torreon donde me falta el aire y la luz, donde muero lentamente.

—Morir vos, monseñor! Ayer mismo escribí al rey que estábais en estado de sufrir aún treinta años de cautividad, y espero en todo ese tiempo tener el honor de continuar mis servicios cerca de vos, y de daros todos los dias pruebas de mi respeto.

Y al decir esto, Saint-Mars saliò.

En las ocasiones poco mas ó ménos frecuentes, en que el *Máscara de fierro* tenia esos accesos de cólera, si no cedian al sistema de sangre fria é ironía adoptado por Saint-Mars, este tenia un medio casi infalible para reducir à su prisionero.

Hé aquí cuál era ese medio.

Cuando desde la abertura por donde espiaba à su prisionero, veia succederse á aquella tempestad del alma, una especie de postracion fisica, iba á verle, tomaba el tono mas dulce y meloso que podia para hablarle; se afligia de sus padecimientos, y casi se escusaba de la dura necesidad en que se hallaba de manejarse así, terminando aquel hipócrita comportamiento, diciendo como por incidente ó casualidad, las siguientes palabras: "Preguntad mas bien á Madame de Saint-Mars, si no tomo sobre mì, el torturar las instrucciones que se me dan, en obsequio de vuestra suerte."

Este nombre, *Madame de Saint-Mars*, era para el *Máscara de fierro* un verdadero talisman. No se pedia cuenta ni de la causa, ni del motivo de tal efecto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

cuyo orígen era uno de esos arcanos misteriosos del corazon, que jamàs habia ensayado sondear; pero le parecia que en ello ecsistia alguna cosa que era necesaria á su vida. ¿Era acaso un recuerdo? ¿Era acaso una esperanza? Lo ignoraba; pero sea lo que fuese, aquello le tranquilizaba el alma, y jamás dejaba de tomarle la palabra á Saint-Mars, diciéndole: "Traed á Madame de Saint-Mars, y venid á comer conmigo." Saint-Mars se inclinaba, respondiendo:

—"Monseñor, Madame de Saint-Mars y yo, tendrémos ese honor."—Y la paz quedaba hecha.

Este incidente de la vida del *Máscara de fierro*, ignorado hasta estos dias, es todo un drama en la vida dramática de aquel infortunado. He tomado los pormenores de él, de un manuscrito de 1728, que hacia parte *de una recopilacion de escritos oficiales manuscritos*, que escapó á las activas pesquisas de otros laboriosos historiadores que buscaban alguna luz sobre el objeto de que tratamos. A los buenos oficios del sábio bibliotecario de la ciudad de Paris, M. Bailly, debo el haberle visto y poseido.

Pero por lo mismo que ese drama solo se liga por incidente á la cautividad del *Máscara de fierro*, es preciso dar aquí algunas aclaraciones.

Recordará el lector haber visto en la relacion mencionada ya, de los primeros años del *Máscara de fierro*, que este desgraciado conoció el secreto de su nacimiento, viendo el retrato de Luis XIV. Segun la *Memoria*, dicho retrato le fué dado por una jòven gobernante, en quien el amor habia arrojado algunas flores sobre los primeros años de su adolescencia.

Esta gobernante no era otra sino la hija del primer gobernador del príncipe, cuyo nombre, como ya se ha visto, ha quedado ignorado, pero debia ser un hombre de consideracion por su nacimiento, para estar como estaba en la corte de Luis XIII, gozando por encargo ó en calidad de favorito, la íntima confianza del rey, de la reina y del cardenal de Richelieu. Como padre, el gobernador echó sin duda un velo á los amores de su hija y del príncipe, cuya educacion le habia sido confiada; asì es, que en su relacion hecha al rey respecto al retrato dado al prisionero, lo hizo, dando como autora del hecho á una jóven gobernante. Ademas, las órdenes de la corte eran ya tan severas respecto al príncipe, que todo el que tendia á penetrar el misterio de su nacimiento, estaba condenado sin piedad á perecer con su secreto. El honor, pues, de su casa, y la seguridad de su hija, ecsigian al gobernador la sustitucion que hizo del personage.

Esta jóven se llamaba Etiennette: su nombre de familia, así como el de su padre, se ignoran. Todo lo que se sabe es, que era de una buena casa de Borgoña, sin que por esto se haya podido sacar el nombre de familia.

Despues de la aventura del retrato, que segun parece, habia sido antecedida de otras muy romancescas, su padre trató de casarla, y poco tiempo ántes de su muerte, le habia acordado su mano al comandante Saint-Mars, quien debió á

dicho enlace el cargo de carcelero principal del *Máscara de fierro*, con el que Luis XIV le invistió.

Saint-Mars ignoraba todas estas circunstancias, y la misma Madame de Saint-Mars, desde que el *Máscara de fierro* estaba en Pignerol y en las islas de Santa-Margarita, solo le habia visto enmascarado, y no sospechaba que aquella máscara de fierro, le ocultaba las facciones del objeto de sus primeros amores. Como las órdenes de la corte eran las de no rehusar al prisionero ninguna de las dulzuras de la vida en todo aquello que fuese compatible con el misterio que se ecsigia, movida por ese sentimiento de piedad tan natural en las mugeres, de interesarse por los grandes infortunios, ella habia pedido á Saint-Mars que la dejase el cuidado de proveer al prisionero de toda la ropa blanca fina que necesitase. Saint-Mars encontró el pedido tanto mas natural, cuanto que dichos artículos son mas bien atribuciones de una muger, que de un gobernador de una prision.

Desde ese instante, el prisionero, que tenia gusto particular para su ropa blanca, para los encajes, que entónces se usaban con profusion, los vestidos suntuosos que se hacian de géneros convenientes á las estaciones, no tuvo nada que desear. Regularmente, todos los años se le hacian vestidos para el estío, el invierno, la primavera y el otoño, como á los señores mas coquetos de la corte.

Las pecheras, puños, encajes y cintas que usaba, eran del mejor gusto, y su *chiffoniere* (1) como se les llamaba entónces, en nada tenia que estrañar el retrete de una coqueta. Madame de Saint-Mars lo proveía todo con una solicitud de hermana, sin siquiera sospechar, así como tampoco el prisionero, el móvil secreto que á ello la impulsaba, y aquel tierno interés de un corazon de muger, en la situacion desgraciada en que él se encontraba, no habia tal vez dejado de contribuir en algo en aumentar en el *Máscara de fierro* el gusto tan pronunciado que tenia por la ropa y la elegancia.

Sea lo que fuere, hé aquí las reflecsiones que ese gusto del prisionero inspiró al autor de *las Memorias del Mariscal de Richelieu* (Lóndres, 1790, tom. 1.º): "El gusto del prisionero por la ropa fina, que la muger del gobernador del fuerte de las islas de Santa-Margarita, tenia cuidado de procurarle, provenia necesariamente de aquella vida perpetuamente sedentaria: las variaciones del aire libre, los movimientos ordinarios al cuerpo en las costumbres de la sociedad, el ejercicio de todos los sentidos, no habian quitado á sus órganos aquella escesiva sensibilidad que pertenece á los religiosos, á los jóvenes educados en la molicie, y á las damas mas delicadas. La sangre, durante la inaccion, reposa en todas las estremidades del cuerpo; la epidèrmis que la cubre está vivificada por ella; el tacto es perfecto, la sensibilidad esquisita, y la accion de los objetos interiores se hace sentir con mas fuerza por entre un sentido tan delicado. Las personas acostumbradas à viajar ó á hacer mucho ejercicio, las gentes del cam-

(1) Llámase así á la persona que surte de dichos objetos. (Nota del traductor.)

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

po y aquellos que se ocupan de trabajos dificiles, son por el contrario ménos sensibles á la impresion de los objetos esteriores. No debe uno sorprenderse, pues, que ese príncipe, encerrado desde su niñez, y que no conocia ni el uso de los piés, ni la accion del aire sobre sus sentidos, ni los movimientos de una alma libre, tuviese la piel estremamente delicada: verdaderamente no era gusto lo que tenia, sino una necesidad de lienzos finos, y *sin duda, la mano por donde ellos le iban, le hacian mas imperiosa y mas querida aquella necesidad.*"

Dejando á un lado el pequeño descubrimiento fisiológico del autor de las *Memorias del Mariscal de Richelieu*, en sus últimas palabras, que vienen en apoyo de las *Memorias manuscritas* que tenemos á la vista, se encuentra el motivo verdadero del gusto del prisionero por los lienzos finos, y esas palabras ocultan todo un drama, el cual vamos á dar á conocer con algunas de sus minuciosidades.

Saint-Mars amaba á su muger, y le concedia sin repugnancia todo lo que era compatible, sin perjuicio de su servicio.

Cuando ella le pidió el encargo de proveer al prisionero de la ropa blanca que necesitase, accedió á ese deseo con tanta mas razon, cuanto que así, pasando esos efectos solo por la mano de Madame Saint-Mars, estaba mas seguro de que nada se introduciria en ellos: el prisionero le manifestó entónces el deseo de dar personalmente las gracias á Madame de Saint-Mars por su benevolencia: el gobernador, que en ello no vió otra cosa mas que un modo de satisfacer, sin que le costase nada, á uno de sus deseos, accedió gustoso; solo que, sea por prudencia matrimonial, ó por cualquiera otro motivo, ecsigió á su esposa se presentase con el rostro cubierto con una especie de máscara de terciopelo negro llamada *loup*, y que las señoras usaban mucho en aquella época.

La vez primera que el *Máscara de fierro* y Madame de Saint-Mars se vieron en presencia del gobernador, solo cambiaron algunas de esas frases tribiales de cumplimiento usadas en casos semejantes. No pudiendo descubrir sus facciones al traves de la máscara que las ocultaba, uno y otro, al sonido de su voz, habian temblado. Ni él ni ella habian sospechado que de la boca que salian aquellos sonidos apagados, habian salido en otro tiempo, palabras ardientes que destrozaron sus corazones, vírgenes entónces á la sensacion de amor. Sin embargo, un instinto del corazon les hizo creer que se conocian; pero este pensamiento mútuo no habiendo podido tener sus miradas por órgano para hacerse comprender por qué estaban ocultos bajo de la màscara; ni la palabra, porque la presencia de Saint-Mars lo contenia, quedò cual queda todo pensamiento que muere al nacer: tanto en el uno, como en la otra, solo quedó una idea vaga, á la que el porvenir ó la ocasion podrian dar cuerpo, un misterio del corazon, y nada mas.

El solo nombre de *Madame de Saint-Mars*, tenia poder sobre el prisionero; esto ya se ha visto en la escena respecto á la muerte de Champagne, y Madame de Saint-Mars acogia con una especie de secreto delirio, el cual no podia esplicarse, todas las ocasiones que se le presentaban para ver al prisionero y ocuparse de él.

Si así como estaba inventado ya el idioma de las flores, lo hubiera estado el de las telas, en el tráfico que de ellas tenian, tal vez hubieran hallado el modo de aclarar el misterio, pero el arte aun no llegaba allà; así es, que quedaron en su ignorancia.

La historia de esos dos corazones empieza á hacerse interesante. Madame de Saint-Mars y el prisionero se veian con frecuencia, pero siempre enmascarados y en presencia del gobernador; así es, que no podian esplicarse sus pensamientos ni por la palabra, ni con sus miradas.

Oian allá en su interior resonar la voz del corazon, sin poderse enviar el uno al otro su eco. Habia algo que conmovía en aquel sentimiento puramente instintivo, que ninguno de los dos sospechaba fuese un amor adormecido que despertaba, sin tener, para hacerse comprender, ni la mirada, ni la voz, ni el gesto, y que sin embargo, de la esperanza pasaba al temor, de la inquietud à la alegría con toda la vaga incertidumbre de dos corazones que hablan sin comprenderse, de dos amores que se ocultan, quedando frios al tener contacto, se replegan sobre sì como la hoja de la sensitiva al ser tocada, y á pesar de esto, ardientes ambos y sin tener ni aun la idea de profundizar lo que desean conocer.

La situacion, dulce y dolorosa á la vez, era original en realidad.

Acostumbrado á las dificultades de la vida, el *Máscara de fierro* la afrontaba con resignacion; pero Madame de Saint-Mars la sobrellevaba con impaciencia, y un dia, que por una rara casualidad, Saint-Mars salió un instante para un asunto del servicio, dejando á ambos solos, sin estar preparado para ello, y con una brusquedad febricitante, que demostraba una gran turbacion de alma, le preguntò á media voz:

—Monseñor, habeis amado alguna vez?

—Y vos?—replicó por toda respuesta el prisionero, con un sonido de voz igual al de ella.

En ese instante entró Saint-Mars; pero en aquel movimiento impetuoso y sin reflecsion del alma, el *Máscara de fierro* y Madame de Saint-Mars habian leido en sus corazones. Su doble pregunta habia sido una doble respuesta, y el prisionero conoció que tenia ante sí aquella Etiennette cuyo amor reviviera en otro tiempo la primavera de su vida.

Madame de Saint-Mars sabia que el desgraciado que gemia á su vista, era aquel discípulo misterioso que tuvo las primicias de su corazon en la casa de su padre. Pero ambos ignoraban si se comprendian.

Muchos meses se habian pasado sin que la casualidad les diera una oportunidad para completar la revelacion de aquella página de su vida.

Tal vez jamás se les habria presentado, si Madame de Saint-Mars no hubiese imaginado un cuento bajo nombres imaginarios, en el que retrataba los principales accidentes de sus primeros amores.

Este cuento, que en algo participaba del gusto oriental que algunos escritores han hecho de moda, era una especie de alegoría bastante trasparente para que el

Máscara de fierro se reconociese en ella, bastante oscura para que Saint-Mars la comprendiese.

Acababa de concluirlo en los momentos en que la desaparicion de Champagne habia dado márgen, á que el prisionero convidase á comer con él al gobernador y à su esposa.

Como en aquellas reuniones intimas se pasaba el tiempo despues de comer, en conversaciones ó lecturas, aquella señora se proponia leer su cuento aun en presencia de su esposo, segura de que solo el prisionero comprenderia su sentido.

Hé aquí ese curioso fragmento que en ninguna parte ha aparecido, y que yo he tomado de la *Coleccion de notas oficiales manuscritas* mencionadas ya.

HISTORIA DE DOS AMANTES QUE SIN VERSE, SE ESTABAN VIENDO HACIA MUCHO TIEMPO.

"A orillas de uno de los grandes lagos salados en que abunda el Africa Septentrional, al centro de un bosque de palmeros seculares, y al estremo de un angosto valle formado por masas de rocas, habia un castillo construido por los genios entre el cielo y la tierra.

"Ese castillo estaba rodeado de muros cuya altura variaba de 50 á 100 piés, y tan cubierto de plantas secsàtiles, que casi no podian descubrirse por ninguna parte sus espesos cimientos.

"Del medio del edificio se elevaban à mas de 300 piès, colosales construcciones, al remate de las cuales, salian grandes figuras de Berberia y algunos zarzales, que haciéndolos flotar el aire, parecian su espesa cabellera.

"De cualquiera punto de vista que se ecsaminasen aquellos edificios, sea por una singularidad de la naturaleza, ó por un cálculo de los genios que los habian construido, no se les podia fijar la vista sin esperimentar un sentimiento inesplicable de terror: sentimiento que llegaba al alma; y el aspecto de aquellas masas informes, levantàndose en un lugar casi inaccesible, con sus atrevidas figuras de piedra y sus ramages, con sus troneras que semejaban à unos ojos sin brillo, con una gran abertura que parecia una boca inmensa, se creeria estar viendo el esqueleto y las osamentas de una gran bestia feroz.

"Los habitantes del pais llamaban á aquel lugar el *Medrachem*, y se aprocsimaban à él temblando.

"Allà por los primeros tiempos de la Egyra, vivia sobre la parte Septentrional del Atlas, un santo hombre llamado Sidi-Sliman.

"Era de un valor estremo, y muy temerario; se le habia hecho prisionero en las guerras en una espedicion desgraciada, y fué vendido como esclavo al gefe de una poderosa tribu de Sab, llamado Si-Rhaman-ben-Kalilh.

"Sidi-Sliman era un servidor lleno de humanidad y de un corazon sensible para los grandes infortunios; gozaba de la confianza de su amo, quien le habia dispensado de todos los trabajos rudos, tales, cual el de cultivar la tierra, ir à buscar à largas distancias el tomillo y la alfalfa, y escavar en los pozos. Solo tenia que cuidar los rebaños, los que jamàs habian estado tan bien atendidos.

"Apesar de esto, Sidi-Sliman gemia en secreto al ver que de tiempo en tiempo alguna de sus ovejas era devorada por los tigres de la llanura.

"Tambien maldecia su esclavitud.

"Un dia dió libre curso á sus quejas, al ver llegar hàcia él un jóven grave, que vestia al estilo de los Talebs, y que como todas las naturalezas superiores, marchaba al sol sin dar sombra. Al verlo Sidi-Sliman, se inclinó profundamente.

—"Sidi-Sliman,—le dice el desconocido,—tú eres de la tribu de Chellia, debes conocer al Medrachem.

"Y él contestó:

—"Es á la sombra del Medrachem donde mis rebaños pacían: allí es donde estaban los sulcos en que sembraba mi cebada y mi trigo: allí es donde estaban mis mugeres y mis hijos.

—"Querrias volver à ver tu pais?

—"No puedo, soy esclavo.

—"Pagaré tu rescate si me juras cumplir lo que se te ecsigiré.

"Sidi-Sliman juró.

"Despareció el estrangero, dejando tras sí un olor emanado de suaves perfumes con el que las hojas de las palmas vecinas se estremecieron de placer.

"Sidi-Sliman queda solo, se arroja al suelo con la cara hàcia la tierra, y dà gracias à Dios. Apénas habian sus làbios pronunciado por dos veces doce, *La Allah ill' Allah, Mohamed rassoullé Allah.* (Dios es dios, y Mahomet es su profeta) cuando el estrangero apareció de nuevo; pero esta vez le seguía un camello, al cual conducia con un ronzal.—"Estás libre,—dice à Sidi-Sliman,—he "pagado tu rescate á Si-Rhaman-ben-Kalilh: monta conmigo sobre mi andante, "su paso es suave, à la vez que rápido, cual el del jumento Borak, corcel favorito del profeta."

"Ambos se pusieron en camino, y marcharon durante cinco salidas del sol, y cada vez, en las dos estaciones del dia y de la noche, encontraban un arroyo límpido y abundante, donde jamàs habia ecsistido, y à su orilla una higuera y un àrbol de majuela (1) cargados de fruta.

(1) Fruta silvestre.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"Sidi-Sliman comia los higos, y el estrangero la majuela, fruta sabrosa, mas poco sustancial, que solo conviene á las naturalezas selectas.

"En fin, llegaron al Medrachem, y entraron al monumento donde ningun mortal hasta entónces habia penetrado.

"En él habia un coro circular, y en su centro, una taza de màrmol, la cual recibia una cascada que límpida y fresca, caía de la bóveda.

"Un rayo del sol daba luz á este lugar, el cual penetraba por entre una gran hendedura de la pared, dividiendo oblicuamente el coro en dos mitades, y reflejando en la cascada, formaba un magnífico arco-iris, cuyos brillantes colores arrojaba sobre la taza.

"Inclinada sobre su borde, en cuya agua parecia estarse viendo, habia una jóven *houri*, de rostro brillante cual la luna, de ojos rasgados cual los de la gacela. Lavaba unos géneros de seda y de lino, y de vez en cuando dejaba su postura para ir á estender sus lienzos, blancos cual armiño, en el lugar que el rayo del sol bañaba, ó sobre aquel donde formaba el arco-iris; cantaba una cancion melancólica que interrumpia con suspiros. Era su voz dulce cual la del *capsa*, (1) y suave como la brisa de la tarde.

"Cuando levantaba los brazos y se paraba sobre la punta de sus piés para tender los lienzos, tenia la gracia y la forma del palmero del desierto: su cuerpo, al que aquella tension estinguía la redondez de las formas, era el tallo, sus brazos las ramas graciosas, y su cabellera, lisa cual la crin de un corcel de raza, el ramage armonioso.

"Sidi-Sliman contemplaba enagenado aquella celestial criatura; pero al ver al estrangero, esta dió un grito doloroso, y su rostro se cubrió por sí solo con un velo tan espeso, que las miradas no podian penetrar por entre él.

"Sidi-Sliman se vuelve hàcia su guía para pedirle la esplicacion de aquello, y encuentra solo un hombre de buena apariencia, envejecido mas bien por los pesares que por los años, y en quien la tristeza interior que le aqueja, se descubre al momento: su rostro estaba cubierto tambien por un velo mas espeso que el que cubria el de la jóven. El recien llegado parecia estasiado con la vista de esta última.

"Despues de algunos instantes, con voz llena de tristeza, à la par que de amor, él le dice:

—"Oh hija querida de la mezquita, oh mi muy amada Zara! ¿Por ventura es para honrar nuestros desposorios que haces secar así tus lienzos, blancos como la leche de las ovejas, y suaves como la nata?

"Y ella le contesta:

—"Oh amado mio! mi Aluch Hassan, tú bien sabes que no nos es permitido vernos si no es cubierto el rostro por un velo, en tanto no encontremos un hombre capaz de compartir nuestras desgracias. ¿Y adónde le hallarémos? No ex-

(1) Ave del desierto. [Nota del traductor.]

siste uno, y la pobre Zara morirá ahogada entre su velo de desposada, sin que una boca querida haya podido recibir una sola vez el perfume de sus suspiros.

"Al decir esto, la voz de Zara era la de una persona que llora.

—"Cálmate, gacela mia!—dice Aluch-Hassan. Mira aquí á Sidi-Sliman, à quien un àngel ha comprado de Si-Rhaman-ben-Kalilh, gefe de la poderosa tribu de Zab: es un hombre humano, generoso, y de un corazon que sabe compadecer los grandes infortunios.

—"Oh Sidi-Sliman!—esclama la jóven,—que Allah y Mahomet te colmen de todas sus bendiciones, si eres el destinado à hacer cesar un martirio que dura desde hace muchos soles! Sí, muchos soles han pasado desde que nació mi amor por Aluch-Hassan, y el de él por mí, y desde entónces cada dia hemos deseado vernos sin tener la cara cubierta por estos velos; cada dia hemos esperado poderlo conseguir, y cada dia nuestro deseo, nuestra esperanza, ha sido fallida. ¡Puedes tú ser aquel cuya mano protectora nos ayudará à romperlos?

—"Oh la mas bella de las huríes!—dice Sidi-Sliman,—qué habeis hecho para que se os haya dado á ambas ese cruel suplicio?

—"Escucha: lo que está escrito, está escrito. Yo estaba destinada al servicio de las rosas en el jardin de Allah: mi tarea consistia en ir todas las mañanas á visitar las recien abiertas y besar su cáliz para comunicarles un dulce perfume; en seguida mis compañeras las cortaban y hacian con ellas esencias para bañar à los guerreros que morian en los combates. Un dia en que allá en el Magreb, la pólvora habia sido quemada de uno al otro sol, y en que muchos guerreros encontraron en la batalla la única muerte digna de envidia, se me recomendó impregnar á las rosas un perfume mucho mas suave que de costumbre; pero en el momento mismo en que me inclinaba para besar el cáliz de una de ellas, Aluch-Hassan que se habia ocultado entre un rosal, la retira de improviso, y pone su boca, en la cual recibe el aliento y el beso que la daba. La boca de mi amado estaba tan ardiente, que todo el perfume de la mia se evaporó con su contacto, y ese dia las rosas se encontraron sin olor.

"Esta fué una primera falta.

"Tal vez me la habrian perdonado, pero no perdonaron la segunda. Puedo confesarla à tí, Sidi-Sliman, pues que quieres tener piedad de nuestras desgracias. Escúchala.

"En mi calidad de hurí de la primera creacion, llevaba pendiente de mi cuello el retrato de Allah, rey del cielo y de la tierra. Aquel retrato oculto entre un medallon de oro, no debia de ser visto por ninguno de los hijos varones del cielo: esos hijos eran de dos clases; de orígen primitivamente celestial y de orígen primitivamente terrestre, pero que habian merecido bien del cielo por su vida pura y regular en la tierra. Allah, temia que al ver uno de sus hijos de orígen celeste sus facciones reconociese por su semejanza á ellas, su orígen superior, y se llenasen de orgullo, lo que tal vez destruiria la igualdad que debe reinar en el cielo entre todos los hijos de dos orígenes. Aquel retrato se abria por sí solo y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
A. H. L.

dejaba ver el rostro resplandeciente del rey del cielo, cuando tocaba el pecho de uno de los hijos de orígen celestial.

"Aluch-Hassan era de este orígen, y un dia en que al abrazarnos nuestros dos senos palpitantes hacian uno solo, el retrato suspendido del mio, tocó al de Aluch-Hassan y se abrió. Mi amante se reconoció en las facciones de su padre: desde entónces se enorgulleció.

"Este fué el principio de nuestras desgracias.

"Fuimos arrojados del paraiso: por mucho tiempo ignoré la suerte de Aluch-Hassan.

"Mi padre, que no habia velado con bastante severidad mi conducta, fué comprendido en mi desgracia. Arrojados del espacio, rodamos no sé por cuantas lunas, á voluntad de los torbellinos.

"Mi padre murió en el camino.

"No pudiendo detenerme en ninguna parte para erigirle una tumba, le enterré en mi cabeza.

"Este acto de piedad filial hizo que se atenuase la pena de mis faltas, y Allah me dió un esposo. Un esposo entre los genios de este lugar formidable llamado *Medrachem*, y que ha sido construido entre el cielo y la tierra por los genios para servir de prision á Aluch-Hassan. Despues, para hacernos compurgar por donde habiamos pecado, Allah ordenó que habitando el mismo lugar y cerca el uno del otro, nos viéramos sin reconocernos, hasta el dia en que encontrásemos una alma bastante compasiva que se apiadase de nuestras desgracias. Tú debes ser el hombre que posee esa alma, ó Sidi-Sliman! Pues que desde ayer, Aluch-Hassan y yo nos hemos reconocido".....

.....

Ahí concluyó el cuento.

El autor de la *Recopilacion de notas manuscritas*, de quien lo hemos tomado, agrega lo siguiente:

"Esta obra evidentemente está incompleta, y al mismo tiempo demasiado clara:

"*Aluch-Hassan*, es el *Máscara de fierro*.

"*Zara*, la hija de su primer gobernador.

"*Allah*, de quien el retrato revelaba el secreto de su nacimiento al *Màscara de fierro*, era Luis XIV.

"*Medrachem*, construido entre el cielo y la tierra para servir de prision á Aluch-Hassan, es el fuerte de la isla de Santa-Margarita, edificado espresamente para él.

"El genio Medrachem, es el comandante Saint-Mars.

"El padre castigado por la falta de la hija, es el gobernador; ese noble borgoñon encargado de la educacion del *Máscara de fierro*, encerrado con él y que murió en su prision.

"En fin, Sidi-Sliman, parece ser el capitan de las puertas Lecuyer, á quien

todas las relaciones sobre aquel suceso, han presentado como al mas humano de los carceleros del *Máscara de fierro*, y que dicen hubiera sido víctima de su humanidad; pero á pesar de las pesquisas mas activas, nos ha sido imposible dar un desenlace verídico á esta pieza tan interesante y curiosa de la historia de aquel enigmático ser, conocido por el nombre de *El Máscara de fierro.*»

Mas dichosos que el colectivo recopilador de las *Recopilaciones de notas oficiales manuscritas*, nosotros podemos hoy darle desenlace.

Habiendo un dia concurrido Saint-Mars con su esposa al convite que le hizo el prisionero de comer con él, en las oportunidades bastante frecuentes que en ellos habia lugar, para hablar con libertad, hicieron salir á los sirvientes, y Saint-Mars fué en persona á buscar los platos del servicio al vestíbulo; circunstancia que sea dicho de paso, ha dado motivo á que muchos cronistas crean que él mismo servia la mesa. La única distincion que hubo entre ellos en aquella comida, fué que el *Máscara de fierro* ocupaba el solo sillon ecsistente en aquella pieza, y Saint-Mars y su esposa se sentaron en taburetes en vez de los escabeles que ordinariamente servian para los otros visitadores cuando el prisionero les permitia tomar asiento.

Segun costumbre, la comida se sirvió en bajilla de plata y con profusion.

Madame Saint-Mars puso à un lado de sí el manuscrito de su cuento, el cual habia dado àntes á leer á su marido, quien no tuvo nada que decir de él.

Despues de la comida debia hacerse la lectura, y cada uno de los tres convidados con bien diferente intencion, se prometian tener un rato de gozo: Saint-Mars, causando así una distraccion agradable à su prisionero: este con oir la prosa de Madame de Saint-Mars; y esta última con revelar al *Máscara de fierro* una página olvidada tal vez, tal vez llorada, de su vida.

Madame de Saint-Mars podria tener cuando esto pasaba, treinta y dos años.

Estaba en aquella edad en que la belleza de la muger se revela con un nuevo brillo cuando algun accidente ha apresurado ó detenido su desarrollo.

Bella por naturaleza, Madame de Saint-Mars veia su beldad revelada aún por un fondo de melancolía que se dejaba descubrir en su mirada, en su sonrisa, en el sonido de su voz y que inspiraba un interes verdadero.

Al verla, sentia uno á su pesar, algo que le arrastraba hácia aquella criatura bella y sufriente en apariencia, y aunque jamas habia proferido una palabra que indicase padecimiento ni aun que padecia, un observador juicioso, habria comprendido sin trabajo, que el amor tenia en ella una víctima.

En efecto, al casarse con Saint-Mars, no hizo mas que seguir las órdenes de su padre. Esposa ya, jamas habia amado á Saint-Mars; pero le habia dejado creer que le amaba, y jamas hizo ni trató de hacer nada que le desengañase de su error.

Habiendo así cumplido con una especie de rigor sus deberes de hija y de esposa, se creyó escenta de las ecsigencias sociales y dueña única de su corazon,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia tratado de gozar, reviviendo sin cesar con el recuerdo, la pàgina destrozada de los primeros años de su vida: sus amores con el discípulo de su padre.

Ellos eran la causa verdadera y profunda de la melancolía impresa en su semblante. Aquella especie de recuerdo de amor platónico con el cual se alimentaba sin tener ningun mal pensamiento, le dió naturalmente mas lucidez para descubrir su amor primero bajo aquella máscara de fierro que le robaba sus facciones, y naturalmente tambien debió hacerle desear ardientemente el que él le reconociese.

Ese era el todo de sus deseos. Corria tras una alegre esperanza del corazon y nada mas. Sus sentimientos, tanto religiosos como morales, destruian cualquiera otra idea, y su alma, pura siempre, era incapaz de alimentar mas que aquella.

Concluida la comida, el mismo Saint-Mars comprometiò á su esposa para que comenzase la lectura de su manuscrito. Ella obedeció y comenzó à leer.

Su voz estaba visiblemente conmovida: al oirla, se hubiera dicho que un instinto misterioso la anunciaba que en aquel pliego comprometia su vida. A medida que adelantaba su lectura, se conmovia mas y mas, y cuando la concluyó, el tropel de emociones que ella despertó, la multitud de recuerdos comprimidos por tanto tiempo allá en los pliegues del corazon, la asaltaron tan bruscamente, que la hicieron desfallecer.

La emocion fué demasiado fuerte; su corazon no la resistió.

Cayó sobre su asiento y perdió el sentido.

Como al hacer Saint-Mars que su esposa tuviese el rostro cubierto, no habia llevado un objeto determinado, al verla desmayada le quitó el lienzo que le cubria la cara para ayudarla á respirar, dejando así sus facciones descubiertas.

Al verlas el *Máscara de fierro*, á quien la lectura del cuento tenia en una gran perplegidad de ideas, y que solo habia llegado à sospechar una parte de la verdad que él ocultaba con la alegoría, viendo descubiertas las facciones de Madame de Saint-Mars, sospecha la verdad toda entera, y no pudiendo dominar su emocion, esclama:

—¡Etiennette!....

Hubiera querido detener en su garganta aquella palabra; pero ya era demasiado tarde.

Saint-Mars se vuelve bruscamente hàcia él, le mira, vé á su muger, y no dice una sola palabra; pero aquel movimiento nervioso que de ordinario daba á su fisonomía un aspecto que inspiraba aversion, le dió en aquel momento una espresion terrible.

Silencioso abre la puerta del vestíbulo, llama á sus criados, y hace llevar à Madame de Saint-Mars, que continuaba aún desvanecida.

El *Máscara de fierro* quedó solo.

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos empleado para contarlo.

El *Máscara de fierro* vió salir á Saint-Mars, sin presentir la tempestad que



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

su imprudente esclamacion habia desencadenado en su corazon vengativo, celoso y lleno de rencor.

Con la mirada, habia seguido el cuerpo inanimado de Madame de Saint-Mars que llevaban los criados, y su corazon se oprimió cual se oprime siempre que una gran desgracia va á sobrevenir.

A pesar de vivir hacia largo tiempo sin esperanza, le pareció que con aquel suceso, acababa de perder una, y este sentimiento, nuevo enteramente para él, despues de tan larga cautividad, fué tan doloroso que cayò en su sillon desfallecido y con el corazon despedazado por el torbellino de ideas que le asaltaron.

A ese estado de debilidad fisica, se siguió una agitacion moral febril.

Se levanta, pasease à grandes pasos en su habitacion, sin ver que estaban allí los sirvientes que habian ayudado à trasportar á Madame de Saint-Mars: creyendo estar solo, y bajo la impresion de los sentimientos que despertara aquella escena imprevista, pensaba el desgraciado mas allà de lo que debia. Pero Saint-Mars, confiando à otros el cuidado de atender á su esposa, y conociendo que en aquel momento primo podia descubrir la continuacion del enigma del cual solo tenia la primera palabra, se habia ido à apostar en la hendedura practicada en el techo del aposento del *Máscara de fierro*, desde donde sus ojos seguian todos los movimientos del prisionero, y sus oidos recogian todas sus palabras.

Lo que descubrió por este infame medio, nadie lo ha sabido jamas.

Todo lo que le sugirió de peligroso su encargo de carcelero, ó su honor de marido, ó su imaginacion celosa y desconfiada, no se ha podido descubrir: el final de este drama ha quedado envuelto en el misterio, y el eco de las bóvedas del fuerte de Santa-Margarita, nunca repitió su pormenor.

Solo se sabe que dicho fuerte tenia calabozos que en nada cedian en lo horroroso à los de otras prisiones de Estado y de los que aun la descripcion, es un insulto á la humanidad.

"Abajo de cada bastion, dice Renneville (lugar citado) habia una sala techada rodeada de cosa de diez cuevas techadas tambien, de siete á ocho piés de largo, con una fuerte argolla de fierro cada una en la pared. La bóveda de la sala estaba sostenida al medio, por un grueso pilar del cual los cuatro costados presentaban otras tantas argollas de fierro, y allá en el medio de ella, se veia una estrecha-abertura cerrada por una reja de fierro; por ella se hacia bajar el alimento destinado para las desgraciadas víctimas encadenadas en las pequeñas escavaciones al rededor de la sala.

"Aquel cruel tirano (Saint-Mars), agrega en su estilo tribial pero enérgico, dejaba allí podrir sus prisioneros, sin paja, y sin una piedra donde pudiesen reposar su cabeza, haciéndolos acostar sobre el barro del suelo de los calabozos y la baba de los sapos y escuerzos, dàndoles por todo alimento pan y agua, y no los sacaba de allí hasta que morian.

"Los presos de aquellos calabozos presentaban la figura mas horrible: sus ojos casi salian de sus órbitas, las narices se les hinchaban hasta ponerse del ta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maño de un pepino mediano; casi todos los dientes se les caian de escorbuto; la boca se les hinchaba y los huesos del cuerpo casi rompian la piel que les cubria."

Ademas de esos calabozos tan enérgicamente descritos, habia otros que servian para dar tortura permanente á aquellos prisioneros á quienes se queria obligar á hacer una revelacion sin someterlos á la tortura accidental y legal, usada por las justicias reales. Esos calabozos, ó por mejor decir, aquellas tumbas, estaban en el torreon.

Las habia de dos clases: unas hechas en la pared al rededor de una gran pieza abovedada, situada en la plataforma de la torre, y construidas en forma de sepulcros. Para poner en ellas á las víctimas, se las hacia entrar por una de las estremidades cerrándola despues con una reja de fierro que servia para renovar el aire. Por todo movimiento solo podia la víctima voltearse de un lado á otro, siendo imposible el sentarse ó pararse.

Las otras celdas se encontraban en los pisos inferiores, construidas en las rocas en forma de embudo. En la gerigonza del pais las llamaban *embuches*. Se introducia en ellas á la víctima de tal modo que sus piés apretados contra una de las paredes del cuello del embudo que iba angostándose segun bajaba, quedaban en gran parte sin apoyo, soportando solo aquella parte muy pequeña del pié que lo tenia, todo el peso del cuerpo.

El hombre mas robusto no sufria veinticuatro horas sin morir en aquellos embudos de piedra: tal era de dolorosa la presion del cuerpo sobre sus piés, aprisionados en una cavidad tan estrecha: así es que jamas se tenia à la víctima en aquel martirio mas que doce horas. En seguida la transportaban á las celdas de arriba ya descritas, pasándola así de una tumba donde solo podia estar de pié, á otra donde solo podia estar acostada.

Por un increible refinamiento de barbarie, se daba de comer á la víctima cuando estaba en el embudo, donde los dolores eran intolerables, y de beber, cuando estaba en el sepulcro, donde la posicion horizontal forzada en que se encontraba, le hacia doloroso el apaciguar la sed.

Así pues, un dia del frio Diciembre, en que el cierzo se colaba glacial por las troneras del torreon, se oyó del fondo de uno de aquellos embudos, una voz que doliente gritaba:

—Dios mio! tengo hambre! tengo sed! tengo frio! ¿He de quedar aún por mucho tiempo en este infierno? Me encuentro siempre listo para morir, y la muerte nunca viene!.... Si mido mi vida por mis tormentos, es demasiado larga!.... Qué pueden decir los suspiros, los gemidos que doy.... y las lágrimas que he derramado!.... Oh mi Dios! cuéntalos desde el cielo, y perdona á mi verdugo.... Oh! tengo frio! cuán feliz seria tan solo con tener, aunque de léjos, una lumbre que me calentase!

Y aquella voz que se espresaba tan doliente, daba despues gritos horrorosos arrancados por el frio, la soledad, la oscuridad y el hambre. Noche y dia en contacto con la piedra húmeda y glacial del calabozo ó sepulcro, y no teniendo

otra cosa con que cubrirse, que su cabellera espesa é inculta, y un cobertor de lana hecho pedazos; aquella desgraciada, pues, era una muger, no pudiendo agacharse, ó recoger sus miembros arrecidos, se retorcia, sin poder entrar en calor.

Aquel era el suplicio de una condenada, con sus dolores y rugidos, sus agonías y rechinido de dientes: solo faltaba la presencia del diablo que daba el tormento, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros; pero las probabilidades son, de que aquel diablo era Saint-Mars, y la víctima su muger.

Sea de esto lo que sea, un dia, aquella voz dolorosa no dió quejido ninguno, y en la media noche del mismo, dos hombres atravesaron el jardin del fuerte, escogiendo las calles mas sombrías, y en las que los árboles eran mas espesos, à fin de evitar las miradas de los centinelas que velaban de lo alto de las torrres. Aquellos dos hombres caminaban silenciosos por entre el ramage, los naranjos y los limoneros, que con el tibio aliento de la noche, enviaban sus mas suaves y dulces aromas. El uno iba por delante llevando una linterna sorda; el otro le seguia, cargando en sus espaldas el cadáver de una muger.

El primero era Saint-Mars: el otro, uno de sus criados.

La noche estaba silenciosa; la luna brillaba con todo su esplendor; así es, que no es fácil espliear por qué Saint-Mars llevaba aquella linterna; pero un curioso que hubiese espiado la lúgubre escena, no habria tardado en esplicarse esa circunstancia de un modo satisfactorio.

Saint-Mars y su criado llegaron hasta la estremidad del jardin, sin haberse dicho una sola palabra. Allí se detuvieron un instante, hasta llegar al lugar llamado los *cubilettes* (calabozos), y del que aún enseñan vestigios los habitantes de la isla. Era un montecillo lleno de rocas; en una de ellas habia una pequeña abertura cerrada por una puerta sujeta con atravesaños de fierro.

El mismo Saint-Mars quita los atravesaños de sus muescas; se abre la puerta, y deja ver una especie de pozos escavados diagonalmente, y á los cuales se bajaba por pequeños escalones de piedra, en los que apénas cabia el pié.

Saint-Mars caminaba por delante con su linterna, y alumbraba al criado el camino. Cargado este con su fardo, descendia vacilante por aquellos angostos escalones, donde un paso dado en falso, podia precipitarle al abismo.

—Camina!—le dice Saint-Mars con un tono brusco y brutal.

—Diablo! mi comandante,—replica el criado,—aquí no puede uno ver adónde va por este camino.

—El perillan tiene razon!—dijo Saint-Mars entre dientes.

Y volteó su linterna para alumbrarle.

Así llegaron á una especie de plataforma natural, cima de una roca, al pié de la cual, la mar habia formado un abismo, en el que iban à estrellarse sus olas con furor, cual si quisiesen agrandarlo. Todo lo que caia en aquel golfo sin fondo, no volvia à salir jamás.

A una señal de Saint-Mars, el criado balanceó dos ó tres veces el cadáver que llevaba, y lo arrojó al abismo; pero en tanto que tomaba aliento, en razon

del esfuerzo que habia hecho para desembarazarse de su carga, Saint-Mars le empujó con rudeza, y la misma ola que hiciera desaparecer al cadáver, se tragó à aquel que le habia llevado.

Saint-Mars maquinalmente agachó la cabeza, y vió hàcia el golfo, cual si hubiera querido asegurarse de que guardaba bien el regalo que acababa de enviarle, y no escuchando otra cosa que el rugido del mar, subió la escalera por donde habia bajado, diciendo:

—Con este medio, mi secreto será un secreto.

En el prócsimo dia se hizo correr la voz en el fuerte, de que Madame de Saint-Mars, que habia marchado á los baños de Aix á curarse, habia muerto despues de una corta enfermedad.

Saint-Mars se vistió de luto. En cuanto al criado, nadie trató de saber de él, pues todos estaban acostumbrados à aquellas desapariciones, y sabian ademas, que era peligroso el ser indiscreto ó curioso; así es, que en aquella prision de Estado, todos tenian por regla invariable para normar su conducta, el no ser ni lo uno, ni lo otro.

¿Cuál fué el móvil que hizo á Saint-Mars tener tan impía conducta para con su esposa? Nadie lo ha sabido jamàs!

Siendo un marido zeloso, se ecsageraria las ligeras torpezas de aquella desgraciada? Carcelero sin piedad, quiso sin duda ejecutar à la letra, aun para con su muger, à quien amaba, las órdenes que le diera Luis XIV? Temió acaso por su honor? Temió por la seguridad de su prisionero?

El motivo es hasta ahora un secreto impenetrable, rodeado del misterio y la iniquidad; la historia ha podido recoger de aquí y de allí algunos hechos, sin haber tenido la suerte de encontrar la razon de ellos.

El lector no debe admirarse del misterio en que han quedado envueltos todos los sucesos que, sea de cerca ó de léjos, tienen relacion con el *Máscara de fierro*. Se les ha podido conocer por el resultado, poco mas ó ménos verídico que dà la historia; pero los detalles deben haber faltado siempre.

Eso se concibe.

Era tal el régimen de espionage y de inquisicion establecido en Santa Margarita, que todo lo que tenia relacion con el misterioso prisionero, se encerraba forzosamente en Saint-Mars, y no era èl quien lo habia de revelar.

Nadie podia hablar al *Máscara de fierro*, si no era en casos especificados, y bajo precauciones arregladas minuciosamente de antemano.

Por ejemplo, el capellan que estaba á su servicio, no podia hablarle mas que cuatro veces al año, en las cuatro grandes fiestas destinadas á oir su confesion: miéntras esta se hacia, los criados se quedaban en el cuarto, y Saint-Mars se ponia á la abertura del techo, desde donde atisbaba los movimientos del confesor y del penitente.

El médico pedido por el prisionero en caso de enfermedad, solo visitaba al paciente en presencia del gobernador, y aun asì, solo le era permitido hablarle



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

respecto de su enfermedad: para poder basar sus recetas, podia tomarle el pulso y verle la lengua, pero le estaba prohibido el que viese alguna otra parte de la cara.

El mayor Rosarges y los otros oficiales que algunas veces comian con el prisionero, solo podian hacerlo, estando el gobernador con ellos, y sin este requisito, les estaba prohibido bajo pena de muerte, el dirigirle la palabra y responder á sus preguntas.

En cuanto à los criados que le cuidaban de noche y de dia, lo eran ordinariamente, ò condenados à muerte que compraban la gracia de la vida conmutando la pena con una prision perpetua, ó personas que mediante una recompensa, de la cual su familia solo gozaba, se resignaban á llevar aquella vida. Ademas, esos criados, como ya lo hemos dicho, eran renovados muy amenudo, y bastantes secretos se habian ya sepultado en el golfo del olvido.

Sentado este principio, es fácil comprender por qué en el episodio de la muerte de Madame Saint-Mars hemos podido hacer constar el desenlace y no los detalles anteriores á él.

Lo mismo sucede respecto á la muerte del capitan Lecuyer, que Renneville nos ha pintado como el único que en aquella prision de Estado tenia humanidad y *un poco de temor de Dios*, y cuya muerte violenta tuvo lugar en aquella misma época.

Lo único que hemos podido descubrir despues de activas indagaciones, es lo siguiente:

Durante los últimos instantes de la agonía de Madame de Saint-Mars, que estaba encerrada en uno de los sepulcros de piedra de que ya hemos hecho mencion, el capitan Lecuyer, encargado por Saint-Mars de llevar á la víctima el pan y el agua que se le daba por alimento, y que servia para aumentar sus padecimientos, se mostró apiadado de su gran agonía.

Todo ser que sufre, tiene una perspicacia increible de instinto, para conocer los buenos ó malos sentimientos en las facciones de los que se le acercan.

Lo que en circunstancias normales es para cualquiera otro un secreto del alma, se revela evidentemente al desgraciado por algo que es imperceptible é inapreciable para el primero.

Se diria que por medio de aquel aumento de percepcion, la naturaleza trata de vengarse de la humanidad.

Así es, que luego que por entre aquel aire brutal y de verdugo que el capitan Lecuyer habia adquirido en el ejercicio de las funciones que desempeñaba hacia mas de veinte años, Madame de Saint-Mars leyó un sentimiento de conmiseracion, tuvo confianza en él, sin embargo de que como resultado de la horrible tortura que habia sufrido, veia aprocsimarse poco à poco la muerte. Un dia, eran sus dientes los que cariados repentinamente por la inflamacion pútrida, se le caían cual caen las hojas del árbol que los frios y las neblinas precoces del otoño aceleran su caida. Otro dia, era à sus bellos cabellos á

los que despues de tantos sufrimientos, la vida comenzaba á faltar, y cafan de por sí, como cual si quisiesen preceder à la tumba á aquella de quien en mejores dias habian aumentado la belleza.

Desde que aquella desgraciada se sintió prócsima á morir, habia tomado una de las mejores guedejas que le quedaban, y presentándola à Lecuyer, le dijo:

—Dentro de algunas horas, habré dejado de ecsistir: poned en manos del prisionero del torreon estos cabellos: es una moribunda quien os lo pide, ejecutadlo!

Lecuyer prometió cumplirlo, y llevó al cabo su promesa.

Desde aquí empiezan á faltar los detalles respecto á él, y es de sentirse que su falta no nos deje conocer el desenlace de un hecho tan interesante.

Si fuésemos historiadores ménos rigurosos, nos habria sido fácil cubrir esos claros; representar al capitan en el acto de entregar la guedeja de cabellos al *Máscara de fierro*, la emocion, la cólera, la desesperacion de éste al anuncio de las torturas de su desgraciada amiga, cuya suerte todo hace creer fué ignorada por él. Hubiéramos podido mostrar á Saint-Mars con su mirada fija, el oido pegado á la abertura del techo de la prision, viendo todo, oyendo todo, y dando á Lecuyer por escolta en la tumba á Madame de Saint-Mars. Tal vez en algunos puntos habriamos dicho lo cierto de los sucesos; pero podriamos tambien habernos espuesto á hacer una novela, cuando en el drama misterioso de el *Máscara de fierro*, solo hemos querido clasificar los hechos rigurosamente históricos.

Pero hé aquí todo lo que hemos podido recoger de cierto sobre ese episodio.

Tanto en el interior, como fuera del torreon habitado por el *Máscara de fierro*, reinaba habitualmente el mas profundo silencio.

Por un refinamiento de barbarie, Saint-Mars habia querido que en todo tiempo y en cuanto fuese posible, la ecsistencia pasase para el prisionero como una imágen anticipada de la tumba.

Pero un dia, aquel lúgubre silencio fué interrumpido por un ruido inusitado.

En los pisos superiores se oían pasos, que ya lentos, ya precipitados, iban y venian. De repente, un martilleo sordo revelaba que alguno trataba de practicar una abertura en el muro; de repente, un pedazo de palo llevado à fuerza de brazo, era levantado por poleas cuyo rechinido mezclado al ruido que producia el roce de un cuerpo pesado sobre el suelo, se dejaba oir: de repente, en fin, el martilleo sobre clavos que se clavaban, y el ruido de cuerdas que tendidas, se conocia hacian fuerza, revelaba que en alguna parte esterior se ponia ó sujetaban fuertes pedazos de madera. Luego, las sombras de algunos trabajadores suspendidos en vacilantes escalas ó en cuerdas anudadas, de vez en cuando interceptaban la débil claridad que entraba por la ventana del cuarto del prisionero. Despues, las sombras desaparecieron.

El ruido de los martillos y el rechinido de las poleas cesó, y el *Máscara de fierro* no volvió á ver por su ventana mas que una cuerda flotante, terminando en un nudo corredizo que parecia destinada á algo de terrible.

La noche llega: era una noche tempestuosa en que el huracan bramaba. El viento soplaba con furia, la mar mugía, y sus olas espumosas y embravecidas, se estrellaban contra las rocas, haciendo un horroroso estrépito. Torrentes de agua y granizo cortaban verticalmente el aire. Era horrible aquella noche de tempestad y de caos, tan presto negra, tan presto alumbrada por la luz del relámpago, á orillas del mar, cuyas aguas reflejaban alternativamente, lívidos fuegos y una oscuridad profunda, cual si en tumulto rodasen en ellas, unidos los relámpagos y las tinieblas. El fuego se confundia con el agua, el aire con el fuego, la luz, las tinieblas, el viento, la lluvia, el granizo con todo. Rasgado por millares de truenos, el firmamento se abria veinte veces por segundo, y cada vez dejaba ver una boca inmensa de fuego que parecia querer tragarse la tierra.

Al ruido de aquel terrible conflicto de los elementos, el *Máscara de fierro* habia dejado su lecho, y con la cabeza pegada à las barras de la reja de la ventana, contemplaba aquella tempestad del cielo que por su horroroso estrépito, respondia à la tempestad de su alma.

La gran voz del trueno, del viento, y del mar, cuyos acentos impetuosos se mezclaban con un furor indecible, eran gratos á aquella alma condenada á la soledad y al silencio, le ecsaltaban y hacian vibrar fibras desconocidas hasta entónces.

Al lado de aquello, los honbres le parecian pequeños: veia la mano de la voluntad de Dios, y esa idea religiosa le trasportaba á otro mundo donde se juzgaban las iniquidades humanas: su suerte le parecia ménos triste y encontraba que la víctima tenia ménos de que quejarse que el verdugo.

En esa parte de sus reflecsiones se encontraba, cuando sobre su cabeza, y en la plataforma del torreon, se renovó el ruido que oyera en el dia, con la diferencia de que, en vez de ser hecho por el martilleo y el rechinamiento de las poleas, lo era por un pataleo precipitado y tenaceo de hierro.

Toda su atencion se fijó, pues, sobre aquel punto.

La cuerda que por intervalos flotaba sobre las barras de su ventana, fué subida; el pataleo de arriba se hizo mas vivo; un redoble de tambor se mezclò al ruido de la tempestad, y la cuerda que antes flotara con soltura delante de su ventase estendió derrepente despues de haber hecho rechinar una argolla de fierro y las vigas, con una horca puesta en la plataforma del torreon á ciento treinta pies de la tierra.

Un cuerpo opaco pareció fijarse delante de la ventana.

La oscuridad era tan profunda, que el prisionero no pudo en los primeros instantes distinguir nada; pero á la luz de un relámpago brillante, reconoció al capitan Lecuyer, que acababa de luchar con las últimas convulsiones de la muerte, rodeado el pescuezo con el nudo corredizo de la cuerda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Horrorizado el *Máscara de fierro*, se arrojó à su cama; pero durante toda la noche, sus miradas estuvieron clavadas en la ventana, y á la luz de cada relámpago, pudo ver la sombra del ahorcado que iba, se agrandaba, penetraba en su cuarto y casi hasta su lecho.

Al otro dia, la tempestad habia pasado; pero el viento soplaba fresco haciendo balancear la cuerda, y la misma sombra pasaba y repasaba lentamente delante de las vidrieras empañadas.

En los dias siguientes, una multitud de cuervos hicieron su pasto el cadáver; así es, que el *Máscara de fierro* tuvo aquel espectáculo á su vista, basta que fué enteramente devorado. Cuando quedó hecho un esqueleto, que se movia á merced del viento, pudo oir en la noche y en el dia el ruido que hacian sus huesos al chocar contra el enrejado de la ventana.

He aquí lo que imaginó Saint-Mars para que su prisionero tuviese siempre presente la suerte reservada á aquellos que trataba de ganarse.

Ese refinamiento de barbarie estaba calculado. Aquel desdichado no estaba como lo están todos aquellos sometidos á terribles pruebas, gastado por la desgracia: al contrario, su alma amante y sensible por naturaleza, parecia, hasta cierto punto, dispuesta á todo aquello que, con una palabra, con un gesto, con con una mirada, respondiese á aquel amor, á aquella sensibilidad.

Al verse tan solitario, tan abandonado, tan irrevocablemente ligado á aquella fatalidad que le perseguia sin tener esperanza de escapar de ella, se creia dichoso si podia leer en el alma de los otros el mas mínimo sentimiento de conmiseracion por su gran infortunio.

El viso de ese pensamiento oculto, no habia escapado á la perspicacia de Saint-Mars, y en consecuencia, se dedicó á hacerle comprender que entre él y los demas hombres, todos los lazos estaban rotos, de tal modo, que aquel que tratase de anudarlos no haria mas que buscar una muerte prematura.

Esto era igual á decirle, que se considerase completamente muerto para el mundo; que se considerase como una sombra condenada á pasar algunos dias llena de todas las penas que pueden aquejar el alma, estraña á todos los goces del corazon, y hasta cierto punto, destinada por fatalidad á beber esclusivamente toda la hiel, todo lo amargo de la vida, sin poder jamas aprocsimar á sus labios las gotas de miel que en ella se suelen encontrar.

Y ya está visto que por medio de las torturas esencialmente morales, se le hacia expiar á aquel desdichado, el crímen de haber nacido hijo y hermano de un rey.



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N. L.

III.

En esa época de dolor de el *Máscara de fierro*, un ministro de Luis XIV, llamado Louvois, fué á visitar las islas de Santa-Margarita.

Nadie ha sabido jamas el motivo de ese viage; pero todo nos hace creer que fué hecho de órden del rey, á quien la vida demasiado prolongada de su desgraciado hermano, perseguia como un remordimiento; al enviar á Louvois, esperaba tal vez recibir á su vuelta, la noticia de que el objeto de sus remordimientos habia muerto.

Luis XIV imitaba en esto à aquellas gentes que impacientes por saber una noticia, envian un mensagero con la esperanza de saberlo así mas pronto.

Algunos biógrafos, algunos cronistas, han dicho que esta visita de Louvois al *Máscara de fierro*, le fué hecha en Pignerol; pero todo nos hace creer que realmente tuvo lugar en la isla de Santa-Margarita.

Como punto cronològico, el hecho puede tener alguna importancia; como histórico, ninguna.

La visita tuvo lugar en alguna parte; y eso es lo esencial.

He aquí el motivo que el cronista Mr. P. L. Jacob, dá como motivo del viage de Louvois.

"Francisco Miguel Le Tellier, dice: El marques de Louvois, hijo del canciller Miguel Le Tellier, era el único encargado de los negocios del ministerio de la guerra despues que su padre en 1677, se retiró á la cancillería vacante por la muerte de Seguier.

"El peso de la administracion posaba casi todo entero sobre Louvois, de quien el rey se vanagloriaba haberle *formado*, y que gobernaba al rey sin que este lo comprendiese.

"De frívolo y voluptuoso que habia sido en su juventud, consagrada al placer mas bien que al trabajo, se habia vuelto austero y laborioso, cuando su ambicion se desarrolló con el manejo de los negocios de estado, y se dedicó tan esclusivamente á las funciones de su encargo, que en muy poco tiempo adquirió una esperiencia capaz de dirijir su génio.

"El principal móvil de aquella actividad, lo fué un celo inmoderado contra Colbert, ministro hábil, y sobre todo, regular y fecundo para los medios peque-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ños, demasiado bien instruido en las cuestiones de hacienda é industria, minucioso al esceso, siempre recto y algunas veces astuto.

"Louvois tenia la ventaja sobre su rival, siempre que proponia alguna medida imprevista, atrevida, aun temeraria, porque el rey era sensible para todo aquello que parecia interesar su gloria.

"Colbert, al contrario, se la llevaba ordinariamente en las circunstancias que ecsigian prudencia, lógica, cálculo y gusto: en el consejo no se encontraban nunca en contradiccion, gracias al esmero que ambos tenian en no salirse de sus atribuciones en todo cuanto les era posible. Colbert solo se ocupaba de las finanzas, del comercio, de edificios y de las artes; Louvois, preparando guerras, planes de campaña, de ejércitos y conquistas." Teniendo en su cabeza en este momento proyectos belicosos, este último anunció iba á visitar las plazas de la frontera del Piamonte, de la Saboya y de la Provenza, á fin de ponerlas en estado de defensa.

Tal fué el motivo que se atribuye á su viage à la isla de Santa-Margarita.

Tan luego como uno de los vigías puesto en lo alto de la torre del fuerte señaló la llegada del buque real que conducia al ministro, Saint-Mars envió al puerto la escolta de honor.

La guarnicion toda se puso sobre las armas y formò en batalla con bandera desplegada.

El ministro desembarcó en medio del ruido de los tiros de fusil y de cañon, y los tambores hacian los honores militares al secretario de estado y de la guerra.

Al estallido del cañon, todos los campanarios de las iglesias y conventos de la isla, comenzaron á repicar á vuelo, rivalizando el celo de su ruido con el de los cañones y mosquetes.

Los habitantes de la isla corrian en masa con las banderas del gremio de artesanos; los monges de los conventos y abadías salieron en procesion; pero cuando todos llegaron, Louvois en una litera cerrada, habia ya hecho el camino del puerto al fuerte, y declaró firmemente que no recibiria á nadie.

Toda aquella multitud que se habia precipitado para ir al encuentro de un ministro, tuvo por ùnica recompensa de su celo, el ver y adminar la bandera con la flor de lis que flotaba sobre lo mas alto del torreon.

Louvois y Saint-Mars tuvieron una gran conversacion, de la cual no cabe duda fuè el solo objeto el *Máscara de fierro*. Es tanto mas de creerse, cuanto que al salir de su gabinete en el que el ministro quedó solo, el gobernador se dirigió á la habitacion del prisionero y le anunció la llegada del secretario del rey.

—¿Viene para hacerme morir? preguntó el *Máscara de fierro* con una indiferencia que ocultaba la gran desesperacion de su alma.

—No lo creo; replicó Saint-Mars con frialdad.

La pregunta y la respuesta revelaban el verdadero carácter de las relaciones recíprocas entre el gobernador y el prisionero, despues del suceso del cuento.

Antes de las fatales catástrofes que se le siguieron, el primero parecia estudia-



CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ba mitigar en lo posible el rigor de su encargo: el otro, disimulaba lo cruel de suerte. Sin habérselo dicho jamas, parecia que mutuamente se tenian en cuenta sus recíprocas concesiones, y esa conviccion tácita habia establecido entre ellos, relaciones no solo soportables, sino aun dulces, en ciertas circunstancias. No se amaban, pero en fin, tampoco se odiaban.

Despues del suceso del cuento, todo habia cambiado. Saint-Mars agravaba mas de lo que habia mitigado, el rigor de su encargo. Las únicas pequeñas distracciones que hacian la vida ménos dura á aquel desgraciado, tales cual la conversacion, y las comidas en su presencia, las habia suprimido. Le habia reducido á no ver á nadie, mas que á él, dejándole dia y noche frente á frente con su desgracia y angustia.

El prisionero por su parte, ecsagerándose las brutalidades de su carcelero, no teniendo desde hacia mucho tiempo nada que le apegase á la vida, ni aún la esperanza, se dejaba ir con aquella debilidad hija de la desesperacion, que hace que todo sea indiferente, tanto la muerte como la vida.

El tono con que hizo su pregunta à Saint-Mars cuando este le anunció la llegada de Louvois, habia traicionado el secreto de su alma, así como la respuesta del gobernador reveló la fria crueldad de un corazon ulcerado.

Saint-Mars salió.

Poco despues llegó el turno de Louvois. El ministro estaba en la habitacion del prisionero, de piè, con la cabeza descubierta, y hablándole con respeto y deferencia, miètras este último, sentado y cubierto, parecia mas bien un superior á quien se rinde homenage, que un preso de quien se reglamenta la suerte.

Lo que pasó en aquella entrevista, es hasta ahora un secreto, y seria abusar de la historia el tratar de penetrarlo.

Solo Saint-Mars, gracias á su escondite, lo debe haber oido, y es el único que lo podria revelar; pero todo nos hace creer que si lo supo, jamas dijo nada referente á él.

Solo se puede formar una idea racional, en vista de la visita de Louvois y de su actitud delante del prisionero, pues un hombre de un carácter altanero como el suyo, déspota y aun algo feroz, porque Louvois no poseia ninguna de esas cualidades fisicas que hacen atraerse las simpatías, siendo su mas dulce sonrisa un penible gesto, su mirada mas dulce una especie de rayo siniestro, su trato mas genial siempre lleno de cólera y vanidad, brusco hasta la brutalidad, orgulloso hasta la insolencia, henchido de su superioridad hasta el ridículo, y no deseando ni agradar ni hacerse amar, hacen que no se pueda uno suponer el por qué siendo tal su caràcter se mantuviese parado y descubierto delante de su prisionero, y le hablase con un respeto qne, segun dice Renneville, rayaba *hasta la servidumbre*. Todo esto demuestra claramente que el prisionero era de sangre real.

Ademas, Louvois estaba tan orgulloso y altanero con el favor de Luis XIV, que puede asegurarse no se habria mostrado tan servil como se mostró, si el prisionero hubiese sido de otra rama real que no hubiera sido la de Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sea lo que sea, y como no nos ha sido posible levantar ni aun un pedazo del velo que cubre dicha entrevista oficial, hemos tenido que hacer mencion de ella para mostrar el hecho concluyente de la *servidumbre* en tal circunstancia, de un ministro tal cual Louvois.

Despues de la partida del ministro, algunos meses se pasaron sin que en ellos ocurriese accidente alguno digno de atencion, que rompiese lo monótono de la vida del prisionero.

Parecia que el *Máscara de fierro* habia conseguido sobreponerse á la especie de fiebre y desesperacion en que cayera despues de los sucesos que cual una ráfaga de viento envolvieron en su torbellino á Mad. de Saint-Mars, y al capitan Lécuyer. Habia vuelto á caer en su apatía aparente con tal filosofia, que nadie habria sospechado se pudiese acomodar á la desoladora certidumbre de una ecsistencia ligada tan impíamente á una cautividad que solo concluiria con la muerte; y miéntras esta llegaba, cual si no hubiera querido vivir mas que solo para sí y estrangero totalmente al resto del mundo, tomó sobre sí el arreglo de su vida.

A pesar de que las distracciones que le fueron permitidas eran escesivamente restringidas, sacaba de ellas todo el partido posible, dividiendo su tiempo en el dia y la noche de tal suerte, que no le quedaba lugar para pensar en su posicion.

El aislamiento á que lo redujera Saint-Mars, dejándole solo dos criados, especie de mudos que solo estaban cerca de él con el fin de espiar sus acciones, sus palabras y sus pensamientos, fué mas bien un ausilio que un mal, para la distribucion de su tiempo. Tomó el partido de considerarse siempre cual si estuviese solo, aun en presencia de ellos, y de buscar en sí mismo las distracciones que no podia encontrar de otro modo.

Hé aquí cómo distribuyó su tiempo.

Su gusto por el lujo en el vestir y en las telas, no habia disminuido, y consagraba las dos primeras horas de la mañana, á su tocado. La muger mas coqueta no habria tenido en él ni mas atencion ni mayor delicadeza.

A las diez se le servia el almuerzo. Este se componia de frutas frescas ó secas, y de natas, queso, mantequilla, &c. &c., servidas en un plato de limonero de Africa.

Al levantarse de la mesa, tomaba su guitarra, instrumento que manejaba con gusto y habilidad, y quedaba pulsándola hasta el medio dia. Ese momento de distraccion era para él el mas agradable. Una araña, alojada en la cavidad que formaba una de las gabetas y la tabla de su mesa, subió un dia á esta miéntras él pulsaba la guitarra, y se quedó allí escuchando, cual si los acordes del instrumento la hubiesen cautivado. Esta fué al ménos la idea que se formó el prisionero, y cuando al otro dia y en los subsecuentes, la araña apareció á la misma hora y bajo las mismas circunstancias, no dudó ya de que en realidad estaba fascinada por la música, y se dedicó á amansarla.

Despues del concierto, nunca dejaba de darle una mosca, la que desde la primera vez la araña tomó sin cumplimiento, yéndose á su rincon á devorarla.

Esta circunstancia, tan fútil en apariencia, se hizo un incidente real para la vida del prisionero, y este desgraciado se creyó ménos solo, desde el dia que vió era útil á una criatura viviente. Así es, que durante las horas del dia consagradas á otras distracciones, aspiraba á aquella del dia inmediato, y todo hace creer que la araña no la esperaba con ménos impaciencia que él.

Pero Saint-Mars le envidiaba aun esta distraccion inofensiva.

Hé aquí cómo cuenta el fin de esta anécdota el autor de *La Inquisicion francesa*, t. 1.°, pág. 74. Dice: "No siendo visitado mas que por su bárbaro espía, *el prisionero* no sabiendo en qué pasar su tiempo, enseñó á una araña á que bajase á su mano á tomar de ella ya una mosca, ya una migaja de pan que le tendia. Un dia, Saint-Mars entró en el momento en que él estaba en su divertida ocupacion con su araña. Le esplicó detalladamente su bella diversion; mas aquel hombre brutal, viendo que el desgraciado prisionero tenia una especie de placer en ello, le aplastó en su misma mano la araña, diciéndole, que un hombre como él, no debia tener diversion ninguna."

Volvamos á la distribucion que hacia de su tiempo aquel infortunado á quien se envidiaba una distraccion tan inofensiva y tan tierna.

A medio dia se le servia la comida: esta era mas sustanciosa que el almuerzo, y servida en bajilla de plata.

Despues de comer, el prisionero pasaba una ó dos horas en arrancarse las barbas con unas pinzas de acero muy finas y lucientes. Esta especie de ocupacion tenia tambien el mérito de cautivarle á tal grado, que muy amenudo pasaba en ella las dos horas destinadas á la lectura entre la comida y la merienda, la que tenia lugar á las cuatro de la tarde, y se componia de naranjas, granadas y mariscos.

La cena hacia la cuarta comida: era mas sustancial que todas las otras, y se le servia á las ocho de la noche.

Las cuatro horas que debian pasarse entre la merienda y la cena, el prisionero las tenia destinadas á pasearse en el jardin del fuerte cuando el tiempo lo permitia, ó á volver á ocuparse de la lectura, la música, quitarse el vello de la barba, distracciones mudas con la araña &c., &c., &c.

Despues de que cenaba y se acostaban sus criados, se ocupaba de la literatura, componiendo cuentos, novelas y aun versos.

Saint-Mars le proporcionaba hoja por hoja el papel, y hoja por hoja iba numerada y señalada, sin que fuese permitido al prisionero el disponer en otro objeto la mas mínima parte, so pena de privarle de él para siempre.

Una vez escrita la hoja, debia ser entregada religiosamente al gobernador, bajo la misma pena.

Si el prisionero deseaba despues de hecha la entrega releer algo de lo escrito, designaba la hoja que queria: se accedia á este deseo; pero siempre bajo las mis-

mas condiciones, es decir, que nada podia guardar él, y que escritas ó no, tenia que presentar las hojas que se le daban numeradas.

En sus horas de composicion, se paseaba con grandes pasos por su aposento, y muy amenudo el dia le sorprendia en aquel desahogo de espíritu y corazon.

El caballero de Mouchy, en una obra que se ha hecho bastante escasa, titulada: *El Máscara de fierro, ó las aventuras del padre y del hijo*, 6 vol. en 12.°, impresa sin nombre de autor, La Haye, Pierre de Hond. 1746, y de que la Biblioteca nacional posee un ejemplar provenido de la Biblioteca particular de Choisy-le-Roi, ha dado algunos fragmentos de los productos literarios del *Máscara de fierro*, sin indicar de dónde los habia tomado.

Hé aquí una tierna y curiosa muestra que de él hemos tomado.

Para apreciar como es debido su sentido y su espíritu, es preciso saber que en el número de distracciones que el prisionero se habia creado, se encontraban frecuentes entretenimientos con las flores, las unas vivas y cultivadas por él en el jardin, las otras muertas, y las cuales clasificaba en un herbolario.

Habia adoptado por base de sus entretenimientos, las diversas significaciones que los orientales dan á las flores, y que Pablo Maranna, autor del *Espía Turco*, habia puesto en moda en un pequeño tomo en 18.° Paris, A. Dezallier, 1659, titulado: *Idioma de las flores;* hoy perdido ya, pero que ha servido desde entónces como base á todo lo que ha aparecido bajo ese título ó bajo otro cualquiera aprocsimativo.

Aquí teneis el opúsculo del *Máscara de fierro*.

PRIMER FRAGMENTO.

Mi diario, ó entretenimientos filosóficos y morales, de un prisionero con sus flores.

"El viajero describe en su diario sus placeres y sus penas: yo, no tengo placeres que describir, solo tengo penas.

"El viajero descifra, aun sus sentimientos con los vivientes, sus impresiones y la multitud de objetos que llaman su atencion. En cuanto á mí, mis entretenimientos, mis impresiones, están reducidas á las flores.

"Pobres flores! unas, viven con una vida cual la mia; sin aire, sin sol, sin esos bienes que son los de todo el mundo, porque la naturaleza los da gratuitamente á todos, ménos á nosotros, pobres flores mias, para quienes no hay dia. Otras de mis flores, y son la mayor parte, duermen muertas en mi herbolario. Son mas dichosas que yo, porque al fin tienen una tumba y una mano amiga que las cuida, miéntras para mí no ecsiste una mano igual, y aùn quién sabe si tendré una tumba! Duda triste! Se me ha creado una vida aparte, tal vez crearán para mí una muerte igual.... porque la maldad es tan ingeniosa!.... Oh! corazon mio, calla! sé discreto, pues aquí se teme que me hablen aún las paredes!

"Aun este papel, no guardará lo que le confias.... tus pensamientos, mis palabras, todo, todo debe ser dado al viento, cual las cenizas de los séres malditos!

"Pero tù y yo, ¿no somos por ventura cenizas? ¿No vivimos en la muerte bajo la apariencia de la vida?....

"Resignémonos, ya empiezo:

"*Es domingo de* REMINISCERE, *del mes de Marzo de* 1688, *año veintidos de mi cautividad.*

"Las flores son los amores de la tierra y el cielo: ¿por qué no lo serán del prisionero?

"Ellas son intérpretes de todos los sentimientos, y lo serán de los mios. Para algunos, son un recuerdo de gloria y felicidad; para mí, que no tengo ni felicidad ni gloria, las vivas me arrancarán un pesar, las muertas alimentarán mi melancolía, haciendo venir á la mente recuerdos tiernos ó dolorosos: las primeras contribuirán á la igualdad de mi alma, me arrancarán una sonrisa: con las otras nos entenderémos tal vez, porque al fin, ¿no tienen tambien las flores un idioma?

"Cuando el rey San Luis tomó por divisa una margarita y las flores de lis, haciendo así alusion á la reina su esposa y á las armas de Francia, ¿esas flores no decian nada á su corazon?

"Cuando San Medard instituyó el precio mas tierno que ha ofrecido la piedad á la virtud, una corona de rosas para la jóven mas modesta, mas sabia, mas sumisa á sus parientes, ¿esa corona no decia nada á la jóven y á los que la veian?

"Cuando á aquellos que iban á sus templos los padres egipcios les presentaban una rueda que daba rápidas vueltas, y algunas flores, la rueda para hacerles recordar lo variable de las cosas hnmanas, y las flores la brevedad de la vida, ¿aquel idioma simbólico, no era acaso comprendido por todos?

"Cuando los orientales componian *bouquets* (ramilletes) intérpretes de los mas dulces sentimientos del corazon, ¿no comprendian los corazones por ventura ese idioma?

"Cuando la nodriza de Rebecca fué enterrada bajo un sauce al cual los hijos de Jacob dieron el nombre de *sauce lloron*, ¿no habia en ello una denominacion del destino?

"Un dia se me enseñó un gran cuadro histórico hecho con flores, que representaba á los mártires. La tela estaba atravesada por una infinidad de agujeros, por los que pasaban los tallos de las flores, y estas estaban cortadas y alineadas con tanto arte, que imitaban figuras humanas. Detras de la tela habia vasos de agua en los que entraban los tallos. Ese cuadro solo debia durar un dia, y esclamé al verlo: "Oh gran Dios! cuan admirables son tus obras!"

En todos los movimientos de las flores
Puede ver el observador un presagio,
Pues con su dulce idioma

Indican, ó el trabajo, ó el tiempo fugaz
Que en su pasage las marchita:
Aun bajo un cielo sin nubes
Ellas preveen cuando viene la tempestad,
Y al cerrar sus brillantes hojas
Allà en la fresca floresta
Remedan el lejano ruido del viento.

"Tales son, la Aleluya y la Oxalida, luego que llega la noche, pliega sus hojas y se entrega al sueño; pero apénas raya el dia, se despierta y parece que con alegría saluda al sol. El símbolo de esa bonita y pequeña planta, es la *alegría*. Ese símbolo ¡ay Dios! es estraño para mi corazon.

"Y la malva, tan preciosa por sus virtudes saludables, cuyo emblema es la *sinceridad*.

"Y la *Badiana*, (1) que sirve de reloj á los chinos, emblema de la *importunidad*.

"Y el *Astragale*, cuyas flores apénas se descubren en medio de la peluza que las cubre, símbolo del *pesar*.

"Y el *Artrame*, cuya flor parece una estrella, emblema de los *pensamientos secretos*.

"Y el *Coqueret*, símbolo del *error*.

"La *Brumelle*, símbolo de la *soledad*.

"La *Crapaudina*, del *artificio*.

"*L'Aristée du Caje*, de los *rigores*.

"La *Dorouie*, de la *frialdad*.

"La *Cariandre*, del *mérito oculto*.

"La *Amaryllis*, del *orgullo*.

"El *Iris*, la cual los antiguos no dejaban cortar mas que por personas castas, símbolo de la *confianza* y de la *lugereza;*

Es una flor apénas entreabierta
Que tiene de la lis el orgullo,
De la rosa la frescura,
Del tornasol la movilidad;
Mas por desgracia, es demasiado viva,
Ligera como el zéfiro,
Y cual la Sensitiva,
Huye cuando se la va á tocar.

"¿Hablaré de la *Mille-Pertuis*, símbolo del *olvido*, porque en la Tartaria china una infusion de esa planta narcótica hace olvidar los males? ¡O planta querida, crece á mi vista y esparce tus virtudes sobre el desgraciado que te invoca! El olvido, el olvido es el único bien que hoy deseo!»

[1] Anis de la China. [N. del T.]

SEGUNDO FRAGMENTO.

Domingo de Loetare, *Abril de* 1688, *año veintidos de mi cautividad.*

Si la modesta violeta
Se oculta sobre la yerba al nacer,
Es para hacer resaltar su mèrito,
Cual el de un espíritu que se muestra á la vista.

Salud, flor modesta! cuànto mas bella será la belleza mundana que te tome por emblema con estas palabras: *Es preciso buscarme.*

"Y tú, *Xyloston*, madreselva de los zarzales, eres llamada el símbolo de los *lazos del amor*, ¿no eres mas bien el mio?

Pero, mirad, ya viene la tempestad,
El relàmpago serpentea en los cielos;
Al árbol de los campos le hace bajar su cabeza
El viento furioso:
El cielo amenaza, el aire centellea,
Y con la tempestad y el granizo
Lucha por largo tiempo un arbolillo:
Pero al fin, sus flores rotas
Abandonan á la voluntad del viento
Los pedazos poco ha hermosos
De sus hojas descoloridas ahora.

"Hablemos del *Mogoric*, cuyas flores sirven de adorno à las mugeres de la India, y son emblema del *lujo*.

"Del *Cisto*, emblema de los *zelos*, y cuyas ramas son tan irritables, que amenudo se las ve agitarse sin que se pueda comprender la causa.

"Del *Aneth*, con el cual los romanos trenzaban las coronas que se ponian en los festines, y que es el emblema de la *credulidad*.

"Del *Myosotis*, cuyas pequeñas flores muy abiertas y de un color azul celeste, en espiga que se desarrolla en su estremidad como una cruz, son el emblema de la *amistad*. Este es otro sentimiento que jamas he conocido, que jamas conoceré. Un amigo! con un amigo tiene uno dos corazones en quienes compartir la desgracia! Mi alma está triste!....

TERCER FRAGMENTO.

Es domingo de Oculi, *Abril de* 1688, *año veintidos de mi cautividad.*

"Cómo me gusta esa Resedá! Mis miradas no se cansan nunca de verla, cual si fuese una de esas personas amables á quienes el tiempo no envejece, y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aunque sin el brillo de la belleza, tienen algo que atrae siempre. Se le denomina el *bálsamo del corazon*, y se le atribuye á esa preciosa planta la virtud de apaciguar los dolores: de ahí le viene el nombre de Resedá (*sedare*), calmar. Tendrá ella la virtud de apaciguar los mios? Ay de mí! mi vida no es mas que un dolor!....

"A su lado está la *Kalmie*, cuyo atributo es el *gemido*. ¿Es acaso el destino quien ha puesto una cerca de la otra à esas dos flores, el *bálsamo del corazon* y el *gemido*, como para decir que no hay un dolor eterno?

El destino no se ha acordado de mí: soy el ùnico ser en el mundo condenado á gemir siempre. La *Kalmie* será la flor de mi predileccion. Gracias, Pedro Kollinson, gracias porque la has traido á Europa, de los bosques húmedos y sombríos de la América Septentrional, donde crece silvestre, gracias!

Léjos de mí toda idea triste: yo no debo, yo no quiero gemir mas! ¿Quién mira ya las làgrimas en mis ojos? ¿Quién es el que oye los suspiros de mi corazon? Ojos mios, comeos mis lãgrimas! Corazon mio, acallad mis suspiros! Alegrémonos, quiero ser hombre hoy, quiero abrir mi corazon á las dulces emociones. Este tercer fragmento lo dedico à la belleza, á la beldad que ví un dia, y que no he vuelto á ver despues! á la belleza que los filósofos han definido de tan diversos modos.

"Anacreon, la llama un don del cielo.

"Aristóteles, un monstruo de la naturaleza.

"Bion, mas sensato, un bien para los otros.

"Sócrates, mas aún, una tiranía de poca duracion.

"Theophrasto, un engaño mudo.

"Theócrito, un bello mal.

"Carneade, una reina sin miradas.

"Diotine, uno de los maestros de filosofia de Sócrates, un templo de un dia. Quién sabe que mas?

"Sea lo que sea de estas definiciones, pocos son los héroes, los grandes hombres y los filósofos que han desdeñado quemar su incienso sobre ese altar.

"Xenocrate, uno de los mas famosos filósofos, por su continencia, sacrificaba en honor de Sidate.

"Aristóteles, á una querida de Hermias, con quien habia casado.

"Perícles, á Menippe y á Aspacia.

"Solon, el mas famoso de los siete sabios, á Argine, hija de Amphicles.

"Sócrates, á la jóven Phrygiene Timandre, de quien una de las mugeres de su servicio, Myrrho, hija de Arístides el justo, estaba violentamente zelosa.

"Alcibiades, á todas las mugeres hermosas de Grecia.

"Alejandro, á Stalira.

"Hércules, á Omphale.

"Antonio, á Cleopatra.

"Anníbal, á la jóven Mithra, la hija loca de Capone.

"El austero Appius Claudius, á la veleidosa Hortensia.

"César, á Murcis, antes de desposarse con Pompeya.

"El Severo Caton de Utica, á Marta.

"Y en fin, para cerrar esta lista, Platon quemaba inciensos á la virtuosa Archeanaste de Colophon, de sesenta años de edad, y despues la dejó por Agathone, á la cual celebró en estos dos versos:

Cuando estoy cerca de Agathone,
Mi alma se va tras ella.

"Y á mí tambien me parece haber sentido una suspension en mi vida, en el instante en que acerqué mis labios á la copa del amor. He dicho que me parece, porque muchas veces me llego à convencer de que esa época no es mas que una ilusion mia.

"Se han acumulado tantos dias de dolor en mi pobre corazon, que no le ha quedado el mas mínimo lugar para una hora de alegría ya pasada. No importa, hablémosle hoy en ese idioma ya olvidado.

"Hé aquí las flores que responden á todas las fibras de un corazon enamorado: cada una de ellas es el atributo de una inspiracion de amor.

"La *Armoise* abre el camino, es el emblema de la *felicidad*.

"La Astragale le cierra; ya he hablado de ella, es el símbolo del *pesar*.

"La Crapandine, cuyas flores de un blanco amarillento, están salpicadas como la piel de un escuerzo, y se parecen á una boca que habla, es el emblema del *artificio*.

"La Zinnia, del *secreto*.

"La *Mercuriale*, que no produce flor alguna, lo es de *apariencias engañosas*.

"El *almendro*, de la *indiscrecion*.

"La *Ephimerine de Virginia*, de *la felicidad efimera*.

"La *Cupidine*, á la que las jóvenes griegas atribuian la virtud de inspirar el amor, y con la cual Sapho gustaba adornarse, es el emblema de los *deseos ardientes y fogosos*.

"La *lis* amarilla, de la *inquietud*.

"La *anémona*, del *abandono*.

"El *lirio*, de la *indiferencia*.

"El alelí, del *despecho*.

"La rosa de cien hojas, de la *belleza*.

"La rosa mosqueada, del *capricho*.

"La rosa matizada, del *amor traicionado*.

"La rosa silvestre, de la *inocencia*.

"El tulipan, del *orgullo*.

"El clavel, el cual el rey René de Anjou fué el primero que le trajo á Francia, tiene tantos significativos como colores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

"El blanco es la *fidelidad.*
"El punzon, el *horror.*
"El amarillo, el *desden.*
"El rosa, una *sensacion.*
"El encarnado, la *reciprocidad.*
"El matizado, el *rehusar amor.*
"El laurel, es el emblema de *pequeños cuidados.*
"El naranjo, de la *castidad.*
"La aurícula, de las *contrariedades.*
"El tornasol, de la *ingratitud.*
"La angélica, de la *esperanza engañada.*
"La amapola, del *reconocimiento.*
"La caña-corro, cuyas ramas terminan con una hermosa espiga de flores amarillas, de una bella claridad, es el símbolo de la *frivolidad.*
"El lirio purpúreo de la China, cuyas flores solo duran un dia, de la *aspereza.*
"La Salicaria, cuyas espigas caidas hácia el borde de los arroyuelos, parece se complacen en reproducir en ella su imágen, de la *coquetería.*
"El Ranúnculo, de la *compostura.*
"El Estramonio, cuyo jugo es un veneno peligroso, del *engaño.*
"El Sauzgatillo, sobre cuyas hojas se acostaban las mugeres de Aténas durante los misterios de Isis, de la *frialdad.*
"El Muscari de Levante, de la *llama de amor.*
"La Sensitiva, del *pudor.*
"La *Cypride*, hortiga, del *obstáculo.*
"La Clandestina, del *amor oculto.*
"La Acacia, del *amor esperimentado.*
"La Saponaria, del *amor voluptuoso.*
"El mirto, del *amor correspondido.*
"La Bella del dia, del *amor atrevido.*
"La Bella de la noche, del *amor tímido.*
"El Granado, del *amor ardiente.*
"La flor del azafran, del *amor desgraciado.*
"La Tuberosa, de la *voluptuosidad.*
"El heliótropo, cuya fortuna fué hecha por las damas de Paris, que le llamaron *yerba del amor*, es el atributo de la *ecsaltacion de amor.*
"La lila, de las *primeras emociones.*
"La reina Margarita, del *deseo de ser amado.*
"El jazmin, de la *amabilidad.*
"La inmortal, de la *constancia.*
"La jara, de los *zelos.*
"El *Panerais* de Iliria de ombelas olorosas, de la *sospecha.*
"El geranio triste, de la *melancolía.*

"La grama, de la *tristeza.*
"La *Adoxa Moscatelline*, de la *debilidad.*
"La Marca de Oriente, de la *resistencia.*
"La Parnasia, del *rompimiento.*
"Y es todo? Y por qué omitiré á la balsámica, emblema de la *constancia?*
"*Amenudo la pastorcilla, léjos de su jóven amante, se pregunta temblando: ¿me será fiel? ¿Volverá siempre constante? Mas el oráculo señalando con su dedo incierto, le revela su destino.*
"Y la margarita de los campos, no es tambien un oráculo de amor?
"*Escapada al azar, á las manos de la naturaleza, creces sin cultura y brillas sin arte, tal cual rebaño olvidado por su pastora: sin compostura alguna, sabes agradar, y no lo ignoras.*
"Quién no recuerda á la noble castellana de la edad media, rehusando las atenciones que le prodiga un caballero de proezas, y que para no quitarle enteramente la esperanza, corona su frente con margaritas blancas, dándole así á entender: *Yo me ocuparé de tí.*
"Y hoy, mirad á la jóven que se entretiene con una margarita, arrancando uno á uno los blancos rayos de la encantadora flor! Su mirada la sigue despues con tristura, y su voz balbuciente dice: *El me ama....un poco....mucho, apasionadamente....nada!....*
"Ya habeis visto todo un idioma amoroso de las flores; pero me está bien á mí el hablarle? Y sin embargo, hubo un tiempo....Ese tiempo ha ecsistido acaso? Hay momentos en que lo dudo....Ha tenido en mi corazon un lugar ese dulce sentimiento, que se divide con otro ser?
"Abrete, corazon mio! deshácete de esas disposiciones á la agonía en que flotas y que te obstruye el paso: deja que salga ese bello sentimiento del pasado... que vuelva á tener su lugar entre mis recuerdos. Será aún una esperanza?.... Quién sábe! Qué es lo que he dicho! Una esperanza? Yo una esperanza!.... cuando estoy condenado á ecsistir desconocido por siempre....por toda la vida!....Mi cabeza se arde!....mi corazon se cierra....yo sufro.... Ven, flor ligera, que has nacido en paises lejanos, ven, amable Zephyrante, emblema de la *inconstancia*, cántame las *aventuras de la Curruca* (1) de la cual eres imágen: el haberme permitido tener esperanza en el amor, ha sido para castigarme: canta, linda flor, canta:
"Reciben de la rosa el primer suspiro las mariposas, y en la tarde cuando sus "hojas están completamente abiertas, el zéfiro.
"Aprended de la Curruca; fatigada de verse sola tomó por amante al gorrion; "mas el temor de que este le fuese infiel la consumía, y sin embargo, ella fué la "primera en engañarle. Tal es el mundo; al que ama bien, se le deja por otro, "y se es constante con el que nos engaña. Así, pues, debemos amar y cambiar "amenudo para ser sabios."

(1) Ave pequeña.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRAGMENTO CUARTO.

"Siempre he tenido curiosidad de saber por qué los pueblos antiguos, y en particular los romanos, tenian para cada hora del dia un *bouquet* distinto.

"Para la primera hora un *bouquet* de rosas todas abiertas.

"La segunda uno de eliotrope.

"La tercera un *bouquet* de rosas blancas.

"La cuarta uno de jacintos.

"La quinta algunas hojas de granado.

"La sesta un *bouquet* de anémona.

"La séptima uno de resedá.

"La octava uno de flores de naranjo.

"La novena algunas hojas de oliva.

"La décima algunas ramas de lila.

"La undécima un *bouquet* de calendula.

"La duodécima un *bouquet* de trinitaria y violetas."

He tratado en vano de descubrir los atributos diversos de esas horas, de los cuales dichas flores son emblemas, y nada satisfactorio ni completo he encontrado. Pasemos, pues.

"¿Cuáles son esas dos hermosas flores á las que ha dotado la naturaleza de instintos tan diversos? Al pié de la una, leo el nombre de: la *Quinte-Feuille* (quinta hoja) símbolo de la *inocencia*. En tiempo de tempestad, sus hojas, que parecen un abanico, se juntan y forman sobre la flor una especie de pequeño nicho, que la pone al abrigo de los vientos y las aguas.

"La otra es la planta Villorita: sus flores, color de carne, se complacen en desafiar las tempestades y el mal tiempo: su vista inspira meditaciones melancólicas. ¡Dichosa flor! tú puedes desafiar el ábrego inclemente, él no te marchita ni te hace doblar! Miéntras yo, he sido doblado y marchitado por ellos!

"He buscado mil medios para hacer útil mi vida. Hubiera querido poder persuadirme que la vida mas larga es la mas dolorosa, y que apenas es suficiente un período de ella para prepararse à morir. Hubiera querido persuadirme, de que todo eso que en el mundo llaman negocios, es una cosa tan vana cual el trabajo de la hormiga en el camino real, donde cuando menos piensa la aplasta el pié del viagero!..... Hubiera querido dar á mi pensamiento un objeto ùnico, el de aprovecharse de la soledad y el silencio que son mi mision, para elevarlo siempre hasta Dios, en espera de la hora en que la eternidad abra sus puertas para mí!..... Hubiera querido, que la sonrisa de aquel que reside mas allà de los cielos, pudiese dar siempre alegría á mi alma y fortificarla!..... Hubiera querido, dando á la virtud toda la estension que debe tener, que mi nombre se inscribiese con los caracteres de la fidelidad en el libro del buen deseo del Rey del mundo!..... Viendo incesantemente la tumba abierta bajo mis piés,

condenado á dormir en una tumba abierta que durante mi sueño podria cerrarse, prefiriera vivir en el rincon mas salvage, en una oscura gruta, siendo mi ùnica bebida el agua de los arroyos, mi comida las yerbas y las frutas encontradas al azar, y allí, con mis ojos elevados sin cesar al cielo, no habria querido mas, que contemplar sus regiones; pero, cual las arenas que beben las gotas de la lluvia ò el rocío de las mañanas, yo, que solo soy un átomo imperceptible de ellas, solo puedo embeber un débil bien partido de las inspiraciones que el cielo me dá.

"Apesar de mis esfuerzos sinceros, he visto, tanto antes como ahora, solo mi sombra, no habiendo podido ver aún con gusto ni una sola vez en lo pasado: no habiendo jamas podido por una sola vez, ver hácia adelante con esperanza!....

"Desafia los inviernos, dulce Villorita! al prisionero eso no le es permitido. Tú, sabes que vives, que naces, que has de morir: yo, mil veces he dudado si he nacido, si he vivido, si estoy muerto. Solo para mi se ha invertido el órden de la naturaleza.

"Solo para mí no ecsisten los goces de los hombres,

"Goce de hijos;
"Goce de padre;
"Goce de amigos;
"Goce de amante;
"Goce de esposo;

"Goce, en fin, de hombre, en los mil accidentes de la vida: nada, nada de esto ecsiste para el prisionero! Se ha estudiado el dejar nada en mi corazon, y si no le han arrancado, es porque temen se escape de la tierra una maldicion que iria hasta el cielo acusándolos!.....

"Descansa, dolor mio!.... Y vosotras, flores queridas, consoladme! Abrid vuestras corolas, que sean las depositarias de mis suspiros! Sacudid vuestras hojas y que el polvo embalsamado que las cubre, sirva de bálsamo á mi corazon! Pasad, ¡oh flores mías! pasad ante mis ojos con vuestros atributos y vuestros símbolos! Sed para mí las sensaciones y los sentimientos que no me han sido dados conocer en la vida!

"Recordadme aquello que habria amado, aquello que habria odiado, aquello que habria bendecido, aquello que habria maldecido! Sed para mí el amigo tierno, el confidente discreto á quien uno revela sus amores, y las penas del corazon, las bendiciones y las maldiciones del alma!

"Dejémos à un lado esas flores, símbolo de amor; su vista me recuerda sus atributos, y estos, son un dolor en mi dolor! Son, el cielo à que aspiro! Son, el cielo que he perdido!

"En un dia de loca alegria, quise clasificarlas, y ese dia, mi corazon se estrelló al quitar los troncos que pude clasificar en ellas como símbolos! Pasémos, pasémos pronto, mi dolor no necesita alimentarse.

"Henos, pues, en pleno goce de la vida real.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Veo la *primavera* naciendo bajo la escarcha que fecunda la tierra reconcentrando su calor; así nace el hombre, en medio del sufrimiento! Las hermosas flores amarillas de la primavera, han producido siempre en mi imaginacion el efecto de una flauta campestre en medio de las rocas áridas é inhabitadas: su símbolo es, *la primera juventud.*

"Sueños que sonreis à la juventud
"Y os alejais del hombre con presteza!
"Preciso es que una tan dulce sensacion
"No dure mas que un momento!
"Edad dichosa aquella en que todo nos parece amable,
"En que cada objeto nos ofrece un nuevo placer,
"Atractivo vivo, encanto indefinible
"El corazon se espanse cuando te siente!

"¡Ay de mí! ese placer no me ha sido dado esperimentarlo! No es al sentirlo que mi corazon se ha espansido, sino al envidiarlo! ¿Por qué esa diferencia entre yo y los demas? Nacido entre lágrimas, ¿por qué debo vivir y morir entre ellas? Y esto, sin un plazo.... ¿Estoy acaso marcado con el sello de Cain?

"Ah! huye, pensamiento mío, huye.... yo no soy Cain....

"Es bastante por hoy, mis ojos lloran.... mi corazon gime.... mi alma está en agonìa!....

FRAGMENTO QUINTO.

Es Domingo de QUASIMODO, *Mayo de* 1688. *año* 22.° *de mi cautividad.*

"Ha venido à pararse sobre las barras de mi ventana, una golondrina: gorgea, ¿qué dice? ¿Es acaso un temor lo que me esplica? ¿una esperanza? ¿una alegría?

"Golondrina, háblame del mundo á mí que estoy muerto! Cuéntame tus gustos y tus penas, tus deseos y tus esperanzas.... Mi corazon aun es vírgen en confidencias; jamàs la boca de un amigo le ha depositado un secreto.... Sé tú ese amigo. ¡Ay! ya voló: mi vista la ha espantado.... Sé dichosa, ave del cielo; vé y dì à Dios, que una criatura de la tierra sufre....

"Esas sensaciones del mundo me hacen mal. La fuerza falta á mi alma para poder verlas cara à cara. Débil caña cual soy, conozco que se rompe.... no pensaré mas en ello.... me concretaré à mis flores: hablémos, pues, con ellas.

"Mirad la Vinca-pervinea, es el sìmbolo del *mérito modesto.* Los Romanos la cultivaban como una planta de gusto. Ella crece al pié de las breñas y zarzales. Las espinas que están sobre su cabeza, no la pican ni desfloran.

"Así ven muchos hombres pasar el trueno sobre sus cabezas sin sentir sus efectos. ¿Por qué no soy como ellos? A mí, me ha lastimado....

"Y á la emblemática Zarza-rosa, ¿qué le diré? tierna flor de los poetas, emblema de las dificultades y la poesìa!

"Clemencia Isaura, en la academia de fuegos de flores que fundó en Tolosa, tuvo la ingeniosa idea de dar una Zarza-rosa de oro al vencedor de un torneo anual de poesía.

"Los árabes, esos hijos errantes del desierto, han hecho sobre tí comparaciones encantadoras. Han creido ver en tí una jòven beldad cuyos atractivos parecen mas grandes miéntras mas sencilla se presenta.

"Tan luego como el calor empiece
"Abre tus alas ligeras, cefirillo,
"Abre el cáliz de las flores
"Y el corsè de nuestras pastoras.

"Mi pensamiento se pierde: me habia prometido no tener mas tales ideas.

"Prefiero la pequeña Salvia, emblema del *mérito desconocido.* ¡Oh locura de los hombres! van á buscar plantas salutíferas á largas distancias, cuando la naturaleza las ha sembrado bajo sus plantas: *hace una tontera con morirse,* decian los antiguos, *quien tiene Salvia en su jardin.*

"Ved la Geringuilla, el elegante arbusto cuyas flores ecshalan un olor tan penetrante, que cuando una vez se respira, le sigue á uno por todas partes. Por esto es que le han hecho el emblema de la *memoria.* Un poeta, no sé cual, le compuso estos versos:

"Símbolo de dulce alegría,
"Puede tu follage amante
"Aumentarse como mi tèrnura
"Y anunciarme dias de felicidad!
"¡Oh cielo! refresca su verdura,
"Primavera, renueva su flor,
"Y ambos redoblaron su follage
"Para el momento de mi felicidad.

"Dichoso el que escribió esos versos. Al menos, esperaba.

"Y tù, Yedra, símbolo de *nudos durables,* qué puedes decir à aquel que jamas ha tenido nudos mas que con la desgracia!

"Y tú, Oliva, símbolo de la *paz,* ¿qué eres para el desgraciado en cuyo corazon jamas ha reinado ella? Eres un pesar!

"¿Y el Laurel-rosa, símbolo de la *gloria?* Otro pesar!

"¿Y el Jacinto, símbolo de la *benevolencia?* ¿Y el Lirio blanco, símbolo de la *felicidad?* ¿Y la Ogiacanta, símbolo de la *esperanza?* ¿Y el Ocil-de-paon, de la *equidad?* Todos, todos son pesares, y mas pesares!

"Todos esos sentimientos deben haber quedado estraños para mi corazon: jamas he podido contar con la equidad y benevolencia de los demas. Jamas he

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

podido confiar ni aun en la esperanza! ¿Y con la felicidad? Placer desconocido, jamas entrarás en mi alma.....

"He acabado mi nomenclatura. ¿Y cuando haya mencionado la Guittaria, símbolo de la *melodía*, la Tussillage, símbolo de la *firmeza*, la Cameline, del *reconocimiento*, la Parietaria, de la *misantropía*, el Myrlite, de la *novedad*, la Roya, de la *calumnia*, y la Preuillaire, de la *ambicion*, ¿habré concluido? Nó, aun me queda la Hiniestra, emblema del *sortilegio*.

"Los poetas han comparado esta planta á un corazon magnánimo que resiste á la adversidad, porque su follage dura mucho tiempo. Sus flores son bellas, su follage elegante, sus hojas de un hermoso verde, pero el corazon de su árbol, negro cual el ébano. ¡Ay de mí! el corazon del árbol de esa planta, es mi corazon: sus flores, sus hojas, su follage es el mío! ¿He concluido? Nó; me falta la Viperina, símbolo de la *justicia celeste*, el Milianto de Etiopia tan buscado por las abejas, y cuyo atributo es la *calma*. Que la vista del uno me sirva para desafiar con calma la multitud de mis desgracias, y la del otro, para esperar y contar con la justicia celeste.

"¡¡¡Gloria á Dios!!! ¡¡¡Espero en él!!!"

Tal es el opúsculo que ha dado el caballero de Monhy, como producto de las meditaciones del *Máscara de fierro*. Reina en él una dulce filosofía, una tierna melancolía que trasporta el alma.

Las alocuciones del prisionero á sus flores, las noticias diversas que brotan bajo su pluma entre sus símbolos y el estado de su corazon le hacen sorprender en flagrante delito de sentimientos, y cuando la vida esterior de ese ser imaginario ha quedado envuelta en el misterio, todo aquel que lee esos fragmentos, puede leer mas de una página de su vida interior. Con tal título, hemos debido publicarlos, no solamente para mostrar bajo todas sus faces al *Máscara de fierro*, sino aun para revelar esos hilos desconocidos por los cuales en una de las situaciones mas tristes en que tal vez ningun hombre se ha encontrado, el corazon, por mas esfuerzos que se hagan para librarlo de la vida, busca siempre el modo de reanudarse á ella.

Muerto doblemente para el mundo por los muros de su prision y la hoja de fierro que enmascaraba sus facciones, no teniendo ni familia, ni parientes, ni amigos, ni sociedad, ni hogar, ni patria sobre la cual fijar sus ideas; no pudiendo hablar mas que con un círculo limitado y de limitadas cosas, fuera de las cuales no obtenia respuesta alguna, el prisionero encontró en sus flores una familia, una sociedad, amigos con quienes conversar sin oir sus palabras detenidas al borde de sus labios, ó sus pensamientos mutilados en su corazon.

Este tierno cambio de sentimientos, de sencillas confidencias con las plantas, esos seres animados por el resto del mundo, y animados por él, no son una de las acciones ménos interesantes de la dura cautividad de ese ser enigmático, del cual ensayamos arrancar á la noche de los calabozos y al silencio de la historia algunas páginas.

Ahora sigamos de nuevo el hilo de nuestra historia.

En la època en que Louvois hizo su visita á las islas de Santa-Margarita, se cuenta un hecho sobre el cual hay datos bastante ciertos, que dan mas claridad respecto al sistema y medidas que Saint-Mars habia adoptado para con su prisionero; este hecho fué la llegada de la Señora Peronnette á las islas.

Segun la Memoria del primer gobernador encargado de la educacion del príncipe, esa señora, recordará el lector, fué la que asistió á la reina en su parto. Ella estaba en el secreto y habia sido encargada de la crianza del niño, que salido de la infancia pasó à manos del gobernador arriba mencionado. Por sentimiento y por deber, ella profesaba á aquel infortunado un amor de madre, y durante todo el tiempo de su adolescencia no cesó de demostrarlo con una solicitud constante.

El niño, hecho ya hombre, profesó para aquella señora un amor de hijo, y ese cambio mútuo de cariño, hizo ménos dura la ignorancia en que se hallaba por el secreto de su nacimiento.

Despues, cuando el amor le puso en posesion de ese secreto, cuando fué encerrado con su gobernador no se sabe en qué prision; en fin, luego que dicho gobernador murió, que su custodia fué confiada á Saint-Mars, y que se resolvió cubrirle la cara con la máscara de fierro, la Señora Peronnette no supo mas de él. No fué sin embargo, su corazon el único herido por ello; el del prisionero desangró tambien por mucho tiempo por la misma causa, y cuando la verdadera madre, olvidaba sentada en su trono, que en los torreones de las prisiones de estado gemía una criatura cuyo solo crímen era haber recibido la vida de ella; la madre casual vengaba á la naturaleza y á la humanidad, profesando à dicha criatura su cariño, la solicitud, y el amor que le rehusaba su real madre.

Despues de muchas infructuosas investigaciones, despues de muchos años pasados enmedio de mil suspiros, la Señora Peronnette concluyó por descubrir la suerte del hijo de su corazon. Su edad era ya muy avanzada, y estaba casi ciega; pero apesar de los años, de las enfermedades y ceguera, se puso en camino para las islas de Santa-Margarita. Esto pasaba durante un rigoroso invierno: el viento de Provenza soplaba violento y frio: los caminos se hallaban cubiertos de nieve é inseguros, y solo por ver una vez antes de morir al niño que habia criado, ella desafió el frio invierno, el viento, la nieve, la fatiga, los ladrones, y siguió su camino para las islas.

Llegada á ellas, se hizo presentar á Saint-Mars, le dijo su nombre y el objeto de su viage.

—Es imposible verlo, señora, le contestó este, las órdenes que tengo del rey son muy estrictas.

Pero señor, replica ella, es el hijo de mi corazon: yo lo he criado con la leche de mis pechos, y nunca se me habia rehusado la satisfaccion de verlo, jamas he abusado de ese permiso, señor, pues temo bastante el agravar su desgracia; asi, pues, ¿cómo habia de abusar ahora? Mirad, soy vieja enfermiza, casi ciega....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo un pié en la tumba, y apesar de todo, he emprendido un viage largo y penoso, solo por tener el gusto de verle una vez aún.... Lo que os pido es la demanda de una moribunda.... y sus votos, señor, jamas se le rehusan.

La desgraciada mezclaba á sus súplicas sus lágrimas, pero hablaba à un mármol.

—Si las órdenes del rey no se oponen, le veréis muerto: respondiò friamente Saint-Mars sin dejarse conmover por aquel dolor respetable.

La Señora Peronnette suplicó aún, se arrojó à las plantas del inflecsible gobernador, pero todo fué inútil.

Salió del fuerte con el corazon oprimido y dando libre curso à sus lágrimas: despues, conociendo que si la prueba de su cariño llegaba á noticia del prisionero, reviviria en él un dulce recuerdo, seria un bálsamo para su corazon ulcerado, habiendo reflecsionado que para aquel desgraciado prisionero, borrado del libro de la vida por una ecsigencia bárbara y el cual se crcía sin duda olvidado de todo el mundo, le serviria de consuelo el saber que ecsistia un corazon que con sus latidos correspondia á los del suyo; que ecsistia una alma que simpatizaba con su alma, escribió al gobernador la carta siguiente.

"La Señora Peronnette, gobernadora de Gurgy en Ivernais, al Sr. gobernador Saint-Mars.

"Señor gobernador:

"Antes de haber sido gobernador, habeis sido padre, y es á los sentimientos de tal á quienes apelo.

"Ordenes rigurosas se oponen al pedido que os he hecho; resignada me inclino ante ellas.

"Pero, por muy rigurosas que sean, no deben de privar al corazon de toda especie de placer, y es uno bien simple el que solicito para el del prisionero.

"¡Ay de mi! He sido madre, aunque sin conocer los dolores de la maternidad. Desde el dia en que, pobre niño, me fué confiado el que hoy hombre es vuestro prisionero, gocé de todos los placeres de madre sin haber sufrido las penas de tal: le quise, como se quiere todo aquello que hace nacer en nuestro corazon sentimientos desconocidos. Me imaginaba ser su verdadera madre, señor gobernador, èl se imaginaba ser mi hijo, y nos amábamos ambos como tales.

"He envejecido con este amor, y tengo la certidumbre de que él envejece con el mio; juzgad, pues, cuan dulce momento será para él, aquel en que sepa que en el corazon de su madre vive aún ese amor cual en el suyo.

"Os suplico, pues, por todo aquello que os es querido, por todo aquello que os es sagrado en el mundo, el que le digais estas tres cosas.

"Que vivo.

"Que le compadezco.

"Que le amo siempre.

"Todo esto, es bien poco, señor gobernador, pero si su corazon es el mismo de antes, el mismo que he conocido, sé que esto le darà un momento de felicidad.

"Por lo que á mí respecta, eso me harà la muerte ménos amarga.

"Soy, señor gobernador, &c., &c."

Saint-Mars leyó la carta, y no dijo ni una palabra al prisionero.

La señora Peronnette, tomó de nuevo el camino de su castillo, creyendo que su súplica seria cumplida.

Las fatigas del viage efectuado enmedio de una estacion tan rigurosa, las enfermedades y los sufrimientos en su edad, y mas que todo, lo inútil de su visita, alteraron sensiblemente su salud, y despues de algunos dias de enfermedad, murió con el pesar de no haber podido ver aùn una vez al desgraciado à quien habia servido de madre.

Durante este tiempo, la resignacion del *Máscara de fierro* en la dura cautividad, no se desmentía, asì como tampoco el rigor de Saint-Mars. Aquel desgraciado habia sacado en sus lecturas, en sus reflecsiones, una dulce filosofia que le hizo aceptar su suerte cual si fuese una de esas duras pruebas á la que la Providencia somete, algunas veces à los hombres mas afortunados. Ayudado por sus sentimientos religiosos, sufría su suerte sin ecshalar una queja.

Algunas veces sin embargo, su dignidad de hombre se revelaba contra la máscara que cubria su rostro, contra aquella hoja de fierro que solo el egoismo le habia puesto como barrera entre las miradas del hombre y las suyas. Se sentia herido en su orgullo, no por amor propio, sino considerando que las facciones del rostro son el espejo en que se refleja el alma, le pareció, que al haber fijado para mientras viviese aquel velo de fierro sobre su cara, se habia pretendido apagar su alma, su alma que le pertenecia toda entera, y sobre la cual, solo Dios tenia poder.

Un dia, esta idea arrojó sobre su corazon una de esas angustias venenosas contra las que aun no tenia la fuerza necesaria para sobreponerse: quiso librarse de ella, y toma un libro, le abre al azar y sus ojos se fijan sobre esos bellos versos en que al hacer la pintura física de la materia que Dios hizo al hombre, el poeta Ovidio creyendo ver determinado su destino providencial diò al mundo su pensamiento en esta ingeniosa y elegante metáfora:

"*Os homini sublime debit et erectos adsidera tollere vultus.*"

Este pensamiento, que parece haber sido puesto á su vista por una casualidad maligna, como para corroborar el suyo, aumentó su angustia.

El libro cayò de sus manos y quedó por largo tiempo en una profunda meditacion.

Aquella máscara que le ocultaba el rostro; aquel atributo que el poeta consideraba como uno de los dones especiales por el cual la Providencia habia querido distinguir al hombre, le apareció como la tortura mas horrible, como la mas degradante sujecion de su cautividad. Se la hubiera arrancado con sus manos, si hubiera podido hacerlo sin arrancarse la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Hubo un instante de desesperacion. Su cabeza ardia.... se aprocsimó á la ventana de su prision para recibir el aire y refrescar su sangre que se agolpaba al corazon con violencia, y vió abajo sobre la playa, un pescador que acababa de amarrar su embarcacion. Una idea le asaltó: ¿cúal? no se sabe; pero tomando uno de sus platos de plata que le habian servido en la comida, escribió en él con un cuchillo algunas palabras y por entre las barras de la prision lo arrojó al pié de la torre. El pescador tomó el plato, que sin duda con aquellas palabras, contenia lo bastante para herir à toda una familia de reyes, y lo llevó al gobernador.

Saint-Mars toma el plato, lo voltea y lee en su reverso las palabras escritas, y fijando su mirada agreste sobre los ojos del pescador, como para leer en ellos la verdad, le pregunta:

—Sabes leer? Has leido lo que está escrito en este plato?

—No sé leer, respondió el pescador, acabo de encontrármelo y nadie lo ha visto en mis manos.

—Lo sabré: dijo aparte Saint-Mars.

Y tomando una pluma, escribió sobre un billete:

—"Al recibir el presente, ahorcad al portador."

Y entregó el billete abierto al pescador.

—Este billete, le dijo, lo vas à llevar al mayor Rosarges: se lo llevarás tú mismo, no lo enseñes á nadie. Encontrarás al mayor en la gran guardia.

He aquí el cálculo que se hizo Saint-Mars.

—Si este hombre sabe leer, la curiosidad le tentará en el camino, leerá el billete y entónces, en vez de entregarlo tratará de huir; pero mis esbirros le cojeràn. Si lo entrega, es una prueba cierta de que no sabe leer.

Y para esta última eventualidad, envió uno de sus agentes que siguiese los pasos al pescador, y le encargó dijese al mayor Rosarges que no ejecutase la órden.

El pescador, que en realidad no sabia leer, remitió fielmente el billete, y puesto en libertad debió la vida á su ignorancia.

Un *frater*, especie de cirujano agregado al servicio del convento de Mínimos de la vecindad, fué menos dichoso en una circunstancia igual.

Despues de la aventura del plato, Saint-Mars habia hecho colocar un centinela en el àngulo avanzado de un bastion, desde donde se podia ver todo lo que salia de la ventana del prisionero. El centinela tenia por consigna, dar la señal de alarma tan luego como viese salir cualesquiera objeto ya fuese un papel, un lienzo, alguna pieza de bajilla, ó cualesquiera otro utensilio.

Un dia, despues de algun disgusto con Saint-Mars, tal vez despues del triste fin de la araña, el *Máscara de fierro*, poseido de una de esas ecsasperaciones febriles que cada vez iban siendo mas raras en él; pero que de vez en cuando desbordaban como una tempestad del alma mal contenida, tomó una camisa muy fina, sobre la que dice la crónica, *escribió de una á otra punta*, y así como con el plato, la arrojó por entre las rejas de la prision. Un *frater*, que en aquel instante



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

pasaba por debajo, la recojió. El centinela dió la alarma: el *frater* fué aprisionado, y como él no tuvo como el pescador, la escusa de no saber leer, provisionalmente le pusieron en uno de los calaboos subterránezos.

Peternecia el *frater* á un convento vecino de los Mìnimos. Estos religiosos le reclamaron, Saint-Mars rehusó entregarlo y despues de un largo conflicto entre la justicia secular y la eclesiástica, se convino, que el *frater* seria devuelto á los monges, encerrado en las prisiones del convento y sometido á un interrogatorio á fin de arrancarle la confesion de si habia leido lo que estaba escrito en la camisa. En seguida se debia avisar lo que de su confesion se supiese.

He aquí como cuenta ese desgraciado su largo y doloroso martirio, en el volúmen octavo de la *Recopilacion de notas*, de la Place, que es hoy escesivamente escaso por motivo de la curiosidad que produjo á mediados del último siglo.

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que la misericordia de Dios se esparza sobre aquellos que me lean! que la eternidad sea ligera para aquellos que me compadezcan! que la alegria del cielo y de la tierra, sea dada á aquellos que derramen una lágrima al saber mis torturas!

"He aquí mi crímen; he aquí mi castigo.

"Un dia, rogando á Dios desde el fondo de mi alma y con el breviario en la mano, pasaba al pié del torreon de la isla de Santa-Margarita, cuando una camisa fina de lino, caó à mis piés: algunos caracteres estaban escritos en ella con sangre. Recojo el lienzo y dirijo á él una mirada; pero ántes de haber podido descifrar una sola palabra, se me arresta, se me carga de cadenas, y se me arroja á un calabozo.

"En él estuve mas de seis meses, llorando y gimiendo, acostado sobre la húmeda paja que los gusanos dividian conmigo; teniendo por alimento un pequeño pan negro cada dos dias, y una cántara de agua cada dia; pero jamas aire ni sol.

"Los padres del convento á que pertenezco, me reclamaron; me creí salvado. ¡Ay de mí! de un foso del infierno, pasé al infierno mismo.

"Se me interrogó, preguntándome con fuertes amenazas si habia leido lo que estaba escrito sobre el lienzo. Juro por mi parte en el paraiso, que no habia leido ni una sola palabra. Dije á mis jueces la verdad, pero á mi negativa, la llamaron obstinacion, y fuí condenado á la tortura.

"El dia fijado para mi suplicio, llegò.

"Desnudo, solo cubierto por una camisa y con una cuerda al cuello, fuí arrastrado á la sala del tormento.

"Bajo un dosel de paño negro bordado de plata, y detras de una mesa cubierta con un tapíz del mismo color sobre la que se veia un Cristo de marfil, un diente molar del buen ladron, y un hueso maxilar de San Antonio, una cota de San Ulrico, primer santo canonizado en 978, y otras reliquias, estaban sentados tres jueces, ayer hermanos mios, hoy mis verdugos. A su derecha, sobre una silla menos elevada, estaba el gobernador del fuerte de Santa-Margarita, el bárbaro Saint-Mars, de quien la injusticia y desconfianza terrible, me habia acarreado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel mal, y que hasta el fin, y con el pretesto de recojer mi confesion, habia querido gozarse en mi agonia.

"En el fondo de la sala, parado ó recostado contra el potro del tormento, estaban los interrogadores, listos á ejercer sus funciones á la menor señal de los jueces.

"La sala estaba tapizada de negro y se veian esparcidos por los tapices de los muros, osamentas y lágrimas bordadas con plata, lo que daba á aquel lugar, un aspecto verdaderamente mortuorio. Asi como en el infierno del Dante, se entraba, dejando en la puerta la esperanza.

"Esa fué al menos la idea que se apoderó de mi.

"Un asiento vacio, estaba al medio de la sala: se me hizo seña de que le ocupase. Un grito aterrador se escapó de mi pecho y perdí el sentido.

"Cuando volví al conocimiento, todo estaba en el mismo órden, la sala, espantosa y sombría, los jueces en sus asientos, los verdugos en sus lugares, y yo, sobre mi asiento, medio muerto.

"Se me interrogó de nuevo: ¿qué podia responder?

"La verdad: la dije. Se me dió tortura.

"Los verdugos se apoderaron de mi.

—"La tortura me arrancará una mentira! esclamé resistiendo.

—"Si opone mucha resistencia, que lo pongan en el tormento estraordinario: dijo friamente uno de los jueces. No sé cual de ellos fué; pero que Dios le perdone al desgraciado!

"En uno de los ángulos del aposento, habia cuatro argollas de fierro aseguradas en dos postes, colocados á diez piés de distancia el uno del otro.

"Cuatro cabos de cuerda aceitada, pasaban por entre esas argollas. Con un nudo corredizo, me ligaron ambos puños y ambos tobillos, de suerte, que me encontré suspendido horizontalmente á un metro del suelo.

"Quise desasirme, pero á cada movimiento que hacía, los nudos se apretaban mas y aumentaban mi dolor y mi suplicio.

"Mis dientes se chocaban unos con otros, mi boca arrojaba espuma, mi sangre filtraba por entre las cuerdas.

"Una vez mas, se me instigó á que confesase; no tenia nada que confesar, nada.

"Tres de los verdugos se adelantaron.

"Uno me introdujo en la boca un pedazo de cuerno cubierto con un lienzo: otro me tomó por los cabellos para hacer que mi cabeza estuviese fija y un poco baja: un tercero me apretó la nariz con una mano, soltándola de vez en cuando para dejarme respirar, y con la otra, me echaba lentamente en la boca un poco de agua caliente contenida en un pote de dos pintas.

"El informe embudo que tenia entre los dientes, me obligaba á tragar el agua sin perder una gota, sin poder engañar á mis jueces. Yo sudaba, yo me ahogaba, y el verdugo seguia echando agua siempre.

"Bien pronto cesé de poder moverme mas que por sacudimientos, los que fueron minorando; mis ojos parecian quererse escapar de sus órbitas; mi cuerpo todo se torció lentamente, dejando ver sus venas hinchadas por el dolor. No dí ya ni un solo grito, el pedazo de cuerno que abria mi boca, me lo impedia, pero mis verdugos pudieron oir un gargareo sordo ocasionado por el agua que se engolfaba en mi ecsófago.

"Todo era espantoso en aquella escena; la inmobilidad y el silencio de los actores, lo fué mas que todo.

"Aquellos verdugos que torturaban con el mecanismo impasible y la puntualidad de una máquina de detencion; yo, el paciente, cuyas contorsiones lentas y sordas denotaban el horroroso sufrimiento; aquellos jueces cuyas miradas, agrestes como la del tigre, brillaban en la oscuridad como las suyas, y que parecia buscaban en mi pobre cuerpo una emocion que divirtiese sus sentidos estragados; y despues, sus bocas que se oían sordas allá en lo sombrío dar órdenes como las de poderes invisibles; aquellos espantosos instrumentos que cubrian el suelo, la lúgubre decoracion del lugar, todo, todo tenia algo de horrible y atroz. Se le hubiera creido el aparato judicial del infierno, puesto á disposicion de los hombres.

"Yo bebia siempre, apurando el cuarto pote de dos pintas. Este tormento era llamado, el tormento ordinario, eran necesarios ocho potes para llegar al estraordinario.

"El verdugo cesó de funcionar. Quitó de mi boca el pedazo de cuerno.

"Uno de los jueces dejó su asiento, se acercó á mí, y bajándose hasta mi oído, me dijo:

—"Hermano mío, confiesa!

"Esa palabra de, hermano, de parte de uno de mis implacables verdugos, fué para mi el aguijon que arranca al toro su salvage mugido. Haciendo callar mis sufrimientos, me estremecí, y á falta de palabras, se escapó de mi pecho lleno de agua, un gruñido horroroso.

—"¡Hola! ¡hola! dijo el juez, dando un paso hácia atras: este hombre tiene tanta fuerza como obstinacion. Que le apliquen el tormento estraordinario; soportará el uno y el otro.

"Al oir esas palabras, un terror inesplicable se apoderó de mí, y mi cabeza, caida hácia atras, la sentí cual si estuviese separada de mi cuerpo: mis labios lívidos, se contrajeron horriblemente é hicieron salir por entre ellos mis dientes hechos pedazos por los tormentos y parecidos por sus oscilaciones á los de la serpiente de la muerte.

"Los verdugos esperaban la señal para volver á comenzar la obra; pero un frater, comisionado en las torturas para determinar el punto en que se debia parar, sin que fuese seguida por la muerte, se adelantó, tomó mi pulso, y despues de un severo y minucioso ecsámen, declaró estaba fuera del estado de poderlo soportar por mas tiempo.

—"¿Estais bien seguro de lo que decis? le preguntó uno de los jueces.

—"Lo estoy. Para impedir al líquido el penetrar, el paciente ha cerrado con

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demasiada fuerza el istmo de la garganta; los esfinter de la vejiga y el ano se han relajado, y con una gota mas de agua vendrá necesariamente la asficsia.

—"Qué importa que muera, dijo el gobernador: es un cuerpo confiscado por la justicia del rey.

—"De ninguna manera; respondió uno de mis jueces. Pertenece á la justicia eclesiàstica, y ella es la única que puede disponer de él. Que se le vuelva á su calabozo, y mas tarde se le someterá á otra nueva tortura.

"Gracias á ese conflicto entre las dos justicias, no morí en aquel dia.

"Por mas de un mes, estuve entre la vida y la muerte despues de aquel tormento. Al fin de ese tiempo, cuando se me creyó en estado de soportar otro nuevo, me arrancaron en una noche de mi calabozo y por segunda vez, fuí arrastrado á la misma sala.

"Todo en ella estaba como la primera vez: solo los instrumentos de tortura habian variado.

"Se verá que no gané en el cambio.

"Paso en silencio el interrogatorio, que se redujo á que mis jueces querian hacerme confesar que habia leido lo que estaba escrito sobre el lienzo, y á negarlo yo.

—"Si os obstinais en negar, dijo uno de los jueces, la tortura os hará hablar.

"Yo no la esperaba. Toda una série de horrorosos padecimientos se revelò á mi espíritu; temblé; me sentì helado hasta el interior de mis huesos.

"Hasta entónces, confiado en mi inocencia, habia creido que la vista de aquella segunda tortura, no era mas que un medio para asegurarse de que en todo habia dicho la verdad; pero al oir la voz del juez que me probò no se me queria escluir de sufrirla, la fortaleza del hombre desapareció en mí, y solo quedó el ser débil. Pàlido, temblando, supliqué, gemí, mezclando súplicas y lágrimas, terror y debilidad.

"Todo fué inútil.

"Y debia de haber causado piedad el verme, desgraciado inocente, casi desnudo, caida la cabeza sobre el pecho, pegado á un poste, paralizado, tullido. Pero cuando ví á los verdugos que á una seña del juez se acercaron á mí con su atroz sonrisa; cuando oí el ruido sombrío de los instrumentos de que iban á hacer uso, me pareció ver á unos demonios arrojándose sobre mi miserable cuerpo. Dí un grito aterrador, y con violencia me arrojé hácia delante, pero no habia medio de huir, las cuerdas que me aprisionaban estaban atadas fuertemente. Grité, patalée.... despues, oí acercarse el ruido de los fierros del suplicio.... Vi unas cabezas repugnantes y horribles aparecer al nivel de la mia, sentí que unas manos, duras y callosas, me quitaban las ligaduras: mis gritos eran tales, que hubieran conmovido á cualesquiera otro que á quellos bárbaros, y mi voz daba al aire palabras llenas de desesperacion y agonía.

—"Si quereis darme tortura, les dije, ¿por qué no me matais de una vez?... Nada tengo que confesar.... La crueldad que usais conmigo, es sin motivo.

Matadme, por Dios, matadme; pero no me martiriceis.... ya estoy medio muerto.... Mirad, mirad como ha abatido mi cuerpo el sufrimiento.... mirad como tiemblo de terror y angustia.... ¡Ah! escluid la tortura!.... os lo suplico... por vuestra madre, si aun vive; por su alma, si ya no ecsiste! ¡Oh! vosotros no sois hombres sin piedad.... no querreis gozaros en los sufrimientos de un inocente.... porque, yo, soy inocente, lo juro ante Dios. ¡Oh! Dios mio, Dios mio, tú lo sabes bien!....

"Hablaba à un mármol.

"Las almas de mis verdugos estaban en sus ojos, frios, indiferentes y dispuestos á recibir emociones mas trágicas.

"Ningun sentimiento de piedad movia sus entrañas.

"Las agonías de un ser que sufre eran su alegría, y nada podia esperar de ellos.

"Apesar de mis esfuerzos, mis súplicas, y mis lágrimas, fuí levantado al aire con unas cuerdas que sostenian mi cuerpo en equilibrio y se me sentó en una punta que tenia por toda superficie una pulgada.

"Se me acercaron unos braseros con fuego, y uno de los verdugos, maestro en todo lo que es crueldad estrema, puso un espejo ante mí para que así pudiese ver durante mi tortura, las espantosas convulsiones de mi rostro y su descomposicion horrible.

"Esa especie de tortura se llamaba, la *Beyado:* era muy usada en Italia bajo el nombre de la *Veglia*, y conocida hace algunos siglos con el de la *Catasta*.

"Dudo que el infierno haya jamas imaginado un suplicio mas terrible, y me pregunto, ¿por qué esceso de depravacion la ferocidad humana ha podido jamas combinar cosas tan horribles.

"Tan luego como sentí las sangrientas heridas de la punta en que se me hizo sentar, dí un grito agudo; pero cuando á este horrible suplicio se agregó el calor devorante de los braseros puestos bajo de mí, se escaparon de mi pecho suspiros, roncos cual el estertor del moribundo. La esperanza de que la muerte me libraria de la tortura, me alimentaba así pues, me sacudia con el objeto de matarme; pero no logré mas que multiplicar mis heridas. Mis nervios y músculos se calcinaron; mi voz tan pronto aguda, tan pronto apagada, daba gritos que hubiesen apiadado el alma de otros verdugos menos impíos. Solo ellos interrumpian el silencio de aquel lugar mezclándose sus voces al frio producido por la sangre que à gotas corria de mis carnes mutiladas, cayendo en el fuego, el cual ecshalaba un humo negro, espeso, y ardiente.

"Hablé.

—"¡Oh mi Dios! dije: ¿qué os he hecho para que me dejéis sufrir tanto? ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! tened piedad de mi alma.... ¡Oh!.... ¡Oh!.... alejad de mí esos braseros ardientes.... ¡Oh!.... ¡cuánto sufro!....

"Despues, mis tormentos me hicieron gritar como una bestia feroz. El sudor bañaba mi cuerpo tembloroso cual el de un febricitante: mis dientes se chocaban, mis dedos se retorcian, mis ojos relumbraban rojos como las troneras de una tor-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

re en ruinas tras de la cual se oculta el sol inflamado; mi boca se dislocó, con horribles convulsiones.

"¡Aquello fuè atroz, horrible!

"Un verdugo me tenia siempre el espejo á la vista.

"Con convulsiones de rabia, grité.

—"Que le pongan una mordaza, dijo friamente uno de los jueces.

"Era inútil: el dolor habia hecho supérflua tal precaucion. No grité mas, mi voz apagada balbuceó las siguientes palabras.

—"¡Agua!.... por piedad.... ¡agua!.... ¡Dadme una gota de agua!....

"Y recogiendo el sudor que cubria mi rostro, me esforzaba á humedecer con él los labios.

"Despues mi voz se puso cavernosa, desigual cual las últimas vibraciones de una campana.

—"¡Oh! matadme, por piedad, matadme.... esclamé.

"Despues, no dije mas; pero levantando los ojos hácia Dios, devoré mis sufrimientos y busqué en mi corazon una oracion ferviente; oracion sublime de la que solo los ángeles pudieron contar las palabras y las lágrimas que la acompañaron.

"Poco despues mis ojos se cerraron, mi cabeza calló sobre el pecho, mi lengua seca balbutió aùn algunos sonidos inarticulados.

"Perdí el sentido.

"Lo que pasó entónces, lo he ignorado siempre. No sé cuantos dias estuve moribundo en la isla Fortunata, una de las islas de Santa-Margarita, en la cabaña de una familia de pescadores que me prodigaron sus atenciones y cuidados. Aquellas buenas gentes, me dijeron que me habian encontrado sobre la arena con un cartel amarrado sobre el pecho y el cual me dieron á leer. Solo ví en èl estas tres palabras *Silencio, ó muerte.*

"Comprendí.

"Siempre he guardado silencio. Hoy que mi vida toca á su tèrmino, que veo la muerte cercana y voy á aparecer ante Dios, lo rompo para arrojar desde el borde de mi tumba un grito de maldicion sobre mis implacables verdugos, y lo firmo con mi sangre.—"*El hermano Cosme de la Trinidad.*"

Este episodio del *Frater* del convento de Mínimos, tiene muy poca cosa despues de lo que hemos podido saber del *Máscara de fierro* durante su estancia en la isla de Santa-Margarita. Se puede, es cierto, agregar algunos hechos, insignificantes de por sí, y que apoyarian lo que ya el lector conoce. En la historia de ese ser misterioso sobre la que tanto se ha escrito y de quien se ha sabido muy poco, no debe desperdiciarse nada, y aunque por un solo hecho no podrá sacarse la verdad entera, el deber del historiador es el de acumularlos para escojer entre ellos la verdad.

Por ejemplo, todas las relaciones mencionan, segun el padre Papon, que una

muger del pueblo de Mongius se presentó á Saint-Mars pidiéndole la admitiese en calidad de criada del *Máscara de fierro.*

—¿Sabeis las condiciones que para ello se requieren? le dijo Saint-Mars.

—Se me ha dicho, respondió la muger, que se dará á mis hijos una fortuna y que seràn ricos.

—Sí, vuestra cautividad será lucrativa para ellos; pero esa cautividad será perpetua y *solo muerta* saldreis de la prision.

—¡Dios mio! esclamó la muger. No me habian dicho semejante cosa: no volverlos á ver! Primero que eso, comeré pan negro toda mi vida.

Y ella rehusó.

Otro dia, dice el mismo padre Papon en su *Viage literario de Provenza,* (Paris, 1780, en 12vo.) Saint-Mars entretenido con su prisionero, se habia quedado en el vestíbulo, fuera de la recámara. Era aquel una especie de corredor desde donde se podia ver todo lo que pasaba á larga distancia. Hacia algunos instantes que el hijo de uno de sus amigos habia llegado al fuerte, pues iba á pasar algunos dias en la isla. Habiendo distinguido por entre los árboles á Saint-Mars en el fondo del corredor, el jóven se dirigió hácia aquel sitio. Sorprendido Saint-Mars, cierra repentinamente la puerta de la prision, y apostrofando al indiscreto visitador, con un aire turbado, le pregunta:

—¿No has visto ni oido nada?

El jóven protesta no haber visto ni oído nada. Satisfecho con esta respuesta, Saint-Mars le recomendó sin embargo que olvide el lugar en que le ha encontrado, y le hizo volverse en el mismo dia, escribiendo à su amigo lo siguiente: "Poco ha faltado para que la venida de tu hijo á la isla de Santa-Margarita, le "hubiese costado muy caro, y te lo devuelvo, temeroso de que cometa alguna "nueva imprudencia."

En fin, en el *Año literario de* 1679, se encuentra un tercer hecho. Es una carta de M. de Palteau, señor de la tierra de Palteau en Champagne, y sobrino de Saint-Mars. Este señor, apoyándose en la autoridad de sus parientes, el señor de Blainvilliers, oficial de infantería en las islas de Santa-Margarita, dice, que este oficial le habia dicho en confianza:

"El hombre de la máscara era conocido con el nombre de *Latour:* su máscara era de fierro y de resortes y podia quitarse. Siempre que se presentaba ante alguno, se la ponia. Acostumbraba vestirse de oscuro, su ropa era de lienzos muy buenos y todo lo que se puede acordar á un prisionero, se le concedía. El gobernador y los oficiales, en su presencia estaban parados y descubiertos hasta que les permitia sentarse y cubrirse, y muy amenudo iban á comer y hacerle compañia, invitados por él. Varias veces he sido uno de ellos, pero en esos casos, siempre conservaba su máscara.

"Un dia, lleno de curiosidad por verle el rostro descubierto, siendo yo teniente de la compañía franca de la guardia de prisioneros y habiendo sabido que con motivo de una indisposicion *Latour* estaba autorizado para quitarse la máscara en

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

la noche, me puse los vestidos de uno de los centinelas que se colocaban en la galería bajo las ventanas de la prision y me quedé toda la noche ecsaminando al desconocido, quien con el rostro descubierto se estuvo paseando en su cuarto.

"Ese hombre blanco de cara, grande y bien hecho de cuerpo, aunque tiene la pierna bastante llena con la media, parecia estar en el vigor de la edad, apesar de que su cabellera está ya blanca.

"Toda la noche se estuvo paseando y parecia muy agitado."

Despues de estos hechos, la historia vuelve á la noche de la incertidumbre.

Un velo impenetrable cubre los años enteros de esa cautividad y solo desde la traslacion del prisionero de la isla de Santa-Margarita á la Bastilla, es desde donde nos permite seguirle en su nueva prision.

IV.

Era en 1698. Despues de quien sabe qué circunstancias, Saint-Mars fué llamado al gobierno de la Bastilla.

Luis XIV, satisfecho de Saint-Mars, le dió el mando de ella.

Era prudente hacer seguir al *Máscara de fierro* la suerte de aquel á quien habia sido confiado, y hubiera sido una ligereza el haber buscado un nuevo confidente, el que tal vez no habria sido tan fiel y tan discreto como Saint-Mars.

Así pues, para el *Máscara de fierro*, aquel cambio de domicilio en nada mejoró su situacion, la que solo debia terminar con la muerte.

He aquí tres cartas, cambiadas entre Saint-Mars y el Ministro con respecto á aquella traslacion, y las que hemos tomado de la *Recopilacion de cartas estraidas de los archivos de Negocios estrangeros*, por Roux-Fazillac.

El Ministro escribe con fecha 29 de Junio de 1698:

"Capitan Saint-Mars, transportaréis vuestro *prisionero* al fuerte de la Bastilla, haciéndoos escoltar por los oficiales y soldados de vuestra compañía y sirviéndoos al efecto del camino que juzgueis mas conveniente.

"Inútil es que os esplique todas las precauciones que S. M. desea sean tomadas para la seguridad del prisionero durante su marcha, y solo me limito á asegurarle que S. M. confia á vuestra prudencia, el tiempo y el modo de hacerla, prometiéndose que tomaréis tan bien vuestras precauciones, que á escepcion de aquellos que trabajarán en la ejecucion de las *anteriores órdenes* y que son personas discretas y fieles, ningun otro tendrá conocimiento de lo que han hecho ó para qué han sido enviados"....

Saint-Mars respondió con fecha 10 de Julio:

...."Si conduzco mi *prisionero* á la Bastilla, creo que el carruage mas seguro lo será una silla cubierta con hule, de manera que tenga bastante aire sin que nadie pueda verle ni hablarle durante el camino, ni aun los soldados que escojeré para ir cerca de dicha silla, la que será menos embarazante que una litera que se romperia y ofrece el grande inconveniente de los que la lleven. Todo, bien calculado, guardaré para mí mi litera, la que irá siempre al lado de la silla.

"Para los altos que sea necesario hacer en el camino, haré disponer los alojamientos de modo que si el *prisionero* oye hablar á los que estén fuera, no pueda hacerse oir de ellos dado caso que así lo quiera. Podrá ver la gente que marcha á su lado, mas esta no podrá verle, al menos de frente, pues para ello me propongo tomar ciertas precauciones. Al lado de la ventana de su alojamiento, pondré dos centinelas de mi compañía, que tendrán por consigna el oir si alguno le habla y hacer que los transeuntes no se paren por allí. Para mayor seguridad, en la noche dormiré en su aposento, y en el dia, tomaré uno al lado del suyo, de manera que desde él podrè ver todo, aun á los dos centinelas, los que de ese modo estarán siempre alerta...."

Con fecha 19 de Julio de 1698, una carta del ministro, respondiendo á Saint-Mars, dice:

...."Vuestra responsabilidad es grande, capitan Saint-Mars, pero S. M. se fia en vuestra prudencia.

"Las medidas que manifestais haber adoptado para la seguridad de vuestro *prisionero*, me parecen muy bien arregladas. Una silla cubierta y bien cerrada para él: para vos, una litera al lado de la silla: vuestra compañía franca á vanguardia y retaguardia por escolta: todo eso me parece muy bien para el camino.

"Faltan los altos. La guardia me parece lo mas difícil en medio de las idas y venidas necesarias en casos semejantes; pero las precauciones de que me hablais de no perder jamas de vista al prisionero, ni de noche ni de dia, me parecen sin réplica.

"Por lo demas, espero que no dejareis ignorar á vuestro *prisionero* el riesgo que corre si trata de sustraerse por cualesquiera medio á la vijilancia de que será objeto.

"Será bueno, que tambien sepa, que corre el mismo peligro, todo aquel, sea estrangero ó persona del servicio, que *con ó sin premeditacion*, burle dicha vijilancia.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

la noche, me puse los vestidos de uno de los centinelas que se colocaban en la galería bajo las ventanas de la prision y me quedé toda la noche ecsaminando al desconocido, quien con el rostro descubierto se estuvo paseando en su cuarto.

"Ese hombre blanco de cara, grande y bien hecho de cuerpo, aunque tiene la pierna bastante llena con la media, parecia estar en el vigor de la edad, apesar de que su cabellera está ya blanca.

"Toda la noche se estuvo paseando y parecia muy agitado."

Despues de estos hechos, la historia vuelve á la noche de la incertidumbre.

Un velo impenetrable cubre los años enteros de esa cautividad y solo desde la traslacion del prisionero de la isla de Santa-Margarita á la Bastilla, es desde donde nos permite seguirle en su nueva prision.

IV.

Era en 1698. Despues de quien sabe qué circunstancias, Saint-Mars fué llamado al gobierno de la Bastilla.

Luis XIV, satisfecho de Saint-Mars, le dió el mando de ella.

Era prudente hacer seguir al *Máscara de fierro* la suerte de aquel á quien habia sido confiado, y hubiera sido una ligereza el haber buscado un nuevo confidente, el que tal vez no habria sido tan fiel y tan discreto como Saint-Mars.

Así pues, para el *Máscara de fierro*, aquel cambio de domicilio en nada mejoró su situacion, la que solo debia terminar con la muerte.

He aquí tres cartas, cambiadas entre Saint-Mars y el Ministro con respecto á aquella traslacion, y las que hemos tomado de la *Recopilacion de cartas estraidas de los archivos de Negocios estrangeros*, por Roux-Fazillac.

El Ministro escribe con fecha 29 de Junio de 1698:

"Capitan Saint-Mars, transportaréis vuestro *prisionero* al fuerte de la Bastilla, haciéndoos escoltar por los oficiales y soldados de vuestra compañía y sirviéndoos al efecto del camino que juzgueis mas conveniente.

"Inútil es que os esplique todas las precauciones que S. M. desea sean tomadas para la seguridad del prisionero durante su marcha, y solo me limito á asegurarle que S. M. confia á vuestra prudencia, el tiempo y el modo de hacerla, prometiéndose que tomaréis tan bien vuestras precauciones, que á escepcion de aquellos que trabajarán en la ejecucion de las *anteriores órdenes* y que son personas discretas y fieles, ningun otro tendrá conocimiento de lo que han hecho ó para qué han sido enviados"....

Saint-Mars respondió con fecha 10 de Julio:

...."Si conduzco mi *prisionero* á la Bastilla, creo que el carruage mas seguro lo será una silla cubierta con hule, de manera que tenga bastante aire sin que nadie pueda verle ni hablarle durante el camino, ni aun los soldados que escojeré para ir cerca de dicha silla, la que será menos embarazante que una litera que se romperia y ofrece el grande inconveniente de los que la lleven. Todo, bien calculado, guardaré para mí mi litera, la que irá siempre al lado de la silla.

"Para los altos que sea necesario hacer en el camino, haré disponer los alojamientos de modo que si el *prisionero* oye hablar á los que estén fuera, no pueda hacerse oir de ellos dado caso que así lo quiera. Podrá ver la gente que marcha á su lado, mas esta no podrá verle, al menos de frente, pues para ello me propongo tomar ciertas precauciones. Al lado de la ventana de su alojamiento, pondré dos centinelas de mi compañía, que tendrán por consigna el oir si alguno le habla y hacer que los transeuntes no se paren por allí. Para mayor seguridad, en la noche dormiré en su aposento, y en el dia, tomaré uno al lado del suyo, de manera que desde él podrè ver todo, aun á los dos centinelas, los que de ese modo estarán siempre alerta...."

Con fecha 19 de Julio de 1698, una carta del ministro, respondiendo á Saint-Mars, dice:

...."Vuestra responsabilidad es grande, capitan Saint-Mars, pero S. M. se fia en vuestra prudencia.

"Las medidas que manifestais haber adoptado para la seguridad de vuestro *prisionero*, me parecen muy bien arregladas. Una silla cubierta y bien cerrada para él: para vos, una litera al lado de la silla: vuestra compañía franca á vanguardia y retaguardia por escolta: todo eso me parece muy bien para el camino.

"Faltan los altos. La guardia me parece lo mas difícil en medio de las idas y venidas necesarias en casos semejantes; pero las precauciones de que me hablais de no perder jamas de vista al prisionero, ni de noche ni de dia, me parecen sin réplica.

"Por lo demas, espero que no dejareis ignorar á vuestro *prisionero* el riesgo que corre si trata de sustraerse por cualesquiera medio á la vijilancia de que será objeto.

"Será bueno, que tambien sepa, que corre el mismo peligro, todo aquel, sea estrangero ó persona del servicio, que *con ó sin premeditacion*, burle dicha vijilancia.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

"S. M. insiste esencialmente sobre este punto, y nadie podrá tener impunemente con *vuestro prisionero* uno de esos contactos que vuestras instrucciones anteriores han previsto con tanto cuidado"....

Tantas precauciones minuciosas para con aquel hombre, que el ministro y Saint-Mars en su correspondencia llamaban el *prisionero*, prueban, que despues de los veintisiete años de cautividad de aquel desgraciado, el secreto de tal misterio no habia perdido aùn su importancia.

La historia se vé obligada á hacer patente ese hecho, dejando al lector el preveer la consecuencia.

Sea lo que sea, hácia el fin del mes de Agosto de 1698, en una tibia noche del estío de Provenza, el puente levadizo de la isla de Santa-Margarita se oyó bajar, y un cortejo misterioso comenzó á desfilar dirijiéndose al puerto donde le esperaba un bergantin empavesado con las banderas reales. Veinte hombres de la compañía franca de Saint-Mars con el mosquete empuñado, abrian la marcha: despues, seguia una silla enteramente cubierta por una tela negra encerada. Se hubiera dicho que era un catafalco ambulante con su vestuario mortuorio.

En esa silla iba el *Máscara de fierro*, á quien con aquel lúgubre aparato se llevaba vivo de una á otra tumba. Despues seguia Saint-Mars en una litera: el estado mayor del gobernador y el resto de la compañía franca, cerraban la marcha.

Llegado el cortejo al puerto, se embarcó: un cañonazo anunció que el bergantin del rey levaba el ancla y se daba á la vela. Al mismo tiempo el buque despues de dar dos ó tres coquetos balanceos sobre sus costados, hendió las ondas y comenzó á bogar hácia otras riberas sin que nadie haya podido saber jamás si el desgraciado á quien así se llevaba de una á otra tumba, dejaba en el fuerte de la isla de Santa-Margarita otra cosa ademas de los doce años de su vida pasados en ella. Despues del embarque del prisionero, muchas personas oyeron el coloquio siguiente entre él y el gobernador, y esto fué todo.

—¿Es que el rey quiere mi vida, capitan Saint-Mars?

—Nó, mi príncipe, respondió este, vuestra vida está en seguridad: no teneis mas que dejaros conducir.

No han quedado de ese viaje, que duró casi un mes, mas que algunos detalles sobre una visita de cuatro dias que Saint-Mars hizo con su prisionero à su terreno de Palteau en Champagne. Las particularidades admirables de este suceso, dejaron rastros muy profundos en la memoria de los ancianos, y muchos años despues de aquella visita, un M. Palteau, sobrino de Saint-Mars, habiéndoles preguntado él mismo, obtuvo de ellos las relaciones siguientes, las que consignó en el *Año literario* de 1755:

"Muchos dias antes de la llegada de Saint-Mars con su prisionero, se habia dado la órden de preparar una parte del castillo para su recepcion. Como dicho castillo estaba inhabitado hacía gran tiempo, se hallaba en un verdadero estado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



de ruina y á escepcion de algunas salas bajas, los pisos superiores estaban realmente inhabitables.

"Así pues, dichas salas fueron las que se prepararon y amueblaron lo mejor posible.

"El dia de la llegada, habiéndose anunciado de antemano, los paisanos se prepararon para festejar dignamente á su señor, y se presentaron en masa para rendirle sus homenages. La silla cubierta en que iba el prisionero de la máscara, les escitò naturalmente la curiosidad y por mas severas que fuesen las consignas, no pudieron impedir à aquellas buenas gentes el acercarse al cortejo, y ver muchas cosas que nadie les habria enseñado.

"Como por ejemplo, la primer comida tuvo lugar en el comedor del piso bajo, cuyas ventanas daban al patio, en que los lugareños se agolpaban en masa para festejar en apariencia á su señor con sus *vivas*, pero que en realidad solo iban por ver al personage de tan singular precaucion. Su curiosidad solo fué sin embargo satisfecha á medias.

"Es cierto que las ventanas se hallaban abiertas con motivo del calor; pero Saint-Mars habia hecho sentarse en la mesa al hombre de la máscara, con la espalda hácia ellas, y él se puso á su frente, teniendo à su lado y sobre la mesa, una pistola cargada, lista à servir contra el prisionero en caso de que tratase de voltearse para hacerse ver de la multitud ó para hablarle.

"Ellos dos eran los únicos que estaban en la sala. Un ayuda de cámara les servia y cada vez que iba en busca de los platos á la antecámara, cerraba la puerta tras sí.

"El prisionero era de una estatura elevada; tenia los cabellos blancos, y una máscara negra que dejaba ver sus dientes y sus labios.

"En la noche, Saint-Mars se hizo componer un catre de campaña al lado de aquel en que dormia su huésped, y apesar de que quedaron tres dias en Palteau, nadie pudo en ellos saber mas de lo que supieron el primer dia.

"Este suceso singular fué por mucho tiempo objeto de las conversaciones del pais, y aun todavia, el hombre de la máscara es una especie de *cancon*, con el que las nodrizas espantan á los niños que lloran.

"Lo único que hay, es, que los hechos han sido amplificados y desnaturalizados de tal modo, que aquel pasage, en toda la acepcion de la palabra, es ya, *un verdadero cuento de abuelos.*

Esto es todo lo que se sabe de aquel viaje. Cual esos convoyes fúnebres que transportan á tierras lejanas los restos de algun personage opulento del mundo, el cortejo atravesó la Francia con su silla, cubierta por una tela negra encerada, sin que nadie pudiese á traves de ese velo, ver lo que contenia aquella tumba ambulante: la única diferencia que habia, era, que en esta vez, el muerto era un viviente, moderno Abel de un Cain real!

No se vuelve á saber nada del prisionero, hasta su llegada á la Bastilla en 18 de Septiembre de 1698.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

He aquí la hoja de entradas que le concierne, copiada testualmente en uno de los registros de la Bastilla, salvada del saqueo de esa prision de Estado el 14 de Julio de 1789, y que constituye parte de los manuscritos de la biblioteca del *Hotel-de-Ville* de Paris. Es un gran *in-folio* contenido en una gran cartera de marroquin, cerrada con llave y que aun está guardada en un carton doble.

Despues de la toma de la Bastilla, uno de los vencedores la llevó en trofeo en la punta de su bayoneta al *Hotel-de-Ville*, que enriqueció con ella su biblioteca.

NUMERO 1. VERSET 37.

Estracto de los Registros del Castillo de la Bastilla.

"Es el famoso hombre de la *Máscara de fierro*, que jamas ha conocido nadie.

"Desde el 18 de Septiembre de 1698 á las tres de la tarde, M. de Saint-Mars, gobernador del castillo de la Bastilla, hizo su primer entrada viniendo de las islas de Santa-Margarita, trayendo con él en su litera un antiguo prisionero que tenia en Pignerol, el cual siempre está enmascarado y cuyo nombre no se sabe; y habiéndolo hecho entrar al bajar de su litera en el primer aposento de la torre Baziniere, en espera de la noche; llegada la cual, á las nueve de ella, se dió la órden por el gobernador M. de Saint-Mars, á M. Dujonca, teniente del rey en dicho castillo, y al Señor de Rosarges, uno de los sargentos que el gobernador trajo consigo, de conducir al dicho prisionero al tercer aposento de la torre Bertaudière, que M. Dujonca habia hecho amueblar completamente algunos dias antes de su llegada.

"El prisionero siempre estuvo cuidado y servido por el dicho Señor Rosarges, y nadie le veia, á escepcion de él y el señor gobernador.

"Se le trataba con mucho cuidado y atencion.

"Y tenia permiso para ir á misa."

Nos veriamos precisados á dejar aquí en blanco esta página de la vida del *Máscara de fierro* en la Bastilla, si no fuera por un opúsculo que hoy es bastante escaso y que tiene por título: *Notas históricas sobre la Bastilla, con un gran número de anécdotas interesantes y poco conocidas.* (Lóndres, 1789, en 8vo., de 199 páginas.) El editor, que se cree lo es el impresor Grangé, y que la publicó con el objeto de dar alguna luz sobre la residencia del *Máscara de fierro* en la Bastilla, dice en su prefacio:

"He tenido en mi poder, por muy poco tiempo en verdad, un bien precioso manuscrito sobre ese misterioso personage. Podria aún prevalerme de su rareza, pues que sin ser muy voluminoso, diez luises me han dado su propiedad. Se deja entender que no he podido ni debo copiarlo todo entero."

Sea lo que fuere, veamos los curiosos relatos que nos proporciona el editor, tanto respecto del *Máscara de fierro*, como de el réjimen *interior* de la Bastilla:

"Tan luego como llegaba un prisionero á la Bastilla, se inscribia sobre un libro su nombre y cualidades, el número del departamento que iba á ocupar y la lista de los efectos depositados en la caja del mismo número... El libro de salidas contiene un protocolo de juramentos y protestas de sumision, respeto y fidelidad para con el rey.... El tercer libro en hojas sueltas, contiene el nombre de todos los prisioneros y la tarifa de sus gastos..... Hay tambien un registro donde reunen todas las cartas de los ministros y de la policía. Todo está recojido y clasificado con cuidado..... En fin, hay un cuarto libro, un enfolio inmenso, (el de que hemos hablado y del cual sacamos el registro) que se podría creer estaba escrito con làgrimas y sangre, y que por solo eso merece una descripcion especial.

"Sus hojas, distribuidas en columnas, tienen impresos en cada una de ellas los títulos siguientes:

Primera columna. *Nombres y calidad de los prisioneros.*

Segunda. *Fechas de los dias en que llegan los prisioneros al castillo.*

Tercera. *Nombre de los secretarios de Estado que han espedido las órdenes.*

Cuarta. *Fechas en que salen los prisioneros.*

Quinta. *Nombres de los secretarios de Estado que han firmado las órdenes de libertad.*

Sesta. *Causa de la detencion de los prisioneros.*

Séptima. *Observaciones y notas.*

"El mayor llenaba la sesta columna segun las indicaciones que podia obtener, y el teniente de la Policía le daba instrucciones cuando y como queria.

"La Séptima columna contiene la historia de los echos, caracteres, gestos, vida, costumbres y fin de los prisioneros.

"Esas dos columnas son dos especies de memorias secretas cuya esencia y veracidad dependian del concepto recto ó falso, de la bnena ó mala voluntad del mayor y el comisario del rey.

"Muchos prisioneros se encuentran sin notas en esas dos columnas.

"Cuando ese registro fué llevado al *Hotel-de-Ville* (municipalidad) el 14 de Julio, el nombre del *Máscara de fierro* vagaba de boca en boca, como una de las mas grandes maldades cometidas por las razas reales. Todos esperaban con un silencio solemne que aquel secreto de despotismo real, cayese de sus pàjinas sangrientas: pero el folio 120, correspondiente al año 1698 y á la llegada del *Máscara de fierro* á aquella prision, habia sido arrancado, y no se ha podido completar mas que con el diario de M. Dujonca, teniente del rey en la Bastilla, en 1698, los registros mortuorios de la iglesia de San Pablo, y las revelaciones del padre Griffet, confesor de los prisioneros en la misma época.....

"Los ministros no querian que las personas conocidas muriesen en la Bastilla.

"Si moria un prisionero, se le hacia enterrar en la Iglesia de San Pablo, con el nombre de algun criado, y esta mentira se escribia en el libro del registro mortuorio á fin de engañar á la posteridad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ecsistia un registro en el que se inscribia el nombre verdadero del muerto; pero no se ha podido encontrar en los archivos de la Bastilla.

"Tampoco se daba á los prisioneros sus nombres propios, á fin de que los parientes y amigos que hubiesen deseado solicitarlos, no los reconociesen. Así es, como el hombre de la *Máscara de fierro*, que en las islas de Santa Margarita era conocido con el nombre de *Latour*, lo era en la Bastilla con los de *Marchialy* de *Kersadion*, y tal vez otros.

"Hé aquí lo que yo he visto:

"Despues de la toma de la Bastilla, un curioso me ha enseñado una carta encontrada en los escombros y conteniendo el número 64.389,000 con la nota siguiente:

LLEGADO DE LAS ISLAS DE SANTA MARGARITA, CON UNA MASCARA DE FIERRO: XXX y abajo: KERSADION.

"Manclerc, que estaba presente, me propuso entónces fuésemos á visitar el castillo de la torre Bertaudière, donde el hombre de la Máscara de fierro habia estado encerrado. Nuestro minucioso ecsámen, infructuoso por algun tiempo, fué coronado al fin por el mas inesperado suceso.

"Habiendo percibido al lado de la chimenea de un aposento una plancha de sebo ennegrecida, del largo del dedo pequeño, la levantamos con un cuchillo y descubrimos una hendidura en el muro. Habiendo cavado en ella, encontramos un giron de tela colorada, de cosa de diez pulgadas de largo. Sobre aquel giron estaban trazadas con hilo blanco muy fino, estas tres señales, de las que la primera y la segunda están descifradas en parte:

++++++ | *años*
yo +++ *de mi rey.*
Hé aquí mi crímen.

"Ese pedazo de lienzo estaba enrollado y contenia amarrado con una punta del mismo hilo, una hebra de crin negra muy fuerte.....

"Visité, pues, con la mayor escrupulosidad, toda aquella torre de la Bertaudière, desde el calabozo hasta el remate de ella. Tenia cuatro departamentos, y cada uno de sus aposentos, un nombre tomado segun el grado de su elevacion; así es, que el primero arriba del calabozo, se llamaba *la primera Bertaudière;* despues, la *segunda*, la *tercera Bertaudière;* la cuarta, se llamaba *el casquete Bertaudière.*

"Estas piezas eran unos pequeños reductos octàgonos, de cerca de 12 ó 13 piés cuadrados de largo, poco mas ó ménos, y de la misma altura. Habia un pié de suciedad en el piso, lo que impedia ver que era de yeso. Todas las almenas estaban tapadas, ménos dos que tenian verjas de fierro. Esas troneras estaban à un lado del aposento, tenian dos piés de largo, é iban disminuyendo en cono en el espesor del muro hasta la estremidad, la que al llegar al foso solo tenia medio pié de abertura. Un enrejado de fierro la cerraba por aquel lado.

"Como solo por entre los enrejados entraba la luz del dia, la que era oscurecida por el espesor del muro, pues tiene diez piés, por las barras del enrejado y los vidrios sucios de una ventana que habia, y se cerraba dentro del aposento, era tan débil, que cuando penetraba en él, apénas servia para distinguir los objetos, y solo formaba una luz falsa.... Las paredes de los aposentos estaban llenas de suciedad y tapisadas con los nombres de multitud de prisioneros. Lo único que habia mas limpio, era un pedazo del cielo raso de yeso muy unido y blanco, á fin de que el mas mínimo agujero hecho por el prisionero del piso superior, fuese visible....

"En uno de aquellos reductos, es donde el *Máscara de fierro* pasó cinco años, despues de los doce en las islas de Santa Margarita, trece en Pignerol, tres en el fuerte de *Exilles*, en todo TREINTA AÑOS de cautividad. "Desde su llegada á la Bastilla, dice Dujouca en su *Diario*, el prisionero, cuyo nombre no se sabe, y al que siempre tenian enmascarado, fué puesto en la torre de la Bazinière en espera de la noche. A eso de las nueve de ella, yo le conduje al tercer aposento de la torre de la Bertaudière que tuve cuidado de amueblar completamente. Allí habia una cama de sarga verde con sus cortinas, un jergon, tres colchones, dos mesas, una media biblioteca para libros, un gran sillon, algunas sillas, y diversos utensilios para el uso comun. Yo quedé encargado con especialidad de vigilarlo, unido al mayor Rosarges. Todo estaba dispuesto de tal modo, que nadie pudo verle jamàs. En la capilla donde oía religiosamente la misa, se habia construido una especie de cancel para él, desde donde no podia ver á nadie ni ser visto, y para ir á ella, pasaba por una galería por donde nadie podia andar durante el tiempo de la misa, bajo ningun pretesto. Su mas grande diversion, era pulsar la guitarra y cantar. Su voz era dulce y conmovedora, y los sonidos que sacaba al instrumento, tan melancólicos algunas veces, que los prisioneros alojados abajo de él, me han confesado, que mas de una ocasion al oírlo, se han sorprendido todos llenos de lágrimas.

"Despues de cinco años de cautividad en la Bastilla, el domingo 18 de Noviembre de 1703, el hombre de la Máscara se encontró repentinamente indispuesto al salir de misa, y murió el lúnes 19 de Noviembre á las diez de la noche, sin haber tenido una larga enfermedad, *lo que no podia ser de otro modo.*

"M. Giraut, nuestro limosnero, le confesó la víspera; mas sorprendido por la muerte, no pudo recibir los sacramentos, y nuestro limosnero le estuvo ecshortando ántes de que muriese. El mártes, 20 de Noviembre, fué enterrado à las cuatro de la tarde en el cementerio de San Pablo. Su entierro costó cuarenta libras."

Hé aquí el apoyo de esa relacion, su estracto mortuorio, tal cual se encuentra inscripto en el gran registro en folio de la Bastilla, de que ya hemos hecho mencion.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUMERO 2. VERSET 80.

Estracto del registro del Castillo de la Bastilla.—Muerte del famoso hombre de la Máscara de fierro.

"Desde el lúnes 19 de Noviembre de 1703, el prisionero desconocido, siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro, y al que M. de Saint-Mars gobernador trajo de las islas de Santa Margarita, donde hacia mucho tiempo le guardaba, habiéndose encontrado ayer un poco malo al salir de misa, ha muerto hoy á eso de las diez de la noche, sin haber sufrido una gran enfermedad, y no pudo ser ménos que así. M. Giraut, nuestro limosnero, le confesó, sorprendido de su muerte. No recibió los sacramentos, nuestro limosnero le ecshortó un momento ántes de morir, y el prisionero guardado desde hace tanto tiempo, ha sido enterrado el mártes á las cuatro de la tarde, 20 de Noviembre, en el cementerio de San Pablo, nuestra parroquia.

"En el registro de muertos de San Pablo, se ha dado tambien al difunto un nombre desconocido, y es, el de MARCHIALLY. Mr. de Rosarges, mayor, y el Sr. Rheil, cirujano mayor, firmaron los registros mortuorios de S. Pablo despues del entierro.

NOTA.—Todo el equipage, muebles, efectos del prisionero y todo lo que le servia en general, hasta su cama, sillon, sillas, mesas y utensilios de toda especie, fueron fundidos ó quemados, y las cenizas arrojadas á las letrinas.

"Mas aún; las paredes del aposento que ocupaba, han sido raspadas todas y blanqueadas de nuevo."

Las precauciones tomadas para impedir que aquel misterioso prisionero fuese visto durante su vida, le persiguieron aun mas allá de la tumba.

Se ha visto ya por el estracto y el cuadro de la lista general, que despues de su muerte se quemó generalmente todo lo que era de su uso, como vestidos, muebles, colchones, &c. &c.: que se hicieron raspar y blanquear las paredes de su aposento, y se hizo desaparecer todo aquello que pudiese revelar su mansion en aquel lugar, de temor que hubiese ocultado algun billete ó cualesquiera marca que diese á conocer su nombre. Segun algunas relaciones, tan luego como murió, descompusieron su rostro con una materia corrosiva; esto dá alguna autoridad á lo que Saint-Foix cuenta en su *Respuesta al padre Griffet*: "al otro dia del entierro de *Marchialy*, dice, habiendo una persona contratado al enterrador para que le desenterrase y lo dejase verlo, *encontraron en vez de su cabeza, una gruesa petrificacion.*"

Triste suerte de un desgraciado que no debia encontrar reposo ni en la vida, ni en la muerte!

Nuestros lectores habrán sin duda notado, la sequedad de nuestra relacion,

respecto á los cinco años que el *Máscara de fierro* pasó en la Bastilla; pero nuestra escusa está en el hecho mismo. Era tal el misterio de que se le habia rodeado en aquellos lugares, que apesar de que muchas personas de la corte habian estado presas allí, esceptuando á Langlet-Dufresnoy, quien por ocho veces estuvo en aquella prision, y dice haberle visto una con su máscara al ir á misa; ningun otro de entre las víctimas de Luis XIV, arrojadas á la Bastilla desde 1698 á 1703, hace mension de él. No habiendo querido concretarnos mas que á los hechos estrictamente históricos en esta especie de monografia, nos ha sido preciso tomar solo aquello que hemos creido real, y mostrarnos mas sobrios de detalles, tanto, cuanto que ellos de por sí nos han faltado.

Este motivo nos ha decidido á no estraer testualmente mas que los hechos consignados en las *Notas históricas sobre la Bastilla*, cuya autenticidad nos ha parecido verídica. Sin embargo, como respecto de este ser enigmático se han publicado mil cuentos estraordinarios, y que uno mas no haria otra cosa que aumentar el número, he aquí el que hemos encontrado en el *Diccionario histórico topográfico de la Provenza*, en la palabra *Santa Margarita*. (Dragnignan, en 8.°, 1835), y del que dejamos la responsabilidad á su autor.

"Ese prisionero, (*El Máscara de fierro*), ha sido objeto de mil fábulas; la mas tonta y que no hace mucho tiempo se hizo, es, la de que dicho prisionero, llegado á la edad de las pasiones, hizo presente al gobernador el deseo de tener cerca de sí una muger. Este, despues de haber obtenide el permiso para ello, le procuró una viuda de treinta años que consintió al sacrificio de su libertad, con tal de hacerle así una fortuna á su hija única. En ménos de un año, esta viuda dió á luz un niño, al cual estuvo criando por algun tiempo, y al que tan luego como fué destetado, el gobernador le hizo pasar á la isla de Córcega, recomendándolo á una persona de confianza, como una criatura que venia de buena parte, en italiano *de buona parte*. Se presume que ese niño fué el tatarabuelo del héroe que despues reinó en Francia bajo el nombre de Napoleon."

Segun eso, siendo el *Máscara de fierro* hermano gemelo de Luis XIV, nacido el último, y en consecuencia, el mayor de la rama de los hijos mayores de los Borbones, Napoleon fué un *emperador legítimo*.

Esto es todo lo que hemos podido recojer de las noticias históricas sobre el *Máscara de fierro*. De ello resulta, que ese hombre era un muy grande personage, y que el cuidado habitual de ocultar su rostro, so pena de la vida, anunciaba un gran peligro al enseñarle: que al solo aspecto de sus acciones, se podia por consecuencia, conocer quién era: que alimentaba él mismo el deseo de hacerse conocer, mas bien que el de evadirse: que no habiendo desaparecido ningun príncipe en Francia en tiempo de la muerte de Mazarin, el *Máscara* no podia ser otro, sino un personage importante, desconocido en aquel tiempo, y que era preciso que el ministro tuviese mucho interés en ocultar su nombre, sus aventuras y su situacion, para que diera como habia dado; la órden de matarle, si se hacia conocer, y de matar á aquellos que le conociesen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Resulta aun, y esto es lo mas admirable, que por todas partes donde se hallaba ese desgraciado, ya fuese en una isla de la mar de Provenza, en viage ó en Paris, le estaba ordenado sin cesar que ocultase sus facciones.

Podia, pues, el aspecto de su cara en todos los lugares de Francia, arrancar el velo al secreto de la corte?

En fin, es necesario considerar, que su cara fué cubierta, despues de la muerte de Mazarin, hasta la del mismo prisionero, acaecida á principios del siglo XVIII, y que el gobierno llevó la precaucion hasta el grado de ordenar el descomponerle el rostro, segun unos, de cortarle la cabeza y enterrarlo sin ella, segun otros.

Sin duda su cara podia darlo á conocer durante un medio siglo, y de uno al otro estremo de la Francia.

Hubo, pues, por todo un medio siglo en Francia, una cabeza remarcable, conocida en todos los rincones del pais, comparable á la del prisionero y su coetaneo.

Y cuál podia ser esa cara tan generalmente reconocida, sino la de Luis XIV, su hermano gemelo, á quien sin duda se parecia en estremo? El secreto de Estado, ó mejor dicho, el crímen de Luis XIV, parece bien cierto, y apesar de todo, si aun queda alguna duda sobre él, será ocasionada por la inverosimilitud de las feroces órdenes dadas á los gobernadores de las Prisiones de Estado, de asesinar á aquel desgraciado príncipe á sangre fria si descubria su secreto. Esta barbarie parecerá poco compatible para aquellos que solo conocen del carácter de Luis XIV, lo que han leido en los libros; pero los que hayan estudiado en sus actos á ese rey sin alma y sin corazon, verdadero tipo de orgullo, del egoismo y de la tonteria humana, no conservarán duda alguna.

Noticia sobre el interior de la prision de las Islas de Santa Margarita.

Lo que hemos dicho del *Máscara de fierro*, solo puede dar una idea muy imperfecta del interior de la prision de Estado de las islas de Santa Margarita.

Dicho prisionero, todo escepcional, era servido de un modo tambien escepcional, y en esa historia de las Prisiones de Estado, es mas bien la escepcion la que tenemos que dar á conocer, que la regla.

Hé aquí la regla seguida en el fuerte de las islas de Santa Margarita.

Los siguientes curiosos detalles, los hemos tomado de una Memoria manuscrita, que hace parte de la *Recopilacion de Memorias sobre las Prisiones de Estado*, de la biblioteca del duque de Choiseul, y marcadas en la biblioteca nacional F C 11,72. El autor, Pedro Mateo Parein, se intitula *Hombre de ley, uno de los vencedores de la Bastilla*, autor del *Calvario de los inocentes*, del *Despotismo resucitado*, del *Esterminador de los parlamentos, &c., &c.*, y prisionero en las islas de Santa Margarita de 1780 á 1788. Hé aquí lo que nos cuenta del interior de esa prision.

Dejarémos á su estilo toda su forma declamatoria y su ingenua erudicion.

RELACION de la cautividad en las islas de Santa Margarita, de Pedro Mateo Parein, hombre de ley, uno de los vencedores de la Bastilla, autor del Calvario de los Inocentes, del despotismo resucitado, de El Esterminador de los Parlamentos, &c., encerrado con su madre en esas prisiones desde 1780 *á* 1788.

"Escapado del pestilente golfo de los calabozos de Estado, como Daniel de la cueva de los Leones, mi libertad la emplee ínterin llegó el momento de la conquista de la Bastilla, en provocar la Revolucion, precipitar la reforma de nuestro código criminal, y hacer ver á toda la Francia por medio de escritos llenos de fuego, los multiplicados horrores que con mis ojos habia visto cometer.

"Los primeros golpes que dí á los magistrados prevaricadores, que engreidos mostraban siempre un desprecio insultante para con todos, produjeron en el espíritu público un efecto lleno de sorpresa é indignacion contra aquellos hombres, cuya astucia habia sabido cautivar por largo tiempo el sufragio del pueblo.

"Aquella esplosion de un corazon ulcerado por los suspiros, los pesares, y acumulados dolores á los que la intriga, la cabala y la injusticia me habian entregado, hizo abrir los ojos de todos admirablemente.

"Aguijoneado por el amor á la verdad, el sentimiento del odio y las dulzuras de la venganza contra los vampiros detestables que con su aliento habian querido quitarme la vida, así como à mi infeliz madre, redoblé mis esfuerzos á fin de aniquilarlos, y me atrevo à decir, que contribuí en gran parte á romper el velo del error que los cubria à los ojos de la nacion.

"Mientras su odioso despotismo conservó un resto de rigor, tomé la capa del anónimo para evitar el ser sumergido de nuevo en la cloaca de que me habia escapado: pero hoy que su imperio està destruido, hoy que *somos libres* y podemos decir la verdad, á despecho de la rabia impotente de los enemigos de la Revolucion, debo dar abiertamente mi nombre sin temor de ser herido por el rayo.

"Pero antes de presentar el cuadro de todos los padecimientos de las víctimas desgraciadas del despotismo, ¿no debo de comenzar por hacer conocer al público los derechos que tengo à su estimacion y confianza? Qué opinion podrá concebir de mi persona y de mis alegatos si antes no le doy la prueba mas competente de mi inocencia? No debo de temer el que me vea como un hombre mas bien lleno de venganza que ocupado de justificarse? ¡Nó; eso seria salirme de mi plan! que sea bastante, con decir que *por habernos quejado* bajo el antiguo régimen de haber sido robados, por haber probado lo justo de nuestras quejas, hemos sido sentenciados, aprisionados, arrastrados mi madre y yó, de calabozo en calabozo, mientras que aquellos á quienes se les habia probado su culpabilidad por mas de veinte testigos, de ser unos ladrones, protejidos por los belitres de la corte y de palacio, han estado libres!

"Ahora, he aquí lo que he visto en el fuerte de las Islas de Santa Margarita, á donde fuí llevado con mi pobre é inocente madre en los primeros meses de 1,780.....

"..... Los dogos que tienen à su cuidado la custodia de la prision, llenan su abominable ministerio, con atormentar las almas, y torturar los cuerpos de los miserables prisioneros con un ardor increible.

"Si la víctima que ponian en sus manos iba de otra prision, ordinariamente ibaencadenada por el pescuezo, las manos, los piés, y al medio del cuerpo, sin miramiento alguno à su edad, su crímen ó su complecsion, y mientras que su conductor depositaba en el oficio las piezas de su proceso, los cerberos se apoderaban de su presa para romper sus fierros. Esta ceremonia tiene algo de tan espantoso que jamas la ví sin esperimentar un calosfrío de dolor. Sentado sobre una silla ó sobre una argolla de fierro, el prisionero tenia que esperar para que le descargasen del peso enorme que le abrumaba, cuyos clavos rompian á martillazos los carceleros, de manera que si la mano encargada de ejecutar la operacion no estaba bastante diestra, el golpe lo resentian infaliblemente los huesos del paciente.

No creais que los gritos que el dolor le arrancaba producian en sus guardianes algun sentimiento de piedad: al contrario, aquellos hombres de bronce tenian la impudencia de hacerle reproches, pues una vez que se està en manos de esas *furias*, el menor grito que se dá es un crímen à sus ojos. Sus corazones sin piedad han adquirido una especie de ferocidad que quisieran que todo el mundo tubiese. Asi, pues, si al aspecto del tormento que sufre un prisionero algun espectador demuestra la mas mínima seña de compasion, en el acto se le amonesta y arroja de aquel lugar como indigno de asistir á él.

"Consumado este acto, el conductor pagaba al prisionero cinco centavos. Era un derecho que se le acordaba al desgraciado en recompensa de las magulladuras que los fierros le habian hecho en todo su cuerpo durante el camino. Pero al mismo tiempo que se fingía el quererle aliviar y llenar su bolsa, los carceleros llenos siempre de la ansiedad de devorar su presa, no dejaban de informarse de la posicion social de la víctima que se habia dado á su codicia. Si esta era opulenta, se le pegaban como unas sanguijuelas hasta despojarle completamente, ocasionando gastos de toda especie para satisfacer su glotonería. Si por el contrario, era un infeliz, le hacian apurar todos los sufrimientos que la casa pone en juego para hacer la vida insoportable. Jamas dejaban de castigarle por no haber sido protejido de la fortuna.

"Uno de los artículos mas preciosos del código de los carceleros, es el del que el prisionero podia hacer dulcificar el régimen intolerable de la casa, desparramando el oro. Pero si por desgracia la miseria se dejaba sentir despues del primer acto de generosidad, entonces el trato era igual al que recibian los prisioneros mas desgraciados.

"La clase de pena pronunciada en la sentencia, determina el lugar que el prisionero debe habitar en la prision. Si la sentencia impone la pena de *galeras por la vida*, ó de *muerte*, el conserge se sirve de una palabra conocida solo de él y los carceleros para conducirle al calabozo.

"Entonces, sus manos ávidas de rapiña, le esculcan hasta los mas pequeños pliegues de su ropa para despojarle de cuanto tiene: le quitan el dinero, de temor (así decian) que sus camaradas de prision se lo robasen: sus hebillas, sus cordones, y sus alfileres, por temor de que con ellos tratase de quitarse la vida.

Despues de esta humillante ceremonia, se le daba un pedazo de pan de una libra y media, y dos hosteras; lo uno, para que comiese, y las otras, para que recibiese la sopa que la caridad dá á las prisiones: en seguida, le arrastraban á uno de los *ahujeros* que le estaba destinado en aquel *palomar*.

"Todos están situados en el piso bajo: las paredes tienen á lo menos, de diez á doce piés de espesor. Antes, el aire circulaba por una especie de ventanilla, pero desde hace algun tiempo, se juzgó apropósito ponerles un respiradero de ojadelata, por el cual solo se puede obtener aire haciéndole algunos ahujeros del tamaño de los de una espumadera. Así, pues, en tiempo de invierno aquellas cuevas son unas neveras, pues su elevacion es tal, que el frio penetra en ellas: en estío, son estufas hùmedas en las cuales uno se ahoga, pues los muros son demasiado espesos para que el calor pueda secarlos.

"La cama en que reposa el prisionero, se parece al *chiquero de un puerco*: por colchon, tiene una paja que se renueva de tiempo en tiempo, la que, antes de ser cambiada, ya la humedad la ha reducido á basura.

"La comida, se compone, los dias de fiesta, de una mala sopa y de carne medio cosida; los de trabajo, de frijoles y huevos pasados por agua: tres veces à la semana, un mediosetario de vino, salchicha y tabaco.

Al primer golpe de vista, se vé uno tentado de creer que esos alimentos que debian dulcificar los males del prisionero, hacen lo contrario: la razon es muy sencilla. Reducido á vivir en una estancia que solo tiene seis pies de ancho sobre diez de largo, sin aire, envenenado por sus propios escrementos, jamas siente ni la necesidad, ni el deseo de comer.

"Su alma no está mejor cuidada que su cuerpo. Por lo que respecta à lo espiritual, su único consuelo es ver cada sábado un sacerdote, el que por una media hora se entretiene en aconsejarle lleve su mal con paciencia. La distribucion de ese bálsamo espiritual, produce al sacerdote seis francos por cada seccion, de los cuales él distribuye seis *liarde* (1) á cada prisionero.

"Ya que hemos visto como se trata de cuerpo y alma à los prisioneros en sus calabozos, ecsaminemos que régimen se observa para con aquellos que tienen permiso de pasear en el patio.

"Los hay de muchas clases. Unos que habitan en los aposentos de pension, otros, en los de media pension, otros en los de à doblon, y otros en los de la paja.

"Los aposentos de pension, dan al conserje cuarenta libras al mes por cada persona.

"Los de media pension, veintidos libras diez centavos.

---

(1) Una de las monedas mas pequeñas de Francia.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Los de doblon, siete libras diez centavos.

"Los de la paja, están escentos de pagar.

"Darémos ahora algunos detalles respecto á estos aposentos diversos.

"Aquellos destinados para recibir á los desgraciados á quienes la miseria obliga á dormir sobre la paja, son trece. Cada uno contiene de 16 á 20 prisioneros, que se acuestan de cuatro en cuatro sobre un colchon lleno de dos ó tres manojos de paja. Esa paja, que segun los reglamentos deberia renovarse, no lo es mas que cada año. Asi es que las pulgas &c. &c. se multiplican à tal estremo, que los prisioneros no pueden esperar al cambio del año. La necesidad de libertarse del tormento cruel que esos animales les producen, les obliga á adelantar el tiempo fijado para quemar la paja, y en espera de la nueva, se acuestan sobre el suelo. Seis de esos calabozos, son poco mas ó menos salubres, los otros siete, unas cloacas pestíferas de las que jamas se sale sin llevar algun gérmen mortal de putrefaccion.

"Los aposentos de doblon, son cinco. La humedad de los muros es insoportable, sobre todo en invierno. Cada uno, está ocupado por diez ó doce prisioneros. El precio es, como se ha dicho, de siete libras diez centavos, atendiendo que á los carceleros se les dà una retribucion de un franco diez centavos por la captura, y doce centavos al que conduce los equipajes.

"Los aposentos de pension y media pension solo se diferencian en que los primeros solo son ocupados por una persona, mientras que los otros lo son por tres ó cuatro. Poco mas ó menos, la construccion y salubridad de todos es la misma; ninguno tiene chimeneas, y si en invierno se quiere uno calentar, es preciso para no morir de frio, comprar la leña y una estufa.

"A título de regla general, todos los aposentos, aun las celdas de paja, se abren indistintamente á las seis de la mañana, desde la Pascua hasta Todos Santos, y á las siete, despues de Todos Santos hasta la Pascua. Se cierran por graduacion: los de pension y media pension á las nueve de la noche despues de la Pascua hasta Todos Santos: los de doblon, una hora antes, y los de paja, à las siete en invierno, al declinar el dia.

"Repelido uno al fondo de aquellos calabozos, se imagina que sus habitantes tienen tal vez algunos momentos tranquilos y que pueden olvidar sus males en brazos del sueño: pero aun este consuelo les falta. Apenas llega la noche al medio de su curso, cuando por la mas mínima sospecha de que algunos cautivos tratan de evadirse, toda la horda de carceleros, seguida de monstruosos perros y armada de nervios de toro, recorren aquellas sombrías habitaciones haciendo las mas esactas pesquisas. Interrumpido el silencio de la noche por el ruido de las llaves y los cerrojos de las puertas, la mirada y la presencia de aquellos hombres bárbaros llevaban el terror y el espanto al corazon de los desgraciados prisioneros á quienes esas visitas importunas arrancan de los brazos del reposo.

"Allí, así como en el mundo, la miseria tiene sus desgracias particulares: hay una diferencia enorme entre el castigo que se dá á las personas de la clase media, al de los que habitan los aposentos de la pension, y pension y media, así como tambien en la que se dá á los prisioneros de la paja.

"Los primeros, sea cual sea su suerte, están seguros de que jamas los llevaràn á los calabozos; se contentan con hacerles mudar de cuarto. Esta es una política del conserge, pues si pusiera en el calabozo á un prisionero que paga pension, cesaría esta naturalmente, y no haciéndolo sigue cobràndola.

"Ademas del calabozo, hay otra clase de castigo: este es, una torre cerca de la *secreta* y vecina de los calabozos mas mal sanos; por su situacion, su horror y la serie de males que en poco tiempo engendra, traspasa los límites que uno pueda imaginarse.

"Esa torre puede tener veinticinco pasos geométricos de diámetro: el ancho de sus muros es de cerca de cinco pies. Un respiradero es el solo paso que facilita al aire su entrada á los pozos, teniendo cuatro rejas de fierro, cuyas barras son de cuatro pulgadas cuadradas de espesor, así es que para la circulacion del viento, apenas queda un hueco de una pulgada. La torre está coronada por una bóveda de piedra á la altura de cosa de veinticuatro pies: filtra continuamente por ella una especie de serosidad fétida, y sus muros están siempre cubiertos de un musgo pegajoso. Al centro de aquel golfo infernal, á diez y ocho pies de la tierra, hay una plancha de madera suspendida y llena de manojos de paja, sobre la cual gime la víctima: en esa especie de foso, es adonde se precipita á los prisioneros de la paja á la menor cosa que hacen. El nuevo Daniel que tiene la desgracia de caer allí, sale pálido, macilento, desfigurado, y con los miembros tullidos.....

"El patio destinado para que se paseen los prisioneros privilegiados es tambien de un carácter particular. Las murallas que lo cierran, así como sus ventanas, están cubiertas con planchas de fierro. En el centro de la galería, se levanta una columna de piedra de diez piés, sobre la que hay un globo lleno de flores de lis. Ese globo, está coronado por un soberbio collar. Dos cadenas de fierro pendientes del collarin de la columna caen en forma de dobles guirnaldas y permiten inmolar dos víctimas á la vez sobre el mismo hotel.

"Tal es el agradable espectáculo con el cual se recrean los ojos del prisionero que pasea.

"Antes, les era permitido á los prisioneros el jugar al *tamí* en aquel patio, pero desde que una bala entró por una ventana é hirió á uno de los guardianes, se prohibió el juego mencionado....

"Hay un lugar llamado el calefactorio con una estufa de metal á donde los prisioneros de la paja pueden retirarse en invierno: pero la pestilencia del lugar, priva á las dos terceras partes de ellos de calentarse: ademas, es tal el hedor que reina allí escitado por la falta de aire, que la mayor parte de los que entran, salen enfermos: algunos, moribundos, porque pasando de aquel retrete envenenado al patio que aunque mal sano, el aire que en él corre es mas puro, caen á tierra como heridos por un rayo....

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Hubo un tiempo, en que era permitido á los prisioneros recibir las visitas de sus amigos y parientes y conversar con ellos ya en sus aposentos ya en el patio. Aquellas visitas tenian la doble ventaja de proporcionar algun socorro á sus males y preservarlos del fastidio que sin cesar les atormentaba. Aquel consuelo en su situacion penosa se creyó la dulcificaba demasiado, y en consecuencia fueron suprimidas las visitas en aquellos sitios, construyéndose en seguida un salon destinado á ellas. Curioso es observar dicho salon el dia que tiene gente: en él se presentan los cuadros mas variados y de mayor contraste: por un lado, una amante llorosa que con la presencia y los alimentos que lleva, vá á aligerar algun tanto la cautividad, la miseria y el fastidio del amigo de su corazon: por otro, un padre, una madre á quien la presencia de un hijo le hace derramar lágrimas y dar gritos que traspasan el corazon: por otro: un carcelero que se pasea solo, espiando los movimientos y palabras de los visitadores con los cautivos: de otro, se vé á los prisioneros que invocan la caridad del público pasando sus manos suplicantes por entre las barras de las rejas: aquí, está un culpable que con los ojos fijos en tierra, camina con un andar pesado, y á quien parece devoran sus remordimientos: á su lado, se vé un acusado á quien la cólera enfurece al recordar la equidad violada, y recorre el salon levantando los ojos al cielo y profiriendo con voz baja y entrecortada palabras llenas de indignacion: mas allá, se ven otros prisioneros bebiendo juntos ó con aquellas almas caritativas que se interesan por su suerte.

"Con respecto á esto último, se ha introducido un abuso de una iniquidad perversa. Un vendedor de vinos, compró del conserge el derecho de habilitar de vino á los prisioneros mediante una suma de 500 libras anuales. A fin de facilitar la venta, una de las principales condiciones era el no permitir que nadie introdujese vino ninguno de fuera, así es, que cuando algun pariente ó amigo de un prisionero queria llevar á este una ó dos botellas, los carceleros, previo el consentimiento de su comandante, las quitaban y se las bebian. Esto es un verdadero robo. El mercader de vinos hacia espender el suyo por un muchacho, agregando que no era de lo mejor, y muchas veces estaba imbebible: además la prohibicion de llevar el licor de fuera es contraria al reglamento, pues este espresamente dice: "Los prisioneros que no estén encerrados en sus calabozos, po-
" drán hacerse llevar de fuera los víveres, *sin que se lo puedan evitar los carcele-*
" *ros;* todo aquello que les sea llevado á la prision, podrá ser reconocido *sin que*
" *se les disminuya nada.*"

"Siguiendo ese principio de especular con todo, á los visitantes, parientes, amigos ó simplemente almas caritativas que solo iban á hacer obras de caridad, se les cobraba una cierta cuota. Cualquiera que se presentase á la puerta de aquella Tartaria, los cerveros no le abrian si no daban su dinero contante: el deseo de ver un padre, una madre, un amigo, les hacia contribuir sin resistencia alguna. Cual Eneas, que con una veta de oro dulcificó el furor del nauta Caron al ir al lugar donde habitaban los muertos para ver á su padre Anquises.

"Ni aun los mismos prisioneros están escentos de esa vejacion, pues para sustraerse momentáneamente de la crueldad de sus carceleros, ocupados sin cesar en hacerlos pasar por todas las degradaciones de la desesperacion, les pagaban sus bebidas.... vengándose estos ó indemnizándose con los prisioneros de las veces que el conserge no les daba vino y de aquello que les escaseaba en sus comidas. Como este modo ingenioso de reparar la avaricia del gefe, entra en el cálculo de sus intereses, reflecsionen las almas sensibles cual puede ser la suerte bajo un sistema tan abominable, de los acusados detenidos y encadenados! Yo mismo que escribo esto, para poder ver á mi madre en el salon en que estaba prisionera como yó, tenia necesidad de someterme á aquella regla inflecsible, y ni aun así tenia la satisfaccion de entrar á su habitacion. Inúltilmente pedí mil veces el permiso para ello durante una enfermedad muy grave que sufrió: la complacencia de mi conserje se redujo á dejarme llegar hasta el salon para tener allí noticias suyas.

"Un dia, impaciente por verme mi pobre madre, de edad de sesenta años, pudiendo apenas moverse, se arroja de su cama, atraviesa con mil dificultades el patio lleno de nieve, y arrastrándose, su voz doliente y entre cortada repetia estas palabras: *Quiero hablar á mi hijo.... que venga.... sí, quiero verle!* Me presenté ante ella: justo cielo, ¡cuál fué mi sorpresa! Vi á mi madre temblando, pálida, desfigurada, con los ojos hundidos y prócsima á bajar á la tumba! No podia socorrerla porque me separaba de ella una reja! Juzgad, ¡oh lectores! de mi situacion. Con solo este recuerdo, mi corazon brota sangre y mis ojos derraman lágrimas!

"Cuando mi madre estaba buena comiamos juntos: pero al solo aspecto de ver á una madre inocente á quien la injusticia detenia bajo cerrojos, mi sensibilidad se afectaba profundamente; y si su conversacion calmaba la vivacidad de mis males, yo hacia porque mis palabras fuesen un bálsamo saludable para los suyos. Pero cuán lleno de dolor y humillaciones estaba este goce! Advertid, sin embargo, que una reja de fierro me separaba de mi madre, y que ésta se hallaba en en el patio espuesta á los rigores de la estacion: en seguida, despues de mi comida, cuando queria beber, tenia que arrodillarme è introducir la barba entre dos barras de la reja, y en aquella difícil posicion, abria la boca, y mi madre subida en una silla, asegurándose con una mano de las barras de la reja, con la otra me daba de beber.

"A estas molestias, las cuales es preciso probar para conocer su rigor, se reunia alguna vez otra. Apenas habiamos concluido nuestra comida, cuando uno de los carceleros se presentaba para separarnos: entónces, lejos de ser un consuelo el vernos, era una tristeza; así es, que al salir de aquel lugar en que habia tomado los alimentos regándolos con mis lágrimas, entraba á mi aposento con el corazon despedazado por el pesar.

"Los demás prisioneros tenian tambien mil disgustos en sus comidas. Por ejemplo: la necesidad en que estaban de tomar un alimento que reunia todo aquello

que los bodegones mas sucios ofrecen, era nueva pena que colmaba sus desgracias; porque en aquella maldita casa el dolor está hasta en los alimentos. El detall de lo que se sirve á los prisioneros es curioso.

"Ecsiste en lo interior de la prision un figon, cuyo olor envenena. Está atendido por un hombre y una muger cubiertos de grasa desde la cabeza hasta los piés. La comida que se da ordinariamente, compuesta de la sopa y el cocido, se da á seis centavos por persona, y en la noche, por el mismo precio, se obtiene un plato de las sobras de la comida recalentada y una mala ensalada compuesta con aceite de las làmparas.

"Muchos prisioneros, que no tienen mas que el dinero que reciben de sus parientes, si se hallan muy lejos de ellos y descuidan el enviar las remesas à buen tiempo, se ven precisados à pedir al crédito al nuevo Mignot de aquel hotel *apetitoso*, que siempre se aprovecha de esa circunstancia, para hacerse pagar bien sus *comidas-venenos* y encadenarlos así á su mesa.

"Conozco perfectamente que aquellos que tienen dinero podrian hacer que les llevasen de la calle sus alimentos; pero al adoptar tal partido, no se hace mas que salir de manos de Caribe y caer en las de Sila: el único modo de cortar el mal, seria tener continuamente á la mano amigos dispuestos à servir á los prisioneros. Para todo es preciso dirigirse primeramente á los comisarios de la casa, y todos ellos son un hato de pícaros interesados, que se hacen pagar el doble de lo que las cosas valen, ademas de cobrar su comision.

"Así, pues, el desgraciado que solo tiene dos *liard* ó un sueldo para comprar sea manzanas, ciruelas, ó cualesquiera otra golosina, debe pagar de ello su comision, y muchas veces el arreglo de ella, es, que divide con el comisario la mitad de sus alimentos: aun para esto, es preciso que dicho comisario dé su consentimiento, pues de lo contrario, éste se guarda las golosinas hasta que su comision esté pagada, y muchas veces se pudren ó se las come, quedándose el prisionero sin ellas.

"El hambre suele apoderarse de los cautivos, y cometen entónces mil escesos para satisfacerla ó al ménos calmarla.

"Un dia, me acordaré de ello toda mi vida, vì á algunos de aquellos desgraciados, disputarse como perros rabiosos, unas hojas de lechuga podrida, que estaban en el fango. Apénas habian asido sus manos unas cuantas, cuando corrian para lavarlas y en el acto las devoraban. ¡Qué cuadro! Miéntras mas lo recuerda la memoria á mi espíritu, mas me destroza el corazon.....

"El gobierno solo da á los prisioneros pan, agua y la paja sobre la cual se acuestan: algunas personas caritativas, han formado una asociacion con el fin de socorrer á aquellos que no cuentan con recurso alguno; pero una gran parte del dinero que dan para tal objeto, se queda en manos de aquellos por quien tiene que pasar. Hé aquí en qué se absorbe la mayor cantidad.

"Cinco veces por semana, el lúnes, miércoles, juéves, viérnes y sábado, se da á cada prisionero una lijera porcion de mala sopa: el lúnes y miércoles se le agrega un pedazo de carne. Si al ménos dicho alimento estuviese comible, los prisioneros quedarian conformes; pero ademas de repugnar al gusto, los condimentan con nenúfar cual si no estuviesen los infelices bastante estenuados con sus sufrimientos, los que jamás se busca modo de minorar: tal condimento será bueno para los monges y para las personas que viven en la ociosidad, mas no para los prisioneros para quienes es un mal. La carne que se les distribuye está cocida, pero como que despues que la sacan del caldero la ponen en agua fria para poderla cortar con mas facilidad en tantos pedazos cuantos son los presos, resulta que se pone dura, corriacea, y ocasiona indegestiones mortales. Los ancianos, sobre todo, rara vez escapan de este peligro.

"Si de aquì pasamos à los vestidos que usan los prisioneros, se verá que el Estado no designa absolutamente nada de los fondos de caridad que son insuficientes, á cubrir la desnudez de la mayor parte de los cautivos, que para abrigarse de los rigores del frio, no tienen mas que unos jirones de trapos, los que concluyen por engendrarles enfermedades cutáneas de todas especies.

"Esta inhumanidad, es general tanto para los prisioneros que gozan de salud como para los que están enfermos. Es cierto que hay una enfermería en la prision; pero es muy raro que salgan vivos los que entran en ella, sin embargo de que tienen su inspeccion, un médico, un cirujano, y un boticario bien pagados. Durante el curso de la enfermedad, la humanidad encarga que se trate á los moribundos lo mejor posible, en la convalescencia sobre todo, el reglamento de la prision manda que se les dé vino, buen caldo, y una cantidad ligera de carne; pero por un abuso digno de castigo, nada de esto se hace. El médico hace sus visitas de un modo enteramente nuevo, pues aunque segun el reglamento debe hacerlas todos los dias, apenas se le vé en el departamenro de los enfermos dos veces á la semana, reduciéndose en aquel acto á hacerse presentar el registro donde constan los nombres de los pacientes y se contenta con verlo. Cuando se toma el trabajo de hacer dichas visitas, la mayor no dura cinco minutos, y daré una idea de como los emplea.

"Odinariamente, se dirije al enfermo para preguntarle las causas de su enfermedad. Uno de los prisioneros, discípulo de medicina, le acompaña llevando en la mano el registro: el médico se dirije á él y le pregunta:

—"Cuál es la enfermedad de éste?—"Señor, responde el discípulo,—tiene escorbuto.

—"Le pondreis *á dieta y á tisana*,—responde el médico. —Y este otro? añade dirijiéndose á otro—cuál es su enfermedad?

"Es un hombre á quien la falta de alimento le ha descompuesto el estómago.

—"Le pondreis *á dieta* y *tisana*, responde el esculapio.

"En fin, sea cual sea el principio de la enfermedad, aquel verdugo en pequeño, no tiene ni encuentra otro remedio mas que *la dieta* y *la tisana*, ó ponerles los *piés en agua*.

"Despues de dos ó tres preguntas y dos ó tres órdenes cual las referidas, se

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

vá sin ver á los demas enfermos. En cuanto al discípulo, como aquello le dá el derecho de pensar que *la dieta, la tisana* y *los piés en agua*, hacen el todo de la medicina, lo aplica á los enfermos, ya estén convalecientes ó moribundos.

"Las visitas de los dos cirujanos y del boticario, no son mucho mejores.

"A la negligencia indigna de todos esos hijos de Hipócrates, agreguemos para colmo de desgracias, que no es permitido á los enfermos ó á sus familias, el llamar á otros médicos, cirujanos ó boticarios: así pues, segun lo he dicho ya, es muy raro que aquel que entra á la enfermería, salga de ella vivo. Esto es tan fuera de la regla, que desde el momento en que un prisionero cae enfermo, el discípulo se apodera de todo lo que le pertenece, persuadido de que morirá.

"Ese discípulo, que es el factotum de la enfermería, se entiende con el conserge, como que ambos son dos buenos ladrones.

"Así pues, sucede que cuando el conserge encargado de los alimentos de la enfermería dá el cocido y una botella de vino para cada enfermo, el discípulo se toma la mitad de éste, compensando lo que ha tomado, con una cantidad igual de agua: en cuanto al cocido, pretestando que es un alimento muy fuerte para los enfermos, lo guarda todo y lo manda vender á la ciudad: lo mismo hace con una parte del pan que les está destinado, dando siempre el pretesto de que no quiere se carguen el estómago los enfermos.

"Al ver lo poco del alimento que se reparte se preguntará, ¿y qué se hace de lo demas? os lo voy á decir.

"El Estado paga seis carceleros á razon de ochocientas libras anuales: éstos, le dan 400 al conserge por los alimentos que les dá y que no son otros mas que aquellos destinados á los enfermos. Esta pequeña sustitucion, le produce una *ganancia* de 2.400 libras.

"Ademas, su familia, compuesta de cinco ó seis personas, vive tambien á costa de la enfermería, y en tanto que su mesa abunda en alimentos, una multitud de miserables, entre los que se cuentan padres de familia inocentes, perecen de hambre. Se diría que ecsiste un pacto entre el conserge, el médico, los cirujanos, el boticario y el discípulo.

"Todo pasa. La ropa de la enfermería que solo debia ser del uso peculiar de los enfermos, sirve para habilitar las camas de la pension, de la media pension &c., á las que el conserge debia habilitar del fondo que le dan para esos gastos.

"De los capotes de tela que el gobierno dá para que los convalescientes puedan salir á tomar aire, hace él, trapos y servilletas para el uso de la casa; así es, que al enfermo no le queda mas recurso, que servirse del cobertor de su cama para cubrirse con él cuando se levanta.

"La leña que el Estado asigna en cantidad suficiente para la enfermería, el conserge la escatima, pues solo la dá, cuando el frio es tan intenso que apenas podria resistirlo un hombre robusto y en cabal salud.

"Si de estos objetos temporales pasamos á los espirituales, encontrarémos que los prisioneros no están mejor.

"La primera reflecsion que se presenta con respecto al espíritu es, que, cómo ellos hombres, verdugos miserables vendidos en cuerpo y alma para ultrajar cada minuto la religion y la humanidad, tienen la impudencia de hacer participar á aquellos que torturan, de las ceremonias religiosas? ¿Cómo pueden creer, que prisioneros inocentes, ó aun culpables, á quienes el sentimiento de tan grande injusticia les tiene en un estado de ecsaltacion continuo, puedan tener deseos de asistir á menudo á la iglesia? ¿Qué fruto pueden esperar de sus oraciones en el tiempo en que su alma, entregada á las mas crueles agonías, no se dirije á la Divinidad mas que para reprocharle su clemencia hácia los verdugos á quienes debia herir la severidad de su justicia y los anatemas del cielo?

"Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es, que al prisionero se le obliga á asistir tanto á la misa, como á las vísperas: sobre todo el domingo; esta obligacion es tanto mas estricta mientras mas infeliz es el prisionero, pues á los de la pension, los de media pension &c., los encierran en sus aposentos cuando rehusan asistir, y aun mas todavia, el dinero les sirve para evitar el sacrilegio moral.

"La capilla es bastante vasta: hay un púlpito en el que se predica como doce veces al año: en el fondo, y frente al altar, hay una tribuna para las mugeres, á la que van, cubierto el rostro por un velo espeso de fierro cuyas puntas tienen tres pulgadas cuadradas.

"Los prisioneros que iban á misa, ocupaban un lugar mas ó menos distinguido segun el precio de sus aposentos. Dos carceleros, parados en medio de la capilla, espiaban sus mas ligeros movimientos, pues todo aquello que tiene la servidumbre de mas horrible, seguia á los desgraciados hasta el pié de los altares. Nunca era prohibido aun el dirijir la vista hácia el lado de la tribuna de las mugeres, temiendo que allí viesen á sus hermanos ó á sus madres: cuando el amor filial ó fraternal barrena esta regla, la severidad del conserge castiga ordinariamente con el calabozo la desobediencia.

"En cuanto á la confesion, puedo asegurar que no hay muchos cautivos, aun los mas devotos, que deseen cumplir con ella: los inocentes, porque les es imposible perdonar à aquellos que á cada momento les hacen mal y les tratan con crueldad: los culpables, porque teniendo necesidad de los ausilios del capellan para con sus jueces, se guardan bien de hacerles una confesion que podria minorar en algo su celo.

"Sin embargo, como entre la multitud hay algunos que sucumben á la tentacion, se ha imaginado una tortura especial, y es, la de permitirles acercarse al tribunal de la penitencia y alejar de sus labios la Divinidad bajo la especie del pan. Esta privacion para con aquellos seres, bastante desgraciados con lo que sufren, es un nuevo manantial de dolores, porque el hombre verdaderamente religioso que sobrelleva con paciencia sus desgracias, encuentra casi siempre una compensacion en la moral evangélica y en sus confidencias para con Dios. La religion enseña que la criatura verdaderamente culpable que se arrepiente con verdad, encuentra siempre el perdon de sus faltas à los ojos del Criador; así, pues,

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

esa costumbre escandalosa en sí misma de impedir en las prisiones la entrad
Salvador de los hombres, hace que á aquellos que la cumplen, se les ve
unos demonios indignos de presentarse ante él.

"Un dia, el conserge, de acuerdo con el panadero, distribuyó á los prisio
un pan malo de cinco cuarterones en vez de ser de una libra y media. A
tiéndolo los prisioneros, se quejaron de ello abiertamente. El conserge,
de que aquellos hombres ya privados de todo socorro, se quejasen porque
quitaba una porcion de lo que les era necesario, los amenazó con los calabo
se atrevian à decir una palabra mas. Reclamaron de nuevo. El conserg
vo buenas intenciones de castigar en el acto tal audacia, pero el temor de e
trar una resistencia general, le hizo esperar al momento en que los prisio
estuviesen encerrados en sus aposentos. Acompañado entonces de todos
cerberos, obligó á algunos presos á que saliesen para conducirlos al cal
Entre ellos, algunos se mostraron poco dóciles. Uno entre ellos, pretend
fenderse vigorosamente: los carceleros se le arrojaron como béstias feroc
amarraron y golpearon: para justificar aquella pena ejecutada en el acto
violencia, se decidió que el rebelde seria encerrado en un calabozo ínterin ll
ba el dia de la visita de los comisarios encargados especialmente de juzgar
lla clase de negocios.

"Los comisarios eran tres, bastante bien pagados para velar el buen
y la salubridad de la casa, pero cumplian muy mal con su deber. Las poc
sitas que hacian, eran siempre infructuosas. Segun costumbre, el dia que
llos señores iban á honrar la casa con su visita, el conserge, prevenido d
mano, se dedicaba en hacer limpiar los patios y calabozos con todo esmero.
gun el uso de su institucion, ante todo, debian preguntar al conserge y car
ros si tenian alguna queja contra algun prisionero, y en seguida, á los pris
ros en ausencia de sus guardianes, si la tenian de aquellos; pero no lo hacia
solo oian á los primeros y poco se cuidaban de saber los reclamos de los otr

"Ya hemos dicho que esos comisarios estaban encargados tambien de j
los delitos de rebeldía que se cometian en la prision. El dia del juicio, e
dia temido, porque aun no se habia dado el ejemplo de que aquellos juece
biesen encontrado un inocente. Así es que el terror que los precedia, ib
perfecta armonía con los horrores de la prision. Una sola palabra, podrá
cifrar el miedo que causaba á los prisioneros. Cuando alguno de ellos re
con pertinacia el enterar las contribuciones impuestas por el conserge, es
hacia mas que decirle: *yo te recomendaré á los comisarios!* y con esa amena
recomendacion era suficiente para que la resistencia concluyese.

"Llegado el dia solemne de las visitas interiores de los *Señores*, como ll
ban á los Comisarios, una campanilla colocada en el patio de los hombres,
la señal. Uno de los carceleros llevaba en la mano la etiqueta del saco d
procesos, y con voz sepulcral llamaba por su nombre al acusado: respondia
subia despues por una escalera, á la que llamaban *escalera del infierno*,

al, el nombre era bien adecuado. Dicha escalera es tan espantosa, que se-
difícil formarse una idea esacta de ella si no se diese su descripcion.

La entrada dá hácia el patio, y está cerrada por una puerta tan peque-
e no se puede pasar sin doblar el cuerpo. Una vez pasada, se encuentra
n medio de las tinieblas: el terror se apodera del espíritu del paciente y le
de sus fuerzas hasta el grado de hacer que sus piernas, vacilantes, apenas
in sostenerles. La oscuridad del lugar, la timidez natural á un acusado
comparece ante unos jueces que no tienen mas conciencia, ni mas ley que
gricho; todo esto, hace que se opere un cambio general en su alma. Con
sensaciones, era natural que su marcha se retardara: el carcelero al ver su
eza, con una voz feroz y brutal le ordenaba acelerase sus pasos. Al oir
a voz que parece salir de en medio de las tinieblas y á la que lo lúgubre
gar hace aparecer como una cosa sobrehumana, repitiendo el eco al mo-
lúgubre sonido, el acusado siente que sus últimas fuerzas le abandonan.
ube sin embargo, se adelanta temblando, sin saber adonde lleva sus pasos
uesto si no sigue cerca de la pared, á precipitarse en el abismo sobre el cual
onstruida la escalera, sin tener á los lados varandal ninguno. Al llegar á
s cuartas partes de ella, si no tiene la precaucion de llevar sus manos há-
elante, se hace pedazos la cabeza con una puerta de fierro levantada en
de rastrillo y que le hace caer hàcia atras con el golpe. Para pasar por
a preciso doblar de nuevo el cuerpo, y cuando sale de esa especie de tum-
primero que ven sus ojos, es, un carcelero armado con un nervio de toro,
dá con el algunos golpes para hacerle acelerar su marcha.

os cuantos pasos mas adelante, otro carcelero, le hace seña de que le siga
nduce delante de los tres pilatos encargados de juzgarle. Un taburete
reparado: le sienta en él y entonces tomando uno de los jueces la palabra,
gunta su nombre, su edad, su calidad, y su domicilio, llamándolo si es jóven,
o, y si es viejo, *mi amigo*, sirviéndose del pronombre *vos*, si es de naci-
, y preguntàndole si es culpable de lo que se le acusa.

mo el tiempo de esos Señores probablemente es muy precioso para perder-
veriguar la inocencia del desgraciado, tienen una especie de defensa algo
r. Solo puede responder á las preguntas que se le hacen, con las pala-
sí, ó *nó*, y si entra en algunos otros pormemores, se le impone silencio.
parece dificil de creerse, pero es una verdad. La fórmula acostumbrada
llo, es, decirle: *No se os ha llamado aquí para que hableis.*

n un sistema tal en que solo el acusador es oido, se deja comprender que
cio mas complicado se despacha en un momento. Si el acusado confie-
le cree: si niega, jamas se le cree.....

e acuerdo ahora de una particularidad que he omitido, y que es á la que ha
su turno. Algunas veces, los curiosos van á visitar la prision, y los cer-
se muestran humanos para con ellos: llevan su complacencia, hasta el gra-
introducirlos á los calabozos para que vean á los que los habitan, y no obs-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

tante el *incógnito* que muchos de estos han querido conservar, no por eso se h
librado de las miradas de los visitadores. Se pueden comparar estas visita
con razon, á las que hacen los aficionados á las casas donde tienen fieras en e
pectáculo: el modo con que aquellos estaferos abren sus calabozos es lo que s
bre todo imprime en el alma un terror que hiela la sangre en las venas. El s
nido de las llaves, el pesado rodar de los cerrojos, y el ruido de las puert
forman un eco que espanta. A aquel horrible espectáculo, hay que agregar
modo con que hablan á los prisioneros: la voz ronca y dura que para con el
se emplea, solo se les dirije para proferir espresiones solo dignas de aquellos h
bres bárbaros: aquello es bastante para lacerar el alma. Así es, que los vis
dores al ver todo aquello, al ver el aspecto de los cautivos y lo horroroso del l
gar que habitan, salen con el alma llena de piedad, dejándose traslucir
sentimiento en sus rostros: al dejar aquellos lugares, dan algunas limosna
los desgraciados prisioneros, pero esas limosnas solo sirven para llenar las b
aas de los guardianes porque al verles éstos una moneda, llaman al vendedor
vino pidiendo les lleve de beber, oido lo cual, toda la cohorte de carcele
criados, muchachos &c. corre á fin de tomar su parte y en tanto que el pob
preso bebe un trago, toda aquella turba bebe dos y la generosidad de aquel q
ha querido aliviar en algo las penas del cautivo, se torna en provecho de los c
celeros, cuya ferocidad tiene que contentar el desgraciado.....

"Contaré una triste aventura de un compañero mio de cautividad llamado
de Mongis. Era un jòven que daba las mas bellas esperanzas y al que el
pricho de una gran señora habia arrojado á la prision despues de no sé
aventura ruidosa. Como todos los jóvenes de la corte, M. Mongis era algo m
murador, altivo, y sobre todo muy coqueto. Apesar de ser muy jóven, á
momento hacia conocer su superioridad al gobernador, quien sabiendo sus b
nas relaciones en la corte, le trataba con toda la política que podia. Un
despues de haberse espresado fuertemente contra la prision, contra los carce
y el gobernador, éste, lleno de impaciencia, le dijo:

"Cesaréis vuestras murmuraciones, señor? concluiréis de blasfemar contra
autoridad? *Aquí en este lugar, yo represento al rey.*

"—Vd., señor? dijo Mongis.

"—Sí, yo.

"Mongis le clava la vista: le mide con ella de un modo bastante imperti
de arriba à abajo, y haciendo una pirueta sobre su talon, le dice:

"—Por mi vida, señor, si así es, el rey está representado muy grotescam

"El desgraciado debia pagar bien caro aquel sarcasmo.

"En efecto, desde aquel dia, Mongis no gozó de ninguna de las dulzura
era dable á los prisioneros proporcionarse con el dinero. A todo lo q
dia, el gobernador solo le contestaba con estas palabras: *eso es*, ó *no es de*
miento.

"Una vez le pidió un espejo.

—"No es de reglamento, respondió el gobernador.

—"Se hace acaso una brecha, ó se rompe una puerta con un espejo?

—"No; pero se puede corresponder por su medio, con otra persona.

—"Con quién? la ventana de mi cuarto está tapada con una reja cuyo espesor es tal, que apénas se podria ver la luz, si no tuviese triples barras: qué juego de óptica quiere Vd. que pueda tener?

—"No es de reglamento.

—"Y cómo me he de peinar?

—"Al tacto: el veros vuestras facciones podria inquietaros, porque cuando uno se cree algo cambiado, se hiere la imaginacion.

—"Y creis que acaso no lo conozco? Si quiero verme, una vasija de agua no me dará el mismo efecto que un espejo?

—No es de reglamento, y no quiero traicionar mi deber. Puedo..... *veré.*

"Mongis habia soportado muchas privaciones, pero no pudo soportar aquella. Resolvió, pues, llevar á cabo la lucha con aquel hombre, ó quitarle la máscara para con sus superiores, sucediese lo que sucediese. Como uno no es tan dueño de sí cuando escribe como cuando habla, no insistió mas por lo pronto; pero apénas hubo salido el gobernador, le mandò la carta siguiente, previniéndole que una copia de ella, habia sido enviada á la corte, para que el Ministro pudiese juzgar de ello.

"Como dicha carta fué causa del triste fin de este desgraciado jóven, la doy tal cual la escribiò, poniendo así á la vista de todos la pieza principal de un gran proceso entre un verdugo y su víctima.

Al Señor gobernador del fuerte de las Islas de Santa Margarita.

"No habia creido hasta ahora, señor, que pudiese ser una cosa tan seria de vuestra parte, la de rehusarme un espejo, y atribuia su falta á un olvido; pero como me habeis formalmente declarado que *no es de reglamento*, tengo el honor de esponeros: 1.° Que no comprendo para nada en vuestra boca, la palabra de *es ó no es de reglamento*, que sirve para cubrir con un velo sagrado todo lo que pasa en esta casa. No conozco á nadie mas que al Ministro ó al consejero de Estado, autorizado de nuestra inspeccion, y son los únicos que tienen derecho á imponer aquí *reglas*, al ménos en lo que respecta á los prisioneros. Cualesquiera otro es nuestro guardian, y no nuestro legislador, ó el ministro y el teniente de policía no se ocupan de esas insulceses, porque es evidente que ellos no rehusarian á los prisioneros aquello que les puede servir de consuelo y que es indiferente á la seguridad de la prision, pues en ello habria tiranía: tiranía gratuita, y no creo que los Ministros sean unos tiranos, ni que lo sean en general los hombres, por el solo placer de serlo. Si ecsisten tales monstruos, su número debe ser muy corto, porque casi todo el mundo tiene un gran interés en concluirlos.

"2. ° La razon que os plugo darme, á saber, *que uno podia corresponder con otro por medio de un espejo,* no tiene ni sombra de verosimilitud, y no soy un niño á quien puede divertirse. No sé si vuestros conocimientos en óptica y matemáticas son estensos; pero desafio á todos los matemáticos y ópticos del mundo, á que me pruebe que mi buharda, la cual es una almena en nada colateral, pues se encuentra en la convecsidad de una torre, y que no está al frente de ninguna otra parte de la prision, pueda ser susceptible del mas mínimo juego de óptica que permita dar ó recibir señas por medio de un espejo con el resto de las habitaciones de la prision. Solo que su posicion fuese otra, podria servir el espejo para el objeto que decis; pero en la que está es imposible, pues jamas he oido decir que un espejo fuese una vocina.

"3. ° Aun cuando pudiese hacer, ó ver algunas señas desde mi ventana por medio de un espejo (que es lo que llamais *corresponder*), no seria eso una razon para que se me negase, pues se le puede poner en mi aposento y sellarlo para que así esté fijo.

"4. ° Esa *regla* de la esclusion de espejos, si fué impuesta por los superiores de esta casa, fuè sin duda emanada por un falso informe, y estoy seguro de que yo lo destruiré. *Es fisicamente imposible, que sirva para un uso peligroso: me veo hoy precisado á peinarme al tacto, de desatender absolutamente el cuidado de mis dientes. Hace tiempo que estoy necesitando poner un emplasto en la estremidad de mi boca, y he tenido que hacerlo del modo mas molesto que se puede imaginar, no pudiendo guiar la vista á las manos. Solo para atormentarnos, os servis de vuestras ordenanzas á la letra, en vez de comprender el espíritu de ellas: los mas sencillos é inocentes pedidos, los rehusais con esas solas palabras:* NO ES DE ORDENANZA, *y haceis prescripciones las mas tiránicas, con las de* ES DE ORDENANZA. *Esas dos fórmulas, que constituyen la jurisprudencia de esta casa, son un caballo de batalla que nos sigue, nos atormenta.....* Cuando yo describa eso á lo que vos sabeis bien se pueden agregar una infinidad de otras cosas, estoy persuadido que me concederán un espejo, lo que será en efecto una gracia grande, importante, indecible!!

"Os suplico, pues, señor, que os decidais, porque, *yo veré,* no es un término, y es sin embargo, la palabra mas dulce que he oido salir de vuestra boca. Ella me hará esperar tal vez otros diez meses mas: no hace ménos tiempo que lo pedí y hasta hoy no tuve la respuesta. Hace tres meses que he pedido se me cortase el pelo, y me respondisteis, *veré,* y aun no se me corta. He pedido un cuchillo cuatro meses antes de obtenerlo. Desde la primera vez que lo pedí me dijisteis, *veré,* y ha sido necesario una órden de la policía para que hayais *querido.* Permitidme os diga, que un instante es lo bastante para *ver* si podeis ó nó, darme el espejo. Si dicha concesion se escede de los límites de vuestro poder, la solicitaré de Mr. Lenoir, apesar de lo que me repugna distraerlo con tales futilidades. Si la podeis hacer, la ecsijo de vuestra justicia. ¿Creeis que un negocio tan grave necesita de meditarse mucho? Nó: no lo creeis; así es, que solo me dijisteis, *yo veré,* para ganar tiempo. Pues que, no somos bastante desgraciados sin que se gocen en privarnos de nuestros mas inocentes deseos, de nuestras necesidades mas urgentes y simles! Conozco, señor, que en vuestro empleo, se contrae el hábito de decir siempre *nó;* pero un hombae de buen sentido debe reflecsionar esos *no,* sobre todo, cundo se dan á una persona que no es ni turbulenta, ni importuna, ni estúpida, ni astrera.

"En una palabra, señor, la cuestion del espejo que he tenido el gusto de presentaros con algun estudio á fin de que nos comprendamos una buena vez si es posible, se reduce á lo siguiente *podeis, ó no podeis?* Si podeis, por qué me lo rehusais? No merezco vuestro humor, (no es generoso el mostrarlo así cuando uno es mas fuerte) y tengo derecho á vuestra equidad.

"Tengo el honor &c. &c.

"DE MONGIS.

"P. S.—Un *duplicado* de esta carta, ha sido enviado al ministro para que juzgue de nuestra diferencia."

"Lo que mas pudo al gobernador de toda aquella carta, no eran las razones que daba Mongis, probando su derecho á obtener el espejo, sino el *post-scriptum.* No deseaba que el ministro se impusiese de aquello, y aprovechándose de la imprudencia de Mongis, que se vanagloriaba de haber dirigido un *duplicado* de su carta á Paris. hizo que se orriese tras un bergantin que aquella misma mañana habia salido para Francí, y que alguno de sus pasageros podia únicamente ser el portador de esa carta. Habiendo sido detenido el buque en alta mar por un fuerte viento, los emisarios lograron alcanzarlo: se registraron todos los efectos de los pasageros, y el *duplicado* de la carta de Mongis se encontró: fuè quitado, y sin instruir à Mongis de la suerte de su misiva, lo dejaron esperar el resultado de su carta á Paris, ordenando el gobernador al conserge y á los carceleros, de estrecharle y molestarle hasta que se desesperase.

"Fuera de sí y reducido á la desesperacion, Mongis, un dia se hizo de unas pinzas de fierro de las que se servian unos obreros y amenazó á sus guardianes. Como á tal punto es al que deseaban llevarle, conseguido ya, le llevaron ante los comisarios, quienes le condenaron á ser encerrado en la *torre.* Esta, segun debe recordar el lector, era una vivienda movediza suspendida del medio de la torre, que solo recibia el aire por una especie de poterna y en la que la luz no entraba por ninguna parte.

"Mongis estuvo en ella cinco meses; cuando salió, su cuerpo, privado de todo sentido, era un esqueleto. A los quince dias de su salida sucumbió á los golpes de la muerte!

"Esto es lo que tenia que decir de la prision de las islas de Santa Margarita.

"Hombres perversos! No es basante que un ciudadano cargado de fierros, alejado de su hogar, privado de sus parientes, de sus amigos, gima y llore en el oprobio y el olvido! ¿Por qué agregais aún á sus gemidos nuevas penas y tormentos?

¿Por qué perpetuais su agonía? ¿Por qué multiplicais sus convulsiones? ¿Por qué os gozais con los suspiros que esos males le arrancan? ¿Por qué las prisiones, destinadas á asegurar la conviccion y castigr el crimen, se han vuelto de órden vuestra mas crueles aún que el último suplicio? ¿Por què, cuando el monarca ha destruido la tortura de los acusados, an la de los culpables, os encarnizais en torturar sus corazones? ¡Miserables! ma fatalidad demasiado cruel, es la que os ha puesto en el camino del mundo or desgracia del género humano, y habeis creido que el reinado de vuestro horroroso despotismo iba á ser mas formidable, mas brillante que nunca: os engañis! La nacion, indignada de vuestras maldades, arrancará de vuestras manossacrílegas la espada de la fuerza, de la que habeis hecho un uso tan criminal: sanguijuelas inalterables, sedi-ciosos oscuros, instrumentos viles de todos los cimenes, violadores desenfrenados de las leyes mas santas, y cien veces mas culpables que los asasinos del camino real, vuestra presencia no insultará por ms tiempo el asilo sagrado de la justicia, en el que solo la virtud y las luces debn habitar. Os vemos como ladrones del santuario augusto de las leyes, al qe con vuestras rapiñas habeis cambiado en un degolladero! De él salis cual alieron del templo á la voz del Redentor, los ladrones que lo profanaban con supresencia: id, desgraciados; idos lejos de mí. (1) No os queda mas recurso pra ocultar vuestra vergüenza, que sumergiros en las entrañas de la tierra; per no confieis; aun ese retiro no os garantizará de mi venganza! Aun cnando estwieseis en lo último de los infiernos, iré á buscaros para que ante el tribunal dela ley, me deis cuenta de las prevaricaciones sin ejemplo que habeis cometido para conmigo y mi madre, de los sufrimientos increibles que acumulásteis sbre nuestras cabezas, y de los atentados mortales que quisisteis llevar á nuestro honor.

"Sabed, sabed que el tiempo del favor ha pado, y el de la justicia ha llegado! Sabed que si en los dias de vuestra properidad triunfante he desafiado vuestros calabozos y vuestros verdugos, hoy que vuestra defeccion es cierta, siento que mi alma engrandecida por su liberad, desprecia vuestros venenos, vuestros puñales.

"Y vosotros, sabios representantes de una gan nacion, ya que habeis hecho caer el coloso de la magistratura, ocupaos en reparar los crímenes de esos tiranos: cesad un instante de dictar leyes á la Francia, y descended á la oscuridad de los calabozos, donde el sol jamás ha esparcido su luz! Verèis á la inocencia oprimida, veréis á los culpables que implorar el suplicio que han merecido, y que se arrojarán á vuestros piés pidiéndoos ma muerte mas dulce que los horrores del golfo en que están envueltos: veréis á los desgraciados que gimen sin

(1) El lector no debe olvidar que esta curiosa memoria es del año de 1790, despues del destierro de los Parlamentos, de los que el autor se llama el *Esterminador*. Hacia dos años que habia salido del fuerte de las islasde Santa Margarita, donde pasó ocho con su anciana madre: esto esplica el tono acerbo con que está escrita esta parte de la memoria.

saber cuál es su crimen: veréis las víctimas de la rapacidad de los jueces y de la calumnia de sus enemigos! Ah! sin duda en esos lugares malditos vuestras entrañas se conmoverán al aspecto de tanta crueldad. Si hubieseis penetrado en ellos años antes; si hubieses visto llenos de fierros á multitud de valientes ciudadanos que sus escritos han provocado la revolucion, y que no tenian mas culpa que la de haber desafiado el espionaje, amenazando al trono, á la aristocracia y al fanatismo.

"Fueron castigados, cual culpables, por haber aconsejado lo que vuestros sabios decretos ordenan, y se les quitó la pluma de la mano para llenárselas de fierros: indignado de tales atrocidades, al salir de la prision mi valor se ha reanimado. El recuerdo de los tormentos que he pasado, el furor del patriotismo, el espíritu de la venganza, y la certidumbre que tuve de que se me debió hacer morir con otros muchos escritores patriotas la víspera de la toma de la Bastilla, todas esas razones poderosas me hicieron desafiar la muerte que por todas partes vomitaban los cañones de la fortaleza: fuì de los primeros en penetrar para cantar en sus torres un himno á la libertad!

"Cuán caro á mi corazon fué aquel momento! me creì resucitado! Pero, lo diré: una inquietud dudosa se sucedió al fervor de mi alegría: ah! y cómo me mataba esa idea!! A fin de disipar mis temores, dije: Oh, vos que dictais los oràculos de Francia, apresuraos en contener los atentados culpables de jueces pérfidos, ó moriré al peso del dolor: Huid, huid, ese senado inicuo os persigue, califica de sedicion vuestra marcha á Versailles: huid ó tomará por testigos y por pruebas de vuestro pretendido crímen, vuestras heridas, vuestras cicatrices!.....

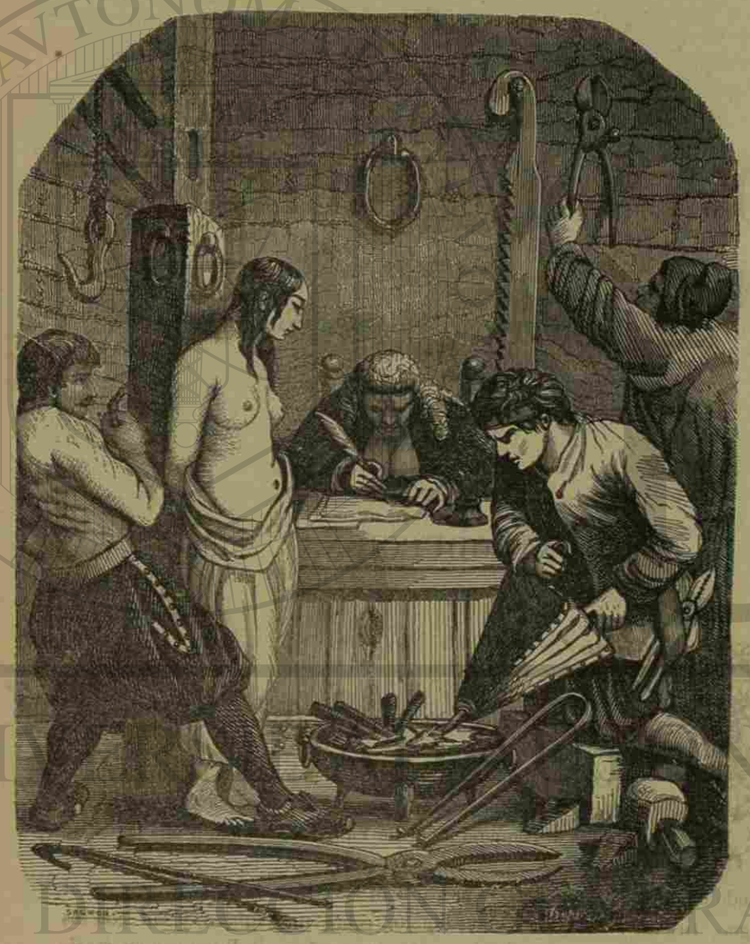
"Pero, gracias á nuestros legisladores, nada teneis que temer ya, intrépidos hijos de la patria: la conclusion de las prisiones de Estado està consumada: han sido sumergidas en su propia ruina: una constitucion, (la de 1791) hecha por las manos de la naturaleza, de la libertad y la razon, se levanta con magestad sobre los escombros del despotismo: unos cuantos dias mas, y todos los franceses vivirán dichosos y yo moriré contento!

"Escrito sobre las ruinas de la Bastilla, dos años despues de la caida de esa prision de Estado, y tres despues de mi salida del fuerte de las islas de Santa Margarita.—Un patriota de 1789,

PEDRO MATEO PUREIN."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



LA MARQUESA
DE BRINVILLIERS.

Traducida por el C. Jose M. Gonzalez.

INTRODUCCION.

En un viage que hice á Normandía en 1838, tuve una aventura muy singular.

Encontrándome en Ruen, y queriendo visitar las ruinas de la abadía de Jumièges que no conocía, tomé un carruage que me condujese al pequeño lugar de Yainville, situado á una legua de Duclair.

Cuando entré en el despacho, se preparaban varias personas á montar en el carruage. Inscribió mi nombre el conductor sobre un registro, y salí con los otros viageros. Eramos ocho: dos lugareñas, una señora de Ruen con su marido y su hijo, un eclesiástico, un señor vestido de negro, y yo, vestido en trage de viage.

Los viageros fueron llamados en el mismo órden que acabo de indicar: pero cuál fué mi admiracion al oir decir en alta voz por el conductor:

—Señor de Brinvilliers!

Volví á un lado la cabeza y ví al que estaba vestid• de negro, montar en el coche y sentarse en la primera banca, haciendo observar que estaba inscripto para ir á Jumièges: tomé un asiento cerca de él y nos pusinos en camino.

Aquel nombre de Brinvilliers, tan desgraciamente célebre despues del siglo XVII, me admiró. Me acordaba haber leido en las *Causas célebres*, que dicha familia era originaria de Normandia; pero no podia esperar encontrarme en mi pasage sentado al lado de uno de los descendientes de aquella anciana nobleza.

Despues de algunas horas, llegamos á Yainville. M. de Brinvilliers y yo, bajamos del coche y tomamos á nuectra izquierda por un pequeño sendero lleno de árboles que conducia á Jumièges.

Anduvimos cerca de cinco minutos, él gravemente y de un modo magistral, yo, admirando con entusiasmo los verdes llanos, que confundièndose á lo léjos con las montañas azules del horizonte, van á perderse entre las aguas del Sena.

Tal vez habriamos guardado por mucho tiempo el mismo silencio, si una circunstancia, fútil en apariencia, no lo hubiese turbado.

Una antigua iglesia romana, destruida por el tiempo, se presentó á nuestras miradas.

Por un instinto muy natural en casos tales, dejamos nuestro camino y nos dirijimos directamente al templo. Despues de haber abierto una puerta de madera llena de esculturas y toda carcomida, nos encontramos en un lugar sombrío, miserable, degradado, que servia à la vez de almacen y caballeriza. A tal espectáculo, mi compañero de viage dió un suspiro y me dijo:

—Hé aquí, caballero, la suerte de todas las cosas de la tierra!

Yo iba á responder, pero él continuó:

—Hace un siglo y medio, el pueblo de Yainville se reunia en esta iglesia. Esos muros, esas bóvedas, esos capiteles, esas columnas, esas estatuas, esos altares hoy sucios y profanados, mutilados por la mano del hombre, se hallaban cubiertos de ricas pinturas. En el lugar en que está ese astillero, habia un magnífico órgano, y allí donde veis esos instrumentos de jardinería, hubo en otro tiempo un confesionario donde mis abuelos venian á menudo á arrodillarse. Pues bien, señor, todo ha concluido! Los Brinvilliers, bienhechores de esta parroquia, han muerto! La fé se ha apagado, la iglesia no ecsiste ya, el pueblo está desierto!.....

Y repitió sordamente.

—He aquí la suerte de todas las cosas en la tierra.

Tal lenguage, en boca de un hombre cuyo nombre se me habia enseñado á maldecir, me sorprendió en sumo grado. No sé si él se apercibió del efecto que sus palabras me produjeron, pero dirigiéndose hácia la puerta, replicó:

—Oh! os sorprendería mucho, Señor, si os dijese que la marquesa de Brinvilliers.....

—Esa detestable envenenadora, interrumpí como aturdido.

Mi cicerone se mordió los labios.

Balbucí algunas palabras de justificacion: sin quererlas oir, continuó con el mismo tono:

—Si os dijese, Señor, que la marquesa de Brinvilliers nació en este pueblo, y que fué bautizada en esta iglesia.

—En esta iglesia? Cómo es, pues, que tal particularidad no se encuentra consignada en ninguna historia?

—Porque la mayor parte de las historias de este tiempo, son falsas, incompletas. Hace mucho que Voltaire al hacer ver la falta de los historiadores sus antecesores ó contemporáneos, dijo: *He aquí como se escribe la historia!* y empiezo à creer que Voltaire al escribir eso en el siglo XIX tendria aún razon.

—Apesar de todo, repliqué, es segun las mismas piezas del proceso que los historiadores de la marquesa de Brinvilliers han escrito.

—Nó! El guia de los biógrafos, de los historiadores, y aun de los dramaturgos de nuestra época, lo ha sido simplemente una mala obra que lleva por título: *Causas célebres*, escrita por el abogado Richer. Yo, Señor, agregó, voy á publicar la vida de la marquesa de Brinvilliers: no con el objeto de rehabilitar la memoria de mi parienta, porque seria inútil é inconveniente á la vez; pero para presentar esa muger, tal cual fué desde su nacimiento hasta su muerte. A fin de llevar al cabo ese largo y penoso trabajo, me he servido de las cartas y papeles de mi familia: he consultado los registros del parlamento, los archivos de palacio, los procesos, los *Factums* publicados en 1676 en favor y contra ella, las relaciones manuscritas de su abogado y de su confesor, las memorias, las gacetas de aquella época; en fin, todas las piezas que tienen relacion al proceso de madama de Brinvilliers.

Abrió una gran cartera que llevaba bajo el brazo, y me enseñó una multitud de papeles todos llenos de escritura.

—Si me lo permite el tiempo, dijo, haciéndome ecsaminar página por página su manuscrito, é indicándome con el dedo el principio en que cada pasage estaba puesto, os daré un resúmen esacto y sobre todo, dramático, de esta nueva historia tan curiosa y enteramente desconocida.

Encantado con tal proposicion, me apresuré á decirle con un aire suplicante:

—Jumiéges es aún un lugar pequeño; tenemos una hora de dia, el tiempo está hermoso y el calor soportable; así pues, Señor....

Mi compañero consultó su relox, reflecsionó algunos instantes: despues, con un aire satisfecho:

—Acepto; me dijo.

Acortamos el paso, y comenzó su lectura en estos términos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

I.

LA CALLE NUEVA DE SAN PABLO.

EXISTIA en 1658, una calle hecha hacia poco mas ó ménos de un siglo, en el sitio que constituye el feudo del abad de S. Mauro-de-Fossés: llamada la calle nueva de San Pablo, mas triste y desierta en aquel tiempo de lo que lo está hoy. Dicha calle estaba formada por hoteles construidos sólidamente en el reinado de Luis XIII, y habitados por nobles, magistrados y proveedores generales. Aquella calle, poco transitada, gozaba de una gran tranquilidad, y ademas, tenia la ventaja de hallarse situada entre el Arsenal, la Bastilla, y la plaza real: es decir, en el centro de las reuniones, de los paseos y los placeres.

Entrando por la calle nueva de San Pablo, se veia á la derecha un hotel mas grande, mas rico que los otros, construido recientemente por el célebre Semerciere, decorado con lujo, hecho de ladrillos y adornado con estátuas. Era, el hotel de M. d' Aubray, teniente civil de la ciudad de Paris. Se entraba á él por una puerta cochera, llena de esculturas de rocalla que daba paso á una gran escalera de piedra, la cual llevaba á los departamentos del primer piso.

Es preciso haber visitado algunas de esas habitaciones del siglo XVII, para formarse una idea de la grandeza y prodigiosa elevacion de las de M. d'Aubray.

La antecámara de un teniente civil en aquel tiempo, tenia un carácter particular.

Por su decoracion, hacia recordar los hechos principales de nuestra historia nacional. En la d' Aubray, se veian las batallas de Cárlos VII, de Francisco I, y de Enrique IV; los retratos de cuerpo entero de los reyes de la monarquía francesa, de los *maires* de palacio, los condestables y prevostes: los mapas de provincias francesas y los planos de diversos parages de Paris.

De esta antecámara se pasaba á vastas piezas que conducian á un pequeño sa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lon perfumado, muy coqueto y de un órden esquisito, adornado con muebles esculpidos, lleno de espejos, de dorados, de tapicerías hechas con ahuja y de cuadros valiosos.

El que en el instante que estamos refiriendo hubiese entrado á dicho salon, se habria admirado al ver la actitud estraña de dos mugeres, jóvenes aún, sentadas delante de una chimenea.—La primera, daba su frente á la puerta de entrada; tendria veinticinco años: era pequeña, pálida y delicada: estaba sentada en un gran sillon de madera dorada, y apoyaba la cabeza sobre su mano, de una blancura deslumbrante.

Sus largos cabellos negros, caian en hermosos bucles sobre la espalda y cubrian casi todo lo alto de un cuello de encages puesto sobre un vestido de raso blanco abierto y que por delante estaba lleno de lazos y rosas azules colocadas de distancia en distancia à guisa de broches: de su cintura pendia un relox y un medallon sostenidos por dos cadenas de oro. El rostro de esta muger, medio oculto, parecia revelar un vivo dolor: sus ojos fijos en tierra, derramaban un torrente de lágrimas.—La otra, daba frente á una ventana: tendria cuatro ó cinco años mas que la primera y un talle mas delgado: llevaba el vestido negro de las hermanas del hospital principal.—Su rostro, lleno de calma, de dulzura y de uncion, parecia haber sufrido mucho. Sentada en uno de esos grandes sillones de espalda volteada que despues han sido llamados *á la Voltaire*, miraba fijamente à la jóven que estaba á su frente como para leer su pensamiento é interpretar sus menores movimientos.

Un silencio profundo reinaba en el aposento. Solo se oia el chisparreo del fuego, y el sonido monótono de la péndula de un magnífico relox colocado entre una *Magdalena convertida* de Sebrun, y una *Santa Familia* de Lesuer.

Ya hacia muchos minutos que duraba aquella melancólica tranquilidad, cuando la hermana de caridad tomando repentinamente la palabra, dijo con una dulzura angelical:

—Margarita, cuál es tu secreto? No sabes que siempre he sido para tí la compañera, la amiga mas fiel y mas adicta?

—Sí, hermana mia; pero ignoro si ahora serás tan indulgente como otras veces, si tus consejos tranquilizarán mi alma, si tu perdon me dará la felicidad y reposo que he perdido.

Y al decir esto, su voz se volvia débil y moribunda cual la de un agonizante.

—Dios es grande y bueno, hermana mia, confia en él!

Estas simples palabras pronunciadas por la hermana María en un tono solemne, tuvieron un completo triunfo, y su interlocutora comenzó así:

—Hace siete años, debes acordarte, acababa de cumplir mis diez y seis Abriles, cuando nuestro padre M. Dreux d' Aubray fué un dia al convento á verme anunciándome con mas benevolencia que de costumbre, mi prócsimo enlace con el señor marques de Brinvilliers, maestre de campo del regimiento de Normandía.

—Sé eso, interrumpió María, y algunos dias despues de esa corta entrevista, tú eras la *hermosa marquesita* de Brinvilliers, como entonces te llamaba monseñor Mazarin.

—Pluguiese á Dios que jamas lo hubiese sido! esclamó Margarita, á quien llamarémos desde ahora, la marquesa de Brinvilliers.

Y aprocsimàndose à su hermana, continuó:

—A los diez y seis años, yo ignoraba que ecsistia bajo el cielo otro sentimiento á mas de el de la amistad: amaba á mis compañeras como à hermanas, dividia en su compañía el tiempo que me dejaban libre los estudios, y era dichosa. Esta vida apacible, se cambió en un instante para no volver jamás! Salí del convento, y por obedecer à mi padre mas bien que por amor, fuí la esposa de M. de Brinvilliers.

Lo que es horroroso pensar, hermana mia, es, que mi esposo no me amaba! No se casó conmigo, mas que por tener las doscientas mil libras de mi dote. Pues bien, te lo diré: durante cuatro años, no me quejé de aquella indiferencia, porque si no era amada, tampoco amaba.

Se detuvo unos instantes para contener su emocion.

—Cinco años despues de mi matrimonio, replicó, es decir, en 1656, los desórdenes de pajes y lacayos crecian todos los dias en Paris: esos criados, no contentos con batirse unos contra otros, robaban á los mercaderes, insultaban á las mugeres, rompian los vidrios, turbaban las sesiones de los tribunales, arrancaban de su poder á los culpables y daban sangrientos combates á los arqueros de los prevostes. En esta época, mi esposo ausente de Paris, servia con su regimiento bajo el mando de Turenne, contra las tropas españolas mandadas por Condé: tú estabas en Italia, hermana mia, y yo habitaba mi casa de campo en Picpus.

Una tarde, era el 16 de Julio, salia de casa de Penantier, recaudador general del clero, que vivia entonces cerca de la torre de Nesle, y me iba á Picpus. Al pasar por el puente nuevo construido en frente de la puerta Danplúne, (1) mi cochero fué asaltado por unos lacayos que le arrojaban piedras, y unos ladrones que intentaban penetrar á mi carroza. Hacia una hora que el carruage de Mr. Tillandet se habia hecho pedazos contra el del duque de Epernon; el mio, iba á tener sin duda la misma suerte, cuando un jóven oficial que otras veces habia visto en mi paso por las calles, apareció acompañado de varios soldados. Armado con su espada, avanzó hasta mí: ataca à los mas revoltosos, hiere ó mata á aquellos que le resisten y consigue ponerlos en fuga. Bajo entonces de mi carroza para dar las gracias á aquel que me salvó la vida, pero ya habia desaparecido.

—Y no lo volviste á ver sin duda.—Sin hacer caso á la interpelacion de su hermana, la marquesa continuó:

---

[1] El puente al que despues se le ha dado el nombre de *Puente Nuevo*.

—Acababa yo de levantar del suelo una cartera en la que, ¡cosa estraordinaria! se hallaba mi retrato pintado de memoria. Me disponia á buscar entre mis gentes al dueño de tal objeto, cuando el mismo jóven con el brazo izquierdo vendado, el rostro pálido, y la cabeza ensangrentada, se presentó de nuevo. Quiso dirijirme algunas palabras.... pero sus ojos se cerraron y su cuerpo cayó sobre el estribo de mi carruage. Una hora despues, volvia en sí, en mi casa de Picpus.

La admiracion de la hermana María llegaba á su colmo: hubiera querido dirigir algunas preguntas á la marquesa; pero, lo que acabada de oir, la habia puesto en tal estado, que no le era posible pronunciar una sola palabra. Hizo sin embargo un esfuerzo, pero madama de Brinvilliers, preocupada con su relacion, interrumpió á su hermana, que le pedia nuevas esplicaciones sobre aquel lance romancesco.

—Ocho dias despues de esta aventura,—prosiguió, acompañando sus palabras con un profundo suspiro,—un nuevo sentimiento habia aparecido en mí: yo era amada, María, y amaba, esposa criminal, al caballero de Sainte-Croix, al jóveu oficial del regimiento de Tracy que me habia salvado la vida!....

—Tú, Margarita! esclamó la hermana María.

—No me reproches, hermana mia, porque tú no sabes, nó, lo que es casarse con un hombre sin amor; no sabes lo que es, pasar los dias y las noches con el ser que se aborrece, y encontrar en una tarde, en medio de los peligros, á aquel que se habia soñado, á aquel que con una mirada, con una palabra, liga nuestra ecsistencia como liga Dios el alma!—Tú lo habrias amado, María,—dijo con ternura,—si le hubieses encontrado en el camino de tu vida y le hubieses oido contar la suya, pobre, misteriosa, agitada: si le hubieses oido decirte:—Margarita (porque nunca supo ni el nombre de mi padre, ni el de mi marido) Margarita, no tengo ni familia ni pátria: no conozco á la muger que me dió el ser, é ignoro en qué tierra ví la luz primera. Dicen que soy noble: noble, sí, pero sin nombre noble por el adulterio ó la seduccion! Bella nobleza en verdad! Cuántas veces he maldecido á mis parientes cuando despues de haber hecho una accion brillante se me ha preguntado para arrojarme á la cara un grado ó una recompensa, el nombre de mi padre!.... Cansado de tantos ultrajes, he procurado hacerme matar en los combates; he presentado mi pecho á las balas y la metralla; pero la muerte me huye! Os lo confesaré, Margarita. Cobardemente, he pensado en el suicidio: sí, muchas veces me he dormido con una pistola sobre el corazon, no pensando despertar jamas! Pero tenia una esperanza, y esa esperanza, sois vos. Os encontré, Margarita, bella, jóven, compasiva, y pinté vuestra imágen en este medallon: os amaba, como al único ángel que tenia en la tierra, como la única muger que debe hacerme probar la felicidad, como á una madre, como á una hermana, como á una amante!

—Pero, pregunta Sor María con un interes mezclado de curiosidad, qué se hizo ese jóven?

—Quince dias despues, su regimiento salió de Paris para Valenciennes, donde estaba entonces mi esposo. El partió, prometiendo darme sus noticias...

—Le dijiste, pues, tu nombre?—interrumpió Sor María.

—Nó: sus cartas debian ser dirijidas á mi casa de campo bajo el nombre de Margarita. En vano he esperado dos años, en vano espero aún!—Hace tres meses, M. de Brinvilliers me escribió diciendo que el sitio de Montmédy habia sido funesto al regimiento de Tracy y que muchos oficiales habian muerto: sin duda M. de Sainte-Croix es de los de este número!

—Valor, hermana mia,—dijo María aprocsimàndose á la marquesa y tomándole sus manos para consolarla:—valor, y olvida ese amor ilegítimo: no pienses en otra cosa mas que en la reparacion de tu falta....

—Tú no sabes aún, María, dijo la marquesa balbuciente; pero, hay algo mas que un adulterio, hay un.... —Oh! nó; no me atrevo á revelarte ese secreto terrible!

—Me espantas! esclamó la religiosa alejándose de su hermana.

—Oh! soy muy culpable! replicó la marquesa, y para recibir un alivio en mi pena, te he hecho llamar, porque conozco que no tengo valor suficiente para confesar mi crímen al confesor!

—Un crímen! oh desgraciada, te comprendo! ese viage que nos anunciaste el año pasado....

—Ese viage, le hice para ocultar mi preñez á los ojos de mi padre y de mi familia, y para salvar mi honor, el de mi marido; he cometido un crímen!

—Cómo!

—He matado á mi hijo!!!

Al oir estas palabras, Sor María dió un grito, se levantó temblando é hizo la señal de la cruz. La marquesa, inundadas sus megillas de lágrimas, lanzó una mirada suplicante á su hermana y con voz débil y entrecortada por sus suspiros y gemidos, la dijo:

—No es verdad que es horroroso el matar á su hijo, arrancar la vida voluntariamente à un inocente que nos tiende los brazos? Es un crímen,—agregó alzando la voz,—ignorado hasta en los pueblos mas bárbaros y que se comete impunemente entre nosotros para comprar el honor de una jóven ó para salvar la reputacion de una muger.

—Se pudo haber criado lejos de tí;—dijo María, animada de una santa cólera.

—Podia yo hacerlo? Al confiarlo á manos estrañas, me veria obligada à decirle algun dia el secreto de su nacimiento, ó á dejarle vivir como Sainte-Croix, maldiciendo á cada instante al mundo y á su madre!

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando se dejó oir un ruido de caballos en el patio.

Un criado entró y anunció:

—El señor marques de Brinvilliers!—Un rayo que hubiese caido entre aquellas dos mugeres en aquel momento, no habria producido el efecto que produjo

tal anuncio. El marques de Brinvilliers de vuelta: el que hacia tres meses no habia dado sus noticias, llegaba inesperadamente al medio de aquella terrible confesion.

La marquesa, hábil en disimular los mas grandes pesáres, compuso su rostro, arregló con presura el desórden de su vestido y peinado, enjugó sus lindos ojos húmedos de lágrimas, y á pesar de su dolor supo aparentar la mayor calma.

El marques entró acompañado de M. Dreux d' Aubray y de un jóven, vestido de militar.

—Buenos dias, Señora,—dijo á la marquesa besándola en la frente, sin reparar en su turbacion, y añadiendo:

—Te presento á uno de mis nuevos amigos, un jóven prisionero que creimos muerto, y que me ha hecho los mayores servicios en el ejército.

Volviéndose al decir esto hácia el grupo del fondo, hizo seña al desconocido para que se aprocsimase, y tomándole por la mano, le dijo al oido:

—No hay que decir una palabra de mi Eulalita del teatro del *Petit-Bourbon*.

Y como si no hubiese pensado mas que en la marquesa, se acercó á ella.

—Querida amiga,—la dice,—te presento al señor caballero de Sainte-Croix, capitan del regimiento de Tracy.

Un grito se dejó oir. Madame de Brinvilliers cayó sin sentido en los brazos de su hermana.

El teniente civil corrió hácia su hija, la ecsaminó con un ojo seco, y lanzando una mirada á Sainte-Croix, se contentó con decir en voz baja:

—Esto es estraño!

II.

LA BASTILLA.

Allá al concluir la calle de San Antonio, en el paraje en que hoy (1) se encuentra un animal monstruoso, de un color dudoso, (2) un magestuoso cañon de estufa, decorado con el pomposo título de *Columna de Julio*, un tablado sucio por el tiempo, algunas planchas enmohecidas, unos puestecillos y algunos *cuchi-*

(1) 1839.

(2) El elefante de la Bastilla, que ha sido demolido despues.

llos (1) formaban ántes de la revolucion francesa, un inmenso edificio construido en 1369, en el reinado de Cárlos V, por Hugues Aubriot, prevoste de Paris.

Este edificio, flanqueado por "bellas, altas y gruesas torres" como dice Christine de Pisan, y rodeado de anchos y profundos fosos, se llamaba *la Bastilla S. Antonio*, y á la vez servia de castillo-fuerte, de tesoro real y de prision de Estado.

En 1661, es decir, tres años despues de la vuelta de M. de Brinvilliers á Paris, la Bastilla San Antonio habia recibido ya en su interior un gran número de prisioneros para ser encerrados en ella, para pasar allí los mas bellos años de su vida, y muchas veces para morir! Para ello, no era necesario haber cometido un crímen, haber traicionado su pais, ni haber deshonrado su familia: era bastante el ser importante ó importuno, escritor de espíritu, ó enemigo de la nobleza, padre de una jóven bonita, ó amante de una gran señora; y sin forma de proceso un sargento del prevoste os arrestaba presentándoos una órden, y silencioso os conducia á la Bastilla. Si pediais esplicaciones, se os amarraba: si injuriabais á los arqueros ó al rey, se os ponia una mordaza, arrojandoos así por quince dias en un calabozo húmedo, abierto á treinta piés bajo la tierra, bañado por una agua pestilente y poblado de animales inmundos....

Hé aquí lo que sucedió á Sainte-Croix dos años despues de haber sido presentado á madame de Brinvilliers por su esposo.

Sainte-Croix, ébrio de felicidad y alegría, por haber encontrado en la marquesa á la muger que habia amado antes bajo el nombre de Margarita, pasaba todo su tiempo cerca de ella: la acompañaba en sus paseos, á los teatros, donde entónces se aplaudia á Tibério Fiorelli y á Dominique, que bajo los nombres de *Scaramouche* ó de *Arlequin*, se habian hecho célebres: la seguia al campo, tomaba asiento á su lado en su carroza, y la consolaba de las disipaciones insensatas y locos amores de su marido.

Un dia en que ambos iban á Picpus para visitar el célebre convento de Penitentes reformados de San Francisco, en cuya iglesia se admiraban las figuras de Germain Pilon, y un cuadro de Lebrun representando la *serpiente de bronce*, un hombre, vestido con el trage de oficial del prevostazgo, hizo parar los caballos y suplicó muy políticamente á M. de Sainte-Croix que le siguiese. Este, sin desconfiar nada, deja á la marquesa, se entrega á aquel hombre, que le lleva á una calle estrecha donde cuatro arqueros se apoderan de él y le hacen subir por fuerza en un coche.

Indignado de tal traicion, quiere hacer uso de su espada, pero ya no la tenia: pregunta al oficial por qué se le trata así y cuál es su crímen; pero éste no responde una palabra. Veinte veces hizo la misma pregunta y otras tantas solo obtuvo el silencio por respuesta. Cansado de tanta obstinacion, va á levantar las cortinas del carruage y á gritar á los pasantes pidiendo socorro; pero cuatro brazos vigorosos lo obligaron á quedarse clavado en su puesto.

(1) Tal era hace doce años el aspecto de la plaza de la Bastilla.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tal anuncio. El marques de Brinvilliers de vuelta: el que hacia tres meses no habia dado sus noticias, llegaba inesperadamente al medio de aquella terrible confesion.

La marquesa, hábil en disimular los mas grandes pesáres, compuso su rostro, arregló con presura el desórden de su vestido y peinado, enjugó sus lindos ojos húmedos de lágrimas, y á pesar de su dolor supo aparentar la mayor calma.

El marques entró acompañado de M. Dreux d' Aubray y de un jóven, vestido de militar.

—Buenos dias, Señora,—dijo á la marquesa besándola en la frente, sin reparar en su turbacion, y añadiendo:

—Te presento á uno de mis nuevos amigos, un jóven prisionero que creimos muerto, y que me ha hecho los mayores servicios en el ejército.

Volviéndose al decir esto hácia el grupo del fondo, hizo seña al desconocido para que se aprocsimase, y tomándole por la mano, le dijo al oido:

—No hay que decir una palabra de mi Eulalita del teatro del *Petit-Bourbon*.

Y como si no hubiese pensado mas que en la marquesa, se acercó á ella.

—Querida amiga,—la dice,—te presento al señor caballero de Sainte-Croix, capitan del regimiento de Tracy.

Un grito se dejó oir. Madame de Brinvilliers cayó sin sentido en los brazos de su hermana.

El teniente civil corrió hácia su hija, la ecsaminó con un ojo seco, y lanzando una mirada á Sainte-Croix, se contentó con decir en voz baja:

—Esto es estraño!

II.

LA BASTILLA.

Allá al concluir la calle de San Antonio, en el paraje en que hoy (1) se encuentra un animal monstruoso, de un color dudoso, (2) un magestuoso cañon de estufa, decorado con el pomposo título de *Columna de Julio*, un tablado sucio por el tiempo, algunas planchas enmohecidas, unos puestecillos y algunos *cuchi-*

(1) 1839.

(2) El elefante de la Bastilla, que ha sido demolido despues.

llos (1) formaban ántes de la revolucion francesa, un inmenso edificio construido en 1369, en el reinado de Cárlos V, por Hugues Aubriot, prevoste de Paris.

Este edificio, flanqueado por "bellas, altas y gruesas torres" como dice Christine de Pisan, y rodeado de anchos y profundos fosos, se llamaba *la Bastilla S. Antonio*, y á la vez servia de castillo-fuerte, de tesoro real y de prision de Estado.

En 1661, es decir, tres años despues de la vuelta de M. de Brinvilliers á Paris, la Bastilla San Antonio habia recibido ya en su interior un gran número de prisioneros para ser encerrados en ella, para pasar allí los mas bellos años de su vida, y muchas veces para morir! Para ello, no era necesario haber cometido un crímen, haber traicionado su pais, ni haber deshonrado su familia: era bastante el ser importante ó importuno, escritor de espíritu, ó enemigo de la nobleza, padre de una jóven bonita, ó amante de una gran señora; y sin forma de proceso un sargento del prevoste os arrestaba presentándoos una órden, y silencioso os conducia á la Bastilla. Si pediais esplicaciones, se os amarraba: si injuriabais á los arqueros ó al rey, se os ponia una mordaza, arrojandoos así por quince dias en un calabozo húmedo, abierto á treinta piés bajo la tierra, bañado por una agua pestilente y poblado de animales inmundos....

Hé aquí lo que sucedió á Sainte-Croix dos años despues de haber sido presentado á madame de Brinvilliers por su esposo.

Sainte-Croix, ébrio de felicidad y alegría, por haber encontrado en la marquesa á la muger que habia amado antes bajo el nombre de Margarita, pasaba todo su tiempo cerca de ella: la acompañaba en sus paseos, á los teatros, donde entónces se aplaudia á Tibério Fiorelli y á Dominique, que bajo los nombres de *Scaramouche* ó de *Arlequin*, se habian hecho célebres: la seguia al campo, tomaba asiento á su lado en su carroza, y la consolaba de las disipaciones insensatas y locos amores de su marido.

Un dia en que ambos iban á Picpus para visitar el célebre convento de Penitentes reformados de San Francisco, en cuya iglesia se admiraban las figuras de Germain Pilon, y un cuadro de Lebrun representando la *serpiente de bronce*, un hombre, vestido con el trage de oficial del prevostazgo, hizo parar los caballos y suplicó muy políticamente á M. de Sainte-Croix que le siguiese. Este, sin desconfiar nada, deja á la marquesa, se entrega á aquel hombre, que le lleva á una calle estrecha donde cuatro arqueros se apoderan de él y le hacen subir por fuerza en un coche.

Indignado de tal traicion, quiere hacer uso de su espada, pero ya no la tenia: pregunta al oficial por qué se le trata así y cuál es su crímen; pero éste no responde una palabra. Veinte veces hizo la misma pregunta y otras tantas solo obtuvo el silencio por respuesta. Cansado de tanta obstinacion, va á levantar las cortinas del carruage y á gritar á los pasantes pidiendo socorro; pero cuatro brazos vigorosos lo obligaron á quedarse clavado en su puesto.

(1) Tal era hace doce años el aspecto de la plaza de la Bastilla.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El carruage rodò por algunos instantes, despues, se parò en la calle de San Antonio frente á la de Jean-Beau-Sire, delante de una puerta de pilastras cuadradas, con las armas del rey encima de ella. Era la entrada de la Bastilla. A una señal, el puente levadizo se bajó, el carruage pasó debajo de una bòveda y entró á una especie de patio largo, estrecho y tortuoso, cubierto á la derecha por los cuerpos de guardia, y á la izquierda por las tiendas de las vivanderas: describiendo una curva, pasó un segundo puente levadizo, é hizo alto en el gran patio del castillo en medio de una hilera de soldados.

Los arqueros le hicieron bajar, y lo introdujeron á una sala baja separada de los departamentos del gobernador por una espesa pared.

—Toma;—dijo Sainte-Croix, echando por tierra de un puñetazo dos arqueros que querian registrarle:—me diréis, en fin por qué se me ha arrestado?

Los arqueros nada respondieron.

Sin duda hay un error, continuó, porque un capitan del regimiento de Tracy, que ha servido siempre con fidelidad y celo á su pais, no puede ser privado asì de su libertad!

Un personage grueso y corto, que Sainte-Croix supuso seria el gobernador, á causa de los honores que se le hacian, se levantó, acercose à él, recorrió algunos papeles que le dió el oficial, y dirijiéndose al prisionero, con voz agria le dijo:

—Señor de Sainte-Croix, estais arrestado en nombre del rey, por órden de M. Dreux d'Aubray, teniente de la ciudad de Paris.

—El traidor!—esclamó Sainte-Croix apretando los dientes; pero prosiguió con mas calma,—cuàl es mi crímen?

—Vuestro crímen?—replicó el gobernador admirado,—cuál es vuestro crímen?.... Se os dirá mas tarde, señor.

Y salió, introduciendo sus dedos en una magnífica tabaquera de oro.

Sainte-Croix quedó solo con los arqueros y los carceleros de la Bastilla, los que le despojaron de sus vestidos, alhajas y oro que tenia, poniéndole en seguida un vestido sencillo y burdo: dos hombres de cara cadavérica, provistos de antorchas, se pusieron delante de él: cuatro soldados le ataron de nuevo y le hicieron bajar los ciento veinte escalones que conducen al calabozo de la *Torre de la Comté*. Un porta-llaves abrió tres puertas de fierro y le introdujo á una pieza pequeña, cuadrada, sucia y fangosa; dos cerrajeros le ciñeron al cuerpo unas cadenas que pesaban cincuenta libras, y estaban pendientes de una fuerte argolla clavada al medio de una piedra muy gruesa. Terminada esta operacion, todos se retiraron: las pesadas puertas rodaron sobre sus goznes, Sainte-Croix se encontró en la mas horrorosa soledad. El aire que respiraba era impuro, sus piés se sumerjian en el fango, y si trataba de reconocer con sus manos los objetos que lo rodeaban, solo tocaba piedras húmedas, sangre coagulada, osamentas humanas.....

Al cabo de ocho dias, salió de su calabozo y tomó posesion de un cuarto situado en el segundo piso, tambien en una torre, cuyas paredes medio circulares se

hallaban cubiertas de cadàveres mutilados, hachas y cuchillos, pintado todo con pintura roja y negra, por un artista desgraciado, que encerrado en la Bastilla algunos años antes, se habia vuelto loco. A la izquierda habia una ventana con su reja; al frente, una puerta de comunicacion que daba à otro cuarto, y al medio, otra puerta llena de cerrojos de arriba abajo.

Era el mes de Marzo del año 1661. El dia empezaba à colorear. Sainte-Croix, hundidas las mejillas, pálido y con sus cabellos en desórden, estaba sentado en su cama. Tenia en la mano una carta, la cual parecia preocuparle de una manera estraña. Reinaba à su rededor el mas profundo silencio. Solo se oia el sonido argentino del relox de San Pablo al marcar las horas, y el ruido lejano de las cadenas de los prisioneros que se propagaba en el inmenso vacío de las torres.

—Cómo, dijo Sainte-Croix levantándose y paseándose á grandes pasos en su aposento; seré el hijo natural del duque de Miremot que murió en Lóndres hace seis meses en un duelo!.... Y es la marquesa de Brinvilliers quien me envia estos papeles. Se aprocsimó á la ventana, y leyó:

" Roma fué la cuna de vuestra juventud: en esa ciudad recibistéis la vida.
" Vuestra madre, pobre italiana llamada Fornarina, seducida y abandonada por
" el duque de Miremont, murió al dar á luz un segundo hijo llamado Paolo, que
" terminó su vida segun nos han dicho en las prisiones de la Inquisicion."

—Todos han muerto! esclamó llorando, y me encuentro solo en la tierra! Solo, con Margarita à quien jamas volveré à ver! Y es por ella, por haberla amado,—porque ahora, ya sé cuál es mi crímen—el por qué su padre me separó de su lado! ¡Oh! Señor Dreux d'Aubray, si alguna vez recobro mi libertad, desgraciado de vos! desgraciado de vos!....

Y sus ojos brillaban como unos relámpagos, y sus gestos eran amenazantes y terribles.

Se abrió una puerta y un jóven alto, delgado, moreno, de mirada viva y perspicaz, entró al aposento de Sainte-Croix: se adelantó hasta la mesa y puso en ella una redoma, un librito en pergamino, y se sentó sin cumplimiento en un sillon de bejuco.

—Segun parece, capitan, no os habeis acostado anoche!

—No: respondió maquinalmente Sainte-Croix.

—Hola, y por qué?

—Por qué? porque así me plugo;—dijo Sainte-Croix picado de tal pregunta. Pero despues, se apresuró en decir:

—Debiais saberlo como yo, señor Exili, hay momentos.....

—No os comprendo.

—En que uno necesita estar solo, dijo Sainte-Croix con impaciencia.

—Oh! en cuanto á eso, capitan, me voy: queria solamente anunciaros una noticia. Es que.... la muerte de Monseñor Mazarin acaecida en estos últimos dias....

—Mazarin ha muerto!

—Va á cambiar muchas cosas, continuó Exili con indiferencia. Dicen que el teniente civil ha caido en desgracia, y que M. Caumartin, el amigo de la señora de Brinvilliers, acaba de solicitar vuestra gracia al ministro Colbert.

—Será verdad?..... pero quién sois vos, señor, replicó Sainte-Croix con desconfianza, para recibir tales comunicaciones en la Bastilla?.....

—Lo que yo soy, capitan, os lo he dicho ya cien veces: un refugiado italiano, que por azar es instrumento de un gran señor, y detenido aquí por haber compuesto los venenos de que mi amo se sirve para aumentar su fortuna..... Ah! á propósito de veneno, mirad uno bien estraordinario,—añadió con cierto orgullo, designando con el dedo la redoma que estaba en la mesa:—unas cuantas gotas de ese licor, tomadas por un animal cualquiera, le duerme por muchas horas: en seguida se despierta, parece enfermo, agitado, se duerme por segunda vez con un sueño apacible..... y no se vuelve á despertar jamás..... Os abriré su cuerpo, y no encontraréis el mas mínimo indicio del veneno. Hum!—murmuró con aire contento retorciéndose sus largos bigotes,—espero que este me lo pagará caro mi amo!

—Qué hombre tan infame es este Exili! ponsó Sainte-Croix. Es horroroso, le dijo con severidad, envenenar por algunas miserables piezas de oro!

—Qué quereis, es mi profesion! y en seguida, remarcad, capitan, que no soy quien envenena, es mi noble protector el que se encarga de ello. Yo soy el brazo, él la cabeza.

Y empezó á llenar de tabaco una pipa de fábrica francesa.

Despues de un largo silencio, Sainte-Croix le preguntó, qué causa le habia arrojado al crimen.

La venganza! respondió él.

—La venganza! repitió su interlocutor pensativo.

—Sí, la venganza, y la fatal organizacion de vuestra sociedad!

—Oh! mi historia es horrible! es una historia manchada de cieno y sangre; historia de infamias y miserias!.... Si supieseis cuanto he sufrido ántes de ser un *infame*, como decís, no me maldeciriais. Lo creereis? Yo habia nacido para amar, para ser un hombre honrado, y, ya lo veis, soy un miserable, un asesino, un envenenador!

Por algunos instantes, se quedó con la cabeza entre las manos: despues, encendió su pipa y se puso á fumar murmurando un refran popular.

Sus palabras, pronunciadas con voz enérgica llegaron á Sainte-Croix al corazon, inspirándole el deseo de conocer el pasado de aquel hombre bizarro, esperando obtener por él, nativo de Roma, alguna noticia de su familia: así, pues, le suplicó le contase su vida.

—Oh! es una historia bien larga,—dijo Exili poniendo su pipa sobre la mesa; —pero una vez que absolutamente quereis saberla, escuchad:

"Soy hijo de un rico personage que sedujo á mi madre, hoy hace veinticinco años.....

Sainte-Croix quiso aventurar una palabra; Exili no le dió tiempo para ello y continuó:

"A la edad de quince años, salí del convento en que se me habia educado, y entré á la casa de un boticario en Roma. A los diez y siete años, mi maestro, que era el mas ignorante de los droguistas de Italia, me citaba como el mejor de sus discípulos. Verdad es que yo pasaba el dia y la noche en hacer esperiencias, en estudiar los tratados de sabios botánicos y alquimistas alemanes, y en mis ensueños de jóven insensato, esperaba por mis trabajos, llegar á pertenecer á la Academia de Bolonia! (Reprochadme, capitan).

Cerca de nuestra botica habia un taller, y en él una jóven bella como los ángeles, á quien no podia dejar de admirar cada vez que iba á visitar al droguista, que era su padrino. Parecia que yo no le desagradaba, pues una vez, habiéndome atrevido á hacerle una galantería, me respondió con tanta gracia y abandono que aquella misma noche supliqué á mi maestro pidiese su mano para mí. Un gran obstáculo se oponia á nuestra union.

Era preciso tener oro, y yo solo tenia ciencia, lo que era muy poco para ofrecerlo al padre de Juana (así se llamaba ella). Este, artesano, no tenia preocupaciones ni escrúpulos. No atendia á la cualidad, á la probidad, ni al honor; solo estimaba el dinero. "Tus estudios y esmero en aprender, me decia á menudo—porque me tuteaba—¿á dónde te llevarán? ¿A ser un sabio, no es verdad? ¿Y qué cosa es un sabio en estos tiempos? Un pobre petate, un infeliz que no tiene ni fuego ni hogar, que habita en una guardilla, duerme en un garabato y no paga jamas sus deudas. ¡Bella profesion á fé mia! Deja para otros esa vida aventurera, si quieres obtener la mano de mi hija. ¿Crees, por ventura, que el mundo agradecerá tus trabajos, tus penas, tus fatigas, y que sabrá recompensarte cual mereces? Desengáñate; el mundo está hoy tan corrompido, que solo adoramos una cosa:—el oro! Como sé que las drogas dejan poco, deja á mi vecino, vé á Nápoles, entra á la banca de los hermanos Filippi, gana dos mil escudos romanos, y la mano de mi hija es tuya."

"Comprenderéis bien, capitan, que despues de tal razonamiento no podia esperar llegar á ser esposo de Juana, pero la suerte lo decidió de otro modo. Un noble—los nobles han hecho siempre mi desgracia—un noble, al cual á menudo veia en la casa de nuestro vecino, vino un dia á verme á la botica de mi patron y despues de felicitarme largamente sobre lo bien que se hablaba de mí respecto á mis conocimientos farmacéuticos, me preguntó si sabia componer venenos. Sorprendido de oir salir tales palabras de la boca de un señor, no supe que responder. Al momento agregó: "Os doy dos mil quinientos escudos romanos si ántes de un mes me componeis un veneno que no deje indicio alguno. ¿Me entendeis, Paolo?"

Sainte-Croix hizo un movimiento.

"Entónces me llamaba Paolo,—dijo Exili.—Sí, señor de Sainte-Croix, me causaba horror conclair aquel contrato. Pero, amaba á Juana, y no tenia el dinero necesario para comprarla.... para desposarla, quiero decir. Ya veis como son nuestras instituciones: se me ofrecian 2.500 escudos por cometer una mala accion, y no me habrian dado veinte por mi mejor descubrimiento!

"Haciendo un dia nuevos esperimentos con el arsénico, la morfina y el antimonio, encontré un veneno, muy violento es verdad, pero que no dejaba indicio de él. Lo entregué, y recibí mis 2.500 escudos.....

"Tres semanas despues, en la iglesia de San Pedro de Roma se celebraba el servicio fúnebre del padre de aquel *honrado* señor, y mi casamiento con la bella Juana. Hice creer á mi padre político que sabia transmutar los metales, y bien pronto se esparció el ruido de que habia encontrado la piedra filosofal.

"Mi matrimonio, capitan, fué màrgen de nuevos males. Un noble,—aún un noble!—apostó cien piezas de oro al finalizar una orgia, à que àntes de ocho dias habria seducido á mi bella Juana, como si nuestras mugeres no valiesen tanto como las suyas! Cuando pasaba yo por la calle, me señalaban con el dedo, y me llamaban bastardo, marido complaciente! ¡Oh, yo sufria mucho! y no podia responderles, no podia castigar su insolencia porque yo era un pobre y ellos nobles! Pues bien, á pesar de esto, me vengué. Tres dias despues de la apuesta escribí un billete á aquel cobarde fanfarron, dándole una cita en mi propia casa, y lo firmé con el nombre de *Juana*. Fué á la cita, capitan, fué alegre, con la sonrisa en los lábios, ultrajando mi título de esposo. Entró á mi casa, se sentó cual yo estoy ahora, en un sillon; bebió sin cumplimiento mientras esperaba á mi muger, un vaso de vino de Francia que yo habia preparado.... y espiró delante de mí enmedio de los mas horribles dolores.

"Tomé su cuerpo, me lo eché á las espaldas y lo arrojé al Tíber; pero el castigo del cielo no se hizo tardar. Mi esposa, á la que habia enviado á la casa de su padre, entró durante mi ausencia, bebió un vaso de aquel vino envenenado, y cuando volví encontré á mi buena Juana, ecshalando el último suspiro."

Hubo un silencio de algunos instantes.

"Denunciado á la policía,—continuó Exili enjugándose una lágrima,—cambié de nombre y tomé el que hoy llevo: salí de Roma, anduve errante por los campos escapàndome de la vigilancia de los espías de San-Pére. Una muger de la hermandad de Jesus, una religiosa que conocia á mi madre y á quien jamas olvidaré, me recibió en su convento, me empleó en diversos trabajos y me puso la santa muger en el sendero de la virtud. Por desgracia, la justicia humana no tuvo en cuenta mi conversion. Un dia, iba á ser aprisionado, cuando un noble viagero francés sabiendo de qué crímen estaba acusado, pagó mi rescate y me trajo con él á Francia, bajo la condicion de que continuaria con el mayor secreto la composicion de los venenos. Ya podeis ver, capitan, si me es posible ser hombre honrado en este mundo! La costumbre se sobrepuso á los sentimientos del honor: obedecí, y por segunda vez caí en el crímen. Todo fué

perfectamente por tres años; pero habiéndose levantado àlgunas sospechas contra mi *honrado* protector y contra mí, me hizo poner en la Bastilla prometiéndome su apoyo y, como lo podeis ver, se me trata con los mayores miramientos.—Hé aquí, capitan, la historia de mi vida y mis desgracias."

Sainte-Croix, sobrecogido, no sabia qué decir.

—Os llamais Paolo,—dijo titubeando,—pero el nombre de vuestra madre....

—De mi madre!.... ¡Ah! despertais en mi recuerdos muy penosos: mi madre, seducida por un noble, por el infame duque de Miremont, se llamaba....

—¡Por el duque de Miremont!—esclamó Sainte-Croix sofocado por las làgrimas:—por el duque de Miremont!.... ¡Ah! ya sé entónces el nombre de vuestra madre: se llamaba Fornarina.... y vos, vos Exili, vos, Paolo.... sois.... Pero me habian dicho que ya no ecsistia.....

Despues, enseñando la carta à Exili:

—Leed.

—¡La escritura es de Sor María!

—¡De Sor María! esclamó Sainte-Croix admirado.

—Sí, de la religiosa de quien os he hablado; y besó el papel con ternura.

—Cómo, capitan, dijo arrojándose á los brazos de Sainte-Croix, ¿seréis por ventura mi hermano?....

Aun estaba abrazado, cuando un carcelero entró y le dió á cada uno una carta sellada con las armas del rey.

—Estamos libres! esclamaron con alegría.

—Esta tarde parto para Lóndres con mi noble protector, dijo Exili.

—Tan pronto!.... Oh! ¿nos volverémos á ver, hermano?

—Si Dios lo permite.

Sainte-Croix abrió otra carta que le dieron con la órden de libertad. La marquesa le noticiaba que su padre, aunque en desgracia para con el rey, se proponia hacerlo perseguir acusándolo del crímen de adulterio. Concluida la lectura de dicha carta, tomó la redoma y el libro que estaban en la mesa, dió el brazo á Exili, y salió de aquel lugar diciendo:

—Ahora nos verèmos, señor teniente civil!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

EL LABORATORIO.

A principios del reinado de Luis XVI, se veia aún la casa en que Sainte-Croix componia sus venenos despues de su salida de la Bastilla. Aquella casa estaba situada en una callejuela sin salida á la cual daban el nombre de Callejon de los mercaderes de caballos de la plaza Maubert.

Sainte-Croix no podia escojer un mejor sitio para estar al abrigo de las sospechas, ó para evitar las visitas de los señores sargentos del rey. Para llegar á aquella casa era preciso atravesar la plaza Maubert, la cual siempre estaba llena de inmundicias y un patio sucio y oscuro: al frente se veía una habitacion de dos pisos, llena por todas partes de grietas, construida con tierra y palos, y en la que habia cuatro ventanas: en el interior se encontraba una escalera tan débil y dislocada, que al subir por ella se cimbraba toda, unas paredes negras y ahumadas, y algunos aposentos en los que apenas penetraba la luz del dia.

Tal era la casa que Sainte-Croix alquiló á la señora Bernard, bajo el nombre de M. de Breuille en el año de 1662.

Ya hacia diez años que vivia en aquel callejon, y circulaban en el vecindario cuentos bastante raros de él. Unos le veían como á un hechicero poseido del diablo; otros como á un desgraciado pecador que expiaba sus faltas trabajando una gran obra: aseguraban muchos, que los mas atrevidos habitantes de la plaza Maubert, no habian osado jamas encontrarse frente á frente con él despues del toque de *queda*.

Lo que hacia nacer sus temores era, que á menudo, allá al medio de la noche, los vecinos le habian visto entrar furtivamente con su criado, llevando algunos paquetes ensangrentados.

Una noche, que la luna daba de lleno en su cloaca, se vieron distintamente pasar tres personas embozadas en sus capas y al otro dia solo se vieron salir dos.....

Todas estas historietas, comentadas é interpretadas por las buenas lenguas de la calle de Amboise, eran nada despues de lo siguiente:

"El padre Cristóbal, decian las comadres de la plaza Maubert, decano de los mendigos de Nuestra Señora, oyó en la noche del dia de Todos-Santos de 1670, una fuerte detonacion que le despertó sobresaltado. Se levantó, abrió las ventanas de su habitacion y vió en la casa de M. de Breuille, enmedio de una humareda amarillenta, al diablo en persona degollando con las uñas un cadáver tendido sobre una mesa. El miedo le hizo dar un grito; la vidriera de la casa de M. Breuille se cerró al momento. Tres dias despues, el padre Cristóbal entregaba su alma al Criador."

¿Què es, pues, lo que sucedia en la casa de M. de Breuille? Para saberlo, pasemos los escalones apolillados de aquella débil escalera; pasemos á una especie de sala amueblada muy sencillamente, alcemos una tapicería, apoyemos el dedo sobre un boton oculto en la pared, y penetremos á un lugar oscuro que desde ahora llamarémos el laboratorio de M. de Sainte-Croix.

Figuraos un interior cual podria pintarlo Ruysbranck, Rembrand, Van-Ostade, Collot y Roqueplan reunidos: un interior mas sucio que el gabinete del astrólogo Ruggieri: mas sombrío que la celda de Claudio Follo, el arcediano de Nuestra Señora: figuraos una pieza pequeña, angosta y baja, con las vigas del techo descubiertas y alumbrada débilmente por una vidriera, cubiertas las paredes con figuras simbólicas, signos, goroglíficos de caractéres árabes, hebreos y griegos, y suspendidos en todo el rededor de aquel reducto, esqueletos de animales, pieles de serpientes, reptiles rellenos de paja, máscaras de vidrio, pergaminos, mapas, atlas, libros, cajitas llenas de crisoles, redomas, plantas y minerales. Mirad ahora á la derecha y hallarêis multitud de hornos ordinarios de varios tamaños, matrazes, vasijas de cristal y vasos de barro: al frente, el famoso *horno filosófico*, el regenerador de los alquimistas, donde se lleva al cabo la grande obra por medio de la destilacion del elixir de larga vida: à un lado, mesas de mármol sobre las que estaban tendidos algunos restos humanos; y en fin, á la izquierda, un gran escritorio con embutidos de cobre, cubierto de papeles, de paquetes abiertos y cerrados, de alambiques de todas formas, y enormes infolios cubiertos de una doble capa de polvo y ceniza.

Delante de aquel escritorio estaba Sainte-Croix, á quien encontramos muy envejecido, ocupado en descifrar algunos caracteres groseramente trazados sobre un viejo pergamino.

—Maldito sea el idioma de los alquimistas! esclamó dando un fuerte golpe sobre el *Speculum Alchimiæ* de Roger Bacon, que tenia abierto ante sí: siempre emblemas, figuras, símbolos, hasta para designar las cosas mas triviales! Aun cuando abra las obras del árabe Geber, ó las del sabio Albertus Magnus, los tratados de Arnaud de Villeneuve ó de Raymond Lulle, siempre la misma oscuridad!

Calló por un momento, despues leyó en voz baja algunas páginas de un libro en cuarto con broches de plata, y replicó:

—Juan de Meung, Nicolas Flamel y Jacques Cœur, el desgraciado tesorero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

de Cárlos VII, han interpretado como yo *Mars* por acero, *cheune creux* por crisol, *cygne blanc* por mercurio, y han obtenido el resultado que se proponian: por qué desmayar entónces? El sabio Philactète no ha dicho:

"No creais que la ciencia de la alquimia ha sido conocida por algunos de nos-"otros por un azar, como tontamente creen muchos ignorantes. Para conocerla, "hemos sudado y trabajado mucho: hemos pasado multitud de noches en vela, "así es, que vosotros, no haceis mas que comenzar y estad persuadidos de que no "lograréis vuestro objeto sin tener ántes gran trabajo."

Vamos, si los alquimistas son de buena fé, lo que en rigor puede ser, replicó mostrando con el dedo un crisol colocado cerca de una ampolleta, allí tengo con que hacerme un hombre honrado, y lo que es mas, rico: rico como un hacendado general, qué digo? como un intendente de finanzas! O fortuna, solo tú sabes hacer hoy milagros! El oro! pero el oro, es mas que la vida y la felicidad, el oro, es el cielo!.... y yo, no tengo mas que deudas!

Sainte-Croix acompañó estas palabras con su sonrisa: se levantó, tomo una ampolleta, unos vasos y vasijas y los puso sobre el horno: echó en un alambique de cristal un aceite espeso, y comenzó su operacion.

Un crisol de barro de forma estraña, recibió diversas sustancias, muy dificiles de descifrar atendiendo á que las redomas que las contenian no tenian mas etiqueta que un signo astronómico. Hizo fundir una cantidad de cera blanca mezclada con goma tragacanta, diciendo en voz baja dos palabras al parecer pertenecientes al idioma árabe, dejó caer suavemente esa nueva composicion en el crisol, y cubrió el todo con mercurio pronunciando en alta voz esta célebre frase de Gébert:

"El mercurio, es el alma de la alquimia!"

Cerró cuidadosamente su crisol y con unas largas tenazas lo puso en medio de un brasero.

El rostro de Sainte-Croix, pálido y siniestro, enegrecido por el carbon y á la luz de aquella lumbre rojiza, tenia algo de espantoso. Su laboratorio sumergido en la oscuridad, no recibiendo mas luz que la que entraba por las grietas, parecia una parte del infierno.

Sainte-Croix soplaba el fuego del brasero hacia cosa de una media hora sin atreverse á alzar los ojos ni voltear la cabeza absorto en su operacion.

El relox del Cármen se hizo oir: entónces se para, y voltea la ampolleta.

—Unos cuantos minutos mas, dice, y el secreto de la piedra filosofal no lo será para mi. Operando así, añadió, es como el elector de Mayence hizo el oro que, segun dicen, tenia ochenta quilates, y Gustenhowen de Strasbourg, segun el célebre Jacobo Heilman, cambió en 1.604 delante del Emperador Adolfo II, las balas de plomo en plata y las de fusil en oro. Veamos si lo he logrado, y si el crisol tiene un rojo anaranjado como lo indica el *Libellus de Alchymiâ* de Alberto el Grande.

Retiró del horno el crisol, coloreado casi cual un fierro enrojecido.

—La alquimia es una ciencia! esclamó con el parasismo de la alegría, y Philactète tiene razon en decir que solo los ignorantes dudan de ella! Al fin tengo oro! oro para adormecer mis remordimientos, para pagar mis deudas, para poner término á mis nuevos crímenes!.... Bah! replicó alegremente, olvidemos el pasado y pensemos solo en el porvenir!

Tomó el crisol lo puso varias veces en una vasija llena de agua y lo rompió con un mazo para sacar las ricas materias que debia tener.... Pero cuál fué su pesar al ver en vez de una barra de oro, un metal negruzco, tirando á gris, que con certeza estaba muy lejos de ser precioso.

—Desgracia! esclamó Sainte-Croix apretando los dientes y arrojando al brasero el fruto de seis años de trabajos, de estudios y esperiencias.

Su dolor fué tan grande, que por muchos minutos se estuvo de pié, inmóbil delante del horno, con los ojos fijos sobre el metal en fusion, y hubiera quedado tal vez mucho mas tiempo aún, si tres golpes, dados discretamente en la puerta, no le hubiesen hecho volver en sí.

Era Martin, su criado, que le traía dos cartas: la una del usurero Belleguise, y la otra del señor de Caumont.

—Ah! señores mios, quereis que os salde vuestras cuentas al instante, dijo Sainte-Croix con rabia, despues de haber recorrido con la vista las dos cartas: vos, de Belleguise, porque rehusé hace ocho dias envenenar á vuestro suegro! y vos, de Caumont, porque no quiero reconocer las diez mil libras que me robasteis en el juego!

Estrujó las cartas y comenzó á recorrer su laboratorio. De improviso, como herido por una súbita idea, se para.

—No hay que vacilar mas: Belleguise es rico, confiado, interesado: escribámosle.... vendrá aquí.... entónces, tendré un acreedor menos, treinta mil libras pagadas y mañana, podré enviar á cobrar á la casa del difunto Belleguise la cantidad de sesenta ó cien mil libras, segun me plazca.

Sainte-Croix se sentó en su escritorio y escribió la siguiente carta.

"Mi querido de Belleguise.

"No podia llegar á mejor tiempo vuestra carta. Al fin, he obtenido el fruto "de mis trabajos: soy rico; he encontrado el famoso secreto de la trasmutacion "de los metales. Venid pues á verme esta tarde á las seis, os espero en mi casa "para daros parte de mi nuevo descubrimiento y saldaros vuestras treinta mil "libras.

"Vuestro de corazon,

"De Sainte-Croix."

"Es 16 de Julio de 1672."

Releyó este billete, lo selló, tomó de sobre su escritorio una redomita de vidrio blanco que contenia un licor descolorido, llamó á su criado y le dió la carta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

diciéndole: "Para M. de Belleguise," y añadió confidencialmente en voz baja: "Cien escudos para tí, si mañana, ántes de anochecer, M. de Caumont ha tomado "este licor."

—Y son dos deudas menos! dijo frotándose las manos y entrando á su laboratorio.

Despues de algunos minutos, se le veia, cubierta la cara con una máscara de cristal, ocupado en trasegar varios líquidos de diferentes colores: estando en esto, oyó una puerta que se cerraba poco á poco y ruido de pasos en la antecámara. Se puso á escuchar y al mismo tiempo la puerta de su laboratorio rechinó ligeramente.

—Abre, soy yo,—dijo una voz de fuera.

—La marquesa!

Era ella en efecto!

Sainte-Croix apretó un boton de metal y dejó caer la tapicería que ocultaba la entrada á su laboratorio: ofreció á madama de Brinvilliers un gran sillon, la ayudó á desembarazarse de su manto y se sentó junto á ella.

La marquesa, no era ya la muger jóven y bella que hemos visto al principio de esta historia. Su rostro, de una palidez mate, llevaba las señales del sufrimiento: sus ojos estaban hundidos, sus labios lívidos y sus largos cabellos negros habian encanecido.....

—Te sorprendes de verme;—dijo ella con voz débil y poniendo una cajita en una silla; habia jurado no volver á pasar por esa puerta despues de la horrorosa noche en que me trajiste aquí temblorosa, perdido el conocimiento.....

—La noche del 16 de Julio de 1670, despues de la muerte del teniente civil, si mal no me acuerdo.

—Sí. Pues bien, Sainte-Croix, he violado esta promesa porque, apesar de mi hermana, he querido verte ántes de partir.

—Antes de partir? interrumpió Sainte-Croix.

—Antes de dejar la Francia para siempre! Escúchame: esta vida de adulterio y parricidio, me pesa: no puedo dormir mas bajo el techo en que mi padre y sus dos hermanos han muerto envenenados por mí y por tu causa. Si estoy dormida ó velando, veo la sombra de mi padre que se para ante mí y me llena de maldiciones! Esto es horrible, ¿no es verdad? Así, pues, me voy de París; quiero ir á vivir en medio de la soledad, á fin de obtener con mis súplicas, mis oraciones y mis lágrimas, el perdon del cielo.

—Y yo, dijo dolorosamente Sainte-Croix, puedo acaso ser dichoso despues de perderte.... Hago lo posible por olvidar mis crímenes, mas, no puedo. Mi vida, Margarita, es una agonía perpetua!.... He aquí á donde me ha conducido la venganza y la sed del oro!

Despues de un largo silencio, la marquesa con un tono solemne, dijo:

—Es preciso que nos separémos, Sainte-Croix, y que ambos vivamos pensando en la salvacion de nuestra alma. Toma, le dijo dándole un pergamino, aquí tienes con que pagar tus deudas y hacerte un hombre honrado.

—Cómo! Margarita! dijo Sainte-Croix sorprendido de tanta generosidad!

—Acéptalo, y deja esta casa: rompe esos instrumentos testigos de nuestros crímenes; deja á París donde no estás ya en seguridad, y vé á concluir tus dias fuera de Francia.

Habia en la voz de la marquesa tanta uncion, que Sainte-Croix se conmovió: le tomó las manos y se las besó multitud de veces sin poder proferir una sola palabra.

Madama de Brinvilliers se levanta, se cubre con su manto y con voz firme hace su adios á Sainte-Croix: despues, con un tono mas tierno, le dice:

—Escribe algunas veces á Sor Margarita, al convento de la Visitacion de Liége.

Sainte-Croix quedó solo, se puso á reflecsionar sobre la aparicion repentina de la marquesa y la donacion que acaba de hacerle.

—Margarita tiene razon, dijo: aun puedo ser un hombre honrado: con este dinero, pagaré á Pennautier, Belleguise y de Caumont; compraré en la corte un cargo que me dé de quince á veinte mil libras, abandonaré esta cloaca, daré á mi criado Lachaussé, que me es tan fiel, una pension....

En este momento dieron las cinco.

—Las cinco, dijo: Belleguise no debe tardar en venir á visitarme.... Pero gracias á esta donacion, puede venir ya sin temor.... y entretanto, vamos á destruir esos venenos que solo con el olor que ecshalan dan la muerte.

Hizo mover el boton oculto en la pared y entró á su laboratorio.

Por espacio de un cuarto de hora, se estuvo escuchando el ruido monótono de un líquido que se consume hirviendo, cuando derrepente un estrépito semejante al de un vidrio que se rompe, se oyó distintamente. El mismo estrépito se repitió por segunda y tercera vez: hubo un instante de silencio, despues, un cuerpo pesado cayó sobre el suelo y todo volvió á quedar en quietud....

Acababa de dar el relox del Cármen la última campanada de las seis, cuando un individuo vestido de negro, alto, seco y flaco, de un rostro en el que se retrataba la falsedad y de un andar vacilante, entró mirando por todas partes, como si temiese ser seguido ó que hubiese alguna persona oculta en la antecámara. Diò un paso, teniendo siempre con la mano la hoja de la puerta, se parò de puntillas, se agachò, atreviò un segundo paso y con sus pequeños ojos grises recorriò hasta los rincones de la pieza. Despues de haberse asegurado que estaba solo dijo apuntando al laboratorio.

—Debe estar allí.

Se adelanta aún hasta la tapicería tomando las mismas precauciones: la levanta y fijando sus ojos en la puerta, trata de ver por las hendiduras lo que pasaba en el interior de la pieza pero nada percibe, se vuelve de puntillas y cierra con los cerrojos la puerta por donde habia entrado.

—Al menos, nadie me sorprenderá por este lado. Ah! Señor de Sainte-Croix, murmuró en voz baja, sois hábil, convengo en ello, pero no os debisteis dirigir á mí. He comprendido bien el sentido de vuestra carta: *vuestro de corazon*, esto me dice bastante.

—Veamos si todas mis disposiciones están bien tomadas, replicó dando aún una vuelta al rededor del aposento: esta puerta está bien cerrada; abajo, en la escalera, he puesto dos lacayos armados que acudirán al primer grito y entrarán por esa ventana: en cuanto á mí, mis pistolas son buenas y no me faltarán. Vamos! es preciso que hoy, sea poseedor del secreto de la trasmutacion de los metales y de los admirables venenos de M. de Sainte-Croix!

Levantó la tapicería y dió tres golpes á la puerta del laboratorio: al mismo tiempo se dejó oir en la escalera un ruido y una voz que gritaba.

—Abrid, en nombre del rey!

—En nombre del rey! repitió Belleguise asustado: estoy perdido! á dónde huiré, á dónde me ocultaré!

Los cerrojos de la puerta de entrada cedieron á los reiterados sacudimientos de los arqueros del prevostazgo, y un comisario seguido de su escribano entró.

—Apoderaos de ese hombre, dijo el magistrado á los arqueros señalando á Belleguise.

—Pero señores, os engañais; no soy el que buscais; habia venido solo.... Escuchadme, señor Picard.....

—Callaos! dijo secamente el comisario.

Y ordenó á dos arqueros que lo amarrasen, y á otros dos de descerrajar la puerta del laboratorio.

—No sufriré semejante insulto, decia Belleguise tratando de desasirse. Ah! señor Picard, os lo suplico, haced que se me ponga en libertad: os juro que solo la casualidad.....

Y al hacer un movimiento, se le cayó una de las pistolas.

—Traeis una pistola, y en esta casa..... Oh! lo veo, la casualidad os ha inspirado muy mal, replicó M. Picard con ironía.

—Vos sabeis que soy mayordomo de mi parroquia, y ademas hombre honrado.....

—Los jueces decidirán; en cuanto á mí, lleno mi deber arrestandoos.

La puerta del laboratorio cedió al fin.

Entraron, y se encontraron tirado en el suelo el cuerpo inanimado de Sainte-Croix. Habiéndosele roto la màscara de cristal, el olor de los venenos habia asficsiado à nuestro alquimista.

Los arqueros y escribano, se apoderaron de los papeles que estaban en el escritorio y los entregaron al comisario.

—La suerte os es en contra, dijo éste á Belleguise, mostrándole un paquete de cartas: negaréis vuestra firma?

Belleguise se estremeció.

—Imprudente! dijo en voz baja el propietario honrado y modesto: qué es lo que he hecho..... estoy perdido!

—Tengo miedo, dijo uno de los arqueros con tono burlesco.

El comisario releyò atentamente muchos papeles. Llamó á su escribano, le habló al oido, y despues en voz alta dijo á los soldados:

—Al hotel de madame de Brinvilliers!.....

IV.

EL CONVENTO.

En una gran sala, cuyas bóvedas estaban sostenidas por varios arcos, adornada con cuadros de santos y que recibia la claridad por unas ventanas con vidrieras de colores, estaban sentadas sobre un banco de fresno esculpido, tres jovencitas vestidas con el trage blanco de las hermanas de la Visitacion.

—Paso en silencio algunas cosas que me conciernen y que os interesan poco, —decia la mas jóven de las tres religiosas ocupada en leer una carta,—y llego al mayor suceso que en este momento agita á todo Paris. Escuchad, hermanas mias, lo que sobre ese particular me escribe mi hermano, uno de los mas bellos y amables capitanes del regimiento de Tracy:

"Te prometí en mi última carta, mi buena Amelia, contarte en mi prócsima una historia sorprendente, que tiene relacion á la de los famosos envenenadores de Paris. Tal vez esta carta será larga; pero cumpliré mi promesa.

"Para que puedas comprender bien lo que va á seguir, me veo precisado à comenzar mi narracion desde los sucesos acaecidos el año 1668. En dicha época mi regimiento tenia un valiente capitan sin nombre ni fortuna. Sainte-Croix (así se llamaba), no se sabe como se hizo amigo del marques de Brinvilliers, maestre de campo del regimiento de Normandía, quien le presentó á su esposa, y como dice La Fontaine, nuestro amable compositor de cuentos, "los dos amantes se amaron." Duran te algun tiempo todo fué bien: la nobleza cerró los ojos á las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Al menos, nadie me sorprenderá por este lado. Ah! Señor de Sainte-Croix, murmuró en voz baja, sois hábil, convengo en ello, pero no os debisteis dirigir á mí. He comprendido bien el sentido de vuestra carta: *vuestro de corazon*, esto me dice bastante.

—Veamos si todas mis disposiciones están bien tomadas, replicó dando aún una vuelta al rededor del aposento: esta puerta está bien cerrada; abajo, en la escalera, he puesto dos lacayos armados que acudirán al primer grito y entrarán por esa ventana: en cuanto á mí, mis pistolas son buenas y no me faltarán. Vamos! es preciso que hoy, sea poseedor del secreto de la trasmutacion de los metales y de los admirables venenos de M. de Sainte-Croix!

Levantó la tapicería y dió tres golpes á la puerta del laboratorio: al mismo tiempo se dejó oir en la escalera un ruido y una voz que gritaba.

—Abrid, en nombre del rey!

—En nombre del rey! repitió Belleguise asustado: estoy perdido! á dónde huiré, á dónde me ocultaré!

Los cerrojos de la puerta de entrada cedieron á los reiterados sacudimientos de los arqueros del prevostazgo, y un comisario seguido de su escribano entró.

—Apoderaos de ese hombre, dijo el magistrado á los arqueros señalando á Belleguise.

—Pero señores, os engañais; no soy el que buscais; habia venido solo.... Escuchadme, señor Picard.....

—Callaos! dijo secamente el comisario.

Y ordenó á dos arqueros que lo amarrasen, y á otros dos de descerrajar la puerta del laboratorio.

—No sufriré semejante insulto, decia Belleguise tratando de desasirse. Ah! señor Picard, os lo suplico, haced que se me ponga en libertad: os juro que solo la casualidad.....

Y al hacer un movimiento, se le cayó una de las pistolas.

—Traeis una pistola, y en esta casa..... Oh! lo veo, la casualidad os ha inspirado muy mal, replicó M. Picard con ironía.

—Vos sabeis que soy mayordomo de mi parroquia, y ademas hombre honrado.....

—Los jueces decidirán; en cuanto á mí, lleno mi deber arrestandoos.

La puerta del laboratorio cedió al fin.

Entraron, y se encontraron tirado en el suelo el cuerpo inanimado de Sainte-Croix. Habiéndosele roto la màscara de cristal, el olor de los venenos habia asficsiado à nuestro alquimista.

Los arqueros y escribano, se apoderaron de los papeles que estaban en el escritorio y los entregaron al comisario.

—La suerte os es en contra, dijo éste á Belleguise, mostrándole un paquete de cartas: negaréis vuestra firma?

Belleguise se estremeció.

—Imprudente! dijo en voz baja el propietario honrado y modesto: qué es lo que he hecho..... estoy perdido!

—Tengo miedo, dijo uno de los arqueros con tono burlesco.

El comisario releyò atentamente muchos papeles. Llamó á su escribano, le habló al oido, y despues en voz alta dijo á los soldados:

—Al hotel de madame de Brinvilliers!.....

IV.

EL CONVENTO.

En una gran sala, cuyas bóvedas estaban sostenidas por varios arcos, adornada con cuadros de santos y que recibia la claridad por unas ventanas con vidrieras de colores, estaban sentadas sobre un banco de fresno esculpido, tres jovencitas vestidas con el trage blanco de las hermanas de la Visitacion.

—Paso en silencio algunas cosas que me conciernen y que os interesan poco, —decia la mas jóven de las tres religiosas ocupada en leer una carta,—y llego al mayor suceso que en este momento agita á todo Paris. Escuchad, hermanas mias, lo que sobre ese particular me escribe mi hermano, uno de los mas bellos y amables capitanes del regimiento de Tracy:

"Te prometí en mi última carta, mi buena Amelia, contarte en mi prócsima una historia sorprendente, que tiene relacion á la de los famosos envenenadores de Paris. Tal vez esta carta será larga; pero cumpliré mi promesa.

"Para que puedas comprender bien lo que va á seguir, me veo precisado à comenzar mi narracion desde los sucesos acaecidos el año 1668. En dicha época mi regimiento tenia un valiente capitan sin nombre ni fortuna. Sainte-Croix (así se llamaba), no se sabe como se hizo amigo del marques de Brinvilliers, maestre de campo del regimiento de Normandía, quien le presentó á su esposa, y como dice La Fontaine, nuestro amable compositor de cuentos, "los dos amantes se amaron." Duran te algun tiempo todo fué bien: la nobleza cerró los ojos á las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

intrigas de la marquesa y á los locos amores de su marido: pero M. Dreux d'Aubray, padre de madame de Brinvilliers, obtuvo del rey una órden de prision, é hizo encerrar á Sainte-Croix en la Bastilla.

"Las prisiones están tan mal organizadas en el dia, mi querida hermana, que los desgraciados que entran con un corazon sencillo é inocente, se pervierten y salen siempre de ellas con intenciones culpables. Allí aprenden unos á robar con habilidad; otros la astrología, la alquimia, la nigromancia, y todas las ciencias diabólicas de nuestro dichoso siglo, así como tambien adquieren las ideas *de vivir en el adulterio.* (Remarca bien, querida hermana, esta frase significativa.)

"Sainte-Croix se encontró en la Bastilla un llamado Exili, envenador italiano, que le dió el medio de vengarse del teniente civil. Conseguida su libertad en 1661, contuvo la persecucion de M. d'Aubray contra él, envenenándolo. Habiéndose concebido sospechas por la muerte repentina del magistrado, sus dos hijos hicieron llamar á los médicos para que practicasen la autopsia del cadáver; pero ningun indicio se descubrió del veneno. Un año despues, no quedaba de la familia de Aubray mas que la marquesa de Brinvilliers.....

"Estas tres muertes, despertaron las sospechas de la justicia: se hicieron mil pesquisas; á varios inocentes se les dió tortura, y como siempre sucede, los criminales verdaderos quedaron desconocidos, y lo serian hoy aún, si no fuera por la circunstancia estraordinaria siguiente:

"Habiendo recibido avisos secretos un comisario de policía, se presentó un dia en la casa de un llamado de Breuille, que vivia cerca de la plaza Maubert, y, puedes figurarte cuál seria su sorpresa al encontrar en dicha casa á un honrado y rico propietario del barrio de San Marcelo, y á M. de Breuille (que no era otro que Sainte-Croix) envenenado por sus propios venenos. Hé aquí las historias que sobre tal suceso circularon. Unos decian que Sainte-Croix era inocente y que se habia asficsiado buscando la piedra filosofal; otros, piensan que es culpable por haber compuesto venenos; pero se afirma que habiéndole prodigado prontos socorros, le volvieron á la vida. Varias veces me he preguntado, por qué no lo juzgan? Se espera tal vez que sus cómplices sean arrestados? Lo ignoro.

"Una cajita hallada en su aposento y que fué abierta, dió la prueba de su culpabilidad. Ella contenia la correspondencia que tenia con Madame de Brinvilliers, con los Sres. Peunautier, Belleguise, de Caumont y otros personages de un rango muy elevado. Dicha correspondencia acusa á la marquesa del envenenamiento de su padre, y á Belleguise y Peunautier de muchos otros crímenes cometidos con los venenos dados por Sainte-Croix; ademas, se hablaba allí de un tal Lachausée, que habia estado al servicio de M. Dreux de Aubray, como el principal instrumento de que se servian la infame marquesa y su amante.

"El comisionado, sorprendido de un descubrimiento que en verdad no esperaba, se trasportó al momento al hotel de Madame de Brinvilliers, pero no habia ya nadie en él. La rica y culpable heredera de Aubray habia partido aquel mismo dia para ir á un convento.....

—A un convento? repitieron las dos religiosas interrumpiendo á la jóven lectora: ¿y en cuál? preguntaron con interes.

—Si me hubieseis dejado concluir, os habria dispensado el que me interrumpiéseis, replicó Sor Amelia con un aire picado.

".....Para ir á un convento de España ó de Italia. Esto es todo lo que se pudo saber por su viejo intendente que es sordo, obstinado, casi ciego y enteramente adicto á su ama.

"El comisario, despues de haber registrado todos los papeles se retiraba, cuando al pasar delante de la casa de M. de Caumont, apercibió un gran número de personas reunidas: se acerca, y sabe que un criado de M. de Breuille (Sainte-Croix) habia querido corromper á otro de los de M. de Caumont, para que echase un cierto licor en el vino de su amo. El comisario arrestó entónces á Lachausée (era él) y le condujo al *Châtelet* (1).

Este miserable, con la mira sin duda de salvarse, culpó de todo á la marquesa y á Sainte-Croix, pero no le valieron sus delaciones y el 4 de Marzo de 1673 fué descuartizado vivo en la plaza de Grève, enmedio de los gritos de alegría del populacho.

En los momentos en que te escribo, el señor marqués de Brinvilliers acaba de ser matado en un desafío, por haber querido vengar el honor de una actriz del teatro de Petit-Bourbon, llamada Eulalia.

"—Cambiemos y vamos á otra cosa, hermana mia, hablemos de tu Alfredo."

Amelia se contuvo al momento y se sonrojó.

—Hola, veis á la disimulada, dijo la jóven religiosa, que habia interrumpido la primera lectura; nada nos habia dicho de *su* Alfredo.

Y apoyó la acentuacion sobre el adjetivo posesivo.

Amelia dobló su carta sin hacer caso á los reproches que le dirijian, y la guardó en el seno. Se disponia á dejar á sus compañeras, cuando una religiosa la tomó por el brazo y le dijo en voz baja:

—He juntado casi todos los pedazos de la carta de Sor Margarita, *la santa,* como la llamamos, y espero saber bien pronto lo que encierran.

—Es preciso confesar, hermanas mias, replicó Amelia, esforzándose en tomar un aire severo, que es muy mal hecho el leer una carta que no nos está dirigida.

—Pero es que cuando alzamos del suelo ese papel roto en muchos pedazos y caido de la bolsa de Sor Margarita, no creimos que fuese una carta. Ahora, añadió, creo que he descubierto un gran secreto.

—¡Un gran secreto!

—Sí, hermanas mias: esa estrangera que parece tan triste, tan resignada, no es otra.....

—¿Y bien?

—Vámonos de aquí, miradla, ahí viene por ese lado!

---

(1) Castillejo. Llamábase tambien así un tribunal de Paris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Sor Margarita entró seguida de un individuo de 35 á 40 años, de una talla ordinaria, de facciones finas y delicadas, ojos perspicaces y vestido elegantemente con el trage de abad de la corte.

—¿Necesitais, decis, de estar solo conmigo?—dijo Sor Margarita sentándose en un banco.

—Sí, hermana mia.

—Hablad, padre, ya os escucho.

—Estais bien segura de que nadie nos sorprenderá?.... Cerrad, os lo suplico, esas puertas y esas vidrieras, porque si nos escuchase alguno, dijo en voz muy baja, todo se perdería.....

Sor Margarita se levantó, cerró las dos puertas y la ventana y volvió á sentarse al lado del abad, que veia por todas partes si habia algun lugar por donde lo espiasen.

—Ahora podeis hablar, padre.

—No hay peligro ninguno?.....

—Ninguno.

—Pues bien, prestad vuestra atencion, dijo, despues de haber paseado sus miradas por la vigésima vez á su reedor. He llegado de Paris, y solo desde ayer estoy en Siège.

Margarita no pudo comprimir un movimiento.

El abad replicó:

—Vengo de recorrer el reino de Francia, pero ¡en qué estado le he hallado, Gran Dios! He visto el vicio ocultarse bajo la máscara de la virtud: he visto con dolor el ateismo germinar en todas las clases y esparcirse la corrupcion entre los grandes. Oh! hermana mia, ¿lo creereis? Los nobles y los poderosos se hacen en secreto una guerra de esterminio: el hijo mata al padre por satisfacer su ambicion: la hija envenena á la madre, al hermano, á su familia toda, por favorecer sus ilegítimos amores, por poner en su frente la vergonzosa señal de la disipacion, por.....

—No acabeis, padre!—esclama Sor Margarita levantándose con precipitacion y asiendo por el brazo al abad:—no acabeis, os lo suplico.

—Ella es,—dijo aparte el abad: despues, con voz dulce continuó:

—Cómo no ha de suceder eso en una sociedad cual la nuestra, en la que el honor, la probidad, la virtud, aun el talento, no se tienen en nada y en que solo el oro se sobrepone á todo? Se entrega á una jóven á los brazos de un hombre á quien jamas se ha visto, y se le dice: Sé la esposa de ese hombre! Y esa muger, para deshacerse de la tutela de un padre y de un esposo, arma su brazo, comete un crímen.....

Sor Margarita se estremece.

El abad, atento á sus menores movimientos, le dice con una voz aun mas dulce:



SALMON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos, valor, hermana Margarita, valor: sois bien desgraciada, habeis sufrido mucho y Dios.....

—¿Qué quereis decir? pregunta ella asustada: quién os ha dicho?

—Un pobre pecador que no ha podido expiar sus crí.... sus faltas en un claustro.

—No os comprendo.

—O mas bien dicho, finge no comprender,—se dijo para sí el abad: pongámosla en el camino.

—Hermana mia, mi querida hermana, dijo lo mas religiosamente que le fué posible; no he venido á este convento mas que por veros.

—A mí!

—Y daros un mensage que á nadie sino à vos debo confiar.

—Un mensage.... á mí.... os engañais, sin duda, padre mio.

—No, Madame de Brinvilliers, respondió el abad con voz grave y firme.

—Silencio! silencio! dijo ella temblando: hablad mas bajo, señor, ó me perdeis!

—Hé aquí, señora, continuó el abad, por qué he querido que estemos sin testigos.

—Pero ese mensage, ¿de quién puede ser? En Paris todos ignoran el lugar de mi retiro.... no estoy en correspondencia con nadie, así es....

—Leed, señora.....

Y le dió una carta que llevaba entre las hojas de un libro de horas.

—De Sainte-Croix! dijo ella con alegría, despues de haberla recorrido con la vista: de Sainte-Crojx á quien creía muerto, y de quien todas las gacetas anunciaron el fin trágico.... ¿Pero ecsiste, pues, aún?

—Sí, hermana, gracias al cielo y à mí.

—¿Como, padre, á vos es á quien debe la vida y la libertad?.....

El abad le esplicó que habia hecho trasportar à M. de Sainte-Croix á su casa, despues de la visita del comisario, y que allí, remedios de los cuales él era el único que conocia los efectos, habian bastado para volver á la salud á su infortunado amante.

—Ademas, señora, esa carta os dirá cuanto deseis saber.

La marquesa leyó la primera página del escrito; despues, dirijiéndose repentinamente al abad:

—Está él aquí, le dice con viveza, quiere verme.... me espera.... desea llevarme con él á Italia: pero, padre mio, no puedo dejar este convento. ¡Qué dirá mi hermana!

—Continuad, replicó el enviado con la mayor sangre fria.

—Cielos! estoy perseguida! el teniente de lo criminal ha descubierto mi retiro.... El consejo de los sesenta de Liége ha dado la órden "de arrestar adonde "quiera que se encuentre, á la marquesa de Brinvilliers, condenada por contu- "macia á...."

Ella se contuvo.... dejó caer la carta de Sainte-Croix, y poco faltó para que perdiese el sentido.

—Lo veis, señora, replicó el abad, es preciso partir porque ántes de que llegue la tarde, qué digo! ántes de una hora, en un instante tal vez, sereis arrestada y conducida á la conserjería de palacio. Dejad, hermana, esta ciudad y este convento. M. de Sainte-Croix os espera en un coche.....

Y al decir estas palabras, abrió una ventana y enseñó á algunos pasos del convento una carroza de viage.

—Huid, Señora, huid, apreciada hermana, y salvad dos víctimas de la intolerante justicia de los hombres!

Puso en las espaldas de la marquesa una gran capa y la llevó casi á pesar de ella hácia la escalera.

Las tres religiosas que hemos visto al principio de este capítulo entraron por la otra puerta. Parecia como que concertaban alguna cosa entre sí y hablaban en voz baja.

— Os digo que es ella la que acaba de salir con el señor abad.

—Y yo os digo, replicó Amelia, que os engañais: Sor Margarita es mucho mas pequeña.

—Mirad, y creeréis á vuestros ojos, dijo otra religiosa abriendo la ventana: es ella la que sube al carruage, voltea hácia este lado, nos hace señales.... Mirad, hermanas mias, nos llama, ois sus gritos?....

—Qué sucede aqui? dijo, entrando á aquel lugar la superiora Sor María; por qué no estáis en la sala de estudios, hijas mias?

En este momento se oyó un grito lastimero y el ruido de un coche que partía. La superiora quiso ir á la ventana, pero sus piés pisaron una carta abierta que llamó su atencion.

—Qué papel es este, pregunta ella?

Sor Amelia lo levanta y se lo dá sin responder.

El rostro de la superiora se puso encarnado.

—Que traigan al instante á Sor Margarita! dice, con un acento lleno de la mas violenta desesperacion.

—Imposible, señora,—dice,—entrando el abad que acabamos de ver.

—El Señor abad! dijeron las monjas admiradas.

—Sí, hermanas mias.

Se aprocsimó á la superiora y en voz baja, le dijo:

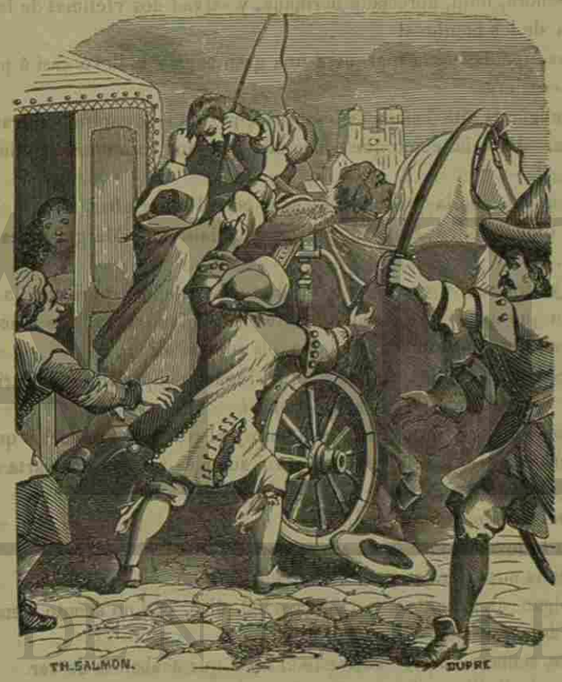
—Madame de Brinvilliers acaba de salir en este instante de Liége y vá á Paris.

—A Paris?

—Para ser juzgada por el Parlamento.

—Pero quién sois vos entónces, vos que la habeis entregado?

—Desgrais, escento del prevostazgo!



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

V.

LA PLAZA DE GREVE.

En el reinado de Luis XIV, la plaza de Grève de Paris, tenia una singular apariencia: era mas larga, mas angosta, mas irregular y aun mas mal empedrada de lo que lo está hoy, lo que no es poca cosa. A un lado de ella, se elevaba el macizo *Hotel-de-Ville* de Domínico Boccardo, que parecia al lado de los contemporáneos "un coloso en medio de mezquinas cabañas:" al otro, se veian agrupadas una tras de otra, con una irregularidad muy graciosa, las habitaciones del siglo XV, flanqueadas por torrecillas cuadradas, redondas y octògonas, con sus guardapolvos salientes cubiertos de bisarras esculturas y coronadas por techos puntiagudos. Adelante de la plaza y siguiendo la prolongacion del ángulo á derecha del muelle Pelletier, habia una gran cruz de piedra dando frente á nuestra Señora, y cuyo pedestal estaba sumergido en la arena.

Cada año iba el pueblo á quemar un fuego artificial en aquella plaza, para lo cual el mismo prevoste daba la señal. Cada vez que á los señores del parlamento se les antojaba condenar á un inocente ò á un culpable, se levantaba en ella el cadalso y despues de algunas horas la justicia del rey quedaba satisfecha. Allí era donde el pueblo de Paris se regocijaba (¡el buen pueblo!) cuando Dios daba un príncipe á la Francia, ó cuando un rey sabio disminuia las contribuciones, lo que sucedia rara vez.

El dia 16 de Julio de 1676, aquella plaza estaba desde por la mañana agitada bajo todos aspectos. En las calles, en las plazas, en los muelles, se apercibian grupos y reuniones de gente. Los paseantes —y eran en gran nùmero— subian el Sena cual si hubiesen querido costear la Grève hasta el puerto de Foin; marchaban con un aire preocupado, se paraban con una intencion marcada y se hablaban en voz baja. Lo que sorprendia bastante era, que á cada paso se veian nobles mezclados con lugareños, mugeres de calidad, hablando con obreros, estudiantes y lacayos.

Qué gran suceso habia sobrevenido tan repentinamente para hacer una fusion tan pronta?

Qué espectàculo daba la buena ciudad de Paris à sus habitantes para que la alta nobleza se encontrase confundida con los honestos mercaderes del barrio de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bourdonnais?—Se iba simplemente à decapitar y quemar en la plaza de Grève, à Margarita de Aubray, marquesa de Brinvilliers!....

—La jornada será buena, decia en el medio de un grupo de gentes andrajosas, uno de esos mendigos de la corte de los Milagros, que formaban aun en aquella época bajo el nombre de *cagous*, de *rifodes*, de *malingreux* y *coquillarts*, compañías de bohemios, ó por mejor decir, de estafadores de bolsas, dirigidos por el gran Coërre.

—Bien, respondió con aire de poco satisfecho, otro personage andrajoso que se fingia epiléptico: bien, así debe de ser, porque desde hace mucho tiempo, no se habia visto tan bella ni tan numerosa compañía en la Grève: pero ese maldito señor de la Reynie nos vigila tan de cerca con sus espías....

—Y sus linternas! interrumpió bruscamente un tercero.

—Sí, y yo os pregunto, replicó aquel que habia hablado el primero, de qué sirven las luces en las calles de Paris? Es preciso que el señor teniente general, sea muy enemigo de las gentes pobres!

—Dí de los hijos desgraciados de Bohemia: esclamó con tono lastimero una vieja mendiga que se apoyaba en una muleta. Este era el buen tiempo en otras veces; éramos muchos mas que ahora y sin embargo, podiamos mendigar cuanto queriamos, podiamos cortar en medio del dia, las escarcelas de los buenos lugareños y reunirnos sin temor en los patios de los Milagros de la calle Saint-Denis, de la calle Damiette, de la calle Mortellerie y del barrio de San Marcelo. Ningun arquero se habria aventurado en las calles tortuosas que conducen á nuestras habitaciones! Pero hoy, se os prohibe à vosotros los Bohemios, el llévar espada ó mosquete: van à vuestras casas á quitaros vuestras mugeres y vuestras hijas, y no se pasa una semana sin que las horcas de la plaza Dauphine y de la Croix-du-Trahoir, no reciban algunos de nuestros hijos! Que và à ser de nosotros, Virgen Santa, con esto Señor de la Reynié?

—Callad vosotros y escuchadme.

—El segundo del gran Coërre! dijeron los mendijos en voz baja.

En efecto, el hombre que se presentó no era otro sino el segundo, ó teniente del soberano de la corte de los Milagros.

A una señal que les hizo, todos se refugiaron en un rincon del muelle Pelletier á fin de que nadie les incomodase: una vez allí, el segundo les dijo con misterio, distribuyendo á cada uno de ellos monedas de oro y de plata:

—No os alejeis del lugar de la ejecucion porque el negocio será sangriento. Es preciso que nos venguemos del teniente general de policía, matando sus arqueros y salvando á la marquesa de Brinvilliers.

—Ah! en cuanto á eso, contáis con algo para llevarlo al cabo? preguntó maliciosamente uno de los bohemios.

Sin hacer caso de tal interpelacion, el segundo en gefe continuó:

—Todos los mendigos del barrio de San Salvador están prevenidos y ántes de una hora estarán en la plaza de Grève con sus armas.

—Pero, y las órdenes de M. de la Reynié? dijo la vieja.

—Sabremos burlarlas. Ademas, qué es lo que queremos? reconquistar nuestros derechos y dar la libertad á nuestros hijos: así pues, cuento con vosotros?

—Sí, sí, repitieron todos los mendigos: no queremos ver mas á M. de la Reynié ni á sus arqueros!

—Pues bien, à las seis, en el rincon de la calle de Mouton: allá os diré lo que será preciso hacer.

Y se dirijió hácia el puente de Nuestra Señora.

—Es igual, dijo el mendigo interruptor; la marquesa de Brinvilliers puede vanagloriarse de tener un famoso defensor en ese italiano.

Salieron, dirijiéndose á la plaza de Gréve: unos cojeando y pidiendo limosna, otros robando con suma maestría las bolsas que, segun costumbre, se llevaban pendientes de la cintura.

En aquella especie de solemnidades, los estudiantes y calaveras se hacian notables por sus farsas para con los lugareños y las observaciones que hacian en voz alta criticando los arrestos de la autoridad.

—Saben ustedes, Señores, decia á una multitud de estudiantes uno de aquellos calaveras, montado sobre la cruz de que ya hemos hablado y en la que estaba á caballo apesar de las severas demostraciones de algunos devotos del barrio: saben ustedes, que me parece demasiado audaz el parlamento con haber aprisionado en un pais estranjero, en un convento, (remarcad esto bien) á una muger cuyo crímen no está probado. Se me objecionará, lo sé, el envenenamiento de su padre, la confesion escrita por ella y encontrada en Liége por el escento Desgrais, pero yo os diré, que en una época en que los envenenamientos son tan frecuentes, bien se puede condenar á un inocente por un culpable. Vosotros lo sabeis, señores, la justicia hace muy á menudo cosas semejantes. Quién puede asegurar, agregó con énfasis y moviendo sus piernas cual la péndula de un relox, quién puede asegurar que un enemigo de M. de Aubray no sea el que se ha vengado de él haciéndole envenenar por medio de ese miserable de Lachaussée? ¿Quién puede asegurar que la confesion que se atribuye á la marquesa es en realidad de ella?

Uno de sus compañeros iba á tomar la palabra, cuando el mismo escolar le interrumpió diciendo en el mismo tono y dando un puntapié al sombrero de tres picos de un mercader de fierros:

—Sé, ademas, lo que en oposicion podeis decirme, pero lo que os es imposible destruir, son los buenos antecedentes de la acusada. Las religiosas, sus compañeras, á causa de la piedad profunda, ¿no la llamaban Sor Margarita la *santa*?

La santa, lo oís? Y esa muger, señores, arrestada por medio de una intriga, es á la que el parlamento ha condenado al último suplicio.

Se limpió la frente—porque hacia un calor terrible—y se quedó mirando la multitud con aire satisfecho.

—Bravo, bravo! Blondel, gritaron sus camaradas: mereces por tus alegatos elevarte mas alto de lo que hoy estás sobre esa cruz.

—Señores, dejémonos de chanzas, replicó Blondel afectando una gravedad ridícula: tengo que hablaros de la defensa de maestro Nivelle, el abogado de la acusada.

Y al decir estas palabras, de un segundo puntapié quita el sombrero y la peluca á un viejo platero que se paseaba con su hija. Sin poner atencion á aquel desastre y á las imprecaciones del viejo, continuó:

—Convendreis conmigo, señores, en que la acusada ha sido muy mal defendida. No quiero decir que al defensor le falte talento, su *Factum* es un trabajo digno de nuestros mas hábiles jurisconsultos. Pero, ¿encontrais una cosa mas simple (dispensad la palabra) que su defensa? Me parece que no debió citar á San Basilio y San Ambrosio, ni la Biblia, ni los concilios para decir que la confesion no puede ser una prueba en justicia: no tenia mas que probar simplemente que el billete encontrado en la caja no era de la acusada: entonces....

Por desgracia para el orador, sus piernas tocaron, no una peluca ó un sombrero, sino las espaldas de un arquero del prevostazgo. El soldado, opco satisfecho con el insulto, se volteó y dió á Blondel un fuerte golpe. Los estudiantes, que vieron eso, saltaron sobre el arquero para vengar á su camarada; los hombres honrados tomaron parte en favor del prevostazgo, y comenzó una encarnizada refriega. Una patrulla pasaba por allí, por fortuna, con el fusil al brazo: al verla los estudiantes se pusieron en fuga, y el pobre Blondel, subido en la cruz, fué el único arrestado y conducido á la prision.

En el otro lado, es decir, cerca de las casas que formaban la esquina del muelle Pelletier y la plaza de Grève, pasaba una escena de otra clase. Se apiñaba la turba al rededor de una muger como de cuarenta años de edad, que escitaba la compasion en los unos y el disgusto en los otros.

Era la camarista de la acusada.

Hablaba con facilidad y contaba á las comadres del mercado de Champeaux, la vida de la marquesa en su prision.

—Oh! si vdes. supieran, les decia, cuánto ha sufrido mi pobre señora!

—Contádnoslo, repitieron por varias veces las roncas y envinadas voces que con facilidad se conocia eran de las mugeres del mercado.

—Como no me he despegado de ella un instante, voy á deciros todo lo que ha pasado desde que M. Edme Pirot, doctor de Sorbonne vino para prepararla á morir (1). Es un hombre bien digno el Sr. Pirot: á menudo nos ha dicho á mí y á los guardianes, que hubiera querido dar su vida por salvarla.

(1) Los curiosos detalles que siguen, y que no se encontraban impresos en ninguna parte, son de la mayor esactitud. Haciendo indagaciones para asegurarnos de la veracidad de nuestro viagero, encontramos en la biblioteca de la calle de Richelieu, en un manuscrito en folio, intitulado: *Ultimos momentos de la marquesa de Brinvilliers*, por el Dr. Edme Pirot, una narracion de todas las circunstancias estraordinarias consignadas en su relacion. Publicamos al fin un resúmen de esta interesante obra.

—Es bien bueno entónces vuestro M. Pirot, interrumpió refunfuñando una gorda tablajera de la ciudad.

—No tengo necesidad de deciros, continuó la camarista, que mi señora está alojada en la conserjería de palacio, en la *torre de Montgomery*. Su aposento habia servido otras veces de prision á un poeta llamado Teófilo, y en sus paredes aun se ven versos escritos por la mano de aquel desgraciado. Cuando mi señora, despues de la defensa del maestro Nivelle, entró al aposento, parecia haber perdido toda esperanza. Pero, sea por fatiga, sea por abatimiento, se durmió y no despertó sino al otro dia en la mañana al ruido de los pasos de M. Pirot y de un sacerdote. Al ver esos dos personages conoció de lo que se trataba; pero su valor no le abandonó y se presentó á aquellos santos hombres tranquila y serena. El confesor la llevó hácia un lado, y se pusieron ambos á orar durante muchas horas. Despues de un largo silencio oímos distintamente á M. Pirot que decia á la marquesa:

—No os creo culpable, señora; sin embargo, me es preciso saber la verdad de vuestra boca: hacedme vuestra confesion.

Pero, padre mio,—preguntó ella con dulzura—me serán perdonados mis pecados?

A una señal de cabeza de su confesor, ella continuó:

—¿Y podré, entónces, recibir el viático?

—No, señora,—replicó gravemente el doctor:—si estais condenada (lo que aun ignoro) la comunion os está vedada: recordad que otros en otras veces, los acusados, no podian ni confesarse ni recibir la absolucion.

—¡Cómo!.....

—Pero no os asusteis,—replicó,—si el parlamento os declara inocente.....

—¡Inocente! oh, padre mio, no lo espero.

Entónces la vimos llorar y arrodillarse con una gran devocion: despues habló tan bajo, que no pudimos oir la mas mínima palabra de su conferencia con el confesor. Esa conferencia duró hasta muy entrada la noche. El doctor Pirot se retiró dándole alguna esperanza, y volviò al otro dia á las seis de la mañana, seguido de un médico de la conserjeria que venia en busca de mi ama para llevarla á la *cámara del tormento*.

El tormento es una cosa horrorosa. Preciso es que haya hombres bien crueles para ordenarlo á sangre fria. La marquesa lo sufrió con un valor estraordinario. Todos sus miembros fueron dislocados, le rompieron los huesos, le magullaron los piés con dos maderos y le pusieron unos instrumentos de fierro ardiente sobre sus carnes. Al entrar en su aposento pálida, dolorida, desfigurada, con voz moribunda, dijo á su confesor:

—Padre mio, mirad una tortura que ha sido bien larga, bien horrible. Pero mi vida toca á su fin, ¿no es verdad? Preparadme, pues, á comparecer ante el tribunal de Dios.

Quise aprocsimarme á ella, pero distinguí al verdugo.... Iba andando gravemente seguido de sus sirvientes, y parándose delante de mi señora, con voz grave la dijo:

—Seguidme, señora.

A pesar de su debilidad, ella se arrastró hasta la capilla: el doctor Pirot entonó el *Veni Creator* y la dió la absolucion. Terminada esta ceremonia, madama de Brinvilliers fué conducida á la *sala* llamada de los *acusados*.

—Oh! entónces no pude contener mis lágrimas al oir la lectura del arresto, viendo á mi pobre señora revestida con una camisa embarrada de azufre. El verdugo y sus sirvientes la pusieron descalza, le ligaron los brazos con fuertes cuerdas, y despues de ponerle una antorcha encendida en la mano, la hicieron subir en un carro sucio.... Ese triste tren se dirigió á la plaza de Nuestra Señora, atravesando lentamente por entre un populacho inmenso y furioso, listo á precipitarse á cada momento sobre la acusada. Apenas hubo llegado al atrio, me acerqué al carro y oí á M. Pirot que decia á mi señora:

—Aquí es, señora, donde debe hacerse la retractacion pública.

Mi señora creo no comprendió lo que se le dijo, porque su confesor añadió:

—Esta ceremonia consiste en hacer, arrodillada en esta plaza, la confesion pública de vuestros crímenes y pedir perdon á Dios.

Los soldados hicieron retirar á la multitud y formaron valla. La acusada, colocada entre los representantes de la justicia divina y los de la justicia humana,—entre el sacerdote y el verdugo—se encaminó hácia Nuestra Señora. Las espaciosas puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par: el dia, sombrío de por sí, apenas alumbraba aquella dolorosa escena: al fondo del santuario se veian largas cortinas negras y los cirios ardiendo. Los clérigos todos, sentados en el coro, salmodiaban con voz grave y severa las oraciones de los muertos; despues se oian los cánticos de esperanza mezclarse á aquel concierto siniestro y todo volvia á quedar silencioso y en calma. Mi señora, arrodillada en los escalones de la portada, escuchó su sentencia de muerte sin hacer el mas mínimo movimiento, sin arrojar un solo suspiro, y con voz débil y entrecortada, dijo:

"Reconozco que con maldad y por venganza, envenené á mi padre y á mis "dos hermanos por poseer sus bienes, de lo que pido perdon á Dios, al rey y á la justicia."

Subió de nuevo al carro, y éste se dirigiò hácia la plaza de Grève, mientras que el célebre pintor Lebrun, colocado cerca del hospital principal, dibujaba el pálido rostro de mi pobre señora (1).

Enternecidas las comadres, empezaban á hacer sus comentarios de costumbre, cuando un hombre, envuelto en una larga capa (el que conocemos ya como

(1) Dicho dibujo se encuentra aún hoy en el museo del Louvre. Está colocado en el gran salon de dibujos, arriba del croquis de Francisco I, el Gordo: se halla inscrito en el libro bajo el número 1.101. (*Escuela francesa*)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

segundo de Coërre), se aprocsimó á la camarista, la asió de un brazo y llevándola á un lado, le dijo en voz baja con un lijero acento italiano:

—No ha hablado nunca Madama de Brinvilliers en su prision, de un llamado Sainte-Croix?

El tono imperioso á la par que suplicante con que aquellas palabras fueron pronunciadas, hicieron impresion á aquella muger, y le respondió atemorizada:

—Sí señor, muy á menudo.

Despues, reflecsionando las consecuencias de lo que acababa de decir, se apresuró en agregar:

—Pero, por qué me lo preguntais?

El desconocido la vió sin responderle: despues se alejó de ella y subió la plaza con direccion á la calle de Mouton.

En el mismo momento en que la camarista, sorprendida, asustada, iba á comunicar sus temores á las vecinas, apareció el carreton por el puente de Nuestra Señora, abriéndose paso por entre la multitud que obstruía el camino del muelle Pelletier, é hizo alto en la plaza de Grève cerca de un cadalso, puesto en frente de la gran puerta del Hotel-de-Ville. (Casas consistoriales). La acusada se subió á él con firmeza, se arrodilló sobre las planchas de madera, dando la cara á Nuestra Señora, y escuchó de nuevo la lectura de su arresto.

El verdugo se aprocsimó á ella, le quitó el tocado, le cortó la cabellera y rompió lo alto de su trage....

Al mismo tiempo se escucharon multitud de gritos: los mendigos armados avanzaban furiosos hácia el cadalso, gritando: *Gracia á la acusada! Muera Mr. de la Reynie!* Los arqueros que guardaban el Hotel-de-Ville son batidos y se ponen en fuga. Un hombre, armado con una hacha, ataca solo á aquellos que rodean el cadalso: la multitud se disipa, y los mendigos hacen prodigios de valor.

Mr. de la Reynie, que como todo buen teniente de policía, habia previsto la conmocion y la esperaba á pié firme en el Hotel-de-Ville, envia al instante por la Port-au-Foin y por la arquería de San Juan, arqueros que cercando la plaza tiraron sobre los amotinados. A su turno, huyeron los mendigos. Uno de ellos, sin embargo, el segundo de Coërre, se mantiene recostado á los palos del cadalso y derriba con su hacha á todo aquel que intenta atacarle: va á asir con su mano á Madama de Brinvilliers.... cuando la espada de un soldado le atraviesa el pecho.

Una relijiosa que se habia adelantado al medio de la plaza y que hacia largo tiempo tenia fijas sus miradas sobre el cadalso, recibió en sus brazos á aquel hombre.

—Paolo Exili!—esclama ella con emocion consemplando su rostro.

—Sor María!—dice éste reuniendo todas sus fuerzas.—He querido vengar á mi hermano, y salvar de la infamia el nombre de la hermana de mi bienhechora: yo....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

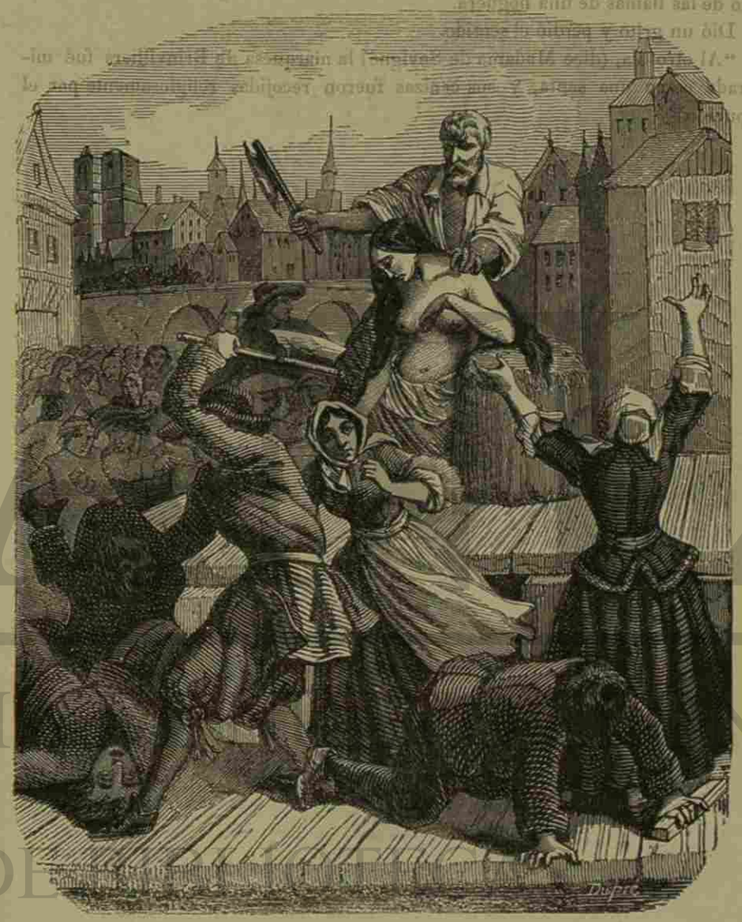
No pudo concluir, dió el último suspiro.

—Hágase la voluntad de Dios!—dijo la religiosa con fervor. Al mismo tiempo resonó cerca de ella un sordo ruido. Levantó los ojos, y vió una cabeza ensangrentada arrancada del tronco del cuerpo, el cual el verdugo arrojaba al medio de las llamas de una hoguera.

Dió un grito y perdió el sentido.

"Al otro dia, (dice Madama de Sevigné) la marquesa de Brinvilliers fué mi-"rada como una santa, y sus cenizas fueron recojidas religiosamente por el "pueblo."





CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

EPILOGO.

Mi narrador, quedó silencioso.

Ya era de noche: el cielo estaba esmaltado de estrellas: la luna alumbraba la cúpula de las torres dé la antigua abadía de Jumièges y daba á aquellas ruinas una palidez sepulcral. Estábamos en la calle principal de Jumièges. M. de Brinvilliers, sin decir una sola palabra sobre la historia que acababa de contar, me saludó y desapareció.

Despues de este encuentro, no he vuelto á oir hablar de él.

EUGENIO BARESTE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RELACION DE LA MUERTE
DE
LA MARQUESA DE BRINVILLIERS,

Por Edme Pirot, doctor de Sorbona, su confesor.

(Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional.)

TAL es el título de un curioso manuscrito que dá nueva luz sobre el carácter de una de las mugeres mas tristemente célebres del siglo XVII.

El autor, eclesiástico y doctor en Soborna, escogido para asistir á la marquesa de Brinvilliers en sus últimos momentos, tuvo con ella largas entrevistas en su prision y la acompañó hasta el suplicio: así pues, debe concebirse el gran interes que tienen los pormenores que nos ha dejado.

El doctor Pirot comienza su narracion desde el momento en que se notifica á la marquesa de Brinvilliers la sentencia que la condena á la pena de los parricidas. Teniendo encargo del primer presidente para estar al lado de ella, cuenta en estos términos las circunstancias de su primer entrevista:

"A eso de las siete y media de la mañana fué á buscarme el padre de Ch.... Estaba leyendo en mi breviario, é iba á la mitad de los maitines, mas como el padre me dijo que en muy pocos momentos podria ver á madama B.... para disponerla á morir cristianamente, creí deber dejar la lectura de mi breviario para otra hora y me dirijí con el P. de Ch.... á la consergería: se nos hizo subir á ambos á la torre de Montgomery al aposento en que estaba madama de B.... Al verme, conoció que yo iba para asistirla en sus últimos momentos y así lo hubiera manifestado si el P. de Ch.... no le hubiese cortado la palabra: como

ella habia comenzado á decir: Es, pues, el señor, el que viene para.... El la dijo:—Comencemos á orar; y nos arrodillamos todos. Dirijimos una oracion al Santo Espíritu y ella me suplicó dirijiésemos otra á la Vírgen, lo cual hecho, se acercó á mí y me dijo:—Señor, con seguridad veo sois vos el que se envia para consolarme: es con vos con quien debo pasar el poco tiempo que me queda de vida. Hace mucho que deseaba con impaciencia el veros.—Vengo, señora, la respondí, á daros en lo espiritual todos los servicios que me sean posibles, los que hubiera deseado dar en cualesquiera otra ocasion que no fuese esta.—Señor, respondió, preciso es resolverse á todo. Y dirijiéndose al P. de Ch....—Padre mio, le dijo, os estoy agradecida por haberme traido al señor, así como tambien por todas las otras cortesías que me habeis dispensado tan de buen grado. No hablaré con nadie mas que con el señor, pues tengo que tratar con él, negocios que se deben hablar á solas. Adios, padre mio. El padre se retiró y me dejó con ella en su aposento. Nos sentamos cerca de una mesa: me habló cual si supiese que estaba condenada: la dije que aún no se la juzgaba, que no sabia cuando lo seria y mucho menos cuál podria ser el resultado.—Señor, me dijo, si aún no estoy juzgada, lo seré muy pronto; la sentencia, tal vez se ejecutará mañana. El retardo de la ejecucion es la única gracia que tengo que pedir al señor presidente; porque en fin, señor, si se me ejecuta hoy, tendré muy poco tiempo para prepararme. Al oirla hablar así quedé satisfecho.—No sé, la respondí, cual será el resultado de vuestra causa, ni cual la sentencia; pero ésta, aún cuando la pronuncien hoy, no será ejecutada sino hasta mañana: estoy cierto de ello.—Señor, replicó ella, mi muerte es segura y no hay para qué concebir esperanzas: tengo que haceros una gran confidencia de toda mi vida; pero ante todo os pido me disimuleis que os pregunte qué idea os habeis formado de mí y qué es lo que debo hacer en mi actual situacion.—Señora, le dije, habeis prevenido mis designios, y me preguntais lo que yo queria deciros; aun no me habeis confesado nada, así es, que debo dudar si sois culpable; pero no ignoro la acusacion que pesa sobre vos, es demasiado pública.—Señor, conozco que se ha de hablar mucho desde hace algun tiempo y que soy la fábula del pueblo.—Sí, repliqué; sé de qué se os acusa, de envenenamiento, y tengo que deciros, que si sois culpable, no debeis esperar el perdon de Dios si no declarais á vuestros jueces qué veneno empleais y quiénes son vuestros cómplices. (Es bien sabido que madama de B.... hizo una confesion completa á la justicia.)

"Poco despues de esto, se le suplicó que bajase para escuchar su sentencia: la oyó sin emocion.—El género de muerte á que se me condena, es bien ignominioso. En la sentencia se habla de fuego, y aunque dice que mi cuerpo no debe arrojarse á él sino hasta despues de mi muerte, es siempre una grande infamia para mi memoria. Se me salva del dolor de quemarme viva y así tal vez se me evita una muerte llena de desesperacion.—Pero la vergüenza ecsiste siempre, señora, la dije: á vuestra salvacion le es indiferente que vuestro cuerpo se ponga entre la tierra para que se pudra y sea consumido por los gusanos ó que sea ar-

rojado al fuego y reducido á cenizas.—De cualesquiera modo que perezca, resucitará, señor; me dijo ella: el fuego es nada para mí aún cuando tuviese que entrar á él viva: pero tengo hijos que me sobrevivirán. La confesion pública y el fuego, son cosas muy terribles para ellos.—Señora, preciso es sacrificar todo lo que os pertenece."

Madama de Briuvilliers, despues de haber hecho una confesion general, estuvo mas tranquila y esperó la muerte con resignacion. He aquí los pormenores que el doctor Pirot nos dá de sus últimos momentos, y de las diversas circunstancias de su suplicio:

"Subí con ella al carro que la conducia al cadalso. Como á los lados oí confusion de voces distintas, de las que unas, demostraban tanta indignacion cuanto marcaban las otras piedad, le dije: Señora, reconoced que merecéis ser maldecida de todo el mundo, pero bendecid á Dios tanto cuanto deberiais recibir las maldiciones de los hombres. Viéndose David maldito y perseguido á pedradas por uno de sus servidores que insultaba su infortunio, reconoció en aquel ultrage la mano de Dios que le heria; inocente cual lo estaba lo sufrió con sumision mirándolo como enviado de Dios para castigarle. Debéis, pues, mirar mas bien á Dios en todo lo que sufris: lo que pueden decir contra vos es mas bien una pena à vuestro crímen que un insulto à vuestra desgracia.—Señor, me dijo ella, con una gran serenidad, así lo tomo y quisiera sufrir mas. Al decirme esto, cambió repentinamente su rostro, llevando sus miradas, que habian estado fijas en mí, hàcia fuera del carro. Su vista titubeó y dió señales de turbacion. Conocí que habia algo que le daba pena, y creí deberlo descubrir para hacer volver su alma à su primera quietud.—Señora, la dije, sin duda habeis visto algo que os ha causado mal?—Señor, respondió volviéndose hàcia mì y esforzàndose en aparecer sin emocion alguna, pero sin poder disipar de un golpe una nube que demostraba con bastante claridad que su espíritu no estaba en situacion natural; no es nada.—Señora, la dije, no podeis desmentir à vuestros ojos, desde hace un momento, estàn llenos de fuego, y esto no puede haberse producido mas que con la vista de alguna cosa desagradable. Qué es lo que puede ser, decidmelo, os lo suplico: me habeis prometido decirme todo lo que os causaria tentacion.—Señor, lo haré asì; pero no es nada. Y dirigiendo sus ojos al verdugo que estaba en pié cerca de mi y me veía;—Señor, le dijo, haceos un poco á un lado para que no vea á ese hombre.—Qué es eso? dije al verdugo.—Señor, me contestó despues de haber visto tras de él y haberse hecho á un lado como se lo habian pedido, entiendo bien lo que es: pero no podia esplicàrmelo sin agacharse; entonces pregunté á la Señora.—Señora, la dije algo sorprendido, qué hay que os desagrade: quién es ese hombre que no queréis ver?—No es nada, respondió: es una debilidad mia que me hace no poder ver con agrado à un hombre que me ha maltratado: ese que habeis visto atras del carro, es Desgrais, el que me arrestó en Liége y que me tuvo por largo tiempo bajo su custodia. Fué para conmigo algo duro y ahora me causa pena el verle.—Señora, la dije sin

ver al lado en que él estaba: he oido hablar de él y aun á vos misma. Fué enviado para apresaros y respondia por vos; así es, que tenia razon en velar por vuestra seguridad. Aun cuando para ello empleara algunos medios al parecer duros, no ha hecho mas que cumplir con su comision, pues sin ello, no podia ser responsable. Estoy seguro que en nada se sobrepasó á sus órdenes, pero aun dado caso de que lo hiciese, debéis guardar algun resentimiento? No debéis amar á todos vuestros semejantes? Si no los amais, no podeis amar tampoco á Jesucristo, de quien son miembros. Es una gran debilidad vuestra el que os haya hecho sufrir la vista de M. Desgrais: no estais en situacion en que debais sucumbir á cualesquiera delicadeza; es preciso, Señora, ver á M. Desgrais no solo sin pena, pero aún con alegría.

"Conocí que mientras le hablaba en esos términos, ella sufría y su rostro revelaba que en su interior combatía con una idea que queria vencer. Ese combate fué corto, y despues de él me dijo:—Señor, teneis razon y conozco lo mal que hago en conservar resentimiento. Pido de ello perdon á Dios, y os suplico que cuando esté en el cadalso no lo olvideis al reiterarme la absolucion, segun me lo habeis prometido. Volviéndose hácia el verdugo,—Señor, le dijo, os suplico volvais á vuestro primer puesto á fin de que pueda ver á M. Desgrais. Mas como el verdugo no se movía, me suplicó de decírselo, lo que hice de su parte. Esta resolucion me satisfizo, apesar de que no se lo dije.

"Estábamos delante del Hospital principal, cuando ella vió que M. Desgrais seguia el carro á caballo, á la cabeza de los arqueros que eran muchos. Como habia algunos de estos colocados adelante, al llegar frente á la iglesia de Santa Genoveva quiso ver à M. Desgrais, y como el verdugo lo cubria, hizo que este se retirase.

"Tenia en mí tanta confianza, que si le hubiese mandado arrojarse viva al fuego, lo habria hecho apesar de que temia mucho ese suplicio: de él me habló tres veces en el camino, una delante del Hospital principal y dos despues de la confesion pública.

"—Señor, me dijo, no se me quemará sino hasta despues de mi muerte, ¿no es así?—Señora, todo lo que sé de vuestra sentencia es, lo que vos misma me habeis dicho: así, pues, si ella dice que vuestro cuerpo se arrojará al fuego despues de vuestra muerte....—Sí,—me dijo interrumpiéndome;—esas son las palabras de la sentencia.—Entónces, no se hará de otro modo; pero, Señora, el apesadumbraros por eso, es una cobardía; y una penitente generosa, lejos de temer, desearia la muerte mas cruel.—Señor,—me contestó con el corazon enternecido,—yo la desearia si no temiese la desesperacion; la desearia con toda mi alma, con tal que Dios no me abandonase. Estoy persuadida de que todo lo que sufro, no es bastante y que no hay una cosa que sobrepase á mis crímenes.

"Cuando entramos al atrio de Nuestra Señora, la dispuse á que hiciese su con-

fesion pública.—Aquì os van á hacer que digais la confesion de vuestros crímenes:—la dije,—no veais esta circunstancia de vuestro suplicio como una fórmula en el castigo de los grandes crímenes que atacan á Dios ó que han sido un gran escándalo para el público: vedla como una oportunidad favorable de reconocer vuestros pecados ante Dios y los hombres. Decid desde ahora estas palabras á Dios:

"Es aquí, Dios mio, donde debo como David, elevaros mis votos en medio de esta gran ciudad, en presencia de todo un pueblo, á la entrada de vuestro santo templo: aquí es donde debo hacer una declaracion de mi crímen: es preciso que diga que he pecado contra el cielo y la tierra y quisiera poder hacer algo que fuese bastante á reparar mis crímenes."

Ella repitió todo esto, y como la dije que desease hacer su confesion en número igual al de las personas que viese en el atrio de Nuestra Señora, me manifestó que hubiera deseado poderla hacer á los piés de todos los hombres del mundo, á los que hubiera querido reunir para ello.

"La hicieron bajar del carro y la seguí hasta la puerta de la iglesia, donde me puse tras de ella. Arrodillada en una de las gradas de la puerta de la iglesia, abiertas de par en par, y enmedio de un inmenso gentío, la dieron la vela encendida que hasta entónces yo habia llevado con ella: un carcelero se puso á su derecha y el verdugo á su izquierda. El primero, le leyó la confesion que llevaba escrita, para hacérsela repetir palabra por palabra. Su voz estaba débil, y eso le impidió hablar tan alto cual muchas gentes deseaban. Como yo me hallaba tras ella la oí distintamente; sin embargo, como el verdugo que estaba algo mas retirado apenas pudo oir las primeras palabras, las que repitió mas bajo que las otras, con voz fuerte la dijo: "Hablad mas recio." Ella levantó un poco su voz, y me pareció hablar con tanta firmeza como emocion.

"La reparacion estaba concebida en estos términos:

"Reconozco que con maldad y por venganza, envenené á mi padre y mis hermanos, y atenté envenenar á mi hermana por tener sus bienes, de todo lo cual pido perdon à Dios, al rey y á la justicia."

"Algunos dicen que rehusó pronunciar el nombre de su padre. Yo no remarqué nada.

"Despues de la confesion la volvieron al carro. Subí con ella y tomé la misma posicion que ántes habia tenido, con mi gorro en la cabeza y un crucifijo en la mano izquierda: en todo el camino no separó la vista del cadalso: la travesía fué larga à causa de la gran multitud que la obstruia, y por entre la cual tuvimos que atravesar. Durante ella, no cesé de hablar disponiéndola lo mas que pude y haciéndola recordar á Nuestro Señor Jesucristo cuando iba al calvario.

"Me pareció que estaba muy conmovida y arrepentida vivamente de sus pecados: dió un suspiro y me dijo:—Señor, conozco que merezco un gran tormento:

conozco que ni la cruz ni el fuego son bastantes à castigarme, y sin embargo, me habria sido muy penoso resolverme à ser quemada viva si me hubiesen condenado á ello.

"La sentencia dice que mi cuerpo será quemado despues de mi muerte, y confio en la palabra que me habeis dado de que así es como se ejecutarà.—Por esto ví que aun temia el ser quemada viva, y me ví precisado á calmarla, respondiéndole que la ejecucion se haria tal cual lo decia su sentencia.

"Multitud de voces se alzaron á su rededor, y hablaban tan alto que era imposible el que dejase de oirlas. La mayor parte de ellas la insultaban y llenaban de imprecaciones. Ella estaba inmóbil y parecia insensible, no obstante estar dotada de una gran delicadeza y de un sentimiento sumamente esquisito sobre el punto de honor y las injurias. Ni una sola vez se quejó de aquel pueblo enfurecido, ni la ví conturbarse. Es que estaba ya poseida de Dios y reconocia lo grande de su crimen. Ni una palabra, ni un reproche, ni una sola queja se escapó de sus lábios: tampoco demostró ningun temor bajo. Si temia la muerte, era en vista de los juicios de Dios; pero ni el aspecto de la Grève, ni la aprocsimacion del cadalso, ni la presencia de todo el aparato terrible, le dieron la mas mínima sombra de terror. Al menos yo no le reconocí nada que lo indicase, pues aunque me hablaba del fuego, era solo porque desconfiaba de sus fuerzas, no creyéndose bastante sostenida por la gracia para recibir la prueba de aquel suplicio.

"Yo le conocí el deseo de sufrir algo que fuese mas sensible, mas ignominioso que lo que lo era el resultado de su sentencia, à fin de compurgar sus delitos. Dos veces me dijo en el camino, desde Nuestra Señora á San Denis y la Châtre, que aun cuando hubiese podido esquivar la muerte para vivir dichosa, no la habria esquivado: que aun cuando hubiese podido elegir una muerte que tuviese de natural y gloriosa todo lo que tenia de violenta é ignominiosa la que iba á sufrir, no la habria aceptado.

"El carcelero M. Drouet, se aprocsimó por detras del carro para preguntarle si no tenia que decir alguna cosa ademas de lo que habia dicho, y participarle que dos comisarios estaban en las casas consistoriales, espresamente para recibir su declaracion, si tenia algo, que añadir. No pudiendo oir bien á M. Drouet, y estando enmedio de ambos, le repetí en alta voz lo que él habia dicho.—Señora, la dije, M. Drouet pregunta si no teneis que decir nada à mas de lo que dijisteis en vuestro interrogatorio: si quereis decir algo los señores comisarios vendrán aquí al momento: ya sabeis lo que os he dicho respecto à la obligacion en que estais de confesar vuestro crimen: os lo repetiré una vez mas. Si sabeis algo, ademas de lo que habeis confesado, y no lo decís, no esperéis el perdon de Dios. Pensad, señora, que dentro de un momento estaréis ante la presencia del Criador, y que no os podréis justificar en su tribunal divino, si no reparais ahora las faltas que hayais podido cometer ante el de los hombres. ¿No os reprocha de nada de esto vuestra conciencia?—Señor, me respondió, no tengo nada mas que decir: he

dicho todo lo que sabia.—Señora, la dije, ¿y de buena fé eso es todo? Solo un paso os separa de la muerte; pensad en no mentir al Santo Espíritu.—Señor, es todo.—Decidlo, pues, señora, en alta voz á M. Drouet. Y lo mas recio que pudo, le dijo:

—Señor, no tengo mas nada que decir.

"Antes de que pasásemos del carro al cadalso corrieron algunos momentos: en ellos, la marquesa sufrió mucho. Una infinidad de gente, reunida allí, se apiñaba á verla, gritando: ¡venganza! é insultándola. Por mas que se hizo no pudo aprocsimarse el carro al cadalso, y quedó un espacio de tres pasos á pesar de que el conductor repartió algunos foetazos.

"El verdugo bajó el primero para poner la escala. Con el rostro lleno de dulzura, un aire lleno de reconocimiento y ternura y lágrimas en los ojos, me vió ella—Señor,—me dijo con un tono que demostraba lo poseida que estaba,—no es aquí todavia donde debemos separarnos: me habeis prometido no abandonarme hasta que mi cabeza esté cortada y espero que me cumpliréis vuestra palabra.—La cumpliré, señora, y el instante de nuestra separacion solo lo será el de vuestra muerte.

"La bajaron del carro y en tanto tuve tiempo para llorar un momento, miéntras no me veia. Eso me alivió: el asistente del verdugo me tendió la mano para ayudarme á bajar; mis ojos siempre fijos en ella observaron que se paró á hablar con un hombre que estaba à caballo. Pregunté al asistente quién era, y me respondió: es Desgrais. Me aprocsimé al momento para oir lo que ella decia, y á pesar de haberla preparado, me causó pena que se hubiese encontrado con una persona cuya vista le habia producido una dolorosa impresion. Ella le suplicó la escusase por los trabajos que le habia causado, y le pidió que hiciese rogar á Dios por ella: en fin, lo dejó protestándole ser su servidora, y que con ese sentimiento hácia él, iba á morir en el cadalso.

"Miéntras que la disponian para la ejecucion, no separó sus ojos de mí: ellos derramaban gruesas gotas de lágrimas, que demostraban bastante su dolor sincero. Su rostro respiraba el fervor de una penitente animada, capaz de todo por alcanzar la absolucion de sus pecados.

"Nada la pudo conmover. Veía una multitud de gente en la plaza, en las ventanas y balcones de todos los edificios; pero no vió en verdad el cuchillo que debia herirla: tampoco yo le ví. Creí se hallaba bajo un largo lienzo sobre el cadalso: á un lado de éste, ví un cuchillo, el que ella no vió, pues lo tenia detras. Sin embargo, no dió muestra ninguna de afliccion. Con suma paciencia sufrió todo lo que le hizo el verdugo para preparar la ejecucion. Tan luego como se arrodilló, éste le quitó el peinado, le cortó el pelo por detras y en los lados: al hacerlo, tuvo que voltear la cabeza de varios lados, y el verdugo durante esta operacion, que duró cerca de media hora, fué algo brusco: aunque su cabellera no era muy larga, pues se dice que Desgrais la hizo rapar cuando la aprisionó en Liége, la mata de ella era bastante espesa, esto ocasionò el que se emplease

tanto tiempo en cortarla. Comprendo que la vergüenza de verse así despeinar, cortar el pelo delante de tanta gente, le pudo mucho; ademas, se le conocia bien; pero sufrió y se sometió á ella con toda conformidad. La mano del verdugo le pareció tan suave, cual la de una señorita que la hubiese peinado. Obedeció con puntualidad todas las órdenes que aquel le daba, ya para voltear, ya para bajar la cabeza. Verdad es que todo esto lo hizo cortesmente, pero muy despacio: en fin, le vendó los ojos sin que ella hiciese la menor resistencia. Estaba como una oveja, à la que se va á degollar.

"Se dejó ligar las manos, cual si le hubiesen puesto en ellas brazaletes de oro: poner la cuerda al cuello, cual si fuese un collar de perlas; despeinar y descubrir el cuello, cual si la estuviesen aderezando para llevarla à alguna ceremonia.

"Miéntras se hicieron esos preparativos, el verdugo me dijo que tomase el lugar que ántes habia ocupado al lado de la marquesa, lo cual hice, y en tanto que él se limpiaba el sudor que le corria por el rostro y sacaba de su bolsa una venda para cubrir los ojos de la marquesa, la hice decir algunas oraciones á la Santa Cruz: "Jesucristo, Señor mio, que enclavado en esa cruz, eres todo mi apoyo y consuelo, y llevas contigo el sendero de la vida, fortificame en mi debilidad, sostenme en mi languidez y dame todo el vigor que necesito para recibir la muerte cristianamente." Esta fué su oracion.

"Entre tanto, el verdugo se preparaba para la ejecucion, y la llevó sobre el cadalso. Al momento mismo, oi un golpe sordo; era el que el verdugo le dió para separarle la cabeza del cuerpo. Lo hizo tan bien, que no vi ni aún la hacha, á pesar de que tuve siempre fija la vista en la cabeza que cortó. No le ví tomar la medida del cuello y buscar el parage donde debia cortar. Tampoco dijo nada á Madama B.... èsta, tenia la cabeza perfectamente derecha, y se la cortó tan bien, que por un momento se quedó sobre el tronco sin moverse. Por un instante sufrí mucho creyendo que el verdugo habia errado el golpe y que tendria que dar un segundo; pero mi temor cesó al ver caer hácia atras la cabeza sobre el cadalso, un poco al lado izquierdo.

"Al momento dije un *De profundis*, segun lo habia prometido á Madama de B.... lleno de consuelo, al ver que al morir habia tenido todos los sentimientos de piedad y contricion que habia pedido à Dios le diese.

"El verdugo se volteó hácia mí diciéndome:—Señor, no es verdad que he dado un golpe magnífico? Siempre me encomiendo à Dios en estos lances y hasta ahora, no ha dejado de asistirme. Hace cinco ó seis dias que me inquietaba esta Señora, y me rodaba en la cabeza. He hecho que le digan algunas misas. Tomó despues de decir esto una botella de vino y bebió, diciendo que estaba muy alterado.

"Yo habria deseado no estar presente cuando arrojasen el cuerpo al fuego, pero como el verdugo me conoció el deseo de bajarme, me lo impidió diciéndo-

me que era preciso esperar algun tiempo hasta que la multitud de la gente minorase, que entónces él mismo me conduciria. Bajó á quemar el cuerpo, y yo quedé sobre el cadalso, bastante embarazado, sin ver al lado de la hoguera. Como creí que hacia una mala figura sobre aquel cadalso, bajé esperando ser menos visto abajo; pero apenas estuve al pié de la escala, cuando me ví molestado por las gentes que se arrojaban sobre mí y se apiñaban cerca de la hoguera. Fuí bastante afortunado de poder volver á subir para libertarme de aquellas masas que querian ahogarme.

"En fin, habiendo visto el verdugo que la plaza estaba ya bastante desocupada, me dió la mano para que bajase, y me condujo hasta fuera de ella."



INDICE

DE LAS PRINCIPALES MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PÁGINAS.
HISTORIA DE LA TORRE DE NESLE.....	5
—— DEL MASCARA DE FIERRO.....	355
—— DE LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.....	457

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
DAD AUTÓNOMA DE N
CIÓN GENERAL DE BIBLIO